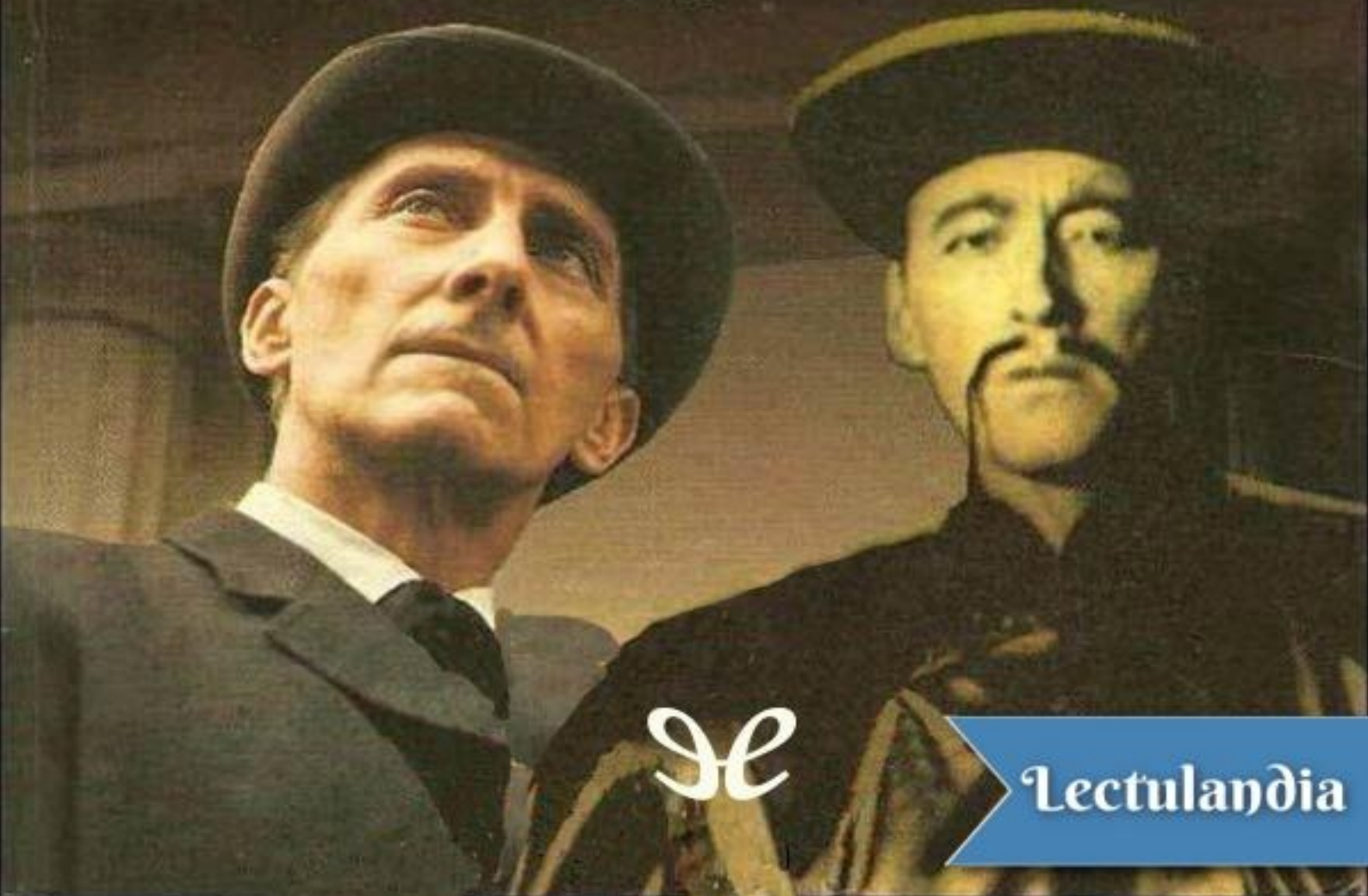
Cay Van Ash

SHERLOCK HOLMES contra FU MANCHÚ

El mejor detective del mundo
se enfrenta al genio del mal.



Lectulandia

Esta novela parte de la hipótesis de que el investigador Sherlock Holmes y el criminal Fu Manchú, héroes respectivamente de las novelas de Conan Doyle y de Sax Rohmer, tuvieron un encuentro personal, ignorado hasta ahora por todo el mundo.

El relato lo componen unos supuestos manuscritos de Petrie, fiel ayudante de Nayland Smith, el perenne perseguidor de Fu Manchú, y equivalente de lo que fue el doctor Watson para Sherlock Holmes. La época en que se sitúa la acción es el año 1914, en que el famoso detective lleva retirado desde hace diez años.

El doctor Petrie saca de su idílico retiro a Holmes porque su maestro Nayland Smith ha desaparecido misteriosamente y él cree que ha sido secuestrado por Fu Manchú.

No sin ciertas reticencias, el detective accede a ayudarle a buscar a su amigo, lo cual da lugar a una sucesión de peripecias y aventuras que hacen de la novela una narración vibrante de vivacidad y suspense.

Lectulandia

Cay van Ash

Sherlock Holmes contra Fu Manchú

El mejor detective se enfrenta al genio del mal

ePub r1.0
Titivillus 29.07.16

Título original: *Ten years beyond Baker Street*
Cay van Ash, 1984
Traducción: Antonio Padilla Esteban

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a Okchón,
quien opina que no existen tantas novelas
de Sherlock Holmes y Fu Manchú
como sería necesario
El autor

Introducción

A principios de siglo Sherlock Holmes estaba unánimemente considerado como el criminólogo más prestigioso de su tiempo. Por aquellos mismos años el nombre de Fu Manchú ostentaba un rango similar en el campo de la villanía. Si tenemos en consideración que tanto Holmes como Fu Manchú centraron sus actividades en Inglaterra de modo simultáneo, resulta difícil aceptar que, como es creencia común, semejantes paladines de lo que se han dado en llamar el bien y el mal jamás cruzaron sus caminos. Después de tantos años, la revelación de que en realidad sí lo hicieron no constituye, por consiguiente, una auténtica sorpresa.

Hoy sabemos con certeza que Sherlock Holmes, el antiguo vecino de Baker Street, se encontró por primera vez con el siniestro doctor Fu Manchú en los meses iniciales de 1914.

Sin duda, el lector no iniciado precisará de algunas aclaraciones. De acuerdo con la versión corrientemente aceptada, en la fecha que acabamos de mencionar Holmes llevaba largo tiempo retirado por completo de las actividades detectivescas que le habían hecho célebre. Según se creía (y de tal creencia participaba incluso el mismísimo doctor John H. Watson, amigo y biógrafo del genio de Baker Street), Holmes se dedicaba entonces a la apicultura en las colinas de Sussex, sin enfrentarse a otros peligros que los derivados del ocasional aguijón de alguna abeja.

Sin embargo, la realidad era muy otra. Según se hizo público años más tarde, Holmes fue llamado de su retiro a instancia directa del primer ministro en los primeros meses de 1912, siéndole confiada la tarea de acabar con la poderosa red creada en Gran Bretaña por Von Bork, el mejor espía del káiser. Tras aceptar el encargo, Holmes vivió durante más de un año en Irlanda y los Estados Unidos hasta asumir a la perfección la falsa identidad de «Altamont», un supuesto norteamericano-irlandés de probada anglofilia. De regreso a Inglaterra en el otoño de 1913, el impostor no tardó en ganarse la confianza de Von Bork. Modélico agente doble, Holmes no tardó en nutrir a los archivos de la inteligencia alemana con una pléyade de informes inútiles o totalmente falsos.

A pesar del silencio guardado por el doctor Petrie, cronista de las actividades ejercidas por Fu Manchú con anterioridad a la Gran Guerra, hoy sabemos que el siniestro doctor llevó a cabo su primera «misión» en suelo británico alrededor del verano de 1911. Un par de años más tarde, Fu Manchú regresó a Inglaterra, siendo responsable de un sinfín de desmanes que no se vieron interrumpidos hasta su presunta muerte en octubre de 1913. Conviene reseñar que ése es el mes aproximado en que Holmes-Altamont volvía al Reino Unido para emprender su ofensiva directa contra Von Bork. A pesar de lo hasta ahora expuesto, una serie de alarmantes incidentes que tuvieron lugar en noviembre no tardaron en mostrar que Fu Manchú,

si bien herido de consideración, distaba mucho de estar muerto. Bajo su mando, la temible sociedad secreta del Si Fan continuaba urdiendo toda clase de maquinaciones y fechorías. Fue en este período cuando Holmes se vio envuelto en una serie de acontecimientos tan terribles como extraordinarios, acontecimientos jamás revelados hasta la fecha.

De acuerdo con los testimonios de que hoy disponemos, Holmes había reemprendido con ostentación sus actividades en el campo de la apicultura. Parece evidente que el mantenimiento de una identidad dual entrañaba menos riesgos que una transformación «total» en Altamont aliada a la simultánea y misteriosa desaparición de Holmes de su plácido retiro de Sussex. Si a ello añadimos que los encuentros personales entre «Altamont» y Von Bork eran relativamente infrecuentes, no resulta extraño que Holmes dedicase algo de su tiempo a las andanzas de Fu Manchú (quizá con el propósito inicial de distraer a los agentes del káiser)[1].

Las razones que han mantenido oculto durante tanto tiempo el homérico encuentro entre Holmes y Fu Manchú resultan simples en extremo. En caso de que el doctor Watson tuviese noticia de él (lo cual no es más que una posibilidad), parece seguro que consideró a Petrie más capacitado para relatarlo. Éste, por su parte, albergaba idéntica opinión de Watson, lo que explica que no se decidiera a emprender la narración que hoy conocemos hasta después del fallecimiento del biógrafo de Sherlock Holmes, ocurrido en julio de 1929. Es posible que en tal decisión pesara también la reaparición del nefasto Fu Manchú, ocurrida el año anterior (sin embargo, resulta curioso el absoluto silencio de Petrie a este respecto). Respetuoso por principio, Petrie se abstuvo de publicar inmediatamente su relato, en la creencia de que éste resultaría incompleto sin la aportación de ciertos documentos que creía guardados en la famosa caja metálica depositada en los sótanos de «Cox y cía.» caja que, de acuerdo con el testamento del doctor Watson, no debía ser abierta hasta pasados cincuenta años. Tal muestra de rigor se reveló inútil; cuando la caja fue por fin abierta en agosto de 1979, una vez transcurrido el período estipulado, no apareció ningún documento relacionado con los hechos que aquí nos ocupan.

Tales son los antecedentes que rodean al manuscrito del doctor Petrie, recientemente llegado a mis manos gracias a la gentileza de la señora Fiona Jefferson de Palm Springs, California. Por lo que deduzco de la breve nota adjunta al manuscrito, la señora Jefferson es hija de Alan Sterling y su esposa Fleurette, hija a su vez del doctor Petrie.

En un prefacio quizá excesivamente extenso, que no considero necesario reproducir en su totalidad pues la mayor parte de sus líneas hacen referencia a circunstancias suficientemente bien conocidas, el doctor Petrie aprovecha para efectuar una aclaración:

«Creo que debo una explicación acompañada de disculpas a aquellos lectores que hayan observado la discrepancia existente en los datos hasta ahora conocidos por el público. He afirmado con anterioridad que desde nuestra llegada de Egipto,

transcurrida a mediados de noviembre, hasta que ciertos motivos personales me obligaron a abandonar Londres temporalmente, Nayland Smith y yo nos vimos envueltos en siete episodios de duración relativamente corta relacionados con nuestra lucha contra los miembros del Si Fan. Sin duda, más de un lector se habrá extrañado al saber que mi segundo regreso a Londres tuvo lugar en abril, mes extrañamente tardío (a no ser que los mencionados episodios, aparentemente secuenciados de forma continua, se vieran interrumpidos por otras actividades no referidas), tras una ausencia que he descrito como "breve".

»La explicación debe buscarse en la existencia de dos interrupciones entre los episodios ya narrados. No es mi intención revelar la naturaleza de la primera de ellas (relativa al monstruoso caso de los seis muñecos de nieve y a la horrísona circunstancia que estuvo a punto de acabar con la vida de Ursula Trelawney, acontecimientos de carácter tal que repugnarían al más bragado de mis lectores). El segundo interludio, de varias semanas de duración, tuvo lugar una vez aparecido cierto contratiempo o retraso fortuito en el asunto personal que me había llevado a abandonar Londres, ofreciéndome el incomparable privilegio de trabajar en compañía del señor Sherlock Holmes. Debo confesar mi deliberado mal uso del adjetivo "breve" (que, en sentido estricto, hacía referencia a la conclusión de mis asuntos legales después del mencionado contratiempo). Un motivo muy simple me llevó a efectuar esta pequeña manipulación semántica (por la que, sin embargo, pido excusas): con ella esperaba ayudar a que el relato de mis aventuras en compañía de tan extraordinaria personalidad fuese efectuado por una pluma de mayor competencia que la mía».

La narración efectuada por el doctor Petrie resulta particularmente valiosa por cuanto nos permite obtener un retrato de Sherlock Holmes efectuado mediante un prisma distinto del que usara el doctor Watson. Desde la perspectiva de un lector de nuestros días, Petrie se muestra quizá innecesariamente parco en la expresión de sus propios sentimientos y en todo aquello relacionado con el sexo opuesto. Sin embargo, es justo reconocer que, en esta ocasión, las características de los personajes con que trabó conocimiento le llevan a atemperar en algo tales rasgos «espartanos», menos acusados aquí que en el resto de sus relatos.

Es mi intención dejar constancia de que, con la excepción de algunas notas a pie de página por mí añadidas a las ya existentes, no he hecho intento alguno de modificar el estilo original, fiel representante de la época y los tipos humanos por él descritos. Tan sólo lamento mi incapacidad para perfeccionar la narrativa de Petrie mediante la pericia literaria de un Sax Rohmer o un Arthur Conan Doyle. Más valdrá, por consiguiente, que permitamos al doctor Petrie expresarse por sí mismo.

C. V. A.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1
EL APARTAMENTO VACÍO

Ciertos trámites legales relativos a la herencia de un pariente lejano recientemente fallecido me forzaron a partir de Londres cuando aún no habían transcurrido veinticuatro horas de los hechos que acabo de relatar…

La mano de Fu Manchú, capítulo XXX

Mi llave continuaba todavía en la cerradura cuando me aparté bruscamente de la puerta, alertado ante la ligerísima resistencia hallada por ésta al ser entreabierta hacia el interior, anomalía secundada por un sonido breve y apagado que percibí al otro lado del paño. En aquellos tiempos la más leve circunstancia inusual bastaba para poner todos mis nervios en tensión.

Una ojeada a las ventanas de nuestro apartamento mientras cruzaba el pequeño callejón que moría en Fleet Street había bastado para informarme de que Nayland Smith no se hallaba en casa. Con los músculos en tensión aguardé un instante frente a la puerta entreabierta; sin embargo, el extraño sonido no volvió a repetirse. Tanteando en la oscuridad, di por fin con el interruptor. Al iluminarse la estancia, no tardé en dar con el fútil motivo de mi alarma…

Un viejo montón de periódicos, sin duda apilados junto a la puerta, yacían diseminados sobre el *parquet* de la entrada. Estaba claro que Smith llevaba varios días ausente del apartamento.

Tras hacerme con la llave y la bolsa de viaje que había depositado por un instante en el rellano, entré por fin en el piso vacío. La atmósfera del comedor se hallaba viciada, como si no hubiera sido traspasada en una semana, impregnada por completo del intenso aroma a madera de sándalo que despedía la gran arca que reposaba en una esquina. El coronel Bickerstaff (un viejo conocido de Smith, a quien había alquilado el apartamento amueblado) gozaba de un inveterado espíritu de coleccionista y, si exceptuamos la tan incongruente como necesaria adición de una mesa de mecanógrafo con su silla, tanto Smith como yo nos habíamos abstenido de efectuar

alteración alguna en la decoración.

Con la vaga idea de encontrar alguna nota a mí dirigida, me acerqué al escritorio, donde solíamos depositar tal clase de mensajes bajo una pequeña estatuilla de Ganesha. Ninguna nota se hallaba allí aquella noche. Tal circunstancia no tenía nada de particular, ya que Smith no conocía con exactitud la fecha de mi retorno.

Al correr las cortinas de la ventana advertí con satisfacción que las medidas precautorias que discutiéramos antes de mi partida habían sido puestas en práctica. La hoja corredera de la ventana aparecía perfectamente atornillada al marco, de modo tal que su apertura resultaba imposible incluso desde el interior. A pesar de que la atmósfera de la estancia resultaba desagradablemente fría, no valía la pena encender el hogar, pues no tenía intención de permanecer despierto demasiado tiempo. Sin desprenderme de mi abrigo, me preparé un buen *whisky* y tomé asiento en un sillón. Jugueteando con el vaso entre los dedos, fijé la mirada en la apagada chimenea y recapacité acerca del misterio de la desaparición de Nayland Smith, si de «misterio» podía calificarse.

Estábamos a viernes y trece, día sencillo de recordar[2] y fecha de mi regreso a Londres tras una ausencia que había durado una quincena escasa. Mi partida había venido motivada por el fallecimiento de un pariente tan excéntrico como adinerado que, por motivos que no acierto a discernir, me había nombrado albacea en su testamento. A pesar de lo extremadamente inoportuno de tal circunstancia, el deficiente estado de mis finanzas no me permitía rechazar la copiosa recompensa que acompañaba a tal designación. Confiando en que la solventación del imprevisto trámite no me llevaría más allá de unos pocos días, hice las maletas de inmediato y me dirigí a la residencia de mi finado familiar; sin embargo, no tardé en comprobar que mi extemporánea ocupación tenía todas las trazas de prolongarse durante bastantes semanas.

De un modo u otro, con total recelo de cualquier sistema que oliera a coherencia, mi benefactor había amasado una fortuna considerable con el paso de los años. Resulta digna de mención su costumbre de desembarazarse de todo papel oficial o documento que cayera en sus manos; ya se tratara de facturas, cartas o recibos, el difunto tenía por hábito desprenderse de ellas allí donde las leyera. Algunas de ellas se habían conservado apiladas caóticamente en cajones gracias a los desvelos de un ama de llaves medio enloquecida. A lo que parece, mi familiar gozaba de un número considerable de propiedades de pequeño y medio tamaño diseminadas por todo el condado, propiedades al cuidado de un sinfín de agentes y procuradores sin ninguna relación entre sí, de los que nada sabíamos y a los que no conoceríamos hasta que se acercaran a abonarnos los alquileres pagados por los distintos inquilinos y arrendatarios.

En vista de tales circunstancias opté por escribir una carta a Smith, poniéndole al corriente de la situación. Tal y como me imaginaba, mi carta no obtuvo respuesta alguna. No obstante, el domingo por la noche recibí una llamada telefónica en mi

hotel; al tomar el auricular, comprobé con alegría que era Smith quien se encontraba al otro lado de la línea. Sentado ahora frente a la apagada chimenea, traté de rememorar nuestra conversación, en vano intento de hallar alguna explicación al posterior comportamiento de mi compañero.

—¡Smith! —exclamé frente al teléfono—. Me parece que si continúo aquí por mucho tiempo acabaré tan chiflado como mi pariente cuyo testamento estoy intentando desembrollar. Para que se haga usted una idea, le diré que el difunto ha dejado la casa sembrada de fajos de billetes ocultos en los lugares más insospechados. Al parecer, nuestro hombre desconfiaba de los bancos por principio; cada vez que recibía la visita de un acreedor comenzaba a rebuscar por los armarios billete a billete, moneda a moneda, hasta reunir con exactitud la cantidad demandada, que abonaba en el acto sin pedir explicaciones ni recibos de ninguna clase. A pesar de que los acreedores debieron de estafarle una y mil veces, lo cierto es que la casa jamás sufrió robo alguno. Ello no resulta de extrañar; ¡el desgraciado ladrón que se aventurase a buscar el dinero en esta casa de locos, acabaría tan confundido como yo lo estoy en estos momentos!

La risa juvenil de Smith resonó con claridad en el otro extremo de la línea.

—Su carta ya me daba algunas pistas relativas a los curiosos métodos financieros de su familiar. Más vale que se lo tome con calma, Petrie. Consuélese pensando que por lo menos le está usted sacando más rendimiento a su tiempo del que yo le saco ahora en Londres. Si le telefoneo en estos instantes no es más que para recordarle que está usted invitado a esa extraña reunión de médicos el próximo sábado. Al leer su misiva pensé que tan complicadas gestiones quizá le habían llevado a olvidarse de la invitación.

—No, Smith, la tengo bien presente. Chalmers Cleeve tenía especial interés en que les ofreciese alguna información relativa a la Flor del Silencio.

—¡La Flor del Silencio! Más valdría guardar silencio en torno a ella. —La voz de Nayland Smith se mostraba ahora algo contrariada—. Aunque quizá mis recelos son excesivos, creo que por lo menos deberíamos callar cómo trabamos relación o, mejor dicho, cómo *evitamos* trabar relación con esa maldita cosa.

—Seré cuidadoso con mis palabras, puede estar seguro de ello. Aunque no se pueda descartar que me vea obligado a regresar aquí otra vez, estaré en Londres tan pronto como me sea posible —añadí—. ¿Cómo van las cosas en la ciudad? ¿Alguna novedad particular?

Un prolongado silencio se hizo al otro extremo de la comunicación.

—Imagino que nada de especial importancia —respondió finalmente Smith—. He estado bastante ocioso desde su partida… Todo a cuanto me he dedicado ha sido a obtener fragmentos de determinada conversación…

Mi interlocutor mostraba ahora una extraña vacilación en su voz.

—Discúlpeme si le parezco poco claro, Petrie, pero no quisiera hablar por teléfono de este asunto. Un asunto, por lo demás, que no acabo de entender

demasiado bien… La verdad sea dicha, creo que usted también se sentiría algo desorientado. Sin embargo, creo que será mejor que le envíe una nota poniéndole al corriente.

Con dicha promesa nos despedimos sin más, sin que Smith sugiriese en momento alguno que pensaba ausentarse de Londres. Lo cierto es que no volví a tener noticia alguna de él. La nota que había prometido, o prometido a medias, jamás llegó a mis manos, circunstancia a la que no di mayor importancia, imaginando que mi colaborador había optado por no escribirla y ofrecerme una explicación verbal más adecuada en la fecha de mi regreso.

¿Adónde se habría marchado Smith? ¿Qué motivo le habría llevado a tomar tan repentina decisión? Tras meditar durante unos instantes, se me ocurrió que por lo menos tenía un medio seguro de adivinar *cuándo* se había ausentado. Acercándome al recibidor, apilé los periódicos viejos diseminados junto a la puerta y los llevé conmigo junto a la chimenea. En total debía de haber una docena de diarios atrasados —dos ediciones de la mañana y una vespertina para cada día—. El ejemplar más reciente era el del martes 10 de febrero. Por tanto, lo más probable era que Nayland Smith hubiese abandonado el apartamento en la noche del lunes[3].

¿Por qué razón, sin embargo? ¿Qué había sucedido en las veinticuatro horas aproximadas que habían transcurrido entre nuestra conversación telefónica y su desaparición? ¿Por qué causa cuatro días más tarde continuaba ausente? ¿Era posible que, ocupado quizá en una nueva investigación, mi compañero hubiera sufrido algún percance nefasto?

El pasado había sido testigo de más de un incidente de este tipo. Con todo, reflexioné, Smith se había vuelto más prudente con el paso de los años, al menos lo suficiente para no aventurarse tras una pista peligrosa sin decir una palabra a nadie.

Si había alguien que podía responder a mis preguntas, ése era Weymouth. A aquellas horas lo más probable era que ya estuviera fuera de servicio, pero yo disponía del número de teléfono del pequeño *cottage* de Dulwich Village, la misma casa que había sido escenario de dramáticos incidentes tiempo atrás y en la que Weymouth y su esposa todavía vivían. Ya mis dedos marcaban el número en el disco cuando el distante sonido de las campanas de la catedral de San Pablo me recordó lo intempestivo de la hora.

Ligeramente contrariado, colgué el auricular y regresé a mi sillón del comedor. Sin duda no valía la pena molestar al inspector Weymouth, a quien podría ver fácilmente por la mañana, con motivo de una vaga inquietud cuya naturaleza probablemente radicaba en la instintiva intranquilidad que Smith y yo acostumbrábamos a sentir cuando nos alejábamos demasiado el uno del otro.

La verdad era que no podríamos vivir sin esa perpetua traza de intranquilidad mientras planeara sobre nosotros la sombra del doctor Fu Manchú[4]. Tras depositar mi vaso medio vacío sobre la mesa, dejé vagar mis ojos por el pesado mobiliario de teca, los armarios de intrincado trabajo, los biombos de dibujo enigmático, las

paredes cubiertas por tapices elaborados en los telares de Agra, las hojas curvadas de las armas exóticas… Casi de modo inevitable, mis pensamientos pasaron de Fu Manchú a la hermana esclava egipcia que yo había rescatado de sus garras, y a quien por dos veces me había arrebatado. Karamaneh… ¿Dónde se encontraría ahora aquella muchacha? ¿Qué clase de horrible cautiverio se le habría reservado? Sentado en esta habitación que miraba a Oriente —y en la que Karamaneh, irónicamente, jamás había puesto el pie— casi podía ver el terror reflejado en sus brillantes ojos negros, las lágrimas que descendían por las largas pestañas, los gráciles brazos abiertos en una súplica ante la que yo era impotente, el temblor de los rojos labios al rogar, no para sí sino para otras personas.

—*¡Sálvale! ¡Tienes que salvarle!*

Revolviéndome en mi asiento con brusquedad, me pregunté si estaba soñando o había tenido una visión. Mis vagos temores acerca de Nayland Smith se estaban mezclando con la angustia que sentía cada vez que me permitía pensar en Karamaneh. Si continuaba portándome como un chiquillo a la mañana siguiente estaría convertido en un temblequeante manojo de nervios. Malhumorado, me puse en pie y acabé mi vaso de *whisky* de un trago. Tan molesto como cansado, decidí que era hora de acostarme.

No puedo decir que aquella noche durmiera demasiado bien. A la mañana siguiente nada había cambiado: Smith seguía sin aparecer. La débil luz matinal de febrero brillaba sobre los almacenes que se erguían en la ribera meridional del río cuando, demasiado impaciente para permanecer inactivo en el apartamento, eché a caminar por el Embankment. Como bien sabía, el inspector Weymouth no estaría en su oficina antes de las diez. En mitad de mi paseo, a una hora todavía bastante temprana, tuve ocasión de contemplar por entre las desnudas ramas de los plátanos la granítica estructura del obelisco de Heliópolis. Entre el estrépito de los tranvías, los antiquísimos signos grabados en la superficie proclamaban con gratitud las glorias de Tutmés III a los transeúntes. Lo fútil de aquella imagen se complementaba a las mil maravillas con mi estado de ánimo.

El Big Ben daba la hora cuando hice mi entrada en el recinto de Scotland Yard, donde tuve algún motivo para considerarme afortunado: Weymouth acababa de llegar. Instantes después tuve ocasión de percibir una vez más la tan inconfundible como vaga sensación de tranquila, sólida determinación que siempre parecía emanar de la robusta silueta que ahora me observaba desde el otro lado de su mesa.

Algo sorprendido de mi visita, el inspector se puso en pie para saludarme, trámite que mi angustiada pregunta se encargó de obviar.

—Weymouth, ¿dónde está Nayland Smith?

—¿Smith? —repitió mi interlocutor con gesto de extrañeza—. Si no me equivoco, se encuentra en Devonshire. ¿Acaso no tenía usted noticia de ello?

¡Así que todos mis vagos temores merecían una explicación tan sencilla! Algo avergonzado de mí mismo, presa de un ligero temblor en las rodillas, me senté frente

al escritorio.

—No he sabido nada de él desde el domingo pasado. ¿Dice usted que se encuentra en Devon? Sin embargo, ¿cómo se explica tal circunstancia?

Divertido ante lo extemporáneo de mis angustias, el inspector esbozó una amplia sonrisa.

—No hay motivo para preocuparse, doctor. Al parecer, Fu Manchú ha decidido tomarse un respiro en las últimas semanas. En vista de ello, nuestro amigo Smith optó por concederse un descanso y visitar a sus familiares en el campo.

—En efecto, Smith suele visitar Devon con cierta frecuencia. Incluso así, me parece un tanto extraño por su parte marcharse sin avisar en un momento como éste.

—¿Qué tiene de particular? —replicó Weymouth—. Si hay alguien en Londres que se merezca unas vacaciones, ése es Smith, no lo dude. Lo cierto es que nada de importancia le retenía aquí, así que se marchó el martes. Lo más probable es que regrese mañana o pasado mañana.

—¿Así se lo dijo él? —insistí, pues no acababa de verlo tan claro como el inspector—. ¿Habló usted con él antes de su partida?

—No. La verdad es que no tuve ocasión para ello —admitió Weymouth, arrellanándose en su asiento—. Aunque tal circunstancia me parece irrelevante. Smith no es un subordinado mío que precise de mi autorización para ausentarse de la ciudad, así que se contentó con enviarme una nota en la que me anunciaba su partida, adjuntando una dirección donde le podría encontrar en caso de que surgiera algún imprevisto.

—¿Cómo podemos estar seguros de que dicha nota fue realmente escrita por él?

—¿Y por qué tendríamos que dudarlo? —Weymouth parecía algo divertido ante mi inquietud—. Ya veo adonde quiere ir a parar, Petrie, pero no hay motivo para alarmarnos injustificadamente. Es cierto que la nota que me envió no iba firmada, pero como usted bien sabe Smith raramente lo hace. Con todo, la nota había sido confeccionada con esa inconfundible máquina de escribir que guarda usted en casa. Yo diría que ello resulta mejor que una firma. Dudo que exista una máquina similar en todo Londres. Cuando me llegó la nota, copié la dirección en mi libreta, pero creo que debo conservar el original en alguna parte.

El inspector extrajo una carpeta llena de papeles y documentos, que procedió a examinar meticulosamente.

—Estoy convencido de que Fu Manchú se ha marchado de la ciudad —añadió sin levantar la vista de los papeles—. En cuanto a Ki Ming, probablemente se ha ocultado en la legación china. Nos encontramos en un auténtico punto muerto, doctor Petrie.

—Así me lo dijo Smith por teléfono —concedí—. Sin embargo, nuestro amigo hizo mención a cierta vaga conversación de la que había tenido noticia…

—¡Sí, claro! ¡La historia de Johann Grendel!

—¿Quién?

—Johann Grendel era el camarero suizo que nos atendió en nuestra famosa visita al Café de l'Egypte. —Weymouth cesó de trajinar entre sus documentos y alzó la mirada—. Imagino que recordará usted bien nuestra estancia allí…

—¿Cómo podría olvidarla? La tendré presente mientras viva.

—Y yo también. ¡Todavía tengo las cejas chamuscadas! Bien, después de que Fu Manchú prendiera fuego al local y estuviese a punto de achicharrarnos en su interior, todos los empleados del café fueron interrogados minuciosamente. Lo único que conseguimos con ello fue que ese camarero, Grendel, admitiese haber servido ocasionalmente consumiciones en los reservados traseros del establecimiento, aunque negó tajantemente conocer la venta de drogas que allí se efectuaba. Sin poder sacarle de ahí, optamos por dejarle en libertad sin cargos aunque, en vista de su evidente nerviosismo, no dudamos ni por un instante que aquel hombre sabía algo más de lo que había revelado.

—¿Y era realmente así?

—En efecto, aunque no tanto como imaginábamos. Y eso que nos costó un esfuerzo de mil diablos hacer que lo desembuchara. —Weymouth cerró la carpeta, olvidando la nota de Smith—. Durante un tiempo le seguimos los pasos discretamente y muy pronto descubrimos que todas las noches visitaba cierto *pub* en el que procedía a emborracharse sistemáticamente. Ello resultaba un tanto sospechoso, pues Grendel estaba desempleado. A no ser que alguien le pagase en secreto, no veíamos cómo podía permitirse aquella continua sucesión de borracheras (sin embargo, más tarde descubriríamos que el suizo disponía de unos pequeños ahorros, que estaba dilapidando a conciencia). En un intento de sacar algo en claro, Smith trabó conocimiento con él haciéndose pasar por periodista, le pagó las francachelas durante varias noches y no tardó en averiguar que Grendel temía por su vida con motivo de haber sido interrogado por la policía.

—¡Lo que prueba que, efectivamente, sabía algo!

—¡O que alguien más creía que sabía algo! Pero sigamos con la historia. Tras prometerle una suma considerable por sus revelaciones y asegurarle que nadie sabría jamás de dónde provenían, Smith consiguió finalmente llegar al fondo del asunto. ¿Recuerda usted la complicada decoración del segundo piso del café, con aquellos divanes árabes separados entre sí por pequeños tabiques adornados con grecas?

—Sí, me acuerdo de ello. He visto muchos tabiques de esa clase en Egipto. Se llaman *musrabiyeh*. En ocasiones los emplean para cubrir ventanas, pues su complicado trabajo permite el paso de la luz protegiendo al tiempo del calor.

—¿De veras? Nunca lo hubiera pensado. Ya ve, jamás he estado en Egipto[5]. —Weymouth prosiguió su narración tras una breve pausa—. Bien, a lo que parece, Grendel se encontraba en cierta ocasión atareado tras uno de esos tabiques cuando repentinamente se encontró en disposición de oír la conversación que, a pocos pasos de él, habían establecido un chino de porte aristocrático y un griego muy obeso…

—¡Ki Ming! —exclamé—. ¡Y Samarkán!

Weymouth asintió con una mueca.

—Justamente. ¡El mandarín Ki Ming y M. Samarkán, recientemente «fallecido» en la prisión de Wandsworth! Aparentemente Grendel no tardó en advertir de qué clase de sujetos se trataba; petrificado en su escondrijo, no se atrevió a marcharse de allí, temeroso de que le tomaran por un espía. No está mal, ¿eh? Pero ahora viene lo más complicado. En primer lugar, nuestros viejos conocidos conversaban en francés cuando la lengua materna de Grendel es el alemán. En segundo lugar, el aterrado camarero juró haber tratado de no escuchar lo que decían. Por último, cuando Smith le había emborrachado lo suficiente para que se decidiese a relatar cuanto sabía, Grendel se encontraba tan ebrio que apenas podía articular palabra. Todo cuanto Smith pudo reunir en premio a sus desvelos fueron algunos retazos de frases y palabras inconexas sin sentido alguno.

—No me explico, sin embargo, cómo es posible que Smith no se decidiera a entrevistar a Grendel a la mañana siguiente, cuando se hubiera recuperado de la borrachera.

—No tuvo ocasión para ello —replicó Weymouth en tono ceñudo—. El suizo fue hallado muerto a la mañana siguiente en el jardín de su propia casa, de bruces sobre el césped y con la cabeza sumergida en el pequeño estanque donde criaba sus pececillos de colores.

—¡Dios mío! ¡No puede haberse tratado de un accidente!

—Nada atestiguaba lo contrario. No sería el primer caso de un borracho ahogado en un charco. Sin embargo… —Weymouth se encogió de hombros.

Sentado en silencio, dirigí la mirada hacia la ventana; a lo lejos, las barcazas surcaban el río en dirección a Limehouse. Entreabriendo la carpeta, Weymouth comenzó a revolver los documentos una vez más en busca de la nota de nuestro colaborador y amigo.

—Nayland Smith se sintió muy afectado por lo sucedido, echándose la culpa de la muerte del suizo. Así estaban las cosas, cuando Smith recibió ese telegrama de Exeter avisándole de que su hermano se encontraba en el hospital…

Weymouth calló de improviso al percibir la expresión que se había pintado en mi rostro.

—La inteligencia del doctor Fu Manchú es formidable, aunque no infalible —musité con crispación—. El hermano de Smith estaba empleado como oficial a bordo del *Titanic*, barco con el que se hundió dos años atrás.

El inspector se puso en pie de un salto.

—¿Cómo? Entonces, la nota que recibí… ¡Una falsificación!

—Evidentemente —repuse en tono amargo, anonadado por el peso de mis temores recién confirmados—. Smith está de nuevo en manos del Si Fan. Y esta vez…

Lo sucedido a continuación resulta fácil de deducir. Acompañado de dos oficiales del CID, Weymouth realizó una inspección de trámite en nuestro apartamento. Sin

ningún género de dudas la nota supuestamente enviada por Smith había sido redactada en mi propia máquina de escribir. Tal circunstancia demostraba que los agentes del Si Fan habían irrumpido en el apartamento a pesar de todas nuestras precauciones. Aunque no disponíamos de prueba alguna al respecto, lo más probable era que Smith hubiese sido atacado y raptado en las cercanías o en algún pasillo del edificio que habitábamos.

Una simple llamada telefónica a la comisaría de Exeter bastó para revelarnos que la dirección enviada en el falso mensaje había correspondido antiguamente al hermano de Smith aunque, tras su muerte, la casa había sido vendida a otra familia.

No recuerdo con precisión qué hice en las horas que siguieron, aunque mi estado anímico puede suponerse sin dificultad. En esta situación, llegó el momento en que debía asistir a la reunión que había motivado mi regreso a Londres en primera instancia. Aquel compromiso ya no ejercía el menor interés sobre mí, sintiéndome más que inclinado a excusar mi asistencia. Por otra parte, no disponía de excusa alguna para ello. Weymouth y sus subordinados ya hacían cuanto pudiera hacerse, así que me hallaba inactivo por completo. Ya faltaba poco para las cinco cuando, resignándome a mi suerte, me vestí un traje de etiqueta (pues, según se me había indicado, la reunión iría seguida de una cena) y eché a caminar desganadamente por el Strand en dirección al hotel New Louvre.

En vista de que el encuentro iba a tener lugar en aquella palaciega nueva edificación, me pregunté si Chalmers Cleeve, quien conocía algunas de nuestras andanzas, no la habría escogido en un rasgo de humor negro. Era ahí donde yo había visto con mis propios ojos la muerte de un hombre afectado por la Flor del Silencio —el capullo de aspecto inocente cuyo mero roce paralizaba los músculos articulatorios produciendo la muerte en siete minutos—; en ese mismo escenario hoy iba a pronunciar una charla sobre el asunto ante la Sociedad Neurológica Londinense.

Aquella noche las disertaciones de tan selecta concurrencia me dejaron completamente frío. Sentado en un rincón de la sala, apenas si levanté los ojos de la mesa mientras un célebre endocrinólogo nos ilustraba acerca de la «inhibición nerviosa de las células eosinofílicas». Cuando tras diversas intervenciones mi turno llegó por fin, me puse en pie fatigosamente, dibujé algunos diagramas deslabazados en la pizarra, ofrecí ciertas explicaciones desganadas y corrí de nuevo a mi sillón entre tímidos aplausos, dejando a mi audiencia casi tan ignorante como al principio.

Algo después la reunión finalizó con los consabidos agradecimientos y pasamos a un salón adyacente donde conversamos con mayor informalidad mientras dos camareros nos ofrecían cócteles en silencio. Chalmers Cleeve, el responsable de mi presencia allí, no tardó en acercarse para felicitarme tan cordial como insinceramente por mi charla. Durante unos instantes continuamos charlando en tono intrascendente hasta que mi impaciente mirada se concentró repentinamente en los anchos hombros y espalda de un hombre situado al otro extremo de la estancia.

Apenas si había visto a aquel hombre dos o tres veces, pero estaba seguro de que

se trataba de la misma persona. Abandonando mi vaso sobre la mesa, crucé la sala a toda prisa en su dirección, con el corazón latiéndome a toda prisa, pues la providencia acababa de poner en mis manos el medio de acceder a la única persona en toda Europa que podía serme de ayuda en aquellos momentos. No me había equivocado; el hombre a quien me dirigía ahora tenía el cabello más gris de lo que recordaba y había ganado algunos kilos, pero se trataba indiscutiblemente de la misma persona.

—¡Doctor Watson! —exclamé casi sin aliento—. Es posible que no se acuerde de mí, pero…

—El doctor Petrie, ¿no es así? —me respondió, sonriente—. ¿Qué sucede, amigo mío? Parece usted un tanto apurado. ¿No deseará efectuar una consulta profesional conmigo?

—En cierta forma así es —respondí en tono imperioso—. Preciso desesperadamente de su ayuda.

Watson me observó con mayor atención, claramente sorprendido por mi extraño proceder.

—¿De qué se trata, pues? ¿Hay algún problema de importancia?

—¡Más que eso! ¡Fu Manchú ha reaparecido y Nayland Smith ha sido secuestrado o, Dios no lo quiera, asesinado! La policía no sabe qué pista seguir… —Indeciso, me detuve un instante—. Doctor Watson, preciso de la ayuda de Sherlock Holmes.

—Ya veo —musitó mi interlocutor, frunciendo el ceño—. Desgraciadamente lleva usted diez años de retraso. En otros tiempos podríamos coger un taxi ahora mismo y hallarnos en Baker Street en veinte minutos. Sin embargo, Holmes se ha retirado definitivamente y me temo que nadie podría convencerle de que retornase a la actividad. Yo no, por lo menos; eso es seguro. Lo cierto es que hace más de dos años que no le he visto personalmente. Al parecer últimamente le ha dado otra vez por viajar y…

—Entonces…, ¿se ha marchado de Inglaterra? —inquirí en tono decepcionado.

—No. Según tengo entendido estuvo bastante tiempo en Norteamérica, pero ahora se encuentra de nuevo en Sussex dedicándose a la cría de las abejas. —Watson rió con aspereza—. Jamás podré comprender cómo un hombre de la inteligencia de Holmes puede dedicar su vida a semejante actividad.

—¿Dice usted que su granja se encuentra en el condado de Sussex?

—Así es, en un paraje cercano a Eastbourne. Si se decide usted a visitarle allí le encontrará con toda seguridad. No creo que Holmes rehúse entrevistarse con usted, pero conozco cuan obstinado puede llegar a ser y, si quiere que le sea sincero, dudo mucho de que su gestión llegue a resultado práctico alguno.

—Quizá tenga usted razón, doctor Watson, pero considero mi deber intentarlo.

Mi interlocutor emitió un profundo suspiro al tiempo que movía la cabeza con escepticismo.

—Bien, si tal es su determinación, permítame que ahora mismo le escriba una

nota de presentación para usted. Sin embargo, no quisiera despertar falsas esperanzas, por lo que añadiré que yo no tengo influencia alguna sobre Holmes. Ni yo ni nadie. Inténtelo si quiere, pero estoy convencido de que ni el mismo primer ministro conseguiría arrancarle de sus abejas y panales[6].

CAPÍTULO 2
EL APICULTOR DE SUSSEX

La mañana siguiente me descubrió al volante de un Vauxhall, avanzando precavidamente por entre el tráfico al sur del puente de Westminster. No demasiado acostumbrado al arte de la conducción, el alquiler de un coche me había parecido en esta ocasión más apropiado para mis fines. Éstos eran de naturaleza muy simple y consistían en dar con Holmes y traérmelo conmigo a Londres.

Sabedor de mis intenciones (y escéptico con respecto a su viabilidad), Weymouth se había encargado de proporcionarme el automóvil. El doctor Watson me había informado de que Holmes tenía su granja a unos ocho kilómetros de Eastbourne, ciudad bien comunicada con Londres. Sin embargo, Eastbourne no se hallaba enlazada mediante transporte regular con sus alrededores, por lo que creía que Holmes se dejaría persuadir con mayor facilidad si se encontraba con un coche aparcado frente a su puerta.

Agradeciendo las lecciones de conducción tomadas en los inicios de mi práctica médica, avancé con determinación por las callejuelas del sur de Londres, abriéndome paso por entre un laberinto de taxis frenéticos, enormes autobuses de dos pisos y tranvías de avance tan inmutable como el curso de los planetas. Podía considerarme afortunado de que fuese domingo; en un día laborable, la confusión se hubiera visto multiplicada por las furgonetas de reparto, los carros de los cerveceros y las pesadas máquinas de vapor. Habían bastado diez años para que el tranquilo Londres iluminado por farolas de gas y transitado por carricoches hubiese pasado a la historia. Sin duda Sherlock Holmes creería hallarse en otro mundo…

Aunque el tráfico ya resultaba más fluido en los suburbios, hasta que no llegué a Sutton y me desvié de la carretera de Brighton no tuve oportunidad de apretar el acelerador a fondo. Ello no significaba, ni mucho menos, que mi marcha tuviese algo de agradable. Como sucedía con la mayoría de los automóviles privados, mi Vauxhall de cuatro plazas era un vehículo sin capota, concebido por el fabricante para gozar de tranquilas excursiones de placer en los días soleados. Sin embargo, en pleno febrero aquello se convertía en la versión mecanizada del infierno gélido descrito por Dante. Envuelto en un grueso abrigo, con una bufanda de lana arrollada al cuello y mi gorra encasquetada hasta las cejas, el frío me enrojecía las mejillas y atiesaba mis pies junto a los pedales.

Como sucede con frecuencia en febrero, el cielo matinal aparecía despejado y luminoso, contrapunto de agradecer en aquel paisaje desolado de árboles sin hojas y campos yermos, sin que un solitario carro o jamelgo se cruzara en todo el camino. Las sofocantes nieblas de noviembre ya habían desaparecido de Londres, pero esta

región permanecía cubierta por una fría neblina que emergía de la tierra escarchada y se arremolinaba caprichosamente en las cunetas[7].

Las campanas que llamaban a misa resonaban con nitidez en la atmósfera cuando inicié el ascenso de las empinadas colinas del norte de Sussex. El paisaje resultaba allí más agradable a la vista, surcado de verdes colinas de suave pendiente, ocasionalmente truncadas por diminutos bosquecillos. En las cercanías de la costa, la descollante silueta de Beachy Head me hizo saber que estaba muy cerca de mi destino.

Al arribar al pueblo de Fulworth deambulé por algunos minutos a través de sus callejuelas hasta dar por fin con el anónimo camino que Watson me había descrito. Tal y como esperaba, la aparición del enorme edificio de una escuela conocida familiarmente en la región como *los Tejados* me confirmó que apenas si estaba a algo menos de un kilómetro de la propiedad de Holmes. Echando un vistazo a mi reloj, advertí contrariado que el viaje desde Londres me había llevado bastante más tiempo del imaginado en un principio: ya era prácticamente mediodía.

El camino por el que avanzaba, ciertamente poco transitado, aparecía surcado por sendas viejas roderas de carro. Mi vehículo marchaba lenta y fatigosamente, dando grandes tumbos que me hacían botar continuamente en el asiento. En la cuneta derecha, el camino aparecía flanqueado por un seto de espesor y altura considerables que me impedía advertir qué se encontraba tras de él. De improviso, en un recodo del camino, el seto mostraba una abertura cubierta por una sencilla verja de madera. A pesar de la inexistencia de placa o indicación alguna, estaba seguro de haber llegado a mi destino; sin más preámbulo, por tanto, aparqué mi coche a un lado del camino y descendí algo trabajosamente de él, con los miembros algo entumecidos por la prolongada conducción.

Sherlock Holmes no disponía de teléfono, circunstancia bastante conveniente pues me ofrecía la excusa necesaria para entrevistarme personalmente con él en su hogar. Ello me venía de perlas, ya que, en mis actuales circunstancias, no podía arriesgarme a que Holmes optase por desentenderse del asunto sin ni tan siquiera escuchar mis explicaciones.

Cerrando la verja tras de mí, eché a caminar por un senderillo que ascendía por una pequeña loma. El cielo mostraba una tonalidad negruzca que no presagiaba buen tiempo. El aroma a yodo que impregnaba la brisa que azotaba mi rostro delataba la extrema proximidad del mar. Al extremo de la pequeña pendiente, una casa edificada con la sólida piedra de Sussex se alzaba orgullosamente, exhibiendo un tejado abuhardillado y tres robustos ventanales. Como ahora recordé, Watson había hecho mención de una «villa», más que de una granja, y, efectivamente, aquél era el aspecto de la edificación. Al acercarme a sus muros, advertí que me hallaba frente a la parte posterior de la casa, estando situada la fachada directamente frente al mar.

Mientras rodeaba la solitaria edificación, pude observar la presencia de numerosos árboles frutales, entre los que destacaban buen número de manzanos; algo

más allá, situadas justamente frente a la fachada, se alineaban diversas colmenas de Langstroth. Tal visión, al tiempo que confirmaba cuanto había oído, me hizo sentir un tanto inseguro, pues el paraje que tenía ante mis ojos sugería una renuncia absoluta, un completo abandono del mundo y sus problemas, una voluntaria reclusión que me iba a costar mucho romper.

Según tenía entendido, la señora Hudson, antigua casera de Holmes, había seguido a éste en su retiro, estableciéndose ahora como su ama de llaves[8]. Me sorprendió, por consiguiente, darme de bruces frente a la puerta con un sujeto de rostro rubicundo y patillas rizadas que me observaba con evidente hostilidad.

—El señorito Holmes no está para nadie —me anunció de inmediato—. El señorito no recibe visitas y, cuando recibe a alguien, me lo dice a mí primero.

—Vengo con una carta de presentación del doctor Watson —me expliqué, extrayendo de mi bolsillo la mencionada nota.

Sin que tal afirmación pareciera producir el menor efecto en su persona, mi interlocutor continuó plantado ante mí en actitud desafiante, como si temiera que de un momento a otro intentase abrirme camino por la fuerza.

—Vengo de parte del doctor Watson —repetí, armándome de paciencia—. ¿Podría usted decirle al señor Holmes que el doctor Watson me…?

—¿Watson? ¿He oído bien? —exclamó repentinamente una voz de tono agudo desde el interior de la casa.

Un instante después, la puerta se abrió, ofreciéndome la visión de una figura de altura considerable y porte desgarbado que se erguía dos palmos por encima del testarudo sirviente. Al instante comprendí que me hallaba en presencia del propio Sherlock Holmes. No sin cierta sorpresa, advertí que, en la media luz de la entrada, la desmañada altura de su silueta y la frente amplia y despejada se asemejaba extraordinariamente a la de Fu Manchú.

—¡Vaya! —exclamó Holmes con cierta decepción en su tono—. No se trata de Watson, sino de un mensajero. Bien, pase y acomódese de inmediato. Un emisario de mi amigo el doctor siempre será bienvenido en esta casa.

Holmes me hizo pasar a través de un corto pasillo hasta llegar a una estancia de dimensiones considerables y amueblada con gusto, de la que, sin embargo, resultaba difícil saber si se trataba de un despacho o una sala de estar. Un pequeño fuego ardía en la chimenea, caldeando agradablemente el recinto; en la pared, unos grandes ventanales permitían apreciar la pequeña loma cubierta de hierba que iba a morir abruptamente en un acantilado emplazado directamente sobre las aguas del océano.

Tomando de mis manos el pequeño sobre, Holmes procedió a abrirlo mientras tomaba asiento frente a una mesa de reducidas dimensiones iluminada por el fuego de la chimenea. Antes de emprender su lectura, volvió su rostro en dirección al patilludo sirviente que nos había seguido silenciosamente hasta la habitación, observándome desde la puerta con el aire decepcionado que mostraría un bulldog al que se le hubiera escamoteado la presa en el último instante.

—Hágase cargo del sombrero y abrigo de nuestro invitado, Benjamin —ordenó Holmes.

Mientras el tal Benjamin desaparecía con mis enseres, tomé asiento en uno de los gastados sillones de cuero. Sin poder reprimir mi curiosidad, eché una detenida ojeada a la disposición de aquella sala. Mi impresión inicial era la de un orden que contrastaba extrañamente con el célebre descuido personal de mi anfitrión. Los libros y carpetas de archivo que antaño yacieran diseminados en desorden aparecían ahora cuidadosamente alineados en las estanterías, mientras la famosa mesa manchada de ácido en la que probetas y tubos de ensayos se arremolinaban de forma caótica brillaba por su ausencia. Algunos retratos de tonalidad sepia colgaban de la pared; no lejos de ellos destacaba la fotografía enmarcada en plata de una dama ataviada en el estilo de dos décadas atrás.

Una ojeada más detenida me permitió apercibirme de la presencia del célebre violín, envuelto en su funda y apoyado contra la estantería. A poca distancia de él se erguía el anticuado gasógeno en forma de reloj de arena, un chisme de aspecto peligroso, cubierto por una malla tan fina como intrincada cuya función evidente estribaba en conferir una mínima protección en caso de estallido. Haciendo una pausa en la lectura de la carta, Holmes alzó su penetrante mirada por un instante.

—Como veo que no ha tardado en advertir, guardo conmigo algunos recuerdos de Baker Street —afirmó—. El sentimentalismo no entra en mi carácter, pero no veo motivo para deshacerme de aquellos objetos que pueden seguir desempeñando la función para la que fueron concebidos. —Agachándose frente a sí, mi anfitrión tomó una babucha persa del suelo—. Este sencillo elemento, por ejemplo, me resulta extraordinariamente útil para guardar el tabaco. Como veo que usted también es fumador de pipa, quizá tenga interés en comprobarlo por sí mismo.

No sin curiosidad acepté la babucha que se me ofrecía. Ya había oído mencionar con anterioridad el curioso procedimiento empleado por mi interlocutor para conservar fresco su tabaco, consistente en embutir la mezcla, envuelta en una piel engrasada, en el interior de la famosa babucha. Al extraer el tabaco recordé de pronto que Nayland Smith, también fumador empedernido, hacía uso de un método similar para la conservación de su mezcla favorita. Al pensar en mi amigo desaparecido, sentí que un estremecimiento de inquietud me recorría el espinazo. Hasta entonces Holmes me había recibido con extrema amabilidad, pero nada me aseguraba que estuviese dispuesto a abandonar aquel retiro evidentemente tan apreciado por él. Reprimiendo la impaciencia, llené mi pipa cuidadosamente, la encendí y exhalé las primeras bocanadas, fijando la mirada en un Holmes absorto en la lectura de la carta. Sherlock Holmes era un nombre asociado a la era victoriana con tal indisolubilidad que resultaba difícil recordar que su retiro había tenido lugar a la temprana edad de cincuenta años y que ello había ocurrido poco tiempo atrás.

—Por cierto —comenté en tono pensativo—, ¿puedo preguntarle cómo ha adivinado que soy fumador de pipa?

La tranquila risa de mi anfitrión revelaba que mi pregunta no le cogía de sorpresa.

—Lo prueba, en primer lugar, que la clásica simetría de sus facciones aparece rota por la línea que emerge de la comisura derecha de sus labios, lugar en que tiene por costumbre sostener la pipa. Puedo adivinarlo, en segunda instancia, por el tono descolorido que muestra la piel del dedo índice de su mano izquierda, dedo que apoya usted sobre el tabaco encendido. Me lo confirma, por último, los diminutos agujeros perceptibles en la tela de su chaqueta, originados por las quemaduras de alguna chispa ocasional, el síntoma que acompaña invariablemente a los fumadores de pipa y que enfurece a sus esposas de modo no menos invariable.

—Ya veo —comenté—. Muchas gracias.

—¡Vaya! —exclamó mi anfitrión en tono risueño—. Es usted hombre prudente, doctor. Aunque mi explicación le ha sorprendido, veo que no me ofrecerá el placer de exclamar «increíble» como tenía por costumbre nuestro amigo Watson.

—No —reconocí, con un gesto de mi cabeza—. Lo que en otro hombre resultaría increíble no tiene nada de particular para Sherlock Holmes.

Como recordé al punto, Holmes no era indiferente al halago sincero; me alegró comprobar, por tanto, que la respuesta por mí proferida no le había dejado indiferente. Tras reír una vez más, frotándose las manos vigorosamente en un gesto de rara vivacidad, Holmes adoptó por fin su acostumbrada expresión de seriedad.

—Bien, bien. Lo cierto es que su visita no obedece a la mera curiosidad de saber si el viejo Holmes puede ejecutar todavía alguno de sus trucos. Por lo que he visto, nuestro amigo Watson me insta, en su habitual estilo recargado, a que le ofrezca mi ayuda. Sin embargo, me temo, doctor, que no estoy en disposición de ayudar a nadie. —Tomando la carta de nuevo, Holmes le dirigió una breve ojeada—. Si no me equivoco, usted es el mismo doctor Petrie que estuvo envuelto en el caso Fu Manchú.

—Todavía me hallo envuelto en él. Y de modo más profundo de lo que nunca estuve con anterioridad.

Holmes alzó las cejas en expresión de sorpresa.

—¿De veras? Sin embargo, en la narración que usted efectuó del caso (narración que se halla en mi estantería), se afirmaba que Fu Manchú había hallado la muerte en un incendio provocado por él mismo más de dos años atrás.

—¡Ojalá hubiera ocurrido así! —musité en tono crispado—. Lo cierto es que consiguió escapar del incendio y no tardó en reemprender su siniestra actividad con el respaldo de unos fanáticos más despiadados, si cabe, que los de antaño. La opinión pública no ha sido puesta al corriente de tales hechos, pero… —vacilé—. ¿No ha tenido usted conocimiento de ellos?

—En absoluto —replicó Holmes con sincera preocupación en sus rasgos—. Lestrade y Gregson ya no pueden informarme; estoy fuera de todo contacto con Scotland Yard… Sin embargo, debo admitir que ciertas curiosas informaciones aparecidas en la prensa me habían llevado a pensar…

Alzándose de su sillón de modo inopinado, Holmes se acercó en silencio a la

ventana. A un palmo de ésta, sus ojos se fijaron en la blanca espuma de las olas y en la nada grisácea que se extendía más allá de ellas. De sus crispadas manos emergían unos nudillos puntiagudos como los de un esqueleto.

—¿Acaso Inglaterra no tiene ya bastantes enemigos? —musitó por fin—. Lo único que nos faltaba era una nueva visita de ese chino enloquecido y su banda de asesinos.

—Así están las cosas —concedí en tono sombrío—. Y de momento, Fu Manchú nos lleva ventaja. Hace menos de dos meses que consiguió secuestrar a Karamaneh, la muchacha egipcia con quien iba a casarme y a quien conserva como rehén…

Holmes volvió inmediatamente su rostro hacia mí.

—¿Debo entender, entonces, que tal es el motivo que le ha llevado a visitarme?

—¡Si sólo se tratase de eso! —repliqué en tono apasionado—. ¡Lo cierto es que Smith se halla, también, en las garras de Fu Manchú!

—¿Smith? —coreó Holmes—. ¡Así que han secuestrado a su superior y no se le ocurre otra cosa que venir a mí! ¿Para qué? —La aguda voz de Holmes se mostraba exasperada—. ¿Para que dé con él? ¿Para que yo ocupe su lugar? Lo siento, pero no estoy en disposición de ayudarle en ninguno de los dos casos.

No dejó de sorprenderme el repentino enfado de mi anfitrión, enfado que, curiosamente, parecía más dirigido a sí mismo que a mi persona. Tratando de reprimir su evidente contrariedad, Holmes cruzó lentamente la habitación hasta acercarse a la estantería, de donde extrajo una botella de cristal tallado.

—Bien, doctor —añadió en tono más calmado—. Le espera un viaje de regreso largo y penoso. Una copita no nos vendrá mal y, por lo menos, le permitirá contarme con detalle lo sucedido a Smith. Pongámonos cómodos y hablemos con tranquilidad.

Holmes sirvió dos copas con liberalidad, a las que añadió agua gasificada con la ayuda del voluminoso gasógeno. Tras ofrecerme una de ellas, tomó asiento en su sillón, se hizo con una cachimba de enormes dimensiones y procedió a llenarla con el tabaco proveniente de la babucha persa.

—Cuénteme lo sucedido —me indicó por fin.

Algo animado por su repentino interés, relaté lo sucedido en los últimos meses de modo muy esquemático —pues, de lo contrario, la narración me hubiera llevado varias horas— y expuse con minucioso detalle los acontecimientos más recientes. Con la cachimba en los labios, Holmes me escuchó en completo silencio con los ojos cerrados y la cabeza reclinada en el respaldo de su sillón. Aquella inmovilidad casi absoluta no se vio turbada hasta que hice referencia a la nota falsificada recibida por el inspector Weymouth.

—¿Cómo llegó la nota al inspector? —inquirió con vivacidad, abriendo los ojos repentinamente.

—Por correo —respondí—. El sobre que la envolvía se ha perdido. Por fortuna, sin embargo, Weymouth posee una memoria casi fotográfica y tiene la buena costumbre de echar un vistazo al matasellos antes de abrir su correspondencia. Por

consiguiente, sabemos con toda seguridad que la carta fue enviada desde Charing Cross el martes por la mañana, al día siguiente de la desaparición de Nayland Smith.

—¿Observó Weymouth alguna otra particularidad en la carta?

—En efecto, si así se le puede denominar. El inspector advirtió que el sello de correos aparecía pegado al sobre de forma ladeada, circunstancia que no dejó de parecerle algo extraña…

—¿Y ello no le hizo sospechar?

—Como ya he dicho, Weymouth lo encontró un tanto sorprendente. Sin embargo, en aquel momento no tenía motivo alguno para desconfiar, así que atribuyó la extraña colocación del sello al hecho de que Smith debió de haberlo pegado en un momento de prisa, sin tiempo para fijarse en el detalle.

Holmes movió lentamente la cabeza.

—¡Su descuido hizo que se perdieran momentos preciosos! Resulta evidente, doctor, que ni el inspector Weymouth ni usted mismo se han detenido a pensar en ocasión alguna que un individuo proveniente del Lejano Oriente, acostumbrado a escribir su lenguaje de modo vertical, probablemente hará uso de un sobre de modo igualmente vertical, esto es, situando los lados más estrechos del sobre arriba y abajo, y colocará el sello en la esquina izquierda. ¿Qué sucede cuando el sobre llega a su destinatario occidental? Al dirigir la mirada frente al sobre colocado en su acostumbrada posición horizontal, el sello se hallará en la derecha pero, eso sí, *ladeado* a sus ojos. El hombre encargado de enviar la nota mecanografió la dirección correctamente, tal y como se le había enseñado, pero no estaba seguro, sin embargo, de la forma exacta en que debía pegarse el sello.

—¡Ello prueba, por consiguiente, que el secuestro fue realmente obra de Fu Manchú!

—Eso parece. Pero teniendo en cuenta que ello parecía evidente desde el primer momento, no podemos decir que hayamos avanzado demasiado en la investigación. —Holmes se revolvió inquieto en su sillón—. Bien, hasta ahora me ha referido lo que descubrió, o dejó de descubrir, a su regreso a Londres. ¿Disponen Weymouth y usted de alguna otra pista?

—Me temo que no. Todo cuanto sabemos es que Nayland Smith desapareció entre las seis de la tarde del lunes y las cinco de la mañana siguiente; así parecen demostrarlo los periódicos hallados en el apartamento. Ni siquiera sabemos con certeza si fue raptado en el propio apartamento o en el exterior.

—No creo que el saberlo nos fuese de demasiada utilidad. Con todo, la solución es simple: se trata de determinar si Smith salió o no de casa. Me imagino que habrá echado usted un vistazo a su armario.

—En efecto. Recuerdo que faltaba una americana gris…

—¡No importa lo que faltase! —me interrumpió Holmes en tono impaciente—. Nos interesa lo que *había* en el armario. ¿Se hallaban allí sus abrigos?

—Ya veo adonde quiere ir a parar. Quiere usted decir que es improbable que

Smith saliese a la calle en pleno febrero sin ponerse un abrigo. Bien, recuerdo perfectamente que tanto el impermeable como el grueso abrigo que le he visto vestir en tantas ocasiones se encontraban en el armario. Sin embargo —vacilé un instante —, no podría afirmar con completa certeza que Smith no dispusiera de un tercer abrigo cuya existencia no recuerde ahora.

—Ya —musitó Holmes en tono ceñudo—. Sin embargo, si no he entendido mal, usted tiende a creer que el rapto tuvo lugar en el interior del piso. ¿Puedo preguntarle por qué?

Aquella pregunta no me resultaba sencilla de responder.

—Quizá porque la nota enviada a Weymouth fue escrita con mi máquina —repuse por fin—, lo que prueba que los agentes del Si Fan estuvieron en el apartamento.

—¡Ciertamente! Con todo, si tienen a Smith en su poder podemos concluir sin aventurarnos demasiado que también disponen de las llaves —fue la predecible respuesta de mi interlocutor—. Intentémoslo de otro modo: ¿recuerda usted haber percibido algo inusual en el apartamento?

—Nada, que yo recuerde —respondí con un suspiro—. Aunque… No sabría decirle bien, pero había algo…

Holmes se acercó a mi persona, envolviéndome con una extraña mirada.

—Sé lo que le sucede, doctor —repuso en tono tranquilo—. Usted ha visto algo inusual de modo inconsciente. Es una lástima, sin embargo, de que no disponga usted de la preparación adecuada para recordar de qué se trata.

—¡*Usted* se daría cuenta! —respondí. El entrechocar de platos en alguna habitación adyacente me recordó de improviso de que ya casi era la hora del almuerzo. No me quedaba mucho tiempo, así que opté por jugármelo todo a una carta —. Véngase conmigo a Londres y eche un vistazo al apartamento. Tengo un coche en la puerta y podemos estar en Londres dentro de un par de horas. Si así lo desea, le garantizo que estará usted de vuelta esta misma noche.

Holmes me dirigió una mirada cuyo significado resultaba imposible de discernir.

—¡Ello resultaría completamente inútil! —me respondió por fin—. El conocer un poco mejor las circunstancias en que Smith fue raptado no nos ayudará a saber dónde se encuentra prisionero. —El rostro de Holmes adquirió un matiz sombrío. Yo le observé en silencio durante lo que me pareció una eternidad. Por fin, cuando ya me disponía a despedirme y dar media vuelta en dirección a la salida, el duro brillo apagado de sus ojos adquirió un matiz melancólico—. ¡No! —apuntó Holmes en tono tranquilo—. Mi afirmación anterior distaba mucho de ser honesta. En ausencia de pistas más sólidas, toda investigación debe partir de la escena del crimen. Resulta sumamente improbable que ello nos conduzca a alguna parte, pero si no lo intentamos, nunca lo sabremos.

—¿Vendrá conmigo a Londres, entonces? —exclamé en tono jubiloso.

Sin responder de modo inmediato, Holmes desvió su mirada para fijarla en la nota

del doctor Watson que yacía sobre la mesa.

—¡Watson, Watson! —murmuró finalmente—. ¡No es la primera vez que me pone en uno de estos aprietos!

De pronto, en uno de aquellos raros gestos impulsivos célebres en él, Holmes se puso en pie de un salto, abrió la puerta de golpe y gritó a través del pasillo:

—¡Benjamín! ¡Traiga el abrigo y el sombrero del doctor Petrie! ¡Y, si es capaz de comérselo, dele mi almuerzo al gato!

Volviéndose lentamente hacia mí, Sherlock Holmes me ofreció una amplia sonrisa.

—No merece la pena retrasar un viaje como el que nos espera —apuntó—. Pongámonos en marcha ahora mismo, que ya almorzaremos alguna cosa por el camino.

CAPÍTULO 3
EL MAESTRO EN ACCIÓN

—Es preciso que deje algunas instrucciones de carácter doméstico a Benjamín antes de partir —observó Holmes, mientras me acompañaba hasta el porche—. Le ruego que me espere en el coche durante unos instantes. No tardaré en estar de vuelta…

Mientras Holmes regresaba al interior de la villa, caminé por el senderillo hasta sentarme al volante de mi Vauxhall. No me resultó en absoluto fácil dar la vuelta al vehículo en el estrecho camino; secretamente, me sentí aliviado de que mi acompañante no se encontrara allí para verme ejecutar tan torpe maniobra. Tras aguardar unos minutos, ocioso en mi automóvil, Holmes apareció por fin, ataviado con la larga esclavina y el gorro de cazador de ciervos que tantas veces había visto en sus viejas fotografías.

Holmes se acomodó desgarbadamente a mi vera, ofreciéndome un penetrante olor a bolas de naftalina. Una mirada feroz bastó para cortar mi expresión de asombro.

—¡No piense que me pongo mi disfraz de Sherlock Holmes para impresionar a nadie! —indicó—. Si llevo estas ropas es simplemente porque no dispongo de otras más adecuadas para emprender un viaje de este tipo.

Arreglando cuidadosamente los faldones de su esclavina sobre el asiento, Holmes añadió con gesto enfurecido:

—¡Y no crea que yo me impresiono fácilmente! Ya he visto que el automóvil no es de su propiedad. La matrícula está registrada en Somerset. Además, al efectuar la maniobra, ha chocado en dos ocasiones contra mi seto. Pero bien, no hay de qué enfadarse —afirmó, algo más risueño en vista de mi cara de pasmo—. Dele al acelerador y pongámonos en marcha.

Dado que la hora del almuerzo estaba ya bien entrada, apenas si avanzamos hasta Uckfield, donde dimos con un hotel en el que disfrutamos de una comida sencilla, pero preparada con esmero y regada con media botella de burdeos (botella que Holmes sospechaba proveniente del contrabando). Mi compañero de viaje exhibía ahora un talante muy distinto; tras haber consentido en acompañarme a Londres, mostrábase mucho más relajado, saboreando el vino con evidente placer y conversando como el individuo que se ha hallado desprovisto de audiencia durante mucho tiempo. Pero a pesar de mis requerimientos, Holmes rehusó especular acerca del asunto que nos importaba escudándose en el argumento de que ello resultaría por completo inútil hasta que no visitáramos la escena del crimen. En su lugar, el viejo detective me obsequió con una charla acerca de la tabla numérica de Zarlino, basada al parecer en el modelo jónico, charla que escuché en un silencio tan respetuoso como ignorante. Todo cuanto puedo decir —y quizá me equivoco— es que se trataba de

algo relacionado con la música.

Al reemprender nuestro viaje, la conversación languideció hasta cesar. A pesar de que estábamos sentados uno al lado del otro, el rugido del motor y el silbido del aire nos obligaba a gritar con todas nuestras fuerzas cuando deseábamos comunicarnos algo. Durante un período bastante prolongado, Holmes abrió la boca en una sola ocasión, y fue para protestar ante el intempestivo acercamiento de un automóvil familiar conducido por una mano todavía más inexperta que la mía.

—Por muy mal guiado que estuviese, un caballo jamás se abalanzaría sobre otro caballo del modo en que lo ha hecho ese automóvil del demonio.

Sin desviar la mirada, sonreí para mí; me resultaba más que comprensible la antipatía que Holmes sentía por los vehículos de motor. El tiempo, sin embargo, corría con cada kilómetro. Yo sabía muy bien que mi voluntarioso cálculo de dos horas para llegar a Londres se iba a dilatar de modo considerable.

Eran ya más de las cinco de la tarde cuando por fin llegamos a Fleet Street. El cielo comenzaba a oscurecerse, entre negros nubarrones que amenazaban lluvia. Al cruzar el arco de la entrada que daba acceso al pequeño patio interior comunicante con nuestro apartamento, Holmes dirigió una inquisitiva mirada a su alrededor.

—¿Es éste el único medio de acceder al piso?

—No —repliqué, señalando hacia las arcadas casi monacales situadas frente a nosotros—. Es posible llegar desde el Enbankment a través de esos arcos; pero ese camino es un poco más complicado.

Tras dirigirnos a la esquina derecha del patio, conduje a Holmes por las escaleras y procedí a abrir la puerta del apartamento, operación ésta bastante complicada, que obligaba a efectuar tres giros con la llave hacia la izquierda y dos hacia la derecha.

—La verdad es que Smith y yo convertimos el apartamento en una auténtica fortaleza —comenté—. Esta cerradura hubiera puesto en apuros al mismo Houdini.

—¿De veras? —musitó Holmes con escepticismo.

Abierta la puerta, cruzamos el pequeño pasillo hasta detenernos en la puerta de la sala, frente a la colección de budas marfileños, elefantes de ébano, grotescos dioses de múltiples brazos y fascinantes divinidades femeninas de desnudo sugerente.

—¡Esta casa parece un museo de curiosidades procedentes de la India!

—Así es, en efecto. Pero tales objetos no son de nuestra pertenencia. El apartamento es propiedad del coronel Bickerstaff, hombre que ha pasado la mitad de su vida en la India. Aunque el coronel ya está retirado, tengo entendido que todavía sigue allí, ejerciendo alguna misión de carácter civil.

Holmes asintió con la cabeza, tras lo cual se quitó la famosa gorra, situándola cuidadosamente sobre una silla. Sin embargo, mi acompañante no hizo gesto alguno de desprenderse de la esclavina, circunstancia atribuible al frío reinante en la habitación y, con toda seguridad, al hecho de que no tenía intención de permanecer allí durante demasiado tiempo. Inmóvil en mitad de la sala, sus ojos recorrieron cuidadosamente los distintos ornamentos allí presentes.

—¿Quién se encarga de la limpieza del apartamento? —inquirió por fin.

—Nosotros mismos, en su mayor parte. Una asistenta nos ayuda los miércoles por la mañana, pero no dispone de la llave, como tampoco dispone de ella el portero ni ninguna otra persona, a excepción de Smith y yo. Dado que Smith no estuvo aquí la semana pasada, la asistenta no debe haber tenido medio alguno para entrar en el piso y efectuar sus acostumbradas tareas.

—¡Excelente! El apartamento, por tanto, no ha sido tocado desde la desaparición de Smith. —Con ademán de curiosidad, Holmes se acercó a la mesa y retiró la cubierta que protegía la máquina de escribir—. Si no me equivoco, la nota enviada a Weymouth fue redactada con esta máquina, ¿no es así?

—Así es, en efecto.

En silencio, Holmes introdujo un folio en blanco en el carro de mi veterana máquina —un gastado pero efectivo artefacto adquirido por la modesta suma de diez chelines en el Mercado de los Ladrones—. Sin apresurarse, el detective pulsó varias teclas de modo secuenciado y extrajo el folio para observar la errática línea grabada en un tono índigo particularmente feo.

—El inspector no andaba muy desencaminado —concedió Holmes—. Debe resultar dificilísimo imitar la escritura de esta máquina.

Apartándose de la mesa, Holmes emprendió un minucioso registro de la habitación, examinando cuidadosamente cada uno de los objetos allí presentes, con el aire de una persona que no tuviera duda alguna acerca de cuál era el objeto de su búsqueda y que supiera bien dónde hallarlo, objeto que continuaba siendo un misterio para mí. Volviéndose repentinamente hacia mi persona, el detective efectuó una pregunta en tono inocente:

—Como tantos otros fumadores, dispongo de varias pipas (siete, en concreto), de modo que cuando me apetece un poco de tabaco, escojo la cachimba que mejor se acomoda a mi estado de ánimo particular. Sin embargo, creo entender que Smith no tenía más que una sola pipa.

—Sí —respondí en tono distraído—. Eso me parece, aunque imagino que, de tiempo en tiempo, adquiría algún modelo nuevo.

—Naturalmente —concedió Holmes—. Lo que quería decir es que su amigo debía de tener una pipa favorita, que empleaba de modo casi exclusivo durante años y años. Una cachimba de buena calidad puede resistir el paso del tiempo casi a la perfección. ¿No será ésta, por casualidad, la pipa que Smith siempre fumaba? —inquirió repentinamente, abriendo la palma de su mano.

—¡Cielo santo, así es! —exclamé, sorprendido ante la inconfundible cachimba ennegrecida de mi amigo—. ¿Dónde la ha encontrado?

—En un cenicero —respondió Holmes con placidez—. Sin duda, la ha visto usted allí tantas veces a lo largo de los años que en esta ocasión se le ha pasado por alto. Aunque no es del todo imposible, un fumador empedernido como Smith raramente se olvida de su pipa al salir a la calle —musitó el detective en tono algo crispado—.

Guarde esta cachimba en su bolsillo, doctor. Vamos a devolvérsela a Smith tan pronto como podamos —afirmó con un guiño—. Bien. Y ahora, ¿dónde acostumbra Smith a guardar sus botas?

Los abruptos cambios de tema en la conversación de Holmes me resultaban cada vez más familiares, aunque no por ello dejaban de sorprenderme en ocasiones.

—En… en un armarito que hay junto a la puerta —respondí, esforzándome en imaginar qué se llevaría ahora entre manos mi interlocutor—. Aunque no recuerdo con exactitud de cuántos pares disponía Smith.

—No importa. Quiero echar un vistazo.

Sherlock Holmes desapareció por el pasillo. Un instante después le oí trajinar en el recibidor durante algunos minutos hasta que finalmente regresó con un par de zapatillas en la mano.

—¿Estas zapatillas son de usted?

—En efecto. No he hecho uso de ellas desde mi regreso a Londres, pero…

—Éste es el único par de zapatillas que hay en el armarito —apuntó Holmes en tono significativo—. ¿Dónde se encuentran, por consiguiente, las zapatillas del señor Smith? ¿Acaso tiene el hábito de salir de noche con ellas puestas? Búsquelas por la casa mientras yo sigo con lo mío, pero tengo mis dudas de que consiga encontrarlas.

Mientras Holmes reemprendía su minucioso examen de todos y cada uno de los objetos de la casa, registré todos aquellos rincones en que podrían hallarse las dichosas zapatillas. Mi búsqueda no obtuvo resultado alguno. Al regresar del cuarto de Smith me encontré con un Holmes puesto de puntillas junto a la pared, con la nariz aplastada contra el enyesado. Al advertir mi presencia, el famoso detective volvió su rostro y, sin ofrecerme ninguna explicación relativa a sus curiosos ejercicios gimnásticos, señaló con el índice hacia el aparador.

—¿Recuerda si había alguna cosa en ese aparador? ¿Un jarrón, quizá?

—No sabría decirle —respondí—. Es posible, pero este piso está tan repleto de objetos que no nos pertenecen… Desde que vivo aquí, aún no he tenido tiempo de fijarme en muchos de ellos.

Holmes frunció el gesto en ademán reprobador. Sin decir palabra, extrajo una gran lupa de su estuche de cuero y, murmurando imprecaciones contra su reumatismo (en el que, francamente, yo no creía en absoluto), se agachó para examinar cuidadosamente una pequeña porción de la alfombra adyacente a la puerta del pasillo. Tras unos minutos de esta guisa, mi curioso acompañante se puso en pie, depositó la lupa sobre la mesa y se volvió de nuevo hacia mí.

—No vale la pena que continuemos buscando. Ello sería completamente inútil —me anunció en tono pesimista.

—¿Cómo? —exclamé con decepción—. ¿Quiere decir que es incapaz de descubrir cosa alguna?

—Nada de eso —replicó un Holmes de mirada feroz—. Lo que quiero decir, amigo mío, es que ya he descubierto cuanto necesitaba para estar seguro de que el

señor Smith no abandonó esta habitación por su propia voluntad. ¡Por cierto que no! Ello resulta más que evidente. En este apartamento tuvo lugar una auténtica batalla, batalla cuyas huellas alguien se ha esforzado en borrar, aunque no con la dedicación necesaria, pues aparecen por todas partes. Gran parte de los muebles, por ejemplo, han sufrido golpes y rayaduras. Resulta igualmente evidente que muchos de los ornamentos cayeron al suelo y fueron colocados más tarde en posiciones algo distintas a las habituales.

Acercándose en silencio a la chimenea, Holmes tomó de ella un pequeño elefante de ébano.

—Esta estatuilla, por ejemplo, ¿acostumbraba a estar sobre la chimenea?

—¡No, es cierto! —recordé de pronto—. Su lugar estaba en el escritorio, donde la empleábamos como pisapapeles.

—Eso es —asintió Holmes—. Me ha resultado extraordinariamente útil el hecho de que no sean ustedes precisamente unos maniáticos de la limpieza (ni, desde luego, la pobre mujer que viene los miércoles por la mañana a tratar de remediar en algo el desaguisado). Resulta muy sencillo distinguir entre los objetos que no fueron movidos en la lucha, que muestran una nítida marca de polvo bajo su superficie, y aquellos que resultaron desplazados, carentes de mancha alguna. Y fíjese bien en la alfombra. Si goza usted de buena vista, ni siquiera es necesario que se ponga a cuatro patas. Mire bien y verá cómo una parte de la alfombra ha sido lavada. Al no disponer de un detergente apropiado, debieron de hacerlo con jabón del cuarto de baño, que ha dejado sedimentos en el material. Fíjese además que no pudieron borrar por completo algunas manchas de sangre…

—¡Sangre! —repetí, horrorizado.

—Oh, no hay motivo para alarmarse —replicó Holmes en tono indiferente—. En una pelea como la que tuvo lugar aquí siempre se produce algo de sangre. Con todo, las heridas parecen haber sido superficiales y nada nos dice que no fueran sufridas por el otro bando. —Holmes guardó silencio durante un instante—. Estoy seguro de que la lucha debió de ser bastante ruidosa. ¿Cómo es, entonces, que parece que nadie la haya oído?

—El apartamento de abajo está vacío —expliqué—, y el matrimonio que vive en el piso vecino trabaja hasta muy tarde. Raramente regresan a casa antes de medianoche.

Holmes asintió en silencio.

—Podemos deducir, por consiguiente, que el rapto tuvo lugar en las primeras horas de la noche, probablemente muy poco después de la llamada de Smith, quien, a pesar de haberse calzado las zapatillas, no tuvo tiempo de encender la chimenea.

—¿Cómo pudieron ingeniárselas para irrumpir en el apartamento? Aun en el caso de que hubieran logrado deslizarse hasta la ventana (lo que desde luego no sería infrecuente entre los hombres de Fu Manchú), ésta se hallaba firmemente sujeta para evitar esa posibilidad.

—Los asaltantes irrumpieron por medios no tan dramáticos y más convencionales. ¡Por la puerta, en otras palabras!

—Pero Smith no se hubiera dejado engañar de ese modo, y menos tras las experiencias similares sufridas por mí con anterioridad —objeté—. Smith era precavido por naturaleza. Incluso a plena luz del día todo visitante imprevisto debía identificarse claramente y detallar el motivo de su visita antes de que Smith, revólver en mano, le abriera la puerta. Tales medidas únicamente se obviaban frente a Weymouth o yo mismo…

—¿Y nadie más? —objetó Holmes en tono calmo—. ¿Una mujer, por ejemplo, cuya voz le fuera bien conocida? ¿No me habló usted esta mañana de cierta muchacha, prometida de usted, raptada por Fu Manchú…?

—¿Karamaneh? —exclamé, tratando desesperadamente de guardar la calma—. ¡Jamás! Antiguamente hubo un día en que Fu Manchú podría haberla obligado a semejante tarea, pero no ahora. Nada en el mundo, ninguna forma de coerción podría…

—Fu Manchú probablemente no trató de obligarla a nada —concedió Holmes—. ¡Pero lo cierto es que ella estuvo aquí! La alfombra que estamos pisando en este momento presenta varios especímenes excelentes de un cabello demasiado largo para pertenecer a un hombre, y dudo mucho de que pertenezcan a su descuidada asistenta. Creo que estamos en condiciones de reconstruir con facilidad lo que debió de suceder. La muchacha debió de ser conducida hasta muy cerca del apartamento, tras lo cual se la dejó escapar de modo más o menos disimulado. ¿Qué haría usted en su caso sino correr desesperadamente hasta la puerta del apartamento y demandar ayuda angustiosamente hasta conseguir que le abran? Cuando Smith abrió la puerta, la muchacha hizo lo que toda fémina haría en sus circunstancias, es decir, arrojarse entre los brazos de su salvador. Un segundo más tarde, los perseguidores aparecían de improviso, sin que el aturdido Smith hubiera tenido tiempo de reaccionar y tan siquiera cerrar la puerta.

Abrumado ante tan lógica explicación, me sentí incapaz de articular palabra. Sin inmutarse por ello, Holmes se alejó por un instante hacia la cocina para reaparecer con una escoba en la mano izquierda y un objeto de impreciso carácter en el puño de la diestra.

—Una parte de mi teoría se ha confirmado —apuntó—. Veamos ahora si podemos confirmar la otra parte.

Con un leve gesto de la cabeza me conminó a seguirle hasta el aparador.

—El revólver del que usted hizo mención fue apartado violentamente del alcance de Smith antes de que éste pudiera hacer uso de él. Tras ejecutar una parábola en el aire, el arma fue a estrellarse sobre el aparador, haciendo caer un jarrón. —Abriendo la palma de la mano, Holmes exhibió varios fragmentos de una porcelana de vivos colores—. Los trozos del jarrón, rescatados del cubo de la basura —declaró.

Ignorando mi expresión asombrada, Holmes se acuclilló ante el aparador y,

ayudándose con la escoba, tanteó una y otra vez bajo el mueble hasta extraer ¡una pistola automática Browning!

—Tal y como era de prever —apuntó Holmes—. Aunque vieron dónde cayó el revólver, no se preocuparon de recuperarlo, pues ya se hallaba perfectamente oculto. Fíjese bien; el seguro está alzado, pero el arma no fue disparada. Sin duda Smith iba a disparar cuando un golpe o una patada en la muñeca mandaron al revólver por los aires. Es probable que dos hombres se ocuparan de Smith mientras un tercero se entretenía en cloroformizar a la muchacha. ¿Acostumbra su prometida a vestir zapatos de tacón alto?

Ante la imprevista pregunta, medité por un instante hasta recordar los diminutos zapatos rojos que le había visto llevar en ocasiones.

—Sí. A veces, cuando viste a la europea, hace uso de ese tipo de calzado.

—Eso es lo que pensaba. Aunque resulta imposible afirmarlo con toda seguridad, la alfombra muestra una profunda marca, originada, probablemente, cuando la muchacha trató de sorprender a su contrincante con un violento pisotón. Éste, sin embargo, logró esquivar el golpe y reducir a la joven mientras sus dos compañeros peleaban con Nayland Smith. La lucha debió de ser dura, pero los dos agresores acabaron por imponerse. Este par de muchachos debían de ser bastante fuertes físicamente, además de poseer un aspecto un tanto curioso. Uno de ellos era tan alto como yo; el otro, en cambio, tenía una estatura inusualmente corta.

Ayudándose de su linterna, Holmes dibujó un círculo luminoso en torno a aquel punto de la pared en que le había visto ejecutar extrañas maniobras con anterioridad.

—¿Puede usted ver esa mancha grasienta? Ahí es donde el más alto de los dos muchachos se golpeó con la nuca, al ser arrojado violentamente contra la pared en un momento de la lucha. Sus cabellos estaban fuertemente impregnados de un preparado elaborado a base de esencia de camelias que es extremadamente popular en el Lejano Oriente. El aroma resulta siempre muy fácil de reconocer…

Mi expresión de respetuoso asombro debió de tornarse en algo semejante a la incredulidad en aquel instante, pues Holmes no pudo reprimir una amplia sonrisa.

—Oh, naturalmente, el aroma del que le hablo apenas si es perceptible ya. Sepa, sin embargo, que tengo un olfato comparable al del mejor perro policía. ¿Podría usted imaginarse cuánto llegó a importunarme un resfriado que, en cierta ocasión, me acompañó a lo largo de toda una investigación de la importancia más extrema? Añadiré también que he descubierto en la alfombra varias muestras del cabello de nuestros atacantes. Se encuentran en el escritorio situado a su espalda.

Al girarme, observé la presencia de tres o cuatro cabellos sobre el montón de folios en blanco vecino a la máquina de escribir. Sin mediar palabra, Holmes se arrancó uno de sus escasos y lisos cabellos de tonalidad neutra y lo situó junto a los otros.

—Compárelos usted mismo con la lupa —me indicó—. Como hombre versado en la ciencia médica quizá sepa usted ya que el cabello de los asiáticos acostumbra a ser

más áspero y rígido que el de los europeos. ¿Satisfecho? Bien. Ahora fíjese en esto…

Obedeciendo a su gesto, mis ojos se detuvieron ante tres gruesos libros dedicados al arte de la India cuyos lomos trabajados destacaban orgullosamente en una estantería.

—Estas valiosas piezas de bibliófilo cayeron al suelo entre la confusión de la lucha, para ser devueltas a su estante algo después. Pero ¿a quién sino a un oriental se le ocurriría reordenarlas al revés, de derecha a izquierda?

—Watson tenía razón —admití, maravillado—. Todo parece muy sencillo al ser explicado por usted. Sin embargo, sus razonamientos guardan la simplicidad de un auténtico genio. —Holmes enrojeció, visiblemente complacido, momento que aproveché para demandar una última explicación—. Por cierto, ¿cómo ha adivinado usted que el segundo asaltante de Smith era de baja estatura? Como ya me ha explicado, la mancha de la pared le ha bastado para adivinar la complexión de su compañero más alto, pero…

—¡La silla! —exclamó Sherlock Holmes, tomando el respaldo de mi silla regulable de oficinista y apartándola de la mesa—. Pasada ya la lucha los dos compañeros permanecieron varios minutos más en el apartamento. El más alto de ellos se esforzó en limpiar toda posible huella. Su compañero, en cambio, tenía por misión escribir la falsa nota a Weymouth. Para redactar con más comodidad frente a la máquina, optó por alzar la silla, y lo hizo de tal modo que apenas si me caben las rodillas bajo la mesa. ¡Nuestro hombre, por tanto, no debía medir más allá de metro y medio! Quizá se trataba de un japonés o un nativo de la Cochinchina.

Acercándose a la chimenea, Holmes tomó asiento en el brazo de uno de los sillones, donde permaneció durante unos instantes en actitud pensativa y en completo silencio, con los codos apoyados sobre el muslo y la barbilla hundida entre las manos. Al verle de aquella guisa no pude evitar la comparación, un tanto irrespetuosa, quizá, entre su figura y la de una gárgola que recordaba haber visto en las torres de Notre Dame[9].

—Ya conocemos de qué modo fue ejecutado el secuestro —indicó por fin—. Y no creo que nos resulte muy difícil adivinar el motivo de dicha acción. El señor Nayland Smith quizá no fuera muy explícito con usted por teléfono, pero sí lo fue, y de sobra, para Fu Manchú. ¿Cree usted que al doctor Fu Manchú le representa algún problema la instalación de algún sistema de escucha subrepticia en su línea telefónica? Estoy convencido de que todas las conversaciones efectuadas a través de este aparato que tenemos delante han sido registradas en alguno de esos cilindros de cera que el señor Edison ha inventado en Norteamérica. Smith le dijo a usted que creía tener una posible pista relativa a las actividades del Si Fan, asunto del que pensaba informarle por carta. Aunque el propio Smith confesó la naturaleza aparentemente inextricable de dicha pista, la breve conversación telefónica bastó para que los hombres de Fu Manchú se lanzaran de inmediato sobre él.

—Así debió de suceder, efectivamente. Y lo cierto es que yo jamás llegué a

recibir su famosa carta.

—Por supuesto que no. Resulta evidente que Smith no se decidió a escribirla de inmediato y los muchachos del Si Fan no le dieron una segunda oportunidad. Me pregunto qué sucedió después… ¿Cómo se las ingeniaron para, sin llamar la atención, sacar del edificio a un Smith ya reducido y presumiblemente bajo los efectos de alguna droga somnífera? En cuanto a la muchacha… su prometida… este…

—Karamaneh —respondí—. Se trata de un nombre de origen egipcio.

—¡Ah, sí! Karamaneh —silabeó el viejo detective—. ¿Es así como se pronuncia?

—Así es, efectivamente.

—Bien. A lo que íbamos. Me imagino que Karamaneh, tras haber sido utilizada como cebo por el Si Fan, fue conducida semiinconsciente hasta un vehículo que aguardaba muy cerca de aquí. Una mujer desmayada nunca llama excesivamente la atención. En el caso de Smith, las cosas debieron de presentar mayor dificultad para los raptores. Supongo que no tuvieron demasiados problemas para arrastrarle por las escaleras, pero ¿qué sucedió en el exterior? Tanto Fleet Street como el Enbankment son dos arterias bastante transitadas, incluso bien entrada la noche…

Con un suspiro, Holmes se puso en pie y tomó su gorra de la silla.

—Ya nada nos retiene aquí —declaró—. No obstante, antes de marchar, me gustaría efectuar una visita de cortesía a los vecinos.

CAPÍTULO 4
UN SACO DE CARBÓN

Un instante después, Holmes y yo nos hallábamos frente a la puerta del piso situado directamente bajo nuestro apartamento.

—Si no entendí mal, usted me dijo que este apartamento estaba desocupado.

—Así es, en efecto —respondí—. No recuerdo haberlo visto jamás habitado. Me imagino que el portero dispondrá de una llave…

—No creo que sea necesaria —replicó Holmes.

Como si se tratara de lo más natural del mundo, mi acompañante empujó la puerta suavemente y, ante mi sorpresa, ésta se abrió fácilmente. Tras irrumpir tranquilamente en el apartamento, Holmes buscó el interruptor de la entrada e iluminó la estancia. Ello me resultó igualmente sorprendente pues, en buena lógica, los fusibles deberían hallarse desconectados.

—Supongo que les resultó fácil forzar la cerradura —musitó mi compañero—. Y, desde luego, no se preocuparon de asegurarla otra vez.

Un instante después no hallábamos ante una sala de idéntica forma y tamaño que la situada más arriba. Evidentemente, el piso estaba todavía en alquiler, como lo demostraba el barato y sobrio mobiliario (una mesa, dos sillones y un pequeño sofá) y la ausencia de todo elemento decorativo o personal.

—Estamos cometiendo lo que se llama un auténtico allanamiento de morada —apuntó Holmes—. No obstante, dudo mucho de que alguien nos denuncie por ello. —El viejo detective echó un somero vistazo a la habitación—. Ésta era su base de operaciones. Aquí fue donde aguardaron a que Smith regresara al apartamento y aquí fue donde le retuvieron hasta que estuvieron en disposición de sacarle al exterior sin correr riesgo alguno. La ausencia de cortinas indica que debieron de emplear alguna tela u otro objeto para cubrir las ventanas y evitar que la luz los delatara.

El pequeño sofá emplazado junto a la pared se hallaba cubierto por una sábana polvorienta. Sin embargo, los dos sillones aparecían libres de sus respectivas sábanas protectoras, que yacían en descuidado ovillo sobre el suelo.

—Parece que decidieron ponerse cómodos —musité en tono ceñudo, mientras Holmes sonreía ante mi observación.

—Por supuesto. Nuestros amigos debieron de pasarse varias horas esperando aquí. Como era de esperar, no hicieron esfuerzo alguno en borrar sus huellas, pues contaban con que a nadie se le ocurriría venir a husmear por aquí. Sí, debieron de matar la espera fumando sin parar; hay rastros de ceniza por todas partes.

Así era, efectivamente. La oscura moqueta aparecía surcada de pequeñas manchas grisáceas. Recordando de improviso la célebre monografía elaborada por Holmes en

relación con los distintos tipos de ceniza de tabaco, no pude por menos de efectuar una pregunta casi obligada.

—¿A cuál de sus ciento cuarenta variedades de ceniza pertenecen estas manchas?

—A ninguna de ellas, pues no se trata de ceniza de tabaco. Lo que fumaban nuestros amigos era *hashish*.

—*¿Hashish?*

Holmes sonrió ante mi expresión de extrañeza.

—Su sorpresa obedece muy probablemente al hecho de que el concepto que tiene usted del cannabis es el de una droga poderosísima que provoca alucinaciones. Sepa usted que la planta de la que se extrae el cannabis puede ser fumada, como así se hace en extensas zonas de Asia, donde tal hábito se halla tan extendido como el del tabaco, sin que sus perjuicios sobre la salud sean de particular relevancia. Por supuesto, el señor Nayland Smith fue drogado con alguna otra sustancia de efectos más poderosos. —Acercándose al sofá otra vez, Holmes examinó cuidadosamente la sábana protectora del polvo—. Creo que nuestro amigo fue depositado aquí. Fíjese en las particulares arrugas de esta sábana. No obstante, no se aprecia el menor rastro de sangre. Quizá ello sirva para tranquilizarle un poco.

Ayudándose de la lupa y una pequeña linterna de bolsillo. Holmes procedió a examinar meticulosamente todos los rincones de la habitación.

—¡Ajá! —exclamó por fin en tono triunfante—. Nuestro amigo de elevada estatura se acomodó en este sillón. Sus grasientos cabellos han dejado una pequeña marca en el respaldo. Él fue, además, quien resultó herido en la lucha, en la frente o en la mano derecha. Las manchas de sangre a este lado del sillón parecen demostrarlo así.

Holmes se volvía hacia mí cuando su pie izquierdo tropezó con una de las sábanas arrugadas sobre el suelo. Entonces, la sábana se movió lo justo para revelar la presencia de una imprecisa forma multicolor oculta bajo ésta. Tan sorprendido como yo, Holmes se agachó de inmediato a inspeccionar el imprevisto hallazgo.

—¡Dios santo! —musitó—. ¿Qué diantre hacen aquí estas cosas?

Mi compañero apartó la sábana por completo, permitiéndome observar un extraño revoltijo de brillantes colores, cuya naturaleza no pude reconocer de inmediato.

—¿Qué es todo esto?

—¿Acaso no lo ve? —replicó Holmes en tono irritado—. Se trata de globos, globos como los que emplean los niños en sus juegos. Globos, además, que han sido reventados. —Arrodillándose junto a la sábana, mi compañero tomó algunas muestras del sorprendente descubrimiento—. ¿Se da usted cuenta? Todos los globos tienen un nudo en el extremo, lo que prueba que no estaba previsto utilizarlos de nuevo. El único medio de vaciarlos de aire estribaba, por consiguiente, en reventar la goma. Pero ¿por qué? ¿Con qué objeto hicieron uso de estos globos los secuestradores?

Poniéndose en pie bruscamente, Holmes echó a caminar en derredor de la

habitación, moviendo la cabeza nerviosamente y hablando más para sus adentros que para mi persona.

—¿Por qué motivo regresaron aquí tras haber reducido a Smith? ¿Por qué razón retuvieron a su víctima aquí? ¿Cómo se las ingeniaron para sacarle a la calle sin despertar sospechas? ¿Por qué motivo aguardaron durante tanto tiempo hasta decidirse a hacerlo?

En aquel instante, el reloj de la catedral de San Pablo marcó las seis. Como si obedeciera a una señal, Sherlock Holmes detuvo en seco sus andares de tigre enjaulado, se arrodilló velozmente sobre la moqueta, frotó su índice en ésta, para acabar llevándose el dedo a la nariz y a los labios y emitir una nueva exclamación de sorpresa.

—¡Esto es polvo de carbón! —explicó, poniéndose en pie—. A diferencia del suyo, este apartamento goza de calefacción eléctrica. ¿Qué pinta, por consiguiente, el polvo de carbón sobre la moqueta?

Tan sorprendido como mi interlocutor, apenas si pude articular palabra. Hundiéndose de nuevo en el silencio, Holmes miró fijamente sus dedos ennegrecidos, que limpió prontamente con la ayuda de un pañuelo.

—¿Dónde se almacena el carbón en esta casa y quién se encarga de distribuirlo por los apartamentos? —interrogó por fin.

—El carbón se guarda en el sótano del edificio —respondí—. Y el portero se encarga de subirlo en cubos cuando se le pide.

—¿Vive en este mismo edificio el portero?

—Así es, en un sótano situado en la parte trasera.

Holmes asintió brevemente con la cabeza.

—Creo que voy a acercarme a charlar un momento con él. Espéreme aquí. Quizá sea mejor que efectúe esta visita en solitario.

Dicho y hecho, mi compañero desapareció por el corredor sin añadir una palabra más. Angustiado, dejé que mis ojos recorrieran el paisaje lluvioso que se apreciaba a través de las ventanas. Mi confianza en Sherlock Holmes no me iba a bastar para arreglar esta situación. ¡Si tan sólo yo hubiera regresado a Londres cinco días antes!

Holmes estuvo ausente durante unos quince minutos. Cuando volvió su rostro mostraba una expresión un tanto risueña.

—A veces la celebridad no viene nada mal —comentó en tono divertido—. Al principio el portero me tomó por una aparición. Cuando pude convencerle de que me trataba del verdadero Sherlock Holmes, el pobre hombre se desvivió por facilitarme cuanta información me fuera necesaria, ofreciéndose incluso a visitarme en Baker Street cuando yo lo precisara.

Sin poder contener la risa, Holmes tomó asiento en uno de los sillones. Ya en tono más serio, procedió a relatarme cuanto había obtenido del portero.

—Al parecer, un curioso incidente tuvo lugar en esta casa hacia las ocho de la mañana del martes. Si no he entendido mal, el portero vio interrumpido su desayuno

por la súbita aparición de un carbonero cargado con un gran saco de combustible sobre la espalda. Según el extraño, dicho saco había sido encargado por una tal señora Wainwright. Aunque el portero tuvo que esforzarse bastante para convencer a su interlocutor de que ninguna señora con ese nombre residía en el edificio y que nadie había encargado carbón alguno, parece que el carbonero acabó por entrar en razón y alejarse hacia la calle blasfemando por su mala suerte.

—¿Y piensa usted que…?

—No hay nada que pensar. Los hechos hablan por sí solos. El comisario Nayland Smith fue sacado del edificio, a plena luz del día, oculto en el interior de un viejo saco supuestamente cargado de carbón. Por fortuna para él, Smith estaba adormecido y no pudo tener conocimiento de tal hecho. —Los labios de Holmes se plegaron en una mueca sardónica ante aquella circunstancia supuestamente tan graciosa—. Hay algo más —añadió—. El hombre que se hizo pasar tan convincentemente por carbonero no era oriental. Se trataba de un europeo y, muy probablemente, de un londinense.

—Sé que hay europeos lo bastante desalmados como para colaborar con el Si Fan —repliqué en tono algo seco—, pero hay algo que no entiendo. ¿Qué sentido tenía dejarse ver por el portero de ese modo deliberado?

—¿Cómo? —exclamó un Holmes casi escandalizado—. ¿Dónde está su sentido artístico? ¿Piensa usted que un carbonero puede ser visto saliendo con un saco de un edificio residencial así como así? Si algún curioso se entrometía ya tenía la respuesta preparada. Y dado que el entrar en la casa con un saco vacío hubiera sido igual de llamativo, nuestro amigo tuvo la ingeniosa idea de llenar el saco con globos hinchados, de modo que el saco pareciese estar repleto a los ojos de cualquier observador.

—En ese caso, ¿por qué no llenarlo con verdadero carbón? Ello parece más sencillo.

Mi sugerencia hizo que Holmes riera con ganas.

—¡Es usted implacable, doctor! Pero, sí, su pregunta merece una contestación. Si dejamos aparte que siempre resulta más sencillo acarrear un saco lleno de aire que otro repleto de carbón, el problema estriba en deshacerse del carbón. Los globos deshinchados se pueden ocultar en casi cualquier rincón, cosa que no ocurre con el carbón. Lo tenían todo planeado. En caso de que el portero hubiera entrado accidentalmente en el apartamento en que nos hallamos, extrañado quizá ante la cerradura abierta, un vistazo superficial le habría bastado para asegurarse de que nadie había estado en él y que la cerradura habría sido dejada abierta por descuido. De haberse topado con una pila de carbón sobre la moqueta, lo más probable es que nuestro buen portero comenzase a tener sospechas…

—¡Por supuesto!

—De ahí el empleo de los globos, tan sencillos de disimular. Con todo, los secuestradores cometieron el tremendo error de olvidarse de cubrir los sillones y

cerrar la conexión eléctrica del piso. Resulta evidente que quien planeó el rapto de Smith gozaba de una inteligencia superior a la de los rufianes ejecutores de la acción.

Las últimas palabras fueron pronunciadas por Holmes en un tono extrañamente terminante. Tras dirigir una cuidadosa mirada al resto de la sala, como si temiese olvidarse de algo, Holmes se puso en pie con gesto tranquilo.

—Bien. Mi tarea se acaba aquí. Ya he cumplido con el motivo de mi visita a Londres —afirmó, extrayendo sus gruesos guantes de lana del bolsillo de la esclavina —. Como ya le dije en un principio, dudo mucho de que nuestros descubrimientos le ofrezcan pista alguna relativa al paradero del señor Smith. De hecho, la pista más significativa que existe por el momento ya era conocida antes de mi intervención.

—¿Y cuál era esa pista? —inquirí con curiosidad.

—La que se deriva de la falsa nota enviada a Weymouth. Como usted bien sabe nos hallamos frente a un grupo de terroristas, circunstancia que en este caso nos proporciona la seguridad de que Smith no ha sido asesinado. Ello es así por cuanto los terroristas no tratan de mantener sus crímenes ocultos sino, bien al contrario, de darles la máxima publicidad posible. Por ello, de haber acabado con Smith se hubieran limitado a abandonar su cadáver en el apartamento. Cabe la posibilidad, añadirá usted, de que Smith haya sido liquidado más tarde, sin que su cadáver haya sido encontrado todavía. Pero en tal caso, ¿qué sentido tenía el envío de la falsa nota a Weymouth? ¿Para qué molestarse de ese modo en disimular los estropicios ocasionados en el apartamento?

—No lo sé. ¿Tiene usted alguna explicación?

—Sí —repuso Holmes, ajustándose los guantes en torno a sus largos dedos de artista—. Tengo una explicación, es la misma que podría haberle ofrecido este mediodía. Smith fue secuestrado y sus raptores se vieron obligados a disimular tal hecho durante algunos días. Tal necesidad tiene una explicación muy simple. Smith fue conducido a un refugio provisional que no resultaba demasiado seguro si las investigaciones policiales se iniciaban antes de lo deseado.

—¿Le parece entonces que aún estamos a tiempo?

—No, ya no. Los secuestradores han conseguido ganar los días que necesitaban. En estos instantes Smith debe hallarse en el refugio que se le había destinado y que, por un motivo u otro, no resultaba posible emplear inmediatamente después del rapto. A este último respecto podemos formular dos hipótesis. Quizá este refugio más seguro no podía ser empleado hasta una fecha determinada o bien se hallaba a demasiada distancia del escenario de los hechos. —Con gesto cuidadoso, Holmes procedió a ajustarse la gorra—. Bien, ha llegado el momento de emprender el regreso a casa.

Algo decepcionado, a pesar de que era plenamente consciente de que poco nos quedaba ya por hacer en aquel lugar, acompañé a Holmes hasta la calle. Una lluvia persistente nos acompañó en nuestro camino hasta el coche.

—¿Tiene usted intención de seguir con este caso? —musité, sin demasiada

esperanza.

—No. Ello representaría una absoluta pérdida de tiempo. Todo cuanto puede hacerse por el momento estriba en peinar meticulosamente los círculos frecuentados por esos fanáticos orientales y buscar algún posible testigo que viera al carbonero dirigirse en alguna dirección con su saco. La policía está especializada en esta clase de tareas y dispone de los medios necesarios para llevarlas a cabo. Debo decirle que el Londres que yo conocí, una ciudad en la que un puñado de matones de baja estofa, mis famosos Irregulares de Baker Street, me tenían perfectamente al corriente de cuanto de extraño sucedía en sus calles, es una ciudad que desapareció con el cambio de siglo. Si quiere un consejo, trate de averiguar si a algún carbonero le ha sido robado su carro. Aunque ello puede resultar exactamente igual de inútil y quizá el sujeto descrito por el portero era, efectivamente, un carbonero. Buen número de esos truhanes harían cuanto se les dijera a cambio de un billete de cinco libras.

Sin duda Holmes tenía razón, probablemente ya no había nada que pudiéramos hacer. Con todo, no podía dejar de sentirme insatisfecho mientras caminábamos hacia el garaje donde mi Vauxhall aguardaba para emprender su tercera travesía de las colinas de Sussex en un mismo día.

—No es preciso que emprenda usted una tercera excursión —afirmó Holmes, como si hubiera leído en mi pensamiento—. Lléveme a Victoria Station, y ya tomaré algún tren.

—Nada de eso —repliqué en tono obstinado—. Usted ya ha cumplido con su promesa; déjeme ahora hacerme cargo de la mía.

Holmes me dirigió una mirada en silencio y se encogió de hombros. Aunque tuve la intuición de que probablemente prefería regresar por medio del ferrocarril, estaba decidido a no dejarle marchar de mi lado hasta el último instante.

—Está bien —musitó por fin—. Como usted guste.

Tras llegar al garaje, aguardamos unos instantes junto al automóvil mientras un par de diligentes mecánicos alzaban la capota y conectaban los faros.

—En caso de que surja alguna nueva pista, ¿puedo volver a contar con usted? —insistí, de un modo ciertamente no muy considerado.

—¡Doctor Petrie, ya está bien! —estalló el exasperado Holmes—. Aun en el caso de que decidiera involucrarme en este asunto (y, francamente, no es ésa mi intención), mi ayuda no le iba a servir más que de estorbo. A mis años ya no estoy para ir por ahí escalando tapias y tejados. En cuanto a mis conocimientos sobre China, cualquier enciclopedia del montón le resultará más efectiva. ¿A qué viene ese interés suyo en que me dedique a este caso?

—Cuando acudí a usted esta mañana, lo hice porque confiaba en su reputación —afirmé, midiendo cuidadosamente mis palabras—. Tras haberle conocido y visto en acción, ahora confío en su persona.

Holmes aceptó el cumplido con una media sonrisa y un leve movimiento de la cabeza. Mis halagos, sin embargo, no parecieron variar su opinión en un ápice.

—Hace tiempo que decidí retirarme por completo de esta clase de investigaciones —afirmó con seguridad—. Y, además, también tengo obligaciones que…

—¿Obligaciones? —acabé por estallar—. ¿Obligaciones para con quién? ¿Las abejas? —De inmediato advertí lo intolerable de mi comportamiento—. Le ruego que me disculpe, señor Holmes. Estoy…, estoy desolado por la grosería que acabo de cometer.

—No hablemos más de ello —respondió Holmes, subiendo al automóvil—. Sé lo que piensa, Petrie. Usted cree que si en vez de Smith se hubiera tratado de Watson mi respuesta habría sido diferente.

Holmes se acomodó en el asiento posterior, dejando bien claro de ese modo que no tenía ningún interés en continuar la conversación. Desolado y avergonzado de mí mismo, tomé mi puesto al volante y salí a toda prisa del garaje.

Aquel viaje amenazaba con resultar tan frío como desagradable para los dos (sin estar, además, totalmente exento de peligro, pues era la primera vez que me aventuraba a conducir de noche). Aunque la capota de lona protegía nuestras cabezas de la lluvia de modo bastante eficaz, los lados de mi vehículo no disponían de cobertura alguna, estando abiertos a la acción de los elementos. No resultaba extraño, por consiguiente, que Holmes prefiriese la comodidad de un vagón de tren bien caldeado. A pesar del silencio y del voluntario aislamiento de mi compañero, tuve la intuición de que éste no se hallaba resentido contra mí. Más bien parecía como si guardara cierta mala conciencia por causa de su rechazo a involucrarse más profundamente en la investigación; a pesar de que sólo había conocido a Sherlock Holmes durante unas horas, me parecía que su rebuscada frialdad no era sino la máscara que ocultaba un carácter de natural particularmente sensible.

Una vez hubimos abandonado las farolas de la metrópoli, la conducción nocturna se me antojó extremadamente fatigosa. Con mi manga izquierda empapada por completo y la lluvia estrellándose violentamente contra el parabrisas, muy pronto decidí sacrificar la velocidad en aras de la prudencia, temeroso de que alguna avería nos obligase a detenernos en mitad de aquellos parajes desérticos.

De esta guisa cruzamos Godstone y East Grinstead; pocos kilómetros más allá la lluvia cesó abruptamente. Una luna de pálida tonalidad acuosa se hizo visible en el firmamento. Una vez hubimos cruzado por Uckfield, un giro inoportuno hizo que me perdiera en la maraña de caminos locales que serpentean por aquella comarca, hasta que fuimos a dar con la costa en un paraje cercano a Seaford. Sin exhibir contrariedad alguna, Holmes se acercó a mi hombro y me indicó el camino a seguir por espacio de varios minutos. Tras un sinfín de rodeos, de este modo llegamos por fin al tortuoso sendero que había recorrido la mañana anterior.

Tras detener el vehículo frente a la casa de mi acompañante, desconecté el motor con gesto ausente y permanecí sentado con las manos sobre el volante, agotado tanto física como mentalmente. Descendiendo silenciosamente del automóvil, Holmes rodeó el parachoques de la máquina hasta venir a apoyarse tranquilamente contra mi

portezuela.

—No puede usted regresar a Londres en el estado en que se encuentra —afirmó con toda seriedad—. Usted está exhausto y ya son más de las diez. Le invito a cenar conmigo. Benjamín tiene unos conocimientos del arte culinario tan primitivos como sustanciales.

Sintiéndome vacío, asentí al ofrecimiento sin pronunciar palabra. Tras asegurarme de que las luces laterales del Vauxhall quedaban encendidas, en beneficio del posible vehículo que circulase por aquella carreterilla oscura como boca de lobo, descendí fatigosamente del automóvil y seguí a Holmes a través de la verja y el sendero que cruzaba su jardín. La brisa arrastraba un fuerte aroma salino, secundada por el incesante murmullo de las olas, curiosamente próximo en su sonido.

—Desgraciadamente, no dispongo de habitación alguna en que acomodarle —apuntó Holmes mientras avanzábamos por el sendero—. Con todo, en Fulworth encontrará usted una posada de características bastante razonables. Siga mi consejo y quédese allí durante esta noche.

Al acercarnos a la villa, advertí que una ventana situada a la izquierda de la puerta de entrada se hallaba iluminada. Cuando nos aproximamos un poco más, reconocí la silueta del empleado, Benjamín, sentado en la mesa de la cocina y aparentemente ocupado en la lectura de una revista.

En aquel instante tropecé con una de las losas situadas frente al porche. Fatigado como estaba, hubiera caído al suelo de no ser por el rápido agarrón, efectuado con un vigor imprevisto en alguien de su edad, ejecutado por Holmes.

—Tengo que reparar estas malditas losas uno de estos días —musitó mi acompañante—. Será mejor que le preste mi linterna y vigile bien dónde pone el pie hasta que lleguemos a la puerta.

Algo avergonzado, tomé la linterna que se me ofrecía y murmuré unas palabras de agradecimiento que no llegué a completar, pues en aquel mismo instante un extraño zumbido, acompañado del ruido de cristales rotos y el sonido de una pequeña, sorda explosión hizo que nos detuviéramos en seco. Alzando la vista hacia la casa, situada a una treintena de metros de donde nos hallábamos, vi cómo la ventana de la cocina estallaba en mil pedazos, al tiempo que Benjamín se ponía en pie y emitía un sorprendido grito de alarma que al instante se trocó en un inhumano aullido de dolor que espero no tener ocasión de volver a oír nunca más.

Aterrado, la linterna se me escurrió entre los dedos, iluminando caprichosamente la escena que tuvo lugar frente a nosotros. La puerta se abrió repentinamente, dando paso a la gruesa figura de un Benjamín que echó a correr de modo tan torpe como desesperado por el jardín, agitando los brazos como un poseso y aullando de una manera que tenía más de animal que de humana. Un instante después, la horrible silueta se desplomaba, todavía agitándose, entre los arbustos.

Sin perder un instante Holmes echó a correr en aquella dirección. Haciéndome de nuevo con la linterna, me acerqué a mi compañero, quien ya se arrodillaba junto al

cuerpo exánime del desgraciado sirviente. Al llegar a su lado, Holmes me recibió poniéndose en pie con el rostro desencajado y señalando con un gesto al cadáver tendido sobre los matorrales.

—¡No se le ocurra poner la mano encima del pobre Benjamín! —me ordenó en tono imperioso—. ¡Por lo que más quiera, no le toque!

CAPÍTULO 5
HORROR EN LAS COLINAS

En aquel preciso instante, Holmes y yo pudimos percibir claramente el sonido de una motocicleta que se ponía en marcha y se alejaba por el camino, acelerando su carrera de modo vertiginoso. En la confusión del momento, apenas si presté atención a dicho sonido. Me importaba mucho más dar con Sherlock Holmes, quien había desaparecido misteriosamente. Como no tardé en saber, mi compañero se encontraba muy cerca, ocupado en lavarse cuidadosamente las manos en un pequeño estanque vecino.

Todavía aturdido por la vertiginosa sucesión de acontecimientos, me acerqué al cuerpo de Benjamín. Nada más agacharme junto a él, unos acres vapores sulfúricos asaltaron mis ojos y nariz. Ayudándome de la linterna, no tardé en comprobar que el desgraciado no había podido correr una suerte más atroz. Ninguno de cuantos horrores habían sido ideados por Fu Manchú podía compararse con aquello. A mis pies, el cuerpo de lo que había sido un hombre se contorsionaba bajo los efectos de una solución química de naturaleza corrosiva tan violenta que carne, músculos y ropas se habían tornado en una burbujeante masa esponjosa de la que humillos siniestros ascendían sibilantes.

Contra lo que había imaginado, aquel hombre aún no había muerto. Así me lo demostró el convulso entrechocar de sus dientes, seguido al instante por un crujido cuya terrible naturaleza yo conocía bien y se derivaba de la acción del terrible compuesto químico sobre la tráquea y la laringe. Horrorizado, comprobé como el desventurado Benjamín emitía un último, desesperado estertor antes de inmovilizarse por completo. En aquel instante, Holmes irrumpió de nuevo entre los arbustos.

—Ha… ha muerto —le notifiqué.

—¡Gracias a Dios! —musitó mi compañero—. No había nada que pudiéramos hacer por él. Ahora, sin embargo, ha llegado el momento de cuidar de nosotros mismos.

Tomando la linterna de mi mano, Holmes iluminó las paredes de la casa. Pequeñas columnas de vapor emergían de las ventanas. Estupefacto, comprobé que el vapor avanzaba por el porche en dirección a nosotros. El rastro de su paso venía marcado por los crujidos de las plantas retorcidas y la rápida calcinación del césped.

—¡Rápido! —ordenó Holmes—. ¡Al coche!

Sin perder un instante corrimos con todas nuestras fuerzas hacia el camino, huyendo de aquella horrible amenaza que nos pisaba los talones.

—¡Olvídese de conectar los faros y no trate de dar media vuelta! —apremió Holmes mientras nos lanzábamos sobre nuestros asientos—. El camino discurre en

línea recta durante un kilómetro y podremos avanzar valiéndonos de las luces laterales.

Nerviosamente, conseguí poner el motor en marcha y, sin volver la vista atrás, apreté el acelerador durante varios segundos, tratando al mismo tiempo de mantenerme en el centro del estrecho camino de carro. Sirviéndose de la inapreciable linterna, Holmes me ayudó a tal fin durante varios segundos.

—¡A la izquierda! ¡Gire un poco a la izquierda! ¡Deténgase! Hemos llegado al final de la recta.

Esforzándome en calmar mis nervios, apreté el freno a fondo. Allí estábamos a salvo, aunque quizá tan sólo durante algunos minutos. El poder expansivo de aquella terrible sustancia resultaba por completo impredecible. Bajando de un salto, procedí a conectar de nuevo los faros frontales, tarea que no me resultó sencilla, pues el metal se hallaba muy caliente por efecto de la carrera. Al regresar al interior del automóvil, advertí la mueca de dolor con que Holmes observaba los dedos de su mano derecha.

—¡Está usted herido! —echando mano al botiquín que, en aquellos días mantenía siempre tan a mano como mi propio revólver.

—Nada de gravedad —musitó Holmes—. He sufrido más de un rasguño como éste en mi laboratorio.

A pesar de sus protestas, reconocí someramente el alcance de la herida. Tal y como me había dicho, no se trataba de nada grave, aunque tres de sus dedos aparecían con la piel completamente chamuscada.

—¡Pobre Benjamín! —se lamentó mi compañero mientras le vendaba con gasa y algo de esparadrapo—. Jamás se hizo acreedor a un fin tan horrible como éste. ¿Qué diablos sería esa sustancia infernal? ¡Un líquido volátil dotado de las propiedades del ácido nítrico concentrado! ¡Únicamente un genio pervertido podría descubrir semejante arma y sólo el más ruin de los hombres haría uso de ella! ¿Es posible, quizá, que esa sustancia desconocida se combine con el nitrógeno existente en la atmósfera para producir tan devastadores efectos? No, no, ello resulta impensable…

Una vez hube vendado la herida, regresé al volante para ser guiado por Holmes a través de diversos caminos vecinales hasta llegar por fin a la carretera de la costa, muy cerca de la villa de Fulworth. Hacia allí nos dirigimos, deseosos de entrevistarnos cuanto antes con el comisario de policía de la localidad.

—No podemos saber hasta dónde avanzará ese horrible compuesto químico antes de volverse inocuo. Probablemente no más allá de unos centenares de metros. Con todo, es mi deber telefonear a Stackhurst, el director de la escuela cercana a mi casa y advertirle de lo sucedido para evitar algún mal que podría resultar irreparable.

Con tal propósito, Holmes descendió del Vauxhall y se adentró en la comisaría del pueblo, donde permaneció por espacio de unos diez minutos.

—El comisario Anderson es un buen hombre —afirmó mi acompañante al acomodarse de nuevo en su asiento—. Ha prometido cuidar de que ningún vecino se acerque demasiado a la zona de peligro. Este caso, sin embargo, escapa al control de

un simple comisario de pueblo. Por consiguiente, es preciso que hagamos una visita a Lewes, población situada a unos veinticuatro kilómetros de aquí. ¿Puede usted acercarse hasta allí?

—Sí —respondí en tono firme.

Mi fatiga había desaparecido como por ensalmo ante los vertiginosos acontecimientos transcurridos en la última hora. Sin embargo, a diferencia de otras ocasiones, ahora no hallaba placer alguno en la acción. La tragedia que acababa de desarrollarse en el hogar de Holmes pesaba demasiado en mi memoria. Siempre había sido plenamente consciente de que el doctor Fu Manchú no perdonaba jamás a aquellos que osaban interferirse en su camino. Incluso así, la rapidez y especial brutalidad de su respuesta no dejaba de sorprenderme.

—No sabe cuánto lamento haberle metido en este asunto —me disculpé, volviéndome hacia Holmes—. Nunca podré perdonármelo. Sin embargo, no creía que…

—¡Tampoco lo creía yo! —me interrumpió Holmes en tono vivo—. Pero no tiene por qué disculparse. Si hay que buscar un responsable de lo sucedido, ése soy yo. Es culpa mía y sólo mía haber subestimado desde un principio los recursos y la increíble ferocidad de nuestros oponentes. Mi temeridad me llevó a visitar su apartamento ataviado como una caricatura del célebre Sherlock Holmes, convencido además de que nadie nos estaba observando. Esa gente disponía de un espía en su edificio. Una vez me identificaron, se lanzaron al contraataque antes incluso de que abandonáramos Londres. El asesino de Benjamín debió de viajar en tren (a no ser que dispongan de un hombre en Sussex). Ya oyó usted la motocicleta, ¿verdad? Si ahora seguimos con vida, ello no se debe más que a la precipitación del asaltante. Éste debió de llegar casi al mismo tiempo que nosotros y, al observar el coche aparcado y las luces de la casa, debió de suponer que ya nos encontrábamos en ella.

El viaje hasta Lewes resultó más complicado de lo esperado. Holmes conocía la ruta casi tan mal como yo, circunstancia que nos llevó a dar más de un rodeo. Por fin, algo más tarde, nuestro Vauxhall irrumpió en la calle principal de la dormida villa, cuyo aspecto no era muy distinto del que debía haber mostrado en el tiempo de los sedanes y las diligencias. En mitad de la avenida un gran reloj me indicó que eran las once y veinte de la noche.

Un pequeño comité de recepción nos aguardaba en la comisaría central de la localidad. Nuestro interlocutor principal, el jefe de policía, a quien habíamos impedido disfrutar de su cena, mostraba un humor pésimo, que nuestras noticias no hicieron sino agravar. De no haber estado ante un hombre de la reputación de Sherlock Holmes, tengo pocas dudas de que se hubiera mostrado desagradable con nosotros. Haciéndome pasar por un simple amigo londinense en visita casual, Holmes describió el incidente sucedido en su residencia como originado por una bomba química de naturaleza desconocida.

Holmes y yo habíamos decidido no hacer mención del nombre de Fu Manchú

hasta que pudiéramos hablar con el inspector Weymouth. Por ello, cuando el jefe de policía inquirió si tenía alguna sospecha en relación con la autoría del atentado, Holmes se limitó a encogerse de hombros y replicar que existían unos cincuenta hombres capaces de desearle la muerte (con el añadido de que varios de ellos habían abandonado ya la cárcel). En relación con la extraña naturaleza del arma empleada, Holmes volvió a encogerse de hombros, haciendo algunos comentarios bastante vagos acerca de las investigaciones del finado profesor Moriarty.

—Lo que importa en estos instantes —anunció Holmes en tono apremiante— es traer a los suficientes hombres de Eastbourne para poner el área en cuarentena y evitar alguna posible desgracia. Nadie debe acercarse a mi casa en toda la noche. Con la luz del día y el equipo adecuado, será posible conocer con exactitud el alcance de esos gases mortíferos.

A pesar de que en momento alguno hicimos mención del Si Fan, nuestra historia era tan extraordinaria que nos vimos obligados a repetirla una y otra vez. Los agentes de policía no tardaron en ofrecernos café y bocadillos, y pasaba ya de la medianoche cuando aún estábamos sentados frente a la mesa, repitiendo por enésima ocasión las extraordinarias propiedades del misterioso compuesto químico.

Cuando la pequeña reunión comenzó a dispersarse, ya era demasiado tarde para buscar algún hotel, así que Holmes y yo acabamos durmiendo en sendas celdas de la comisaría, a falta de mejor acomodo.

A la mañana siguiente, Holmes y yo nos vimos obligados a retrasar algo nuestro proyectado regreso al escenario de los hechos. Al parecer, mientras no se terminasen de reunir los medios materiales necesarios para examinar detenidamente la zona, estaba terminantemente prohibido —prohibición que no admitía excepción alguna y en la que estábamos incluidos— penetrar en el interior del perímetro delimitado por la policía. Por consiguiente no fue sino hasta las nueve de la mañana cuando nuestro Vauxhall —en cuyo asiento posterior se acomodaron el jefe de policía y un inspector del CID vestido de paisano—, emprendió la marcha.

Cuando llegamos allí, la zona se hallaba repleta de hombres vestidos de uniforme y el camino rebosaba de coches oficiales, taxis y vehículos de bomberos. Tal como Holmes había imaginado, los mortíferos vapores no se habían extendido más allá de sus propiedades, aunque la persistencia de aquel siniestro agente químico resultaba sorprendente en extremo. Allí donde se veían trazas de su existencia, el material se mostraba como aletargado, capaz de reactivarse por unos segundos en el momento menos esperado. Los bomberos andaban con muchísimo tiento por el jardín, rociando las áreas afectadas con la ayuda de una rara espuma blanca producida por sus pulverizadores de mano.

El lector comprenderá que no describa aquí el aspecto que mostraba el cadáver de Benjamín, piadosamente cubierto con una manta allí donde había caído. Holmes, hombre de nervio acerado, permaneció erguido ante aquellos restos irreconocibles durante algunos segundos con la cabeza baja y la gorra en la mano. Cuando percibí el

desafiante movimiento de sus labios, comprendí que no estaba rezando sino maldiciendo con todas sus fuerzas a los causantes de aquella brutalidad.

—Sólo un monstruo puede haber planeado algo así —masculló, acercándose a mí —. A lo largo de mi carrera han atentado contra mí en varias ocasiones. En otras se me trató de intimidar para que abandonara una investigación. Pero nunca he visto nada igual. Este crimen ha sido obra de un monstruo de arrogancia infinita que se cree con el derecho de aniquilar como si se tratara de un gusano a todo aquel que ose cruzarse en su camino.

En silencio, caminamos hasta el interior de la casa. La cocina entera aparecía sumida en el caos, cubierta por la blanca espuma neutralizante diseminada por los bomberos. Al mero contacto de mi mano, la mesa se derrumbó como si sus patas fueran de papel podrido por la carcoma. Los objetos metálicos, desde los platos hasta los grifos, se mostraban tan oxidados como si hubieran estado a la intemperie durante diez años. Tan sólo los objetos elaborados con vidrio o porcelana parecían haber escapado a aquel asombroso destrozo. Esparcidos entre los cristales de la ventana, Holmes no tardó en descubrir unos curvados fragmentos de vidrio que, por su forma y tamaño, parecían haber pertenecido a una esfera de unos quince centímetros de diámetro.

—Ya veo —musitó Holmes, tras escudriñar dichos fragmentos—. Esta esfera, que contenía el agente químico, fue proyectada a distancia mediante algún artilugio mecánico contra la ventana. Ello explica que el asaltante ignorase nuestra ausencia de la casa.

Resultaba evidente que la cocina debería ser reconstruida por completo. Por fortuna, las restantes dependencias de la casa no habían sufrido daño alguno, si exceptuamos algunos desperfectos menores en el pasillo. Cuando finalmente abandonamos el edificio, Holmes parecía temblar de rabia, con los ojos destellantes duros como ágatas.

—¡Cuánta destrucción inútil! —murmuró—. ¡Y a la vida de Benjamín hay que sumar la de seis colonias de abejas! Las colmenas se hallaban ahí, directamente frente a la casa, y las abejas no pueden volar en esta época del año.

Volviéndome la espalda, Holmes se acercó al jefe de policía de Lewes. Un apretón de manos puso fin a la breve conversación que entre ambos se estableció y, un instante después, mi compañero estaba otra vez de regreso.

—Ya podemos marcharnos —me indicó—. Aunque, como resulta lógico, nos veremos obligados a regresar cuando se instruyan las diligencias judiciales. No obstante, me temo que dicho trámite no va a ser de ninguna utilidad.

—Eso es lo que parece —concedí yo.

—Tengo que marcharme de aquí —prosiguió Holmes tras una breve pausa—. Esta casa va a necesitar un arreglo a fondo para ser otra vez habitable. ¿Podría usted aguardarme un momento, mientras preparo mi maleta?

—Ciertamente. Y le llevaré con mucho gusto al lugar que desee.

Holmes agradeció mis palabras con un brusco asentimiento y se alejó de nuevo en dirección al maltrecho edificio. Sin nada que hacer, dejé que mis ojos vagaran por aquel jardín de características lunares en el que el sol de la mañana arrancaba destellos de los cascos de los bomberos.

El inspector del CID que nos había acompañado en el Vauxhall se me acercó con expresión malhumorada. Al parecer había tenido la mala fortuna de toparse con un jirón activo del poderoso agente químico, circunstancia que explicaba el vistoso agujero que exhibía su impermeable. Sin demasiadas contemplaciones, el inspector me obsequió con la explicación de aquel estropicio, debido, según él, a las descuidadas prácticas químicas que Holmes, «como todo el mundo sabía», acostumbraba a celebrar en su hogar. Armándome de paciencia, traté de disuadirle de tal idea hasta que, molesto por mi actitud, el inspector optó por retirarse.

Holmes regresó de la casa un instante después acarreando una gran maleta, cubierta casi enteramente por adhesivos de hoteles de toda Europa. Al mencionarle mi encuentro con el inspector del CID, el célebre detective soltó una estruendosa carcajada.

—Aunque es cierto que no he abandonado mis experimentos químicos, jamás los llevo a cabo en la cocina —apuntó Holmes—. Si quiere saber un secreto le diré que mis antiguos problemas domésticos de Baker Street, a los que Watson dio una publicidad innecesaria, derivaban del hecho de que nuestro célebre apartamento no contaba más que con dos dormitorios y una sala que hacía las veces de despacho, comedor, cocina y laboratorio de química.

—¿Adónde quiere que le conduzca? —inquirí a mi acompañante mientras colocaba su maleta en el interior del coche—. ¿A alguna posada de las cercanías, quizá?

—A Londres —fue la sorprendente respuesta.

Los ojos de Holmes destellaban de firmeza.

—Todavía quedan algunas cuentas por saldar en este asunto —afirmó en tono tranquilo—. Mi olvido de las precauciones más elementales ha costado la vida de un hombre, y eso no se olvida fácilmente. ¿No quería usted la ayuda de Sherlock Holmes? Pues ya la tiene. ¿Tendría usted la gentileza de alojarme durante algunos días en su apartamento de Fleet Street?

CAPÍTULO 6
SHERLOCK HOLMES DE FLEET STREET

Sentado a la débil luz del atardecer, con los pies descalzados en sendas babuchas frente al fuego del hogar, una pila de periódicos junto al sillón y envuelto en un cómodo batín, Sherlock Holmes mostraba el aspecto arquetípico que la leyenda le atribuía en relación con Baker Street. Sólo faltaba que yo me transformara en el doctor Watson para completar el cliché. Al apercibirme de mi expresión meditabunda, Holmes no pudo reprimir una sonrisa maliciosa.

—¡Debería usted echarse un vistazo en el espejo, doctor! Cualquiera que le observara pensaría que está usted aguardando a que, de un momento a otro, nos encontremos por fin con un bonito cadáver en la puerta del apartamento. Comprendo su impaciencia. Desde mi llegada a esta casa, no hemos vuelto a hallar indicio alguno relativo al secuestro de su amigo Nayland Smith.

En aquel instante pensé, algo divertido, que desde que nos habíamos conocido, Holmes pareció haber abandonado algo sus un tanto rígidos modales Victorianos.

Lo cierto era que desde nuestra llegada de Sussex al mediodía, no se había producido ningún acontecimiento de relevancia. Nada más abandonar el Vauxhall ya nos habíamos separado, pues Holmes necesitaba adquirir algunos artículos personales, circunstancia que aproveché para acercarme a Scotland Yard y efectuar una visita a Weymouth con el fin de informarle acerca de los últimos acontecimientos. Para mi contrariedad, el inspector se hallaba ausente, enfrascado en peinar meticulosamente el East End en busca del desaparecido Nayland Smith.

Sentado en mi sillón, un tanto ausente, contemplé a Holmes cerrar el periódico que acababa de leer y depositarlo sobre el montón de números atrasados que tenía junto a sí. Eran éstos los mismos diarios que había encontrado apilados junto a la puerta el día de mi regreso a Londres y que Holmes me había pedido permiso para examinar con la excusa de que en Sussex no le era posible obtener las ediciones vespertinas de los periódicos londinenses.

—Este último número no traía ninguna noticia de interés —afirmó mi compañero —. Con todo, quizá le interese echar un vistazo a este pequeño suelto aparecido el lunes nueve, la misma fecha en que se produjo la desaparición de Smith.

Tendiéndome uno de los diarios indicados, su largo índice apuntó hacia una diminuta reseña en la que se leía lo siguiente:

> «Vandalismo en Fleet Street. Mientras caminaba por Fleet Street ayer por la noche, un ciudadano llamado John Courtney observó con sorpresa el humo que emergía de los grandes buzones sitos junto a la oficina de correos

existente en dicha calle. Con notable presencia de ánimo, el señor Courtney corrió a avisar a los empleados de la oficina, que no se habían apercibido del fuego. Tras vaciar algunos cubos de agua en las aberturas del buzón, el pequeño incendio no tardó en ser sofocado. Sin dar mayor importancia al suceso, los empleados atribuyeron lo ocurrido a una colilla negligentemente caída en el momento de introducir alguna carta en el buzón. Lo cierto es que, algo después, cuando los empleados abrieron el buzón comprobaron con indignación que el fuego había sido provocado mediante la inserción de periódicos ardiendo. Gracias a los rápidos reflejos del señor Courtney, parte de la correspondencia amontonada pudo ser salvada, aunque una porción no desdeñable quedó enteramente destruida por las llamas».

—Ahora ya sabemos lo sucedido a la famosa nota que nunca llegó a sus manos —apuntó Holmes una vez hube terminado de leer—. El pobre Smith cumplió su palabra y le escribió una breve carta poco después de conversar con usted. Como ahora sabemos sin el menor género de dudas, la llamada telefónica fue intervenida. Alertado el Si Fan, imagino que debieron de enviar inmediatamente a uno de sus agentes con el fin de evitar que nuestro amigo pudiese echar la nota al buzón. El sujeto debió de llegar demasiado tarde y en vista de ello optó por tomar una medida de emergencia. El espectáculo ofrecido por el grupo de caballeros empeñados en vaciar cubos de agua por las rendijas del buzón debió de resultar digno de verse, pero todo este asunto no muestra sino hasta qué extremos están dispuestos a llegar los muchachos de Fu Manchú. Aunque no podían saber que Smith comunicase dato relevante alguno en su nota, ni él mismo lo sabía, no vacilaron en prender fuego a todos los buzones de la oficina de correos.

—Qué lástima —musité en tono apagado—. ¡Y pensar que Smith llegó a tener este mismo diario en sus manos! Resulta evidente que no le dieron el tiempo suficiente para leerlo. De haber visto esta noticia estoy seguro de que habría sabido comprender…

—Estoy seguro de ello. Con todo, el lamentarnos por lo que podía haber sido y no fue no nos conducirá demasiado lejos.

Con la seriedad pintada en el rostro, Sherlock Holmes se puso en pie y, nostálgico quizá de sus hábitos de Baker Street, escondió el montón de periódicos bajo el sillón ayudándose con la punta del pie. Ni él ni yo podíamos imaginar que el incidente ocurrido en la vecina oficina de correos iba a tener consecuencias de muy largo alcance. Tomando su cachimba curvada que había abandonado sobre la mesa, Holmes procedió a servirse algo de tabaco.

—A la espera de posteriores acontecimientos, tan sólo podemos hacer una cosa: identificar de una vez a la persona o las personas encargadas de vigilar esta casa, dar con ellas y tratar de sacarles alguna información de valor que nos conduzca hasta sus jefes, si es que realmente saben quiénes son, cosa poco probable. Se trata de un hilo

muy débil, que se puede romper en cualquier instante, pero del que tenemos que tirar mientras no dispongamos de alguna pista más consistente.

—Tiene usted razón —afirmé sin demasiado convencimiento—. Pero ¿qué podemos hacer para dar con ese sujeto?

—Ya me encargaré yo de ello. Por el momento le sugiero que nos acerquemos a ese pequeño restaurante italiano del que tantos elogios me ha hecho. Creo que haríamos bien en regalarnos con una buena cena y acostarnos a una hora prudente. Los dos hemos dormido poco y mal la última noche y no podemos permitirnos semejante dispendio de energías.

—Buena idea —aprobé, poniéndome en pie y acercándome a mi habitación—. Por cierto, antes de que se me olvide, será mejor que tenga usted una llave del apartamento. Le proporcionaré una copia que tenemos escondida en un frasco lleno de azúcar que guardamos en la cocina.

—Buen escondite —murmuró Holmes con sonrisa un tanto maliciosa—. Aunque quizá no resulte demasiado necesario si tenemos en cuenta que el Si Fan ya se las arregló en una ocasión para irrumpir en el apartamento sin precisar de llave alguna y que, de hecho, ahora cuentan en su poder con la copia del señor Smith.

—¡Cielo santo! ¡Tiene usted razón! Lo había olvidado por completo. De todas formas hay algo que podemos hacer al respecto. La complicada cerradura de la puerta tiene un sistema de combinación similar al de las cajas fuertes, pudiendo asimismo ser alterado.

—Si es así, le recomiendo que modifique la combinación ahora mismo.

Mientras me ocupaba en dicha tarea, Holmes entró en su habitación para reaparecer, instantes después, ataviado con un blanco jersey de cuello de cisne que me hizo pensar en sus días de boxeador del peso ligero. Yo sabía muy bien que, a pesar de que Holmes me doblaba la edad, su cuerpo de apariencia enclenque y desgarbada ocultaba una energía inesperada, que difícilmente me llevaría a aguantarle tres asaltos en un cuadrilátero de boxeo.

—Por cierto —añadió mi compañero—, le agradecería que, tan pronto como le sea posible, redacte una declaración de los acontecimientos ocurridos la noche pasada, declaración que ambos firmaremos. El inspector Weymouth ya se ocupará de evitarnos asistir a las diligencias judiciales. Tengo la idea de que vamos a estar ocupados en quehaceres más interesantes durante los próximos días. Por lo que a mí respecta, debo ponerme más al día en todo lo concerniente a Fu Manchú y el Si Fan. La verdad es que ahora mismo apenas si sé algo más de lo aprendido en el vistoso relato que usted efectuó de sus primeras andanzas, relato de excelente nivelación dramática, pero privado de realismo. ¿Dispone usted de nuevo material escrito en el que se detallen las últimas correrías de nuestros adversarios?

—En efecto, así es —respondí, un tanto molesto ante la crítica que acababa de efectuar contra unas obras de tanta aceptación popular—. Tengo el relato completo de lo sucedido hasta el otoño pasado, fecha en que, una vez más, dimos por muerto a Fu

Manchú (yo mismo vi la herida de bala en su cabeza). A partir de esa fecha, he elaborado algunas notas que espero sean de su interés. A no ser que…

Como movido por un resorte, eché a correr hacia el cajón de mi escritorio, donde revolví furiosamente hasta dar con una carpeta que contenía unos quinientos folios mecanografiados.

—¡Menos mal! —exclamé, aliviado—. No falta un solo papel. Qué extraño que los secuestradores de Smith no se lo llevasen consigo…

—Sin duda —intervino Holmes en tono cáustico—. El Si Fan comparte mi opinión acerca del valor documental de esos papeles…

Al despertar, poco antes de las ocho de la mañana, descubrí que Sherlock Holmes había desayunado y abandonado el apartamento bastante antes. En la cocina (que, por cierto, apestaba a tocino requemado en la sartén) hallé una nota de significado un tanto críptico:

«Haga uso del teléfono. Efectúe la primera llamada a las nueve en punto de la mañana, la segunda a las nueve y diez, y después a un intervalo fijo aumentado en tres segundos en cada ocasión (por ejemplo, a las 9.23, luego a las 9.39, etcétera). Telefonee a quien quiera y hable de lo que le apetezca. Guíese por la hora que marca el reloj situado sobre la chimenea».

El propósito de tales instrucciones me pareció bastante oscuro, aunque ya sabía que Holmes era todavía más reacio que Smith a dar explicaciones. Sin embargo, a la hora convenida comencé a efectuar las llamadas que se me habían pedido. Dado que no conocía a demasiada gente en Londres, telefoneé a diversas compañías de viaje pidiendo información relativa al precio de los pasajes marítimos sobre Egipto. Puestos a confundir a quienes habían intervenido mi línea, conversé con diversos sastres, interesándome en la posible adquisición de ropas adecuadas para el trópico. Marcando un número tras otro, se me ocurrió de repente que los extraños intervalos prefijados por Holmes entre cada llamada debían tener por fin convencer a nuestros espías de que mi infrecuente uso del teléfono aquella mañana no respondía a artimaña alguna. En tal caso, sin embargo, me pregunté por qué razón Holmes no había optado por una sucesión de llamadas efectuadas con total desatención horaria.

Ya llevaba dos horas al aparato cuando mi curiosidad empezó a trocarse en angustia. ¿Por qué motivo Holmes no estaba todavía de vuelta? ¿Por cuánto tiempo debería continuar con estas ridículas llamadas telefónicas? Además, según nos había comunicado un emisario venido de Scotland Yard, Weymouth tenía previsto visitarnos a las once. Holmes estaba al corriente de este hecho; sin embargo, cuando Weymouth llegó, a la hora convenida, aún no había regresado al apartamento.

—¿Dónde se encuentra nuestro amigo Sherlock Holmes? —fue la primera pregunta del inspector.

—No tengo la menor idea —respondí en tono inquieto—. Salió muy temprano de

casa y todavía no ha regresado.

—¿Cómo dice? —exclamó, alarmado, el inspector—. ¡No me diga que también ha desaparecido!

Iba a responder cuando, repentinamente, un sonido casi imperceptible me llegó desde el otro lado de la puerta del apartamento.

—¿Ha oído eso? —exclamé—. ¡Alguien se encuentra en el rellano!

Volviéndonos hacia la puerta, el sonido nos llegó ahora con mayor nitidez. Para nuestra sorpresa, la puerta se abrió lentamente, dando paso a un anciano mendigo de espalda encorvada, harapos informes y sucias greñas grisáceas bajo las que emergían unas anticuadas gafas oscuras. Apoyándose en un bastón de aspecto desagradable, su mano izquierda sostenía una vieja taza de hojalata.

—¡Estoy ciego, señores! ¡Una caridad para este pobre ciego, por favor! —fueron las sorprendentes palabras del intruso.

—¿Quién es usted? —demandó Weymouth—. ¿Cómo ha conseguido entrar aquí?

Haciendo caso omiso de la pregunta, el anciano de apariencia espectral continuó avanzando en nuestra dirección. Había algo de intranquilizador en el modo de empuñar su bastón.

—¡No se atreva a dar un paso más! —le ordené, empuñando mi revólver.

—¿Cómo? —exclamó el mendigo, dejando caer su bastón y abriendo los brazos en gesto teatral—. ¿No se atreverá usted a disparar contra un pobre ciego indefenso?

—¡De ciego, nada! —intervino Weymouth—. Si es usted ciego, ¿cómo sabe que le están apuntando con una pistola?

Una carcajada respondió a la pregunta del inspector, mientras el falso ciego olvidaba su joroba y se erguía por completo. Al quitarse las gafas oscuras, los ojos de Sherlock Holmes nos observaron con un brillo pícaro.

—Bien, bien —rió mi sorprendido compañero—. Veo que no se dejan engañar tan fácilmente. ¿El inspector Weymouth, si no me equivoco? —añadió, tendiendo la mano hacia nuestro visitante.

—¡Holmes! —rugió el maravillado inspector—. ¡Debería habérmelo imaginado! —añadió, estrechando la mano que se le tendía con efusión—. ¡Celebro tener la oportunidad de trabajar a su lado, señor!

—Yo también lo celebro, inspector —sonrió Holmes—. Y permítame agradecerle de nuevo los seis peniques que me dio hace unos minutos al entrar en la casa.

—¿Eh? ¿Cómo? ¡Pues claro! ¡Era usted el mendigo sentado bajo la entrada del patio!

—No me lo recuerde, amigo mío. He pasado un frío de mil demonios —afirmó Holmes, cogiendo el bastón del suelo y dirigiéndose a su cuarto—. Permítame que me vista con ropas más apropiadas. Entretanto, el doctor Petrie le informará de lo sucedido en Sussex. En unos minutos estaré de vuelta y les explicaré mis descubrimientos de esta mañana.

—¡Lo ha conseguido usted! —me felicitó Weymouth, una vez Holmes hubo

desaparecido—. ¡Jamás creí que lograse convencer a Sherlock Holmes! ¡Aunque algunos de mis compañeros de Scotland Yard no quieran darse por enterados, ese hombre tiene un valor inapreciable!

No pude por menos de esbozar una sonrisa ante el entusiasmo casi infantil de mi interlocutor. Desde luego, el gran corazón de Weymouth no admitía mezquinos celos profesionales.

—Bien, pasemos a lo que me ha traído por aquí —concedió el inspector, finalmente, acomodándose en un sillón—. Según he podido comprobar mediante la lectura de su nota, parece que han tenido ustedes un fin de semana algo agitado.

—¡«Agitado» no es la palabra oportuna! —afirmé, poniéndole al corriente en unos minutos con respecto a lo sucedido en la villa de Holmes.

—A lo largo de mi carrera he visto muchas cosas horribles —apuntó Weymouth, una vez hube finalizado mi relato—. No obstante, lo que me cuenta usted no parece admitir ninguna comparación.

—Fu Manchú tiene un talento especial para la crueldad —musité—. Sin duda recordará usted los sótanos cubiertos de hongos en los que perecieron ocho de nuestros hombres. Nuestro contrincante parece guardar un sadismo larvado que acaba por brotar ocasionalmente. Pese a todo tengo la rara sensación de que más tarde acaba por arrepentirse de sus estallidos.

En aquel instante, Holmes regresó del cuarto de baño, recién afeitado y vestido con un elegante temo de noche. Sin decir palabra, se sentó por un momento frente a la máquina de escribir, redactando algunas palabras en un folio que entregó de inmediato a Weymouth.

—Aquí tiene usted el nombre y la dirección comercial del hombre encargado de vigilar este apartamento y espiar nuestras conversaciones telefónicas.

—¿Cómo? —exclamé, apabullado—. ¡No me diga que ya ha dado con él!

—Para ser exactos, di con él ayer. Mi pequeña actuación histriónica de esta mañana no tenía otro objeto que el de cerciorarme por completo de mis sospechas.

De pie, con un codo apoyado sobre la repisa de la chimenea, Holmes dirigió una larga mirada al inspector Weymouth.

—Lo primero que hice nada más llegar a Londres fue investigar este asunto del que tan estúpidamente me despreocupé en mi visita anterior. En primera instancia pensé que este apartamento debía ser espiado desde alguno de los pisos vecinos. Con todo, una breve charla con el portero (quien me trata con un raro fervor casi religioso) bastó para descartar tal posibilidad, pues todos los apartamentos alquilados en el edificio llevaban, como mínimo, un año ocupados por los actuales inquilinos. Por tanto, resultaba evidente que nuestros espías debían vigilar la entrada del patio desde la calle.

Holmes hizo una pausa, como si esperase algún comentario por nuestra parte. Ante la ausencia de éstos prosiguió su relato.

—Un breve paseo por Fleet Street bastó para revelarme que el único punto desde

el que se podía ver bien el arco de entrada a nuestro patio era un bloque de oficinas situado casi frente por frente. Tras hacer algunas averiguaciones, pude informarme de que tan sólo dos de los apartamentos existentes en el bloque habían sido alquilados recientemente. Uno de dichos apartamentos no tenía ventanas que dieran al exterior, así que quedó descartado de inmediato. El inquilino del otro apartamento resultó ser un tal Jacob Morley, de profesión contable.

Llevándose la mano al bolsillo, Holmes mostró a Weymouth las gafas oscuras que formaran parte de su disfraz.

—Si examina estas gafas con detenimiento, advertirá usted que los cristales son menos oscuros de lo que parecen. De hecho, se trata de un tipo de cristal que admite mayor cantidad de luz de lo acostumbrado. A riesgo de aburrirles, sepan que estas lentes fueron elaboradas especialmente para mí por la reputada firma «Carl Zeiss», haciendo uso de los últimos descubrimientos hechos por ese insigne óptico llamado Dennis Taylor. Entre sus principales propiedades, destaca un interesante poder telescópico.

No, inspector, el efecto no resulta visible en una habitación como ésta. Será mejor que se acerque a la ventana.

Obediente, Weymouth se situó junto a la ventana, desde donde escudriñó la calle por espacio de algunos minutos haciendo uso de aquellas fantásticas gafas.

—Junto a las varillas existen dos pequeñas tuercas que permiten graduar la visión —le ayudó Holmes—. Bien. Tras escoger un disfraz apropiado, me he pasado la mañana situado bajo el arco de entrada al patio, justo enfrente del edificio que me interesaba. Una vez hube ajustado mis lentes del modo necesario, no tardé en comprobar que el señor Morley, cuyo escritorio se halla directamente sobre la ventana, es un contable un tanto extraño, más preocupado por atender a lo que sucede en la calle que en dedicarse a los escasos papeles que tiene sobre la mesa. Y cuando el doctor Petrie comenzó a ejecutar su formidable trabajo…

—¡Pero si no hice más que seguir sus instrucciones! —protesté, agradablemente sorprendido ante el imprevisto elogio.

—¡Precisamente! A eso me refería —replicó Holmes con una sonrisa—. Bien, me costó algo de trabajo el ingeniármelas para observar mi relativamente lujoso reloj suizo sin despertar demasiadas sospechas, pero no tardé en comprobar que treinta segundos después del momento acordado para cada llamada del doctor Petrie, nuestro amigo Morley descolgaba su teléfono con puntualidad digna de mejor causa.

Tomando su cachimba de la repisa, Holmes examinó con ojo crítico los restos de tabaco existentes en la cazoleta. Tras decidir que no merecían ser prendidos de nuevo, dos golpes secos le bastaron para vaciar la pipa sobre el hogar.

—Lo cierto es que he pasado una mañana muy interesante —declaró por fin—. He aprendido, además, por qué cierto caballero que una vez conocí decidió abandonar su habitual ocupación de periodista para dedicarse a la mendicidad, actividad según él bastante más provechosa. Han pasado algunos sin darme nada,

pero me veo obligado a darle la razón. En menos de tres horas he ganado treinta y tres chelines, al precio, eso sí, de acabar medio congelado. Por ello soy de la opinión de que un café bien acompañado no me resultaría indeseable.

—¡Excelente idea! —aprobé—. Creo que tanto el inspector como yo secundaremos su iniciativa.

Acercándome a la cocina dispuse un cazo con leche en el fuego; ya tenía el frasco del café en mis manos cuando el timbre de la puerta resonó con estridencia. Alarmado por la imprevista llamada, abandoné inmediatamente mi tarea.

—Yo abriré —indicó Holmes—. No creo que haya peligro alguno, pero por si acaso cúbranme las espaldas.

Con gesto tranquilo, Holmes procedió a abrir el complicado cerrojo mientras Weymouth y yo nos situábamos a cada lado de la puerta de la sala, prestos a intervenir a la menor señal de peligro. Pronto oímos el sonido de la puerta al abrirse, acompañado de una breve conversación.

—El cartero —me aclaró Weymouth.

Un instante después, Holmes reapareció, portando en su mano un gran sobre de color manila.

—Para usted, doctor.

Tomando el sobre, advertí de inmediato que había sido reexpedido desde el hotel en que me alojé durante mi ausencia de Londres. En una esquina, un matasellos de vivo color violeta advertía: «Carta encontrada en mal estado. Sellada de nuevo oficialmente». Picado por la curiosidad, rasgué la misiva de un tirón, encontrándome con un nuevo sobre de menor tamaño, cuya mitad aparecía visiblemente chamuscada.

—¡La nota de Smith! —exclamó Holmes con júbilo—. ¡Benditos sean los correos británicos! A pesar de los daños sufridos por el sobre, su nombre y la dirección del hotel resultan legibles.

—¡Abra la carta! —me urgió el inspector Weymouth—. ¡Veamos qué contiene!

Con dedos temblorosos rasgué el sobre y extraje una cuartilla chamuscada en alguno de sus extremos. Ya juntábamos nuestras cabezas para leer lo que decía cuando, de improviso, un extraño crepitar proveniente de la cocina atrajo nuestra atención.

—¡La leche se ha derramado! —exclamó Holmes.

CAPÍTULO 7
NUEVOS HORIZONTES

—Mucho me temo —repuse, echando una ojeada al texto que tenía entre las manos— que el incendio provocado en los buzones se llevó consigo parte de la nota.

La cuartilla que tenía ante mí había sido doblada e insertada en el sobre de tal modo que, mientras que el fuego había afectado a la mitad derecha del sobre, era la porción izquierda del texto la que había desaparecido.

—¡Maldita sea! —gruñó Weymouth—. ¡Lo que nos faltaba ahora: un jeroglífico!

—No desesperemos —repuso Holmes—. Tratemos de averiguar qué era lo que Smith quiso comunicarnos.

Dejando aparte saludos y observaciones personales, la porción del texto que había sobrevivido afirmaba lo siguiente:

lo poco que se puede
hombre borracho como una cuba,
arece que hay un barco de la China
deambulando al oeste de Si Fan ha llamado refuer-
algo acerca de un gusano
y treinta mil bicicletas (!)
una trampa a emplear contra Morgan
relacionado con Gillian Rochester (?)
lo que pueda!

—El texto me parece bastante claro —repuso Holmes—. Creo que podremos apañárnoslas para descifrarlo en su mayor parte. En primer lugar, el hombre que informó a Smith estaba completamente borracho. Eso ya lo sabíamos. Al parecer existe cierto barco procedente de China que deambula al oeste de algún lugar…

—¿El muelle del Oeste? —sugerí.

—No. Por el modo en que está escrito, parece referirse a la costa occidental de algún país o de alguna región. Ello no nos dice demasiado.

—Quizá podríamos consultar en los registros las últimas llegadas de barcos procedentes del Extremo Oriente —apuntó Weymouth.

—¿Para qué? —replicó Holmes con impaciencia—. Un barco mercante o de pasajeros cuyas idas y venidas se hallan sujetas al calendario no tiene tiempo para «deambular» en ninguna parte. El texto debe referirse a un barco privado (y de tamaño considerable, si ha viajado desde China).

—Es posible que el servicio de guardacostas pueda suministrarnos alguna

información —insistió Weymouth, aunque sin demasiado entusiasmo—. Con todo, lo más probable es que el barco permanezca fuera del límite territorial de tres millas, con lo que nos quedamos como estábamos.

Con la carta entre las manos, Holmes tomó asiento junto a la chimenea. Su rostro adoptó un gesto ceñudo.

—Esto no me gusta. Al parecer, el Si Fan ha pedido refuerzos; podemos suponer que esos refuerzos llegan a bordo del barco que se menciona. No acabo de entender, sin embargo, por qué razón ese barco se halla «deambulando». ¿Para desembarcar secretamente a los refuerzos del Si Fan? ¿O en espera de obtener alguna carga?

Con expresión meditabunda, Holmes examinó de nuevo la cuartilla chamuscada.

—El resto de la nota refleja la charla inconexa de un borracho y, por consiguiente, Smith nos invita a entender lo que podamos de ella. Bien, tratemos de entender, pero ¿qué diablos puede ser ese «gusano»? ¿Y qué locura puede proyectar el Si Fan con «treinta mil bicicletas»? Bien, olvidémonos de ello temporalmente. Después se habla de una «trampa» (esto parece claro, por lo menos) contra un tal Morgan y quizá también contra una mujer llamada Gillian Rochester. Tales nombres no nos resultan muy útiles; tan sólo en Gales existen decenas de miles de hombres apellidados Morgan. Gillian Rochester es un nombre algo menos común, pero…

—¡Cielo santo! —exclamó Weymouth repentinamente, arrebatando la nota de las manos de Holmes y dirigiéndole una mirada febril—. ¡No se trata de «Gillian Rochester», sino de *sir* Julian Rossiter, el hombre asesinado esta mañana!

—¿Qué? —exclamé, poniéndome en pie de un salto—. ¿Quién es… quién era ese hombre?

—No lo sé con certeza —admitió Weymouth—. Algo así como un industrial. Yo tampoco había oído mencionar jamás su nombre hasta esta mañana.

—¿Dónde tuvo lugar el crimen? —intervino Holmes—. ¿En Londres, quizá?

—No, nada de eso. En la región de Glamorganshire, en Gales.

—¡Gales!

—En efecto, ahora lo recuerdo. Por cierto, esta mañana oí ciertos comentarios al respecto… —Weymouth vaciló por un instante—. Se trata de algo extraoficial, por supuesto, pero he oído mencionar que el caso se presenta un tanto complicado. El inspector al que ha sido asignado el asunto parece un tanto desorientado y ha llamado a Scotland Yard en demanda de un poco de ayuda… extraoficial, por supuesto.

—¿Tiene usted previsto partir hacia Gales, entonces? —inquirí al instante.

—No, amigo mío. Scotland Yard no puede intervenir en este caso a no ser que se le pida oficialmente que lo haga. Aun en el caso de que así ocurriera, dudo mucho de que me asignaran el caso. Oficialmente estoy investigando las andanzas de Fu Manchú en Londres. Yo no tengo la libertad de que dispone el señor Smith para perseguir a nuestro adversario allí donde se encuentre. Pero nadie impide que usted se haga cargo del asunto —apuntó Weymouth vivamente, dirigiéndose a Holmes.

—¿Yo? —se sorprendió éste.

—¿No buscaba usted una pista que le condujera a Fu Manchú? —preguntó el inspector en tono capcioso—. Pues bien, ya la tiene.

—¡Pero no dispongo de la autoridad que usted sí tiene! —replicó Holmes al punto.

—Bien, como todos los ciudadanos, tiene usted el derecho de desplazarse a donde le apetezca. Y, una vez en Gales, nada impide que la policía local pida su ayuda… de modo extraoficial. —El rostro de Weymouth se distendió en una ancha sonrisa—. Los tiempos han cambiado. Holmes. Sé muy bien que en el pasado se dio cierta rivalidad y existieron ciertas asperezas entre usted y la policía. Pero créame si le digo que ahora no existe un solo hombre en el cuerpo que guarde la menor animosidad contra su persona. Muy al contrario, para cualquiera de nosotros trabajar al lado de Sherlock Holmes constituye un auténtico privilegio.

—¿No cree que deberíamos intentarlo? —insistí por mi parte.

Con la mirada fija en el fuego de la chimenea, Holmes guardó silencio durante largo rato.

—Sí —respondió por fin, volviéndose a nosotros—. Debemos intentarlo. No nos queda otra elección.

—¡Espléndido! —aprobó Weymouth con entusiasmo—. ¡Estaba seguro de que aceptaría! Si toman ustedes el tren después de almorzar estarán en Cardiff a las seis o a las siete. Yo me ocuparé de que alguien los espere en la estación. Tan pronto como regrese a mi despacho en Scotland Yard telefonearé al inspector que investiga el caso y le pondré al corriente de su llegada. Si así lo desean ustedes puedo pedir más detalles relativos al crimen…

—No —rechazó Holmes en tono enfático—. Ya obtendremos los detalles sobre el terreno. Siempre resulta más apropiado. Una cosa más, inspector: le agradecería que tomase las medidas oportunas para arrestar a ese Jacob Morley de inmediato.

Weymouth reflexionó durante un instante.

—¿No le parece más productivo ponerle «en cuarentena» y espiarle nosotros a él?

—Pienso que no. Ese Morley no es miembro del Si Fan; tan sólo se trata de un vulgar empleado temporal. Estoy casi seguro de que no conoce para nada a sus superiores, a los que debe informar por teléfono. Estoy seguro de que a Scotland Yard no le costará demasiado averiguar cuál es el número telefónico al que llama con tanta frecuencia (averiguación, por otra parte, cuyo valor será prácticamente nulo). Y hay otra cosa más —añadió Holmes con sonrisa traviesa—. Preferiría que Morley fuera detenido antes de nuestra partida. Conociendo al Si Fan, dudo de que tuvieran escrúpulo alguno en hacer descarrilar un tren.

—Muy bien —asintió el inspector Weymouth—. Le echaremos el guante en cuestión de minutos. Por cierto, hay otra cuestión que quisiera aclarar. ¿Qué opina usted de la puerta que comunica el patio del edificio con el Enbankment? ¿Cree que el Si Fan puede haber apostado allí a otro espía?

—Dicha entrada apenas si se utiliza —afirmó Holmes en tono reflexivo—, así

que imagino que no habrán situado a nadie. Con todo, recuerdo que muy cerca de ella suele situarse un artista callejero cuyos dibujos son de una calidad sospechosamente mediocre. Quizá podrían ustedes interrogarle, aunque imagino que lo único que descubrirán es que el pobre tipo no tiene demasiada maña con el lápiz.

Tras la partida de Weymouth, Holmes continuó sentado en la misma actitud meditabunda durante un buen rato.

—No tenía previsto marchar tan lejos… —le oí murmurar—. Quizá no debiera…

Encogiéndose de hombros, Holmes se puso finalmente en pie, con la actitud de alguien que acaba de tomar una clara decisión.

—¡Más vale que comencemos a hacer las maletas, doctor! Personalmente llevaré conmigo todo cuanto tengo y creo que usted haría bien en llevar asimismo todo lo necesario para una ausencia prolongada. Tengo mis dudas de que podamos regresar aquí antes de que este caso, de una manera u otra, se encuentre totalmente concluido. Si, como parece, Fu Manchú se encuentra en Gales, tenga por seguro de que se halla ocupado en actividades más importantes que asesinar a industriales poco conocidos.

Cuando, cargados con nuestras maletas, bajamos a Fleet Street en busca de un taxi, tuve la ocasión de comprobar que la ventana del tal Jacob Morley se hallaba cubierta por una persiana. Holmes esbozó una ceñuda sonrisa. Una vez en marcha, mientras avanzábamos por la carretera de Marylebone, pude ver la significativa mirada de reojo que Holmes mostró al cruzar ante Baker Street.

En aquellos instantes me sentía mejor de lo que había estado en varios días. La deprimente sensación de abulia se había esfumado por completo. Por fin gozaba de un estímulo, una verdadera llamada a la acción; una llamada a la que me sentía completamente seguro de poder responder como de mí se esperaba. Tras llegar a la amplia y acogedora estación de Paddington, muy pronto estuvimos instalados en los asientos de nuestro tren, momento que aprovechó Holmes para deslizar una delgada guía turística de Gales en mi regazo.

—Échele un vistazo —me indicó—. ¡Más vale que uno de nosotros sepa algo del país que vamos a visitar!

Con todo el compartimento a nuestra disposición, Holmes se acomodó frente a mí en una de sus características posiciones que adoptaba cuando quería relajarse. Ataviado con un chaquetón de cuero de evidente corte militar y un sombrero flexible de fieltro, parecía más joven de lo que mostraban las fotografías de quince años atrás, en las que siempre exhibía sus inseparables esclavina y sombrero de cazador. Percatándose de mi mirada admirativa, Holmes no pudo evitar una sonrisa algo envanecida. El tren se puso en marcha.

—¡Una vez más, las cartas están sobre la mesa! —apuntó mi compañero—. Dado que el destino se ha aliado con Fu Manchú para que nos encontremos unidos durante un período de tiempo, le agradecería que se dirigiese a mí simplemente como «Holmes». Su «señor Holmes» me hace pensar en la policía.

—Con mucho gusto —acepté—, siempre y cuando deje usted de llamarme

«doctor».

Holmes asintió con la cabeza. Al verle allí, sentado frente a mí, no pude dejar de pensar en tantas y tantas correrías en las que Smith y yo nos habíamos sentado de igual guisa en el compartimento de un tren. Casi tantas, ello era seguro, como Holmes y Watson…

—Resulta curioso que tanto Nayland Smith como Sherlock Holmes tengan por compañeros a médicos que también son escritores —comenté en tono jovial.

Para mi sorpresa, Holmes adoptó inmediatamente una curiosa rigidez en el porte al tiempo que fruncía el ceño visiblemente.

—A mí no me parece tan curioso —indicó de forma un tanto seca—. Los médicos siempre resultan útiles, pueden ajustar su horario de trabajo a las circunstancias del momento y suelen encontrar tiempo para escribir. De cualquier modo, le agradecería que en el futuro evitase compararme con Nayland Smith, cuyo modo de acción difícilmente es el de un detective.

—¡Smith no es un detective! —repliqué, indignado por aquel ataque—. Su puesto de comisario de la policía de Birmania es puramente administrativo; si ahora se encuentra en Inglaterra es sólo por causa de sus anteriores contactos con el Si Fan, que le otorgan un conocimiento infrecuente de dicha organización.

—¡Eso es precisamente a lo que me refiero! El trabajo de Smith no tiene nada que ver con el mío. Yo soy un investigador. Smith no tiene por qué esforzarse en descubrir métodos y motivos por cuanto, en su caso, la identidad del criminal está perfectamente establecida de antemano. Todo se reduce a echarle el guante, como diría el inspector Weymouth. «Echar el guante» a los criminales es tarea que incumbe a la policía, no a los investigadores.

Con gesto enfurruñado, Holmes desvió la mirada hacia el paisaje suburbano visible a través de la ventana. Su perfil podría compararse sin riesgo alguno con el de un piel roja tallado en marfil. Por fin, emitiendo un profundo suspiro, de nuevo volvió su rostro hacia mí.

—Realmente soy de la opinión de que toda comparación resulta odiosa —afirmó con serenidad—. Yo no soy Smith y usted no es Watson. Es posible que yo le encuentre a usted demasiado impaciente, impetuoso y emocional. Y estoy seguro de que usted en ocasiones me considera excesivamente indolente, taciturno, malhumorado y grosero. Con todo, somos lo que somos, nadie nos va a cambiar y debemos acostumbrarnos a ello. ¿No le parece?

—¡Naturalmente! —respondí, tendiéndole mi mano.

Holmes aceptó el apretón sin frialdad alguna; el irónico brillo de sus ojos me mostró, sin embargo, que éste era precisamente el tipo de gesto expansivo que no podía soportar. Por fin, poniéndose en pie, tomó su maleta de la rejilla y, abriéndola, extrajo la voluminosa carpeta repleta de folios mecanografiados que yo le había entregado la noche anterior.

—Estudie bien la guía durante un rato —me aconsejó—. Preste especial atención

a la geografía, que puede resultarnos muy útil. Mientras tanto, yo trataré de aprender un poco más acerca del Si Fan por medio de su novelizado relato.

Dicho lo cual, mi compañero procedió a fumarse una pipa de madera de cerezo que no tardó en impregnar todo el compartimento de un aroma frutal bastante desagradable. Me parece que, con la única excepción de una pipa del tipo meerschaum, cuyo tamaño y longitud eran comparables a los de un pequeño saxofón, Holmes había traído consigo su colección de cachimbas al completo. La de madera de cerezo no era, desde luego, una que me gustase demasiado. Aún me gustaría menos al advertir que era la pipa que Holmes solía escoger cuando se encontraba de malhumor. En esta ocasión, enfrascado en la lectura de las hojas mecanografiadas, no hizo esfuerzo alguno por ocultar su estado de ánimo, murmurando comentarios desaprobatorios ante determinados párrafos, alzando los ojos al cielo ocasionalmente y pasando las páginas violentamente tras garrapatear breves notas en los márgenes. En vista de aquel espectáculo, no tardé en advertir que tendría que volver a mecanografiar todas aquellas páginas si algún día me decidía a visitar otra vez a un editor (cosa que no estaba nada clara).

Abriendo la guía turística, me esforcé en imitar a Holmes, haciendo caso omiso de las retóricas descripciones de encantos pastorales, montañas imponentes y paisajes espectaculares. Por lo que pude deducir de mi lectura, el área situada al norte y al oeste de Cardiff consistía en un vasto entramado de valles industriales dedicados a la producción de hierro y carbón. La costa aparecía también bastante poblada, aunque treinta y dos kilómetros más allá del mar el mapa mostraba grandes espacios deshabitados, apenas cruzados por un par de carreteras, varios caminos vecinales y la ocasional presencia de algunas granjas y aldehuelas. Para alguien como yo, acostumbrado a los Midlands y el sur de Inglaterra, resultaba sorprendente saber que en nuestra isla existieran vastos parajes prácticamente deshabitados. Se me ocurrió que en un lugar así, Fu Manchú sabría cómo esconder un ejército.

¿Pero se hallaba Fu Manchú allí? Y en caso de que realmente se encontrara en Gales, ¿no estaríamos dejando a Smith tras de nosotros, prisionero en alguno de los incontables sótanos de Londres? ¿Y dónde estaría ahora Karamaneh?

Torturado por estas y otras cuestiones semejantes, me resultaba difícil concentrarme en la lectura, por no hablar del esfuerzo de memorizar una legión de nombres geográficos de imposible pronunciación para mí. Se me ocurrió que, sin tener noción alguna del lenguaje galés, nos veríamos en problemas a poco que nos viéramos obligados a desplazarnos por la zona. Finalmente, cansado y medio asfixiado por la fastidiosa humareda que brotaba de la pipa de mi compañero, opté por cerrar la guía y dejarla tranquilamente a un lado. En aquel preciso instante, Holmes terminó también con las cuartillas mecanografiadas.

—Es usted todavía más poético que Watson —observó con sarcasmo.

—Habíamos acordado olvidarnos de las comparaciones.

Sorprendido por mi respuesta, Holmes parpadeó vivamente y, casi sin transición,

se echó a reír a carcajadas. Su malhumor había desaparecido al instante.

—¡Muy bien dicho, Petrie! —exclamó en tono aprobatorio—. Creo que nos acabaremos llevando bien, ya lo verá.

Los últimos rayos de una soberbia puesta de sol se cernían sobre las tan hermosas como gráciles colinas de Cotswold, inmediato preludio de las montañas galesas, cuando un insistente pensamiento me aguijoneó por un instante.

—Holmes, he estado pensando… —comencé.

—¿De veras? —inquirió mi acompañante, enarcando las cejas.

Yo estaba dispuesto a no permitir que sus sarcasmos me exasperaran con la misma facilidad que al pobre doctor Watson.

—Sí, algunas veces me dedico a ello —repliqué al instante—. Bien, he estado pensando un poco acerca del horrible atentado de Sussex. Hay algo que me escama. Un ataque de tal naturaleza me parece gratuito e imprudente…

—¡Y tan imprudente! ¡Lo único que han conseguido esos tipos es poner a Sherlock Holmes tras de su pista!

La evidente vanidad de Holmes a veces resultaba bastante divertida.

—Fu Manchú raramente obra con temeridad. Por ello pienso que un ataque tal debe haber partido del mandarín Ki Ming.

—¿Ki Ming? ¡Sí, ya recuerdo! Se trata de ese nuevo rufián que ha aparecido en los últimos tiempos, ¿no es así?

—Efectivamente. A diferencia de Fu Manchú, Ki Ming tiene una consideración bastante elevada en el mundo de la diplomacia internacional. Ello no obsta para que al mismo tiempo sea miembro del Consejo de los Siete que rige al Si Fan, además de poseer una diabólica competencia en el campo de la hipnosis, habilidad que, como he podido comprobar personalmente, utiliza de modo criminal. Smith me dijo un día que Ki Ming cursó estudios en el monasterio tibetano de Rache Churan y…

—Si Smith le dijo eso estaba equivocado —me interrumpió Holmes repentinamente—. Rache Churan no es un monasterio sino una minúscula secta del lamaísmo que afirma conocer los secretos de la magia. —Holmes observó con una sonrisa traviesa mi asombrado rostro—. He pasado algún tiempo en el Tíbet.

—¿Cómo? —exclamé—. ¡Y me dijo usted que lo ignoraba todo con respecto a Asia!

—Y así es, en efecto —repuso mi sorprendente acompañante con placidez—. Mis estudios en el Tíbet tenían una naturaleza puramente filosófica, relativa al carácter del budismo tibetano. El doctor Fu Manchú no tiene nada de budista, sino que reverencia a dioses mucho más antiguos y oscuros.

—Con todo, el hecho de que usted haya estado en el Tíbet podría explicar algunas cosas —afirmé en tono pensativo—. Indudablemente tal circunstancia basta y sobra para que el Si Fan le colocara hace tiempo en su lista de enemigos en potencia que sabían demasiado. Bastó que le vieran junto a mí para que su muerte fuera decidida de inmediato. Y, volviendo a lo que hablábamos, Nayland Smith cree que existe una

lucha por el poder total sobre el Si Fan entre Ki Ming y Fu Manchú. Al parecer ambos líderes actúan con independencia entre sí, aunque sus fines sean idénticos. Si Fu Manchú se encuentra en Gales (lo que es muy posible, pues hace más de un mes que no se sabe nada de él), lo más probable es que Ki Ming tenga las manos libres para actuar en Londres.

Sherlock Holmes guardó silencio por un instante, meditando acerca de mis palabras (circunstancia esta última que constituía toda una novedad).

—Usted se encuentra en mejor posición para solucionar el dilema —concedió Holmes finalmente—, pues conoce mejor que yo a estos individuos. De acuerdo con su teoría, ¿piensa usted que Smith ha sido secuestrado por Ki Ming y no por el doctor Fu Manchú?

—Lo dudo mucho. Ki Ming hubiera liquidado a Smith en el acto. De hecho, ya lo ha intentado por dos veces en los últimos tiempos. Por razones que no están demasiado claras, Fu Manchú, en cambio, preferiría conservar a Smith con vida en su poder.

La oscuridad había caído ya cuando nuestro tren penetró en el largo túnel de Severn. Durante diez minutos, mi compañero y yo guardamos silencio, sabedores de las miles de toneladas de agua que corrían sobre nuestras cabezas en aquel paraje, frontera natural entre Inglaterra y Gales. Impresionado ante aquella obra del hombre, traté de pensar en lo que podría ser un túnel que cruzase bajo el canal de la Mancha. Por fin, la rara sensación de opresión cedió al instante cuando, como un relámpago, abandonamos el túnel para salir al disputado condado fronterizo de Monmouth.

—Quizá tenga usted razón —afirmó Holmes, como si nuestra conversación no se hubiera interrumpido ni un instante—. Con todo, el mejor medio de ayudar a Nayland Smith estriba en olvidarnos de él momentáneamente y concentrarnos en un caso mucho más reciente, el asesinato de *sir* Julian Rossiter, del que nada sabemos, por el momento.

Nuestro tren iba a llegar bastante bien de tiempo —es decir, con tan sólo media hora de retraso—. Mientras, atravesábamos una interminable serie de pueblos industriales de idénticas calles mal iluminadas y casas cuyos tejados parecían elaborados con una rara pizarra de tonalidad amarilla.

—Aunque mi estancia en Lhasa le pudiera desorientar —musitó Holmes, con la mirada fija en el espectáculo de la ventana—, China me es casi tan desconocida como este país en el que muy pronto pondremos pie. Convendría que no olvidáramos que Gales es un país distinto de Inglaterra.

CAPÍTULO 8
EL HOMBRE ASESINADO EN DOS OCASIONES

Nada más poner el pie en el andén de la estación de Cardiff, un hombre robusto y de baja estatura se acercó a saludarnos sin molestarse demasiado en convencionalismos.

—El señor Holmes, ¿no? Con su pipa y su famosa nariz resulta imposible no reconocerle en el acto —afirmó, estrechando vigorosamente la mano de mi compañero.

Todavía estaba saludando a Holmes cuando su mano izquierda me tomó del codo afectuosamente.

—Y usted debe ser el doctor Petrie, naturalmente. Yo soy Owen Beynon, de Merthyr Tydfil.

Aquel nombre correspondía al de una de las principales ciudades mineras mencionadas en la guía. Si la memoria no me engañaba, aquella población se había visto envuelta recientemente en unos sorprendentes desórdenes callejeros que habían originado apedreamientos y cargas policiales a la cachiporra[10].

—¿Es allí adonde nos dirigimos? —inquirí.

—Por allí cerca está la casa —respondió el inspector Beynon—, aunque tampoco tan cerca. Si les parece, podemos charlar un poco frente a una taza de té, y luego los conduciré allí.

—¿Iremos en otro tren?

—No. Será mejor que usemos el bonito coche de *sir* Julian. El chófer ya está avisado.

Nuestro peculiar anfitrión tomó las dos pesadas maletas que habíamos traído, una en cada mano, y nos condujo al establecimiento situado en la propia estación. Sentados frente a una mesa de mármol, el inspector regresó con tres tazas de té, tomó asiento y, sin más ceremonia, comenzó a hablar torrencialmente.

—Sólo les contaré los datos realmente importantes de este asunto. Conozco bien su modo de trabajar, señor Holmes, pues he leído todo cuanto se ha escrito acerca de su persona. —El inspector se quitó la gorra, revelando una tiesa pelambrera castaña —. Dicen que en estos valles se lee más que en cualquier otra parte de las islas Británicas; leen hasta personas que uno creería que no pueden ni estampar su propia firma. Todos conocemos también a ese terrible doctor de la China y le aseguro que no tenemos ningunas ganas de verle por aquí.

—¿Y qué hay de *sir* Julian Rossiter? —sugirió Holmes con una débil sonrisa—. ¿Quién era exactamente?

—El propietario de la mina de Pentrefdu.

La respuesta me dejó un tanto sorprendido. Aquello no era exactamente lo que

había esperado.

—Pero yo pensaba que *sir* Julian Rossiter tenía algunas conexiones con el Lejano Oriente —intervine—. ¿Sabe usted, por ejemplo, si había vivido en Asia? ¿Tiene idea de si dominaba la lengua china?

—¿Él? —exclamó el inspector Beynon, mirándome con extrañeza—. No creo que nunca viajara más allá de Porthcawl. Y me extrañaría que supiera chino cuando ni siquiera conocía el galés —afirmó con cierto deje de desagrado en la voz.

—¿Sabe usted si algún miembro de su familia tenía relación con Asia?

—Hmmm… Ahora que lo dice, recuerdo haber oído alguna vez que había un primo o algo así que emigró a la India y acabó ahorcándose.

—¿Tiene usted idea de cuándo sucedió tal hecho?

—Oh, pues creo que allá por el 1850.

—Me extrañaría que ésta sea la conexión que buscamos —afirmó Holmes en tono seco—. Así, según usted, la muerte de este hombre no tiene ninguna traza… oriental.

—Pues no… —repuso Beynon, vacilando por un instante para añadir en tono algo ingenuo—: ¡A excepción de que se trata de una muerte muy rara!

El inspector volvió a mostrarse dubitativo; su rostro había adoptado una expresión ceñuda.

—Bueno, la cosa es simple pero requiere una pequeña explicación. En torno a las dos de la pasada noche, *sir* Julian Rossiter salió corriendo de su dormitorio, aullando como un poseso; tras cruzar el pasillo de ese extraño modo, echó a correr por las escaleras, donde tropezó con tan mala fortuna que cayó, fracturándose el cráneo. Bastante raro, dirán ustedes, pero ¡todavía es más raro! ¡Según el doctor, *sir* Julian fue envenenado! Y además su cuerpo presentaba otras heridas que, con toda seguridad, no habían sido provocadas por la caída; el tipo de heridas que tendría si le hubieran acuchillado repetidamente. Lo más curioso es que no hay rastros de sangre por ninguna parte, a excepción del recibidor de la casa. El dormitorio, por su parte, presentaba un aspecto perfectamente normal. ¿Qué motivo tendría *sir* Julian para saltar de su cama en mitad de la noche y echar a correr como si se hubiera encontrado con el mismo diablo?

Sherlock Holmes asintió con expresión pensativa.

—Intentaremos responder a esas preguntas cuando visitemos el lugar de los hechos. Una pregunta obligada: ¿le parece que Rossiter tenía enemigos?

—¡Cientos de ellos, diría yo! —respondió Beynon sin vacilar un instante—. Hay buenos propietarios y los hay malos. Él, desde luego, no era de los buenos. Los Rossiter eran propietarios desde mucho tiempo atrás, propietarios de las tierras que Oliver Cromwell robó a aquellos que se alinearon con el rey, como fue el caso de la mayoría de la gente de esta zona.

—¿Era *sir* Julian un *baronet*? —inquirí. Beynon me miró sin comprender—. Quiero decir, ¿había heredado el título de su padre?

—No. Creo que lo obtuvo personalmente, no sé por qué motivo.

—Un caballero, por tanto —interrumpió Holmes con impaciencia—. ¡Continúe, por favor!

—Bien, la mayoría de las antiguas tierras —dijo Beynon— fueron vendidas tiempo atrás a los constructores. Fue el abuelo de *sir* Julian quien comenzó con lo de las minas. Nadie le hablará bien de aquel viejo. Tenía empleadas a chicas de diecisiete años que hacía trabajar semidesnudas frente a todos los mineros. Siempre hizo uso de niños a los que hacía arrastrar las vagonetas por los túneles más estrechos. Cuestión de tamaño, ¿sabe? Las cosas no están tan mal hoy en día, pero tampoco es que estén demasiado bien. Esa de Pentrefdu es de las peores, un agujero inmundo en el que los pulmones se te llenan de polvo y los ojos acaban por no responderte. Salarios de miseria y una de las minas con peores condiciones de seguridad. Ninguno de los que en ella trabajan van a sentir la muerte de *sir* Julian. Pero de ahí a matarle… ¿Qué conseguirían con matarle?

¿Y qué conseguiría Fu Manchú con matarle?, me pregunté yo mientras bebía una de las peores tazas de té que se me había dado a probar. En la irreal atmósfera de aquella estación de ferrocarriles, sentí cómo la duda se abría camino en mi mente. ¿No estaríamos haciendo el ridículo? ¿La coincidencia entre «Gillian Rochester» y «Julian Rossiter» no sería acaso exactamente eso mismo, una simple coincidencia?

—¿Quién es el heredero de las propiedades? —intervino Holmes.

—Su mujer, *lady* Elinor, otra que tal. Esa bruja es veinte años más joven que el difunto y no ha hecho sino esperar a verle bajo tierra.

—¿*Lady* Elinor? —objeté tontamente—. ¿No sería más correcto, ya que toma el título de su marido, llamarle «*lady* Rossiter»?

—¡Olvídese del tema! —me ordenó Holmes con irritación—. ¡Que se llame como quiera! ¿Hay algún hijo?

—Ninguno —Beynon meneó la cabeza pesadamente—. Diez años viviendo juntos y no creo que jamás compartieran una cama o una comida.

—¿Criados?

—No muchos. La casa no es demasiado grande, así que sólo hay tres sirvientes, cuatro si incluimos al joven Rhys, que está congelándose… que… que está en el coche. El que lleva más tiempo es Howell, el mayordomo, que hace casi todo el trabajo. Fue el primero en trabajar para *sir* Julian y es el mejor hombre en toda la casa. Con él está su mujer, empleada como cocinera. La última en llegar ha sido Gwennie, el ama de llaves, que se pasa el día encerrada en su habitación llorando como una histérica, pues lo único que quiere es largarse de allí cuanto antes.

Echando una ojeada a su reloj de muñeca, Holmes se levantó de la mesa.

—Bien. Pongámonos en marcha de una vez.

Conducidos por el tal Rhys, un apuesto muchacho ataviado de uniforme, hicimos el resto del viaje sentados en el asiento trasero de un opulento Rolls-Royce.

—Si quiere que le sea sincero —me comentó Holmes—, no sé qué tiene que ver Fu Manchú con todo esto.

—¡Eso es lo que vamos a averiguar! —respondí.

Malhumorado, Holmes no volvió a abrir la boca en todo el camino. Una vez abandonamos Cardiff atravesamos una inacabable sucesión de estrechos mineros en los que el carbón se amontonaba en la ladera de las montañas. Ocasionalmente, veíamos brillar las luces de algún lejano pueblo aislado, aunque no recuerdo habernos cruzado con un solo ser humano durante bastantes kilómetros.

Arrellanado en un rincón del asiento, Holmes cerró los ojos hasta quedarse, así lo creo, completamente dormido. Una de las habilidades más celebradas de Sherlock Holmes era, efectivamente, la de dormir a voluntad cuando el lugar y la ocasión lo permitían. Tras seguir hacia el norte durante casi una hora, Rhys torció a la derecha, aventurándose por una serie de caminos vecinales hasta cruzar un valle tan estrecho y de paredes tan empinadas que me resultaba imposible ver el cielo desde la ventanilla. Tras dejar atrás aquel valle asfixiante y adentrarnos en un camino de piso particularmente desigual, un nuevo giro a la derecha bastó para que, casi sin transición, nos detuviéramos frente a la fachada de un edificio de ventanas iluminadas.

La residencia del fallecido *sir* Julian era algo mayor de lo que había imaginado y consistía en un feo edificio moderno de dos pisos construido con piedra de Portland. Junto al porche reposaba una ambulancia que el inspector Beynon nos señaló cuando descendimos de nuestro automóvil.

—Ya se iban a llevar el cadáver cuando el inspector Weymouth telefoneó anunciándome su llegada y recomendándome que dejásemos todo tal como estaba hasta que usted tuviera ocasión de echar un vistazo.

En la puerta fuimos recibidos por un hombre de apariencia digna y edad mediana; a pesar de que no vestía librea, parecía evidente que se trataba del mayordomo de aquella residencia un tanto descuidada. Cargando con nuestras maletas, Rhys nos seguía con aire respetuoso. La atmósfera del interior de aquella casa era caliente y un tanto viciada, con el característico olor a metal recalentado de los sistemas de calefacción central. Mientras me desprendía de mi abrigo y chaqueta, pude comprobar que nos encontrábamos en un raro recibidor de grandes dimensiones dividido por una amplia escalera. Como no tardé en aprender, aquella casa se hallaba dividida en varias habitaciones dispuestas de forma casi simétrica. Ello resultaba muy práctico en un hogar que, según parecía, había sido dividido años atrás entre hombre y mujer.

Todavía me estaba quitando el abrigo cuando un policía de gruesos mostachos se acercó a saludarnos.

—Lloyd —anunció el inspector Beynon—, este hombre de aquí es Sherlock Holmes.

—*Iesu Gris* —barbotó el sargento, ofreciendo una mano temblorosa al impasible Holmes—. Nunca creí que viviría lo bastante para estrechar su mano, señor.

—¡No se ponga así, hombre, que nuestro amigo Holmes no muerde! —saltó

Beynon—. Bien. ¿Ha sucedido alguna novedad durante mi ausencia?

—Ninguna, señor.

—Bien. ¿Dónde se encuentra Edwards?

—En su puesto en el piso de arriba, señor.

—¿Han podido ustedes almorzar alguna cosa?

—Sí, señor.

—¡Ja! Nosotros no podemos decir lo mismo. ¿Qué hay de los hombres de la ambulancia?

—En la cocina, señor. Bebiendo cerveza y jugando a las cartas.

—¡Ya me gustaría a mí estar en su lugar! —se lamentó el inspector, tomando a Holmes del brazo y señalando hacia un grupo de manchas rojizas situadas al pie de la escalera—. ¿Lo ve usted? ¡Las manchas de sangre que le decía!

—Lo veo, lo veo —gruñó Holmes—. ¿Y dice usted que no hay rastro alguno de sangre en la escalera?

—Tan sólo unas pocas por aquí. Debió de caer de muy alto. Pero no existe otra sola mancha en toda la casa. Pero vengan conmigo a ver el cadáver. —Marchando a nuestro frente, el inspector Beynon nos condujo tras un pequeño reguero de sangre, ocasionado sin duda al arrastrar el cadáver. Al cruzarnos con el mayordomo, Beynon detuvo su vertiginoso avance por un instante—. Véngase con nosotros, Hovvell. Seguro que el señor Holmes quiere hablar con usted.

—Muy bien, señor.

A continuación penetramos en una amplia sala cuya decoración era tan ostentosa como falta de gusto, combinación generalizada en toda la casa. Tendida en el sofá, una siniestra silueta nos aguardaba envuelta en una sábana. Cuando Beynon alzó la sábana, pude ver el rostro y los hombros de un hombre de algo menos de sesenta años que antaño había sido vigoroso, pero que ahora exhibía varios kilos de más.

—¡Ahora le toca a usted actuar, Petrie! —apuntó Holmes.

Tragando saliva, me acerqué a aquel cadáver cuya boca aparecía abierta y torcida en horrible mueca y cuyos ojos parecían todavía hablar de un horror inexpresable. Una gran contusión sobre la ceja izquierda mostraba el lugar exacto en que *sir* Julian se había estrellado contra las baldosas del recibidor; un reconocimiento superficial bastó para cerciorarme al instante de que, efectivamente, había sufrido una notable fractura en el cráneo.

—¿Le parece que el golpe en la cabeza acabó con él? —inquirió el inspector.

—Probablemente —respondí.

—Así lo dijo también el forense. Pero ahora fíjese en esto —anunció Beynon, alzando la mitad inferior de la sábana y revelando los pantalones y los desnudos pies del fallecido.

Un vistazo bastó para revelarnos el origen de las manchas de sangre. La planta del pie derecho aparecía surcada por un laberinto de largos, nítidos cortes, diríanse efectuados por una hoja afiladísima. Algunos cortes de aspecto similar aparecían

también en la planta del pie izquierdo. La carne que iba de los tobillos a las heridas mostraba una rara decoloración unida a una más que evidente hinchazón de aspecto particularmente desagradable.

—Envenenado, por supuesto —apuntó Holmes.

—En efecto —confirmé yo—. No sabría decir, sin embargo, qué sustancia se empleó para tal fin. No cabe descartar que el veneno fuera el verdadero causante de la muerte, aunque en tal caso debería tratarse de una droga de efectos rapidísimos, cianuro o quizá alguno de los raros compuestos de Fu Manchú. Tan sólo una autopsia, y quizá ni eso, nos puede decir si la muerte de este hombre fue provocada por la caída o el veneno.

—Tampoco resulta tan importante saberlo —afirmó Holmes, encogiéndose de hombros—. Evidentemente los autores de este trabajo esperaban que el veneno resultase fatal. No podían saber en modo alguno que Rossiter se caería por la escalera.

—Pero ¿cómo puede haberse producido esas heridas? —inquirió el inspector Beynon.

—¿A usted qué le parece, Petrie? —inquirió Holmes con malevolencia.

—Francamente, no tengo ni idea. Para que le infligieran tantos cortes, es preciso que este hombre estuviera drogado o atado a su cama…

—En ese caso, el dormitorio aparecería manchado de sangre por todas partes, y el inspector ya nos ha dicho que ello no es así en absoluto. No obstante quizá exista una explicación. —Holmes se giró repentinamente hacia el mayordomo Howell—. Pero antes de entrar en especulaciones, tratemos de poner algo de orden en este embrollo. Cuénteme su versión de los hechos, Howell.

—Muy bien, señor —respondió éste en la manera sencilla e impasible de un sirviente profesional—. Poco antes de las dos de la madrugada, mi mujer y yo ya llevábamos unos veinte minutos en nuestro dormitorio y…

—¿A qué hora se acostó *sir* Julian?

—Me temo que no sabría decirle, señor. La última vez que le vi se encontraba en su despacho y era alrededor de la medianoche. Mi mujer y yo estábamos ocupados en las tareas de la casa y…

La puerta se abrió en aquel instante y una mujer de largo cabello de un rubio pajizo, de unos treinta y cinco años de edad y rasgos hermosos pero marchitos irrumpió en la sala. De inmediato reconocí en ella a la famosa *lady* Elinor.

Ignorando completamente nuestra presencia, la mujer, envuelta en una simple bata, se acercó hasta una tabaquera de cedro, de la que extrajo un cigarrillo.

—Señora, le agradecería sinceramente que no fumase en esta sala —le indicó Holmes al momento.

La mujer se volvió hacia él, esgrimiendo una malhumorada expresión de sorpresa. Sin perder un segundo, el inspector Beynon trató de suavizar la tensión.

—Señora, este hombre es…

—Sé muy bien quién es, pero no me impedirá fumar un pitillo en mi propia casa. ¡Ni usted tampoco, inspector! —Sentándose con descaro sobre el brazo del sillón, *lady* Elinor dirigió una desafiante mirada a su alrededor mientras prendía su cigarrillo —. Continúe con su pequeña historia, Howell —ordenó, soltando una bocanada de humo.

Impertérrito, el mayordomo esbozó una breve reverencia.

—Estaba desvistiéndome en nuestra habitación cuando, poco antes de las dos me sorprendió oír un golpe seco (producido por *sir* Julian al abrir la puerta violentamente). Inmediatamente después pudimos oír sus gritos de terror mientras corría por el pasillo armando un estrépito tal que tanto la señora como el ama de llaves se despertaron en el acto. Un segundo más tarde nos llegó el sonido de un golpe violentísimo y…

—¡Un minuto, Howell! —interrumpió el inspector—. ¿Cómo podía usted saber que *sir* Julian gritaba de terror y no de dolor?

—Simplemente lo sé, señor —replicó el mayordomo con tranquilidad—. Durante mi paso como voluntario por la guerra de Sudáfrica, tuve ocasión de aprender cuándo un hombre está herido y cuándo está aterrorizado.

—Bien dicho —aprobó Holmes—. ¿Qué sucedió a continuación?

—Tras correr al recibidor, lugar de donde parecía haber provenido el estrepitoso golpe, encendí las luces y vi a *sir* Julian tumbado boca abajo. Al socorrerle advertí que, aunque inconsciente, todavía respiraba. En aquel instante acudió mi mujer, vestida con una bata, y, dado que nosotros no teníamos bastantes fuerzas para cargar con *sir* Julian, le ordené acercarse a la dependencia del cochero y llamar a Rhys…

—¿Por dónde bajaron usted y su mujer? ¿Por la misma escalera?

—No, señor. Por la escalera de servicio situada en la parte posterior de la casa. Mientras aguardaba a que mi mujer regresara, *lady* Elinor apareció por las escaleras y dijo que…

Por primera vez el mayordomo titubeó en su declaración mientras *lady* Elinor le dirigía una mirada de impaciencia.

—¡Venga, dilo de una vez! Bien, ya lo diré yo. Mis palabras fueron «Por fin ese puerco borracho ha acabado de una vez».

Con el rostro impasible, Holmes se volvió hacia la mujer.

—¿Quiere usted decir que su marido tenía la costumbre de emborracharse habitualmente?

—No, habitualmente no. Le había visto borracho en algunas ocasiones, aunque no con frecuencia. Lo que sucedió es que pensé que en aquel momento sí que lo estaba.

—¿Por qué escalera descendió usted?

—Por la escalera principal, la misma por la que cayó mi marido.

—Muy bien —asintió Holmes, volviéndose ahora hacia Howell—. ¿Hay algo más que pueda usted decirnos?

—No mucho más, señor. Mi esposa no tardó en llegar con el chófer y entre los

tres trajimos a *sir* Julian a este mismo sofá. Fue al examinarle más detenidamente en ese momento cuando advertimos que había muerto.

—Nada de ello explica el origen de los cortes en las plantas de los pies —terció Beynon con impaciencia.

Sherlock Holmes le miró con los mismos ojos que Lestrade y Gregson debieron aguantar tantas veces en el pasado.

—¿Pero todavía no se ha dado cuenta? ¿Aún quiere que se lo explique? Pues se trata de usar un simple método de eliminación. Los pies de este hombre no tenían corte alguno cuando llegó al borde de las escaleras; sí los tenían, sin embargo, cuando se estrelló contra el suelo.

—¿Qué? —exclamó el incrédulo Beynon—. ¿No pretenderá que se cortó mientras volaba por los aires?

—No exactamente —repuso Holmes con una sonrisa—. Fíjese que las heridas se concentran casi en su totalidad en el pie derecho. Fue precisamente el dolor que sintió al serle infligidas las heridas lo que *motivó* la caída. No existe otra explicación. Para ello, los asesinos se debieron de valer de algo similar a un diminuto colchón de goma erizado de vidrios rotos (y, naturalmente, envenenados) que situaron en el segundo o tercer escalón contando desde arriba. Cuando un hombre desciende por unas escaleras, lo hace apoyando los pies de forma alterna en cada escalón. *Sir* Julian pisó de lleno los cristales con su pie derecho y al saltar instintivamente debió de rozarlos con el talón izquierdo.

—¿Y cómo es que no hemos encontrado rastro alguno de esos vidrios?

—Ya se ocuparon de eso. En primer lugar colocaron los cristales poco después de que Rossiter se acostase. Una vez cometido el daño, los retiraron de inmediato (probablemente valiéndose de una cuerda atada a un extremo). Así lo prueba el hecho de que la esposa de *sir* Julian pudiese bajar por la escalera sin daño alguno unos minutos después.

—Pero, señor —intervino Howell—, si realmente había un intruso en la casa, ¿cómo pudo escapar? La puerta ha estado vigilada desde la muerte del señor y todas las ventanas se hallan bien aseguradas. Todavía lo están, como he podido comprobar.

—¿No existe ninguna otra salida?

—Sí, una puerta trasera cerrada con llave por la noche y que yo me ocupo de abrir por las mañanas, pero en vista de lo sucedido anoche, he optado por dejar la puerta cerrada todo el día.

—Vaya, vaya —musitó Holmes frotándose el índice contra su larga nariz—. La cosa se pone interesante.

—¿A qué espera para detenerme de una vez, señor detective? ¿Acaso no está pensando ya que el culpable soy yo? —le interrumpió *lady* Elinor violentamente, arrojando el cigarrillo sobre el cenicero.

—¿Cómo?

—No disimule, Holmes. Sé muy bien lo que piensa en estos momentos. Le diré

sin embargo que está usted muy equivocado. Yo no odiaba a mi marido; simplemente le despreciaba y le consideraba un extraño. *Sir* Julian no era hombre que pudiera convivir con una mujer por más de seis meses, cosa que yo ya sabía cuando me casé con él. Cuando dejé de resultarle atractiva, acordamos tácitamente que yo cerraría los ojos ante sus correrías y me encargaría de todos los asuntos prácticos derivados de esta casa; a cambio, él me mantendría adecuadamente y me nombraría su heredera. *Sir* Julian estaba satisfecho con esta situación, pues no tenía a nadie a quien legar su fortuna.

—Le agradezco su franqueza —repuso Holmes con tranquilidad. Mirando de reojo a Beynon, mi compañero añadió—: Además del misterioso modo de entrada y salida utilizado por el asesino, este caso presenta un aspecto todavía más curioso. ¿Qué método terrible se debió emplear para que *sir* Julian cayera en un estado de pánico tal? Un terror tan extremo capaz de hacerle huir despavorido de su habitación. Una habitación en la que se encontraba solo y…

—¡Quizá no estaba solo! —repuso *lady* Elinor en tono vengativo—. Ocasionalmente mi marido hacía venir muchachas de Cardiff o Merthyr, pero nunca la misma.

—Pero según tengo entendido nadie estaba con él la noche pasada.

—Ningún visitante ha puesto los pies en la casa durante los últimos diez días, señor —indicó Howell.

De nuevo, y esta vez durante un período más largo, un profundo silencio se hizo entre nosotros. El cigarrillo de la viuda continuaba soltando acres lazos de humo azul desde el cenicero, como si quisiera parodiar el incienso situado junto a una tumba. De improviso, *lady* Elinor se volvió violentamente hacia Beynon.

—¿Y a mí qué me importa cómo se muriera o le mataran? ¡Toda esta farsa tenía que haber tenido fin hace rato! —La viuda señaló con brutalidad a la forma envuelta en la sábana—. ¡No quiero ver *eso* más! ¡Y no tengo ningunas ganas de verlos más en mi casa a todos ustedes!

El estallido de *lady* Elinor, que había incomodado visiblemente a Beynon, no alteró en lo más mínimo la tranquila expresión de Sherlock Holmes.

—Señora —respondió en tono untuoso—, me temo que deberemos permanecer aquí hasta descubrir de una vez qué fue lo que su marido vio en el dormitorio para horrorizarse de tal modo.

Durante unos segundos interminables, los dos adversarios enfrentaron sus miradas sin pestañear. Pero yo sabía que las últimas palabras de Holmes habían asustado a la viuda. Por fin, ésta cedió, bajando la vista e iniciando un profundo sollozo.

—¡Es… es usted horrible! —musitó *lady* Elinor mientras daba media vuelta y desaparecía presurosamente del recibidor.

Sherlock Holmes esbozó una sonrisa de aparente candidez.

—Bien, la gente que dice lo que piensa resulta admirable. Creo que, por el

momento, la ambulancia ya puede retirar el cadáver. Entretanto les propongo una visita al piso superior.

CAPÍTULO 9
LA CASA DEL TERROR

Tras dejar atrás el último peldaño de la escalera fatal, Holmes se detuvo en seco, señalando hacia una estrecha puerta semiescondida tras una columna.

—¿Qué es eso? —demandó.

—Un simple armario, señor —repuso Howell, el hombre que nos acompañaba en nuestra pequeña expedición mientras el inspector Beynon esperaba en el piso de abajo, charlando con los conductores de la ambulancia.

—¡Ajá! ¡Éste es precisamente el tipo de cosa que buscaba! —murmuró Holmes, abriendo la puerta e iluminando el oscuro interior con la ayuda de su linterna.

El armario no parecía contener nada de interés, a excepción de algunos zapatos e impermeables viejos. Con expresión desconfiada, Holmes olisqueó aquellas ropas.

—¿Tiene su mujer por costumbre emplear el ajo en la cocina? —preguntó a Howell.

—No, señor. Nunca.

Holmes sacó la cabeza de entre los abrigos y cerró la puerta del armario empotrado.

—Este armario —anunció— es, sin ningún género de dudas el lugar escogido por el asesino para ocultarse tras ejecutar su diabólica misión. Mi nariz me dice que este armario ha estado ocupado por un hombre que tiene por costumbre ingerir grandes cantidades de ajo, costumbre ésta que resulta infrecuente en nuestro país.

—Y también en China —apunté yo.

—Sin duda —reconoció Holmes, con el ceño fruncido—. Pero como usted sabe tan bien como yo, los hombres de Fu Manchú no son, en su mayoría, de origen chino. —Volviéndose de nuevo hacia Howell, Holmes decidió ignorarme por completo—. Muéstrenos el despacho de *sir* Julian, donde usted habló con él por última vez.

—Es por aquí, señor.

Después de conducirnos por un corto pasillo, Howell nos hizo pasar a una habitación de mediano tamaño y carácter híbrido entre el despacho y el estudio. Un gran secreter con su silla giratoria se mezclaba allí con dos sillones y una pequeña biblioteca. Parte de la mesa aparecía cubierta por un gramófono de enorme bocina, junto al que reposaba un pequeño montón de discos.

—¡Un hombre mediocre e insensible incluso para sus placeres estéticos! —masculló Holmes—. ¡Fíjese en esos discos! ¡Amontonados en una pila sin sus respectivas fundas, la mayoría de ellos están rayados!

Volviendo su atención hacia el secreter, mi compañero examinó algunos documentos que estaban a la vista, pero todos hacían referencia a asuntos

relacionados con la minería.

—*Sir* Julian se hallaba sentado ahí cuando le vi por última vez —intervino Howell.

—¿Había él demandado su asistencia? —repuso Holmes ojeando distraídamente un libro.

—No, señor. Simplemente me acerqué para averiguar si precisaba de algún último servicio.

—Cosa que no resultó ser así. Bien. Ahora me interesa determinar a qué hora se retiró *sir* Julian o, dicho en otras palabras, por cuánto tiempo permaneció en el dormitorio antes de que se produjera la todavía no aclarada circunstancia que le llevó a huir aterrorizado de él.

Meditabundo, Holmes tomó el pesado cenicero que reposaba sobre la superficie del escritorio.

—Howell, ¿sabría usted decirme si este cenicero estaba limpio en el momento de su visita?

—Lo estaba, señor. Yo mismo lo limpié antes de retirarme. Así lo hacía todas las noches, pues sabía que *sir* Julian acostumbraba a acostarse algo más tarde.

—Excelente, excelente. ¿Recuerda usted si estaba fumando en aquel instante?

—No, señor. Estoy seguro de que no fumaba.

Holmes asintió con gesto de clara satisfacción.

—En ese caso ahora sabemos que nuestro hombre se fumó dos cigarros después de su marcha. Si aceptamos que invirtió unos cuarenta minutos por cigarro, *sir* Julian debió de acostarse algo después de la una y cuarto de la noche.

—Quizá exista otra explicación —interrumpí, súbitamente inspirado—. Ya que nos encontramos ante dos cigarros, ¿no cabría acaso suponer que dos personas se hallaban aquí? Quizá *sir* Julian aguardaba una visita de carácter secreto, a la que hizo pasar una vez que Hovvell se hubo acostado…

Holmes recibió mi sugerencia con una mirada de fastidio.

—¿Acaso sugiere usted que *sir* Julian había citado a una mujer que fumaba cigarros? —me reprendió en tono sarcástico—. Y, en caso de que el supuesto visitante hubiera sido un hombre, ¿qué sentido tendría entrevistarse con él en mitad de la noche? —Con gesto impaciente, Holmes emplazó el cenicero directamente bajo mi nariz—. Si se digna usted echar un vistazo, no tardará en advertir que las puntas de ambos cigarros fueron mordidas de modo idéntico, lo que denota la existencia de un único fumador. Además, me extrañaría que dos fumadores hicieran uso de un único cenicero, máxime cuando éste se halla emplazado en una esquina del escritorio. Francamente, Petrie, le agradecería que dejase de ofrecernos misterios adicionales que resolver.

Dicho lo cual, mi interlocutor me volvió la espalda con enojo. Avergonzado, no pude sino desviar la mirada. Estaba claro que Holmes, a diferencia de Nayland Smith, no tenía interés alguno en favorecer aquellas iniciativas que no partieran de él. Si algo

exigía era asentimiento ciego y un par de manos que le ayudaran en los aspectos más prosaicos de su trabajo.

Algo turbado, me aparté de mis compañeros y procedí a examinar el contenido de la librería situada a mi espalda. La mayoría de los volúmenes no eran sino novelas baratas de tal naturaleza que renuncio a describirla. A lo que parecía, *sir* Julian rarísimamente leía otra cosa. En vista del retrato que me iba formando de él resultaba imposible averiguar qué clase de méritos había contraído para obtener su título.

Unas fuertes pisadas resonaron en el corredor y, un instante después, el inspector Beynon hizo su aparición en el despacho. Casi al mismo tiempo, una exclamación de sorpresa partió de los labios de Holmes.

—¿Qué hace ese chisme aquí? —inquirió, señalando hacia una vieja y oxidada estufa de aceite emplazada frente a uno de los grandes radiadores de hierro.

—*Sir* Julian hizo que le subiéramos la estufa ayer por la noche —explicó Hovvell —. La calefacción se había averiado y…

—Sin embargo, la calefacción funciona ahora perfectamente —apuntó Beynon.

—Efectivamente, señor. Como sin duda recordará, usted mismo nos pidió que la pusiéramos en funcionamiento.

—¡En efecto! Tiene usted razón, Howell. Al llegar aquí esta madrugada no dejó de sorprenderme el frío que hacía en la casa, circunstancia que atribuí a la costumbre de apagar el fuego de la caldera por las noches.

—No, señor. Normalmente la calefacción funciona durante toda la noche. En esta ocasión, sin embargo, el fontanero que acudió a reparar la caldera por la tarde nos indicó que nos abstuviéramos de hacer uso de ella hasta que no hubiera transcurrido un mínimo de doce horas…

—¿El fontanero? —indicó Holmes al instante—. Creía haber entendido que nadie se había acercado por aquí en los últimos diez días.

Howell no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—Efectivamente, señor. Ninguna *visita* lo hizo. Pero naturalmente el lechero, el carnicero y el resto de nuestros proveedores habituales han continuado presentándose casi todos los días.

—Sin duda, sin duda. Con todo, ninguna de estas personas accedió al interior de la casa. ¡A diferencia de ellos, el fontanero, obviamente, sí lo hizo! Howell, creo que hubiera hecho usted bien en relatarnos tal circunstancia desde el principio.

—Bien, señor, le diré cuanto sé —concedió el mayordomo, algo desconcertado—. Al despertarme ayer por la mañana no tardé en advertir que ningún radiador parecía funcionar. *Sir* Julian, naturalmente, se hallaba muy contrariado. Inmediatamente me dirigí al sótano, donde pronto descubrí que una considerable cantidad de agua se había infiltrado en el horno. En vista de la avería, llamé por teléfono al establecimiento de los hermanos Ross, en Merthyr… —Con ojos inquietos, el mayordomo se volvió hacia Beynon—. Usted los conoce, ¿no es así, señor?

—En efecto, los conozco.

—Bien. Como decía, telefoneé a los hermanos Ross, indicándoles que me enviasen a un fontanero cuanto antes y aquella misma tarde uno de sus empleados se presentó poco después del almuerzo…

—¿Conocía usted personalmente a ese hombre? —demandó Holmes.

—No, señor. Pero estoy seguro de que se trataba de un empleado de los hermanos Ross, pues yo mismo me encargué de hacer la llamada a su establecimiento; nadie más pudo haberse enterado de ella. Bien. Una vez en la casa, el fontanero efectuó una detenida inspección hasta descubrir una filtración en la cañería del cuarto de baño de *sir* Julian…

—¡Ajá! —exclamó Holmes—. ¡El cuarto de baño adyacente al propio dormitorio, por supuesto! ¿Cuánto tiempo permaneció allí nuestro supuesto fontanero?

—Casi tres horas, señor. Al parecer tuvo que echar abajo parte del lienzo de la pared para efectuar su tarea.

—¿Nadie estuvo a su lado durante esas tres horas?

—Lo cierto es que no, señor —concedió Howell—. Yo lo estuve durante un rato, pero pronto me vi obligado a atender otras ocupaciones, así que le dejé a solas en el cuarto de baño, indicándole que pasara a visitarme en la cocina cuando hubiese finalizado su trabajo, cosa que hizo.

Holmes guardó silencio por un instante.

—La cosa está clara —musitó por fin—. ¡Más clara imposible! Es una lástima, pero ese establecimiento deberá estar cerrado a estas horas. Me gustaría hablar personalmente con esos hermanos Ross…

—Nada más fácil, Holmes —repuso el inspector Beynon—. Al tratarse de un negocio familiar, el establecimiento de fontanería se halla situado en la misma casa que habitan los hermanos Ross. Si los telefonea ahora, estoy convencido de que los encontrará allí.

—¡Excelente! —aprobó Holmes—. ¿Dónde está el teléfono?

—Abajo, en la sala —repuso Howell—. Si duda usted de mi palabra, señor, quisiera añadir que encontrará el número de los hermanos Ross en el cuaderno situado junto al aparato, donde lo anoté ayer por la mañana.

—Jamás he puesto en duda su palabra, Howell. De todas formas creo conveniente efectuar esa llamada —añadió Holmes.

Sin perder un instante, mi compañero descendió ágilmente por la escalera en dirección a la sala. Cinco minutos después se hallaba de nuevo junto a nosotros, visiblemente complacido por el resultado de sus pesquisas.

—¡Otra vez el teléfono, Petrie! —indicó en tono triunfal—. Como tantos otros derivados del progreso, el teléfono puede ser un instrumento tan útil para el criminal como lo es para la policía. Tan sólo basta con enfundarse prendas de trabajador y escalar el poste telefónico indicado. ¿Qué es lo que observará un testigo ocasional? La presencia de un diligente empleado de la compañía ocupado en sus inocentes menesteres. —Enarcando las cejas, Holmes se giró hacia el mayordomo—. Diez

minutos después de hablar con usted, los hermanos Ross recibieron una nueva llamada. Al otro lado de la línea, una mujer les indicó que el motivo de la avería había sido descubierto y que ya no era necesaria la presencia de un fontanero. Los hermanos Ross creyeron que la mujer en cuestión era una criada de origen extranjero —añadió Holmes dirigiendo una significativa mirada en mi dirección.

—¿Karamaneh? —respondí, tratando de mantener la calma—. No, sinceramente no lo creo. A pesar de ser extranjera, su inglés es casi perfecto.

—Quizá tenga usted razón —reconoció Holmes—. En todo caso, Fu Manchú cuenta con otras mujeres para efectuar esta clase de trabajos. Por lo menos con otra más, eso es seguro.

—¡Pero… pero, señor! —barbotó el asombrado Howell—. No puedo entenderlo. Yo mismo vi con mis propios ojos el agua que se había infiltrado en el horno de la calefacción. ¡Se trataba de una verdadera *avería*!

—¡Bah! —replicó Holmes en tono desdeñoso—. Como es natural, la caldera dispone de un tubo de estufa que comunica con el exterior de la casa. Nada más sencillo, por tanto, que arrojar varios galones de agua por el extremo del tubo hasta inutilizar el horno. Sin duda existen otros métodos válidos, pero éste es el más simple y con él nos quedaremos. Cambiando de tema, ¿sabría usted decirme si el falso fontanero era extranjero?

—No lo era, señor, pero tampoco creo que fuera galés.

—¿Cuáles cree que fueron las actividades de este sujeto mientras permaneció en la casa, Holmes? —preguntó el inspector.

—Sin duda, una de ellas estribó en facilitar la entrada (probablemente por medio del simple expediente de arrojar una cuerda por la ventana) a un segundo compinche: el hombre que permaneció en la casa y que se escondió en el armario.

—¿Le parece que ése fue su refugio durante todo el tiempo?

—Me extrañaría. Me parece más probable que usara diversos escondrijos a lo largo de la noche. Con todo, inspector, ello no me parece demasiado importante. El Si Fan no debió elaborar un plan tan complicado con el único fin de introducir a uno de sus agentes en la casa; éste podría haberlo hecho por sí solo de modo mucho más sencillo. Me parece más útil averiguar en qué consistía la misión primordial del falso fontanero. Creo que será interesante echar un vistazo a ese cuarto de baño en el que tanto se ocupó…

Precedidos por Howell nos encaminamos a través de un segundo pasillo hasta llegar a un dormitorio de grandes dimensiones y decorado de modo tan recargado como incongruente. En mitad de la estancia, una gran cama de matrimonio hacía ostentación de su desnudo colchón; a un lado, sábanas y mantas se apilaban en desordenado ovillo sobre el suelo. Junto a la puerta, un agente de policía de nerviosa expresión nos recibió levantándose de su silla.

—¿Todo en orden, Edwards? —demandó el inspector Beynon.

—Sí… sí, señor. Aunque la verdad es que no las tengo todas conmigo.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Ha ocurrido algo desde mi marcha?

—No exactamente, señor —respondió el agente Edwards con turbación—. Aunque una hora después de su partida creí percibir un débil sonido, como de alguien rascando en la pared. El extraño ruidito cesó, sin embargo, después de algunos segundos, así que pensé que todo sería producto de mi imaginación. Con todo, dos horas más tarde volví a escuchar otra vez ese mismo sonido. ¡Este sitio no me gusta, señor!

—¿Qué piensa de todo esto, Holmes? —inquirió Beynon, volviéndose hacia mi compañero—. ¿Le parece que tiene algún significado?

—Hum. Quizá sí, quizá no.

—Aquí está el cuarto de baño, señor —indicó Howell señalando hacia una puerta situada en la otra esquina de la estancia.

Al acercarnos allí, Holmes y yo no tardamos en encontrarnos ante un cuarto de baño de tamaño mediano y no demasiadas pretensiones.

—Nuestro amigo comenzó por levantar estas baldosas —comentó mi compañero, examinando una porción de la pared tras la cual presumiblemente se ocultaban las cañerías—. Aunque debemos reconocer que luego se encargó de disimular su obra cuidadosamente. Haga funcionar la grifería, Petrie.

Así lo hice, comenzando por la bañera y siguiendo con los grifos del lavabo.

—Todos parecen funcionar perfectamente —indiqué por fin.

—Como era de esperar, pues nunca estuvieron averiados —musitó Holmes con gesto ceñudo y cierta perplejidad en la mirada—. ¿Cuál diablos debió ser el propósito de nuestro supuesto fontanero? En un principio pensé que sería algo relacionado con el sistema de calefacción del agua, pero ello no me parece así ahora. ¿Por qué insistiría tanto en la prohibición de usar la caldera hasta el día siguiente? —Visiblemente irritado, Sherlock Holmes se acercó de nuevo al dormitorio—. ¡Inspector Beynon! ¿Está usted seguro de que todo en esta estancia se halla tal y como lo encontraron al llegar aquí?

—En efecto —respondió Beynon—. La única diferencia estriba en que la lámpara del techo está ahora encendida mientras que antes lo estaba la lámpara situada sobre la mesita de noche.

En aquel instante no pude dejar de considerar un tanto extraño que una casa tan apartada dispusiera de iluminación eléctrica. Más tarde aprendería, sin embargo, que en áreas tan remotas como la que visitábamos el uso de la electricidad se hallaba bastante más generalizado de lo que lo estaban en el corazón de Inglaterra. Quizá tal vez sea el único beneficio verdadero que la industrialización ha dispensado a una región como Gales, explotada con la más absoluta falta de escrúpulos.

Tomando asiento en una esquina de la cama, Holmes se fijó en un libro de chillonas cubiertas que se hallaba sobre la mesita de noche. Con gesto cuidadoso, mi compañero tomó el volumen entre sus manos e hizo una seña a Howell.

—Tiene usted una memoria excelente para los detalles —indicó—. ¿Recuerda

usted si este libro se encontraba aquí la mañana anterior a la muerte de *sir* Julian?

—¿Ayer por la mañana, señor? Sí, lo estaba. —Howell se permitió esbozar una breve sonrisa—. Sería difícil no fijarse en una obra de semejante naturaleza, señor.

Holmes abrió el volumen por la página marcada por un punto de lectura e hizo un gesto significativo.

—Hum. *Sir* Julian sólo llegó hasta la página veintitrés. Si, como usted afirma, el fallecido tenía por costumbre leer un rato todas las noches antes de dormirse, podemos confiar en que estas veintitrés páginas debieron de ser leídas la noche anterior a su muerte. Debemos concluir, por consiguiente, que *sir* Julian apenas si llevaba unos minutos en la cama cuando la aparición tuvo lugar ante sus ojos.

—¡Una aparición! —exclamé.

Actor consumado, Holmes no pudo reprimir una sonrisa ante el efecto producido por sus palabras.

—Con esa palabra sólo quiero referirme a su significado literal de algo que apareció ante los ojos del finado. Y añadiré que un hombre del carácter de *sir* Julian, casi totalmente desprovisto de imaginación y sensibilidad, no se hubiera asustado fácilmente por un mero arrastrar de cadenas. ¡Y lo más curioso del asunto es que, cualquiera que fuese su naturaleza, dicha aparición tuvo lugar en una habitación razonablemente iluminada!

—Tal aparición… ¿no se produciría quizá en la ventana?

—¿En una ventana con las cortinas corridas? No, Petrie. Fuera lo que fuese, debió producirse en el interior del dormitorio. Y debió tratarse de un fenómeno material capaz de originar una impresión tal como para que el desventurado *sir* Julian no tuviera más opción que la huida inmediata. ¿De dónde diablos procedía semejante cosa? ¿Y cómo debió desaparecer?

—¿Y cuál sería su horrenda naturaleza? —coreó Beynon.

Poniéndose en pie, Sherlock Holmes apagó la lámpara de la mesita de noche y, acercándose a la ventana, descorrió las cortinas, dejando que su mirada vagara a través del cristal.

—No lo sé con exactitud —respondió por fin—. Puedo pensar en cinco o seis posibilidades, ninguna de las cuales, sin embargo, encaja por completo con los datos de que disponemos.

Tras asegurarse de que el pestillo de la ventana estaba echado y bien echado, Holmes tomó asiento en un pesado sillón situado junto a la puerta del pasillo.

—¿Ven ustedes ese tocador claramente dispuesto para las visitas femeninas de *sir* Julian? Inspector, le agradecería que, con la ayuda del doctor Petrie, tuviera usted la bondad de trasladarlo a unos cuarenta centímetros a la izquierda de donde ahora se encuentra.

Beynon y yo nos miramos con idéntica sorpresa ante aquella demanda desprovista de sentido aparente. Por fin, sin atrevernos a hacer pregunta alguna, tomamos aquella mesita dotada de pesado espejo y, no sin cierta torpeza, la acarreamos hasta el punto

señalado por Holmes.

—Gracias, caballeros —indicó éste por fin—. Bien. Si ahora el agente Edwards tuviera la amabilidad de permanecer un poquito más en el dormitorio, creo que ha llegado el momento de que el resto de nosotros regresemos a la sala.

Un instante después nuestro pequeño grupo, con Holmes y yo en la retaguardia, se puso en camino por el mismo pasillo que *sir* Julian había atravesado en dirección a su muerte. La que podríamos denominar primera fase de nuestra investigación parecía ya enteramente concluida cuando, de improviso, la mano de Holmes se aferró con fuerza a mi muñeca en mitad del corredor.

—¿Qué sucede? —inquirí, sorprendido.

Sin responder a mi pregunta, Holmes extrajo de nuevo la linterna de su bolsillo y se agachó a contemplar algo que había llamado su atención en las baldosas del piso.

—¡Fíjese bien! —musitó en tono sombrío—. Me temo que esto son manchas de sangre.

—¡Cielo santo! ¡Tiene usted razón!

—Y me he fijado en ellas por pura casualidad…

Atónito, me arrodillé para contemplar mejor aquellas tres o cuatro manchas negruzcas, del tamaño de una moneda, que se agrupaban cerca de la pared.

—Pero… ¡pero *sir* Julian se produjo las heridas en los pies en la escalera, es decir *después* de recorrer este pasillo!

—¡Eso parece! —respondió Holmes con el ceño fruncido—. ¿Será posible que me haya equivocado? No, imposible… —De repente, ahogando una imprecación, Holmes se llevó la mano a la frente, como si acabara de tener una revelación—. Pero… ¡Por todos los diablos! ¡Naturalmente! ¡Y yo los he dejado salirse con la suya…! Aunque no, quizá todavía no sea demasiado tarde…

Poniendo punto final a su misteriosa perorata, Holmes echó a caminar apretando el paso hasta desaparecer por la escalera. Enteramente confundido, opté por seguirle y un instante después me encontré con mis compañeros en la sala. Casi al mismo tiempo los dos enfermeros enviados por el hospital de Saint John aparecieron en la estancia (a lo que parecía requeridos por Holmes) portando el cadáver de *sir* Julian en una camilla. De improviso, mi atención se vio distraída por un débil gemido que parecía provenir del otro extremo de la casa.

—¡Maldita sea! —rugió el inspector Beynon—. ¡Otra vez esa dichosa criada! ¡Lleva así desde las seis de la mañana! Doctor, ¿no podría usted subir a su cuarto y administrarle algún mejunje que le calmase los nervios?

—Sí, supongo que sí —respondí de mala gana.

Frustrando momentáneamente mi curiosidad por averiguar qué se traía Holmes entre manos, me dirigí sin demasiado entusiasmo al rincón en que Rhys había depositado mi maletín para hacerme con el pequeño botiquín de urgencia que siempre me acompañaba cuando estaba de viaje.

—Por aquí, señor —me indicó Howell.

El mayordomo me guió a través de un complicado pasillo y una escalera de servicio hasta el dormitorio de la llorosa Gwennie. Mientras Howell aguardaba discretamente al otro lado de la puerta, me las vi y me las deseé para tratar con aquella muchacha hombruna que, presa de un avanzado estado de histeria, me recibió aferrándose desesperadamente a las solapas de mi chaqueta. Cuando por fin conseguí inmovilizarla (por medio del desesperado expediente de sentarme encima de su cuerpo) los segundos suficientes para administrarle una inyección, me reuní con el mayordomo en el pasillo y poco después volvíamos a encontrarnos con nuestros compañeros.

—Las diez de la noche ya —anunció Beynon, consultando su reloj de pulsera—. Será mejor que comencemos a buscar alojamiento para ustedes dos, lo que no será fácil pues no existe posada u hotel alguno en Merthyr.

—No —replicó Holmes, negando vigorosamente con la cabeza—. Con su permiso, inspector, pasaremos la noche aquí. Todavía nos queda por completar la parte esencial de nuestra tarea.

—¿Eh? —exclamó el sorprendido Beynon—. Muy bien —anunció, rehaciéndose al instante—. Señor Holmes, díganos lo que tenemos que hacer.

—No —volvió a negar Holmes—. Yo no gozo de autoridad alguna para dar órdenes.

—¿Cómo? —replicó el inspector con incredulidad—. ¡Bobadas, amigo mío! ¡Es usted Sherlock Holmes!

—La cosa no es tan sencilla —replicó Holmes con una sonrisa—. Oficialmente, cualquier agente de policía tiene más autoridad que Sherlock Holmes. Con todo, si tal es su deseo, estoy dispuesto a proporcionarle algunos consejos.

—¡Aconséjenos, pues! —coreó Beynon con una amplia sonrisa de complicidad —. ¡Le aseguro que si uno solo de mis hombres se niega a seguir dichos consejos, lamentará haber ingresado en el cuerpo de policía!

—Bien. Si es así, les recomiendo lo siguiente: en primer lugar, no estaría mal que la señora Howell nos preparase una pequeña cena, pues no hemos probado bocado en todo el día y es posible que nos espere una noche un tanto… un tanto difícil. Al mismo tiempo, es conveniente que el sargento Lloyd sustituya a Edwards, quien ya lleva demasiado tiempo en su puesto. Si existe algún medio de transporte, Edwards puede regresar a su casa. Antes de efectuar el relevo quisiera hablar un momento con Lloyd.

—¡Lloyd! —ordenó Beynon al punto—. ¡Venga aquí!

Poniéndose en pie de un salto, Lloyd abandonó su puesto de vigilancia en las escaleras para unirse a nuestro pequeño grupo.

—¿Qué desea, señor?

—Lloyd, como ya habrá oído, quiero que usted releve a Edwards en la vigilancia del dormitorio. Una vez allí, camine un poco por la habitación y haga algo de ruido. Si desea usted fumar, hágalo; de hecho, nos conviene que fume. Cuide de no trastocar

en lo más mínimo la disposición del dormitorio y… sí: no se quite el casco. ¿Me ha entendido usted?

—Sí, señor. Aunque, a fuer de ser sincero, no entiendo el motivo de tales instrucciones.

—¿El motivo? —Holmes esbozó una media sonrisa—. Yo también le voy a ser sincero, sargento, y le diré que tampoco está perfectamente claro para mí. ¡Ah! Una cosa más: al cabo de una hora, el doctor Petrie y yo vendremos a relevarle. Cuando aparezcamos en la habitación no diga una palabra ni haga ruido alguno. Simplemente, salga en silencio de la habitación y diríjase de inmediato a la sala. Si hace usted exactamente cuanto le digo, no creo que suceda nada, aunque debo advertirle que su misión encierra un ligero elemento de peligro.

—¿Peligro? —coreó Beynon con sorpresa.

Volviéndose hacia él, Holmes asintió con calma.

—En efecto. Como ya sabemos, un sujeto muy peligroso estaba en esta casa la noche pasada. Si, como ustedes me han relatado, dicho sujeto no pudo haber huido de la casa sin ser advertido, debemos concluir que todavía se encuentra aquí. Y no está solo. Nuestro hombre dispone de algo no menos peligroso que debe llevarse consigo.

CAPÍTULO 10
LA APARICIÓN

—¡Más que suficiente, Petrie! —exclamó Holmes, apartando el plato vacío lejos de sí —. Si continuamos comiendo de este modo, nos va a resultar muy difícil llevar a cabo nuestro cometido con eficiencia. Muchísimas gracias, señora Howell, pero a pesar del tentador aroma de su tarta de manzana, mucho me temo que no podemos aceptar el postre. No obstante, una buena taza de café no podría ser más indicada.

Apiñados en torno a la mesa de la cocina, Holmes, Beynon y yo habíamos dado buena cuenta de una magnífica cena de tres platos con la que la señora Howell nos había sorprendido agradablemente cuando esperábamos contentarnos con algunas sobras de la despensa.

Con un suspiro de satisfacción y el cuello de la guerrera desabrochado, el inspector Beynon prendió un cigarrillo y fijó la mirada en Holmes.

—En una casa como ésta no espere usted encontrar subterráneos o estancias secretas —declaró el inspector—. Por no haber, no hay ni un mal desván. Por consiguiente, no entiendo dónde demonios puede haberse escondido ese sujeto.

—A ese respecto, tengo cierta sospecha —indicó Holmes—. Con todo, no estoy completamente seguro, así que no correré el riesgo de ofrecerle una respuesta que muy bien puede estar equivocada. Sepa usted, sin embargo, que si el doctor Fu Manchú se encuentra detrás de este crimen (como así me inclino a creer), un elemento de naturaleza diabólica fue introducido anoche en el dormitorio de *sir* Julian. No estoy completamente seguro de la naturaleza de ese elemento, que puede ser animado o mecánico, pero estoy convencido de que esta noche, cuando todo esté más tranquilo, nuestro hombre saldrá de su escondrijo para recuperarlo. Por algún motivo, parece que anoche no pudo hacerlo.

—¿Y por qué chantre no lo ha abandonado en la casa y se ha largado? —gruñó Beynon.

—Quizá se trate de algo demasiado valioso para desprenderse de ello —sonrió Holmes—. Después de todo, el arsenal de Fu Manchú no debe ser ilimitado. Sin embargo, como el doctor Petrie entenderá bien, me parece más probable que todo se deba a una calculada cuestión psicológica. El caso es que las víctimas del Si Fan deben perecer siempre de modo terrible y espectacular, circunstancia que no tiene nada de gratuita y sí mucho de advertencia intimidatoria contra toda posible oposición. El terror que origina lo inexplicable constituye el arma más poderosa de Fu Manchú; de ahí su propósito de borrar siempre huellas y elementos que pudieran arrojar la más mínima luz sobre sus fechorías. —Haciendo una pausa, Holmes me dirigió una mirada cargada de significación—. A este respecto, el aspecto más

importante de la obra del doctor Petrie probablemente estribe en la eficaz revelación publicitada de las argucias del Si Fan. Esperemos que esta noche consigamos desbaratar sus propósitos una vez más.

Beynon no parecía tenerlas todas consigo.

—Si no entiendo mal, señor Holmes, su plan estriba en que esperemos sentados en la oscuridad a que un chino medio loco se acerque y nos corte el cuello. ¡Me da escalofríos sólo de pensarlo!

—Quizá todo resulte menos peligroso de lo que parece, inspector —respondió Holmes con una sonrisa—. El doctor Petrie y yo nos apostaremos, efectivamente, en el dormitorio. Es ésta una tarea que nos corresponde a nosotros, pues ya hemos tenido experiencias anteriores con el Si Fan. Al mismo tiempo, usted y el sargento Lloyd estarán de guardia en la sala.

—¿Para qué?

—Para actuar como nuestra retaguardia y para impedir la fuga de nuestro adversario en caso de que intente escapar por esa vía. —Con estas palabras, y la decisión pintada en el rostro, Holmes se puso en pie—. Bien. Ha llegado el momento de pasar a la acción y tomar posiciones. Howell, ¿podría usted acompañarme un instante, por favor?

Desaparecidos Holmes y el mayordomo, Beynon y yo nos miramos el uno al otro en un silencio tan sólo roto por el ruido de los platos que la señora Howell lavaba en la cocina.

—¡Listo como un zorro y valiente como un león! —exclamó repentinamente Beynon—. ¡Por Dios, que no hay nadie como él!

Unos quince minutos más tarde Holmes regresó a la cocina acompañado de Howell, quien, como advertí con sorpresa, portaba nuestros sombreros y prendas de abrigo.

—¿Acaso vamos a salir del edificio? —inquirí.

—Nada de eso —replicó Sherlock Holmes—. Es conveniente, sin embargo, que nos cubramos con todas las ropas de que disponemos. —Con una media sonrisa, Holmes se volvió hacia el inspector—. En el caso poco probable de que nuestro amigo trate de huir por la escalera de servicio, me temo que se verá obligado a probar un poco de su propia medicina, pues he apagado las luces y tendido un alambre sobre los escalones. Por esta noche, Howell y su mujer dormirán en uno de los dormitorios situados al frente del edificio. —Embutiéndose en su abrigo, Holmes se giró de nuevo hacia el mayordomo—. Howell, ya que usted acostumbra a montar en bicicleta, quisiera…

—¿Qué… cómo? —La expresión de desconcierto del mayordomo resultaba abrumadora.

—¡Nada más evidente! —explicó Holmes con un deje de impaciencia—. ¡Basta con fijarse en la pequeña mancha de grasa que la cadena de la bicicleta ha dejado en sus pantalones algo más arriba del tobillo! Pero, bueno, a lo que íbamos. ¿Puede

usted prestarme un par de esas pinzas de ciclista para sujetar los bajos de los pantalones?

—Por supuesto, señor —afirmó Howell, recuperando al instante su acostumbrada expresión de imperturbabilidad—. Aquí mismo las tengo, señor —indicó, abriendo un cajón del pequeño armarito de la cocina y extrayendo un par de pinzas del tipo indicado.

—¡Excelente! —aprobó Holmes—. ¿No dispondrá usted de dos pares, por casualidad? Bien, no importa. Entréguele las pinzas al doctor Petrie, que yo me las arreglaré con mis calcetines.

Dicho y hecho, con la ayuda de una silla, Holmes procedió a embutir los bajos de sus pantalones en el interior de sus largos calcetines de lana. Aquella nueva muestra de aparente excentricidad no podía dejar de intrigarme.

—Holmes, todo esto me parece un tanto excesivo —apunté, sin poderme contener —. Abrigos, sombreros y ahora pinzas de ciclista… ¿Acaso vamos a hacer un picnic en el dormitorio?

Cesando por un instante en su actividad, Holmes se volvió hacia mí con toda la seriedad del mundo pintada en su rostro.

—¿Acaso ha olvidado que la primera vez que se enfrentó usted al Si Fan Fu Manchú le hizo frente con la ayuda de un ciempiés venenoso? ¿Tiene usted ganas de repetir la experiencia y encontrarse con un horror semejante trepando por su tobillo? Todavía no sabemos qué hay en esa habitación, pero algo hay y ese algo puede atacar en cualquier momento y desde el punto más inesperado; de ahí, el uso de nuestros sombreros y abrigos.

—¡Cielo santo! —exclamé aterrorizado ante aquella perspectiva—. Sin duda, tiene usted razón. Quizá se trate de una serpiente. Fu Manchú ya utilizó una en cierta ocasión y…

—¡Excelente motivo para no usarla en esta ocasión! —negó Holmes en tono sombrío—. No, no se trata de una serpiente, sino de algo distinto y de naturaleza todavía no aclarada. Bien, si ya está usted preparado, dejemos esta discusión sin sentido y dirijámonos a nuestro puesto.

Al atravesar la sala, Holmes tomó una pistola del bolsillo interior de la chaqueta, pasándola al bolsillo derecho del abrigo. No sin cierta curiosidad, observé que en el curso de los últimos años mi compañero había decidido sustituir su voluminoso y anticuado revólver por una pequeña automática de fabricación norteamericana.

—Tenga su arma preparada —me recomendó—. Nuestro hombre será peligroso cuando se vea descubierto. Aunque quisiera darle un consejo, Petrie… —Posando la mano sobre mi hombro, Holmes se acercó, como si no deseara ser oído por el inspector Beynon—. A diferencia de Nayland Smith, no estamos en Birmania, ni podemos obrar como nos plazca. Por consiguiente, absténgase de abrir fuego a no ser que ese rufián nos ataque con un arma. De lo contrario, podemos tener problemas con la ley.

Abandonando al inspector en la sala, ascendimos lentamente las escaleras mientras Holmes me daba unas últimas instrucciones.

—Una vez en el dormitorio, siéntese en la silla que hay junto a la puerta. Ya me cuidé de dejar la puerta del baño abierta; tal como se halla emplazado ahora, el espejo del tocador le permitirá observar cuanto suceda allí. Me temo que sus nervios se van a ver puestos a prueba, Petrie, pero si nuestro hombre se esconde donde imagino, creo que estará ansioso de salir de su cubil y no tardaremos en vérnoslas con él.

—De acuerdo. Estoy preparado.

Con un breve asentimiento con la cabeza, Holmes extrajo una llave que sin duda había obtenido de Howell y avanzó unos pasos hasta llegar al dormitorio. Abierta la puerta, allí nos encontramos con el inusual espectáculo de un sargento de policía con el casco puesto, sentado en una esquina de la cama, fumando una gran pipa de arcilla y abstraído en la lectura de una de las poco edificantes obras que coleccionaba *sir* Julian.

—¿Todo en orden, sargento? —saludó Holmes en alta voz—. Queda usted relevado. Vámonos todos a dormir de una vez. Esta habitación estará cerrada hasta mañana por la mañana. Apague las luces, dele un par de vueltas a la cerradura y llévese la llave consigo.

Algo ruborizado, el sargento Lloyd dejó el libro sobre la mesita y abandonó el dormitorio sin pronunciar palabra. Con idéntico silencio, Holmes me señaló la silla a mí destinada. Mientras yo me acomodaba sigilosamente en ella, mi compañero apagó la luz, cerró la puerta estruendosamente y cerró con llave desde el interior con idéntico estrépito. En la penumbra subsiguiente, pude distinguir con vaguedad cómo su desgarbada silueta cruzaba el dormitorio de puntillas para sentarse furtivamente en el borde del lecho.

Comenzaba, pues, nuestra vigilia. A pesar de estar ya curtido en tales menesteres, la experiencia nunca resultaba demasiado agradable. Hacía ya casi tres años que en una ocasión similar había tenido la oportunidad de enfrentarme por primera vez con los imperiosos y terribles ojos verdes de Fu Manchú.

A través del silencio pude escuchar un lejano rumor. Era el matrimonio Howell, que se acostaba más temprano de lo usual, tal y como Holmes les había pedido. Una puerta se cerró lejos de nosotros y de nuevo se hizo el silencio. A medida que mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, comencé a distinguir la silueta de los muebles que me circundaban y la inmóvil figura de Sherlock Holmes, sentado en un extremo de la cama, con sus largos dedos situados junto al interruptor de la lámpara. La palidez de su tez contrastaba vigorosamente con la forma negruzca de sus ropas. Al otro lado del dormitorio, el espejo me permitía apreciar la rectangular mancha de luz suministrada por la ventana del cuarto de baño.

El carillón de la sala dio la media hora y, de modo inevitable, mis pensamientos se trasladaron a aquella noche, tiempo atrás, en que Smith y yo nos habíamos ocultado de modo similar en la oscuridad de mi habitación, en espera del elemento

mortífero capaz de producir la roja marca del beso de Zayat. Sin embargo, como aprecié con un escalofrío, la situación en que nos encontrábamos ahora era muy diferente. Si en aquella ocasión aguardábamos al acecho de algo que debía ser introducido en la habitación, ahora debíamos esperar a la aparición de algo que ya se encontraba en el dormitorio.

¿Qué podría ser aquello? ¿Cuál sería su horrenda naturaleza? ¿Qué sería capaz de aterrorizar a un hombre fuerte y de carácter despiadado de modo tal como para hacerle correr despavorido hacia la muerte? Al lado de aquel terror ignoto, la posibilidad, enteramente plausible, de tener que vérmelas otra vez con un dakoi birmano o un estrangulador hindú me parecía cosa de niños. ¿Qué podría ser aquella cosa horrible? De pronto me vinieron a la memoria las palabras inconexas de la carta de Smith: «algo relativo a *un gusano*». Sin saber bien por qué, el recuerdo hizo que se me erizaran los cabellos.

El reloj volvió a sonar en el piso de abajo. Medianoche. Ya llevábamos una hora allí. La oscuridad había aguzado mis sentidos, de modo que ya podía oír los débiles, furtivos sonidos que son patrimonio de toda casa dormida: crujidos inexplicados, la apagada sacudida de un gato al saltar sobre el tejado, el seco sonido de una rata al deslizarse en su rincón (¿sería ése el ruido que tanto había alterado al agente Edwards?), el sonido de las ramas agitadas por el viento en el jardín, el lejano ladrido de un perro…

Con la calefacción en pleno funcionamiento, el calor resultaba sofocante en el interior de mis gruesas ropas. Podía sentir el sudor que corría en gruesas gotas por mi espalda, así como un peligroso amodorramiento originado, sin duda, por mi falta de comedimiento con la cena. Decidido a mantener los ojos bien abiertos, traté de concentrarme en la mancha de luz que me ofrecía la ventana del cuarto de baño al reflejarse contra el espejo del tocador.

En aquel silencio casi absoluto, la rectangular mancha de luz parecía curiosamente distinta. Asombrado, comprobé que la mancha era ahora casi cuadrada, pues no podía ver la parte superior de la ventana. Con todos los sentidos de nuevo plenamente alerta, advertí que lo que parecía una trampilla abierta desde el techo del baño obstaculizaba mi visión de la ventana. Casi en el mismo instante, dos piernas se recortaron en el aire y un hombre de corta estatura cayó ágilmente y en silencio sobre las baldosas.

Recobrándose en el acto de la caída, el intruso salió sigilosamente del baño. Al cruzarse frente a la ventana del dormitorio advertí la borrosa forma cilíndrica y de tamaño mediano que llevaba bajo el brazo. El corazón me latía violentamente, pero ya no sentía miedo alguno.

—¡Ahora! —rugió Holmes, apretando el interruptor.

A la súbita luz de la lámpara, nos abalanzamos contra el sicario desde ambos extremos de la habitación. En aquella fracción de segundo tuve ocasión de atisbar a un hombre bajo y de complexión atlética, vestido con camiseta y calzones de

boxeador, cuyos ojos rasgados refulgieron de sorpresa ante nuestro ataque. Nuestra ventaja, sin embargo, sólo serviría para accionar una serie de movimientos de tan increíble agilidad como nunca he visto en hombre alguno.

Cuando ya estábamos sobre él, nuestro adversario dejó caer su extraña carga cilíndrica, que se estrelló con un metálico chasquido contra la alfombra. ¿Cómo podría describir lo que sucedió a continuación? Todo sucedió en una fracción de segundo y con una rapidez y precisión que no parecían humanas. Extendiendo su brazo derecho con la rigidez de una barra de hierro, el agente de Fu Manchú me golpeó en el pecho con el canto de la mano. El impacto, similar al originado por un martillo, me mandó de espaldas contra la pared. Mientras caía, pude ver cómo nuestro contrincante alzaba su pie por encima del hombro al tiempo que Holmes retrocedía en un rapidísimo movimiento y evitaba una patada que, de haberle alcanzado bajo la barbilla, le hubiera arrancado la cabeza de los hombros. Aprovechando el ímpetu de su movimiento anterior, aquel ser extraordinario efectuó un salto formidable y se proyectó con los pies por delante contra la ventana, que atravesó entre el estrépito del cristal al astillarse en mil pedazos.

Mientras me esforzaba en recobrar el aliento, pude oír el sonido de la puerta principal al abrirse entre las voces tan alarmadas como presurosas de Beynon y Lloyd. Poniéndose en pie, Holmes se acercó rápidamente a la ventana y asomó la cabeza por ella.

—No conseguirán atraparle —afirmó con seguridad—. Seis metros de altura no son nada para un hombre así.

Alzándome trabajosamente y respirando con dificultad, me acerqué junto a mi compañero y eché un vistazo a través de la ventana. Nada parecía turbar la tranquilidad del jardín, a excepción de las lejanas voces de los policías.

—Si no me equivoco, nuestro amigo era coreano —comentó Holmes—. ¿Se ha fijado con qué precisión destrozó el cristal de la ventana con sus pies? Apenas si queda una astilla de vidrio en el marco. Y estoy seguro de que ese hombre no ha sufrido ni un rasguño. Nosotros estábamos armados y le cogimos por sorpresa, pero eso no es nada para un experto luchador de *taekwondo*. —Holmes no se molestaba en disimular su admiración—. ¿Se encuentra usted bien, Petrie?

—Más o menos —asentí, todavía algo maltrecho—. Creo que el suyo era un simple golpe de refilón, de lo contrario estoy seguro de que me habría destrozado las costillas.

De pronto recordé que nuestro asaltante había entrado en el dormitorio con el propósito de recuperar algo cuya naturaleza todavía no conocíamos. Y, ¡sí!, había dejado caer un raro objeto cilíndrico. ¿Qué era aquello?, me pregunté angustiado mientras buscaba sobre la alfombra. No pude evitar una nerviosa risa de alivio al encontrarme, un instante más tarde, con la incongruente presencia de cinco o seis ratoncitos que se agitaban frenéticamente en el interior de una pequeña jaula de alambre. Sin embargo, la risa se me heló en los labios cuando advertí la presencia de

una nueva forma que se había deslizado sin ruido desde el interior del armario.

Semiescondida en la sombra, una figura semejante a un monstruo antediluviano en miniatura, de más de medio metro de longitud, piel recubierta de escamas negruzco-amarillentas, corta cola robusta y cabeza de reptil me observaba con sus ojos intensamente negros, exhibiendo una siniestra lengua amenazadora.

—¡No mueva ni un dedo, Petrie! —me ordenó Holmes en tono tan resuelto como tranquilo.

Con paso apagado, mi compañero atravesó la alfombra hasta situarse junto al horrible animal, al que, para mi consternación, golpeó resueltamente con el antebrazo. Torpe como parecía, aquella criatura infernal se revolvió como un rayo, aferrándose de una dentellada a pocos centímetros de la muñeca de Holmes. Sin inmutarse, éste se puso en pie rápidamente, con la bestia todavía prendida de su antebrazo y, acercándose a la ventana y utilizando su brazo como un látigo, hizo que el cuerpo del animal se estrellara violentamente en tres ocasiones contra el marco de madera hasta que, descoyuntada, la bestia cedió en su mordisco por fin y, exánime, cayó al suelo.

—¡Dios mío! ¡Ese… esa cosa le ha mordido! —exclamé con alarma, pues estaba convencido de que *aquello* debía ser venenoso.

—Cuando menos, ha estropeado uno de mis mejores abrigos —respondió Holmes con calma mientras procedía a desabrochar la manga de su camisa e inspeccionaba la fea marca rojiza de su antebrazo—. ¡Bien! La piel no ha sido rasgada. No creía que los dientes de ese animal pudieran atravesar las mangas de un chaquetón de cuero y una americana de *tweed*; de lo contrario no habría osado atacarle del modo que lo hice. Se trata de un bonito ejemplar de monstruo de Gila, un reptil nativo del desierto de Arizona cuyo ataque, como habrá podido apreciar, resulta particularmente tenaz, pues, más que morder, *mastica* la piel de sus víctimas para inyectar el veneno. Aunque su mordedura raramente resulta fatal, este asunto podría haberme obligado a estar hospitalizado durante bastantes días. —Con gesto tranquilo, Holmes se abotonó de nuevo la manga de la camisa—. Aunque no podían esperar que matase a *sir* Julian, nuestros amigos del Si Fan se encargaron de colocar ese reptil entre sus sábanas.

Asqueados, mis ojos se posaron en la informe masa amarronada que, ahora lo veía bien, todavía parecía palpitar.

—Todavía sigue con vida —murmuró Holmes con disgusto—. Y lo cierto es que ni siquiera el peor de los reptiles venenosos merece morir sufriendo.

Sacando la pistola del bolsillo, Holmes apuntó a la cabeza del animal y disparó un solo tiro, que resonó estruendosamente en la habitación cerrada. Aquel gesto resultaba particularmente interesante en un carácter como el de mi compañero, que muchos no habrían vacilado en tachar de despiadado.

—Regresemos a la sala —indiqué, no sin la vergüenza de descubrir que estaba temblando—. Ya llevamos demasiado tiempo en este dormitorio maldito.

Holmes asintió en silencio y abrió la cerradura. Al bajar las escaleras, casi nos

dimos de bruces con el inspector Beynon que ya corría hacia el dormitorio, atraído por el disparo.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió con nerviosismo.

—He matado a un lagarto —respondió Holmes.

Dejando al atónito inspector a nuestra espalda, nada más llegar a la sala, Holmes se dejó caer pesadamente en un sillón, con todas sus energías exhaustas por la rápida sucesión de acontecimientos.

Un minuto después, el sargento Lloyd aparecía por la puerta.

—Mala suerte —sentenció en tono compungido—. Ese sujeto tenía una motocicleta escondida entre los arbustos. He oído el sonido del motor, pero ya era demasiado tarde.

—¡Qué le vamos a hacer! —apuntó Beynon con filosofía—. ¿De dónde diantre salió ese demonio, señor Holmes?

—Del cuarto de baño —respondió mi compañero, prendiendo su pipa de cerezo —. El supuesto fontanero se encargó, durante su estancia allí, de construir una rudimentaria trampilla en el techo. Nuestro amigo coreano se ha pasado un día entero allí, escondido entre el estrecho espacio existente entre las vigas y el techo. ¡Y, desde luego, su cautiverio no le entumeció los músculos en lo más mínimo! Cuénteles el resto de la historia a nuestros amigos, Petrie.

Mientras Holmes, con la cabeza reclinada contra el respaldo del sillón, procedía a relajarse fumando una pipa, me esforcé en narrar del mejor modo posible cuantas aventuras habían acontecido en el dormitorio. Al finalizar con mi relato, sin embargo, me apercibí de que todavía quedaban algunos cabos sueltos, momento en que Holmes acudió en mi ayuda.

—El «fontanero» se encargó de esconder el lagarto entre las sábanas de la cama. El monstruo de Gila es un animal tropical que tiene la costumbre de aletargarse cuando la temperatura ambiental es fría. De ahí la insistencia en que la calefacción no debía ponerse en funcionamiento hasta la mañana siguiente; el reptil permaneció sumido en su letargo hasta ser despertado por el roce de los pies de *sir* Julian, momento en que, como el Si Fan calculó acertadamente, clavó sus dientes en el intruso. El resto resulta fácilmente predecible. Al sentirse atacado por un ser monstruoso del que, casi con entera seguridad, jamás había oído hablar, ¿qué podía hacer *sir* Julian sino apartarlo de sí violentamente y huir aterrorizado?

»Durante todo el rato, el coreano se hallaba oculto en el armario. Si, al regresar al dormitorio, tras la huida de *sir* Julian, hubiese logrado recobrar al lagarto de inmediato, no nos debe caber duda alguna de que lo hubiera hecho y habría escapado de inmediato y sin dejar pista alguna. Sin embargo, como resultaba previsible, el lagarto se había ocultado tras algún mueble, escondrijo que no abandonaría hasta que la habitación estuviera caldeada de nuevo y su peculiar aparato sensitivo (que todavía no ha sido bien estudiado) le dijera que alguna presa andaba por los alrededores. Tal era la función de los ratones, precisamente: servir de cebo para atraer al lagarto

cuando las circunstancias permitiesen al coreano abandonar su refugio en el techo del baño.

Haciendo una pausa para encender otra vez la pipa, Holmes me obsequió con una gélida mirada.

—El reconocimiento que usted efectuó del cadáver de *sir* Julian era tan válido desde un punto de vista médico como superficial con respecto a nuestra investigación. Yo mismo debí haberlo efectuado, aunque es de justicia reconocer que, hasta que no descubrimos las manchas de sangre en el pasillo, jamás se me ocurrió pensar que el muerto podía haber recibido *tres* heridas de distinto origen. Por fortuna, la ambulancia aún no se había llevado el cadáver, así que tuve la oportunidad de efectuar un nuevo reconocimiento y rectificar nuestro error mientras usted se ocupaba de remediar los males de la criada. Este nuevo reconocimiento me permitió apreciar que, en el talón derecho, muy cerca de los profundos cortes existentes en la planta del pie, existían unas heridas de carácter totalmente distinto, como las que originaría la mordedura de un perro de pequeño tamaño. Dadas las circunstancias, el uso de un perro parecía imposible; sólo pude pensar en otro animal capaz de originar heridas semejantes y debo decir que no me equivoqué, aunque reconozco que, ante la insistencia del doctor Petrie en que Fu Manchú dispone para su uso de seres desconocidos para la ciencia occidental, mi certeza no era absoluta a este respecto.

Terminado su relato, Sherlock Holmes guardó silencio por un instante mientras sus ojos se paseaban por nuestros rostros, como si se tratara de un conferenciante deseoso de atender a toda posible cuestión adicional. En esta ocasión, la audiencia se conformó con un silencio admirativo (magra audiencia ésta, compuesta por mí mismo y dos oficiales de policía; a pesar del ruido que habíamos armado pocos minutos antes, ninguno de los residentes en la casa, sin duda saturados de emociones fuertes por los acontecimientos de la noche pasada, se había acercado a interesarse por lo sucedido).

—¡Rayos y centellas! —musitó Beynon con admiración finalmente—. ¡En mi vida he visto algo semejante a este hombre!

—Bien. Algo hemos ganado con todo este asunto —sentenció Holmes en tono tranquilo—, y ello es la certeza de saber que estamos tratando con Fu Manchú. Por lo demás, todo cuanto hemos conseguido ha sido averiguar el modo en que murió *sir* Julian (lo que no interesa ni a su propia viuda) y acabar con un bonito ejemplar de *Heloderma* que habría sido extraordinariamente apreciado por el zoológico de Regent’s Park.

CAPÍTULO 11
PONTREFDU

—¡Maldita sea! —musitó Holmes, frunciendo el ceño—. Llevo diez minutos observando a los dos hombres que se sientan en la mesa de al lado y todavía no soy capaz de adivinar cuál es su profesión. ¿De qué sirven todos mis estudios acerca de la influencia de cada profesión en las manos de las personas en esta era mecánica en la que no existen ya profesiones? ¿De qué me sirve deducir a partir de un dedo pulgar que una persona se pasa los días apretando un botón? ¿Cómo puedo adivinar cuál es la función de ese botón?

Habían pasado ya varias horas desde los incidentes ocurridos en la casa de *sir* Julian Rossiter y nos hallábamos sentados ante los restos de la extraña combinación de almuerzo y desayuno con que nos habíamos regalado en la mesa de un hotel de Merthyr Tydfil. Para irritación de los empleados del hotel, el inspector Beynon nos había llevado allí a las cuatro de la madrugada; exhaustos como estábamos, dormimos hasta el mediodía siguiente. Nuestras ulteriores investigaciones en la casa de *sir* Julian sólo habían conducido al hallazgo del instrumento causante de su muerte, que encontramos oculto en un rincón del escondrijo situado sobre el techo del baño. Como Holmes había supuesto, el arma homicida consistía en una sencilla lona de pequeño tamaño y extremada dureza tachonada de afiladas astillas de vidrio impregnadas de un veneno de carácter vegetal cuya exacta naturaleza desafiaría posteriormente todo análisis.

Sherlock Holmes, quien apenas si había pronunciado palabra a lo largo de la comida, parecía sumido en el humor depresivo y autorrecriminatorio que acostumbraba a afectarle cuando una investigación no le había proporcionado todos los frutos que de ella esperaba.

—Ni siquiera usted puede ser omnisciente —traté de consolarle en tono afectuoso —. Olvídese de esos dos sujetos, a los que no nos une relación alguna y fíjese, por ejemplo, en el hombre situado a nuestra izquierda. A pesar de su aspecto inofensivo, he advertido que no cesa de mirar insistentemente en nuestra dirección.

Tras echar una rápida ojeada al individuo que yo mencionaba, Holmes me respondió con un gesto de fastidio.

—Ese hombre no nos observa, Petrie; sus miradas tienen por objeto el reloj situado a nuestra espalda. Se trata de un asistente de contabilidad que teme llegar tarde a la oficina, pues ha empleado parte de su pausa para el almuerzo comprando regalos de cumpleaños para sus dos hijos gemelos.

—¡Formidable! —no pude por menos de exclamar—. Y, dígame, ¿cómo ha sabido usted todo eso?

Algo envanecido, mi compañero no pudo reprimir una carcajada de complacencia. Mi pequeña estratagema había tenido éxito.

—Muy sencillo, muy sencillo. Fíjese en las dos estilográficas que asoman de su bolsillo. Tan sólo en el ramo de la contabilidad se emplean tintas rojas y negras con asiduidad. Sus ropas modestas y el nerviosismo que demuestra ante la posibilidad de retrasarse unos minutos en regresar al trabajo prueban que se trata de un simple asistente. La manga derecha de su chaqueta está algo gastada por debajo del codo, allí donde suele rozar la superficie del escritorio; dicha rozadura ha sido remendada con esmero, lo que habla de una tranquila vida doméstica. Los dos pequeños paquetes que tiene sobre la mesa, atados con un vistoso lazo y envueltos en el papel de una tienda de juguetes de la localidad, únicamente pueden ser regalos para niños. En pleno mes de febrero raramente se hacen otros regalos que no sean los de cumpleaños y, por último, dos paquetes idénticos y provenientes de la misma tienda carecen de sentido a no ser que se trate de obsequiar a dos gemelos.

Claramente satisfecho de sí mismo, Holmes extrajo del bolsillo la vieja cachimba que reservaba para sus momentos de placidez. Tras llenar la pipa de tabaco y prenderla ceremoniosamente, mi compañero prosiguió en tono tranquilo:

—La cuestión que ahora me interesa aclarar es por qué motivo *sir* Julian fue asesinado. Como sabemos, Fu Manchú es un lunático que aspira nada menos que a destruir el imperio británico, todavía más que eso, a eliminar por completo toda la influencia occidental sobre Asia. Su organización, el Si Fan, mantiene una diferencia esencial con el resto de las sociedades secretas asiáticas, cuyos asesinatos se justifican por el lucro o el afán de venganza; el Si Fan elimina a aquellos individuos poseedores de algún conocimiento que resulta peligroso para sus fines y secuestra a aquellas personas cuya especialización en determinado campo de conocimiento les puede resultar útil. Tal definición puede ser útil para explicar el rapto de Nayland Smith. Sin embargo, parece difícil creer que *sir* Julian pudiera inquietar en algo al Si Fan. Por lo que sabemos, se trataba de un hombre de naturaleza más bien odiosa, pero ¿qué motivo tenía el doctor Fu Manchú para odiarle?

—Debo confesar que entiendo ese asesinato tan poco como usted.

—En el caso de que *sir* Julian estuviera en posesión de alguna información secreta que debía ser mantenida en silencio a toda costa, sólo pudo haberla adquirido de modo accidental y probablemente nunca fue plenamente consciente de ella. Nuestra investigación será por tanto doblemente complicada.

Advirtiendo que el restaurante se hallaba ya prácticamente vacío, Holmes dobló cuidadosamente su servilleta, que depositó sobre la mesa.

—Pasemos a otra cosa —añadió—. Debo efectuar cierta llamada telefónica y en ausencia de nuevas pistas de poco nos van a servir nuestras especulaciones. Aunque dudo que Fu Manchú sepa dónde nos encontramos, voy a telefonear desde la oficina de correos, donde puedo hacerlo a través de la línea principal. No pienso correr ningún otro riesgo gratuito, pues estoy seguro de que ese escurridizo acróbata

coreano debe haber efectuado una descripción de nuestras personas.

—¿Piensa usted ponerse en contacto con el inspector Weymouth?

—Así es. Creo necesario que estemos al corriente de cuanto pueda acontecer en Londres. Por otra parte, ahora que sabemos que Fu Manchú se encuentra en el país es preciso que todo agente de policía disponga de su descripción. No creo que ello ofrezca demasiados problemas. Uno no se encuentra todos los días con un chino de ojos verdes y elevada estatura. —Holmes sonrió con malicia—. ¿Cuál es su célebre frase, Petrie? ¡Ah, sí! «Semblante shakesperiano y mirada satánica». ¡Válgame Dios!

—Quizá no resulte tan sencillo reconocerle —repuse, tratando de no alterarme—. El doctor Fu Manchú suele emplear gafas oscuras y prendas occidentales cuando desea pasar desapercibido. Ataviado de tal guisa, puede pasar por europeo, pues es tan alto como usted y de semblante no muy distinto del suyo, con una frente igualmente poderosa.

—¿De veras? —musitó Holmes, frunciendo el ceño—. Bien, supongo que en el caso de Fu Manchú, cierto grado de exageración resulta imposible de evitar. Y ahora debo efectuar esa llamada, Petrie. Le veré más tarde.

Desaparecido mi compañero, no pude evitar una sonrisa ante aquella nueva muestra de vanidad. Vanidad, por otra parte, que no dejaba de tener su justificación; la superioridad de que Holmes gozaba en su terreno era de tal calibre que una actitud humilde no hubiera denotado más que pura afectación.

Tras depositar un chelín sobre la mesa en vano intento de congraciarme con un camarero cuyas muestras de impaciencia resultaban evidentes, me dirigí al adyacente salón del hotel, una desvencijada estancia de anticuada decoración, donde tomé asiento en el sillón que me pareció menos desvencijado.

Sin nada que hacer excepto esperar el regreso de Holmes, traté infructuosamente de enfrascarme en la lectura de los periódicos locales, cuyas pesimistas predicciones en relación con una nueva e inminente huelga que debía producirse entre los mineros del carbón no tardaron en llevarme a abandonar mi empeño. Mientras el pesado carillón situado a mi espalda daba la hora con majestuosidad, no pude evitar que mis pensamientos volvieran a centrarse en Karamaneh y Smith, mis dos compañeros prisioneros de Fu Manchú. Incapaz de reprimir mi ansiedad extraje de mi bolsillo la mutilada misiva de Smith, que procedí a estudiar por enésima vez.

Por enésima vez las palabras de mi compañero se mostraron inconexas y de oscuro significado a mis ojos. Por un instante se me ocurrió que el *gusano* podía no ser otra cosa que el horror al que nos habíamos enfrentado la noche anterior; tras un instante de reflexión, tal equivalencia se me antojó del todo improbable. El *gusano* todavía estaba por ver, al igual que las misteriosas *treinta mil bicicletas*.

Absorto en la morosa contemplación de aquellas palabras cuyo sentido se me escapaba, el carillón dio la hora y, pocos minutos después, Sherlock Holmes irrumpía en el salón. En vista de mi actitud, no pudo evitar una mueca de fastidio.

—Olvídese de esa carta —ordenó, acomodándose en un sillón—. Ya disponemos

de bastantes quebraderos de cabeza por el momento.

—¿Consiguió usted hablar con el inspector Weymouth? —inquirí.

—En efecto. A lo que parece, el Yard no ha logrado obtener ninguna información de interés de Morley, el hombre que nos espiaba en Fleet Street. El tal Morley ha resultado ser uno de esos investigadores privados sin ningún escrúpulo que empañan el buen nombre de una profesión que yo creé. Por si fuera poco, este individuo tiene los arrestos de afirmar que no hay nada ilegal en mirar a través de una ventana y si a eso añadimos que ha sido pagado mediante giro postal, me temo que va a resultar tan difícil efectuar una acusación en firme contra él como obtener alguna información que nos resulte de utilidad.

—¿De qué método se valía para comunicarse con el Si Fan?

—De uno que ni siquiera yo había previsto —replicó Holmes con una sonrisa—. Nuestro amigo empleaba un pequeño transmisor de radio operado por un ayudante a quien yo no podía ver desde la calle. Por supuesto, ambos individuos ignoran en qué lugar eran recibidos sus informes. Pero aún no le he dicho lo más extraordinario, Petrie: tras revisar la línea de su teléfono, el Yard no ha descubierto aparato alguno conectado a ella. El teléfono, por descontado, estaba intervenido, pero no mediante los procedimientos usuales; el Si Fan dispone sin duda de algún novedoso sistema radiofónico de escucha cuya naturaleza exacta nos es desconocida[11]. Por cierto, Morley afirma que sus tareas de vigilancia únicamente tenían lugar durante el día y niega conocer las circunstancias en que se produjo el secuestro de Smith. Personalmente tiendo a creerle; imagino que, por la noche, el Si Fan debió de hacer uso de sus propios hombres (probablemente apostados en la calle) para efectuar dicha misión de espionaje.

Haciendo una pausa en su relato, Holmes me dirigió una significativa mirada.

—A pesar de cuanto acabo de decirle, no piense que el inspector Weymouth se ha mostrado inactivo. Preste atención, Petrie: el inspector ha dado con un empleado de la estación de Paddington que afirma haber presenciado la llegada, el lunes por la tarde, de un curioso trío: dos sujetos de origen asiático, uno de elevada estatura y otro muy bajo y de extraña complexión física que se hacía cargo de una mujer que parecía enferma, ataviada de pies a cabeza en el vestido tradicional musulmán.

—¡Karamaneh! —exclamé—. ¡Y los dos raptores de Smith! ¡En Paddington!

—Efectivamente, en Paddington. O, lo que es igual, llegados de algún punto situado al oeste de Londres. ¡Todo encaja, Petrie! Fu Manchú, que debía de hallarse en Londres, interceptó, de un modo u otro, la conversación que Smith y usted sostuvieron al teléfono. Alarmado ante las palabras de Smith, decidió pasar a la acción inmediatamente, para lo cual hizo venir a sus esbirros. No cabe descartar que la velocidad de su respuesta se haya debido al deseo de anticiparse a Ki Ming si, como usted sostiene, ambos jerarcas se hallan enfrentados.

—¿Cree usted que Smith fue trasladado hacia el oeste? ¿No muy lejos, quizá, de donde nos encontramos?

—Ciertamente, es una posibilidad —respondió Holmes con cautela—. Ello explicaría el interés de Fu Manchú en ganar algo de tiempo. No pudiendo emplear el ferrocarril, el transporte de un hombre inconsciente por unos trescientos kilómetros de carretera debía requerir varios cambios de vehículo para ser efectuado con garantías. Si tenemos en cuenta que el rapto de Smith fue una operación de emergencia, dudo mucho de que el Si Fan pudiera emprender inmediatamente un traslado de naturaleza tan complicada.

A pesar del tono hipotético en que fueron pronunciadas estas palabras, el razonamiento de Holmes no dejó de conferirme nuevas esperanzas. Hasta aquel instante uno de mis temores estribaba en la posibilidad de que Smith se hallara en alguna región muy distante de la zona en que habíamos centrado nuestras investigaciones. Quizá de modo no excesivamente racional, ahora tenía la confianza de hallarnos siguiendo el rastro adecuado.

—Y ahora siento tener que ofrecerle unas noticias menos satisfactorias —prosiguió Holmes con una rara timidez en la voz—, pero lo cierto es que determinadas circunstancias que no guardan relación alguna con este caso hacen preciso que regrese inmediatamente a Londres.

—¿Qué? ¿A Londres? —exclamé.

—Tan sólo por unos días —respondió Holmes en un tono en el que desgana e inseguridad se mezclaban a partes iguales—. Me marcho en el tren nocturno y estaré de vuelta, hum, el sábado por la mañana como muy tarde. —Tras un instante de vacilación, mi compañero prosiguió con un deje de inseguridad en la voz—. Tiene usted mi palabra de que no abandonaré este caso hasta que Smith sea devuelto a la libertad. En esta y alguna otra ocasión, sin embargo, es posible que me vea obligado a atender ciertos asuntos personales. Le ruego que no me pida otra explicación, Petrie, pues no estoy en condiciones de proporcionársela.

Atónito ante lo inesperado de aquellas palabras, observé con atención a mi interlocutor. Por primera vez entendí este y aquel detalle ocasional que me habían parecido incongruentes en un hombre retirado de su tarea diez años atrás.

—No es necesaria explicación alguna, Holmes —respondí en tono firme.

Haciendo caso omiso del conocido rechazo que mi compañero sentía hacia todo gesto dramático, no pude sino ofrecerle mi mano hasta que se vio obligado a estrecharla.

—Gracias —contestó Holmes con sencillez mientras su rostro adquiría la acostumbrada expresión neutra—. Bien, durante mi ausencia usted se encargará de proseguir nuestra investigación. Le sugiero que duerma aquí esta noche y que mañana por la mañana ayude al inspector Beynon a redactar su informe (cosa que él parece incapaz de hacer por sí solo). Por la tarde, se dirigirá usted a Pentrefdu.

—¿Adónde?

—A Pentrefdu, la población en donde se hallan enclavadas las propiedades mineras del fallecido *sir* Julian. Allí se encargará usted de efectuar un reconocimiento

sobre el terreno hasta que yo regrese de Londres.

—¿Qué debo buscar?

—Algún aspecto relacionado con la mina que resulte sospechoso. Estoy convencido de que la vida privada de *sir* Julian no ofrece secreto alguno (por el contrario, el finado era, a este respecto, de una franqueza más bien repugnante), así que tan sólo su actividad profesional puede ofrecernos el vínculo con Fu Manchú que hasta ahora no hemos sabido descubrir.

—Pero ¿cómo puedo yo descubrirlo?

—Eso queda en sus manos, Petrie —respondió Holmes con una sonrisa sardónica —. En una población pequeña, siempre hay alguien que se entera de cuanto de extraño acontece allí. Beynon ha hecho ya algunas gestiones para facilitar su labor. Dada la mísera categoría de la única posada existente en Pentrefdu, que ningún turista normal visitaría, residirá usted en la casa del agente de policía local. Oficialmente será usted un primo suyo venido de Inglaterra para visitarle durante unos días. Dese un paseo por el pueblo, tenga los ojos bien abiertos y trabe conversación con la gente. Cuídese, sin embargo, de no despertar sospechas. No diga una palabra ni haga cosa alguna que un visitante casual no dijera ni haría. Si Fu Manchú tiene algún espía en la localidad, el menor descuido por su parte podría resultar fatal.

Así quedaron las cosas y, aquella misma noche, Holmes partía hacia Londres para atender a sus negocios «personales» (cuya exacta naturaleza no conocería hasta años más tarde). A la mañana siguiente empleé más de dos horas en compañía de Owen Beynon en la comisaría local para elaborar un informe que resultase plausible a ojos oficiales e incluyera elementos tan dispares e improbables como un lagarto muerto, una trampa elaborada con cristales venenosos y un coreano de naturaleza casi sobrehumana. Poco después del almuerzo, me puse en camino hacia mi nuevo destino, no particularmente apenado, todo hay que decirlo, de abandonar Merthyr Tydfil a mis espaldas. Hasta el momento, mis experiencias en Gales habían tenido bien poco de felices, aliándose para proporcionarme una falsa impresión de una nación que, como más tarde aprendería, está entre las más humanas y generosas que he tenido oportunidad de conocer.

La naturaleza del terreno hacía necesario servirse de dos autobuses y una ruta más bien tortuosa para llegar hasta Pentrefdu. Ya las sombras se cernían sobre los valles cuando mi segundo vehículo me depositó en las afueras del pueblo. Mis impresiones iniciales de aquella localidad tampoco resultaron particularmente gratas. Si exceptuamos una iglesia de rechoncha torre, un destartalado comercio y una posada de sórdido aspecto denominada Las Tres Plumas, Pentrefdu no era sino una larga calle en la que se alineaban algunas casuchas de aspecto miserable y techo de pizarra construidas pared contra pared. La impresión de conjunto era la de un arrabal londinense trasplantado al campo.

Sin cruzarme con un alma, pues la aldea parecía enteramente deshabitada, avancé por aquella calle en pendiente hasta llegar a la cima de la pequeña colina sobre la que

iba a morir. Allí advertí la presencia de una edificación algo mayor y menos cochambrosa, separada de sus vecinas por un pequeño jardín bastante bien cuidado. Al llamar a la puerta, ésta fue abierta casi inmediatamente por un hombre de edad similar a la mía vestido con una sencilla camisa y el pantalón reglamentario de la policía. Apercibiéndose de mi maleta, el hombre esbozó una amplia sonrisa.

—¡Tom! ¡Dichosos los ojos! —me saludó a voz en grito—. ¿Cómo están Mary y los niños? —Desde luego, si de algo no podía calificarse su actuación era de poco entusiástica—. ¡Clara! ¡Tom ha llegado por fin!

Siempre con su sonrisa de maníaco, el agente Jones me arrastró al interior de la casa, donde, por espacio de diez minutos, me las vi ante una escena de hospitalidad familiar tal que me llevó a pensar si no me habría tomado realmente por algún primo suyo de Inglaterra. En menos de lo que se tarda en decir, me vi aprisionado en un sillón, calzando pantuflas, con una taza de té humeante en las manos y el gato de la casa sentado en mi regazo. Mientras Clara, una mujer de aspecto jovial cuyo vientre abultado hablaba de una nueva incorporación al clan de los Jones, preparaba la mesa para el té de la tarde, mi anfitrión comentaba con apasionamiento las últimas incidencias del mundo del fútbol, a la espera de que yo diese un primer paso y le revelase la naturaleza de mi misión.

Por mi parte me sentía extrañamente reticente a dar ese primer paso, agradablemente adormecido como me estaba quedando bajo la acción combinada del fuego del hogar y el gato que dormitaba en mi regazo. Cuando por fin me decidí a mencionar que albergaba ciertas sospechas en relación con las minas de Pentrefdu, Jones me respondió con un expresivo asentimiento.

—Siempre el carbón —musitó, tomando el atizador de bronce y señalando al fuego del hogar—. Siempre el carbón. Fíjese en las chispas que echa. No hallará usted un carbón de calidad semejante en toda Europa, ni otro que resulte tan peligroso. El trabajo en un polvorín resulta un juego de niños en comparación con los peligros que arrostran quienes deben arrancarlo de las entrañas de la tierra.

El comentario me trajo a la memoria ciertos artículos periodísticos relativos a un accidente de proporciones desastrosas que, no mucho tiempo atrás, había conmovido a toda Inglaterra.

—Si no recuerdo mal, hace poco sufrieron ustedes una gran desgracia, ¿no es así?

—Sin duda se refiere usted a Senghenydd. En efecto, casi quinientas vidas se perdieron allí. —El agente Jones centró su mirada en las tremolas llamas por un instante—. Sin embargo, hay otro nombre que aquí nunca olvidaremos: Nant Gareth, una mina situada a apenas ocho kilómetros de donde nos hallamos. Hace quince años, ciento setenta y ocho hombres murieron en ella; un desastre comparativamente menor, pero no existe una familia en el pueblo que no perdiera a alguien allí. —Tras un segundo de silencio, Jones añadió en tono sosegado—: Yo perdí a mi padre, por ejemplo.

Tal fue mi introducción a lo que llamaré la vida y la muerte en las poblaciones

mineras del sur de Gales. Aquella velada la pasé charlando con Jones mientras, pulgares en ristre, ayudaba a Clara a enrollar madejas de lana. Mis improvisados parientes demostraron por fin ser de hábitos tempranos, así que no tardé en gozar de un sueño reparador en la sibarítica cama de plumón que, en compañía de una gran jofaina de agua, ocupaba casi todo el espacio de la habitación que los Jones reservaban a sus huéspedes.

El sol relucía sobre el valle cuando, a la mañana siguiente y después de un copioso desayuno, eché a caminar cuesta abajo en dirección al centro del pueblo. Quizá todo se debiera al buen tiempo o a la cálida hospitalidad de mis anfitriones, pero lo cierto es que mi apreciación del entorno había experimentado una sutil transformación. A pleno sol pude apreciar que las feas casuchas de la aldea estaban, sin excepción, impecablemente limpias.

Al pie de la pequeña colina, no tardé en tropezarme con el elenco femenino de Pentrefdu, reunido en torno a la parada de autobús y la única tienda del pueblo. La mayoría de ellas conversaban en galés y, si algún detalle faltaba para convencerme de que estaba en un lugar muy distinto de mi nativa Inglaterra, una ojeada a su aspecto bastaba para ello. Todas vestían pañuelos sobre la cabeza y dos de ellas portaban a sendos bebés de un modo que jamás había visto con anterioridad: firmemente amarrados junto a la cadera por un chal dispuesto diagonalmente desde el hombro opuesto.

Tras entrar en el pequeño almacén con el pretexto de comprar cigarrillos, no tuve dificultad alguna en trabar conversación con el tendero. Mientras fingía echar un vistazo a algunas postales, varias de las mujeres pronto terciaron en nuestra charla. Según parecía, un breve párrafo en un periódico de Cardiff había recogido el fallecimiento de *sir* Julian Rossiter, vagamente atribuido a «una caída». Para mi sorpresa, no tardé en enterarme de que ninguno de mis interlocutores había visto jamás personalmente a *sir* Julian (quien, por su parte, muy raramente visitaba su propiedad). Su muerte parecía haberlos dejado indiferentes, a juzgar por el tono, huero de todo dolor o satisfacción, con que se me hablaba. Se daba por descontado que su heredero (que como yo bien sabía, a pesar de no decir una palabra, sería *lady* Elinor) continuaría explotando la mina de modo idéntico al seguido hasta entonces.

—Sea quien sea —intervino una de las mujeres más jóvenes—, espero que se atenga más a razones y no tenga las nefastas ideas del señorito.

Aquello sonaba ya algo más interesante, pero antes de que pudiera dar con un medio discreto para averiguar cuál era el carácter de las «nefastas ideas» de *sir* Julian, la mujer abandonó apresuradamente la tienda para no perder el recién aparecido autobús de línea que, de creer al rótulo situado sobre el parabrisas, tenía por destino un lugar bautizado con el improbable nombre de Cwmbwlch.

Poco menos de un kilómetro más allá de la iglesia y la última casa la carretera pasaba junto a la entrada del campo minero. Desde mi posición nada podía ver a excepción de una valla de hierro y una especie de garita desde la que un vigilante

cuidaba de la entrada. Sin olvidar las exhortaciones a la prudencia de Holmes y en ausencia de alguna excusa plausible, no hice intento alguno de entrar allí. En vez de ello opté por ascender una pequeña pendiente situada a mi izquierda hasta dar con un discreto promontorio que dominaba el cañón —pues tal era su naturaleza— en el que se hallaba enclavado Pentrefdu.

Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que mi ventajosa posición no me iba a servir de mucho, pues poco era lo de interés que desde allí podía divisar. La superficie del campo minero apenas si se componía de algunos edificios de pequeño tamaño agrupados en torno a la complicada maquinaria y las esqueléticas torres de hierro situadas junto a la boca de la mina.

Sentado en una enorme roca plana, encendí mi pipa y contemplé el campo por espacio de una media hora, durante la cual todo cuanto pude observar fue las entradas y salidas de tres o cuatro camiones encargados del transporte del carbón. Por fin acabé por convencerme a mí mismo de que mi vigilancia resultaba más bien inútil y que mejor haría en ascender un poco más por la colina para obtener una mejor visión de la localidad.

Mis tareas de vigilancia iban adquiriendo todo el aspecto de una plácida excursión campestre, circunstancia que no dejaba de ser agradable. Ante aquel tiempo delicioso, uno creería que la primavera se había adelantado en varias semanas. El agente Jones ya me había advertido que el clima de la región, generalmente más templado que el del sur de Inglaterra, raramente resultaba predecible. No resultaba extraño, pues, que las flores floreciesen en pleno diciembre o que en marzo se registraran las temperaturas más elevadas del año. A medida que ascendía por la montaña, más difícil resultaba creer que la comarca que se extendía a mis pies fuera un importante centro industrial. A ojos de un espectador no avisado, aquel paisaje montañoso y poblado de árboles, interrumpido aquí y allá por la pequeña granja ocasional, semejaría más bien el de una tierra virgen recién colonizada.

Resultaba difícil de creer que la mano de Fu Manchú se extendiera, amenazante, sobre aquel bucólico panorama. Como igualmente difícil de creer resultaba que, bajo la superficie, centenares de hombres se dejaban la piel en una de las tareas más crueles que la humanidad haya conocido.

Debo confesar que la magnificencia del paisaje pronto hizo que me olvidara del propósito de mi estancia allí. El resto del día transcurrió, pues, en forma de un agradable paseo por el valle. Al regresar a Pentrefdu, cuando ya comenzaba a anochecer, tuve la oportunidad de ver a mis primeros mineros que hacían su entrada en la aldea una vez finalizada su jornada laboral. Todavía envueltos en las ásperas ropas de trabajo y con el rostro completamente ennegrecido bajo los cascos metálicos, su aspecto resultaba verdaderamente impresionante. Con un estremecimiento me vinieron a la mente las palabras que mi interlocutor expresara la noche anterior.

—No existe cosa peor en el mundo que el polvo del carbón. En cinco minutos ese

polvillo maldito impregna tus ropas, tu piel y tus cabellos. La única forma de desprenderse de él estriba en bañarse meticulosamente después de la jornada. Son precisos litros y más litros de agua hirviendo para sentirse pasablemente limpio otra vez.

Por extraño que parezca y a pesar de la evidente fatiga que adornaba sus rostros, los fornidos mineros parecían mostrar un humor excelente. Así lo indicaban las blanquísimas sonrisas que destellaban en sus tiznados rostros.

De regreso en mi alojamiento y tras asearme someramente con la ayuda de la jofaina que ocupaba buena parte de mi diminuto dormitorio, pronto di buena cuenta de la cena en compañía de mis nuevos amigos (calificar de otro modo al matrimonio Jones me resultaba ya imposible). Con el estómago bien satisfecho y cansado como me encontraba, no me sentía excesivamente inclinado a salir de la casa aquella noche, pero lo cierto era que Sherlock Holmes había prometido regresar a la mañana siguiente y, hasta el momento, mi estancia en Pentrefdu había resultado totalmente infructuosa desde el punto de vista de los resultados prácticos. De hecho, tenía mis dudas de que existiera algún resultado práctico que obtener en un sitio como aquél: por lo poco que había podido discernir, la mina del finado *sir* Julian parecía tan poco sospechosa como cualquier otra mina de la región. Con todo, decidí acercarme un instante a Las Tres Plumas, donde podría contactar de forma personal con algunos de los hombres que trabajaban en su interior.

La noche era todavía de temperatura agradable, así que opté por sustituir mi abrigo por un sencillo jersey, pues no consideré oportuno presentarme elegante en exceso en una taberna de las características de la que iba a visitar. Con la ayuda de mi pequeña linterna de bolsillo descendí la empinada cuesta que conducía al centro del villorrio. Un velo de nubes bajas cubría las estrellas; a lo lejos, más allá de las montañas, resplandecía la lucecita escarlata del gran complejo siderúrgico de Dowlais. Algo delante de mí, sendas voces me indicaron que dos hombres se dirigían a mi mismo destino. Al pie de la pendiente, los dos hombres penetraron en la cochambrosa posada, un edificio del mismo carácter que sus vecinos, apenas distinguido por la farola con una flor de lis toscamente pintada sobre el vidrio que colgaba en el portal. Un instante después hice mi entrada en el establecimiento.

La babel de sonidos que me recibió me hizo recordar de inmediato que los viernes era día de paga. Los treinta o cuarenta parroquianos que en un establecimiento de Londres no hubieran resultado excesivos, llenaban el pequeño local a rebosar. La atmósfera, impregnada del humo del tabaco y del aroma de cerveza barata, resultaba casi irrespirable. Desde donde me hallaba, no se veía una sola mujer. Con excepción de un par de bancos adosados a la pared, la taberna no disponía de mobiliario alguno, de tal modo que la clientela se veía obligada a beber sus jarras de pie, agrupados en pequeños corros donde se discutía animadamente.

Los bebedores parecían estar cortados por el mismo patrón, corpulentos, de aspecto algo tosco y poseedores de la piel curtida y el rostro peculiarmente pálido que

son característicos de los mineros. Suponiendo que la barra debía encontrarse detrás de ellos, decidí aventurarme entre el compacto grupo humano, tratando de no asestar pisotón o codazo involuntario alguno. Adentrándome entre los parroquianos, mi avance se vio cerrado a unos pasos del mostrador por un corro de media docena de hombres en avanzado estado de embriaguez que me daban la espalda sin apercibirse de mi presencia. Deseoso de alcanzar de una vez la dichosa barra, pedí disculpas a los bebedores y, no sin esfuerzo, me abrí paso entre ellos. Al hacerlo, observé con sorpresa que el corro escondía en su centro la presencia de una mujer joven sentada en un taburete y ataviada con una larga falda de brillantes colores vestida con cierta audacia y una blusa estampada de manga amplia y corta sobre la que caía una negra cabellera rizada.

Atónito, di un paso atrás tratando de escabullirme; pero ya era demasiado tarde. Advertido de mi presencia, el rostro tan bello como perverso de Zarmi *la Oriental* me observaba con maligna alegría.

CAPÍTULO 12
UNA CARICIA DE SALOMÉ

El reconocimiento había resultado mutuo e instantáneo.

—¡Tú! —exclamó Zarmi—. ¡Tú, otra vez! ¡Tú, siempre seguirme!

—No te estaba siguiendo… —me defendí ante la imprevista acusación. Apercibiéndome de modo instantáneo de lo absurdo de la situación, me urgía cambiar de táctica—. No importa. No tienes derecho alguno a hacerme recriminaciones —respondí en tono seco—. Sabes tan bien como yo que existe una orden de búsqueda y captura contra ti.

Zarmi frunció los labios en una mueca de desdén, encogiéndose de hombros con gracia felina.

—¿Tus policías ser aquí acaso? —inquirió con malicia.

—¿Algún problema, amigo? —resonó un vozarrón a mi espalda mientras una manaza se cerraba sobre mi muñeca.

Tratando infructuosamente de soltar mi mano, comprobé con alarma que los hombres que rodeaban a Zarmi me habían escogido ahora como nuevo y no tan amistosamente considerado centro de atención. Estaba claro que aquellos cinco o seis rufianes se consideraban de su lado, con el agravante de que no conocía en absoluto la disposición de los restantes bebedores que atestaban el local.

—¡Suélteme inmediatamente! —protesté vigorosamente ante mi captor, esforzándome inútilmente en liberarme de él. Una ayuda inesperada, sin embargo, me sirvió para ello.

—¡Sí! ¡Tú soltar él! —indicó Zarmi—. ¡Yo saber cuidarme muy bien! ¡Fijarse bien!

Rápida como el rayo, la muchacha volteó su falda, extrajo el *kriss* malayo que tan horrendos recuerdos me traía y lo arrojó con fuerza sobre su cabeza; deteniéndose por un instante en el aire, el siniestro cuchillo cayó girando sobre sí mismo hasta que, en un movimiento de increíble precisión, los dedos de *la Oriental* se cerraron sobre su empuñadura.

—¡Oiga, usted! ¡No… no juegue con esa cosa en mi posada! —tartajeó el alarmado patrón, blanco como el papel.

Zarmi replicó con una carcajada.

—Nadie hacerse daño aquí. Todos buenos amigos. —Con gesto tranquilo, *la Oriental* devolvió el *kriss* a su funda al tiempo que se volvía hacia los rufianes que la acompañaban—. Soltar a mi amigo, quiero hablar con él. Más tarde quizá yo bailar para vosotros. Gustar, ¿eh?

De mala gana, los rufianes se apartaron de mí. Apartándose ligeramente de sus

compañeros, Zarmi me sonrió con satánica condescendencia a través de sus ojos almendrados.

—¿Ser amigos tú y yo? Muy bien, yo invitar a ti a una cerveza.

Mi interlocutora parecía ebria, no tanto quizá por efecto del alcohol como por el evidente placer que le reportaba su inapelable dominio sobre aquellos tipos patibularios. Aquello no era nuevo para mí; ya había presenciado antes la fascinación y el miedo reverencial que en otros tiempos ejerciera sobre los hampones de los muelles de Londres. La diferencia estribaba en que ahora me encontraba solo, sin la asistencia de patrullas policiales en el Támesis y enfrentado a un peligro ignoto que suponía de calibre mucho mayor al originado por los fumadores de opio y fulleros mestizos con los que entonces me las viera. ¿Qué posibilidad tenía yo ahora de hacer entender a las gentes que me rodeaban que aquella mujer no era sino el agente de confianza de un sujeto peligrosísimo, cuya larga sombra se cernía amenazadoramente sobre su hasta ahora pacífico valle?

—¡Agua y ron! —ordenó Zarmi, haciendo rechinar una moneda de media corona sobre el mostrador—. ¿Todavía ser tu bebida favorita, mi fuerte marino?

La Oriental rió su broma, que hacía referencia al disfraz por mí empleado para visitar el sórdido establecimiento de John Ki, en los muelles del Támesis. Conteniendo mi irritación, me pregunté si la jactancia de Zarmi no podría quizá resultarme útil. En ese instante, el patrón, hombre corpulento de grasiento chaleco, depositó mi bebida sobre la barra sin dejar de observarnos con desconfianza. Tomando el vaso, hice de tripas corazón, esbocé una sonrisa y propuse un brindis.

—*Fih sahittik* —repuse—. Amigos o enemigos, ¿qué importancia tiene? —Tras tomar un sorbo del potente licor, decidí lanzarme a la ofensiva—: ¿Dónde está Nayland Smith?

Sorprendida ante mi inesperada pregunta, *la Oriental* se quedó boquiabierta.

—¿Por qué razón yo tener que decir a ti? —respondió, recuperando su actitud altanera de modo casi instantáneo.

—¿Qué razón tienes para no decírmelo? —repliqué en tono desenvuelto—. ¿Qué puedes perder con ello? ¿Acaso no tienes todas las cartas en la mano?

Sin saber qué responder, Zarmi frunció el ceño. Abriendo su diminuto bolso egipcio de cuero repujado, *la Oriental* tomó uno de los gruesos cigarrillos amarillentos que ya le había visto fumar en otras ocasiones. De acuerdo con lo que me había dicho Holmes, no dudaba ahora de que aquellos cigarrillos contenían hachís.

—¡Fuego! ¡Dadme fuego! —indicó mi interlocutora en tono imperioso.

Tratando de mantener mi apariencia tranquila, hice cuanto me pedía, no sin el temor de recibir una bocanada de humo en los ojos, uno de sus pasatiempos preferidos. En esta ocasión, sin embargo, Zarmi no intentó truco similar alguno, limitándose a adoptar un aire aburrido y exhalando perezosos círculos de humo.

—No saber dónde está Smith —reconoció en tono indiferente—. Yo no ver a él.

—Ya —comenté algo decepcionado, pero decidido a no perder la iniciativa—. ¿Y qué sabes de Karamaneh?

—¡Oh, yo *sí* ver a ella! —rió Zarmi con cruel alegría—. Ella provocar gran pelea en el tren de regreso. Morder oreja de Wang Lo. Alí, que antes ser amo del harén de Estambul, hacerle arrepentirse más tarde. Ella ser tratada con la mikra'ah[12]. Golpeada aquí y aquí.

Ante los explícitos gestos de *la Oriental*, no pude sino enrojecer de rabia e impotencia. En aquel instante no deseaba otra cosa más que poner mis manos sobre su garganta hasta hacerle desaparecer la sonrisa del rostro. Algo había ganado, sin embargo; ahora sabía que Karamaneh había sido traída de Londres y que, a pesar de sus padecimientos, por lo menos seguía con vida.

—No obstante, ya veo que no sabes nada de Smith —proseguí en tono provocativo.

—Tú no volverle a ver jamás —fue la brusca respuesta—. Él ir a China.

¡A China! Por un segundo, la sonrisa de Zarmi, la taberna y los individuos que me rodeaban parecieron esfumarse ante mis ojos, sustituidos por unas inconexas palabras escritas a máquina: «un barco chino… en la costa occidental». ¿Se hallaría ya Smith a bordo? ¿Habría zarpado ya ese barco?

Algunos comentarios expresados a mi lado me devolvieron al instante a la realidad. Los rufianes que acompañaban a Zarmi, impacientes y desconfiados ante nuestra conversación, demandaban su atención otra vez y le urgían a que bailara para ellos (a pesar de que personalmente se me escapaba dónde podría bailar ella en aquella taberna abarrotada por completo).

—¡Muy bien! —anunció la muchacha—. ¡Cerrar el pico de una vez! ¡Yo bailar otra vez y luego ir a casa!

Poniéndose en pie, *la Oriental* arrojó la colilla al suelo, la apagó con el talón y descalzó sus pies. Tomándome del brazo, la muchacha me hizo sentar en el taburete que acababa de dejar.

—¡Tú guardar mi asiento! —ordenó—. ¡Sentarte aquí y ver a Zarmi danzar!

Con gesto velocísimo, *la Oriental* tomó el reborde de mi jersey y, antes de que pudiera impedirlo, encajó su pequeño bolso de cuero por debajo de mi cinturón, gesto que despertó un torrente de groseras carcajadas entre sus patibularios acompañantes. Enrojecido hasta las orejas, tuve que escuchar una sarta de comentarios desconsiderados pronunciados en mi oreja por un aliento que apestaba a cerveza. De un gesto, Zarmi se alzó sobre el mostrador hasta observarnos con una sonrisa, las piernas bien abiertas, las manos en la cintura y la cabeza situada a pocos centímetros de las vigas del techo. Sin perder la sonrisa, una patada suya hizo saltar la jarra de cerveza que tenía a los pies por los aires, operación que provocó gruesas carcajadas. Para mayor deleite del público, *la Oriental* comenzó a despojarse de sus medias.

—¡De ésta me cierran el local! —protestó en tono lloroso el corpulento tabernero —. ¡Que alguien le eche el cierre a la puerta!

—¡Más le valdrá al bofia de Jones no acercarse por aquí! —aulló una voz, prontamente coreada por numerosas risotadas.

Habiéndose despojado de sus medias y otros efectos personales[13], Zarmi desabrochó un par de botones de su blusa y comenzó a danzar sinuosamente sobre el mostrador, cantando en su áspero árabe del desierto.

Habayibna-lli hebbouna
A'emelou qahwah w'a'ezemouna
A 'ezemouna wa segouna!
Habayibna-lli yehebbouna!

Bastó que la hurí repitiera en dos ocasiones el simple estribillo para que, a la tercera vez, la taberna entera le secundara en el canto, ora tratando de imitar sus palabras, ora improvisando sonidos similares. Estoy convencido de que los parroquianos en su vida habían oído un canto similar, pero con el característico genio galés para la improvisación, aquellos mineros encallecidos e iletrados que nada sabían de solfeo, no tardaron en improvisar cadencias y armonías más familiares para su oído, de modo que la cruda melodía *bedawi* pronto se tornó en un emocionado himno digno de un Haendel cuyas simpatías se decantaran por el Islam.

Con un estremecimiento recordé mi estancia en el Café de l'Egypte, allí donde había visto bailar a Zarmi por primera vez, turgente y tentadora al son del caramillo y la *darabukkeh*. Semioculta tras las espesas vaharadas de humo, se me aparecía ahora sobre su improvisado escenario, semejante a Nuronihar en las puertas de Eblis, con el rostro aceitunado semioculto por la espesa cabellera de azabache, la falda alzando el vuelo y la blusa semiabierta. La tremola luz de los candiles se reflejaba sobre su piel cobriza y arrancaba destellos a la ornamentada empuñadura del *kriss* que pendía bajo su rodilla. Por encima del coro de los bebedores, las pulseras tintineaban en la muñeca y los desnudos pies arrancaban frenéticos sonidos a la madera del mostrador. Echando un vistazo a mi alrededor, el círculo de rostros ansiosos y ojos relucientes de lujuria me transportaron por un instante a alguna cueva piratesca de la Tortuga.

Adaptándose a la naturaleza de su audiencia, Zarmi bailaba con audacia gitana antes de que con el lánguido atractivo de una *ghazeeyeh*, con rapidísimos movimientos que revelaban y escondían al tiempo. Entre aullidos de entusiasmo, *la Oriental* lanzó varias patadas al aire, doblando la espalda hacia atrás de tal manera que su negra cabellera no tardó en quedar por debajo del mostrador. Volviendo la espalda al público, la muchacha alzó su falda de modo deliberado y recorrió la barra cuan larga era, ofreciendo desvergonzados destellos de su felina figura por medio del agrietado espejo emplazado tras la hilera de vasos y botellas.

Después de algunos pasos más, la bailarina cedió la canción a sus inspirados espectadores, que ya no parecían precisar en absoluto de su dirección. Deteniéndose de pronto ante mí, *la Oriental* pegó un salto impresionante, cayendo sobre mis

rodillas con tal fuerza que me habría derribado, de no ser por la presión de la multitud situada a mis espaldas. Antes de que pudiera evitarlo, aquel diablo llevó sus manos a mi nuca y apretó sus labios con fuerza contra los míos. Un coro de risotadas resonó en el cargado aire de la posada. Medio sofocado por su perfume embriagador, en vano traté de desasirme. De pronto los labios de la mujer musitaron las siguientes palabras en mi oído:

—Si tú tratar de seguirme, esos hombres matarte en el acto.

Separándose de mí, *la Oriental* recuperó su bolso (del que, francamente, me había olvidado) y, con gesto altanero y a codazo limpio, atravesó la compacta marea de sus admiradores hasta desaparecer por la puerta en compañía de su pequeño séquito de rufianes.

Aunque no las tenía todas conmigo en el interior de la embravecida taberna, estaba seguro de que mi integridad física resultaría afectada si optaba por seguir los pasos de Zarmi. Tratando, pues, de conservar un gesto de indiferencia, prendí un cigarrillo, tomé mi bebida (la misma que ella había pagado) y permanecí sentado en el taburete, fingiendo no apercibirme de los gestos y murmullos poco tranquilizadores que tenían lugar a mi espalda. Con cara de circunstancias, el poco feliz tabernero procedió a restregar, con la ayuda de un trapo mugriento, las huellas que el entusiasmo de *la Oriental* había depositado sobre el mostrador.

Reloj en mano, dejé que pasaran cinco minutos más, momento que escogí para acabar mi consumición, ponerme en pie y abrirme paso hacia la puerta entre el irónico silencio de los bebedores. Alguien gritó un sarcástico «buenas noches» y eso fue todo. La noche, negra como boca de lobo, no me ofreció indicación alguna del rastro que habían tomado Zarmi y sus acompañantes.

Durante un instante permanecí bajo el círculo de la farola de «Las Tres Plumas», algo agitado todavía, con las manos en los bolsillos y respirando con pesadez. En ese momento percibí el sonido de unos pasos que se acercaban. Volviéndome hacia mi izquierda, una alta figura emergió de las sombras.

—¿Y bien? ¿Qué tal va nuestra investigación por el momento? —inquirió Sherlock Holmes.

CAPÍTULO 13
EL SEÑOR QUIMBY DE WHITEHALL

—¡Holmes! —exclamé—. No le esperaba hasta mañana por la mañana. ¿De dónde viene usted?

—De Brecon —respondió mi compañero—. Jones me acaba de decir que se había marchado usted a la taberna, así que he decidido darme un paseo hasta aquí. ¿Cómo marcha todo?

A la luz de la farola pude apreciar que Holmes había alterado su aspecto mediante la adición de un pequeño bigote y unos quevedos, así como de unos pantalones de rayadillo y un pulcro abrigo de color negro, uniforme de trabajo en la City londinense. Antes de inquirir el motivo de semejante disfraz, sin embargo, no pude evitar ofrecerle una apresurada narración de cuanto acababa de acontecer en Las Tres Plumas.

Nada más terminar mi relato, Holmes golpeó con el puño sobre su palma derecha, gesto que, inevitablemente, me hizo pensar en Nayland Smith.

—¡Ya intuía yo que algo así tendría que suceder! ¡Nuestra primera oportunidad de tomar la iniciativa sobre nuestros adversarios y usted la echa a perder! En nombre del cielo, ¿por qué permitió usted que esa mujer se apercibiera de su presencia?

—Yo no sabía que ella estaba aquí. Cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde para rectificar.

—¡Sabía que no debería dejarle solo! —gruñó Holmes—. Ésa es la razón por la que me he acercado hasta aquí esta misma noche. ¡Ah, si tan sólo hubiera llegado diez minutos antes! Entonces podría haberla seguido…

—Bien, lo cierto es que de nada sirve ya lamentarse —repuse de mala gana—. Por lo menos ahora sabemos con certeza que Fu Manchú se encuentra en los alrededores.

—No con certeza absoluta —indicó mi interlocutor—. Esa mujer, Zarmi, goza de cierta libertad de acción. Y recuerde que parecía tan sorprendida como usted al encontrarle en la taberna. —Algo apaciguado el ánimo, Holmes echó una ojeada a su reloj de bolsillo—. Hum. Acompáñame hasta la parada del autobús, Petrie. Por el momento me alojo en Brecon, así que más me vale coger a tiempo el último autobús.

Cruzando la calle, un instante más tarde nos hallábamos en la parada. Nadie esperaba allí, de modo que pudimos continuar nuestra conversación sin levantar sospechas.

—Cuando menos, nuestras sospechas no han resultado del todo infundadas —comentó Holmes—. Algo extraño sucede aquí y ese algo tiene que ver con minas y mineros. La impertinente mujer con quien se ha encontrado no pertenece, de modo

estricto, a la fuerza de choque de Fu Manchú. Su misión estriba, por el contrario, en actuar como empleadora y capataz para tareas eventuales. Como usted sabe bien, esa Zarmi sabe cómo reclutar y mantener bajo control a aquellos tipos sin demasiados escrúpulos que el doctor Fu Manchú necesita ocasionalmente para efectuar algún trabajo de carácter tan duro como preciso. Resulta evidente que Zarmi ha estado aquí con anterioridad. Pero, por desgracia, ahora que sabe de su presencia en el pueblo no volverá a hacer acto de presencia.

Dichas estas palabras, tres hombres aparecieron, hombro con hombro y tambaleantes, en el umbral de la taberna. Todavía entonando su letanía arábigo-galesa, el ebrio trío no tardó en perderse por el final de la calle.

—¿Hay alguna novedad en Londres? —inquirí tras un instante de silencio.

—No. No he tenido ocasión de hablar con el inspector Weymouth. Con respecto a lo sucedido en Sussex, parece que la autopsia del pobre Benjamín no ha llegado a conclusión satisfactoria alguna. Ello no es de extrañar. ¡Pobre muchacho! Gracias a Dios, el desventurado se hallaba tan solo como yo, así que ningún familiar tendrá la oportunidad de llorar su atroz muerte. Y no llevaba más que seis semanas a mi lado… —En silencio, Holmes movió la cabeza, apesadumbrado—. Creo que los albañiles se hallan ya en la casa, tratando de arreglar el destrozo y preguntándose qué rayos debió suceder allí, pero lo cierto es que ahora no tengo tiempo ni ganas de atender a semejantes cuestiones.

Con aire alicaído Holmes abrió su petaca y tomó un cigarrillo. Al prenderlo, la llama iluminó por un instante sus huesudas facciones.

—¿Qué le ha llevado a adoptar ese disfraz? —inquirí con curiosidad.

—No se trata de un disfraz sino de un cambio de identidad. Ahora soy el señor Percival Quimby, inspector gubernamental de minas. Por fortuna pude disponer del tiempo preciso para obtener unas credenciales falsas en Whitehall.

—¿Se propone usted visitar la mina de *sir* Julian?

—Efectivamente. En principio había previsto efectuar un reconocimiento mañana por la mañana, pero ahora creo mejor hacerlo por la tarde. Primero visitaremos la taberna a la hora del almuerzo, cuando haya menos parroquianos, e intentaremos informarnos mejor acerca de esa muchacha y sus acompañantes. Estaré aquí hacia las once de la mañana.

Apenas un segundo más tarde, el autobús hizo su aparición llevándose a Holmes. Aquella noche no dormí tan plácidamente en el hogar de los Jones, acosado por pesadillas fatalmente pobladas por los rojos labios y salvajes ojos de Zarmi *la Oriental*.

Tal como me había indicado, Holmes se hallaba de nuevo en Pentrefdu a las once de la mañana. Poco después del mediodía entrábamos en Las Tres Plumas, confiando en que Holmes, en su guisa de funcionario ávido de asistir a un posible nuevo espectáculo de la extraña belleza morena que yo le había mencionado, no tenía por qué despertar sospechas.

—A usted le tocará hablar la mayor parte del tiempo —me instruyó en voz baja mientras nos dirigíamos a la barra—. Finja que soy un conocido suyo encontrado por casualidad y muéstrese precavido.

A aquella hora del día resultamos ser los únicos clientes. El mismo tabernero de la noche anterior, embutido en el mismo chaleco mugriento, no se mostró receloso ante nuestro interés aparentemente casual.

—¡Ah, la gitana! —pues por tal, evidentemente, había tomado a Zarmi—. La semana pasada apareció por aquí bailando sin otras ropas que un collar de cuentas.

Evidentemente tal afirmación debe tomarse como una mera exageración poética[14].

—¿Viene mucho por aquí esa muchacha?

—No, y menos mal. No la he visto más que en tres ocasiones; la primera, hace dos semanas.

—¿Y de dónde ha salido tan curioso personaje? —inquirió Holmes en tono divertido.

—Los gitanos no vienen de ninguna parte —se encogió de hombros el tabernero —. Y espero que esa chica no vuelva a venir por aquí. ¡Esos bailes pecaminosos y esas canciones paganas cuya letra ni siquiera conocemos! Si esto sigue así, las personas de bien pronto no volverán a poner los pies en mi establecimiento.

—Ya veo —musité, resistiendo a la tentación de preguntar en qué ocasión extraordinaria los habían puesto—. Pero no creo que haya nada que temer. Por lo que entendí anoche, la letra de su canción hacía referencia a los placeres de beber una taza de café.

—¿De veras? —inquirió mi interlocutor con aire un tanto desconfiado mientras se retorcía las guías del mostacho y daba buena cuenta de su jarra de cerveza.

—Pero esa joven tiene amigos aquí, ¿no es así? —indicó Holmes con rapidez—. Los muchachos que bebían con ella.

—Sí, seis de ellos había. Siempre que viene por aquí, viene con seis chavales, siempre distintos. Seis anoche, seis la semana pasada y seis hace dos semanas. Me acuerdo de que siempre eran seis por las cervezas que se tomaron y me acuerdo de que siempre eran distintos porque ninguno era del pueblo, así que me fijé en sus caras.

—¿Así que no conoce usted a ninguno de ellos? —insistí.

—No… Bueno, a casi ninguno. Conozco a dos que vinieron, Ivor Thomas y Dan Fuller. ¡Vaya par! Sin trabajo y sin ganas de buscarlo. Ivor vive de los cuartos que saca su mujer lavando ropa; en cuanto a Dan, no tengo idea de cómo se las apaña para comer.

—Serán mineros esos dos chavales…

—Lo debieron ser, pero estoy seguro de que no han bajado a una mina en los últimos tres años. Normalmente no los veo mucho por aquí, pero en los últimos tiempos vienen con más frecuencia y parecen tener algo de dinero. Igual tienen

trabajo. Igual han ido a Bryn Coed y robado alguna piara. Quién sabe.

Tales fueron las interesantes revelaciones que nos hizo el posadero, revelaciones que Holmes y yo no tardamos en comentar una vez abandonado el local.

—Nuestras suposiciones parecen confirmarse —apuntó Holmes—. Zarmi se encarga de reclutar a un número prefijado de trabajadores para efectuar alguna tarea que tiene lugar cerca de aquí. —El semblante de mi compañero adoptó un aire repentinamente severo—. Petrie, no debería haber revelado a este hombre que habla usted árabe.

—Y no lo hablo —respondí en tono apagado—. He aprendido algunas palabras básicas, pues quería ser capaz de hablar la lengua de quien usted se imagina. Dios sabe de qué me habrán servido mis esfuerzos.

Imagino que mi aspecto debía ser de un desconsuelo tal que Sherlock Holmes trocó en el acto sus reproches por uno de sus raros gestos de aliento.

—No pierda usted la esperanza —me indicó con una sonrisa—. La lucha no ha hecho más que empezar. ¿Quién está al cuidado de sus propiedades en El Cairo?

—Aziz, el hermano de Karamaneh.

—Bien. Entonces no debe usted temer nada por ese lado. Ya verá que pronto vuelve usted a hallarse allí, sin otra ocupación que la de atender insolaciones y trastornos digestivos. —Con un gesto, Holmes señaló a su maletín de aspecto oficial —. Ha llegado el momento de que el señor Quimby pase a la acción y veremos qué es lo que voy a sacar yo de esa mina. Por el momento, puede usted volver a casa a jugar a las damas con la señora Jones o, mejor aún que eso, tome su gramática árabe, si aún la tiene consigo, y échele un repaso a los verbos cuadrilaterales. Le veré más tarde.

De vuelta a mi alojamiento, me sorprendió hallar a Clara Jones enfrascada en la tarea de preparar el tradicional budín navideño para las *próximas* navidades. Según me explicó, dicha operación resultaba corriente en la zona y debía ser efectuada con el amor y la previsión con que un enólogo alimenta su bodega.

Los interludios como éste, de total inactividad, me resultaban abominables. Sentándome junto al hogar, traté vanamente de seguir la casera conversación de la señora Jones. En cuanto al consejo de Holmes, no sólo no tenía mi gramática conmigo; además llevaba ya dos meses sin abrir un libro, fuera éste instructivo o de entretenimiento.

Al otro lado de la ventana, el agente Jones volvía en bicicleta de sus tareas diarias (cuya naturaleza constituye todavía un misterio para mí). Mientras, una vez en el interior de la casa, se descalzaba las botas reglamentarias, mis ojos se posaron en la cadenita plateada de su casco y demás detalles característicos del uniforme policial de aquel condado. Pensé entonces y todavía lo pienso ahora que Gran Bretaña había hecho muy bien en evitar el modelo de policía nacional unificada que en tantas otras naciones se ha convertido en un instrumento de terror político.

Sentados en la pequeña sala, puse a Jones al corriente de lo acaecido la noche anterior en Las Tres Plumas y de las recientes declaraciones del tabernero. Mi

interlocutor conocía bien a los dos sujetos mencionados por el patrón («dos pájaros de cuenta») y, en tono no demasiado seguro, me sugirió vigilarlos discretamente con el fin de que nos condujeran hasta Zarmi.

—Hum. Zarmi es demasiado lista para ello —respondí—. Ya habrá pensado en eso, así que dudo que se decida a emplearlos una vez más.

—Ya veo —musitó Jones con un profundo, céltico suspiro—. La verdad es que si esa muchacha anda a la busca de muchachos desesperados para la faena que tiene entre manos, le va a resultar muy fácil dar con ellos. Y lo malo es que la culpa no es de los muchachos. ¿Qué diablos pueden hacer? Muchos de ellos viven peor que esclavos.

—Al menos gozan de su libertad —protesté. Karamaneh era una auténtica esclava, transaccionada de tal modo en el infame mercado de La Meca…

—¡Libertad para morirse de hambre! —estalló mi interlocutor—. A los esclavos, por lo menos, se les trata con ciertos cuidados, aunque sea tan sólo para conveniencia del dueño, que sabe muy bien que si el esclavo muere o enferma deberá comprar otro nuevo. El dueño de la mina no tiene tantos problemas. Si el minero deja de rendir o le resulta antipático, nada le impide despedirle y sustituirle por otro. Tal sustitución no le costará un penique y es el minero, a menudo padre de familia, quien sin trabajo y sin un ochavo deberá cuidar de sí mismo.

Sin saber bien qué responder, sonreí débilmente. Ya había advertido que mi anfitrión era hombre leído, en los estantes Marco Aurelio se entremezclaba con *La riqueza de las naciones*, así como ferviente admirador de Lloyd George de quien aseguraba que no tardaría en ser primer ministro.

—Sin embargo, he oído que los mineros gozan de cierto tipo de seguro para coyunturas semejantes, ¿no es así? —repuse finalmente.

—¡Un seguro que les servirá para morirse de hambre algo más lentamente (si es que consiguen obtenerlo)! —El agente Jones movió la cabeza con tristeza—. Y si consiguieran más dinero, ¿de qué les serviría? Si a los mineros se les pagase de acuerdo con los riesgos que corren, el precio del carbón se pondría por las nubes inmediatamente. Si ello sucediera, sería el fin de sus trabajos, el fin del puerto de Cardiff y…

En aquel instante unos nudillos repiquetearon en la puerta, interrumpiendo la exposición de Jones. Un instante después, Sherlock Holmes, aparentando un humor excelente, nos saludaba con una sonrisa. Despojándose de su mundano abrigo, Holmes tomó asiento, extendiendo sus piernas cuan largas eran.

—Ojalá hubiera escogido otro tipo de lentes —declaró, quitándose los quevedos y frotándose la nariz—. No hay tortura peor para una nariz tan delgada como la mía.

—Bien —intervino Jones—. ¿Ha encontrado usted alguna cosa?

(Debo añadir que el agente Jones, único representante local de la ley y el orden, tenía alma independiente y no veía nada malo en tratar a Holmes con democrática familiaridad).

—¡Así es! —repuso el investigador de modo un tanto sorpresivo—. No se trata de Pentrefdu, sino de Nant Gareth.

—¿Nant Gareth? —replicó el agente Jones con evidente sorpresa.

El nombre me resultaba vagamente familiar. De pronto, la mirada de Jones me recordó que se trataba de la mina que había mencionado en mi primera noche en Pentrefdu, la mina que se había llevado a su padre.

—Pero Nant Gareth lleva quince años cerrada —objetó con lenta incredulidad.

—¿Y qué tiene que ver esa mina con *sir* Julian Rossiter? —apunté yo.

—¡Precisamente! *Sir* Julian compró la mina hace tres meses.

—¿Qué? —saltó Jones sin dar crédito a sus oídos—. ¿Acaso pensaba abrirla de nuevo?

—En efecto. Pentrefdu dejará muy pronto de reportar beneficios. Apenas si queda carbón ya en ella.

Mi anfitrión asintió con expresión pensativa.

—Sé que en Nant Gareth hay todavía carbón de sobra. Dudo, sin embargo, que alguna vez salga a la superficie. *Sir* Julian no podía entender lo que representaba ese nombre. Nadie querría volver a bajar a un pozo de semejante reputación… — Incrédulo, Jones negó vigorosamente con la cabeza.

—¿Cómo es que no sabía usted nada de todo esto? —se interesó Holmes.

—La gente de aquí se caracteriza por su, hum, discreción —explicó el policía con sonrisa conocedora—. Si se huelen alguna cosa, procuran por todos los medios que yo sea el último en enterarme. Cambiando de tema, ¿habló usted con Cliff Langley?

—Sí. Hice bien en seguir su consejo —repuso mi compañero—. El señor Langley es el capataz de la mina de Pentrefdu —explicó, volviéndose hacia mí—. Antes de hablar con él, ya era consciente de que mis falsas credenciales de Whitehall me servirían para penetrar en el campo minero, pero no remediarían mi ignorancia absoluta en relación con la minería de modo suficiente para mantener la superchería por más de unos minutos. Por fortuna, no me fue preciso fingir. —Holmes se volvió ahora hacia Jones—. Nada más visitarle, Langley me preguntó de inmediato si había venido a interesarme por Nant Gareth. Mis impresiones acerca de su persona parecían confirmar los informes que usted me proporcionó, así que, tras una breve charla, decidí jugármelo todo a una carta y revelar mi verdadera identidad. Así lo hice y Langley no tuvo inconveniente en ofrecerme cuanta información necesité.

En aquel instante Clara Jones irrumpió en la sala portando té y pastas. Con gesto galante, Holmes aceptó la interrupción de buen grado y, tras servirse, prosiguió con su relato.

—El señor Langley se ha hallado durante mucho tiempo en la difícil situación del capataz que se debe a su amo, pero simpatiza con los mineros. Aunque resultaba imposible ocultar a los trabajadores por más tiempo lo que estaba sucediendo, Langley confiaba en evitar la respuesta de éstos, por lo menos hasta que el traslado de la mina resultase seguro e inminente. *Sir* Julian tenía todos los ases en la mano.

Partidario del látigo, únicamente empleaba a mineros no sindicados. No es de extrañar, por tanto, que en Pentrefdu no haya existido una huelga con éxito.

—Pero ¿qué más daba a los mineros trabajar en un sitio u otro? —pregunté ingenuamente.

—¿Qué más daba? ¡Nant Gareth es una ratonera! —estalló Jones—. ¡Todo el mundo lo sabe!

—Bien, en ese caso, ¿quién estaría dispuesto a aceptar un empleo allí?

—Usted no lo entiende —respondió mi amigo con tristeza—. Siempre habría hombres en situación desesperada. Pero *sir* Julian pensaba emplear el método acostumbrado en estos casos. Le bastaría con transferir a todos sus hombres a Nant Gareth. Más adelante, en caso de que le interesara, ya emplearía a nuevos mineros para trabajar en Pentrefdu. Se trata de un sencillo principio psicológico: un hombre puede estar muy ansioso para conseguir un empleo, pero nunca lo estará tanto como el hombre que trata de conservar el empleo que ya tiene.

—Así me lo explicó Langley —confirmó Holmes—. Los hombres estaban aterrados ante la perspectiva de bajar a un pozo maldito, pero todavía temían más la posible pérdida de sus empleos. Con todo, *sir* Julian no lo estaba teniendo tan fácil como creía. Al parecer, el Gobierno intenta ejercer un mayor control en el campo de la minería. *Sir* Julian precisaba del asentimiento oficial para poner en marcha su proyecto, asentimiento que confiaba obtener con la ayuda de algún soborno. Contra lo que esperaba, toda clase de obstáculos legales fueron puestos en su camino. Y no sólo legales. Un equipo de prospección enviado desde Cardiff fue falsamente informado, a mitad de camino, de que la prospección había sido anulada. Un segundo equipo se encontró con problemas más serios. Una partida de hombres enmascarados los hizo parar en la carretera, volcó su vehículo y los obsequió con algunos bastonazos.

Haciendo una pausa, Holmes extrajo su pipa y tanteó el interior de la cazoleta con el dedo. Satisfecho por la textura del tabaco, le llevó tres cerillas el prender la pipa. Nunca he entendido qué placer hallaba en el áspero aroma del tabaco a medio fumar.

—La cosa está clara —repuso, dirigiéndose a mi persona—. El Si Fan lleva mucho tiempo, quizá años enteros, haciendo uso de esa mina abandonada. No sabemos para qué la utiliza, pero resulta evidente que Fu Manchú no tiene ganas de desprenderse de la mina y menos ganas todavía de que alguien husmee en ella antes de que haya sido borrada hasta la última huella comprometedora. No se trata de una simple deducción, Petrie. De acuerdo con Langley, *sir* Julian le había confiado recibir amenazas de muerte. A pesar de ello, Fu Manchú parece haber tratado de resolver el problema por medios pacíficos. Así lo indica que, unas dos semanas atrás, una emisaria femenina que no era Zarmi ni Karamaneh sino de evidente origen chino (imagino que alguna de esas estudiantes de las que el Si Fan se sirve temporalmente) visitó a *sir* Julian con una oferta de adquisición de la mina. *Sir* Julian no sólo rechazó la oferta sino que intentó abusar (o abusó, no está claro) de la muchacha. Más tarde se

jactaría de este episodio ante su capataz, al que aseguró que «ninguno de esos estúpidos limones» conseguiría jamás atemorizarle o comprarle. *Sir* Julian firmó su propia sentencia de muerte en ese momento. Fu Manchú, que hasta ese momento se había mostrado razonable, no es hombre que acepte ofensas y decidió que un insulto de ese calibre merecía una muerte equivalente.

—¡Y quizá tenía razón! —admitió Jones con candidez—. No se lo repita al inspector, señor Holmes, pero *sir* Julian envió más hombres a la muerte de los que pudiera enviar ese Fu Manchú en varias vidas.

—No deja de ser una opinión —admitió Holmes, sin poder contener la sonrisa—. Bien, por fortuna no estamos aquí para vengar al finado *sir* Julian, sino para evitar que Fu Manchú cometa nuevos crímenes y para rescatar a las personas que tiene secuestradas.

En ese instante, y para alivio del resto de nosotros, la pipa de Holmes se apagó. Con gesto melancólico, el investigador más célebre del mundo devolvió la cachimba a su bolsillo.

—¿Y bien? ¿Cuál es nuestro próximo paso? —quise saber.

—Me encontraré con usted aquí mañana a las nueve. El señor Langley ha accedido a llevarnos a Nant Gareth. La excursión puede resultar altamente instructiva, pues vamos a averiguar qué hace el Si Fan en esa mina.

CAPÍTULO 14
GRISÚ

Cliff Langley resultó ser un hombre de pequeña estatura y unos cincuenta años de edad, de manos encallecidas y piel rugosa y desecada que recordaba la de una momia egipcia.

Langley nos pasó a recoger en un camión Ford propiedad de la mina en el que nos dirigimos a Nant Gareth, Holmes sentado por propia elección entre los bultos de la abierta plataforma mientras yo ocupaba el asiento vecino al del conductor. El sol resplandecía en el firmamento, en lo que quise tomar por un buen augurio. Como no tardé en descubrir, Langley juzgaba del todo imposible que alguien pudiera estar operando en el pozo abandonado, en el que él mismo había trabajado hasta el momento del desastre que originara su cierre; a pesar de tal circunstancia no había exhibido objeción alguna al deseo de Holmes de visitar el lugar. La procesión, probablemente, iba por dentro.

Algunos centenares de metros después de nuestra partida, la carretera se acabó de borrar por completo y avanzamos bamboleándonos de un modo tal que yo no cesaba de botar en mi asiento, temiendo por la suerte de Holmes allá en la plataforma.

—Por aquí no han pasado más que algunas carretas de campesino en los últimos quince años —comentó Langley, luchando por dominar el volante—. Ni siquiera creo que sigan habitadas las granjas que había en las cercanías del pozo.

A medida que el valle se estrechaba y se tornaba más ventoso, la pista que seguíamos era cada vez más empinada. Algunos kilómetros más allá atravesamos un poblado fantasma del que contadas paredes quedaban en pie. Sin duda, allí habían vivido los mineros, un tercio de los cuales perderían la vida en Nant Gareth. Los supervivientes se vieron obligados, pues, a trasladarse a Pentrefdu o a alguna otra población de la comarca en busca de trabajo.

Algunos minutos después de atravesar tan lúgubres ruinas, la calidad de nuestro avance mejoró ligeramente al cruzar un tan viejo como sólido puente de piedra. Alzando la mirada a un lado de la cabina, me llamó la atención una gran grieta en la ladera de la montaña, desde la que un torrente se precipitaba hacia el valle entre nubes de espuma.

—Nant Gareth —indicó mi acompañante. Apercibiéndose de mi expresión de extrañeza, añadió—: Así se llama el torrente, en homenaje a Gareth, el pastor que decidió arrojarse a él en compañía de su rebaño de ovejas al enterarse de que Owen Glendower había sido derrotado por los ingleses.

Algo avergonzado, no supe qué responder (mi vergüenza no tenía tanto que ver con el hecho de ser inglés como con el de no poseer sino una idea extremadamente

vaga de quién era Owen Glendower).

—¿Es ésa la entrada de la mina? —inquirí.

—Lo era —respondió Cliff Langley—. Pero ahora está bloqueada; no podemos usarla.

Tras avanzar por espacio de algunos minutos más, Langley detuvo bruscamente nuestro vehículo. Algo mareado, seguí el ejemplo de mi compañero y descendí de la cabina. Acercándome a la plataforma, comprobé con alivio que Holmes aún seguía allí.

—Por todos los diablos —gruñó el investigador mientras descendía por la escalerilla—. Me siento como una coctelera. ¡Puede usted ocupar mi puesto a la vuelta, Petrie!

—¡Aún no han visto ustedes lo peor de todo! —apuntó Langley con sonrisa maliciosa—. Espero que estén en buena forma física. Los voy a llevar por la vieja pista. ¡Si es que puedo encontrarla!

Por espacio de unos diez minutos, nuestro guía efectuó un minucioso reconocimiento del terreno, perdiéndose de pronto entre la espesa vegetación.

—¡Ya la tengo! —nos llegó su grito de júbilo.

Al acercarnos al punto de donde había partido su voz, Langley señaló a los oxidados extremos de sendos raíles de aceros semiocultos entre los arbustos.

—He traído conmigo todo cuanto me indicó, señor Holmes —repuso el guía descargando tres petates de origen militar que distribuyó entre nosotros—. Aunque, la verdad, no sé si nos será de demasiada utilidad.

Sin decir palabra, Holmes se encogió de hombros. Tomando mi petate, éste resultó más voluminoso que pesado, circunstancia que me llevó a preguntarme por su contenido.

Poniéndonos en camino, Langley condujo nuestra marcha, sirviéndose de un largo cuchillo de los empleados para astillar leña, que él utilizaba a la manera de un machete, para desbrozarnos el camino. Indudablemente se trataba de una tarea durísima, pues ya la mera ascensión por aquella pendiente de espesa vegetación resultaba muy penosa. Los árboles que crecían a ambos lados del sendero no eran de tamaño especialmente considerable, pero sus ramas bajas e intrincadas tenían la virtud de golpearnos en el rostro a cada paso. Las traviesas que sostenían los raíles, lejos de facilitarnos el avance, se bailaban sepultadas bajo una maraña de arbustos que con frecuencia nos hacía tropezar.

—Cuando la mina estaba en activo, acostumbrábamos a hacer descender las vagonetas del carbón sirviéndonos de la pendiente —explicó Langley entre jadeos—. Para subirlos de nuevo, nos valíamos de una máquina de vapor. Por desgracia, el tren no podía ascender hasta la boca del pozo, pues su peso resultaba excesivo para el puente…

—¿Qué puente? ¿El que atravesamos en camión anteriormente?

—No, ése no. El puente sobre el torrente del que antes le hablé. Por desgracia,

hace tiempo que se vino abajo, razón por la que no hemos seguido esa ruta…

Nuestra marcha pronto acabó por transformar toda traza de conversación en una sarta de resoplidos e imprecaciones. El brezo nos arañaba el rostro, las raíces nos hacían caer y los arbustos nos flagelaban al ser soltados por el compañero que nos precedía. Tan sólo teníamos que avanzar por espacio de un kilómetro y medio, pero ello nos llevó más de una hora. Hacia el final de nuestra ardua caminata, Langley hizo un alto por espacio de algunos minutos para recuperar el aliento y apartar el sudor que corría a mares por nuestros rostros.

—Ya lo ven ustedes —sentenció nuestro guía—. ¡Por aquí no ha pasado ninguno de esos malditos chinos!

—En ese caso usarán otra ruta —afirmó Holmes con seguridad—. En mi opinión habríamos hecho bien en avanzar por el camino acostumbrado, valiéndonos del camión. ¿Está usted seguro de que el puente se halla verdaderamente derruido?

—Yo mismo vi cómo caía —apuntó Langley tranquilamente, tras de lo cual procedió a sonarse con estrépito—. ¿Ha visto usted alguna vez un accidente minero, señor Holmes? No. Y le aseguro que no le gustaría. El llorar de las mujeres y los ojos asustados de los niños… Las camillas cubiertas con sábanas y los hombres que acuden al rescate con el rostro transformado en una máscara… Después de algo así, nadie pensaba en regresar a este pozo maldito. Picos, palas, cascos… nadie pensó en llevárselos. Allí se quedaron. El viejo Jem Griffiths, uno de los capataces, fue el último en salir. Dos cartuchos de dinamita le bastaron para hundir el puente en un río que nunca nadie volvería a cruzar… Son cosas que no se olvidan.

—¿Los antiguos propietarios no pensaron en una posible reapertura?

—¿La familia Beaumont? No. El padre murió cinco años después del accidente, el hijo emigró a Australia y la hija vendió la propiedad a *sir* Julian a un precio ridículo. Aunque *sir* Julian se equivocó en esa compra y así se lo dije en la cara. Ese hombre conocía muy bien el mercado del carbón, pero ignoraba todo lo que uno debe saber para tratar con los mineros. Siempre pedía imposibles y no podía entender que éstos no se consiguieran.

De pie bajo los árboles, el gélido viento me hacía tiritar.

—Pongámonos en camino —urgí—. No debemos estar muy lejos, ¿no es así?

Langley asintió con la cabeza, escupió sobre las palmas de sus manos y, cuchillo en ristre, reemprendió el ascenso seguido de nuestros pasos. A los diez o doce minutos de marcha, los árboles comenzaron a clarear y muy pronto nos hallamos frente a una gran hondonada artificial, parcialmente asfaltada.

El aspecto de desolación que ofrecía aquel lugar resultaba indescriptible. Pedruscos, vigas carcomidas, herramientas herrumbrosas, carretillas volcadas y bidones deformados aparecían diseminados en torno a un grupo de feas edificaciones de ladrillo cuyas paredes aparecían infestadas por hongos, líquenes e insectos.

Todo cuanto veíamos sugería que ningún ser humano había hollado aquel lugar por espacio de una década. A mi lado, Cliff Langley contemplaba un punto situado al

frente con la mirada perdida.

—Ahí es donde los pusieron. —Aunque yo no podía fijar con precisión el sitio al que se refería, sabía muy bien que la escena había quedado marcada para siempre en la mente de nuestro guía—. Los pusieron en cuatro hileras, una detrás de la otra. Ciento nueve aquí arriba. Los demás sesenta y nueve se quedaron por siempre allá abajo. Dios quiso que esa semana me tocara el turno de noche; de lo contrario yo hubiera sido uno más de ellos.

—¿Qué sucedió exactamente? —me interesé—. ¿Una explosión?

—Sí. El grisú. Se desprende del carbón y basta que el pico del minero provoque una chispa al chocar contra la piedra para que todo salte por los aires.

—Gas metano —comentó Holmes—. Un mero cinco por ciento resulta suficiente para producir una mezcla explosiva.

Langley asintió de nuevo.

—Cuando yo era un crío, eso era lo que todos pensábamos, pero en realidad se trata de algo más complicado, de la mezcla del grisú con el polvo del carbón. Una mezcla asesina.

—¿Es por ello por lo que los mineros no desean la reapertura del pozo? —inquirí —. ¿Por el miedo a una nueva explosión?

—No, no se trata de eso. Allí donde hay carbón hay grisú. Ello resulta inevitable y, mientras exista una ventilación adecuada, no habrá problema alguno. El verdadero peligro para los mineros no lo constituyen los grandes desastres que aparecen en los periódicos, como el de Senghenydd. Más temibles resultan los desprendimientos, que, por medio de un implacable goteo, cada año se llevan más de trescientas vidas por delante. Nant Gareth siempre fue pródiga en desprendimientos. El carbón de este pozo es fácil de extraer y de gran calidad, pero el techo de la mina está podrido.

—¡El discutir los problemas de la minería no nos hará adelantar demasiado nuestra investigación! —interrumpió Holmes, con una irascibilidad que parecía esconder sentimientos más caritativos—. Hemos venido aquí para ver qué se trae entre manos el Si Fan. Pongamos manos a la obra, pues.

Volviéndonos la espalda con furia, Sherlock Holmes echó a andar hacia los edificios de ladrillo.

—No veo qué puede querer alguien de este lugar —repuso Langley con terquedad —, a no ser que se trate de carbón.

Holmes no respondió. Un instante más tarde los tres nos hallábamos bajo la sombra de las rojizas paredes recubiertas de líquenes. De improviso, mascullando algo ininteligible, Holmes se arrodilló y examinó cuidadosamente la porción de suelo que tenía frente a sus pies. La expresión de su rostro al ponerse de nuevo en pie no auguraba nada bueno.

—¡Hemos gastado nuestras energías inútilmente! —afirmó con irritación—. ¡Esos diablos han encontrado un medio de restaurar el puente! ¡Así lo prueban estas huellas de neumáticos provenientes de un vehículo de gran tamaño (probablemente

un Leyland de cuatro toneladas)! Este camión ha estado aquí recientemente. Y por lo menos en cuatro ocasiones.

Cliff Langley se puso lívido. Incapaz de articular palabra por un instante, el aturdimiento y la incredulidad aparecían reflejados en su rostro.

—Voy… voy a subir a echar un vistazo —anunció por fin—. No… no suban hasta que los llame desde arriba. Este lugar resulta peligroso —afirmó, trepando por la escalinata metálica adosada al edificio que parecía de mayor altura.

—¡Nunca dejará usted de sorprenderme, Holmes! —exclamé en tono admirado —. Lleva diez años retirado y, sin embargo, durante ese período se ha familiarizado con los distintos modelos de automóviles hasta el punto de saber identificarlos por las huellas de sus neumáticos.

—Los hábitos de toda una vida no desaparecen así como así —respondió con sonrisa un tanto vana—. De no haber puesto mis conocimientos al día, probablemente hubiera acabado por transformarme en un idiota.

La voz de Langley interrumpió nuestra conversación desde las alturas.

—¡Suban ustedes! ¡Esa escalerilla es segura!

Así lo hicimos hasta reunimos con él en una pequeña plataforma situada entre dos paredes. Desde allí podíamos ver directamente sobre nuestras cabezas la gigantesca maquinaria de acero. Acercándome a la barandilla, me dispuse a escudriñar el panorama que se abría a nuestros pies.

—¡Tenga cuidado, Petrie! ¡Esa barandilla está podrida y puede ceder en cualquier momento! —me refrenó Langley, tirando del faldón de mi chaqueta.

Aproximándome a la baranda con mayor prudencia, no tardé en descubrir que directamente bajo mis pies se abría un pozo cuya profundidad parecía considerable. Ante la exclamación de sorpresa que partió de mis labios, Holmes y Langley se acercaron a echar un vistazo.

—¡Ahí está! —sentenció Langley—. Ése es el pozo principal.

Esforzándome en apartar la vista de la vertiginosa fascinación del pozo, mis ojos dieron con una estructura en ruinas cuyas formas recordaban vagamente la del enclave en que nos hallábamos.

—¿La mina constaba de dos pozos? —pregunté.

—Toda mina consta de dos pozos. Ya se lo dije anteriormente: resulta vital que exista ventilación. Ya ve, sin embargo, lo que queda del Número Dos. Fue en su interior donde tuvo lugar la explosión.

Indiferente a nuestros comentarios, Sherlock Holmes continuaba escudriñando los alrededores con aire de sospecha.

—La respuesta a nuestras preguntas se halla ahí dentro, en este pozo que tenemos a nuestros pies. ¿Hay algún medio de bajar a él?

—Claro que sí. Claro que se puede bajar. Lo que no se puede es subir otra vez —contestó Langley con humor un tanto retorcido—. No estamos ante una de esas puñeteras minas de oro, en las que se entra y se sale dando un paseo.

—¿Qué profundidad tiene el pozo? —inquirí.

—Casi quinientos metros —contestó Langley con naturalidad.

Aquella respuesta me dejó estupefacto. En mi ignorancia, había dado por supuesto que un pozo minero no debía superar los sesenta u ochenta metros de longitud. Aquello resultaba increíble. Incluso el propio Holmes parecía sorprendido.

—En tal caso, supongo que no deben existir escaleras algunas —repuso finalmente el investigador en tono pensativo.

—Las hubo. El Número Dos tenía un sistema de escalinatas de emergencia, setenta y cinco en total, que quedaron sepultadas bajo la tierra.

—¿Y qué se ha hecho del ascensor del pozo sobre el que nos encontramos? —apunté.

—¡Se encuentra usted sobre él! —respondió Langley, sin poder evitar una carcajada ante mi instintivo gesto de pánico—. Pero no tiene de qué preocuparse; el ascensor no se moverá. Toda su maquinaria se halla oxidada por completo.

—¿De veras? —intervino Holmes en tono un tanto avieso—. A mí me parece, por el contrario, que todos estos engranajes y poleas muestran un estado de conservación extrañamente bueno.

Encogiéndose otra vez de hombros, Langley no respondió a las palabras de Holmes. Sin tenerlas todas conmigo a pesar de las indicaciones de Langley, instintivamente me acerqué a la escalinata. De pronto, un objeto situado a escasos centímetros de mis pies me llamó la atención. Reconociendo su naturaleza, alcé el grueso cigarrillo verdoso con una exclamación de júbilo.

—¡Zarmi! —aullé.

Holmes asintió con una sonrisa y, sin más dilación, se giró hacia nuestro guía.

—¿Dónde se encuentra el mecanismo de funcionamiento de este ascensor?

Langley señaló hacia una puerta abierta situada en el edificio adyacente. En su interior dimos con una gran estancia de techo semiderruido y pared cubierta de grietas. Sorteando nidos de pájaros y vigas podridas, Holmes examinó detenidamente lo que parecía una manivela de proporciones colosales. Al pasar la mano por el mecanismo, una mancha negra apareció en su palma.

—¡Grasa! —indicó Holmes en tono significativo, escudriñando a través de la mohosa cubierta de hierro que protegía a la rara manivela—. No veo el motor por ninguna parte. ¿Qué clase de mecanismo se empleaba? ¿Un ingenio de vapor?

—Aquí nunca hemos estado tan adelantados —negó Langley—. Toda la energía de Nant Gareth tenía origen hidráulico. Hay un conducto que viene del lago y…

—Entonces bastaría con abrir las esclusas indicadas para poner en marcha este mecanismo, ¿no es así?

—Sí, suponiendo que se pudieran abrir y que la rueda del molino de agua no se haya partido en mil pedazos, lo cual me parece mucho suponer.

—Existe un modo muy sencillo de averiguarlo —repuso Holmes con tranquilidad —. ¡Comprobémoslo por nosotros mismos y tratemos de abrir las esclusas!

Langley suspiró profundamente, tomó la gorra entre sus manos, se rascó la cabeza y volvió a ajustarse la gorra. Su escepticismo había sido seriamente cuestionado en los últimos minutos, pero con galesa tozudez se negaba a abandonar su postura de paciente causticidad.

—Usted manda aquí, señor Holmes —reconoció por fin—. Si tiene usted ganas de que nos sigamos arrastrando por la hierba todo el día, por mí que no quede, que así lo haremos. Sepa, sin embargo, que no se trata de una tarea sencilla. Si vamos a emprenderla, mejor haremos abandonando aquí nuestras mochilas.

Tras depositar nuestras mochilas junto a la gran manivela, descendimos de nuevo la escalinata metálica y, siguiendo los pasos de nuestro guía, emprendimos el camino que llevaba a lo que parecía un pequeño valle u hondonada entre las colinas.

Dejando atrás la ruinosa agrupación de edificios y cabañas de techo de hojalata, pronto nos hallamos al pie de una escalinata de piedra, tan estrecha como ruinosa, que se erguía a un lado de una imponente elevación rocosa.

—¿Éste es el camino? Tengan mucho cuidado —nos advirtió Langley, señalando hacia los escalones sembrados de hiedra y medio derruidos.

Haciendo de tripas corazón seguí a mis compañeros por aquella escalera de traicionero aspecto, pisando con infinita precaución y cuidándome de caminar bien pegado a la gran muralla de piedra. A mi derecha, tan sólo los restos podridos de una barandilla de madera se interponían frente a un auténtico abismo.

—¡Vaya un camino de locos! ¡Y todo para abrir una maldita esclusa! —protestó Holmes—. ¿A quién se le ocurriría construir algo así?

—Cuando la mina estaba abierta, la esclusa se mantenía día y noche en funcionamiento —explicó Langley por encima del hombro—. Por consiguiente, no era preciso visitarla más que muy raramente.

Cuando por fin coronamos la peligrosa escalinata, un sendero empedrado nos llevó prontamente al borde de un estanque de plácidas aguas que se extendía por un enorme recodo rocoso en forma de uve.

—Llyn Gareth —anunció Langley con sencillez.

Con ademán decidido Holmes se acercó a las tres pequeñas ruedas dentadas que regían la maquinaria de apertura de las puertas de la esclusa. Sin asomo de vacilación, sus manos hicieron girar la primera de las ruedas y un instante después nos llegó el inconfundible sonido del agua al precipitarse por una altura considerable.

—¡Funciona perfectamente! —corroboró Sherlock Holmes—. ¡Ayúdenme con las demás ruedas!

Así lo hicimos, y con escasa dificultad, pues los tres engranajes parecían bien engrasados. En pocos segundos la esclusa estaba abierta hasta su límite, liberando una importante corriente de agua que se precipitaba con ruido por el pozo. El rostro de Langley mostraba una expresión de cómica incredulidad.

—¡Increíble! —exclamó por fin—. ¡Más que increíble! ¡Quince años y todavía funciona!

—De quince años, nada —replicó Holmes—. Dudo de que Nant Gareth haya llevado inactiva más de cinco o seis años. Por lo que sabemos, la primera visita de Fu Manchú a Inglaterra se remonta a 1911, pero resulta evidente que el Si Fan debió de preparar dicha visita con alguna antelación. Aunque no creo que haya hecho uso de este lugar con excesiva frecuencia, les ha sido preciso mantenerlo en orden.

«¿Con qué fin?», me pregunté. Sin poder reprimir un estremecimiento, recordé la rara predilección que Fu Manchú parecía sentir por los escondrijos subterráneos: las viejas mazmorras olvidadas bajo Limehouse y las catacumbas emplazadas bajo el bosque de Hampstead así lo atestiguaban, como me encargué de mencionar a Holmes.

—No, la mina debe de tener otra función —negó éste con absoluta convicción—. Fu Manchú nunca establecería su guarida en un lugar tan remoto como éste. Ello no casa bien con su modo de actuar. Sin embargo, tengo la impresión de que no tardaremos demasiado en salir de dudas.

Dicho lo cual, volvimos sobre nuestros pasos y tras descender por la escalofriante escalinata de piedra, pronto nos hallamos manipulando la enorme manivela que regía el mecanismo del ascensor. Cuando los gruesos cables de acero comenzaron a vibrar, nos dirigimos a la boca del pozo. Sobre nuestras cabezas, las dos enormes ruedas dentadas giraban con estrépito; a nuestros pies, la gran plataforma de hierro había desaparecido, de modo que la cavernosa abertura que se extendía a unos palmos de nosotros había duplicado su anchura de algunos minutos atrás. Al cabo de unos instantes, una nueva plataforma hizo aparición silenciosamente en el extremo opuesto de la abertura.

—Naturalmente, el ascensor consta de dos plataformas —explicó Langley—. Cada una actúa como contrapeso de la otra; cuando una baja, su compañera sube.

—¡Holmes! —grité, presa de una súbita inspiración—. ¡Quizá Smith se halle ahí abajo!

—Más le vale no estarlo —apuntó Langley antes de que Holmes pudiera responder—. Si se encuentra ahí, es hombre muerto. Nadie podría vivir más de unas horas entre la atmósfera de esos túneles. Unas horas o unos minutos, nunca se sabe.

—Usted lo ha dicho: nunca se sabe —replicó Holmes—. Es posible que el Si Fan haya acondicionado el interior de la mina y la atmósfera sea perfectamente respirable. Aunque personalmente no me parece probable que Smith se encuentre ahí, es una posibilidad que no podemos descartar. —Volviéndose hacia mí, Holmes añadió con gesto resuelto—: El único medio de saberlo estriba en bajar al interior de la mina. Y eso es precisamente lo que pienso hacer ahora mismo.

CAPÍTULO 15
EL LABERINTO NEGRO

—¿Bajar a la mina? —exclamó Cliff Langley con incredulidad—. ¡Eso es una locura, señor Holmes! ¡Un auténtico suicidio!

—Tonterías —replicó Holmes en tono desdeñoso—. Si el Si Fan lo hace, yo también puedo hacerlo.

—Pero la atmósfera…

—La atmósfera debe ser perfectamente respirable o, de lo contrario, la mina no les sería de utilidad alguna.

—No se trata únicamente de la atmósfera —intervine yo—. Si Fu Manchú guarda algún secreto en el interior de esos corredores, la mina entera debe albergar más trampas que una pirámide egipcia… —A pesar del auténtico pánico que me inspiraba tal posibilidad, el orgullo demostró ser más fuerte—. ¡Qué diablos! Voy a bajar con usted.

—¡Maldita sea! Yo también bajaré —intervino Langley—. ¡De lo contrario, se matarán ustedes dos!

—¿De veras nos acompañará usted? —inquirió Holmes en tono de pensativa sorpresa.

—Sí, si realmente van a bajar —confirmó Langley con gesto sombrío—. Malditas sean las ganas que tengo de hacerlo, pero no puedo abandonarlos a su suerte en el interior de una mina de la que lo ignoran todo. En el mejor de los casos, se perderían ustedes en pocos minutos.

—Ya veo —apuntó Holmes con una sonrisa—. Pero, querido Langley, si bajamos los tres, ¿quién operará el ascensor desde la superficie?

—No hay problema. Mientras la manivela siga desfrenada, como lo está ahora, el mecanismo puede operarse desde la plataforma del ascensor.

Sin añadir palabra, Langley dio media vuelta y penetró en la estancia que acabábamos de abandonar. Conminándonos con un gesto a que cogiéramos las mochilas, nuestro guía nos condujo a una sala adyacente de tamaño mayor.

En ella, una de las paredes se hallaba cubierta por una serie de toscas taquillas de madera, algunas de ellas todavía entornadas y ocupadas por los restos harapientos de lo que habían sido ropas de trabajo.

—¡Ya pueden escoger una taquilla! La que más les guste —indicó Langley en tono ligeramente crispado.

Siguiendo el ejemplo de mis compañeros abrí mi mochila. Ésta resultó contener un áspero traje de minero, un casco metálico como los que había visto en Pentrefdu, una cuadrada linterna eléctrica, como las empleadas por la policía, así como un

paquete de bocadillos elaborados por Clara Jones. Un instante después, ataviados como auténticos mineros, procedíamos a depositar nuestras ropas «de paisano» en las taquillas que parecían menos cochambrosas. En una esquina de la escogida por mí, encontré una copia, polvorienta pero todavía legible, del *Cornhill Magazine* fechada en marzo de 1899. Con un estremecimiento, me sentí hermanado por un instante con el hombre desconocido que jamás regresó de su pozo para leer aquella revista.

Sentado en un viejo banco de madera carcomida, Cliff Langley se hallaba ocupado en la ignición de una rara lámpara de aceite de forma cilíndrica y dotada de un pequeño círculo protector de tela metálica en torno a la llama.

—Me parece que las linternas de que disponemos ya constituyen una buena iluminación —comenté.

—Esta lámpara no sirve para iluminar —respondió Langley con sequedad—. Su función estriba en detectar la presencia de grisú en el aire.

A pesar de su expresión determinada, pude advertir que Langley sentía un miedo casi religioso con respecto a Nant Gareth, motivo que confería a su decisión de acompañarnos doble valor. Sintiéndome un tanto ridículo en mis ropas prestadas (y Holmes no tenía mejor aspecto), incómodo bajo el casco metálico, acompañé a mis amigos a la sala vecina, donde Langley comprobó una vez más la correcta situación del freno de la gran manivela.

Satisfecho de su examen, nuestro guía nos condujo hasta la rudimentaria plataforma del ascensor. Tras disponernos en el centro de ella, Langley tomó el extremo de una sencilla cuerda que pendía sobre su cabeza y dirigió una última mirada a nuestros rostros.

—¿Preparados para el descenso?

Holmes asintió con la cabeza y Langley tiró de la cuerda, movimiento que de un modo u otro bastó para poner el mecanismo de descenso en funcionamiento. Al instante y sin más que una pequeña sacudida, la plataforma emprendió una rápida caída (pues tal nombre resultaba más apropiado que el de descenso) que no dejó de aumentar mi nerviosismo. Alzando la vista descubrí que la abertura del pozo, que empequeñecía a gran velocidad, apenas si superaba ahora las dimensiones de una tarjeta postal perdida en la negrura que se elevaba sobre nuestras cabezas. A mi lado, Holmes, con los brazos cruzados, no exhibía la menor agitación.

—Después de todos estos años, ahí abajo debe haber grisú suficiente para mandar a todo Cardiff por los aires —apuntó Langley con un gruñido.

—Es posible —admitió Holmes—. Sin embargo, el gas metano no me preocupa especialmente. Es el monóxido de carbono el que debemos temer, y confío que el Si Fan ya habrá tomado todas las precauciones necesarias.

Como más tarde calculé, la velocidad de nuestro descenso debió de ser de unos cien metros por minuto, por lo que nuestro viaje a las entrañas de la tierra nos llevó alrededor de cinco minutos. En mitad del descenso, la plataforma gemela del ascensor cruzó junto a nosotros, perdiéndose muy pronto en la negrura absoluta que

se había hecho por encima de nuestras cabezas. Un par de minutos después, una ruidosa sacudida bajo mis pies me indicó que habíamos llegado a nuestro destino.

Abandonando el ascensor nos vimos frente a un corredor bastante amplio, de negras paredes y suelo surcado por un par de viejos raíles. La atmósfera, si bien maloliente, resultaba respirable.

—Aquí han instalado un sistema de ventilación —corroboró Langley en tono nervioso—. Se puede respirar, pero nadie podría trabajar en esta mina de modo continuado.

—Lo que importa es que la atmósfera es respirable —terció Holmes—. Los hombres que el Si Fan envió aquí en primera instancia sabían muy bien lo que se hacían. ¿Por qué no? Marco Polo ya mencionaba la existencia de minas de carbón en el Catay del siglo XIII.

La poderosa luz eléctrica de nuestras linternas iluminaba adecuadamente el entorno inmediato, pero ante la ausencia de reflejo alguno en el techo y las paredes, moría a pocos pasos de donde nos hallábamos. Como resultado podíamos ver dónde nos encontrábamos, pero no hacia dónde nos dirigíamos, circunstancia que me confería una peculiar sensación de aislamiento. Algunos metros más allá del ascensor, el corredor fue a desembocar a un nuevo pasillo, ligeramente más estrecho y dotado también de raíles.

—El pasillo principal —anunció Langley—. Llega hasta el mismo yacimiento.

El techo era allí más bajo, sostenido frecuentemente por pilares. El aire se mostraba más y más enrarecido, dotado de una molesta acritud que se me pegaba a la garganta. De pronto la llama amarilla de la lámpara de nuestro guía aumentó su longitud de modo peculiar. Deteniéndose en el acto, Langley alzó la lámpara por encima de su cabeza y la llama adoptó una temblequeante oscilación azulada.

—¡Dios mío! ¡Miren eso!

—No hay riesgo alguno mientras tengamos cuidado —apuntó Holmes con impaciencia.

Con un estremecimiento advertí que nos hallábamos frente a un verdadero laberinto. A un lado del corredor se abría una interminable serie de estrechos túneles cuyo destino no parecía otro que el de la noche eterna de Nant Gareth. Aquello se parecía de un modo horrible a las oscuras catacumbas de la pirámide de Saqqara por las que me había aventurado en compañía de mi padre muchos años atrás[15]. A pesar de que puedo resistir las alturas, siento un instintivo terror claustrofóbico por cualquier clase de túneles y subterráneos.

En uno de los túneles vecinos hicimos un curioso descubrimiento: una gran jaula de alambre dividida en varias secciones y habitada por una horda de ratoncitos blancos. Intrigado por el hecho de que nuestras lámparas no pareciesen inquietarles en lo más mínimo, me acerqué a la jaula y, no sin horror, comprobé que todos eran ciegos.

—Este raro criadero tiene por objeto alertar al Si Fan acerca de la presencia de

gases tóxicos, gases difíciles de detectar por otros medios —explicó Holmes—. Sólo Dios sabe con qué son alimentados estos animales.

Al examinar los túneles vecinos pronto dimos con huellas de pesadas botas y objetos voluminosos claramente impresas sobre el piso arenoso. Con un grito de triunfo, Holmes pronto enfocó su linterna hacia un montón de cajas de madera apiladas contra la pared, cajas de distintas formas y tamaños.

Sin perder un instante, Holmes se valió de su cortaplumas para abrir la caja más cercana, que resultó contener una serie de tubos de ensayo y extraños recipientes químicos envueltos en terciopelo. La segunda caja en ser desvelada estaba ocupada por una colección de cilindros de una rara sustancia aromática. Una tercera escondía algunos libros de rara encuadernación y páginas amarillentas escritas en caracteres chinos o arábigos, de características idénticas a las de los que había visto en más de una ocasión entre los cadavéricos dedos del doctor Fu Manchú.

—¡Nos hallamos en un almacén! —exclamó Holmes—. Aquí (y, sin duda, en otros lugares de difícil acceso) es donde el Si Fan almacena todo cuanto necesita para sus operaciones. Cuando debe desplazarse, Fu Manchú lo hace con un séquito y un equipaje mínimos. Sin embargo, Petrie, ¿nunca se le ha ocurrido descifrar la proveniencia de la peculiar parafernalia de que siempre parece disponer?

—¡Claro! ¡Fu Manchú factura su equipaje con antelación! —respondí con una sonrisa—. Tras el revés sufrido seis meses atrás, Fu Manchú ha estado almacenando aquí sus efectos mientras establece una nueva base de operaciones.

—En efecto. Y éstos no son sino los últimos efectos que faltan por transportar a esa nueva base. De haber esperado una o dos semanas más, *sir* Julian Rossiter quizá aún seguiría con vida, pero su impaciencia (y, más que eso, su gratuita afrenta al Si Fan) le llevó a ser condenado.

Cliff Langley, que había permanecido en silencio durante nuestra conversación, movió la cabeza con nerviosismo.

—¿Qué diablos son todas estas cajas?

—Los instrumentos necesarios para aterrorizar a una nación —respondió Holmes, cerrando de nuevo las cajas y devolviéndolas a su posición original.

—Veamos el resto de los túneles —urgí yo—. Es posible que Smith se encuentre aquí.

Algo después me tocó rendirme a la evidencia: Smith no parecía hallarse en Nant Gareth. Sin embargo, no tardamos en llevarnos algunas sorpresas. En el túnel adyacente al empleado como almacén, las paredes y el techo aparecían cubiertos por una capa de hongos gigantescos, negros como el carbón sobre el que crecían y distintos a todo cuanto de similar yo había visto antes. Tras observar la imprevista aparición con interés, Holmes tomó un puñado de hongos y los guardó en el bolsillo. En el túnel siguiente la oscuridad se veía interrumpida por un destello luminoso cuya intensidad se transformaba lentamente, yendo del magenta profundo al color del hierro al rojo. Acercándonos a la ominosa lucecilla, me sorprendió la presencia de

una rara hiedra que crecía frondosamente en el techo. Más sorprendente resultaba todavía la temperatura casi tropical del túnel, proveniente sin duda de los dos extraños globos de cristal de distinto tamaño que, protegidos por un marco de metal, se alzaban, el más pequeño soldado sobre el mayor, a pocos centímetros del suelo, guardando la rara lucecilla de tornadizo color.

—Hum. Me pregunto cómo debe funcionar este aparato —musitó Holmes en tono pensativo.

—¡Aléjese de esa cosa, señor Holmes! —casi imploró Langley—. ¡Eso es cosa del mismísimo diablo!

Prosiguiendo con nuestro reconocimiento, apenas si habíamos penetrado en el próximo túnel cuando nuestras fosas nasales se vieron asaltadas por el funesto olor del sulfuro de hidrógeno.

—¡Gas! —anunció Langley.

Medio asfixiados, entre náuseas, nos apresuramos a huir de aquella trampa mortal.

—Afortunadamente, el olor resulta característico —musité, ya a salvo—. Una parte entre mil resulta fatal.

—No tiene sentido seguir adelante —anunció Langley, todavía tosiendo—. Fíjense en esas vagonetas. Los rufianes que usan esta mina las han hecho a un lado para que no estorbaran; ello significa que no han avanzado más allá de este punto.

—Creo que está usted en lo cierto —secundó Holmes, comprobando con su linterna que la arena aparecía huérfana de huellas más allá de las vagonetas—. Efectivamente, más vale que emprendamos el regreso.

Cliff Langley no se molestó en reprimir un suspiro de alivio. Un instante después volvíamos sobre nuestros pasos en dirección al ascensor, retirada que me producía sentimientos enfrentados: por un lado me complacía abandonar la mina en condiciones de complicarle un poco más la vida a Fu Manchú; pero me decepcionaba no haber dado con Nayland Smith ni con huella alguna que nos condujera a su paradero.

—La prudencia aconseja que no toquemos ninguna de esas cajas por el momento —me apuntó Holmes al oído—. ¡Dios sabe, sin embargo, las ganas que tengo de examinar con detenimiento algunos de esos libros! Tan pronto como salgamos de esta mina debemos asegurarnos de que la policía requise sus contenidos lo antes posible.

En aquel instante un ominoso sonido metálico resonó desde el fondo del túnel. Con un estremecimiento de terror, comprendí que lo peor acababa de suceder.

—¡Dios mío! —exclamó Langley—. ¡El ascensor!

Al momento los tres echamos a correr en aquella dirección. ¡La plataforma metálica del ascensor había desaparecido! Llevándose la mano a la frente, Langley escudriñó desesperadamente la negrura que se alzaba sobre nuestras cabezas.

—¡Se trata de esos chinos del demonio! —exclamó por fin—. ¡Vienen a degollarnos!

—¡Alejémonos de aquí! ¡Rápido! —ordenó Holmes. Sin perder un instante echamos a correr en dirección opuesta. Aterrorizado ante la perspectiva de morir a manos de un grupo de dakois en aquel fétido subterráneo, a punto estuve de perderme por un corredor erróneo. Por fortuna Langley me agarró por los faldones del blusón, haciéndome rectificar a tiempo.

—¡Por aquí no! —me advirtió—. ¡Este corredor está bloqueado! ¡Es preciso que regresemos al lugar de donde venimos!

Sin otra alternativa corrimos en aquella dirección. Tras superar los túneles donde el Si Fan almacenaba sus efectos, nos vimos obligados a efectuar un alto. La situación resultaba angustiosa, pues ni siquiera Langley sabía cómo orientarse en el laberíntico entramado que se extendía al fondo del corredor. Ante la imperiosa orden de Holmes, finalmente optamos por agazaparnos en un pequeño recodo, algo detrás de las vagonetas abandonadas. Tras apagar las linternas y la lámpara de grisú, aguardamos, angustiados, a que el ascensor consumiese los minutos necesarios para llegar al fondo del pozo.

—¡Nos hemos portado como unos auténticos idiotas! —musitó Holmes con irritación—. Nunca debimos haber bajado a la mina sin disponer de una retaguardia. Como un estúpido creí que Zarmi y su pandilla de rufianes no se arriesgarían a venir aquí tras ser reconocidos en la taberna por usted. ¡Insensato de mí!

—Vienen a llevarse las últimas cajas —apunté, pensando con furia—. Deben saber que estamos aquí, pues habrán advertido que el mecanismo del ascensor está en funcionamiento.

—Hum, sí… —gruñó Holmes en tono meditabundo—. Con todo, tan sólo la muchacha pertenece al Si Fan. Sus compañeros no son más que simples mineros desempleados. ¿Les parece que estarán dispuestos a luchar?

—¡No lo dude ni por un segundo! —respondió el agitado Langley—. ¡Chinos o galeses, esos tipos no vacilarán en cortarnos el cuello si tienen un penique que ganar en ello!

El temblor de su voz me hizo comprender al instante que, valiente como era en su propia profesión, Langley no era hombre acostumbrado a la pelea.

—Creo que podemos defendernos bien. Zarmi cuenta con su puñal pero los demás irán desarmados —tercié—. Nosotros disponemos de pistolas y…

—¡No sabe usted lo que se dice, loco maldito! —cortó un Langley rayano en la histeria—. ¡Un disparo de pistola aquí y la mina entera se vendrá abajo!

—¡Silencio! —cortó Holmes—. ¡Ya se acercan!

Efectivamente, siete luces brillaban al otro extremo del túnel. El extraño movimiento errático de las luces no tardó en explicarse; se trataba de linternas adosadas a los cascos de nuestros adversarios. La partida avanzaba con lentitud, de modo singularmente casual para tratarse de hombres embarcados en una empresa desesperada. Con Zarmi al frente, aquellos mocetones charlaban despreocupadamente en voz alta y, para mi sorpresa, no se molestaron en registrar los tres primeros túneles

laterales.

Al llegar frente a la boca del túnel ocupado por las cajas, Zarmi hizo un alto y se giró hacia sus hombres. *La Oriental* había desdeñado el uso de prendas mineras y por todo tocado se cubría con un negro *maillot* de bailarina que confería a su cuerpo un aspecto inquietante a la oscilante luz de las lámparas. Sin cesar de soltar risotadas y conversar en lo que parecía ser galés, los hombres se introdujeron en el túnel.

—¡Cerrar el pico, granujas! —ordenó Zarmi—. ¡Trabajar y callar! ¡A Zarmi no gustar este agujero!

Como si respondiera a la orden de *la Oriental*, el primero de los hombres en adentrarse en el túnel reapareció doblado bajo el peso de una gran caja de madera y se alejó, trastabillando, en dirección al ascensor.

—¡Esto resulta extraordinario! —susurró Holmes—. ¡No parecen haber advertido en absoluto que hay otras personas en la mina! ¿Puede usted entender de qué hablan estos caballeros? —añadió, dirigiéndose a Langley.

—Pues… ¡Sí! —respondió Langley, y, a pesar de la oscuridad, hubiera jurado que enrojecía—. ¡Están haciendo comentarios más bien intraducibles a costa de esa muchacha!

Por inexplicable que pareciese, no parecíamos correr peligro de ser atacados. Agazapados en nuestro escondrijo, presenciamos tranquilamente cómo los seis mocetones desaparecían con su carga, uno detrás del otro, por el fondo del corredor. Sin penetrar en el túnel-almacén por un instante, Zarmi siguió por fin los pasos de sus compinches. Un segundo después, las lámparas de los dos primeros hombres nos advertían de que regresaban a por una nueva carga.

—¡Pues claro! —susurró la voz de Holmes a mi lado—. ¡Ésta es una *nueva* partida de hombres! De lo contrario, esa muchacha no habría bajado a la mina para guiarles. ¡Claro que sí! Esos rufianes deben de haberse imaginado que la partida anterior, simplemente, olvidó frenar la manivela del ascensor.

—Eso lo explica todo —confirmé. De repente, una terrible posibilidad cruzó mi mente—. Pero… pero si a *ellos* se les ocurre frenar la manivela cuando terminen con su tarea… ¡nos van a enterrar vivos!

Mis palabras produjeron un silencio sombrío en Holmes y un gruñido de terror en la garganta de Langley.

Zarmi no parecía regresar del ascensor. En un silencio angustioso observamos la procesión de hombres que volvían con las manos vacías para acarrear nuevas cajas.

—Langley —repuse en tono desesperado—, ¿qué sucedería si subiéramos de inmediato a la plataforma libre del ascensor tan pronto como la otra llegue a la superficie? ¿Cree que tendríamos el tiempo suficiente para subir?

—No. Aun en el supuesto de que no cierren la esclusa, la operación de frenar la manivela no les llevará más de un minuto. En ese caso, la plataforma, y nosotros con ella, se detendrá en mitad de la ascensión.

—En ese caso únicamente contamos con una posibilidad —terció Holmes en tono

tranquilo—. Es preciso reducir por la fuerza y suplantar al último de esos hombres. Creo que será mejor que yo me encargue de ello. Langley es un minero de verdad, pero yo soy mejor actor. Dada la oscuridad del pozo, confío en pasar desapercibido hasta que lleguemos a la superficie. Una vez allí, intentaré escurrir el bulto; en caso de ser descubierto puedo inmovilizar a esos tipos a punta de pistola mientras cuido de que la manivela continúe desfrenada.

Aquel plan era muy audaz, casi temerario; al mismo tiempo reunía la simplicidad de la desesperación.

—Pero ¿cómo podemos adivinar cuál es el último hombre? —objeté—. Calculo que debía haber un par de docenas de cajas en ese túnel, así que cada hombre deberá hacer unos cuatro viajes…

—Es preciso que nos escondamos en el túnel y le tendamos una emboscada —respondió Holmes con decisión—. ¿Cree que podemos adentrarnos lo bastante en el túnel como para no ser vistos, Langley?

—Sí. Ese túnel mide casi un kilómetro.

—Algunos metros nos bastarán. Prepárense para mi señal. Tan pronto como el próximo hombre salga del túnel nos esconderemos en él silenciosamente.

Por supuesto, toda esta conversación se había desarrollado en un susurro. Entre el hablar en murmullos y el salino regusto del metano, mi garganta estaba bastante dolorida.

En aquel momento, uno de los hombres de Zarmi había penetrado en el túnel. Cuando su lámpara reapareció de nuevo, nosotros ya habíamos abandonado la seguridad de las vagonetas y nos aplastábamos contra la pared. Un instante después, cuando el hombre se perdía con su carga por el fondo del corredor, nos introdujimos silenciosamente en el túnel.

—¡Justo a tiempo!

¡Únicamente quedaba una caja! Como alimañas acosadas, corrimos a ocultarnos hacia el interior del túnel. Protegidos por las sombras, aguardamos en silencio. Al cabo de unos segundos, el amarillo ojo de una linterna apareció en la oscuridad. Nada podíamos ver del portador de aquel casco, excepto que su estatura era algo menor que la de Holmes. Sin albergar sospecha alguna, el individuo tomó la gran caja de madera con una imprecación y, no sin esfuerzo, se volvió en dirección a la boca del túnel.

En aquel momento, con la agilidad silenciosa de un leopardo, Holmes se situó a su espalda y, con un solo movimiento, sus manos se cerraron contra la parte posterior del cuello del hombre; un dedo experto presionó con fuerza contra la arteria carótida y, un segundo después, el minero de Zarmi yacía inconsciente en el suelo.

—¡Rápido! —ordenó Holmes, arrastrando al hombre por las axilas hasta el interior del túnel—. ¡Átenlo y amordácenlo! ¡No tardará más de un minuto en recuperarse!

Así me apresuré a hacerlo y no tardé en comprobar que Holmes estaba en lo cierto. Apenas si había yo completado mi misión cuando ya el hombre se debatía

furiosamente, dedicándonos inaudibles improperios a través del pañuelo de Langley que aprisionaba su boca. Langley y yo cruzamos una mirada plena de significación. Holmes había desaparecido ya en dirección al ascensor, ataviado con el casco de nuestro prisionero.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirí, casi sin aliento.

—¡Volvamos junto al ascensor!

Sin tenerlas todas conmigo, eché un vistazo al hombre que se agitaba con rabia a mis pies. Sus ojos relucían de odio y su rostro barbado enrojecía de furor. Aunque resultaba inhumano abandonarle allí, yo sabía que no teníamos otra alternativa.

—¡Que se quede aquí! —repuso Langley con fiereza—. ¡Ya le recogerá la policía muy pronto! Tenemos problemas más importantes de que ocuparnos.

Sin una palabra más, nos aventuramos por el corredor. Al llegar a la bifurcación apagamos nuestras linternas y avanzamos en silencio hasta situarnos a poca distancia del ascensor. Conteniendo el aliento, aguardamos a que algún sonido inusual delatara que la impostura de Holmes había sido descubierta. Evidentemente, no había sido así. Aproximándonos más, descubrimos que la plataforma ocupada del ascensor había subido ya; unos segundos más tarde, la plataforma vacía se posaba apagadamente sobre el suelo. Al instante nos subimos a ella; con ademán impaciente, Langley tiró varias veces de la cuerda. Nada sucedía.

—Han echado el freno —repuse—. Ahora le toca actuar a Holmes.

En silencio, Langley se acuclilló cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Oh, Cristo! ¡Oh, Cristo! —musitó por fin. Se trataba de una plegaria, no de una imprecación.

Yo también tenía miedo, pero el miedo de Langley era más agudo y real que el mío; era el miedo de un minero a ser sepultado en vida. Traté de no pensar en nada. Pasaron cinco minutos, luego diez. Langley oraba en silencio.

—¡Arriba ese ánimo! —repuse por fin—. Todavía no estamos perdidos.

Langley no respondió. Un segundo más tarde, la plataforma vibró lentamente y, para mi indescriptible alivio, comenzó a alzarse lentamente. Poniéndose en pie, Langley clavó sus ojos en el minúsculo punto de luz que se alzaba sobre nuestras cabezas. Con intolerable lentitud, el punto acabó por adoptar los contornos cuadrados y bien iluminados de la boca del pozo. Al rato, un chorro de luz nos bañó por completo; saliendo del pozo, la plataforma se detuvo con un chirrido metálico frente a los cobertizos derruidos. Incapaz de articular palabra, me encontré con el rostro cubierto de hollín y la amplia sonrisa de minero de Sherlock Holmes.

—¡Gracias a Dios que el mecanismo ha funcionado! —repuso como bienvenida.

Todavía en silencio, descendí de la plataforma hasta que mis pies se posaron en tierra firme. La luz del mediodía me hería los ojos. Nunca como entonces había agradecido de tal modo el aroma del aire fresco. Cuando por fin volví a ser pleno dueño de mis sentidos, una ojeada a nuestro alrededor me convenció de que el campo minero estaba tan solitario como en el momento de la llegada.

—¿Dónde están? —pregunté.

—Se han ido —indicó Holmes—. Con ustedes ahí abajo, no quise correr el riesgo de una lucha.

—¿Qué… qué ha sucedido? —inquirió Langley, todavía jadeando como un pez —. ¿Cómo se las ha ingeniado para no ser descubierto?

Holmes respondió con una sonrisa todavía más amplia.

—No resultó difícil. Tras subir a la plataforma, tomé asiento sobre mi caja, en una esquina, tuve un repentino ataque de tos y me escondí tras un pañuelo hasta que llegamos a la superficie. Allí les esperaba una camioneta (de la que, por cierto, tengo la matrícula). Tras cargar un par de cajas en ella, me las ingenié para apartarme un instante y esconderme tras unos matorrales. Tan pronto como la furgoneta estuvo completamente cargada, Zarmi se puso al volante, los hombres subieron a la plataforma del vehículo y éste se puso en marcha.

—Pero ¿cómo es posible de que nadie advirtiera que uno de sus compañeros estaba ausente?

—¡Bah! —Holmes se encogió de hombros—. ¡Esa pandilla de rufianes! La mitad estaban medio borrachos. Si alguno se fijó, cosa que dudo, debió de pensar que me encontraba en la cabina, junto a Zarmi. La muchacha, por su parte, debió de imaginarse lo contrario, que estaba en la plataforma, con el resto de los hombres. Eso no importa ahora. Más nos vale determinar qué vamos a hacer con el muchacho ese que tenemos en la mina…

Las palabras de Holmes se vieron respondidas de un modo terrible. Un rugido apagado nos llegó de la tierra bajo nuestros pies y, al instante, una columna de humo surgió de la boca del pozo. El sordo temblor de la tierra ganó en intensidad durante unos segundos tremendos y, con un crujido, la plataforma del ascensor se vino abajo como una hoja. Un minuto después, un siniestro silencio se hizo de nuevo.

—¡Un hundimiento, Dios mío! —gimió Langley—. ¡Hemos matado a ese pobre diablo!

Nant Gareth se había llevado su última víctima. Pálido como el papel, Holmes dirigió su mirada a la humeante boca del túnel.

—Me resulta difícil de creer que se trate de un accidente —comentó finalmente.

—No ha sido un accidente —le respondí, recordando demasiado tarde lo que tan bien sabía—. Fu Manchú siempre destruye aquellos lugares que abandona. Nunca deja pistas tras de sí. Ahora entiendo por qué nuestro infeliz prisionero se debatía como un loco. ¡Sin duda él mismo se encargó de conectar el mecanismo de relojería!

Cabizbajos ante el triste destino que involuntariamente habíamos deparado a aquel hombre, emprendimos el camino de regreso a través del barranco que Langley había mencionado. El puente había sido reparado, aunque de modo distinto al que habíamos imaginado. Los dos extremos de la construcción original seguían en pie, extremos que habían sido unidos mediante sendas vigas de hierro de unos cincuenta centímetros de anchura, sobre las cuales, con pericia y buenas dosis de sangre fría,

era posible conducir un vehículo.

El cruce de tan precario pontón, con las bravías aguas del torrente rugiendo a casi un centenar de metros por debajo de nuestros pies, resultó tarea fácil para Holmes, quien lo hizo con la rapidez y agilidad de un funámbulo profesional mientras Langley y yo le seguíamos trabajosamente y empapados de sudor. Una vez al otro extremo, nos alegramos de no haber usado aquella ruta a la ida, pues las vigas estaban situadas a una distancia demasiado ancha para las ruedas de nuestro camión; de haber abandonado éste allí, como tendríamos que haber hecho, Zarmi lo hubiera descubierto irremisiblemente a su llegada.

Tras caminar unos tres kilómetros cuesta arriba, por fin llegamos a nuestro Ford. Sin más percances, aquella misma tarde nos hallábamos de nuevo en Pentrefdu. Langley volvió a su hogar con una tonalidad algo más clara en sus cabellos entrecanos, mientras Holmes y yo regresamos a la casa del agente Jones, donde nos aseamos someramente y nos dispusimos a abandonar el villorrio, pues, sin más que nos retuviera allí, Holmes había decidido que nuestro próximo destino era Cardiff. Preparado nuestro equipaje, nos despedimos calurosamente del generoso matrimonio Jones y algo después estábamos en camino hacia la parada del autobús.

Al pasar junto a las ventanas de la sencilla iglesia del lugar, nos llegaron las nobles estrofas del *Pen Calfaria* cantadas a coro. Muy pronto el tono quejumbroso de las primeras líneas se tornó en una exuberante cascada de sonido que, triunfante y jubiloso, parecía envolver por entero el límpido cielo de aquel atardecer galés. Deteniéndonos por un instante, hubiéramos podido creer que los toscos muros de la iglesia no encerraban sino a algún coro catedralicio de fama mundial. Sin embargo, yo sabía bien que aquellos hombres no eran sino los mismos que habían acompañado a Zarmi mientras ésta danzaba sobre el mostrador de Las Tres Plumas. No era improbable que algunos de ellos fueran los mismos de quienes habíamos huido en el negro laberinto de Nant Gareth.

—¡La herencia céltica! —exclamó Holmes en tono melancólico mientras reemprendíamos el camino—. Nuestros escritores vienen de Irlanda, nuestros poetas de Escocia y nuestros cantantes de Gales. Me pregunto qué diablos nos queda en Inglaterra.

—Bien —repuse con una carcajada—. Todavía nos queda Sherlock Holmes.

CAPÍTULO 16
EL SARCÓFAGO CHINO

Llegamos a Cardiff dos horas después de abandonar Pentrefdu; cuarenta y ocho horas después de llegar a la ciudad, todavía nos hallábamos allí, sin haber descubierto dato alguno de especial interés en ese período.

Sherlock Holmes se vio obligado a emplear bastantes horas en la estación central de policía para elaborar un relato detallado de nuestras aventuras en relación con *sir* Julian Rossiter y la mina de Nant Gareth. Por desgracia, nada podía hacerse en lo tocante a nuestro desventurado prisionero, pues su identidad era desconocida y resultaba imposible averiguarla. La furgoneta empleada por el Si Fan, de la que Holmes tenía la matrícula, resultó haber sido alquilada un mes atrás en un garaje de Swansea.

—Espero que el dueño del garaje pidiera una buena suma de dinero en depósito —comentó Holmes con una cáustica sonrisa—, pues me temo que no volverá a ver jamás ese vehículo.

Holmes, siempre diplomático, ya se había cuidado de dejar la localización de los dos individuos mencionados por el patrón de Las Tres Plumas en manos del agente Jones. No confiábamos en obtener mucho de ellos y de nada podía acusárseles, excepto quizá de allanamiento de la propiedad de *sir* Julian. Muy pronto recibimos el informe de Jones, que tan sólo sirvió para confirmar las sospechas de Holmes.

Una vez que Jones les aseguró que no se tomarían medidas legales contra ellos si colaboraban, los dos rufianes no tardaron en revelar cuanto sabían. En total habían estado tres veces en la mina. Según se les había informado, las cajas de madera contenían el producto de diversos robos. La furgoneta siempre era conducida por Zarmi, quien recogía a la partida en un punto convenido, a donde los devolvía más tarde en el camino de regreso. Por consiguiente, ignoraban dónde residía la muchacha y dónde se descargaba la camioneta. En la última ocasión (a la mañana posterior a mi aparición en la taberna), el vehículo había sido conducido por un hombre que no parecía hablar inglés y que les pagó el dinero convenido al final de la jornada. Imagino que, entretanto, Zarmi debía ocuparse de reclutar un nuevo grupo de trabajo para la última jornada, pues no podía estar segura de los hombres anteriores, a quienes yo había visto en la taberna junto a ella y quizá podía identificar.

Una nueva información nos llegó poco después, aunque demasiado tarde para que nos fuera de alguna utilidad; la furgoneta había sido hallada abandonada en un garaje de Brecon, localidad en que Zarmi había estado alojada durante varios días en una pensión ordinaria.

Sentados el uno frente al otro a la mesa del desayuno, tanto Holmes como yo

parecíamos incapaces de cruzar palabra. En silencio, dejé que mi mirada vagara por el restaurante de nuestro hotel, un establecimiento tan frío como respetable. Resultaba curioso que Holmes, cuando no podía rodearse de sus libros, tubos de ensayo y *souvenirs* de toda una vida dedicada a la investigación acostumbrase a optar por entornos más bien impersonales, que no ofreciesen distracción a sus pensamientos. Por mi parte, sentía cierta añoranza de los días transcurridos en casa del agente Jones.

—¿No estaremos quizá perdiendo nuestro tiempo aquí? —repuse por fin—. Al fin y al cabo, es posible que Fu Manchú haya regresado a Londres.

—Lo dudo mucho —respondió Holmes—. El pequeño problema suscitado con *sir* Julian no constituye motivo suficiente para haberle hecho venir aquí y permitir a su rival, Ki Ming, que se aproveche de su ausencia en Londres. Fu Manchú está a la caza de una pieza mayor, cuya naturaleza todavía nos queda por descubrir.

—Hay algo curioso en este caso —comenté en tono distraído—. Todo empezó con un hombre cargado con un saco de carbón en Londres y hemos acabado bajando al fondo de una mina de carbón…

Al oír mi comentario, Holmes, que se disponía a dar buena cuenta de su tercer huevo frito, hizo una pausa y movió la cabeza vigorosamente.

—Muchas de las circunstancias que tantas veces se toman por casuales no tienen sino una relación de causa y efecto (o, en este caso, de simple asociación de ideas). La mente de Fu Manchú llevaba algún tiempo ocupada en Nant Gareth cuando, repentinamente, se vio obligada a planear el secuestro de Nayland Smith. Nada más lógico que surgiese repentinamente la idea de emplear a un carbonero… —De repente, Holmes cesó de hablar y me miró con una expresión del todo peculiar—. ¡Cielo santo! ¿Será posible?

Abandonando su huevo frito, mi compañero se puso en pie como movido por un resorte y se ausentó del restaurante sin añadir palabra.

Con un suspiro de extrañeza, continué con mi desayuno. Sin embargo, cuando, quince minutos más tarde, Holmes seguía sin dar señales de vida, abandoné, el restaurante para ir en su busca. Para mi sorpresa, el investigador resultó hallarse cómodamente instalado en un sillón de la sala totalmente absorto en la lectura de una revista; al parecer se había olvidado por completo de mi existencia.

—¿Dónde ha ido usted? —inquirí.

—¿Eh? —exclamó mi compañero, alzando la mirada con sorpresa.

—¿Qué le hizo marcharse de ese modo del restaurante?

—¡Oh! Una inspiración o, quizá, nada más que una inofensiva fantasía. Acabo de telefonear al inspector Weymouth y su respuesta probablemente me ayudará a determinar de cuál de las dos cosas se trata. Aunque es posible que obtener esa información lleve algo de tiempo… —Holmes volvió a concentrar su mirada en la revista—. ¡No importa ahora, Petrie! Fíjese en esto que acabo de leer; este artículo habla de una cosa llamada *pennillion*, en la que un músico toca alguna melodía tradicional y, al mismo tiempo, improvisa un aire distinto que armonice con ella.

¡Fascinante! Esto me interesa muchísimo, así que le ruego que se porte como un buen muchacho y me deje con este tema tan interesante.

Como yo bien sabía, cuando Holmes adoptaba aquella actitud, de nada servía interrogarle. Por consiguiente, tras tomar asiento a una distancia discreta, me pasé la hora siguiente observando cómo mi compañero fruncía el ceño sobre su texto una y otra vez mientras tamborileaba los dedos sobre su rodilla y, al mismo tiempo, canturreaba entre dientes o se lanzaba a algún arriesgado *sotto voce*. Debo decir que aquello no resultaba especialmente agradable, pues a pesar de sus reputados conocimientos musicales en otros terrenos, Holmes tenía una voz más bien rechinante. Por último, incapaz de soportar sus despropósitos melódicos, me decidí a dar un paseo por los alrededores.

El día era gris y frío y mi estado de ánimo se ajustaba bien a él. La incolora urbe que exportaba diecinueve millones de toneladas de carbón anuales a los hambrientos hornos europeos no conseguía atraer especialmente mi atención; las aceras se hallaban repletas de una multitud que avanzaba con paso lento, obstruyendo el paso de quienes tuvieran prisa, exactamente lo contrario de lo que sucedía en la febril Londres, donde todo aquel que optara por pasear con tranquilidad se veía pronto arrollado a codazos y pisotones por los que no tenían un minuto que perder. Se me ocurrió que no tenía nada de extraño que la prosaica Cardiff hubiera defendido con tanta firmeza la causa parlamentaria contra los heroicos pero fútiles asaltos de las hordas realistas.

Ya era mediodía cuando regresé al hotel. Allí me encontré a Sherlock Holmes canturreando y azotando su rodilla, tal y como le había abandonado. Sin embargo, al advertir mi presencia, mi compañero me saludó con una amplia sonrisa.

—¡Es una verdadera lástima que no disponga de mi violín aquí! Me iría de perlas para efectuar estas prácticas.

No pude por menos de asentir con una sonrisa cortés ante aquel comentario, secretamente aliviado de que no tuviera su instrumento con él, pues el solo pensamiento de soportar a Holmes tocando el violín y cantando al unísono resultaba difícil de soportar.

—Estoy hambriento —indicó repentinamente mi compañero—. Podríamos ir a almorzar, ¿no le parece?

—No me extraña que tenga hambre. No se acabó usted el desayuno —le recordé.

—¡Oh! ¿De veras?

Mientras tomábamos asiento en el restaurante pensé que, en sus raros momentos de ocio, Holmes había demostrado saber apreciar la buena comida, pero en otras ocasiones podía pasarse horas y horas sin probar bocado, hasta que le faltaban las fuerzas. Estábamos dando buena cuenta del segundo plato cuando un camarero se acercó para informar a mi compañero de que era requerido al teléfono. Por segunda vez en el mismo día, Holmes abandonó su plato a medio terminar y, también por segunda vez, no regresó al restaurante hasta que nuestros platos habían sido retirados

y yo estaba terminándome el postre.

—¡Deje eso! —me conminó—. ¡Venga conmigo!

—¡Pero si no se ha terminado usted el almuerzo! —protesté.

—Eso no importa. Si nos damos prisa, *él* tampoco habrá terminado su almuerzo y probablemente le encontraremos en casa.

—¿Quién es esa persona?

—Un hombre con quien tenemos que hablar.

Sin añadir palabra, Holmes me dio la espalda y echó a caminar como un loco hacia la puerta del restaurante. Con un suspiro, abandoné mis fresas con nata y seguí sus pasos.

—Ya he pedido un taxi —me indicó mientras abría la puerta de mi habitación—. Ahora vístase con su *burberrys*, no con su abrigo. Me temo que el sombrero del «señor Quimby» no será de su talla… Hum, en ese caso será mejor que vaya con la cabeza descubierta.

A pesar de que se me escapaba por completo el sentido de estas crípticas instrucciones, me apresuré a hacer cuanto me decía.

—Bien. Puede pasar —corroboró Holmes, supervisando mi vestimenta—. No se abroche el último botón.

Un taxi nos aguardaba en la puerta. Dirigiéndose al conductor, Holmes efectuó la siguiente pregunta:

—¿Sabe usted dónde está la calle Skibber Vower?

—Claro. Cerca de los muelles.

—¡Vamos allá! —indicó Holmes, sentándose a mi lado—. Bien, por lo menos parece que puedo pronunciar el nombre de esa calle; aunque, la verdad, ignoro por completo cómo se escribe.

Tras atravesar brevemente el centro de la ciudad, nuestro vehículo recorrió una maraña de calles menores en las cercanías del puerto. Por fin el taxi se detuvo en la confluencia de tres sórdidas callejuelas, pagamos al conductor y salimos del coche.

—Veamos cuál de estas tres es la calle.

Una después de la otra examinamos las tres placas callejeras sin poder encontrar nombre alguno que se pareciera remotamente a «Skibber Vower». Holmes y yo cruzamos una mirada de extrañeza. Tras de nosotros, el taxi se disponía a arrancar de nuevo.

—¿Cuál es la calle? —pregunté al taxista.

—¡Allí! —señaló el taxista, asomándose por la ventanilla—. ¿No saben ustedes leer?

Holmes y yo echamos una mirada al rótulo indicado.

—«Heol Ysguborfawr» —me esforcé en deletrear.

—¡Increíble! —musitó Holmes—. ¡Qué inaudita perversión del alfabeto!

Heol Ysguborfawr resultó ser una calle de estrechas casas de tres pisos, todas ellas adosadas y dotadas de los mismos tejados pronunciadísimos. Con paso decidido,

Holmes caminó una veintena de metros escrutando los números de los edificios.

—Nunca anuncie su visita bajando de un taxi frente a la puerta del hombre que busca —me anunció—. Mientras usted paga la carrera, su hombre se escapará por el jardín trasero. ¡Ah! ¡Aquí es!

Holmes se detuvo frente a una casa a la que sólo el número «23» escrito toscamente sobre la puerta la distinguía de sus vecinas.

—Quizá metamos la pata, quizá saquemos algo en claro de nuestra jugada. Ya veremos. Usted hable lo menos posible y compórtese como un oficial de policía en ropas de paisano.

La primera llamada no surtió efecto alguno. Una segunda tanda de aldabonazos, más urgente, produjo idéntico resultado. Con gesto irritado, Holmes efectuó una tercera, furiosa, llamada.

—¡Maldita sea! —masculló—. ¡Ahora no estará en casa!

—¡No! ¡Espere! ¡Alguien se acerca!

No me equivocaba. Unos pasos se oyeron con nitidez, la puerta se abrió y ante nosotros apareció el rostro tan rubicundo como enojado de un hombre de constitución gigantesca ataviado con tirantes y una camisa que llevaba tiempo sin ser lavada. Sus ojos no denotaban una gran alegría por nuestra visita.

—¡Largo de aquí! —gritó—. ¡No quiero comprar!

La puerta se iba a cerrar de nuevo, pero el pie de Holmes fue más rápido.

—No somos vendedores. ¿Es usted Samuel Wade, capitán del barco carbonero *Marquis of Bute*?

—¿Y qué demonios pasa si lo soy? ¿A usted qué? ¿Y quién demonios es usted?

—Mi nombre es Sherlock Holmes.

—¡Condenación! —El capitán Wade abrió unos ojos como platos—. ¡Usted se murió hace veinte años!

—¡Si así fuera, he salido de mi tumba para cruzar unas palabras con usted!

El capitán vaciló por un instante, en el que me pareció advertir una sombra de miedo que cruzaba su rostro.

—¡Me da igual quien sea usted! —gruñó por fin—. ¡No me apetece hablar con nadie, así que lárguense con viento fresco!

Holmes se encogió de hombros y me dirigió una mirada que quería ser significativa.

—Como usted guste, caballero. Al fin y al cabo, es asunto suyo si prefiere hablar conmigo en la comisaría.

A la mención de aquel nombre, la belicosa figura del capitán Wade pareció deshincharse. Con un murmullo ininteligible, nuestro interlocutor abrió la puerta violentamente.

—¡Ustedes ganan! ¡Pasen de una maldita vez! ¡No tengo nada que ocultar!

Siguiendo su indicación penetramos en un estrecho corredor hasta llegar a un comedor de paredes decoradas con papel pintado. Sobre la mesa, un plato de acelgas

y una cerveza mediada indicaban que nuestro anfitrión, efectivamente, estaba almorzando. En la puerta de la cocina una mujer de mediana edad nos miraba con ojos angustiados:

—¡Oh, Sam! —gimió—. ¡Otra vez con problemas con la policía!

—¡Cierra el pico y lárgate al camarote! —le ordenó el capitán Wade en la mejor tradición marinera.

Conteniendo un sollozo, la mujer se volvió a la cocina. Nuestro poco sociable anfitrión se sentó frente a la mesa, apartó su almuerzo de un manotazo y se cruzó de brazos en actitud desafiante.

—Óiganme ustedes dos. No sé a qué demonios han venido a mi casa, pero…

—Scotland Yard ha sido informado de que el *Marquis of Bute* llevó una carga de carbón a Londres el once de este mes —le cortó Holmes, tomando asiento sin ser invitado mientras yo permanecía en pie con las manos en los bolsillos de mi impermeable—. Bien, hay dos cuestiones que quiero saber: ¿qué carga transportó usted *desde* Londres y dónde la depositó?

—¿Quién dice que llevé carga alguna? ¡Yo no he hecho nada malo!

—En ese caso no le importará contarnos cuanto sabe —intervine yo por primera vez—. ¿No es así, señor?

El capitán Wade me miró con recelo. Mi impostura parecía surtir efecto.

—¡Ninguna ley prohíbe transportar un maldito cadáver! —gruñó por fin.

La respuesta me cogió completamente desprevenido. Haciendo un supremo esfuerzo conseguí que aquellas palabras de ominosa implicación no alterasen mi máscara de imperturbabilidad.

—¡Yo no me lo cargué! ¡Nadie lo hizo! ¡No era más que un viejo chino muerto de neumonía! O eso es lo que a mí me dijeron…

—¿Quién le propuso ese encargo? —insistió Holmes.

El capitán vaciló por un instante: sus ojos vagaron a través de la sala en demanda de ayuda. Con mano temblorosa tomó la botella de cerveza y se sirvió un copioso trago del gollete.

—Fong me lo propuso. Fong era nuestro cocinero. Buen muchacho, nunca creaba problemas. Cuando llegábamos a Londres iba a jugar al *fantan* y quizá se fumaba una pipa o dos, pero era un tipo de buena pasta. Bien, el jueves por la noche Fong se me acercó y me habló de este chino que acababa de morir y tenía que ser transportado a la tierra de sus antepasados. «Maldito limón atontado», le dije yo, «¿acaso crees de verdad que mi vieja bañera puede navegar hasta la China?». Entonces él me dijo que ya sabía que no, que sólo quería un poco de ayuda para transportar al fiambre a otro barco que estaba esperando cerca de la costa. Todo el asunto tenía que hacerse en secreto, pues cierta sociedad secreta de bandidos quería robar el cadáver y cortarlo en pedazos para que su alma jamás pudiera descansar en paz.

—¡Extraordinario! —celebró Holmes con sarcasmo—. ¿Por casualidad mencionó ese Fong el nombre de… de esa sociedad secreta de bandidos?

—Sí. Dijo que se llamaban el Si Fan.

Holmes me dirigió una mirada significativa.

—Parece que el doctor Fu Manchú, después de todo, también tiene sentido del humor. ¿Y usted se creyó toda esa interesante historia? —añadió, dirigiéndose al marino.

—¡Pues claro que sí! —respondió éste en tono firme—. ¡Sus buenos dineros me pagaban!, ¿no es así?

Holmes movió la cabeza en gesto de reprobación.

—Capitán, usted sabe tan bien como yo que el efectuar un cargamento sin conocimiento del armador, para propio beneficio, constituye un delito de baratería. Más le vale, por tanto, que nos cuente todo lo que sabe. ¿Cómo se efectuó el transporte?

—Fong y sus amigos se encargaron de todo. La noche antes de nuestra partida subieron el ataúd a bordo, un ataúd muy bonito, pesado como el bronce y con grabados por todas partes. —A pesar de su reticencia a hablar, el capitán Wade no podía reprimir la veta bárdica presente en casi todos los galeses—. ¡Un bonito ataúd, rediez! ¡Negro y dorado, rojo y verde, con la madera reluciente y trabajada como si se tratara de un pastel de bodas! Pero por muy bonito que fuera no tenía ganas de cargar un ataúd repleto del maldito opio en mi barco, así que hice que lo abrieran y allí estaba: un chino viejo más viejo que el viejo Matusalén, con largas barbas blancas y un camisón con perdices y dragones estampados por todas partes.

—¿Está usted seguro de que ese hombre estaba muerto? —intervino Holmes.

—¡Pues claro que estaba muerto! —rugió el capitán con indignación—. Si no estuviera muerto, ¿qué demonios haría metido en un ataúd?

Aquella clase de lógica no admitía respuestas. Con un suspiro, Holmes se dio por vencido.

—Está bien. Continúe usted. ¿Adónde transportaron el cadáver?

—Teníamos que llevarlo frente a Oystermouth, al oeste de la bahía de Swansea. Fong me entregó la mitad del pago por adelantado y la otra mitad debía recibirla cuando sus compañeros subieran a por el muerto. «Y más vale que no se olviden de ello», le dije, «o te juro por mi alma que muerto y ataúd se irán por la borda», bueno, pues lo llevamos en la cubierta, oculto por una lona alquitranada. El contramaestre estaba al corriente de la cosa, pero decidimos no decir una palabra a los marineros, pues muchos son supersticiosos. La travesía resultó fácil y pude llegar a tiempo al punto convenido…

—¿Cuál era ese punto convenido?

—Frente al faro de Mumbles, donde los barcos esperan a la marea para entrar en el puerto de Swansea.

—Ya veo. Imagino que le habrán pagado bastante como para poder retrasar de ese modo su cargamento oficial destinado a Cardiff. —El capitán Wade no respondió y Holmes se encogió de hombros—. Bien, imagino que ése es asunto suyo. ¿Qué

sucedió después?

Wade tomó la botella de cerveza y, echando la silla peligrosamente hacia atrás, bebió hasta la última gota y devolvió la botella a la mesa, adoptando una súbita expresión de arrepentimiento.

—Mire, voy a decirle la verdad. Yo no conocía el plan de esa gente ni tenía ganas de conocerlo. Dos horas antes del amanecer Fong subió a la cubierta e hizo una señal con la linterna dos o tres veces al mar. Naturalmente, no hubo ninguna respuesta a la señal (de haberla habido, los guardacostas de Mumbles pronto la hubieran detectado). Al rato una lancha sin luces se acercó a estribor, echamos la escalerilla y dos hombres subieron a bordo. Más feos que un demonio, los dos. Uno alto y delgado, con un cuello como de jirafa, y el otro pequeño y más ancho que alto, como aplastado.

Ante aquella familiar descripción no pude evitar una mueca de sorpresa.

—Y eran tan fuertes como feos —prosiguió Wade, ajeno a mi reacción—. Entre los dos cargaron un ataúd que precisó de cuatro hombres en Londres. Cuando ya estaba en la lancha, voy y le pregunto al más alto: «¿Qué pasa con mi dinero?». El tío sonríe como si fuese una calavera y arroja una bolsita de cuero sobre el puente. Repleta de soberanos. Estaba yo ocupado en contarlos cuando los dos pájaros aquellos van y empiezan a discutir con Fong. Estaba claro que éste no quería irse con ellos, pero el más pequeño va y saca un cuchillo y Fong se va con ellos. Se meten en la lancha y ya no vuelvo a verlos.

—¿En qué noche tuvo lugar esta escena? —intervino Holmes.

—La del viernes al sábado de la semana pasada —respondió el capitán en tono compungido—. Estuve esperando horas y horas, pero Fong no volvió al barco. Al final le dije a la tripulación que el cocinero estaba enfermo en su camarote. Al llegar a Cardiff ninguno advirtió que no había bajado a tierra. La verdad es que Fong ni siquiera pasó por la oficina a recoger su paga, así que me temo que esos demonios se lo han cargado. ¡Un cocinero tan bueno! Con unas gaviotas te hacía un asado que creías estar comiendo pichón. Mis hombres nunca sabían lo que comían ni necesitaban preguntarlo, pues estaba para chuparse los dedos. Una vez le vi con un perro en la cocina. Al perro no lo volví a ver jamás y le juro que no me importó…

—¡Es usted un auténtico rufián! —le cortó Sherlock Holmes, poniéndose en pie —. Y es responsable de males mayores de los que supone. Tiene usted suerte de que la justicia no tiene nada más que ganar con su proceso.

Abandonando a un enfurruñado y silencioso capitán, Holmes y yo caminábamos un instante después hacia la esquina de Heol Ysguborfawr.

—¡Excelente actuación, Petrie! —observó mi compañero—. ¡Realmente, el cuerpo de policía sufrió una gran pérdida el día en que usted decidió dedicarse a la medicina! —añadió, no sin malicia.

Sin embargo, el jovial elogio de mi compañero no consiguió elevar mi ánimo.

—¡El hombre del ataúd era Nayland Smith! —señalé en tono excitado.

—Por supuesto —asintió Sherlock Holmes—. Smith, disfrazado y maquillado

como un chino y, sin duda alguna, bajo el efecto de alguna droga.

—Fu Manchú dispone de ciertos productos que pueden simular la apariencia de la muerte —confirmé en tono sombrío—. ¡Dios mío! ¡Y pensar que todo eso ocurrió tan sólo el sábado por la mañana, mientras yo dormía tranquilamente en la casa del agente Jones!

—Así es. Smith fue retenido en Londres más tiempo del que yo imaginaba. —Holmes frunció el ceño como si estuviera enfadado consigo mismo—. Aunque, por lo menos, mi repentina inspiración resultó ser cierta. La mente del doctor Fu Manchú ha probado en muchas ocasiones ser superior a la del resto de los mortales, pero no por ello funciona de modo distinto. Una mina de carbón, un hombre con un saco de carbón, un barco carbonero… ¡Un barco de carbón, además, que contara con un chino entre la tripulación!

Ya habíamos llegado a la esquina. Resultaba imposible encontrar un taxi en aquella zona de la ciudad, pero no importaba; con su infalible sentido de la orientación, Holmes pronto dio con el medio para llegar al centro urbano por entre las tortuosas callejuelas que nos rodeaban.

—¡Resulta casi imposible de creer! —musité con un deje de amargura—. ¿Será posible que todo cocinero o lavandera chino de Gran Bretaña esté al servicio del Si Fan?

—En cierta forma, así es —respondió mi compañero—. Con ello no quiero decir que sean miembros de la sociedad secreta, ni siquiera que simpaticen con ella. Parece mentira que todavía no se haya dado cuenta, Petrie. Fu Manchú puede obtener la obediencia de todo chino emigrado mediante el simple expediente de amenazar la vida o los intereses de sus familiares en China. Es ésta una amenaza mucho peor de lo que pudiera ser para los nativos de otras regiones del mundo. El rígido sistema de lazos y obligaciones familiares constituye a un tiempo la fuerza principal y el punto débil de las sociedades del Lejano Oriente. ¡En Corea, por ejemplo, dichos lazos y obligaciones se extienden de modo reconocido entre los nietos de sendos primos!

CAPÍTULO 17
DOS CORDEROS MUERTOS

Caminando junto a Holmes, me resultaba difícil seguir sus largas zancadas. Mi estado de ánimo no me ayudaba a ello. Ya no me cabían dudas acerca de la suerte de Nayland Smith.

—¡Le hemos perdido! —musité con desesperación—. ¡Se lo han llevado en ese barco chino…!

—¿Qué le hace pensar eso?

—Ya oyó lo que nos dijo ese hombre. Lo metieron en una lancha motora y…

—¡Exactamente! Una lancha motora casi con toda seguridad proveniente de la costa, no de un barco. Y si provenía de la costa, lo más probable es que regresara a ella… —Holmes me miró con gesto severo que de inmediato se trocó en una sonrisa al advertir mi desconsuelo—. No preste tanta atención a ese barco chino, Petrie. Todo cuanto sabemos de él es que una conversación efectuada más de un mes atrás lo mencionaba vagamente. Si ese buque estaba aquí por aquel entonces, lo más probable es que ahora se encuentre muy lejos. El cuerpo de guardacostas lleva más de diez días buscando el barco (bastante antes de que el carguero del capitán Wade llegara a estas aguas) y no ha encontrado ni rastro de él.

Al llegar a un cruce de calles Holmes se detuvo y sacó del bolsillo su vetusta cachimba.

—Permítame que encienda la pipa en un segundo —me indicó—, y le explicaré lo que pienso acerca de ese barco.

Introduciéndose en el portal de una tiendecilla de efectos marineros para ayudarse mejor en su tarea, mi compañero reapareció un instante después añadiendo espesas vaharadas de tabaco a la ya de por sí ecléctica atmósfera portuaria.

—Por lo que creo —repuso por fin—, cuando Fu Manchú regresó a Inglaterra el verano pasado, apenas si le acompañaban una docena de hombres, sin duda sus hombres de confianza, expertos en técnicas de asesinato y otras técnicas todavía más esotéricas. Según usted mismo ha escrito, Fu Manchú perdió a por lo menos seis de estos hombres en el otoño. De ahí la necesidad de refuerzos mencionada vagamente en la nota de Smith. De momento ya hemos tenido conocimiento de la existencia de cuatro agentes de los que usted no había oído hablar antes. Ya conocemos personalmente al coreano encargado de liquidar a *sir* Julian Rossiter. Luego está la rara pareja formada por un hombre muy bajo y un compañero muy alto; gracias a la indiscreción de su amiga Zarmi, sabemos que un miembro de esta pareja tiene una oreja herida y se denomina Wang Lo. Por último, la misma fuente nos ha revelado que existe un cuarto personaje llamado Alí, quien probablemente es un eunuco.

—Tiene usted razón. Sin duda todos estos individuos han sido traídos desde China en ese barco.

—En efecto, pero la cosa no acaba ahí. El barco tenía también otra misión. Veamos, ¿no fue en octubre cuando su prometida, Karamaneh, hirió al doctor Fu Manchú de un disparo en la cabeza?

—Así es, efectivamente.

—Si tenemos en cuenta que Ki Ming apareció en Londres el mes pasado, lo sucedido parece claro. En mi opinión, cuando el cuartel general del Si Fan se enteró de que Fu Manchú estaba herido, y probablemente agonizante, decidió enviar a Ki Ming a Londres para ocupar su lugar. Si no supongo mal, el barco no debió de partir antes de fines de noviembre y la travesía les llevó entre cinco y seis semanas. ¿Por qué motivo, en ese caso, el buque «ha estado deambulando» cerca de la costa, según asegura Nayland Smith en su carta? Ciertamente, no para llevar a Smith hasta China, pues su secuestro no estaba planeado con antelación. No, una de las funciones del barco estribaba en devolver a Fu Manchú (si seguía vivo) a su país natal. Sin embargo, mientras el buque navegaba hacia Inglaterra, Fu Manchú fue operado por uno de los mejores cirujanos de Londres y, recuperado por completo (y, sin duda, para contrariedad de su supuesto sucesor), se negó a regresar a China.

Mientras Holmes pronunciaba estas palabras habíamos irrumpido en un distrito más populoso de la ciudad. De repente mi compañero detuvo un taxi y me urgió a que le siguiera al interior del vehículo.

—A la biblioteca central, por favor —ordenó al taxista.

Durante el corto trayecto que siguió, Holmes no dijo palabra. Al llegar a nuestro destino me condujo apresuradamente hasta la sala de lectura donde, tras de que una severa mirada del bibliotecario le obligara a devolver la pipa a su bolsillo, pidió y obtuvo un mapa a pequeña escala del área de la bahía de Swansea.

—¡Vamos a ver! —anunció, extendiendo el mapa sobre la mesa—. Aquí está el faro frente al que atracó el *Marquis of Bute*. Aun en el supuesto de que el barco chino todavía se encontrase en las cercanías, ¿cree usted que se arriesgarían a subir a Smith a bordo en una zona como ésta, de intensísimo tráfico marino?

—Pero la costa parece igualmente poblada —objeté—. ¿Dónde podrían desembarcarle?

—¡Aquí! —declaró Holmes trazando un círculo con su dedo índice.

El punto que mi compañero señalaba consistía en una estrecha península que se adentraba en el canal de Bristol. La conformación de la costa galesa ha sido frecuentemente comparada a la cabeza de un cerdo vista de perfil. Si sustituimos dicha semejanza por la de un jabalí, dicha península podía compararse a un colmillo de ese animal y probablemente pasaría inadvertida en un mapa de mayor escala.

—La península de Gower —anunció Holmes—. No más de veinticinco kilómetros de longitud y ocho de anchura. Fíjese, sin embargo, en la intrincadísima conformación de esa costa, una ininterrumpida sucesión de acantilados, bahías y

ensenadas. El perfil de la costa debe medir más de ochenta kilómetros, ciento cincuenta quizá. Una península casi despoblada, con unos pocos villorrios y caminos vecinales, sin trenes, carreteras ni pueblos de importancia y con el regalo de una costa rocosa que prohíbe el paso de cualquier embarcación de tamaño mediano. ¡*Ahí* es donde desembarcaron a Smith!

La confianza que emanaba de las palabras de mi compañero resultaba contagiosa.

—¡Vamos entonces a Swansea! —exclamé con excitación—. No tenemos nada que hacer aquí. —Ignorando las indignadas miradas de nuestros vecinos, no pude reprimir mi entusiasmo ante la nueva evidencia que se ofrecía a mis ojos—. ¡Fue en Swansea donde alquilaron la furgoneta! ¡El centro de sus operaciones está *allí*!

Holmes movió la cabeza lentamente con una sonrisa.

—No existe centro alguno —negó—. Si Fu Manchú se encuentra en esta zona es únicamente para atar algunos cabos sueltos y le recuerdo que, aunque Gales sea más pequeño que Inglaterra, todavía somos como escarabajos persiguiéndose por las calles de Londres. Con todo, si prefiere usted Swansea a Cardiff no seré yo quien lo impida. Así, pues, partamos hacia allí cuanto antes.

Aceptada mi proposición por Holmes, al día siguiente partíamos hacia el sur, atravesando una región costera industrializada todavía más fea que la que flanqueaba a Cardiff por el norte. La sacrificada reverencia al carbón se tornaba aquí en adoración al hierro y al cobre. Por todas partes se alzaban montañas de escoria interrumpidas ocasionalmente por pesados *ziggurats* de quimérica maquinaria, edificaciones de pesadilla que se creerían obra de algún enloquecido reyezuelo babilónico, inevitablemente coronadas por las sempiternas nubes de humo y vapor. No lejos de la vía férrea se alzaba una de estas quiméricas construcciones dotada de no menos de catorce chimeneas y dedicada, según todos los indicios, a la manufactura continua de un humo negruzco de horrísono aspecto.

No resulta de extrañar que mi entusiasmo inicial se trocase de nuevo en un estado de ánimo depresivo.

Al llegar a nuestro destino nos alojamos en un hotel tan confortable como impersonal en el centro de la ciudad. Después de almorzar, un paseo nos llevó a descubrir una inesperada urbe de coquetas edificaciones y viejas tiendecillas construidas en la ladera de sendas colinas que caían sobre el mar. Mi depresión no tardó en esfumarse, transformándose en una instantánea identificación con aquella ciudad, tan distinta de Cardiff como la alegre atmósfera de fantasía de Copenhague se diferencia de la gris imperturbabilidad de Amsterdam.

Algo después efectuamos una visita de cortesía a la jefatura de policía, donde nos presentamos ante el superintendente Gribbler, al que pusimos al corriente de nuestra investigación y con cuya cooperación debíamos contar en el futuro. Gribbler resultó ser un individuo tan afable como corto de luces, que nos prometió cuanta ayuda pudiera ofrecernos (ninguna por el momento) y que no se molestó en ocultar su escepticismo con respecto a la misma existencia del Si Fan, por no hablar de que a

semejante organización se le pudiera ocurrir estar operando en su territorio. Este amigable oficial parecía pensar que el mejor modo de demostrar su buena disposición hacia nosotros estribaba en llamarnos por nuestros nombres de pila, que, según interpretó, eran «Peter» y «Shylock».

—¡No sé si este hombre es más duro de oído que duro de mollera! —rugió el enfurecido Holmes cuando salimos a la calle.

A insistencia mía, pues Holmes consideró inútil tal ejercicio, nuestra próxima hora fue empleada en ascender por un barrio residencial hasta un parque de reducidas dimensiones desde el que pudimos apreciar una panorámica completa de la bahía. A pesar de que dicha tarea no nos ofreció beneficio material alguno, debo decir que no me arrepentí de haberla efectuado. A nuestra derecha la costa giraba hacia el suroeste en un gracioso arco que finalizaba en un promontorio rocoso, a unos ocho kilómetros de la ciudad. Algo más allá, dos pequeñas islas surgían del mar, la segunda de ellas coronada por la torre blanca de un faro. Barcos pesqueros y yates manchaban aquí y allá la superficie de la bahía mientras, algo más allá, buques de mayor tonelaje ponían proa hacia el puerto. A nuestros pies, los tejados de Swansea descendían, multicolores, hasta la misma orilla.

Pero en relación con nuestras averiguaciones comenzaba un enojoso período de inacción. Holmes, si no satisfecho, era hombre acostumbrado a esperar. Yo, menos paciente, e inquieto por la suerte de Nayland Smith, me retorcía de desesperación. Y lo peor era que los ocasionales momentos de acción parecían completamente inútiles. En respuesta a una circular de Scotland Yard, la policía de Gales nos ofreció su más absoluta cooperación. Fuimos así invitados a revisar en los archivos una dispar serie de incidentes que iban desde una riña con cuchillos entre dos hindúes acaecida en Cardiff hasta el robo de nueve pantalones efectuado en una lavandería china de Denbigh. En la mayoría de los casos, Holmes no prestó atención alguna a semejantes acontecimientos. En una ocasión, sin embargo, nos trasladamos a Carmarthen para perder nuestro tiempo investigando acerca de la furtiva conducta de cierto argelino vendedor de alfombras que, finalmente, resultó estar manteniendo relaciones de tipo furtivo con una camarera.

Para mi decepción, a pesar de haber identificado la península de Gower como el punto más probable donde se efectuó el desembarco de Smith, Holmes se negó en redondo a dar un paso más al oeste del faro, con el argumento de que no tenía sentido especular acerca de cuál entre un centenar de localizaciones habría sido empleada una semana atrás.

Incapaz de persuadir a mi compañero, finalmente opté por recorrer la zona por mi cuenta, decisión que únicamente sirvió para confirmarme las palabras de Holmes. Junto a la islilla del faro, un camino sin asfaltar serpeante sobre el acantilado hasta morir en dos preciosas ensenadas, muy populares en verano y fácilmente accesibles por carretera. Más al oeste, sin embargo, la cosa cambiaba. El camino degeneraba hasta tornarse en un vulgar sendero de cabras que recorría una serie de colinas

rocosas que caían directamente sobre el mar, cruzando por varias ensenadas y pequeñas bahías en las que una lancha podía desembarcar con el mar en calma. Por fin, al llegar a una bahía de tamaño considerable, totalmente desierta y a varios kilómetros de la carretera más próxima, decidí que no merecía la pena seguir peleándome con aquel sendero infernal.

El regreso me llevó varias horas. Siguiendo el tortuoso curso de un torrente fui a parar a un valle de espesos bosques, lugar de extrema belleza, pero en el que me perdí durante varias horas antes de dar con el camino de Swansea.

Holmes no se había equivocado. Cuando más tarde eché un vistazo a mi guía turística, comprobé con asombro que apenas si había explorado una minúscula fracción de aquella costa de contornos intrincadísimos. Su exploración al completo sin duda podía llevar semanas.

Transcurrieron diez días sin incidencia de interés alguno. Sherlock Holmes empleó ese período sin moverse de las sábanas de su cama (para confusión de los empleados del hotel), con el suelo de su habitación sembrado de tratados sobre la música céltica, artesanía galesa y volúmenes dedicados a la historia y la sociedad chinas.

No puedo decir con honestidad que Holmes y yo llegásemos realmente a ser verdaderos amigos. Yo sentía un respeto reverencial por su persona y sabía que, en una emergencia, mi compañero podía transformarse en un camarada de insuperable valentía y lealtad; al mismo tiempo, era plenamente consciente de que nunca alcanzaríamos a tener la clase de amistad profunda e inquebrantable que Smith y yo compartíamos[16]. En lo que concernía al matrimonio y la amistad, Holmes no ocultaba su sucinta opinión:

—La adopción de amigos y familiares equivale a entregar rehenes a la fatalidad. En mi posición, yo no puedo permitirme una extravagancia semejante.

Tal era su filosofía y, en la mayor parte de las ocasiones, su trabajo y su dedicación al estudio intelectual bastaban para proporcionarle cuanto necesitaba. Pero yo no ignoraba que había momentos en los que mi compañero se sentía muy solo y precisaba desesperadamente de alguien a quien hacer confidencias.

Fue en una de esas raras ocasiones, el segundo lunes de nuestra estancia en Swansea, cuando, sentados en un restaurante frente a sendas tazas de café, Holmes me expuso sus teorías recientemente formadas en relación con el *pennillion* que incluían una audaz revisión de los orígenes del arpa galesa, que mi interlocutor consideraba proveniente de Caldea a través de los fenicios. Al regresar a nuestro hotel, poco después de las seis, el recepcionista nos informó de que teníamos un visitante.

—El sargento Hughes de Brynamman —añadió el empleado—. Hace una media hora que los está esperando en el salón.

—¡Qué extraño! —musitó Holmes, frunciendo el ceño—. Veamos qué desea ese caballero.

Acercándonos al salón sin tan siquiera desprendernos de nuestros sombreros y abrigos, no tardamos en vernos frente a un individuo de unos cuarenta años ataviado con prendas de paisano y con el aire inconfundible de un policía rural.

—¿El sargento Hughes? —inquirí.

—El mismo. Para servirle.

—¿Detective-sargento? —terció Holmes echando una inquisitiva ojeada a sus ropas.

—No, señor. Si no visto el uniforme es porque hoy es mi día libre.

—Vaya, vaya. ¿Debo considerar, pues, su visita como no oficial?

—En efecto. Ése sería un nombre apropiado, señor —replicó Hughes, algo nervioso y con cierto embarazo—. La verdad sea dicha, señor, si he venido a verle en mi día libre ha sido para que no se me acuse de pasar por encima de mis superiores.

La transparente honestidad de aquel hombre no dejó de despertar mis simpatías.

—En ese caso —añadí—, dado que se halla usted fuera de servicio, nada nos impide acercarnos un rato al bar, donde podremos conversar con mayor tranquilidad.

Mi proposición no tardó en ser aceptada y, una vez en el bar, el nerviosismo de nuestro visitante ante Holmes (a quien sin duda consideraba de rango igual al de un coronel) no tardó en esfumarse frente a una jarra de cerveza.

—El motivo que me ha traído hasta aquí quizá no les parezca más que una tontería —se excusó Hughes—. El inspector no ha visto nada extraordinario en ello, así que ha decidido no presentar informe alguno a sus superiores. Pero lo cierto es que se nos ha ordenado tener los ojos bien abiertos en relación con todo asunto inusual, especialmente si hay algún chino por en medio, ¿no es así, señor? Por ello, creo que es mi deber notificarle cuanto sé.

—Efectivamente —confirmé en tono apresurado—. Continúe, por favor.

El sargento Hughes bebió un sorbo de cerveza y dirigió una cautelosa mirada a Holmes.

—Cuando en el mismo lugar se producen dos cosas raras más o menos al mismo tiempo, ¿no cree usted que debe existir alguna relación entre ellas, señor?

—Ello es perfectamente posible, si no estrictamente seguro desde un punto de vista lógico —respondió Holmes en tono alentador, pero con un ligero deje de impaciencia.

—En ese caso le explicaré lo sucedido en orden cronológico, aunque quizá a ustedes les interese más conocer el segundo incidente. —Holmes y yo nos cuidamos muy mucho de no interrumpir a Hughes mientras éste reunía la confianza necesaria para narrar su relato, cosa que de modo involuntario hizo adoptando el tono oficial de un policía que prestase declaración en un juicio—. Bien, el pasado sábado por la mañana (debido a la enfermedad del agente Mereditb) se me ordenó acercarme a Capel Gwynfe y visitar al señor Garman de la granja de Bethesda. Al parecer, dos de las ovejas del señor Garman habían aparecido muertas…

—¡Por todos los santos! —musitó Holmes mirándome de reojo—. ¿Será posible

que acabemos investigando la muerte de dos ovejas? —repuso con sarcasmo.

—¡Señor Holmes, caballero! —protestó, trabucándose, Hughes—. ¿Conoce usted algo o a alguien capaz de alzar a un cordero de buen tamaño en el aire y estrellarlo contra el suelo de modo tal como para romper todos sus huesos?

Al percibir la expresión de vivo asombro de mi compañero, el policía no pudo ocultar una maliciosa sonrisa de satisfacción ante el efecto creado por sus palabras.

—La verdad es que, a excepción de un gorila, no puedo pensar en ninguna cosa —concedió Holmes, súbitamente interesado en aquella historia—. ¡Continúe, sargento! Le escucharemos con sumo gusto.

—Bien. Los dos animales fueron hallados en Carreg Cennen, no lejos del río —precisó Hughes—. Un lugar un tanto extraño, señor. Se trata de un auténtico despeñadero, con un castillo en la cima. Al otro lado, sin embargo, la ladera es muy suave y ahí es donde se encuentra la granja de Bethesda. En total hay unos nueve o diez kilómetros entre el lugar donde fueron hallados los cuerpos y la granja de donde desaparecieron (debo insistir, además, que desaparecieron de allí, pues no había brecha alguna en el muro de piedra y la portezuela estaba bien cerrada).

Seguro de su audiencia, el sargento Hughes bebió un nuevo sorbo de cerveza, chasqueó los labios y prosiguió con su relato.

—Bien. Esto por una parte, señor. Ahora, la segunda cosa rara. Como ya le he dicho, el motivo por el que yo visité la granja estribaba en que el agente Meredith estaba enfermo. Pues bien, el motivo por el que estaba enfermo era el siguiente, señor: en la noche del miércoles al jueves, Meredith fue despertado por un vecino a causa de un incendio producido en el bosque, a dos o tres kilómetros de la granja. Inmediatamente Meredith se dirigió allí, pero en el camino tuvo la mala fortuna de encontrarse con un chino medio loco que, nada más verle, se lanzó contra él, dejándole fuera de combate mediante un terrible golpe en el estómago. Meredith dice que el hombre tenía un aspecto terrorífico, enano y medio deforme, cubierto de sangre y con un gran vendaje en una oreja…

—¡Cielo santo! —exclamé, alzándome sobre la silla—. ¡Wang Lo!

—¡Ajá! —confirmó Holmes con tranquilidad—. Ahora ya sabemos que Wang Lo es el más bajo de esos dos célebres individuos.

El sargento Hughes nos miró con extrañeza, desconocedor del significado de nuestras palabras.

—Bien, señor, si el caso le parece interesante, yo le aconsejaría visitar al agente Meredith, pues, excepto en lo relativo a las dos ovejas muertas, yo no le estoy ofreciendo otra cosa más que información de segunda mano. Meredith ya se encargó de notificar lo sucedido, pero el inspector no siente ningún aprecio por él y no le hizo caso alguno. Más tarde me comentó que Meredith no sabría distinguir a un chino de un zulú.

—Creo que tiene usted razón —asintió Holmes—. Será mejor que hablemos con él personalmente y también con el granjero. Una cosa más, sargento. ¿Podría usted

decirme dónde se encuentra el lugar donde el agente Meredith fue agredido en relación con la granja?

—A unos tres kilómetros de Capel Gwynfe, señor.

—En ese caso nos encontramos con tres centros de interés: el campo del que desaparecieron las ovejas, el punto en que fueron halladas muertas y el lugar en que Meredith se encontró con ese individuo chino; estos centros forman, de modo aproximado, un triángulo en cuyo centro se halla Carreg Cennen. ¿He entendido bien?

—Sí. De modo aproximado es así, señor.

—¡Excelente! —añadió Holmes, terminando su cerveza—. Debo decirle que su informe nos resulta inapreciable. Aunque su inspector no se enterará de nada de cuanto hemos hablado, esté seguro de que va usted a gozar de buenas referencias en la comisaría de Swansea. ¿Hay alguna otra cosa que quisiera decirme?

Hughes vaciló, adoptando de nuevo su actitud embarazada.

—Pues… la verdad es que sí, señor —repuso, enrojeciendo hasta el cuello y tomando una libreta de su bolsillo—. Es para mi chaval de catorce años que ahora va a empezar la escuela secundaria… Verá, señor, ¿podría usted firmarle un autógrafo? El chaval se volverá loco de contento, señor…

Nuestro visitante no tardó en marchar con su demanda satisfecha. Radiante de excitación, Holmes se frotó las manos soltando una carcajada.

—¡Ya hemos olido su pista! —declaró—. El motivo por el cual Fu Manchú se dedica ahora a aniquilar ovejas se me escapa por completo, pero no importa. ¡Eche un repaso a sus mapas y horarios, Petrie, que nos pondremos en camino cuanto antes!

Como se puede ver, Holmes no tenía problema alguno en asignarme las tareas antaño destinadas al doctor Watson. En previsión de una circunstancia así, ya me había procurado los distintos horarios de trenes y autobuses galeses. Con todo, tras examinarlos detenidamente durante un buen rato, los arrojé a un lado con desesperación.

—¡No hay manera, Holmes! No hay autobús o tren alguno que nos deje cerca de allí. Y lo peor es que creo que tendremos que desplazarnos bastante por esa península. Me temo que vamos a necesitar un automóvil.

Holmes gruñó con cierta teatralidad y se encogió de hombros.

—Bien, si no hay otro remedio…

—¿Realmente le disgustan tanto los automóviles? —inquirí con curiosidad.

—No se trata de que me disgusten o no —precisó—. Simplemente me asustan las consecuencias derivadas de poner máquinas semejantes al alcance de todo el mundo… El automóvil no tardará en crear la figura delictiva del ladrón de automóviles, que siempre será más difícil de capturar que el ladrón de caballos. Todo criminal dispondrá muy pronto del medio ideal para alejarse en cuestión de segundos de la escena del crimen, circunstancia mucho más importante que el hecho de que la policía disponga igualmente de un rápido medio de persecución. Y la cosa no acaba

aquí. Cuando esta invención diabólica resulte tan barata como para estar al alcance de cualquier bolsillo, las cifras de muertos y heridos en las carreteras de Europa pronto superarán a las de los campos de batalla.

En aras de partir cuanto antes a nuestro nuevo destino, mi compañero y yo acordamos desayunar juntos a la mañana siguiente, cosa que casi no habíamos hecho en los últimos días como consecuencia de los erráticos horarios de Holmes. Ello no tenía nada de especial, pues si bien el almuerzo y la cena de nuestro hotel superaban el nivel de muchos de los mejores restaurantes del West End, el desayuno resultaba más bien lamentable.

Al bajar al restaurante a la mañana siguiente me senté a nuestra mesa, ya dispuesta (como era norma) varias horas antes: el acostumbrado frasco de mermelada y las rebanadas de pan frías como un témpano y duras como el cuero. Al instante un camarero de rostro impasible se me acercó furtivamente e inquirió qué deseaba aquella mañana (pregunta retórica, pues yo sabía muy bien que si pedía algo distinto a los inevitables huevos con bacon, el camarero se apresuraría a indicarme que mi elección «acababa de agotarse»).

—Bien. ¿Qué tenemos hoy? —pregunté, sin embargo, prestándome de nuevo al ritual.

—Huevos con bacon, señor —respondió el camarero con cara de póquer, tras lo cual se volvió en dirección a la cocina sin añadir palabra.

Un minuto después Sherlock Holmes hizo su aparición vestido en ropas de calle bajo su batín de seda. Con un bostezo, mi compañero se sirvió una taza de té. Holmes, como yo, prefería el café a la hora de desayunar, pero éste no se servía hasta pasadas las once de la mañana.

—La verdad, preferiría comenzar el día de modo más digno —musitó con melancolía posando la mirada sobre nuestra desoladora pitanza—. En fin, por lo menos hace un tiempo excelente.

Efectivamente, la ventana entreabierta nos ofrecía generosamente los rayos esplendorosos de un sol mañanero.

Por ella se filtró también una abeja que comenzó a zumbar en torno a mi cabeza.

—¿No es todavía un poco pronto para ver abejas? —inquirí, espantando al insecto.

—No —replicó Holmes, bostezando ostentosamente por segunda vez—. Ésta no es una abeja sociable, sino que pertenece a esa especie de carácter solitario que se reproduce tres o cuatro veces al año y puede ser vista en casi cualquier estación.

Tomando una tostada, Holmes se esforzó en untarla de mantequilla, tarea nada fácil pues ésta estaba dura como el hielo y tenía una enloquecedora tendencia a caerse del plato. Con una imprecación, Holmes se lanzó a fondo y todo cuanto logró con ello fue doblar el mango de su cuchillo. A todo esto, la abeja seguía volando erráticamente sobre la mesa.

—¡Un insecto persistente! —comenté.

—Un insecto hambriento —corrigió Holmes—. Me parece que está vivamente interesado en nuestra mermelada. —Abriendo la tapa de dicho tarro, mi compañero se mostró ligeramente sorprendido—. ¡Oh! No es mermelada. Esta mañana nos han puesto miel.

—Quizá se trate de un gesto de la dirección del hotel ante su partida —repuse con una sonrisa.

—En ese caso, se han equivocado —gruñó Holmes—. La miel no me gusta demasiado a pesar de que dependa de ella para subsistir.

Sin encontrar oposición y ante el ojo tolerante de Holmes, la abeja errante procedía ahora a saciar su apetito sobre la superficie de la miel. De improviso, el insecto echó a volar con una extraña vacilación. Un instante después caía sobre el mantel y, tras agitarse por un segundo, quedó exánime por completo.

—¿Qué le ha pasado a ese bicho? —intervine.

Con un metálico destello en la mirada, Holmes golpeó levemente a la abeja sin que ésta se moviera. Hundiendo su cucharilla en la miel, mi compañero tomó una pizca de ésta con la punta de la lengua para acabar escupiendo sobre su pañuelo.

—¡Interesantísimo! —musitó—. Ya había oído hablar antes de la existencia de este producto. Se trata de la mortífera miel de Trebisonda, elaborada a partir de una especie venenosa de la azalea.

Mudo de asombro y todavía incapaz de comprender, dirigí una mirada inquisitiva a mi compañero. Ignorándome por completo, Holmes hizo venir al camarero mediante un grito que se oyó en todo el restaurante.

—¿Quién nos ha servido este tarro de miel?

—¿Miel? —se sorprendió el camarero—. ¡Pero si nunca la servimos, señor! ¡Y… y este tarro no pertenece a nuestro restaurante!

Nuestras posteriores investigaciones muy pronto nos sacaron de dudas. Unas cuantas preguntas bastaron para averiguar que la primera persona en bajar al restaurante resultó ser un estudiante hindú llegado la noche anterior y que abandonó el hotel muy temprano con el pretexto de coger el primer tren para Londres. El tarro de mermelada perteneciente a nuestra mesa apareció escondido en el suelo bajo la suya.

—Esto no ha sido un intento serio, Petrie —comentó Holmes con sonrisa de experto—. Tan sólo se ha tratado de una broma siniestra, del tipo que Fu Manchú tanto aprecia. ¡Y lo cierto es que, de no ser por una abeja muerta, la cosa le habría divertido mucho!

CAPÍTULO 18
MORGAN LE FAY

No quisiera sorprender desagradablemente al lector con un anticlímax, así que iniciaré este capítulo advirtiendo que nuestra investigación relativa a las ovejas muertas del señor Garman no nos llevó a adoptar conclusión directa alguna, si bien terminó de un modo totalmente imprevisto.

—Tenemos suerte de que Fu Manchú no suele concentrar sus energías en la venganza. Si ese hombre decidiese emplearlas en nuestra destrucción, dudo de que nuestra vida valiese un penique en estos instantes.

Tras algunos esfuerzos habíamos conseguido alquilar un vehículo apropiado para nuestros fines, un Continental similar al Vauxhall que había empleado para visitar a Holmes en Sussex. Descapotable y dotado de una rueda de repuesto emplazada sobre el estribo lateral, se trataba de un automóvil de carácter robusto, que esperaba no nos defraudase en los difíciles caminos que muy pronto íbamos a transitar.

La carretera que ahora recorríamos si bien no era principal gozaba de un piso razonablemente bueno. Hasta llegar a Brynamman, donde nos aguardaba el emprendedor sargento Hughes, nuestro viaje transcurrió sin incidentes. A partir de allí, la ruta se tornó progresivamente tortuosa. Tras atravesar algunos bosques, no tardamos en vernos obligados a reducir la marcha para atravesar un vado.

—«Una *trampa* para tender a *Morgan*…» —citó Holmes repentinamente—. ¿Recuerda usted la carta de Smith? ¡Si es así, fíjese en eso!

El índice de mi compañero señalaba a un rótulo en el que se leía una solitaria palabra: «Trapp[17]».

—¡Dios mío! ¿Será una coincidencia?

—Quizá sí, quizá no. —Holmes se encogió de hombros—. En cualquier caso, ese sitio no está lejos del lugar al que nos dirigimos.

Orientándonos perfectamente con el mapa suministrado por el sargento Hughes, no nos resultó difícil dar con la granja de Bethesda, un mediano terreno cercado por un muro de piedra en el que pastaban veinte o treinta ovejas indiferentes a la suerte de sus compañeras. Al acercarnos a la casa, casi nos dimos de bruces con Garman, atareado en la preparación de una pócima maloliente destinada a alejar a las garrapatas de sus ovejas.

Nuestra entrevista con él no fue demasiado bien. De natural hosco, agravado por la pérdida de dos de sus animales, Garman resultó además no haber oído en la vida el nombre de Sherlock Holmes.

—¡La ignorancia en estas regiones apartadas resulta increíble! —murmuró Holmes en dirección a mí.

Nuestra petición de observar los cadáveres de las bestias fue rechazada de plano.

—Imposible. Ya las he vendido al carnicero. El muy bandido me ha pagado una miseria con la excusa de que estaban medio pulverizadas.

Garman se mostró igualmente reticente ante nuestra insistencia en visitar el lugar donde las ovejas habían sido halladas muertas. Con todo, al enterarse de que disponíamos de un coche y de que le llevaríamos allí en él, finalmente accedió a nuestros deseos. Por lo que imaginé, aquel hombre jamás había subido a un automóvil y debía de creer que tal circunstancia contribuiría a elevar su estatus por encima del de sus vecinos. Unos instantes después emprendíamos el trayecto, Holmes y yo sentados al frente y Garman en el asiento trasero con los brazos cruzados y la barbilla erguida de un monarca yendo a su coronación.

Después de unos diez minutos nos vimos obligados a aparcar el automóvil para proseguir el camino a pie. Al poco llegamos junto al banco de un río poco profundo pero de rápida corriente. Al otro lado del río se alzaba un impresionante amasijo rocoso que ascendía, de modo casi vertical, hasta una altura de casi cien metros en cuya cima, casi colgando sobre el mismo precipicio, se veían las oscuras murallas de un castillo. Era aquélla una extraordinaria elevación, similar al acantilado de una costa rocosa, pero incongruente en mitad de aquella zona de terrenos cultivados.

Para ligera molestia de Holmes, no pudimos inspeccionar el lugar exacto donde habían aparecido los animales por hallarse éste al otro lado del río. Ello tampoco resultaba tan importante, pues el propio Garman no parecía recordar con certeza de qué punto se trataba.

—¿Estaban los cadáveres uno al lado del otro?

—No. A trescientos metros de distancia cada uno. Y si alguien hizo eso fue porque el agente Meredith no supo evitarlo.

Alzando la vista hacia la imponente mole de Carreg Cennen y la sombría silueta de su castillo, pensé que la solución al enigma resultaba tan palmaria como imposible.

Sin embargo, de haber caído o sido arrojados del castillo, lo lógico hubiera sido encontrar los cuerpos al pie del cerro. ¿Qué podría haberlos proyectado a semejante distancia?

Al interrogar a Garman a este respecto, el granjero se mostró evasivo.

—Hum. ¿Quién sabe qué se esconde en ese castillo?

—¡Lo sabrá cualquier persona que suba a él por la ladera posterior, mucho más suave! —terció Holmes con un deje de irritación en su voz. Haciendo una pausa, mi compañero clavó sus ojos en nuestro malhumorado cicerone—. ¿Cuál es su nombre de pila? ¿No será Morgan por casualidad?

—Nada de eso. Me llamo Paul.

Sin sacar nada en claro de aquel lugar regresamos al coche, devolvimos a Garman a su granja y recorrimos el camino que se extendía junto a la ladera norteña del castillo, por la que el acceso resultaba posible.

—¿Qué piensa de todo esto? —pregunté a Holmes.

—Nada. El motivo de una acción así me resulta tan oscuro como los medios empleados para llevarla a cabo. En principio pensé que podría tratarse de un aviso o una amenaza. Pero, en ese caso, Garman ignora por qué se le amenaza o qué se le pide que haga, lo que resulta completamente absurdo.

El flanco norteño del cerro consistía en una ladera empinada pero accesible en la que pastaban algunas ovejas. Sobre sus cabezas se alzaban las rugosas torres y murallas de aquel castillo del siglo XIII cuyo aspecto resultaba siniestro aun a pleno sol. A pesar de que no había razón alguna para suponer que aquella edificación tuviera algo que ver con los misteriosos eventos acaecidos a su alrededor, la tentación de establecer dicho vínculo resultaba natural y demasiado difícil de resistir.

Tras ascender la ladera, penetramos en el castillo a través de una complicada barbacana antaño protegida por fosos y puentes levadizos. De acuerdo con las notas de mi guía turística, aquella fortaleza había constituido una defensa impresionante cuyo papel durante la guerra de las Dos Rosas resultó determinante. Sin embargo, entre sus muros no hallamos más restos de vida que una botella de cerveza y un paquete de cigarrillos con varios meses de antigüedad.

—Si nos encontráramos en Francia o Italia —comentó Holmes en tono sombrío —, países que cuidan mejor de sus castillos, quizá nos hubiéramos topado con una catapulta en perfecto estado de funcionamiento que explicaría el misterio de modo instantáneo.

—¿Sería posible que las ovejas hubieran sido apresadas por algún tipo de ave gigantesca? —aventuré con vaguedad—. He oído hablar de esas águilas escocesas que ocasionalmente roban corderitos. ¿Puede existir un animal semejante, capaz de raptar ovejas?

—Quizá se trate del *rukh* de *Las mil y una noches*, que alimenta a sus crías con elefantes —sugirió Holmes en tono cáustico—. Bien, la verdad es que su propuesta podría ser cierta en el caso del cóndor sudamericano, al que se le han atribuido hazañas parecidas. Sin embargo, suponiendo que ese cóndor haya sido trasplantado a Gales, debe ser un ave muy estúpida para raptar a una oveja, dejarla caer, raptar a otra oveja, dejarla caer también y abandonarlas allí sin probar bocado…

Con escasas esperanzas, pero dispuestos a proseguir nuestro reconocimiento de Carreg Cennen, nos internamos en un corredor iluminado por aspilleras hasta desembocar en la entrada de un subterráneo de unos cien metros de longitud. Conociendo a Fu Manchú procedimos a un minucioso examen del subterráneo sin hallar prolongación alguna de él.

Debo decir que mi tendencia a la claustrofobia acogió con agrado nuestro regreso al patio de armas algo después. Tras sacar nuestra bolsa de provisiones decidimos improvisar un refrigerio allí mismo, aprovechando una brecha en la muralla para consumir nuestros bocadillos frente al magnífico panorama de suaves colinas y campos de cultivo que se extendía ante nosotros.

Debo decir que Sherlock Holmes apenas si mostró interés alguno en el paisaje, acostumbrado como estaba a reservar sus momentos de deleite estético para los períodos de inacción. Sentado junto a mí con sus flacas piernas cruzadas sobre el suelo, mi compañero no parecía prestar mayor atención al bocadillo de salchicha que consumía con una morosidad exasperante. Por mi parte, no dejaba de intrigarme la existencia de aquel subterráneo cegado junto a la muralla del castillo.

—No lo entiendo —confesé—. ¿Para qué se tomarían la molestia de crear ese falso túnel que no es sino la prolongación recubierta del sendero que corre junto al acantilado?

—Quizá lo hicieron para albergar allí al dragón del castillo —musitó Holmes.

—¡Pero si los dragones galeses tienen alas! —comenté, divertido—. ¡Quizá ahí radique la explicación del enigma! Por cierto, según mi guía turística este castillo estuvo habitado durante un tiempo por la legendaria bruja Morgan Le Fay. Otra vez el nombre «Morgan», ¿eh?

—La legendaria hermana del rey Arturo —confirmó mi compañero—. Sin embargo, antes de pasar al terreno de la hechicería, nuestra investigación agradecería que agotásemos todas las explicaciones naturales, la del cóndor incluso.

—¡No me refería a eso! —apunté, molesto ante aquella nueva muestra de humor ácido—. Pero supongamos por un instante que la «trampa» de la carta de Smith hace referencia al pueblo de Trapp situado a nuestros pies. ¿No podría significar «Morgan» el castillo de Morgan Le Fay?

—Hum. Admito que esa explicación tiene su lógica, Petrie —concedió Holmes en tono pensativo—. Podría tratarse de eso, desde luego, aunque me extrañaría que el Si Fan se hallase tan bien instruido en lo referente a la mitología céltico-normanda. El problema de este asunto es que hay demasiadas «trampas» y «Morgans» por los alrededores. Bien, lo cierto es que ya nada nos retiene aquí, así que propongo efectuar una visita a ese Meredith —añadió mi compañero, poniéndose en pie.

Tras descender por la ladera, no tardamos en encontrarnos otra vez en nuestro Continental. A pesar de la estrechez y la pendiente de aquellos caminos, ya me estaba acostumbrando a la conducción del vehículo, así que apenas si nos llevó más de veinte minutos llegar a Capel Gwynfe. Advertida por una llamada telefónica del sargento Hughes, una mujer bajita que se presentó como la hermana de Meredith nos aguardaba en la puerta del pequeño *cottage* policial.

Sentado en un sillón, ataviado con una bata de lana y apretando una botella de agua caliente contra su estómago con gesto dolorido, el agente Meredith —un hombre de complexión robusta y enormes mostachos— hizo ademán de levantarse para saludar nuestra aparición en su comedor.

—¡Le ruego que no se moleste! —cortó Holmes—. Ya sabemos que está usted reponiéndose.

El agente Meredith se hundió de nuevo en su sillón con evidente alivio. Como no tardamos en descubrir, Meredith creía que Sherlock Holmes era el propio comisario

regional de policía. Sin sacarlo de su error y satisfecho de hallarse frente a una audiencia comprensiva, nuestro interlocutor procedió a efectuar su relato sin más dilación.

—Estaba yo durmiendo —comenzó el policía—, cuando recibí una llamada del señor Jenkins, que tiene teléfono en casa. Eran las tres y diez, señor, lo tengo bien apuntado. Jenkins estaba muy excitado y me dijo que había salido al jardín cuando se apercibió de un incendio que tenía lugar a un kilómetro de su casa…

—Un momento —interrumpió Holmes con el ceño fruncido—. ¿Qué hacía ese hombre en su jardín en mitad de la noche?

El agente Meredith se mostró algo incómodo ante aquella pregunta.

—Verá, señor, aquí en el campo hay veces en que las personas se ven obligadas a salir al jardín en mitad de la noche…

—¡Oh! ¡Ya veo! —repuso Holmes, no menos incómodo—. ¡Bien, continúe!

—Bien, yo pensé que era un poco pronto para que hubieran ya incendios forestales, sobre todo cuando últimamente ha llovido bastante, así que me imaginé que el incendio de Jenkins quizá no fuese sino algún campamento de gitanos. Con todo, decidí que valía la pena echar un vistazo, así que me vestí y salí para allí con la bicicleta. Estaba ya a mitad de camino y yo no veía rastro alguno de fuego cuando de pronto vi al tipo ése justo enfrente mío…

—¿Qué tipo?

—¡El chino! Casi le atropellé con la bicicleta. Al principio pensé que era un mono, pues medio se arrastraba como si estuviera totalmente borracho. Iba lleno de sangre, sangre en su cara, sangre en sus ropas. Al verlo, detuve la bicicleta y bajé con la linterna en la mano. Aquel sujeto era más feo que un pecado, en mi vida he visto a nadie tan feo. Y el inspector puede decir lo que quiera. He visto a otros chinos antes y ése lo era. Iba vestido de forma muy rara también…

—¿Rara? ¿En qué forma?

—No llevaba más que una prenda, como un mono de trabajo o de esos que visten en el manicomio. Al verle en aquel estado, le puse la mano encima para ayudarle. «¿Qué sucede, amigo?», le pregunto. ¡Y el tío va y se me tira encima con un cuchillo, a por mí! No sé cómo no me apuñaló, tal era mi sorpresa. Ya se revolvía otra vez cuando le aticé con la linterna justo entre los ojos.

—¿Llevaba ese individuo un vendaje en la oreja? —intervine yo.

—Sí, señor. No recuerdo en qué oreja, pero sí que tenía algo así. No pude observar su rostro con detenimiento porque la linterna se me había roto del porrazo.

—¿Por qué no hizo uso de la lámpara de su bicicleta? —sugirió Holmes.

—¡Vaya! ¡Pues no se me ocurrió! —musitó el policía, algo turbado—. Pero, bueno, como iba diciendo, tengo al chino en mis manos, así que le coloco las esposas y lo pongo atravesado sobre la bicicleta. De esta guisa me lo llevo, como si fuera un saco de patatas y tras muchos sudores llegamos al pueblo. Yo pensaba que el tío estaba sin sentido, pero nada más detener la bicicleta, lo intento cargar a mi hombro y

otra vez se me revuelve como un diablo. ¡El inspector dice que debí estar borracho, pero les juro que ese hombre rompió la cadena de sus esposas como si estuvieran hechas de algodón! Sin darme tiempo a reaccionar, se giró como un rayo y me soltó un puñetazo en el vientre que me envió directamente al suelo. Cuando me pude poner de rodillas, el tío había desaparecido con mi bicicleta.

—¡Wang Lo, sin duda alguna! —musitó Holmes—. ¿Ha sido recuperada su bicicleta?

—No, señor —repuso Meredith en tono melancólico—. ¡Y el inspector quiere que la pague!

—No creo que tenga que hacerlo, no se preocupe —le confió Holmes—. No se lamente, sin embargo. Créame si le digo que ha tenido usted suerte de escapar con vida.

Agotado el motivo oficial de nuestra visita, los próximos minutos los empleamos en charlar de asuntos intrascendentes y beber un té servido por la mujer que nos había recibido. Estaba yo ocupado en preguntar algunas cuestiones técnicas a Meredith en relación con su estómago y en recomendarle que no dejara de acudir al médico cuando nuestra conversación se vio interrumpida por el timbre del teléfono.

—Quédate donde estás, Alun —ordenó su hermana—. Yo responderé. Es la policía de Sennybridge —anunció al cabo de un instante—. Piden por el señor Holmes.

—¿De veras? —repuso éste arqueando las cejas. Acercándose al teléfono, mi compañero tomó el auricular—. Aquí Sherlock Holmes. ¿Cómo sabían ustedes que me encontraba aquí? ¡Ah, ya veo! ¿Qué? ¿Cómo dice? Espere un minuto, por favor…

Volviéndose hacia mí, Holmes me miró con expresión tensa.

—¿Sabe usted si Smith tiene una cartera de piel de cerdo con las iniciales «D.N.S.» grabadas?

—¡Efectivamente! —asentí con excitación.

—Bien, ha sido hallada en posesión de un ratero de poca monta que parece ser oriental —precisó Holmes en tono frío.

Dirigiéndose de nuevo al teléfono, Holmes completó una breve conversación con sus interlocutores y colgó el aparato. Todavía sorprendido por aquella revelación, observé a mi compañero vestirse de nuevo con su abrigo.

—Al parecer llamaron a Swansea, donde les informaron de que nos encontrábamos aquí —explicó. En aquellos días teníamos por costumbre dejar aviso en todo momento del próximo lugar al que pensábamos dirigirnos—. Me parece que va a tener oportunidad de practicar de nuevo su árabe. El hombre que tenía la cartera de Smith es de piel morena, viste un turbante y, aparentemente, no habla una palabra de inglés. Fue detenido a primeras horas de la mañana cuando intentaba colarse por la ventana de una farmacia en Sennybridge.

Holmes se volvió hacia nuestro anfitrión.

—Según tengo entendido, el camino más corto para llegar a ese lugar corre

campo a través. ¿No es así?

—Sí, señor —respondió Meredith—. Sigan por la carretera hasta un kilómetro más allá de Brynamman. En ese punto hallarán un senderillo que conduce a Trecastle. Tómenlo aunque sea un poco incómodo. En total el trayecto es de unos veinticuatro kilómetros, menos de la mitad de lo que emplearían yendo por Llandovery.

Tras agradecer la colaboración de Meredith, no tardamos un minuto en hallarnos otra vez en marcha en nuestro Continental.

—Nuestros amigos de Sennybridge parecen estar más despiertos de lo que hubiera esperado de una unidad de policía rural —comentó Holmes—. No todo el mundo hubiera relacionado las iniciales «D.N.S.» con Nayland Smith.

En silencio asentí a las palabras de mi compañero. ¡Por fin teníamos en nuestras manos a un miembro del Si Fan que había visto recientemente a Smith!

Muy pronto encontramos la desviación a Trecastle. Nuestro camino atravesaba ahora uno de los más bellos paisajes del Carmanthenshire, el tantas veces ensalzado valle de Myddfai.

—Espero que esta nueva pista nos lleve a algún resultado concreto —indicó Holmes, alzando la voz por encima del motor—. Ya hemos perdido bastante tiempo en ese condenado castillo que no parece tener otra relación con este asunto que su proximidad a tres puntos situados en un radio de treinta kilómetros en los que han transcurrido incidentes que parecen apuntar a Fu Manchú. Me imagino que el intento de robo a una farmacia por parte de ese árabe significa que el Si Fan debía precisar con urgencia de alguna clase de droga.

—Quizá la necesitan para atender a Wang Lo —respondí—. Recuerde que el agente Meredith le vio sangrando abundantemente. Por cierto, tengo una teoría a ese respecto…

—En ese caso, expóngala —indicó Holmes en un tono que parecía expresar precisamente lo contrario—. Yo no tengo hipótesis alguna.

—Muy bien —repuse con frialdad—. Supongamos que Fu Manchú dispone de alguna terrible ave rapaz que Wang Lo puede dominar. No olvidemos que la cetrería ha sido muy popular en el Lejano Oriente durante siglos. Quizá el efímero fuego detectado en el bosque no era sino una señal para atraer a esa ave. Y quizá esa ave, que no es más que una bestia, atacó a Wang Lo.

—Todo es posible en la vida —apuntó Holmes con un grosero bostezo—. No se preocupe que no tardaremos en salir de dudas con respecto a la existencia de ese pájaro infernal.

Dicho lo cual, mi compañero se esforzó en encender la pipa que tenía entre los dientes, tarea claramente imposible en aquel coche descapotado lanzado a través del valle. Con un gruñido de irritación, Holmes acabó por desistir de su empeño y devolvió la pipa a su bolsillo.

Estábamos a la mitad aproximada de nuestro camino cuando a un lado del sendero apareció una granja, la primera edificación que veíamos en varios kilómetros.

Al acercarnos, las ventanas rotas y el jardín enmarañado me convencieron de que el lugar estaba abandonado. De improviso, apenas cincuenta metros más allá, sobrevino lo inesperado en forma de una restallante detonación seguida de inmediato por una sacudida de nuestro vehículo. Al instante, la dirección se tornó errática en extremo, obligándome a frenar en seco. Maldiciendo como un pirata, abrí la portezuela y me dirigí al guardabarros.

—¡Su caballo mecánico parece sentirse indispuesto! —apuntó Holmes en tono sarcástico.

De pie frente al motor observamos en silencio la rueda delantera pinchada. Encogiéndose filosóficamente de hombros, Holmes rodeó el motor cuando de pronto lanzó una exclamación y se arrodilló para recoger un objeto del suelo. Acercándose a mí me mostró una especie de nudo elaborado con cuatro clavos.

—¡Abrojos! —musitó mi compañero—. Una viejísima defensa contra los avances de la infantería y que todavía resulta útil contra los automóviles. Hay varios de ellos en el camino.

Arrojando aquel instrumento lejos de sí, Holmes extrajo su pistola del bolsillo.

—¡Prepárese para lo peor, Petrie! —me indicó—. ¡Ese loco de Gribbler ha sido tan estúpido como para revelar nuestros planes al enemigo! ¡No hay ningún árabe en Sennybridge! ¡Todo ha sido una trampa para atraernos aquí!

Un sentimiento mezcla de decepción, sorpresa y alarma me había dejado sin habla. Con desaliento, mis ojos escudriñaron el entorno en espera de las primeras trazas de un ataque. De pronto vi algo.

—¡Allí! —le indiqué a Holmes.

La puerta de la vieja granja se había abierto con un chirrido y un hombre caminaba en nuestra dirección a través del arruinado jardín. Ataviado con una americana de tonos oscuros, aquel individuo no parecía particularmente amenazador, aunque sus movimientos me resultaban vagamente familiares. Siguiendo el ejemplo de Holmes, mi mano aferró la culata del revólver. Sin prisas, el hombre continuaba caminando hacia nuestra posición. Al acercarse, me sorprendió reconocer las gafas de montura negra y las facciones eruditas de Li King Su, el licenciado cantonés que me había prestado su ayuda en cierta operación…

Deteniéndose a seis pasos de nosotros, Li King Su nos saludó con una inclinación de la cabeza.

—Les ruego que no se dejen llevar por sus impulsos —nos dijo en tono amable —. De lo contrario, mis compañeros se verán obligados a dispararles desde la granja. Vengo de parte del doctor Fu Manchú, quien los invita a tomar el té en su compañía.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 19
TÉ VERDE

—No tienen nada que temer —añadió el cantonés con una sonrisa—. Les ruego que me acompañen.

Dicho lo cual nos volvió la espalda y echó a caminar hacia la granja.

Perplejo, intercambié una mirada con Holmes.

—¿Qué podemos hacer?

—¡Lo que él dice! —respondió mi compañero secamente—. Si es verdad que nos están apuntando desde la granja, no tenemos otra opción.

De mala gana eché a caminar en aquella dirección. Seguro de que le seguíamos, el cantonés no se dignó volver la cabeza mientras cruzábamos aquel jardín infestado de malas hierbas.

—¿Conoce usted a ese hombre? —inquirió Holmes en un susurro.

—Sí. Su nombre es Li King Su. Se trata del cirujano chino que estaba a nuestro lado cuando *sir* Baldwin Frazer y yo nos vimos obligados a trabajar para Fu Manchú.

Tras abrir la puerta del viejo caserón, Li King Su se hizo a un lado y, con gesto cortés, nos invitó a penetrar en su interior.

—¡Que Dios nos ampare! —murmuré—. ¡Esto es una trampa con todas las de la ley!

—Es muy posible —dijo Holmes con sequedad—. Pero si lo es, por lo menos vamos armados y estamos avisados. Es mejor así.

Cruzando la puerta sin asomo de vacilación, mi compañero me guió hasta la que debía de ser estancia principal del edificio. El estado ruinoso del edificio resultaba impresionante; las paredes mostraban grietas de casi un palmo, las vigas del techo estaban medio podridas. En un rincón reposaba una descomunal pila de escombros.

En el rincón opuesto se alzaba un gran biombo chino bellamente trabajado que parecía enmascarar una puerta.

Frente al biombo se hallaba dispuesta una rectangular mesa lacada acompañada de tres bajos taburetes de marroquinería egipcia, dos de ellos situados en una punta y el otro emplazado en el extremo opuesto de la mesa. Con un gesto, el cantonés nos invitó a tomar asiento, tras de lo cual desapareció tras el biombo.

Holmes y yo intercambiamos nuestras miradas por un instante y mi compañero se encogió levemente de hombros. Un minuto transcurrió en silencio mientras permanecíamos sentados con la vista vuelta hacia el biombo. En el bolsillo del abrigo, los dedos se me cerraban nerviosamente alrededor de la culata de la pistola. De repente, un leve sonido metálico, como de correr de cortinas, se produjo tras el biombo y una sombra apareció a través de éste.

Un segundo más tarde Fu Manchú hizo su aparición a un lado del biombo.

Nuestro anfitrión, si así podíamos llamarle, vestía de modo idéntico a la primera vez que le conocí, con una sencilla túnica amarilla y una especie de birrete negro que cubría la cicatriz de su reciente operación. El horrible rictus de parálisis había desaparecido de sus rasgos, no así las profundas arrugas de sufrimiento. Sus pasos resultaban dificultosos, precisando de la ayuda de un bastón. Deteniéndose a pocos metros, nos saludó con una inclinación de cabeza a la que Holmes correspondió al instante y que yo ignoré por completo. Un destello de desdén ante la grosería occidental apareció por un instante en las verdes pupilas de Fu Manchú al observarme.

—No tienen nada que temer —dijo con tranquilidad.

Acercándose al extremo de la mesa con la ayuda del bastón, Fu Manchú se sentó en el taburete. En el mismo instante se produjo un movimiento tras el biombo y a ambos lados de éste aparecieron dos de los sujetos de aspecto más peligroso que había visto en mi vida. Con un ligerísimo parpadeo, Holmes me invitó a estar preparado para cualquier cosa.

Los dos personajes recién aparecidos no eran dakois birmanos sino dos gigantescos mongoles de cabeza rapada excepto por una coletilla en la nuca y vestidos únicamente con amplios pantalones bombachos. Sus torsos relucían como si hubieran sido untados con aceite y sobre sus pechos sendos medallones que reproducían el Gran Sello del Si Fan. Dotados de grandes muñequeras de cuero con incrustaciones de bronce que llegaban casi hasta el codo y armados con sendas cimitarras, su presencia resultaba todo menos tranquilizadora.

—Me permitirán disponer de mi guardia personal —explicó el doctor Fu Manchú con aire despreocupado—. A cambio, yo permito que ustedes dispongan de sus pistolas. A ninguno nos interesa una lucha que acarrearía bajas por ambos bandos.

Dicho lo cual, sus hombres tomaron posición algo más allá con la espalda contra la pared y observando la escena con ojos impasibles.

—Debería usted cuidar mejor de sí mismo, doctor —apunté, tratando de mostrar el mismo aplomo que mi interlocutor—. Después de una operación quirúrgica como la que ha sufrido recientemente, no debería haber abandonado aún su convalecencia.

—Nadie mejor que usted, que ha sido mi médico, para decírmelo —respondió Fu Manchú en tono sereno—. Por desgracia, es necesario que me vea obligado a desechar su consejo por tanto tiempo como sigan existiendo secretos que compartir y labios que sellar. —Volviéndose hacia Holmes, añadió—: Perdonen el modo en que los he traído aquí, pero con frecuencia una conversación bajo la bandera blanca puede resolver los problemas existentes entre dos adversarios.

Dichas estas palabras, Fu Manchú dio dos secas palmadas, una sombra se hizo tras el biombo y, para mi absoluta confusión, Karamaneh apareció tras de su raptor. Estupefacto, me puse en pie instintivamente, pero la mano de Holmes, tomándome por el brazo, se encargó de devolverme a mi taburete.

Los dos gigantescos mongoles ya habían dado un paso al frente con su máscara de impasibilidad desaparecida para dejar paso a un cruel brillo de determinación en sus ojos.

Karamaneh iba descalza y vestía el acostumbrado atavío de las esclavas del harén. Sus cabellos revueltos y la ausencia de joyas hablaban de la favorita caída en desgracia. Un reconocimiento más detenido me permitió observar, sin embargo, el pequeño anillo de diamantes en su mano izquierda. Con un estremecimiento de alegría, supe que habría luchado hasta la muerte con sus raptores antes de dejarse quitar aquella sortija. Nuestros ojos se encontraron y sus gruesos labios rojos temblaron por un instante al tratar de esbozar una sonrisa.

Desviando la mirada, Karamaneh concentró su atención en la bandeja que portaba y comenzó a disponer tres pequeños cuencos de porcelana y una tetera sobre la mesa.

—Lamento tener que recibirlos en un entorno tan inapropiado, por lo menos a ojos occidentales —prosiguió Fu Manchú, ignorando por completo la presencia de mi prometida—. Por fortuna, en China tenemos la capacidad de concentrarnos únicamente en aquello que nos resulta placentero. Un biombo *t'ang* o un dibujo de Wu Chen es todo cuanto necesito para sentirme como en mi casa en cualquier lugar.

—En ese caso, me considero honrado de ser recibido como lo sería en su hogar chino —respondió Sherlock Holmes.

Holmes le había tomado la medida a nuestro interlocutor. La batalla entre aquellos dos grandes intelectos prometía ser excepcional. Karameneh nos sirvió el té de acuerdo con el ritual. Al tomar mi taza vacilé por un instante, pero sus ojos me indicaron que no había peligro alguno.

Ejecutada su misión, Karamaneh dio media vuelta y se dirigió hacia el biombo con el propósito de abandonar la sala.

—*Khailiki shuwayya*! —le detuvo Fu Manchú, dirigiendo su inexorable mirada esmeralda hacia mí—. No le voy a privar de la oportunidad de verla, doctor Petrie. Se quedará aquí, con nosotros, aunque sin decir palabra.

—Si no entiendo mal —intervino Holmes—, esta señorita es la prometida del doctor Petrie, a la cual usted secuestró.

Fu Manchú denegó lentamente con la cabeza.

—Yo no la secuestré. Ella me pertenece, de acuerdo con la ley islámica según la cual fue adquirida por mí. —Sus ojos de nuevo se clavaron en los míos—. Si Karamaneh es ahora mi sirvienta y la trato como a tal, suya es la culpa, doctor Petrie, no mía. No puedo correr el riesgo de suministrarle por segunda vez el preparado amnésico que ya empleé algún tiempo atrás. Se trata de un compuesto deficiente, cuyos efectos secundarios estuvieron en el origen del atentado contra mi vida. Aquí admito mi responsabilidad y es por ello que no ejerceré la violencia contra esta muchacha.

Aquellas palabras y el tono imperturbable en que fueron expresadas acabaron por hacerme estallar.

—¡Ya está bien de andarnos con remilgos! —exclamé—. ¿Qué demonios ha hecho usted con Smith?

—El señor Nayland Smith se encuentra perfectamente bien —indicó Fu Manchú sin alterarse en lo más mínimo por mi estallido—. Sepa usted que se halla bajo mi protección. De no haber actuado yo del modo en que lo he hecho, el señor Smith no hubiera tardado en ser aniquilado por aquellos a quienes ni siquiera yo puedo controlar.

A espaldas de Fu Manchú, con las manos unidas en ademán modesto, Karamaneh observaba la escena. Sus ojos relucían y una lágrima solitaria rodó por la tersa mejilla. A pesar de mis esfuerzos, no conseguí que su mirada se uniera con la mía. A ambos lados de su persona, los dos colosales guardianes se erguían impasibles, como sendas esculturas creadas por algún artista de gustos morbosos.

El doctor Fu Manchú tomó su taza de té y la acercó hasta sus labios.

—En las circunstancias un tanto peculiares en que nos encontramos, el anfitrión debe beber primero —dijo—. Tienen ustedes mi palabra de que estas tazas no contienen otra cosa que una infusión de hojas de té sin fermentar provenientes de las montañas de Kweichow.

A pesar de mi aprensión recordé que en todos nuestros encuentros anteriores Fu Manchú jamás había roto su palabra. Al probarla, mi bebida resultó tan amarga como refrescante. Holmes, a pesar de no conocer personalmente a nuestro adversario, era un excelente juez de carácter y bebió sin vacilación alguna.

—Excelente —comentó apreciativamente—. Su gusto para el té me parece muy superior a su gusto para la miel —añadió, dirigiéndose a Fu Manchú.

Éste asintió con imperturbabilidad.

—Sí, la miel de Bizancio, un secreto que comparto con la corrupta corte del gran Comneni. Lo cierto es que pensé que estaría usted interesado en apreciar una muestra de ella. Nunca le creí tan imprudente como para probarla. —Fu Manchú depositó cuidadosamente su taza sobre la mesa—. Me alegra comprobar que es usted tan perspicaz como sugiere su reputación y sepa que no me quería marchar de Inglaterra sin conocerle.

—¿Se marcha usted? —salté de nuevo.

—Muy pronto, doctor Petrie. Mi trabajo aquí está casi finalizado. Me vuelvo a China y el señor Nayland Smith se viene conmigo. Tiene mucho que confiarme en relación con el aparato policial inglés y, una vez que yo le haga entender lo equivocado de sus actuales opiniones, se convertirá en mi lugarteniente en Birmania.

Asombrado, me dejé caer de nuevo sobre el taburete. Fu Manchú acababa de confirmar mis más íntimos temores. ¡No me había equivocado! Smith sería transportado a la misma guarida del monstruo para ser torturado, drogado, despojado de todos sus secretos y finalmente transformado en un nuevo fanático del Si Fan sin opiniones propias. Demasiado anonadado para musitar palabra alguna, seguí escuchando aquella voz que se expresaba lentamente con la precisión académica de

un genio que hubiera aprendido inglés sin haber oído jamás dicha lengua.

—Tampoco quería marcharme sin expresarle mi profundo pesar por la ocasión en que un globo de Stromberg fue arrojado a su residencia. Tal acción fue efectuada por mis subordinados, pero no con mi aprobación o conocimiento.

—Así lo había pensado —respondió Holmes con ademán pensativo—. Pero ¿cuando se refiere a Stromberg, no estará hablando del químico alemán Helmuth Stromberg fallecido tres años atrás? No sabía que se hubiera dedicado al campo al que nos referimos.

—Stromberg completó sus investigaciones seis meses *después* de su muerte en mi laboratorio de Kiang-su, donde dispuso de los medios que se le habían negado durante toda la vida. Cualquiera que sea el concepto que tenga usted de mí, le aseguro que no tardará en llegar el día en que agradecerá que los secretos de Stromberg estén en mis manos y no en las de Guillermo II.

Fu Manchú dirigió una mirada por encima del hombro a Karamaneh, quien se apresto a llenar nuestras tazas una vez más. Por un instante, Karamaneh se acercó tanto a mí como para que yo pudiera aspirar de nuevo aquella fragancia de sus cabellos que tanto había echado de menos. Ante sus ojos violetas, tentado estuve de dirigirle la palabra, pero sabedor de que si hablaba conmigo más tarde pagaría por ello, me contuve en el acto, no sin ingeniármelas para rozar sus dedos por un instante.

Servido el té, Karamaneh regresó a su posición expectante mientras Fu Manchú, tras un nuevo sorbo, volvía a dirigirse a Holmes.

—Aunque el Si Fan me pertenece, mi poder no es todavía absoluto. —Mientras Fu Manchú proseguía su disertación en voz suave, se produjo el raro fenómeno que ya había observado en otras ocasiones, una extraña película pareció velar sus ojos de repente, como si éstos se hubieran tornado ciegos, transformación que, según advertí, había interesado extraordinariamente a Holmes—. Hay quien quiere derribarme y cosechar el fruto de mi siembra. Sin embargo, yo prevaleceré. Antes de mi partida voy a declarar ante los Siete; veremos quién puede más, entonces[18].

Las últimas palabras fueron pronunciadas en un tono tan apagado como para resultar casi inaudibles. De pronto el doctor Fu Manchú pareció despertar de su especie de letargo y la película de sus ojos se esfumó por completo, sustituida por el acostumbrado esmeralda lustroso.

—Señor Holmes, finalmente ha optado usted por inmiscuirse en mis asuntos. Le pido que me deje completar mi tarea en paz y se aparte de mi camino. No sabe cuánto lamentaría tener que terminar una carrera como la suya, pero si continúa usted interponiéndose en mi camino, le destruiré sin vacilación.

—¿Qué pretende usted? —inquirió Holmes con tranquilidad.

—Voy a devolver el orden a aquellos lugares en los que ustedes han instaurado el caos. Por groseros motivos comerciales, han destruido ustedes estructuras seculares. La India y Birmania están en su poder. El sudeste gime bajo el yugo holandés. Los franceses se han hecho con Indochina, Prusia ha puesto su pie en el Pacífico y Japón

es un vasallo occidental empleado contra nosotros. Voy a terminar con todo esto y devolver a mi nación a la posición de liderazgo a la que tiene derecho tras cinco mil años de historia…

Mientras escuchaba a nuestro interlocutor, eché un vistazo al incongruente entorno que nos rodeaba; el precioso biombo, las siniestras figuras armadas de cimitarras, los muros agrietados, las vigas carcomidas… Aquello tenía la irrealidad de una pesadilla… La luz del crepúsculo se filtraba por entre las ventanas sin cristal.

—Si tenemos en cuenta la actual situación en China —dijo Holmes—, me permitiría señalar que sus objetivos parecen tener allí suelo más fértil para su realización del que puedan hallar en Inglaterra.

—Nada más cierto —observó Fu Manchú en tono desapasionado—. Tal es el motivo de mi regreso. Mi estancia aquí muy pronto carecerá de todo sentido. En su insensata codicia y aspiración imperial, las naciones europeas no tardarán en echarse las unas sobre las otras en una lucha mil veces más terrible y despiadada de lo que ustedes se imaginan. Tierra, mar y aire se tornarán en campo de batalla. La muerte y la destrucción reinarán por doquier y la herencia de sus hijos será el caos. El cepo que aprisiona a Oriente muy pronto se enmohecerá y jamás volverá a ser impuesto sobre nosotros.

Holmes fijó por un segundo la mirada en su contrincante.

—Si no tiene usted inconveniente, ¿le importaría decirme cuándo tendrá lugar este pequeño apocalipsis?

—En el octavo mes —respondió Fu Manchú sin inmutarse en lo más mínimo.

Girándose hacia Karamaneh, el chino pronunció una breve orden. Mi prometida asintió con la cabeza y, con una última, patética mirada de refilón hacia mí, desapareció por un ángulo del biombo.

—También tengo un consejo para el doctor Petrie. —Los ojos de Fu Manchú se habían transformado en dos ranuras esmeralda concentradas sobre mí—. Es usted joven y, como tal, todavía no ha dado la medida de lo que realmente es capaz. Sin embargo veo en usted la semilla de un genio. Bajo mi tutela, usted podría llegar muy lejos. Abandone esta lucha sin sentido que no puede traerle más que amargura. Únase a mí por su propia voluntad, acate mi poder y yo le entregaré a Karamaneh.

Ante aquella propuesta, una dura lucha se entabló en mi interior entre mi rechazo instintivo y el frío razonamiento que me llevaba a quebrantar mi honor: aceptar la oferta y traicionar a Fu Manchú tan pronto como pudiera. Finalmente me negué.

—Como usted quiera —repuso el chino en tono solemne—. Si en algún momento descubro que puedo emplear sus servicios sin demasiadas molestias para mí, obraré en consecuencia. Pero no se haga demasiadas ilusiones acerca de mi interés. Si continúa usted interponiéndose en mi camino, mi mano no temblará.

El doctor Fu Manchú dio una palmada y Li King Su apareció en la habitación. Vestido con una gorra y un abrigo, se dirigió hacia la salida. La entrevista parecía tocar a su fin.

—Según parece, no se halla usted interesado en mis servicios… —aventuró Holmes en un tono que denotaba menor interés que comezón ante el hecho de ser excluido.

—Al contrario, nada me complacería más —declaró Fu Manchú—. Sus años, sin embargo, me prohíben emplearle. La edad es nuestro peor enemigo. Durante muchos años he buscado inútilmente el medio de combatirlo. Es por ello por lo que debo completar la tarea que me ha inspirado desde mi juventud[19]. De lo contrario todo cuanto he hecho no habrá servido de nada. Todavía queda mucho por hacer, sin embargo, y antes de partir hacia China voy a asestar un golpe que la orgullosa Inglaterra no olvidará jamás. Jamás. —Dando la conversación por terminada, Fu Manchú se puso en pie—. Me parece que estamos destinados a encontrarnos de nuevo, señor Petrie. Adiós, señor Holmes.

Nuestro interlocutor saludó con un movimiento de la cabeza, al que esta vez ambos respondimos. Li King Su nos abrió la puerta, que se cerró tras de nosotros. Nadie nos siguió ni molestó mientras caminábamos hacia nuestro vehículo inmovilizado en la carretera. Yo me sentí tan furioso como humillado, tratado con desdeñosa cortesía y forzado a ver a una Karamaneh atormentada y ataviada con las infames ropas del harén. Fu Manchú parecía haber ganado la partida.

Para mi sorpresa, Holmes se mostraba entusiasmado.

—¡Sus ojos son extraordinarios! —declaró con admiración—. ¡Ese velo que los oscurece a la menor señal de emoción! Como usted bien decía, recuerdan a un segundo párpado, semejante a la membrana *nictitans* de un ave. Me pregunto si el propio Fu Manchú controla su movimiento…

Nada más lejos de mi intención que ponerme a discutir en aquel instante acerca de la naturaleza de los ojos de nuestro adversario.

—Ese loco no ha hecho sino divertirse a nuestra costa —repuse con disgusto.

—Más que eso —precisó Holmes—. Como todos los tiranos que alardean de su poder, nos ha revelado más de lo que tenía intención.

El sonido de un motor a nuestra espalda hizo que me volviera a tiempo para ver cómo un camión de gran tamaño emergía de un destartalado cobertizo situado junto al caserón. Su caja estaba oculta por una gran lona y no pude ver quién conducía. Sin perder un instante el camión cruzó por el jardincillo y se perdió por el camino en dirección a Trecastle.

—¡El rufián! —gruñó Holmes—. ¡El mismo camión que vi en Nant Gareth! Si todavía lo están empleando, sin duda ignoran que dispongo de la matrícula. Aunque evidentemente debieron advertir que faltaba un hombre en su cuadrilla de peones, no parecen saber nada acerca de nuestra presencia en la mina. Bien, si continúan empleando ese vehículo durante mucho tiempo, siempre cabe la posibilidad de que algún policía más astuto de lo corriente los descubra. Por desgracia, me temo que aún tardaremos bastante rato en disponer de un teléfono. Por fortuna, sólo un neumático ha sido dañado; de lo contrario nos veríamos en bastantes apuros. ¿Ha cambiado una

rueda alguna vez, Petrie?

—No —admití con desconsuelo.

Holmes no se mostró contrariado en absoluto. Antes bien, parecía de un humor excelente.

—Bien, bien. Me imagino que dos hombres de inteligencia media siempre acabarán por descubrir el modo en que se hace.

Asintiendo en silencio extraje la caja de herramientas del maletero. Holmes encendió su pipa con una sonrisa sardónica mientras yo examinaba los extravagantes instrumentos encerrados en aquella caja.

—Su prometida es tan valiente como encantadora —declaró mi compañero repentinamente—. Por supuesto que ya sé que usted no apartó los ojos de ella, pero ¿se fijó en el movimiento de sus dedos?

—Ella estaba muy nerviosa —repliqué con sequedad, pensando que aquella observación encerraba muy poco tacto.

Holmes respondió con una carcajada de triunfo.

—Eso fue lo que pensé yo en un principio. Hasta que observé que el dedo índice de su mano derecha se movía de modo regular, de modo similar a como lo haría al operar un telégrafo. Karamaneh me estaba enviando un mensaje. A mí, pues ella debía saber que usted desconoce el código de Morse.

—¿Qué? —exclamé con asombro.

Mi sorpresa era tal que la llave inglesa que sostenía con la derecha se deslizó entre mis dedos cayendo al suelo pesadamente. De pronto recordé cómo, tiempo atrás, una advertencia de Karamaneh había salvado mi vida y la de Smith. Ahora, como en aquella ocasión, imposibilitada de hablar, había hallado un nuevo modo de comunicar un mensaje.

—Como usted recordará, su prometida se hallaba situada frente a los dos guardianes y a espaldas del doctor Fu Manchú, circunstancia por la cual sus movimientos no fueron advertidos. Tan pronto como me di cuenta de que intentaba decirnos algo le miré a los ojos y parpadeé una vez en señal de «Recibido». Sin perder un instante, la muchacha envió el siguiente mensaje: «Davies de Glyn Idris-Avísenle».

—¿Davies? —exclamé intrigado—. ¿Y quién es esa persona?

—La próxima víctima del Si Fan, evidentemente. Y Glyn Idris debe de ser el lugar donde vive. No tardaremos en averiguar todo eso.

—Hum. Ya veo —musité, todavía asombrado. A pesar de aquella nueva pista, un ligero sentimiento de decepción se había adueñado de mi ánimo—. Entonces, ¿Karamaneh no mencionó el nombre de Smith?

—A lo que parece, Davies es ahora mucho más urgente. Imagino que el Si Fan prepara alguna acción inminente contra él. En cuanto a Smith, dudo mucho de que su prometida disponga de alguna información exacta relacionada con él —Holmes se detuvo por un instante y me dirigió una mirada curiosamente reticente—. Bien,

supongo que no me queda otro remedio que decírselo… Karamaneh sí mencionó a Smith. Después de servirnos el té por segunda vez, la muchacha volvió a situarse detrás de Fu Manchú y trató de enviarme un nuevo mensaje.

—¿Cuál era ese mensaje? —interpelé con una voz que demostraba bien a las claras mi ansiedad.

—Estas palabras: «Smith inmovilizado-están usando el gusano…».

Por desgracia, Karamaneh no pudo seguir con su mensaje pues precisamente en ese momento Fu Manchú le ordenó marcharse de la sala. Es posible que ese viejo zorro se oliera alguna cosa.

CAPÍTULO 20
DAVIES DE GLIN IDRIS

Nuestra llegada a la comisaría de policía aquella misma noche produjo el impacto de un terremoto. Libros, mapas y teléfonos fueron consultados a toda prisa en un vano intento de establecer la localización exacta de Glyn Idris. Dicha localidad no pertenecía a aquella demarcación y nadie supo decirnos dónde se encontraba.

Habíamos hecho nuestra entrada en Swansea a las ocho de la tarde. El cambio de la rueda pinchada en mitad de aquel camino solitario no había resultado precisamente fácil. Sentado sobre una roca a un lado del camino, Holmes no había hecho sino fumar su pipa y observarme con calma, aventurando ocasionalmente alguna sugerencia. Entretanto yo batallaba con herramientas que no había visto en mi vida, me despellejaba los nudillos y manchaba de aceite mi recién estrenada chaqueta de *tweed* de Donegal[20]. El único comentario de mi compañero fue para hacer referencia de que no debería haber salido de excursión en automóvil ataviado con mis mejores ropas.

—Cuando salimos yo no disponía de ningunas ropas viejas conmigo —repliqué con irritación.

—¡Bien, ahora las tiene! —respondió mi compañero encogiéndose de hombros.

Reparado el pinchazo, el viaje de regreso transcurrió sin percance alguno y nada más llegar a Swansea nos dirigimos a la comisaría. Nuestra preocupación inmediata estribaba en aprovechar la información de Karamaneh, pues la vida de un hombre parecía estar en peligro. El superintendente Gribbler resultó hallarse fuera, pero sin que nosotros lo pidiéramos alguien le telefoneó y no tardó en presentarse voluntariamente en la comisaría cuando aún nos hallábamos atareados en la localización de Glyn Idris. Al reprocharle Holmes el haber facilitado nuestro paradero al Si Fan, el rubicundo rostro del superintendente abandonó su expresión jovial por un gesto en el que preocupación y asombro se mezclaban a partes iguales.

—¡Yo nunca haría una cosa así, Shylock! —protestó Gribbler mientras Holmes fruncía el ceño—. Es posible que a veces sea un poco duro de mollera, pero no soy tan tonto. No le hubiera dado esa información a nadie. ¡Pero el caso es que nadie llamó! ¡Nadie! Y nadie en la comisaría pudo proporcionar esa información, pues yo era el único que la conocía.

Por primera vez desde que le había conocido, Holmes mostró una expresión de completa desorientación.

—¿Cómo es posible entonces que supieran que nos hallábamos en el *cottage* de Meredith? —exclamó—. ¡Ni siquiera nosotros sabíamos con seguridad que nos dirigíamos allí! ¡Le juro, Petrie, que pronto creeré que ese maldito Si Fan ha hecho un

pacto con Morgan Le Fay!

Frunciendo el ceño, mi compañero permaneció en silencio por un instante.

—¡Esa acción fue planeada con varias horas de antelación! —musitó por fin—. El hombre que habló conmigo por teléfono era sin duda un actor desempleado pagado para encarnar al sargento de Sennybridge. ¡Estoy seguro de que se trataba de un galés!

A todo esto, menos simple de lo que sus maneras dejaban entender, Gribbler ordenó a sus hombres que sustituyeran su ineficaz búsqueda de Glyn Idris por una llamada al bibliotecario local. Veinte minutos después éste telefoneó a la comisaría y, para nuestro desaliento, afirmó haber hallado nada menos que cuatro pueblos con ese nombre. Dos de ellos se hallaban en el norte de Gales, otro en el Pembrokeshire y el último en el Cardiganshire.

Ninguna de las poblaciones se encontraba cerca de Carreg Cennen. Tras un instante de meditación, Holmes decidió desechar inicialmente las dos localidades del norte de Gales con la afirmación de que los esfuerzos de Fu Manchú parecían concentrarse últimamente en el sur. En lo referente a la identidad de «Davies», no disponíamos de pista alguna, pues éste era uno de los apellidos más comunes en aquel país. El único medio de averiguar este punto consistía en efectuar una investigación sobre el terreno.

—Karamaneh no podía ofrecernos más datos, pues ya no goza de la confianza de Fu Manchú —declaró Holmes—. Tan sólo dispone de un dato oído o leído al azar.

—¡Quién sabe los riesgos que corrió para disponer de esa información! —exclamé con un estremecimiento—. Si Fu Manchú advirtió las señales que le dirigía a usted, en estos momentos lo debe estar pasando muy mal…

—¡Oh, no se preocupe demasiado a ese respecto! —replicó Holmes con ligereza —. Ella es demasiado valiosa para Fu Manchú, aunque sólo sea para guardarla como rehén. Lo peor que le puede pasar a esa muchacha es recibir alguna que otra paliza.

Con este comentario poco considerado, que en nada contribuyó a apaciguar mis ánimos, abandonamos la comisaría y regresamos a nuestro hotel. Ya era demasiado tarde para la cena, así que debimos conformarnos con un refrigerio improvisado, tras del cual Holmes se fue directamente a la cama…

Sin duda yo me hallaba igualmente fatigado pero, inquieto y con los nervios en tensión, opté por salir a dar un paseo. Tras abandonar el hotel avancé a paso tranquilo por Walter Street, me desvié al llegar a la iglesia y ascendí por las estrechas callejuelas que llevaban al pequeño parque sobre la colina que Holmes y yo habíamos visitado durante nuestra primera tarde en la ciudad. Sentándome en un banco de madera, encendí mi pipa y traté de poner en orden mis ideas.

A mis pies, la noche parecía todo menos dormida. Verdes, rojas y blancas, las luces de los barcos anclados en los muelles destellaban en silencio. Al oeste, fuera de la bahía, centenares de lucecillas hablaban del continuo tráfico que se desarrollaba en mitad de la noche. En un extremo de la bahía, el faro distante me ofrecía su rayo con

intensidad de metrónomo. Instintivamente, recordé la descripción que Smith me había hecho del panorama de Hong Kong que se apreciaba desde la colina de Victoria…

Aquel recuerdo me hizo suspirar. Nuestra absurda investigación acerca del misterio de las ovejas de Paul Garman únicamente nos había servido para que la búsqueda de Smith fuera sustituida por la defensa de los intereses de alguien a quien no conocíamos ni sabíamos dónde vivía. Es lógico que en aquel instante me sintiera totalmente indiferente en relación a la suerte que pudiera correr ese Davies de Glyn Idris. No obstante, en el fondo de mi corazón, creía que aquella frialdad con respecto a una persona en peligro equivalía a traicionar a Smith, pues mi amigo hubiera sido el primero en lanzarse en su defensa.

El magnífico panorama luminoso no tardó en trocar su encanto por un angustioso sentimiento de melancolía, como sólo la belleza puede depararnos. Con la mirada fija en el faro inexorable, mis temores por Karamaneh y Smith no hacían sino aumentar. «SMITH INMOVILIZADO-ESTÁN USANDO EL GUSANO…».

Una y otra vez me esforcé en descifrar aquel mensaje quebrado.

«Smith inmovilizado…». ¿Se encontraría enfermo? ¿O simplemente vigilado de tal modo como para evitar cualquier intento por su parte? Y otra vez el *gusano*. Sin saber bien por qué, aquella palabra desconocida me estremecía. ¿Se trataría quizá de algún infernal instrumento de tortura? ¿No sería quizá alguna horrible criatura de naturaleza desconocida y obediente a Fu Manchú?

Era muy tarde cuando me hallé de nuevo en el hotel. Aquella noche me vi asaltado continuamente por horribles pesadillas. En una de ellas, Nayland Smith se debatía, encadenado en una mazmorra de Carreg Cennen, mientras un enorme gusano negruzco se arrastraba por su frente; en otra, Karamaneh, atada sobre una mesa de cristal, se estremecía de horror mientras un instrumento de forma cónica emplazado sobre su cabeza despedía unos rayos verdosos que atravesaban una y otra vez el cuerpo de mi prometida…

A la mañana siguiente nos pusimos en camino muy temprano hacia el Glyn Idris más cercano, situado a unos cien kilómetros de Swansea. A pesar de la considerable distancia, la carretera era bastante buena en su mayor parte y creía poder efectuar el trayecto en unas dos horas. A pesar de tal circunstancia, Holmes me había recomendado llevar conmigo el equipaje preciso para una noche.

—Si tenemos que ir hasta el segundo Glyn Idris, dudo que podamos regresar a Swansea esta misma noche.

El paisaje de aquella comarca eminentemente agrícola discurría con suavidad a ambos lados de la carretera. Al detenernos en un pueblo para saborear una taza de café, aproveché para exponer a Holmes mis temores relativos a Smith. Yo esperaba que mi compañero se mofaría de ellos, pero, como si quisiera corroborar mi intranquilidad, pareció considerarlos muy en serio.

—Debo admitir que a mí tampoco me gusta demasiado lo de ese *gusano* —

declaró mi compañero con expresión preocupada—. Esa palabra me recuerda demasiado un asunto en el que tomé parte doce o trece años atrás. Dicho caso se inició con un loco que observaba con extraña atención a un gusano de especie desconocida encerrado en una caja de cerillas y, por desgracia, nunca fue completamente resuelto.

Aquello no tenía nada de tranquilizador, desde luego.

Tras consumir nuestro café, pronto nos encontramos en la carretera de Cardigan. Una hora más tarde llegamos a una localidad llamada Cenarth, al parecer célebre por sus cascadas y donde observé con estupefacción cómo los pescadores acudían al río con sus barquillas de cuero bajo el brazo, tal como habían hecho sus antepasados en la época de la dominación romana. Muy pronto atravesamos los límites del Pembrokeshire y nos hallamos viajando a través de una zona de espesos bosques, lagos diminutos y aldehuelas agrupadas en torno a bastas iglesias de piedra.

En cierto momento, inseguros de la ruta a seguir, hicimos un alto frente a un establecimiento de ultramarinos, donde me dirigí a una rolliza ama de casa enfundada en un chillón vestido estampado. La buena mujer comenzó a responderme cuando, de pronto, al fijar su mirada en mi compañero, fue presa de un ataque de risa tan repentino como incontrolable que le impidió proseguir con su explicación.

—Perdónenme —dijo por fin, ruborosa y con los ojos chispeantes—. Les ruego que me perdonen. Me estoy portando como una tonta, lo sé. Pero es que no he podido evitarlo al verle ahí, señor. ¡Es usted clavado a Sherlock Holmes! ¡Igualito, igualito a él, señor!

—¿Yo? —indicó Holmes frunciendo el ceño cómicamente—. ¿De verdad? ¡Vaya por Dios! ¡Nunca me lo habían dicho!

Mientras yo proseguía la conversación con la mujeruca, Holmes se las ingenió para deslizar una tarjeta de visita en su cesta de la compra. Este incidente tuvo el resultado de poner a mi amigo de buen humor durante el resto de la jornada.

Pronto llegamos a Glyn Idris sin mayor dificultad. Como es de esperar, nos dirigimos inmediatamente al hogar del policía local. Lamento haber olvidado el nombre del agente y su mujer, pues este matrimonio nos colmó de atenciones desde el primer momento. Tras compartir un sólido almuerzo con ellos nos despedimos de la hospitalaria pareja sabedores de que siete del centenar de viviendas de la localidad estaban habitadas por familias apellidadas Davies.

Era nuestra obligación visitar todos aquellos hogares y así lo hicimos, tarea que nos ocupó durante bastante tiempo. Los resultados de nuestra encuesta resultaron nulos. Tras sentarnos en un salón tras otro y consumir innumerables tazas de té, nos resultó evidente que ninguno de aquellos sencillos granjeros y artesanos podía interesar en lo más mínimo al Si Fan. Ninguno de ellos tenía conexión alguna con Asia ni presentaba rasgo oscuro o inusual en su personalidad.

Por fin nos rendimos a la evidencia: el Glyn Idris de Pembrokeshire no era el lugar que buscábamos.

No nos quedaba más remedio que seguir adelante. Por desgracia, el Glyn Idris de Cardiganshire se encontraba a unos ochenta kilómetros al norte, en mitad de los montes Cambrianos. Ya se estaba haciendo tarde y era bastante improbable que llegásemos allí antes del anochecer.

—¡Dios sabe dónde dormiremos! —gruñó Holmes ante aquella perspectiva—. ¡Si es que llegamos a dormir!

Sus palabras resultaron ser proféticas.

El resto de la tarde lo empleamos íntegramente en recorrer sin interrupción la carretera que llevaba al norte, más allá de Tregaron. Ahora que me había acostumbrado a nuestro Continental, su conducción ya no me resultaba fatigosa. El paisaje montañoso que nos rodeaba resultaba impresionante y, de no ser por la urgente tarea que teníamos entre manos, el viaje podría haber sido considerado como delicioso. En un momento de entusiasmo, me aventuré a exponer ante Holmes las evidentes ventajas de disponer de un vehículo propio.

—Ninguna persona en su sano juicio puede gustar de la conducción de un coche —repuso Holmes con sencillez—. Siempre preferiré el peor tren al mejor de los automóviles. En un tren puedo leer, escribir, fumar una pipa y pensar con tranquilidad; puedo observar a la gente que me rodea sin tener que preocuparme de frenos y pedales ni fijar los ojos en la carretera.

—Pero usted no tiene por qué efectuar dichas tareas mientras me tenga por conductor —declaré con una sonrisa.

—Cierto —admitió él—. Pero todavía no puedo leer y fumar es casi imposible.

Esto último era bien cierto y cuando, algunos minutos más tarde, mi compañero me hizo detener el coche por cuarta vez para prender su pipa, me sentí obligado a formular una protesta en tono amable.

—No debería usted fumar tanto. Yo también soy amante del tabaco, pero como médico que soy no me parece recomendable fumar tanto como lo hace usted.

Holmes asumió mi comentario en silencio, terminó de encender su pipa y, soltando una bocanada de humo, me examinó con un destello sardónico en la mirada.

—En cierta ocasión supe de dos personas que murieron por no fumar[21] —declaró en tono pensativo, haciendo una pausa para observar la expresión de asombro que se había pintado en mi rostro—. Dichas personas habían sido aprisionadas en una habitación cerrada herméticamente y en la que por una rendija en el techo era filtrado gas de carbón. ¿Qué haríamos usted o yo en una situación así, Petrie? ¡Por supuesto, prender el gas! Aquellas dos personas, sin embargo, no fumaban y, por consiguiente, no disponían de cerillas.

Nuestro viaje prosiguió sin otras interrupciones que las derivadas de las nuevas pipas de Holmes y el ocasional alto frente a alguna granja para ayudarnos en nuestra ruta. A pesar de la ausencia de rótulos señalizadores que parecía asolar aquella comarca, llegamos a nuestro segundo Glyn Idris, que resultó algo mayor que el primero y dotado de seis o siete establecimientos comerciales.

—¡Por lo menos habrá cincuenta Davies aquí! —gruñó Holmes.

Bajando de nuestro automóvil, nos acercamos a un corrillo de tres mujeres para inquirir la dirección del agente de policía. Las mujeres hablaban en galés entre sí, pero al ser interpeladas respondieron inmediatamente en inglés. Apenas si habíamos oído galés en Swansea o Cardiff, pero en estas regiones apartadas se hallaba muy extendido. ¡Curioso estatus el de dicha lengua en aquellos tiempos! Si, por un lado, su conocimiento se consideraba una necesidad cultural equivalente a la de conocer latín o griego antiguo, su uso era visto como un estigma de ignorancia por las clases medias.

El *cottage* del agente Parry (el cuarto de su clase que yo visitaba en poco tiempo) no difería de lo imaginado. Como de costumbre, el pequeño salón aparecía atestado de plantas y objetos decorativos, con el añadido esta vez de la desconcertante leyenda que pendía enmarcada sobre la pared: «Prepárate a encontrar a tu Dios».

El agente Parry no debía llegar a la treintena, tenía el cabello muy rubio y aire inquieto. Como no tardamos en advertir, su inquietud no respondía al hecho de hallarse frente a Sherlock Holmes sino a la posibilidad de verse complicado en problemas con Fu Manchú. Rascándose la cabeza y deambulando torpemente por la sala, Parry nos ofreció una convincente personificación del hombre que lo ignora todo y no sabe qué hacer. Sentado frente al hogar, Holmes parecía estar reuniendo fuerzas para afrontar el tan inminente como inevitable rito del té.

—¿Cuántos Davies viven aquí? —preguntó por fin, rompiendo su paciente mutismo.

Para nuestra sorpresa, el policía respondía que había muy pocas personas con ese nombre en la localidad.

—A ver. Están Davies *el Pez* y Davies *el Coche fúnebre* —musitó en tono pensativo—, pero me extrañaría que fueran ellos.

A nosotros también nos hubiera extrañado.

La señora Parry, una mujer delgadísima que parecía diez años mayor que su marido, nos sirvió el té en silencio.

—Es posible que el nombre de pila sea Morgan —añadió Holmes.

—¿Morgan Davies? —murmuró el agente—. Pues no me suena. No sé quién…

La señora Parry depositó con fuerza la tetera sobre la mesa.

—¡Sí que te suena, Will! ¡Te suena mucho! —imprecó—. ¡Quieren hablar con Davies *el Pagano*, el viejo que vive cerca de Ty Glas y que come nidos de pájaros!

—¿Su nombre de pila es Morgan? —inquirió el marido con vaguedad—. Entonces es posible que se trate de él. Lo siento, señor Holmes, pero no lo recordaba porque ese hombre no vive realmente en el pueblo y tampoco lleva demasiado por aquí, tan sólo unos diez años.

Ante aquel comentario no pude sino preguntarme qué debía ser considerado «demasiado tiempo» en Glyn Idris.

—¿Tiene esa persona alguna relación con el Lejano Oriente? —intervino Holmes.

—Pues no sabría decirle. Es que nunca he hablado con él. —El rostro de Parry se asemejaba cada vez más al de un escolar cogido en falta—. Sé que vive en un viejo caserón a unos tres kilómetros de aquí y que muy pocos han cruzado palabra con él. ¡Aguarde un momento! Hable usted con Dai Evans, el maestro; él le podrá decir algo. Creo que a veces se acerca a visitar a Davies para jugar una partida de ajedrez.

Holmes se puso en pie al instante.

—Creo que voy a visitar al señor Evans —declaró—. Lo siento infinito, señora Parry, pero creo que no podré probar su delicioso té. Sin duda el doctor Petrie estará encantado de hacerlo y gozar de su compañía mientras yo efectúo mi pequeña gestión. ¿Podría usted decirme dónde vive el señor Evans?

—En la tercera casa a la izquierda —respondió la señora Parry—. Si no la encuentra, pregunte por Davies *el Coscorrón*.

Desaparecido Holmes, pude gozar de unos merecidos minutos de descanso. Al advertir que el agente Parry únicamente conocía a Fu Manchú por los sensacionales e inexactos detalles aparecidos en la prensa, empleé mi tiempo en ofrecerle un retrato más ajustado del personaje. En previsión de que el ingenuo agente no tardase en verse inmiscuido en la lucha contra el Si Fan, tuve buen cuidado de remarcar que Fu Manchú no respetaba en absoluto a los policías.

—Ese Fu Manchú es un hombre muy malo —comentó la señora Parry con severidad.

A la media hora justa de su ausencia, Holmes apareció en el umbral con la casual informalidad de la vida pueblerina. Su rostro triunfal asintió vigorosamente al toparse con el mío.

—¡Ya lo tenemos! Esta vez no cabe duda alguna. ¡Y eso que tiene más de ochenta años! Hace unos minutos que he hablado con él por teléfono y estamos invitados a cenar con él esta noche. —Con una sonrisa, Holmes movió la cabeza como si se reprochara algo a sí mismo—. ¡Le dije que no estaba preparado para este asunto! El doctor T. Morgan Davies es un profesor de la Universidad de Gales, nombrado por el rey, ha escrito varios tratados esenciales sobre la literatura china, ¡y yo jamás había oído hablar de él!

CAPÍTULO 21
UN HOMBRE ERUDITO

A pesar de que tanto Holmes como yo carecíamos de las prendas apropiadas para asistir a una cena, nos adecentamos lo mejor que pudimos y al volante de nuestro vehículo emprendimos el camino. La noche era negrísima cuando abandonamos el pueblo. El camino, aunque estrecho, no presentaba dificultad, pues corría derecho, a Ty Glas.

Tal lugar, como había aprendido, no era exactamente un pueblo sino un simple conjunto de granjas agrupadas bajo el nombre de la antigua propiedad señorial en la que se encontraba la casa del profesor.

—Por desgracia es cosa corriente para un detective llegar tarde al *lugar* del crimen —comentó Holmes en tono pensativo—. Esperemos habernos adelantado a Fu Manchú en esta ocasión.

Asintiendo en silencio, se me ocurrió que el comentario no podía ser más inoportuno. ¡Cuántas veces había oído a Smith expresarse de modo semejante para finalmente encontrar una casa en desorden y un hombre tendido sin vida sobre el piso…!

La oscuridad era absoluta. Tan solo el rugir del motor y la frecuente necesidad de cambiar las marchas delataban que nuestro automóvil ascendía por una pendiente bastante pronunciada.

—Nuestros, amigos del pueblo tienen un modo harto curioso de apodar a las personas —comentó Holmes con una risa—. El pescadero es Davies *el Pez* y el enterrador, Davies *el Coche fúnebre*. ¡Por no hablar de Davies *el Coscorrón*! Si no me equivoco, Davies *el Pagano* tiene un criado chino.

—Ello no constituye precisamente un buen augurio —apunté—. Ya sabemos el modo por el que el Si Fan con frecuencia se sirve de estas personas.

Holmes no respondió. Frente a nosotros apareció un punto luminoso, la señal convenida por Holmes. Reduciendo la marcha, la señal se transformó en un quinqué posado sobre uno de los dos pilares que indicaban la entrada a la propiedad de Davies. Girando en esa dirección, cruzamos una corta avenida flanqueada de álamos hasta que un nuevo giro nos situó junto a un denso bosquecillo de rododendros. Un instante después nos deteníamos en la terraza de grava sobre la que se alzaba la severa figura de un edificio de estilo georgiano de enormes ventanales y altas chimeneas cúbicas.

—Nuestro profesor es evidentemente hombre de buena posición —apuntó Holmes mientras ascendíamos la pequeña escalinata que conducía a la puerta—. ¡Maldita sea! Este caserón no me gusta nada: haría falta un regimiento entero para

defenderlo.

En el umbral, Holmes tiró de una cadenita y el suave tañido de una campanilla rompió el silencio de la noche. Al cabo de un instante la puerta se abrió y ante nosotros apareció la figura de un anciano ataviado con una sencilla túnica china de color azul y calzado con zapatillas de suela de fieltro. El sirviente efectuó una profunda reverencia, anunció algo que no entendimos y se hizo a un lado para permitirnos el paso.

Cerrando la puerta tras nosotros, el viejo criado sonrió con gravedad, tomó nuestros abrigos y los depositó en un armario de madera de roble trabajada. Al girarse para indicarnos el camino nos ofreció la inesperada visión de una magnífica coleta que pendía por debajo de su cintura. De nuevo se hizo a un lado el sirviente y, tras atravesar la puerta que nos señalaba, nos hallamos en la biblioteca de la casa. Nuestro anfitrión nos esperaba en el centro de la sala.

El profesor Davies, ataviado con un sencillo traje de *tweed* similar al que nosotros también vestíamos, era un hombre de corta estatura, ojos de un azul profundo y cejas encrespadas y blancas como la nieve. Su ovalada cabeza se hallaba casi enteramente desprovista de cabellos. Hombre de movimientos rápidos, su apretón era firme; de no haberme dicho Holmes que tenía más de ochenta años no le hubiera creído mucho mayor de la sesentena.

—¿El señor Sherlock Holmes? —inquirió con el cantarín acento galés fuertemente marcado—. ¡Qué magnífica sorpresa! ¡Ha pasado mucho tiempo desde Baker Street!

—Hace diez años que abandoné Baker Street —confirmó mi compañero con una sonrisa.

—¿Diez años ya? ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo! —El viejo profesor se giró hacia mí—. ¡La verdad, doctor Watson, le imaginaba mucho más viejo! Se conserva usted muy bien.

—No soy el doctor Watson —aclaré—. Soy el doctor Petrie.

—¡Caramba! ¿Ha cambiado el señor Holmes de doctores?

—Cínicamente de modo provisional —cortó Holmes en tono algo brusco—. Creo que muy pronto el doctor Petrie y yo estaremos en condiciones de reunimos con nuestros compañeros habituales.

—¡Oh! —exclamó Morgan Davies un tanto confuso—. Imagino que no hablarán ustedes galés. ¿Chino, quizá?

—Pues… no —respondí, no menos confuso—. Pero ¿usted habla inglés? ¿No es así?

—¡Oh, por supuesto! Es cierto que hablo inglés, pero con la edad uno pierde facultades y cuando tengo que hablar un lenguaje demasiado complicado me falla la cabeza… —Nuestro curioso anfitrión hizo un vago gesto con su mano—. Bien, ¡siéntanse ustedes como en su casa, caballeros! Sirvámonos primero una copita de jerez mientras Chao Hsing termina de preparar la cena.

La biblioteca en que nos encontrábamos era una amplia estancia de forma cuadrada y confortablemente decorada al estilo del siglo XVIII. Sobre el fuego del hogar, unas altas estanterías ocupaban casi todo el espacio de la pared. Me fijé en que la mayoría de los volúmenes allí presentes mostraban caracteres chinos sobre el lomo. Un armarito lacado, dos taburetes de la dinastía Ming y un dibujo a la tinta de sauces y montañas de aspecto etéreo confirmaban que nos hallábamos en la casa de un sinólogo.

—Si no entiendo mal —dijo Holmes con acento de cierta sorpresa—, usted y el mayordomo son los únicos habitantes de esta casa, ¿no es así?

Davies sonrió con una rara expresión de timidez.

—En efecto, así es. Me imagino que les parecerá ridículo. ¿Para qué demonios quiero yo una casa así? Lo cierto es que en algún lugar he de vivir y necesito cierto espacio para guardar mis libros. Cuando vivía mi esposa (que, por supuesto, era china) vivían aquí cinco o seis criados, pero tras su muerte en 1908, Chao se bastaba y sobraba para proporcionarme la ayuda que yo precisaba.

A pesar de los chismorreos que habían precedido nuestra llegada allí, tuve la impresión de que si nuestro interlocutor se había tornado en un eremita no había sido por propia decisión. Del mismo modo, se me ocurrió que lo que en Glyn Idris consideraban excentricidades no era sino el deseo de continuar con un modo de vida seguido durante décadas. Al descender del grabado chino que pendía de la pared, mis ojos asistieron a un espectáculo insólito: el cojín de pieles situado en uno de los taburetes parecía haber cobrado vida de repente. Una observación más atenta me reveló que el supuesto cojín no era sino un par de hermosos gatos siameses, uno de los cuales se acababa de despertar. El animal bostezó de un modo que podríamos denominar prodigioso y, tras mirarme por un instante con la proverbial indiferencia de su especie, volvió a encogerse perezosamente sobre el taburete.

—El nombre de estos animalitos es *Yin* y *Yang* —explicó Davies con una sonrisa —, pues eso es lo que parecen cuando duermen el uno frente al otro.

Mi evidente desconocimiento de cuanto quería decirme hizo que Davies riera por un segundo.

—El Yin y el Yang son los principios femenino y masculino del universo — añadió, tomando un viejo tomo de la estantería y mostrándome un grabado que representaba un raro círculo formado por dos figuras en forma de coma y unidas entre sí.

Arrastrando en silencio sus zapatillas de fieltro, Chao Hsing penetró en la habitación portando una bandeja con vasos y una botella. Tras servirnos el jerez, el viejo mayordomo permaneció a un lado de la mesa, en donde había depositado la bandeja, dispuesto, según lo que imagino debía de ser una costumbre china, a llenar de nuevo nuestros vasos cuando lo precisáramos. Si su amo aparentaba menos años de los que tenía, Chao parecía pasar de la centena; su rostro delgado y fina barba hacían pensar en uno de los Ocho Inmortales. En aquel instante, Davies se dirigió a él

en chino.

—Chao únicamente habla chino —aclaró.

—¿No resulta ello un tanto problemático? —inquirió Holmes.

—No realmente. No tiene con quien hablar a excepción de mí. —El profesor saboreó el jerez con aire de *connoiseur* y devolvió su copa a la mesa—. Y ahora, señor Holmes, aunque no soy fumador le ruego que encienda su pipa y me cuente algo más acerca de esas personas que, según dice usted, quieren atentar contra mí. Francamente, no veo quién podría estar interesado en mi muerte, a no ser que se trate del grupo de la Joven China, indignado ante mi afirmación de que la literatura de su país termina en el año 1800.

—Gracias por su oferta, pero me parece que un cigarrillo será más indicado antes de cenar —dijo Holmes con una sonrisa, tras de lo cual extrajo un cigarrillo turco de su petaca y lo prendió entre sus labios—. En relación con el motivo de nuestra visita, le diré que, a mi vez, quisiera empezar con una pregunta. En pocas palabras, ¿qué sabe usted de esa sociedad secreta denominada Si Fan?

—¡Nada en absoluto! —repuso Davies en el acto. Para sorpresa y contrariedad de Holmes, nuestro anfitrión se dirigió inmediatamente a Chao Hsing, con quien conversó volublemente en chino—. No, él tampoco había oído mencionar a esa sociedad secreta hasta ahora.

—¿Considera usted prudente discutir un asunto así con un sirviente chino? —demandó Holmes con el ceño fruncido.

El profesor Davies sonrió con benignidad ante aquella pregunta sin duda inesperada.

—¡Por favor, señor Holmes! Chao lleva sirviéndome desde los quince años, cuando yo apenas si había dejado atrás mi mayoría de edad.

—Nunca puede uno estar seguro —protesté—. En lo referente al Si Fan sabemos que con frecuencia los años de fidelidad no bastan para evitar…

El único resultado de mi intervención se tradujo en una nueva conversación incomprensible entre Chao y Davies. Tras unos instantes de charla, los dos ancianos rompieron a reír estrepitosamente.

—Chao Hsing nunca me hará daño alguno —declaró nuestro anfitrión, secándose las lágrimas de los ojos—. Ambos pertenecemos a la misma sociedad secreta.

—¿Que no será por casualidad el Si Fan? —inquirió Holmes al momento.

—Claro que no —dijo el profesor con seriedad—. Ya le he dicho que nunca habíamos oído ese nombre.

—El mandarín Ki Ming asegura que se trata de la organización más antigua de las existentes sobre la tierra —apunté, algo confuso.

—No dudo de que sea muy antigua —respondió Davies—. La sociedad Hung data, como mínimo, del siglo cuarto. Es posible que el Si Fan tenga la misma solera, pero ello no significa necesariamente que sea bien conocida. Querido doctor Petrie, en China existen millares de sociedades secretas, que abarcan todas las profesiones y

los detalles más nimios de la vida diaria, del mismo modo que aquí sucede con nuestros clubs y sindicatos.

—¡Pero nuestros sindicatos no son ilegales! —protesté.

—Hubo un tiempo en que lo fueron. Hace tan sólo cien años, uno podía ser deportado a Australia por el mero hecho de pertenecer a un sindicato. —Morgan Davies nos dirigió una inequívoca mirada profesoral—. Desde el inicio de los tiempos, caballeros, toda asociación dedicada a defender los intereses de sus miembros ha sido considerada como enemiga por aquellos que no lo eran. Y les recuerdo que las sociedades secretas son tan chinas como europeas. Durante siglos en Europa existieron gremios de mendigos y en París llegó a crearse un gremio de ladrones en los tiempos de François Villon.

—Pero el Si Fan… —objetó Holmes.

—¡No lo conozco! —cortó el profesor con impaciencia—. ¿Qué significa su nombre? ¿Cómo se escribe?

Holmes y yo nos miramos con impotencia.

—Debo confesar que no sé cómo se escribe —confesé—. Pero Nayland Smith me dijo en cierta ocasión que el nombre correspondía a una ciudad donde se creía que la sociedad tenía sus orígenes. Si no recuerdo mal, dicha ciudad se hallaba cerca de Urumchi, la capital de Sinkiang.

—¡Ahh! —musitó Davies—. ¡Si Fan!

Nuestro interlocutor pronunció el nombre de modo distinto a como yo lo había oído hasta entonces, de modo que se asemejaba a algo similar a «Shur Fang».

—¡Eso es otra cosa! —prosiguió—. Veamos, ¿dónde me he encontrado yo con ese nombre últimamente? ¡Denme un minuto y permítanme que haga memoria en chino!

Con la frente sobre la palma de la mano y el codo sobre la rodilla, el profesor Davies hizo memoria en chino durante algunos minutos. De repente se alzó del sillón con una agilidad impropia de sus años y se acercó a la librería, de la que extrajo un montón de folios aprisionados entre dos gruesos volúmenes.

—Estaba en alguno de estos papeles —declaró—. Estoy seguro de ello. Todo esto no es más que un montón de basura que Edmund Backhouse me envió desde Pekín el mes pasado. Cartas, cortesanas, fragmentos de diarios, etcétera, etcétera. ¡Otro timo de ese bribón! Ahora me ofrece una copia de la enciclopedia Yung Cheng (diez mil volúmenes) si yo pago el flete. Dudo mucho de que exista una sola copia de esa enciclopedia en China. Estoy seguro de que si le envío el dinero, ya me puedo despedir de él y de los libros[22]. —Mientras proseguía con su monólogo, el profesor no dejaba de escudriñar los folios con ansiedad—. Backhouse habla y escribe el chino como un chino, pero tiene una incorregible tendencia a la mentira. Yo creo que está un poco chalado. ¡Pero otra vez ya no me engaña! Basta echar un vistazo a estos papeluchos que me ha enviado para tomarle la medida. Sabe perfectamente que las intrigas y escándalos palaciegos no me interesan un ápice. No me interesa la política,

ni la china ni la de ningún país. ¡Paparruchas! ¡Todo ese tiempo perdido discutiendo acerca del modo en que hay que vivir en vez de lanzarse verdaderamente a vivir la vida…!

En aquel instante Davies emitió un grito de triunfo.

—¡Ya lo tengo! —afirmó, alzando un delgado lío de papeles amarillentos. Deshaciendo el lío, Davies los examinó con impaciencia.

—Juraría que estaba por aquí. Si Fan, Si Fan… ¡Aquí está! ¡Lo tengo!

De pronto Davies se dirigió a Chao Hsing y sostuvo una breve conferencia con él, tras de la cual el sirviente desapareció por la puerta.

—Prepárense para cenar en un instante, caballeros —musitó el profesor—. Bien, fíjense en esto: un fragmento del diario del Gran Eunuco Li Lieng-ying, fallecido en 1909, un año después que la vieja emperatriz. Podría tratarse de una falsificación, pero me da en la nariz que Backhouse dispone de algunas verdaderas conexiones en palacio que habrán rebuscado entre los cubos de la basura hasta dar con estos papeluchos por casualidad. Veamos qué tenemos aquí.

Sin perder un instante el profesor comenzó a hojear el documento velozmente, siguiendo las líneas verticales con el índice y murmurando palabras en chino sin cesar. ¡Aquel hombre parecía leer el chino con más facilidad de la que yo tenía para el inglés!

—Ajá. Se trata de lo que podríamos denominar un plan contrarrevolucionario (escrito, naturalmente, antes de que la revolución tuviera lugar efectivamente). En su mayor parte, se trata de una lista de agentes a infiltrar en posiciones clave con el concurso soterrado de la corte imperial. Espías a situar en legaciones extranjeras, oficinas comerciales y, por supuesto, en casi todos los estratos del movimiento reformista republicano. No sabría decirle si este documento es auténtico. Una cosa es segura, sin embargo: si existió realmente un plan de esta naturaleza, entonces Li Lieng-ying era indiscutiblemente el hombre oportuno para ponerlo en funcionamiento. Este hombre, un reaccionario partidario de los bóxers y, según se rumorea, implicado en la muerte del emperador Kuang-hsu, fue el hombre clave en palacio durante cuarenta años.

—Si no he entendido mal —intervino Holmes—, a pesar de que la revolución acabó por triunfar, este documento no es sino una lista de agentes subversivos que todavía continúan establecidos en puestos vitales y se hallan capacitados para efectuar una labor de zapa que lleve al fin de la República y a la restauración de la autoridad imperial. En parte, éstas son también las intenciones de Fu Manchú, como él mismo ha tenido la amabilidad de revelarnos. Profesor, este documento es auténtico. Nadie más capacitado que el Si Fan para saberlo y ellos así lo consideran. Ellos saben que usted dispone de él y no vacilarán en asesinarte para recuperarlo.

—El T’ai Ping también me iba a matar cincuenta años atrás —replicó Morgan Davies con un encogimiento de hombros—. La verdad, a mis años ya no temo a revolucionarios ni a contrarrevolucionarios. Ahora bien, si ese papelucho le parece

tan importante, quédese con él. A mí no me hace falta.

—No —replicó Holmes—. Por el momento está bien en sus manos. Quizá podríamos sacarle a usted del apuro de forma muy sencilla: entregando ese documento al Si Fan. Aunque no nos vendría nada mal disponer de una copia en inglés para nuestro uso futuro. ¿Podría usted traducirlo?

—¿Traducirlo? ¡Por supuesto!

—En ese caso, le sugiero que lo haga cuanto antes.

En aquel momento, el ruido de un gong interrumpió la conversación.

—¡La cena! —anunció el profesor, poniéndose en pie—. ¿Les gusta a ustedes la comida china, caballeros?

—¡Naturalmente! —aprobé—. Cuando está bien preparada, no hay ninguna mejor.

—Veamos entonces qué nos ha preparado Chao Hsing.

Acercándose a la puerta, Davies arrojó descuidadamente; el diario de Li Lien-ying sobre una silla.

—¡Por todos los santos! —exclamó Holmes con exasperación—. ¡No deje aquí esos papeles! ¡Llévelos consigo al comedor, hombre!

CAPÍTULO 22
EL NACIMIENTO DEL SI FAN

La cena de aquella noche constituyó uno de los escasos interludios agradables en un asunto más bien sombrío. Sentados al extremo de una mesa enorme y con la única iluminación de un candelabro disfrutamos de una copiosísima cena al estilo chino, esto es sirviéndonos nosotros mismos de la profusa colección de fuentes y platos que ocupaban casi la mitad de aquella mesa gigantesca.

Resulta evidente que Chao Hsing debía de haber iniciado sus preparativos culinarios poco después de la llamada de Holmes. La comida resultaba tan deliciosa como abundante. Bambú, pollo, gambas, soja, cerdo y hierbas aromáticas se mezclaban en una tentadora sinfonía visual. Me tranquilizó comprobar que Holmes manejaba los palillos como un cantonés y se comportaba de modo irreprochable. En momentos de preocupación, no era raro que sus maneras dejasen mucho que desear.

—¿Cómo obtiene usted los ingredientes para preparar estas comidas? —inquirí a nuestro anfitrión con curiosidad.

—Bien, las especias y las conservas me son enviadas desde Londres —explicó Davies—. Con todo, la comida china no precisa de ingredientes tan exóticos como la gente imagina. Es una cocina basada en las verduras, el cerdo y el pollo. El cerdo, el pollo y la mayoría de las verduras se pueden obtener sin problema alguno. Las verduras más inusuales las hemos plantado en la finca para nuestro consumo. Tenemos incluso bambú, que crece sin ningún problema.

—¿Es muy grande la finca? —terció Holmes.

A pesar de su tono aparentemente casual, yo sabía que mi compañero ya estaba haciendo cálculos relativos al número de hombres que se precisarían para asegurar la defensa del profesor.

—En total debe de tener unos veintidós acres o algo así —explicó Davies con vaguedad—. Cada día vienen cuatro jardineros a cuidar de ella. La casa puede pasar con una limpieza general al mes, pero un jardín precisa de cuidados diarios.

Nuestra cena discurrió de modo delicioso, llevando Davies y yo el peso de la conversación sin que el silencioso Holmes se perdiera por ello una sola palabra de las pronunciadas por nuestro anfitrión.

En el transcurso del ágape aprendí que Morgan Davies había llevado una vida de carácter aventurero. Proveniente de una familia empleada en la Compañía de las Indias Orientales, muy joven aún se encontró al frente de un establecimiento comercial en Shanghai, antes de la segunda de las denominadas Guerras del Opio. En una época en que eran muy pocos los europeos que conocían China, nuestro amigo se trasladó muy pronto a Nankín (donde tuvo ocasión de admirar la célebre Pagoda de

Porcelana antes de que los rebeldes de T'ai Ping la destruyeran por completo). Prisionero en Nankín durante diez años tras la revuelta de T'ai Ping, debía su supervivencia al genuino amor que profesaba por China y a su espontánea facilidad para establecer amistad con toda clase de personas. Nankín, antigua capital imperial y viejo centro literario, despertó su interés por la literatura china. Su buena estrella no le abandonó en 1864, año de la sangrienta reconquista de la ciudad por las tropas imperiales, cuando tres cuartas partes de Nankín fueron reducidas a cenizas y cien mil insurgentes masacrados en tres días. Sobreviviendo al desastre, Davies no tardó en emigrar a Pekín, donde residió hasta 1881, año en que decidió regresar a Inglaterra en compañía de Chao Hsing, su esposa china y sus dos hijos. Su vida en Gran Bretaña había discurrido con placidez, dedicada a la enseñanza universitaria.

A lo que parecía, nuestro erudito anfitrión no sentía más que una mezcla de lástima y desprecio hacia los acontecimientos acaecidos en China en los últimos tiempos, que definió como una inacabable sucesión de intrigas entre los Jóvenes Chinos, las potencias occidentales y la Vieja Buda[23], acontecimientos que habían culminado en la expulsión de la corrupta dinastía reinante para ser sustituida por una República no menos inestable.

—¡Después del *Hung Lou Meng* no se ha escrito cosa alguna de valor en toda China! —declaró con convicción.

Como era de esperar en una persona que ignoraba la existencia del Si Fan, Morgan Davies desconocía asimismo quién era Fu Manchú.

—¡Ridículo! —respondió—. «Manchú» es el nombre de una gente, no de una persona. Más concretamente, es el nombre de la última dinastía.

—Según creo no se trata de su verdadero nombre sino de una especie de apodo —intervine en tono apaciguador—. Creo que «Manchú» es, efectivamente, el nombre de la familia a la que pertenece, mientras que «Fu» significa algo así como «valiente».

Inmediatamente llegó la inevitable pregunta.

—¿Puede usted escribir ese nombre?

—Me temo que no. Sin embargo, Nayland Smith me lo enseñó en cierta ocasión y creo que podría reconocerlo si lo viera de nuevo.

—¿Es este signo? —inquirió el profesor haciendo un típico dibujo en el aire con su dedo índice.

Ante el impetuoso gesto de nuestro anfitrión no pude contener una carcajada.

—¿Cómo quiere usted que pueda reconocer un signo que no he visto?

—Fíjese en el trazo y sígalo.

—¡Pero yo no puedo ver el trazo!

—¡Oh! Bien, en ese caso… —Davies extrajo una pluma y una pequeña libreta de su bolsillo y dibujó un ideograma chino sobre el papel—. ¿Se trata de este signo?

—Sí —afirmé—. Estoy casi seguro de que sí.

—En ese caso, se trata de lo que imaginábamos. «Fu» significa «militante» o

«belicoso», como usted prefiera. Evidentemente, ese nombre se usa en sentido descriptivo como en Europa hacemos al hablar de «Alejandro Magno» o, hum, «Davies *el Pagano*» —añadió el profesor con pícara sonrisa.

Pronunciadas estas palabras, Davies tomó la botella de vino chino y se ofreció a llenar nuestras copas, ofrecimiento que declinamos cortésmente, pues su regusto un tanto ácido no terminaba de convencernos. Sirviéndose una nueva copa, Davies, evidentemente satisfecho de hallarse frente a una audiencia deseosa de aprender, prosiguió con su disertación.

—Según me dice usted, ese Fu Manchú suele vestir una túnica amarilla. Tal prenda está reservada de modo exclusivo a alguien como yo, mayor de ochenta años, o a un miembro de la familia imperial. Quizá, efectivamente, tal sea su origen. En ese caso, no se trata de un chino, hablando en propiedad.

—¿Que Fu Manchú no es chino? —exclamé con sorpresa—. ¿Qué me dice usted?

—No es un *han-jen*, es decir, no es chino del mismo modo que los normandos no eran ingleses. Los manchúes son un pueblo del norte que conquistó China en 1644, nutriendo desde ese año la dinastía imperial y la mayor parte de la casta dirigente. Los manchúes disponían de su propio idioma (que se escribía por medio de un alfabeto) y de algunas costumbres muy particulares. Ese Fu Manchú no lleva coleta, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Naturalmente. Fueron precisamente los manchúes quienes forzaron a los *han-jen* a peinarse de ese modo absurdo que les reconocía como súbditos.

—Pero imagino que los manchúes deben hallarse ahora bastante bien asimilados, ¿no es así?

—No tanto como pudiera parecer —respondió el profesor Davies—. Así ha ocurrido, en general, con la gran masa de soldados que invadió el país. Sin embargo, la clase dirigente ha preferido mantenerse aislada. Como ustedes sin duda no ignoran, Pekín es una urbe dividida en dos por una gran avenida. A un lado de ella, en lo que se conoce por la «Ciudad China» viven los *han-jen*. Al otro lado se encuentra la Ciudad Tártara, un gran distrito de forma cuadrada protegido por una muralla fortificada. La mayoría de sus habitantes son de origen manchú. Dentro de la Ciudad Tártara existe a su vez la Ciudad Prohibida, que se halla protegida por un foso y alberga los palacios y templos de la familia imperial. Todo esto va a cambiar muy pronto, de hecho está cambiando ya, pero aún están muy cerca los viejos días de esplendor; puedo imaginarme perfectamente que la poderosa familia Manchú haga esfuerzos desesperados para recobrar su supremacía. En tal situación, un líder como ese doctor Fu Manchú les ha venido que ni caído del cielo.

Davies hablaba con tanta fluidez como autoridad. Sin duda había dado muchas conferencias ante auditorios tan extasiados como lo estábamos nosotros.

—Fu Manchú parece haber gozado en un tiempo del rango de mandarín —señalé, deseoso de conocer mejor a un adversario del que, ahora me daba cuenta, lo ignoraba

todo—. Se dice también que llegó a administrar una provincia. ¿Tiene usted alguna idea de cuál podría ser su verdadera identidad?

El profesor meditó su respuesta durante unos minutos.

—No sé quién es —repuso por fin—, pero creo adivinar qué tipo de hombre es. Probablemente se trata de uno de los oficiales que se alinearon abiertamente con los bóxers en 1900, cuando la Vieja Buda les permitió hacer su voluntad y lanzarse a exterminar a todos los extranjeros. Cuando la revuelta fracasó, la emperatriz, naturalmente, fue la primera en repudiarlos. El doctor Fu Manchú debió de verse obligado entonces a huir para salvar su vida, a huir quizá al inmenso y anárquico territorio de Sinkiang. —Davies se volvió hacia Holmes—. Si no entendí mal, me dijo usted que el Si Fan está compuesto, además de chinos, por miembros de otros países asiáticos.

—En efecto —confirmó mi compañero, curiosamente concentrado en su cena—. Recientemente hemos trabado conocimiento con un coreano y dos mongoles. Con anterioridad, el doctor Petrie ha tenido que lidiar también con indios, árabes y birmanos.

—Ya. En ese caso me permitiré efectuar algunas especulaciones más —indicó Morgan Davies—. ¿Saben ustedes algo acerca de Sinkiang? ¿No? Bien, caballeros, Sinkiang se halla situado en el extremo occidental de China y es una provincia que, muy probablemente, no responde a la imagen que tienen ustedes de China. Se trata de una zona primordialmente desértica, encajonada entre las cordilleras de Tien Shan y Kunlun y habitada por una mezcla de uigures, kazakos, mongoles y chinos de credo mahometano, todos ellos vinculados de un modo u otro a las naciones limítrofes: India y Afganistán al sur y Mongolia al norte.

Tras beber un nuevo sorbo de vino, el profesor prosiguió con su charla.

—A pesar de mi desconocimiento acerca de esta sociedad secreta, puedo imaginarme que el Si Fan ha existido desde tiempos inmemoriales como una simple agrupación de ladrones y criminales que operaban en el distrito de ese nombre. Muy probablemente, esa agrupación no disponía inicialmente de nombre oficial alguno y sus miembros eran conocidos con el simple alias de «los hombres de Si Fan»; con el paso de los años, el nombre de la ciudad acabaría por equipararse al de la banda de malhechores. Según me dicen ustedes, el doctor Fu Manchú es hombre de tremenda personalidad y extraordinaria inteligencia. Por consiguiente, no me extrañaría que al cabo de un tiempo acabara por hacerse con el poder de esta sociedad secreta apenas estructurada y la empleara como núcleo de un proyecto mucho más ambicioso, concediendo a sus asociados una identidad definida y un propósito inequívoco: la lucha de Oriente contra Occidente…

Saciado con creces nuestro apetito, le tocaba ahora el turno a unas tacitas de té de jazmín y a unos lichis conservados en jarabe.

Al retirarnos de nuevo a la biblioteca, *Yin* y *Yang* se acercaron al comedor con la cola erguida, prorrumpiendo en un concierto de maullidos siameses y corriendo tras

Chao Hsing en dirección a la cocina.

Tomando asiento en nuestros sillones, Holmes extrajo la vieja cachimba que reservaba para sus momentos de tranquilidad al tiempo que nuestro generoso anfitrión insistía en servirnos unos *whiskies* con soda.

—No quisiera que constituyéramos un engorro para usted, profesor —declaró Holmes en tono grave—. Lo cierto, sin embargo, es que no tenemos sitio alguno en donde pasar la noche y, francamente, no me sentiría tranquilo dejándole a solas en las actuales circunstancias. ¿Sería demasiada molestia si pudiéramos dormir aquí esta noche? Cualquier rincón nos servirá para ello.

El profesor Davies soltó una carcajada.

—Amigos, tienen ustedes catorce dormitorios poco aireados entre los que escoger.

Llamando a Chao Hsing por medio de una muy occidental campanilla, nuestro anfitrión le instó (o eso supuse) a que efectuara los preparativos necesarios para nuestra acomodación. Ya que íbamos a pernoctar allí era preciso también hallar un lugar donde aparcar nuestro automóvil. Tras una nueva admonición ininteligible dirigida a Chao Hsing, éste me instó por fin a que le siguiera al exterior. Una vez allí, el viejo mayordomo, ayudándose de frecuentes sonrisas, algunas inútiles indicaciones en chino y mucha gesticulación me condujo hasta un viejo granero habilitado como garaje, lugar en que dejé nuestro vehículo.

Al regresar a la librería encontré a Holmes y Morgan Davies discutiendo de nuevo acerca del diario de Li Lien-ying, diario que en el transcurso de toda la cena había permanecido doblado sin demasiada ceremonia en un bolsillo del pantalón de Davies.

—¿Cuánto tiempo cree que le llevará traducirlo? —inquirió Holmes.

—No más allá de tres horas —respondió el profesor—. No se trata de un texto difícil, pero es preciso traducir los nombres con cuidado y deberé añadir bastantes notas para que el sentido del texto resulte perfectamente inteligible. Si les corre mucha prisa, efectuaré la traducción esta misma noche, cuando se acuesten ustedes.

Ya eran más de las diez de la noche.

—Pero se va a acostar usted a las tantas… —protesté ante el generoso ofrecimiento.

—No hay problema alguno —repuso Davies—. Tengo la costumbre de trabajar siempre por la noche, cuando todo está tranquilo y puedo pensar con claridad. Y, además, a mis años uno necesita cada vez menos horas de sueño. Les aseguro que la mayoría de las noches me acuesto bastante después de las doce.

A pesar de su amable ofrecimiento, resultaba evidente que nuestro anfitrión, para quien el documento carecía de valor literario alguno, no tenía ninguna prisa por iniciar su tarea. La próxima hora la empleamos saboreando nuestros *whiskies* y escuchando la interesantísima charla del profesor. A nuestro lado, los dos siameses volvían a dormir enroscados entre sí.

—En cierta forma, no es la primera vez que me encuentro bajo el punto de mira de los manchúes —apuntó Davies—. Recuerden que diez años de mi vida transcurrieron en una ciudad gobernada por los rebeldes de T'ai Ping.

Como tantas veces sucede con las personas de edad, nuestro anfitrión nos habló extensamente de su juventud. Especiales recuerdos tenía para Nankín, una ciudad establecida en el siglo XIV como nueva capital por el primer emperador de la dinastía Ming, cuyos huesos todavía reposaban bajo un túmulo situado junto a la población al que se llegaba por una larga avenida flanqueada por colosales imágenes de piedra. Los restos de su «moderno» sucesor, el autoproclamado emperador T'ai Ping, no habían recibido trato tan distinguido. Envenenado por su propia mano para no ser capturado por el ejército que invadía Nankín, su cuerpo había sido desmembrado y arrojado a las fieras.

La China del profesor Davies era un estado bárbaro, muy diferente de la anárquica pero «civilizada». China de Nayland Smith. Sus primeros recuerdos de Shanghai se centraban en las cabezas de criminales expuestas al público en jaulas de bambú. Su última imagen de Pekín era la de una urbe tumultuosa, infestada de vendedores ambulantes, mendigos y adivinadores del porvenir, entre los que las medio enloquecidas víctimas de la expeditiva justicia manchú obligadas a llevar enormes collares cuadrados de madera al cuello o prisioneras de unos grilletes que unían una mano con su pie contrario, imploraban un mendrugo de pan.

Tal era la China en que había nacido el doctor Fu Manchú…

A pesar de que nuestro anfitrión no hacía sino crecer en vitalidad, Holmes y yo estábamos bastante cansados. El reloj tocaba las once cuando me resultó imposible reprimir un bostezo. Al advertirlo, Morgan Davies esbozó una sonrisa de comprensión.

—Bien, me parece que ya se han visto obligados a escuchar demasiadas monsergas de viejo. Váyanse a acostar, pues de sobra se advierte que están ustedes cansados tras la jornada de hoy. Pierdan cuidado, que ahora mismo me voy a dedicar a la traducción.

Holmes vaciló por un instante, claramente intranquilo ante la perspectiva de dejar al profesor a solas.

—¡Me resulta imposible trabajar si hay gente a mi alrededor! —declaró éste—. No se preocupen y vayan a descansar. Nada va a ocurrirme aquí.

—¿Va usted, en ese caso, a trabajar en esta sala? —inquirió mi compañero, poniéndose en pie con expresión de no tenerlas todas consigo.

—Sí, siempre lo hago así. —Volviéndonos la espalda, Davies se acercó a un pequeño escritorio y depositó el viejo manuscrito sobre su superficie—. Estoy convencido de que nadie va a atacarme. Si me equivocase y algo sucede, gritaré. Sus habitaciones se encuentran justo encima de esta biblioteca.

—Muy bien —apuntó Holmes—. Ya que se va a quedar aquí, por lo menos disponga algunas medidas elementales de seguridad. Y, por todos los santos, no

confíe tanto en su buena estrella. Recuerde que está usted marcado por el Si Fan y ésa es una organización peligrosísima.

En un par de zancadas, mi compañero se acercó a inspeccionar los dos enormes ventanales que daban directamente a la terracilla de grava. Con un gesto se aseguró de que ambas estaban bien cerradas.

—Esas ventanas no han sido abiertas en seis meses —indicó el profesor.

—No importa. Dígale a su criado que dé una vuelta alrededor de la casa y se asegure de que todas las ventanas están bien cerradas. ¡Al menos hay un centenar de ellas! ¿Dispone usted de algún arma de fuego?

—Únicamente de ésa —respondió Davies señalando a una escopeta de caza de dos cañones situada en una esquina—. De vez en cuando me gusta salir a cazar algún conejo.

—Un arma escasamente apropiada —refunfuñó Holmes—. No importa. Cárguela y téngala a su lado.

—Bien. ¿Alguna cosa más?

—Sí. Cierre la puerta con llave y corra las cortinas. ¡Y por todos los santos no se siente en línea con los ventanales!

Un instante más tarde Chao Hsing nos guiaba hasta nuestras habitaciones.

—De hecho, Petrie, las personas como usted y como yo jamás deberían sentarse en línea con una ventana… —musitó Holmes en tono pensativo mientras ascendíamos por la escalera.

Nuestros aposentos, iluminados, como toda la casa, con lámparas de aceite, se hallaban a un lado del corredor y separados entre sí por un cuarto de baño. Nada más volver la espalda Chao Hsing, Holmes me tomó por la manga.

—Esto no me gusta nada, Petrie —afirmó en tono sombrío—. Por desgracia, el profesor es nuestro anfitrión y no podemos oponernos a sus deseos.

—¿Cree usted que un ataque puede ser inminente?

—Sé tan poco como usted, Petrie. Karamaneh nos ha advertido antes de que resultara demasiado tarde, pero si Fu Manchú se ha dado cuenta de ello, lo más probable es que haya decidido pasar a la acción cuanto antes. —El rostro de Holmes, usualmente poco dado a las expansiones emocionales, era el vivo reflejo de la incertidumbre—. Bien, intentaremos hacer lo que podamos. Confiemos en que no suceda nada. Lo mejor que podemos hacer es dirigirnos a nuestras habitaciones. Acuéstese y trate de dormir pero no se desvista; debemos estar preparados para cualquier eventualidad.

Un instante después me encontraba en mi dormitorio. Siguiendo las instrucciones de Holmes, me desprendí del abrigo y las botas, desabotoné el cuello de mi camisa y me extendí sobre la cama, cubriéndome con un ligero edredón.

Acostumbrado como estoy a la vida urbana, inmediatamente tomé conciencia del silencio que me rodeaba, un silencio tan profundo como el del desierto. A pesar de aquella rara sensación (o precisamente por su causa), no tardé en estar profundamente

dormido.

Aquella noche volví a soñar. En aquellos días nada era más natural que mis sueños adoptasen la forma de pesadillas íntimamente ligadas al cúmulo de ansiedades y extrañas situaciones que me acompañaban. A la luz de posteriores acontecimientos, me he preguntado en más de una ocasión si aquellas extravagantes fantasías nocturnas no encerrarían algunos indicios de lo que estaba por venir.

Aquella noche soñé lo siguiente:

Mi cuerpo se hallaba atado a una columna de mármol en mitad de una sala tan enorme que resultaba imposible divisar el techo y las paredes. El único objeto que podía ver era el biombo presente en la granja en ruinas, situado ahora frente a mí. Entre el biombo y yo, Zarmi *la Oriental*, ataviada únicamente con un largo collar de relucientes esmeraldas que oscilaba sobre su cuello, bailaba ante mis ojos. Moviendo su cuerpo con lascivia, la muchacha tenía sus grandes ojos negros fijos en mí de un modo hipnótico en el que relucía cierto brillo de crueldad. Acercándose a unos centímetros de mí, la bailarina aproximó sus labios a los míos hasta casi rozarlos. De repente, con un brusco movimiento, *la Oriental* se arrancó el collar y, pasándolo sobre mi cabeza, lo apretó sobre mi cuello con fuerza. Al momento sentí las afiladas aristas de las esmeraldas clavándoseme en la carne. Zarmi me estaba estrangulando. Desesperado, me debatí inútilmente en busca de oxígeno, los pulmones me parecían estallar en cualquier instante…

En aquel instante me desperté, jadeante. La cabeza me dolía horriblemente. Todavía no plenamente consciente, me senté sobre el colchón. Por un instante, la sombra ondulante proyectada por la lámpara de aceite me hizo pensar de nuevo en mi atormentadora. El sueño había resultado tan vivido que se me quitaron de golpe las ganas de dormir. La cabeza me dolía de un modo horrible y sentía como un zumbido en los oídos. Con un gruñido, reconocí los síntomas de un resfriado, resultado de dormir sobre mi espalda.

Poniéndome en pie dificultosamente, me acerqué a la mesa y tomé mi botiquín de viaje. Una ojeada al reloj me indicó que eran las tres y media. Había dormido profunda y tranquilamente durante unas tres horas hasta la aparición de la pesadilla inducida por la sinusitis. El silencio de la noche se vio roto por un instante por la lejana llamada del búho. Tomando el frasco de aspirinas, abrí la puerta del pasillo y me dirigí al adyacente cuarto de baño.

Dos tabletas solían resultar suficientes, pero se me ocurrió que las dimensiones de aquel dolor de cabeza brutal harían precisa la ingestión de por lo menos tres de ellas. Sin pensarlo dos veces me llevé las tabletas a la boca una después de la otra, masticándolas con los dientes y resignándome a su desagradable sabor en favor de un más rápido efecto. Ingeridas las aspirinas, me enjuagué la boca con generosas porciones de agua. Dando media vuelta para regresar al dormitorio, me quedé de una pieza al encontrarme con Sherlock Holmes apoyado en el marco de la puerta y observándome en mangas de camisa.

—¿Usted también, Petrie? Precisamente iba a su habitación a preguntarle si disponía usted de algunas aspirinas. ¡Tengo un dolor de cabeza abominable!

—¿Y le zumban los oídos?

—En efecto —repuso mi compañero, tomando el frasco de las tabletas.

—Me temo que los dos nos hemos resfriado —apunté.

—No me extraña en lo más mínimo —gruñó Holmes, llevándose un par de aspirinas a la boca—. ¿Qué se puede esperar después de pasarnos dos días viajando por todo Gales en un coche sin capota?

—No me parece ése el motivo. Una buena brisa no hace daño a nadie…

De pronto mis palabras se vieron interrumpidas por un grito angustioso proveniente de la planta baja. Mi compañero y yo quedamos paralizados por un instante.

—¡Maldita sea! —exclamé por fin—. ¡Ya están aquí!

Sin añadir palabra, nos lanzamos a través del pasillo y la escalera en dirección a la biblioteca.

La puerta de la biblioteca estaba cerrada. De su interior llegaba un ligero gemido. Impotentes, nos esforzamos inútilmente en forzar la cerradura.

—¡Allí! —exclamó Holmes de pronto—. ¡La puerta de la calle está abierta!

Así era, en efecto. Atravesándola sin pensarlo dos veces, corrimos a la terraza de gravilla sin ver a persona alguna. Temiéndonos lo peor, nos dirigimos a las iluminadas ventanas de la biblioteca. Una de ellas, que Holmes había revisado antes de retirarse, se hallaba abierta de par en par.

Acercándonos al alféizar con el corazón en un puño, no tardamos en encontrarnos frente al panorama que temíamos. En mitad de la sala, Chao Hsing, todavía ataviado con su túnica, gemía como un poseso, golpeándose la cabeza una y otra vez contra el suelo. A su lado, el cuerpo del profesor Morgan Davies se recortaba contra la alfombra.

CAPÍTULO 23
DOLOR DE CABEZA

Tras vacilar un instante saltamos por el alféizar y pasamos al interior de la biblioteca. Chao Hsing, que no pareció advertir nuestra entrada, continuó lamentándose como un poseso y, de rodillas como estaba, siguió golpeando su frente contra el suelo una y otra vez. Ignorando su presencia a nuestra vez nos arrodillamos junto al cuerpo exánime del profesor.

Davies yacía boca abajo con las manos sobre los hombros, como si hubiera tratado de protegerse la cabeza en el último instante. Al dar la vuelta al cuerpo, no pude evitar un estremecimiento de horror. Las joviales facciones de Morgan Davies aparecían contraídas en un paralizado espasmo de agonía, con los labios fruncidos en un gesto de dolor y los ojos cerrados para siempre. De modo tan horrible como inexplicable, el poderoso cráneo casi enteramente desprovisto de cabello aparecía cubierto por una serie de manchas de un marrón rojizo que llegaban hasta las sienes. Dos delgados hilos de sangre corrían desde sus oídos.

—¿Muerto? —demandó Holmes.

—Muerto —repuse, tomándole el pulso, a pesar de que una ojeada a la siniestra coloración de la piel bastaba para certificar tal circunstancia—. En efecto —confirmé —. Ha muerto hace tan sólo unos minutos. Ese grito que…

—Ese grito no pertenecía al profesor —cortó Holmes—. Fue Chao Hsing quien gritó, al descubrir el cadáver. El profesor murió de modo tan rápido que no tuvo tiempo material para gritar. —Frunciendo el ceño, mi compañero observó con detenimiento el cadáver—. ¡Cielo santo! ¿No podría tratarse de una embolia cerebral?

—Podría serlo, pero en mi vida he visto una hemorragia cerebral de tales proporciones —respondí—. Todos y cada uno de los vasos sanguíneos de su cabeza parecen haber estallado a un tiempo.

—¡Davies fue asesinado! —murmuró Holmes como si se reprochara a sí mismo —. ¡Por supuesto que sí! Pero ¿cómo diablos lo hicieron?

De pronto mi compañero giró en redondo, dirigiendo la mirada al escritorio.

—¡Se los han llevado! ¡Esos canallas se han llevado el manuscrito original y la traducción! ¡Maldita sea! —imprecó, señalando a la escopeta que reposaba en un rincón de la biblioteca—. ¡Le dije que tuviera el arma a su lado! ¡Le dije que corriera las cortinas y no lo hizo!

A nuestro lado, Chao Hsing había trocado sus lloros desesperados por un sordo gemir inmóvil. Si alguna vez creí que los chinos eran un pueblo de naturaleza impasible, la imagen del desconsolado sirviente bastaba para sacarme de mi error al

instante. A pesar de mis anteriores suspicacias, me resultaba imposible creer que aquel dolor era fingido.

Al azar la vista advertí que Holmes se hallaba ocupado en la observación de la ventana.

—¡Lo que me imaginaba! —murmuró—. El cristal ha sido cortado con un diamante para permitir al asesino introducir la mano y hacer girar la llave en su cerradura. Ya quise quitar la llave antes pero, oxidada como estaba, se hallaba firmemente soldada a la cerradura y me resultó imposible.

—¿Y cómo la hizo girar entonces el asesino? —inquirí, sorprendido.

—Ya venía preparado para semejante eventualidad. La cerradura ha sido untada con un aceite lubricante.

Al ponerme otra vez en pie, mi pie desnudo tropezó con un objeto. Se trataba de la botella de *whisky* de la que habíamos bebido después de la cena, desprovista de su tapón y abandonada en una posición tal como para permitir el derrame del ambarino líquido sobre la alfombra. Una segunda ojeada me reveló la presencia de un vaso vacío semioculto bajo el cuerpo del profesor Davies.

—¡Fíjese en esto, Holmes! ¡Davies cayó cuando estaba bebiendo! ¡Le han envenenado!

Acercándose junto a mí, Holmes examinó en silencio la botella, tomó el vaso, olió de él y lo observó a contraluz.

—No, Petrie —repuso con seguridad—. El profesor no estaba bebiendo; simplemente iba a servirse un trago. Aunque el *whisky* no le mató, por lo menos ahora podemos reconstruir parcialmente lo sucedido. Haciendo una pausa en su trabajo o habiendo terminado con él, nuestro amigo abandonó el escritorio y se dirigió al armario para disfrutar de un vaso de *whisky*. Davies tenía la botella en una mano y el vaso en la otra cuando fue fulminado por algo repentino y doloroso como podría serlo un cuchillo clavado en la espalda. Dejando caer vaso y botella, el profesor se llevó las manos a la cabeza y se giró herido de muerte.

La seguridad con que Holmes reconstruía hasta los menores detalles de una escena que no había visto en ocasiones me llevaba a pensar que su imaginación jugaba un papel nada desdeñable en ella.

—¿Cómo sabe usted que se giró? —inquirí en tono crítico.

El destello en los ojos de mi compañero me hizo comprender al instante que debí haber meditado más mi pregunta.

—¡Use su inteligencia, Petrie! ¡El profesor Davies no era zurdo! Cuando encontramos su cadáver, la botella se hallaba a la izquierda y el vaso a la derecha. Ello prueba que se giró. ¡Nadie excepto un zurdo se sirve una bebida con el vaso en la mano derecha y la botella a la izquierda! —En vista de mi aspecto compungido, Holmes relajó un tanto su actitud—. ¡No tiene importancia, Petrie! No todo el mundo nace con el instinto de investigador.

Íntimamente, me sentí obligado a reconocer que la última afirmación de mi

compañero no podía ser más cierta, circunstancia que estaba lejos de lamentar.

—El asesinato fue totalmente silencioso —prosiguió Holmes—, de modo que el criminal pudo escapar impunemente en la oscuridad. El profesor se vio atacado por algo que le impidió por completo gritar en demanda de ayuda (efecto que podemos comparar al ocasionado por una apoplejía) y, dado el espeso grosor de la alfombra, el sonido del cuerpo al desplomarse pasó desapercibido para nosotros.

—Efectivamente, en el piso de arriba no se oyó sonido alguno —corroboré—. De hecho, ni siquiera los gatos se despertaron —afirmé, señalando a los siameses, todavía entrelazados sobre una silla.

Mi mirada se detuvo por un segundo en los siameses. Presa de una súbita aprensión, me acerqué rápidamente a la silla que ocupaban.

—¡Dios mío! —Me sentía desfallecer—. ¡Estos gatos han muerto de modo idéntico al del profesor!

Un reguerillo de sangre nacía en las orejas de ambos animales.

Atónito, Holmes soltó un improperio.

—¡Tiene usted razón! —indicó, contemplando el horrible espectáculo—. ¡Sólo Dios sabe qué arma han empleado!

Presa de una súbita inspiración, mi compañero se acercó de nuevo a la ventana. Llevándose la mano al bolsillo, masculló una nueva imprecación.

—¡Mil diablos! He olvidado mi linterna de bolsillo en el dormitorio.

En un par de zancadas, Holmes se plantó frente a la puerta, hizo girar la llave y se alejó de la biblioteca no sin recomendarme, con una última mirada, al inconsolable Chao Hsing:

—Saque a ese pobre hombre de la biblioteca, Petrie. Trate de calmar un poco sus nervios, usted es médico y sabrá hacerlo mejor que yo.

Desaparecido Holmes, me acerqué al arrodillado sirviente y, tomándole por los hombros con suavidad, hice ademán de ponerle en pie. El chino volvió su rostro hacia mí y, con gesto apaciguador, señalé con la cabeza hacia la puerta. Sin oponer resistencia, el hombrecillo se dejó acompañar hasta el umbral; por fin, sacudiéndose mi ayuda y esbozando la caricatura de una sonrisa, cruzó la puerta por su propio paso.

Observándole mientras se alejaba, me pregunté qué iba a ser de él, un hombre mayor de setenta años, sin amigos ni familiares en un país extraño del que ignoraba el idioma. Como ya había sucedido otras veces en el transcurso de mi práctica médica, acudió a mi mente el pensamiento de que la muerte no constituyese una tragedia más que para los que sobreviven al fallecido.

En aquel instante Sherlock Holmes bajó la escalera completamente vestido y con mi abrigo y mis botas en la mano.

—Esta vez el Si Fan nos ha vencido sin apelación —dijo con amargura—. Han matado al hombre a quien debíamos proteger y se han llevado sus documentos. ¡Hemos sido demasiado lentos, Petrie! En fin, supongo que deberíamos de cumplir con nuestro deber e informar a la policía. En esta casa hay un teléfono; voy a buscarlo

para llamar al agente Parry.

Una vez Holmes hubo desaparecido de nuevo, un profundo sentimiento de desolación se adueñó de mí al echar otra ojeada al cadáver. La muerte de aquel hombre que tan pronto se había ganado mis simpatías me apenaba de un modo extraordinario.

Así transcurrieron algunos minutos, tras de los cuales Holmes irrumpió de nuevo en la biblioteca.

—Ya he hablado con Parry —anunció—. Le he sacado de la cama y ahora viene para aquí en su bicicleta. Bien, ello nos concede quince o veinte minutos de margen para proseguir con nuestra investigación antes de que ese agente llegue aquí y comience a estorbar.

Acercándose a la ventana, mi compañero entrecerró la hoja para volverla a abrir completamente, movimiento que redundó en un agudo chirriar de los goznes.

—Chao Hsing tiene buen oído —comentó Holmes—. Imagino que fue este sonido el que le llevó a correr en derredor del edificio para ver qué sucedía.

—¿Y dónde lo oyó?

—¿Dónde? ¡Chao Hsing se encontraba al otro lado de la puerta cerrada, naturalmente! —Holmes me miró con severidad—. ¿Acaso no se ha dado cuenta de que lleva las mismas ropas que a la hora de la cena? ¿Tampoco ha visto la silla que hay junto a la puerta? Chao Hsing se hallaba tan inquieto acerca de la suerte de su amo como pudiera estarlo yo, motivo que le indujo a vigilar al otro lado de la puerta, montando guardia del mejor modo posible hasta que el profesor terminase su traducción.

—En ese caso, ¿no sería posible que le hubiera alertado el sonido provocado por el colapso de Davies y que, ansioso por saber lo sucedido, hubiera roto el cristal para penetrar en la biblioteca?

—¡Chao Hsing no es hombre que vaya por el mundo con un diamante para cortar el cristal y una lata de lubricante! —repuso Holmes con cierto desdén.

Sin añadir palabra, mi compañero tomó su linterna y, saliendo por la ventana, exploró la terraza y los alrededores durante varios minutos.

—¡Qué raro! —musitó al regresar a la biblioteca—. No puedo dar con el fragmento de cristal cortado por el asesino. Por un motivo u otro éste parece habérselo llevado consigo. Paradójicamente no se ha molestado en borrar sus huellas, que han quedado excelentemente marcadas sobre el barro. Por lo que se ve, el criminal no viste zapatos ni calcetines y, a juzgar por la separación de los dedos, es un salvaje que no está acostumbrado a usarlos.

—¡Un dakoi! —exclamé en el acto.

—Es muy posible —concedió Holmes—. Hum. Me gustaría adivinar de qué medio se valió para acabar con el profesor. Esta vez Fu Manchú ha empleado un arma que escapa a mi comprensión. Probablemente se trate de alguna clase de veneno. Pero ¿cómo fue administrado?

Arrodillándome frente al cuerpo sin vida procedí a un segundo reconocimiento, tan infructuoso como el primero.

—¿No estaremos buscando sutilezas allí donde no existen? —pregunté por fin—. Supongamos por un instante que el dakoi abrió la ventana y sorprendió a Davies por la espalda. Ningún médico podría estar seguro de los efectos de un golpe brutal asestado en la nuca de un octogenario…

Holmes me miraba con una sonrisa sardónica pintada en el rostro. Tenía razón: no todo el mundo nace para investigador.

—¡Los gatos! —me corregí, enrojeciendo ante mi propia estupidez—. ¡Por supuesto que no fue un golpe!

—Exactamente. Los gatos. Y más que eso, quizá. ¿Cómo va su dolor de cabeza?

—Ha desaparecido —respondí.

—Como el mío. Y no creo que haya sido la aspirina. Ni que hayamos cogido un resfriado. —El índice de mi compañero apuntó a la forma inmóvil que se hallaba a nuestros pies—. Creo que fuimos sometidos a una dosis leve de la misma cosa que mató a Davies.

—¿Cómo? —exclamé con asombro ante aquella posibilidad que se me había pasado por alto—. ¿Se trataría entonces de algún veneno presente en la cena? ¿Se dio cuenta usted de que el profesor comiera algún plato en particular en mayor cantidad que nosotros?

—Si no recuerdo mal, todos comimos similares cantidades de cada plato.

Ansioso por resolver aquel enigma, revolví furiosamente mi memoria.

—¡El vino! —solté por fin—. ¡Davies se bebió casi toda la botella! A nosotros no nos gustaba demasiado y…

—¡Los gatos bebieron todavía menos vino que nosotros! —cortó Holmes.

Con ademán meditabundo, mi compañero comenzó a pasear por la estancia, deteniéndose aquí y allá para observar de cerca algún objeto que no tardaba en abandonar.

—La cena no tiene nada que ver con esto —concluyó finalmente—. No se trata de algo que comiéramos o bebiéramos. Una vez hubimos marchado al dormitorio, algo fue introducido en la habitación, algo capaz de acabar casi instantáneamente con todo ser vivo. ¿Alguna clase de gas, quizá? Si es así, ¿por qué no queda rastro de él en la biblioteca? Aun suponiendo que se trate de un gas completamente inodoro, llevamos aquí bastante rato y no hemos percibido efecto alguno.

El rostro de Holmes denotaba que no estaba hablando conmigo sino que, simplemente, pensaba en voz alta. Conocedor de sus reacciones, esta vez me cuidé muy mucho de interrumpirle.

—Si realmente se trata de un gas, sólo veo dos maneras de introducirlo en esta sala. La primera de ellas requería cortar el vidrio cuando el profesor aún estaba vivo, tarea difícil de efectuar sin llamar su atención, pero quizá no imposible. El otro medio estriba en valerse de la chimenea…

Holmes se acercó al hogar, en el que aún ardía un pequeño fuego y escudriñó entre las cenizas con la ayuda del atizador. De pronto, como si hubiera recordado que no estaba solo en la biblioteca, se giró hacia mí bruscamente.

—Existen ciertos venenos que se liberan por medio de la combustión. Un ejemplo de ellos lo constituye la raíz del Pie del Diablo, con la que Watson y yo casi nos matamos. Lo cierto es que de haberse valido de la chimenea, buena parte del gas se habría perdido al ascender otra vez por ésta. Quizá podrían valerse de algún objeto para taponar la chimenea pero, en ese caso, la biblioteca debería hallarse llena de humo…

Por segunda vez en aquella noche y en una situación algo similar a la anterior, nuestra conversación se vio truncada por un grito de desesperación, grito todavía más inesperado y proveniente esta vez del salón adyacente a la biblioteca.

—¡Dios mío! —exclamé.

Siempre rápido de reflejos, Holmes empuñó el atizador como si se tratara de una espada y abrió la puerta de golpe. Yo me hallaba un paso por detrás de él cuando irrumpimos en la sala.

—¡Cielos! —exclamé con asombro, empuñando mi pistola.

Al pie de la escalera, frente a la puerta de la calle que yo me había ocupado de cerrar y que ahora se hallaba abierta de par en par, Chao Hsing luchaba desesperadamente contra un hombrecillo moreno cuyo único atavío consistía en un taparrabos.

CAPÍTULO 24
EL TESTAMENTO DE CHAO TSING

Mi pistola resultaba inútil en aquellas circunstancias, pues el anciano sirviente se interponía entre mi arma y su adversario.

Sin perder un instante nos lanzamos por la sala en dirección a la lucha. Ésta, sin embargo, resultó demasiado desigual. Cuando nos hallábamos a diez pasos de distancia, el dakoi deshizo el abrazo con su contrincante y un cuchillo ensangrentado refulgió por un instante en su mano mientras Chao Hsing se desplomaba.

De un salto agilísimo, el asaltante superó el alféizar de la ventana y se transformó en una sombra reluciente desaparecida entre los árboles. Rabioso, vacié mi cargador a ciegas.

—¡Es inútil, Petrie! Ya no le cogeremos.

Con la tez cerúlea y el aliento sibilando entre los dientes, Chao Hsing se apretaba el diafragma. A la vista de la brillante sangre arterial que corría entre sus dedos, comprendí que aquel hombre tenía los minutos contados. Olvidándome del dakoi, me acerqué a su lado.

—*Wo bu shing lur*! —murmuró.

Aquellas palabras de significado tan claro como terrible han quedado por siempre grabadas en mi memoria.

—¿Está malherido? —se interesó Holmes.

—Sí. Va a morir.

De pronto un grito y el sonido de un choque nos llegaron desde el camino.

—¡Lo que faltaba! —exclamó mi compañero—. ¡Parry acaba de cruzarse con el asesino! —declaró, acercándose a la puerta con aire un tanto irresoluto.

—¡Parry deberá cuidar de sí mismo! —repuse con firmeza—. Este hombre está agonizando. Ayúdeme a acomodarle en un sitio más indicado.

La larga túnica del anciano se hallaba manchada de sangre hasta la rodilla. Con la ayuda de Holmes y mía, Chao Hsing se desplomó en la misma silla que había ocupado el profesor. Acercando su mano al escritorio, el chino tomó un papel en blanco y lo situó penosamente frente a sí. A continuación, abriendo con dedos temblorosos una pequeña caja de madera de cedro, extrajo una piedra para tinta.

—¡Quiere escribir algo! —anunció Holmes.

Dominados por una horrible fascinación, observamos en silencio cómo el viejo sirviente vertía algunas gotas de agua de un pequeño recipiente de plata en la base de la piedra, tomaba una barrita de tinta sólida y con movimientos penosísimos frotaba piedra y barrita hasta que la pequeña porción de agua se tornó negra.

Con gesto de dolor, el agonizante tomó un pincel, lo sostuvo de modo

perpendicular sobre el papel y comenzó a escribir. Aquella tarea demandaba una mano firme y, en los últimos momentos de su vida, Chao logró que su mano no temblara.

Con suma deliberación e infinito cuidado, el chino trazó una línea y media de caracteres chinos. Por fin, depositando el pincel a un lado, sus dedos otra vez temblorosos alzaron el papel y se lo entregaron a Holmes. Chao Hsing sonrió, pronunció una palabra en su lengua y se desplomó sobre la superficie del escritorio. Su muñeca ya no reflejaba pulsación alguna. Holmes y yo acabábamos de presenciar un increíble triunfo de la mente sobre el cuerpo. Una voluntad indomable había conseguido posponer la llegada de la muerte hasta el momento preciso.

—¡Impresionante valor el de este hombre! —rubricó Holmes—. Me pregunto por qué el asesino regresó a la casa, sin embargo…

—Sí, ¿qué le haría regresar? Ya había acabado con el profesor y ese maldito diario estaba en su poder. ¿Por qué, pues?

—¿Qué demonios sucede aquí? —gritó una nerviosa voz desde la terraza.

Volviéndonos en redondo nos encontramos ante el agente Parry, aparecido con los pantalones embarrados y una pequeña herida en la cabeza desprovista de casco.

—¡En esta casa hay un loco que se dedica a correr desnudo por el jardín! —indicó en tono de gran excitación—. El tipo se lanzó contra mí, derribándome de la bicicleta. Traté de detenerle, pero ya era demasiado tarde…

—Quizá haya sido mejor para usted que fuese demasiado tarde —respondió Holmes con sequedad.

—¡No entiendo nada! —repuso el agente Parry de modo un tanto gratuito—. ¿Y qué ha pasado con el viejo Davies? —La mirada del policía se paseó sobre los dos cadáveres—. ¿Los dos están muertos? ¡Oh, no! ¡Al inspector no le va a gustar ni un pelo todo esto…!

—Chao Hsing ha sido asesinado por el hombre a quien usted vio escapar —expliqué.

—¿Y el profesor? —preguntó Parry, acercándose al cadáver de Morgan Davies y abriendo unos ojos como platos ante la visión de las manchas rojizas sobre el cráneo —. ¡Dios mío! ¡Le ha estallado el cerebro! En fin, supongo que un día u otro tenía que suceder…

—También ha sido asesinado —cortó Holmes—. Sin embargo, todavía no sabemos de qué modo…

El policía murmuró unas palabras más bien incoherentes.

—Déjeme ver ese corte en su cabeza —indiqué—. Supongo que no se lo produjo el cuchillo de ese hombre, ¿no es así?

—No, señor. Me golpeé al caer de la bicicleta. Pero no sabía que ese hombre tenía un cuchillo —añadió con expresión de miedo.

—Lo tenía y se trata de un cuchillo capaz de degollarle de un solo tajo. Conozco bien esa clase de armas. El asesino era un dakoi de Birmania.

Mientras me dirigía a mi dormitorio en busca del botiquín, eran muchas las preguntas que me taladraban el cerebro. ¿Qué pretendía el Si Fan? ¿Cómo había sabido Chao Hsing que el dakoi regresaría a la casa? ¿Cuál era la naturaleza de su críptico mensaje póstumo?

Al regresar de nuevo a la sala advertí que la puerta de entrada había sido otra vez cerrada con llave, sin duda por obra de Holmes o el agente de policía.

Mi compañero se hallaba enfrascado en la lectura del mensaje de Chao Hsing. Su ceño fruncido hablaba bien a las claras de la dificultad de la tarea. Tras encender una vela sobre la mesa hice que el agente Parry se acercara. La herida era muy superficial y un ligero vendaje resultó más que suficiente.

—Venga un momento a mi lado, Petrie —demandó Holmes en aquel instante—. Y usted también, agente.

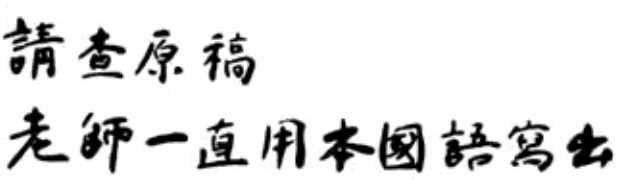
Aquella noche había tenido muy poco de divertida, y el rostro de mi compañero había adoptado una expresión especialmente grave. En silencio, hicimos cuanto decía.

—Espero que se hagan cargo de la situación, amigos —declaró—. En el jardín hay un asesino armado, quizá acompañado de varios compinches. Los hombres de Aberystwyth no llegarán aquí hasta el amanecer y, durante este lapso podemos considerarnos sitiados. Hay algo en esta casa que el Si Fan quiere obtener a toda costa y sabemos que disponen de armas más peligrosas que un simple cuchillo, de armas capaces de ser accionadas desde el exterior y de acabar con nuestras vidas del mismo modo que han acabado con la de ese hombre.

Mi compañero señaló con un gesto al cuerpo yacente de nuestro anfitrión. Parry se revolvió nervioso en su silla. Ignorándole olímpicamente, Holmes me entregó el mensaje de Chao Hsing.

—¡Tenemos que descifrarlo, Petrie!

El empeño de Holmes me pareció inútil. A pesar de los nítidos trazos del mayordomo, tan diferentes de la infantiloide escritura de Li Lien-ying, aquellos signos continuaban siéndonos ininteligibles, a pesar de que el mensaje no contenía más que catorce ideogramas que, distribuidos de izquierda a derecha, eran los siguientes:



—Nos falta la práctica para leer un texto así —objeté—. Aunque supongo que no tardaremos en encontrar a algún experto.

—¡No podemos esperar! —objetó Holmes—. Chao Hsing empleó sus últimas energías para escribir esas palabras. Por lo tanto se trata de algo urgente. ¡Tenemos que saberlo ahora!

—¡Pero eso es una locura! Ni usted ni yo dominamos el chino.

Holmes me dirigió una mirada desdeñosa.

—¡Tonterías! —declaró—. Si pude resolver el acertijo de los Bailarines, puedo resolver éste también.

—¡Pero esto no es un acertijo! —protesté—. ¡Cada uno de estos signos representa una palabra, no una letra!

—¡Precisamente! —señaló Holmes sin perder la calma—. ¿Piensa usted que no soy capaz de hallar el significado de catorce palabras en una biblioteca atestada de diccionarios?

—No creo que resulte tan fácil —insistí—. Si usted ignora la pronunciación de esas palabras, ¿cómo espera hallarlas en el diccionario, donde aparecerán transcritas fonéticamente a nuestro alfabeto?

—Sin duda existe algún método convencional para ello —afirmó mi compañero con un encogimiento de hombros—. Le aseguro que estos libros me van a proporcionar la solución. Por supuesto, voy a necesitar algo de tiempo, y preferiría trabajar sintiéndome a cubierto. Por ello, Petrie, le pido que sea tan amable de montar guardia en la terraza.

—Muy bien —asentí.

El agente Parry, cuyas facciones mostraban una inquietud cada vez mayor, no quiso ser menos.

—¿Cuál es mi misión, señor? —inquirió.

—¿Le importaría permanecer en la silla situada junto a la puerta de la biblioteca? La puerta de la casa ha estado abierta durante mucho rato y no cabe descartar que algún agente del Si Fan se encuentre en el interior. ¿Dispone usted de algún arma?

—¡Tengo mi porra, señor!

—Ello no le resultará muy útil contra el cuchillo de un dakoi —intervine yo—. Tenga, quédese con mi pistola. Si yo debo montar la guardia en el exterior, la escopeta me será de mayor utilidad.

—¡Bien dicho, Petrie! —aprobó Holmes—. Hay una caja de cartuchos en esa estantería.

Las palabras de Holmes me recordaron que mi Browning estaba descargada como producto de los furiosos disparos que había efectuado minutos antes contra el dakoi fugitivo. Sacando uno de los peines de balas que en aquellos tiempos siempre me abultaban los bolsillos, cargué el arma e hice entrega de ella a Parry.

Por el modo en que el policía agarró la pistola, advertí al instante que no estaba familiarizado con las armas de fuego.

—Deje el seguro alzado —expliqué—, o, de lo contrario, se olvidará de hacerlo si tiene que abrir fuego. Mantenga, por consiguiente, el dedo alejado del gatillo, pero si las cosas se ponen feas no vacile en disparar. Esos demonios del Si Fan no le dejarán una segunda oportunidad.

El agente Parry tragó saliva, asintió con la cabeza y se dirigió a su puesto

llevando la pistola torpemente en su mano.

—Esa arma le va a ser de tanta utilidad como su porra —comentó Holmes una vez que el policía hubo desaparecido por la puerta.

Tomando la escopeta del rincón, no pude evitar pensar otra vez en Morgan Davies. ¡Con más de ochenta años y todavía empleaba la pesada arma ocasionalmente para cazar conejos! Con cuidado, introduje sendos cartuchos en sus cañones y me guardé algunos más en el bolsillo.

—Con una escopeta así, más les valdrá no acercársele demasiado —dijo mi compañero con una sonrisa—. Como puede ver, Petrie, le cedo la posición más peligrosa. Lo siento, pero es preciso que traduzca ese mensaje.

—Me temo que ello le resultará poco menos que imposible —comenté en tono pesimista.

Holmes negó firmemente con la cabeza, fijando la mirada en el papel.

—No. La lengua china no tiene un sistema gramatical, tal y como nosotros lo entendemos —explicó—. Si me las ingenio para descubrir el significado de estos ideogramas por separado, creo muy posible deducir la frase o párrafo. Bien, ahora déjeme solo e intentaré hacerlo lo mejor posible. —Mi compañero comenzó a hojear algunos volúmenes—. ¡Ah! Vamos a revertir las instrucciones que di al profesor Davies. Dejaré la puerta abierta, de modo que el agente Parry pueda entrar rápidamente a una llamada mía y descorreré las cortinas para que pueda usted echar un vistazo ocasional y comprobar si sigo con vida. No obstante, le recomiendo que no se pasee demasiado por delante de las ventanas, pues ello le convertirá en blanco ideal para una pistola o un cuchillo arrojado desde la oscuridad. Permanezca entre los arbustos tanto como pueda y evite los espacios libres.

Un minuto después me hallaba en el exterior. Más allá de las iluminadas ventanas de la biblioteca, la terraza aparecía sumergida en la oscuridad. Por otra parte, la severa fachada georgiana del edificio no me proporcionaba saliente ni columna alguna tras la que ocultarme. Mal que bien, opté por agazaparme tras la balaustrada, donde gozaba de una posición algo elevada y resultaba difícil ser sorprendido por la espalda.

Me pregunté cuál debía de ser el número de nuestros adversarios. Hasta el momento sólo habíamos visto a uno de ellos, pero yo sabía bien que los dakois acostumbraban a moverse en parejas, con lo que probablemente había otro individuo a quien no habíamos tenido el gusto de conocer. No era ésta la primera vez que me encontraba en una casa cercada por el Si Fan, pero en aquellas otras ocasiones habíamos sido más de tres personas a la hora de establecer una defensa.

Con la escopeta amartillada, eché una ojeada por la ventana más próxima, tras la cual la silueta de Holmes sin duda se afanaba frente a una pila de gruesos volúmenes. Por lo menos, mi compañero estaba razonablemente bien protegido. Nadie podía acercarse a las ventanas sin que yo lo descubriese. Mientras yo no me descuidara por un instante, Holmes podía considerarse bastante seguro.

La noche era ahora menos oscura que a nuestra llegada, pues la cortina de nubes se había dispersado algunas horas atrás, pero el cielo sin luna no me proporcionaba más que una muy tenue iluminación. Todo estaba en silencio, un silencio sólo roto ocasionalmente por el lejano y persistente grito del búho.

No me considero supersticioso, pero no dejó de inquietarme el recordar que se cumplía un mes exacto desde mi llegada a Londres. La casualidad quería también que aquél fuera el segundo viernes y trece de aquel año.

Cuando calculé que habían transcurrido unos diez minutos me decidí a efectuar mi primera visita a la ventana. Aplastándome contra la pared avancé silenciosamente junto al marco de madera. Lentamente, asomé la cabeza por éste. Todo marchaba bien. Absorto en su tarea, rodeado de diccionarios abiertos, Holmes había instalado su sillón en una esquina de la biblioteca de tal modo que sólo podía ser visto desde la posición que yo ocupaba ahora. Algo más confiado en nuestras propias fuerzas, me deslicé en silencio hasta llegar de nuevo junto a la balaustrada. A intervalos aproximados de diez minutos, volví a realizar nuevas expediciones a la ventana.

Una hora transcurrió en la más completa tranquilidad. Paradójicamente comencé a ponerme nervioso, pues mi imaginación resulta demasiado vivida como para hacer de mí un buen centinela. Cada vez que una ráfaga de viento azotaba los arbustos creía verme sorprendido por el adversario. Por fortuna, mi vista es bastante efectiva durante la noche; de otro modo, temo que me hubiera costado no apretar el gatillo en más de una ocasión.

Al efectuar mi séptima u octava visita a la ventana, me sorprendió ver que Holmes había hecho a un lado libros y diccionarios y fumaba su pipa con aire meditabundo. Evidentemente, la solución al criptograma de Chao Hsing precisaba del tabaco.

De regreso a mi puesto de observación, comprobé que la temperatura parecía haber bajado y lamenté no haberme enfundado el abrigo. En aquel instante, justo cuando menos lo esperaba, un leve sonido ululante resonó frente a mí, erizándome los cabellos. Yo conocía aquel sonido; era la señal de los dakois.

Aquella señal apenas audible provenía de los arbustos. Un segundo después volvió a sonar, más cerca esta vez. Escudriñando desesperadamente en la oscuridad, no conseguí divisar a persona alguna escondida entre el follaje. Con un estremecimiento advertí de pronto que por espacio de unos veinte segundos había descuidado la vigilancia de las ventanas.

Sin adoptar precaución alguna corrí en aquella dirección con el corazón latiéndome con fuerza. Al acercarme, todo parecía en orden, pero algo me decía lo contrario… de pronto lo vi. Arrodillado no lejos de la balaustrada, el dakoi parecía absorto en la disposición de una pequeña caja cuadrada de la que partía una especie de vara en forma de T.

Todavía hoy no sé realmente lo sucedido. La escena que se desarrollaba ante mis ojos, algunas lecturas científicas medio olvidadas, el rostro del profesor muerto y las

enigmáticas frases de Smith se combinaron en una súbita inspiración que me hizo comprender. Como si gozara de vida, la culata de la escopeta buscó el apoyo de mi hombro y abrió fuego, no contra el dakoi sino contra la ventana. El estampido de la pesada arma resonó en el silencio de la noche como un auténtico trueno.

El disparo se vio inmediatamente correspondido por un aullido de fiera salvaje. Con la escopeta todavía en mi hombro, me volví a tiempo para percibir la silueta del dakoi que se me echaba encima enarbolando el curvado puñal, los ojos destellando odio y la boca cubierta por un espumarajo de rabia. No sentí miedo alguno, tan sólo una rabia no inferior a la suya. Mi adversario apenas si estaba a tres metros de mi persona cuando apreté el segundo gatillo de la escopeta. Recibiendo de lleno el impacto de las postas, el dakoi voló literalmente de espaldas hasta caer unos metros más allá.

Bajando el cañón del arma que había salvado mi vida, me giré hacia la ventana, contento de ver a Holmes asomando su rostro por el alféizar.

—¿Se encuentra usted bien? —inquirí, algo nervioso.

—Sí, aunque algunas de esas postas no pasaron muy lejos de mi cabeza.

El agente Parry surgió de la puerta principal enarbolando peligrosamente mi pistola y demasiado impresionado para articular palabra. Deteniéndose en el porche, el policía precisó de unos instantes para reponer el aliento, tras de lo cual enfocó temblorosamente su linterna sobre el cadáver del dakoi.

—¡Ca… caramba! ¡Está muerto!

—¡Vuélvase adentro, Parry! —ordené, todavía esforzándome en dominar los nervios.

El policía obedeció sin añadir palabra. Desprendiéndome por un instante de mi escopeta, comencé a rebuscar junto a la ventana hasta dar con lo que buscaba: una gran ventosa unida por medio de un cable destrozado a la caja que manipulara el dakoi y a un amasijo de cablecillos y discos ovoides confundidos con los restos de la ventana.

—Smith no se refería a *treinta mil bicicletas* en su carta sino a *treinta mil megaciclos*[24] —declaré a Holmes—, una frecuencia supersónica infinitamente por encima de la capacidad auditiva humana. El estudio de esta clase de armas terribles todavía se encuentra en pañales, sin que por ello resulten menos destructivas para todo ser vivo que se cruce en su camino.

Holmes asintió con gravedad y examinó la pequeña máquina entre sus manos.

—En principio, Fu Manchú destaca por su capacidad para la química y la alquimia. El formidable equipo científico que mantiene en cautividad, sin embargo, le lleva a estar varias décadas por delante de nosotros. —Mi compañero observó con interés los restos de aquella formidable arma dañada por mi primer disparo—. ¡Ajá! ¡Ahora entiendo la razón por la cual faltaba el trozo de cristal en la ventana! Todavía se halla unido a la ventosa que emplearon para no hacer ruido. ¡Qué aparato infernal! ¿Debo presumir, por tanto, que su disparo a la ventana tenía por objetivo impedir el

funcionamiento de ese artefacto?

—En efecto. Aunque no tuve tiempo material para pensar, algo me dijo que si disparaba al dakoi, éste podía caer sobre la máquina y ponerla en funcionamiento accidentalmente.

—¡Excelente intuición, Petrie! —aprobó Holmes—. Hum, me temo que esta arma infernal ha quedado destruida de modo irremediable —añadió mi compañero.

—Eso parece. Si es así, tengo la impresión de que nunca conoceremos con exactitud el secreto de su funcionamiento.

—Me alegro de ello —musitó Holmes, arrojando el destrozado artefacto entre los arbustos—. Si los acontecimientos en Europa siguen el curso predicho por Fu Manchú (y me temo que así será), prefiero que esta invención diabólica continúe siendo un secreto incluso para nuestro propio ejército. —Pronunciadas estas palabras, mi compañero se volvió hacia el agente de policía—. ¡Vuelva al interior de la casa, Parry! Es posible que se haya colado algún dakoi.

Al reunirse con nosotros en la biblioteca, el agente Parry mostraba una expresión en la que nerviosismo y desasosiego se mezclaban a partes iguales.

—¡Me pregunto qué pensará el inspector de todo esto…! —musitó, bajando la mirada.

—¡Lo que piense el inspector no importa ahora! —cortó Holmes con impaciencia —. ¡Maldita sea! Al caer al suelo, mi pipa ha quemado la alfombra. Bueno, bueno, eso tampoco importa ya demasiado, en vista del estado en que ha quedado esta sala…

Así era, desgraciadamente. El impacto de las postas en el mobiliario y los libros de la biblioteca resultaba evidente. Prendiendo su pipa otra vez, Holmes tomó asiento en uno de los deteriorados sillones. El modo casi milagroso en que había escapado a la muerte no parecía haber hecho mella en aquel hombre extraordinario.

—A usted le corresponde el honor de haber descubierto antes que yo el misterio de la muerte de nuestro anfitrión —repuso Holmes en tono magnánimo—. Un misterio, por cierto, bastante más difícil que la resolución del sencillo acertijo que he efectuado hace tan sólo unos minutos…

—¿Cómo? —exclamé con incredulidad—. ¿Ha conseguido usted traducir el mensaje de Chao Hsing?

—Por supuesto. Con la ayuda de un buen índice, no tardé en dar con los ideogramas. El principal problema estribaba en que la mayoría de estos caracteres poseen diversas acepciones y, en alguna ocasión, no resultaba fácil escoger la adecuada, pero con un poco de paciencia acabé por resolver esta pequeña dificultad un instante antes de que usted efectuase su disparo. Aquí tiene el borrador final. Supongo que no le costará dar con el significado global del mensaje —añadió Holmes, pasándome una cuartilla doblada en dos que extrajo del bolsillo interior de su chaqueta.

Acercándome a la lámpara, eché un vistazo a la rudimentaria traducción. Mi compañero había sustituido los catorce ideogramas chinos por números, junto a los

cuales había dispuesto sus respectivas equivalencias en inglés. El significado de las primeras cuatro palabras parecía obvio.

1. Por favor	3. Borrador
2. Buscar	4. Original

—Sí, esto parece muy claro —afirmé—. Chao Hsing nos insta a buscar el manuscrito del profesor. La traducción, me imagino. Con todo, se me escapa el significado del segundo grupo de palabras.

5. Viejo	10. País
6. Maestro	11. Origen
7. Un	12. Palabras
8. Continuo	13. Escribir
9. Uso, empleo	14. Traducción

—¡Pero si es un juego de niños! —protestó Holmes con vehemencia—. ¡La única dificultad estriba en que el verbo se escribe al final de la frase, como en el alemán! Obviamente, hay casos en los que resultan precisas dos palabras chinas para representar lo que en inglés haríamos con un solo vocablo. Si asumimos, por tanto, que «un continuo» significa «invariablemente» y «país-origen-palabras», «idioma del país de origen» o, más sencillo, «lengua materna», ¿qué nos queda entonces? ¿No lo ve? ¡Chao Hsing nos dice que el profesor Davies tenía el hábito de traducir siempre *al galés*!

—¡Dios mío! —exclamé con asombro—. ¡Qué cosa tan excéntrica!

—¡Nada de eso! —negó Holmes con ademán reprobatorio—. El profesor ya nos dijo que su lengua materna era el galés. Es cierto que escribía y leía el chino y el inglés con fluidez, pero no le resultaba fácil traducir de un idioma a otro directamente, pues *ambas* lenguas eran extranjeras para él.

Devolviendo la pipa otra vez a su bolsillo, Holmes se puso en pie como movido por un resorte.

—Y ahora, ¡a encontrar esa traducción!

Con rápidas zancadas, mi compañero se acercó al escritorio, sobre cuya superficie el cuerpo de Chao Hsing continuaba encorvado como un escolar aplicado que se hubiera dormido sobre sus apuntes, impresión sólo desmentida por la ominosa mancha escarlata que se había extendido a sus pies. Ante aquella macabra visión, no pude evitar que un estremecimiento me recorriera el cuerpo. Al llegar frente al escritorio, Holmes hizo una pausa y se volvió hacia mí.

—Una vez completada la traducción al galés, el profesor Davies hizo una pausa antes de elaborar la definitiva versión inglesa, abandonó el manuscrito por un instante en algún lugar de la biblioteca y decidió servirse un vaso de *whisky*. Fue en ese instante cuando cayó fulminado. Ahora veo que mis primeras impresiones eran erróneas. El dakoi permaneció en la casa más tiempo de lo que yo creía. Si Chao Hsing se libró de morir bajo el impacto de esa brutal onda sonora, fue gracias a la pesada puerta de roble. No obstante, estoy convencido de que el viejo sirviente debió

de quedar inconsciente durante algunos minutos.

—¡Sin duda, fue en ese momento cuando ambos nos despertamos víctimas de aquel terrible dolor de cabeza! —exclamé.

—Podemos estar prácticamente seguros de ello —afirmó Holmes—. Sin duda, mientras usted y yo nos encontramos en el cuarto de baño, el dakoi registraba la biblioteca a toda prisa. El asesino pronto dio con el manuscrito original chino y, a pesar de que, con toda certeza, su inglés era lo bastante bueno para identificar una traducción, se encontró con la desagradable sorpresa de que todos los papeles del profesor estaban escritos en galés. Ante la imposibilidad de llevarse hasta la última cuartilla de la biblioteca, ¿qué recurso le quedaba?

Con un estremecimiento, recordé aquella primera, terrible noche en Sussex.

—La ocasión parece haber sido ideal para emplear uno de esos horrorosos globos de Stromberg —comenté.

—No lo dude usted. Afortunadamente, sin embargo, en aquel momento no disponía de uno de esos artefactos. Es muy probable que el dakoi hubiera terminado por provocar un incendio en la biblioteca, pero antes de que pudiera tomar una resolución el fiel Chao Hsing volvió en sí y, alarmado ante la suerte del profesor, llamó a la puerta con desesperada insistencia. Al no obtener respuesta alguna, el viejo sirviente corrió a la terraza para rodear el edificio y llegar a la ventana de la biblioteca, momento que aprovechó el asesino para huir precipitadamente, creyendo erróneamente que éramos tres los adversarios a los que se debía enfrentar.

El agente Parry, todavía blanco como el papel, se decidió por fin a articular palabra.

—Entonces, ¿cómo se produjo la muerte del viejo criado, señor?

—Una vez se hubo recuperado en algo de la terrible conmoción que para él supuso la muerte de Davies, Chao Hsing acabó por hacerse cargo de la situación. Desconocedor de la lengua galesa, no podía saber con certeza dónde se hallaba el manuscrito, si había sido robado o no; desconocedor del inglés, tampoco tenía medio de hacernos saber que era muy posible que el manuscrito todavía se hallase en la biblioteca. Sin saber muy bien qué partido tomar, el anciano criado decidió que el mejor medio de sernos útil estribaba en montar guardia en previsión de que el dakoi regresara a apoderarse de lo que buscaba. Fue una decisión valiente que le costó la vida.

Con un leve encogimiento de hombros, Holmes dio por terminada su exposición y concentró de nuevo su atención en el escritorio.

—Quizá en uno de estos cajones… Pero para ello debemos mover el cadáver… —murmuró Holmes, dirigiendo una aprensiva mirada al yacente cuerpo del valeroso criado—. ¡Ah! ¡Podría hallarse aquí! —afirmó mi compañero, señalando a una silla emplazada junto al escritorio y enteramente cubierta por una pila de baratos cuadernos de tipo escolar.

Acercándose a la silla, Holmes tomó el primer cuaderno del montón y lo ojeó

brevemente.

—Sí, debería ser éste… —indicó en tono pensativo—. Lo más lógico es que se trate del primer cuaderno del montón. Y ésta es sin duda su escritura…

—Pero ¿cómo podemos estar seguros? Sin dominar la lengua galesa, no podemos adivinar el contenido de esas páginas…

—¿Y quién dice que no dominamos el galés, Petrie? —repuso Holmes con una sonrisa—. ¡Acérquese un momento, agente Parry! ¡Gánese su parte de gloria en este caso!

Algo contrito ante el malicioso comentario, el policía tomó el cuaderno que le tendía mi compañero.

—Lea usted algunas líneas —le instruyó Holmes—, y díganos si el texto tiene algo que ver con el reclutamiento de agentes secretos para entorpecer el desarrollo de una revolución contra el gobierno imperial de China.

Con ademán aplicado, Parry hizo cuanto se le decía, frunciendo el ceño a cada línea, con la clara expresión de no entender demasiado de cuanto leía.

—En efecto, señor. El texto trata de lo que usted dice —concluyó por fin.

—¡Excelente! —aprobó Holmes, tomando el cuaderno de manos del policía—. ¡Ya tenemos lo que buscábamos! Ahora debemos asegurarnos de que no desaparezca de nuestras manos.

—¿Cree usted que esos demonios intentarán un nuevo ataque? —terció Parry con mal disimulada ansiedad.

—Me inclino a creer lo contrario, pues han perdido la principal arma de que disponían. Con todo, no quiero correr riesgos, así que subiremos todos al primer piso y nos fortificaremos allí hasta que llegue el destacamento de policía de Aberystwyth. Nunca se sabe con esos pajarracos del Si Fan, ¿no es así, doctor Petrie? —Holmes me dirigió una sonrisa, pero sin embargo, sus grises ojos mostraban un aire de inusual solemnidad—. Creo que hemos ganado una nueva batalla a Fu Manchú, Petrie. Pero ¡a qué precio! La vida de dos grandes hombres se ha quedado en el camino. A su modo humilde y callado, Chao Hsing fue un hombre tan grande como el amo a quien servía…

CAPÍTULO 25
EN LA COSTA

El resto de la noche transcurrió sin más incidentes; pero a la mañana siguiente no tardamos en cerciorarnos de que otros agentes del Si Fan habían estado merodeando junto a la casa: los restos destrozados de la infernal máquina sonora habían desaparecido de su lugar en la terraza, al pie de la biblioteca. Debo confesar que había olvidado por completo la existencia de dichos restos; en cuanto a Holmes, me inclino a pensar que deliberadamente optó por conceder al Si Fan la oportunidad de retirarlos.

Considero preferible correr un tupido velo sobre la escena que se produjo al llegar por fin el refuerzo policial que aguardábamos. Los nerviosos temores del agente Parry relativos a lo que diría el inspector demostraron estar plenamente justificados. El inspector tuvo mucho que decir y bien poco de ello resultaba elogioso.

Yo tampoco salí demasiado bien parado. Nuestros visitantes no tuvieron demasiados miramientos a la hora de hacerme saber que en Gales uno no dispara a los dakois como si se tratara de conejos. No sin irritación me enteré, además, de que yo no disponía de la licencia preceptiva para el uso de escopetas y de que el agente Parry no estaba legalmente autorizado para emplear mi pistola. El inspector concluyó en tono tan firme como cortés que se haría precisa una investigación para determinar si el homicidio por mí efectuado tenía carácter criminal o de legítima defensa.

Nos vimos obligados, pues, a emplear la mayor parte del día prestando declaración en la comisaría de Aberystwyth. Cuando, al día siguiente, Holmes y yo regresamos por fin a Swansea, el inspector Gribbler nos recibió con aire embarazado; a pesar de su simpatía y comprensión, el buen hombre se veía impotente para detener el fastidioso torbellino legal que nos había causado la muerte del dakoi. Una llamada al inspector Weymouth, de Scotland Yard, terminó por ofrecernos algún resultado práctico. Gracias a él conseguimos que el establecimiento de la encuesta se retrasase algunos días; entretanto y hasta que no se resolviera mi situación, yo no debía abandonar el distrito.

Holmes y yo estábamos furiosos. Ambos considerábamos vital para nuestra investigación gozar de total libertad para seguir toda pista que pudiéramos hallar en cualquier instante. Irónicamente, las restricciones policiales emplazadas sobre mi persona terminaron por no representar traba alguna para nuestro trabajo. Aunque en aquel momento no podíamos saberlo, nos esperaban diez días de desesperante inactividad.

El preciado manuscrito del profesor Davies fue prontamente traducido al inglés. Una copia de la traducción se despachó al Foreign Office sin tardanza mientras dos

copias más permanecían a buen recaudo en las cajas fuertes de sendos bancos, de donde no serían extraídas hasta que no estuvimos completamente seguros de que la primera copia había llegado a su destinatario. A pesar de hallarnos en pleno centro de Swansea, no dejábamos de temer que el Si Fan intentase un golpe de mano desesperado para recobrar su secreto. Sin embargo, no sucedió nada. Al parecer, Fu Manchú aceptó su derrota filosóficamente y no buscó venganza ni contraataque alguno[25].

Holmes optó de nuevo por recluirse rodeado de libros en la habitación del hotel en espera de que surgiera algún nuevo indicio que nos pusiera tras la pista del Si Fan. Aunque en ocasiones me lo encontraba en el restaurante, no me esforcé demasiado en cultivar su compañía. A excepción de los raros momentos en que discutíamos acerca de nuestra investigación, mi compañero invariablemente escogía abstrusos temas de conversación, tales como la escritura isabelina o la fauna salvaje de Nueva Guinea. Si no recuerdo mal, Holmes había declarado a Watson en cierta ocasión que el cerebro humano le parecía de capacidad limitada, por lo que se hacía preciso almacenar en él únicamente aquellos conocimientos que resultasen de utilidad. La verdad, me resultaba difícil imaginar qué aplicación práctica podían tener las complicadas materias que escogía para estudiar en la soledad de su habitación.

Para decepción de muchos lectores, debo confesar que durante todas aquellas semanas Holmes jamás me reveló secreto alguno relativo a su persona y tan sólo en una ocasión pude arrancarle un detalle referente a sus antiguas aventuras.

—Por cierto —le dije frente a nuestro almuerzo—, hay un pequeño misterio que siempre me ha intrigado. ¿Dónde resultó herido exactamente el doctor Watson? ¿En el hombro o en la pierna?

Holmes me miró como si me estuviera inmiscuyendo en sus secretos familiares (y, en cierto modo, así era), pero no rehuyó la pregunta.

—El único misterio estriba en la incapacidad de Watson para referir con claridad esa circunstancia a sus lectores —declaró mi compañero—. Como usted sabrá, Watson se vio expuesto a una auténtica granizada de balas durante el incidente de Maiwand. Una de ellas le hirió en el hombro izquierdo, una segunda en el muslo y una tercera le pasó rozando las costillas. La bala alojada en el hombro había astillado parte del hueso, de modo que todavía le causaba fuertes dolores cuando nos encontramos. La segunda bala, sin embargo, se había incrustado en el músculo, de modo que nunca pudo ser extraída y continuó causándole problemas años después de que las restantes heridas hubieran cicatrizado. De hecho, sigue causándoselos.

El segundo día de nuestra estancia en Swansea, el buen tiempo se vio roto por una lluvia torrencial de características casi tropicales que llegó de la bahía en forma de un gigantesco nubarrón visible una hora antes. Durante toda la tarde la lluvia transformó la desierta calle Mayor en un torrente que parecía empeñado en anegar el barrio portuario. Desde la ventana de mi habitación contemplé en silencio aquel espectáculo, tan sólo turbado por el ocasional autobús que ascendía la cuesta

penosamente, salpicando la acera de agua enlodada.

El día siguiente amaneció otra vez cálido y soleado, como si nada hubiera ocurrido. A la hora del desayuno, un camarero entregó a Holmes un telegrama que acababa de llegar de Londres. Tras leer el mensaje, mi compañero permaneció pensativo durante un instante, tras lo cual me indicó con una disculpa que debía regresar a Londres inmediatamente para efectuar cierta gestión relativa al asunto «personal» del que habíamos acordado no cruzar palabra.

—Aprovecharé mi estancia en Londres para acercarme a Whitehall e intentar solventar toda esa fastidiosa maraña burocrática en la que nos hemos visto envueltos —declaró Holmes poniéndose en pie—. Si no entendí mal, usted me dijo que Nayland Smith gozaba de poderes especiales, conferidos directamente por el ministro. Confío en que ello nos resultará de utilidad. Tengo un hermano empleado en cierto departamento gubernamental que a veces me ha ayudado a solventar alguna que otra papeleta.

Despidiéndose de mí por algunos días, mi compañero me aconsejó no aventurarme en solitario en pos de alguna posible pista.

—Y le recomiendo que no liquide a ningún otro dakoi —añadió con una sonrisa mientras subía a su vagón.

Tales consejos se revelaron innecesarios, pues durante los tres días que Holmes permaneció ausente no sucedió acontecimiento de relevancia alguno. Desocupado como me hallaba, decidí emplear mi tiempo en proseguir con la exploración de aquella costa de perfil tortuoso, en la que Smith parecía haber sido desembarcado. Holmes creía muy posible que mi amigo se hallase prisionero allí, en alguna granja o cabaña aislada. Por desgracia, a pesar de lo comparativamente reducido de aquella área, debían de existir más de un millar de edificaciones semejantes y resultaba materialmente imposible obtener una orden de registro para todas y cada una de ellas. Además, la costa aparecía plagada de un auténtico dédalo de grutas y cavernas que todavía complicaban más la posibilidad de una búsqueda exhaustiva.

A la mañana siguiente me puse en camino hacia el punto en que había detenido mi exploración en la ocasión anterior. Valiéndome del autobús no tuve que caminar demasiado para llegar al pie del acantilado frente al cual me había desviado aquella vez. Sabedor de que no existía camino o sendero alguno que lo rodease, emprendí el ascenso de la empinada cuesta rocosa. Algo después llegué a la cima, una amplia meseta de un verde lujurioso en la que ovejas y caballos pastaban con placidez. Caminando persistentemente hacia el oeste, atravesé la meseta y, una hora más tarde, me encontré repentinamente frente a la bahía más hermosa que había visto en mi vida.

La extensísima bahía, de límpida arena dorada se hallaba enteramente desierta (si pasamos por alto a un solitario perro pastor que vagabundeaba alegremente al sol). Un gran amasijo rocoso caía sobre el mar en mitad de la playa; en su extremo, tres orgullosos riscos de serrado perfil se enfrentaban a las olas. Más allá, a muchos

kilómetros de distancia, un riachuelo serpenteaba graciosamente entre las lomas hasta morir en el mar tras atravesar un amplio valle boscoso.

Aquel paisaje parecía directamente extraído de las páginas de Robert Louis Stevenson[26]. ¡Incluso se veía hasta un castillo en ruinas allá al este! Pero el encanto ante aquel panorama maravilloso no tardó en romperse, al recordar que me hallaba en territorio de Fu Manchú.

Protegiéndome los ojos del sol con el dorso de la mano, dirigí la mirada más allá de los tres riscos que dividían la bahía. ¿Qué era aquello que se veía hacia el oeste? Aquel luengo promontorio de un verde oscuro que se adentraba considerablemente en el mar…

El tiempo se me echaba encima, así que decidí dejar el enigma para el día siguiente. No obstante, a la mañana siguiente el botones del hotel me entregó un telegrama de Holmes en el que éste me indicaba la hora de llegada de su tren y me rogaba que acudiera a recibirle a la estación. Así lo hice, preguntándome el motivo que llevaría a mi compañero a requerir de mi presencia tan pronto. Un vistazo a su persona me lo hizo comprender de inmediato; ojeroso, con aspecto de estar terriblemente cansado y con aire de desaliento, resultaba evidente que Holmes precisaba de alguien que le esperase en el andén.

Tras tomar su maleta sin una palabra, acompañé al agotado Holmes hasta nuestro alojamiento. No era difícil de ver que el asunto londinense —cualquiera que fuese su naturaleza— había llevado las energías de mi compañero hasta el límite. Holmes precisaba desesperadamente de calor humano y, aunque yo sabía muy bien que ello no haría nuestra relación más estrecha, me sentí honrado de ayudarle en aquel difícil momento.

Por la noche, sentados en el salón del hotel, le relaté mis andanzas por la península de Gower. Algo más descansado, Holmes sonreía con tolerancia.

—¡Debería usted ver esos paisajes! —le indiqué—. ¡Cree uno hallarse en otro mundo!

Holmes extrajo su petaca y depositó una generosa ración de tabaco en la vieja cachimba que reservaba para sus momentos de meditación.

—Estoy por decir que más tarde o más temprano me tocará verlos —dijo finalmente mi compañero—. Tengo el convencimiento casi absoluto de que ese buque chino terminará por dirigirse allí. Ya sabemos que el Si Fan está abandonando sus actividades en Europa. Los efectos almacenados en la mina de Nant Gareth no están siendo trasladados a un nuevo escondite, como en un principio supusimos, sino que van a ser devueltos al país del que provienen. Hasta que eso suceda, si tiene usted deseos de explorar la zona, no seré yo quien le detenga. El conocimiento previo del terreno nunca está de más.

Los días que siguieron transcurrieron de modo muy similar a los anteriores. Con la aprobación de Holmes, me dediqué a recorrer aquella porción de la costa, un auténtico paraíso natural reservado a aquellos excursionistas voluntariosos que

estuvieran dispuestos a aventurarse entre los bosques y ascender acantilados. Era aquélla una saludable tarea, de la que no me arrepentí ni un instante en vista de los fastuosos paisajes que descubrí. Por otro lado, no tardé en cerciorarme de que la península de Gower albergaba en su costa centenares de escondrijos y recovecos desde los que una pequeña embarcación no tendría dificultad en dirigir inadvertidamente al buque chino. Aquella perspectiva resultaba desesperante; los raptores de Smith podían escapar en el momento en que se lo propusieran.

En otro aspecto, por lo menos, tuvimos ocasión de vernos satisfechos. Una mañana Holmes se presentó al desayuno con un sobre de aspecto oficial en la mano. Tras abrir el sobre, mi compañero dio un somero vistazo a su contenido, ante el que efectuó un vigoroso gesto de aprobación.

—¡Muy bien! De ahora en adelante, Petrie, ya no volveremos a oír hablar de ese dakoi.

Evidentemente, su gestión londinense había constituido todo un éxito.

—¡Excelente, excelente! —repitió Holmes, agitando la carta por un instante. Aunque no tuve ocasión de leer sus líneas, cuál no sería mi sorpresa al reconocer el nombre «Asquith» mecanografiado bajo la firma. Holmes esbozó una sonrisa al advertir mi expresión boquiabierta.

—Ese hombre me debía un pequeño favor —apuntó, encogiéndose de hombros.

Mientras dedicaba su tiempo libre al estudio y la lectura, Holmes parecía hallarse muy a gusto en Swansea. A poca distancia de la ciudad se encontraba el castillo de Craigynos, residencia de la tiempo atrás retirada Adelina Patti, por cuya voz mi compañero había sentido auténtica veneración cuando era más joven. No es de extrañar, por tanto, que gracias a los buenos oficios del superintendente Gribbler, Holmes lograra obtener una invitación para asistir a uno de los raros recitales privados que la diva ofrecía en el teatro del castillo. Sintiéndome poco inclinado a presenciar las crepusculares actuaciones de antiguas *primas donnas*, yo opté por declinar mi invitación, aunque no tuve inconveniente en acompañar a mi compañero en automóvil hasta el castillo. El tiempo que Holmes permanecía allí lo empleé yo en visitar una hostería tan cercana como agradable en la que tuve ocasión de compartir varias cervezas con los parroquianos habituales. Gracias a ellos pude saber que la península de Gower albergaba grutas de varios kilómetros de extensión, estrechos barrancos semiescondidos entre las colinas y unas maravillosas cascadas de agua, de acceso tan dificultoso que eran muy pocos quienes habían conseguido verlas.

En el camino de regreso a Swansea, hice mención a Holmes de tales maravillas naturales. Algo abstraído, mi compañero se limitó a responder que tenía algunas razones personales para no ser especialmente devoto de los saltos de agua.

Habían transcurrido ya cinco semanas desde nuestra partida de Londres y la primavera estaba ya bastante avanzada. Un tiempo excelente me acompañaba en mis excursiones. Los árboles ya estaban en flor y las arenas de la larga playa aparecían moteadas de lirios silvestres; por doquier resonaba el alegre trino de los pájaros,

algunos de los cuales resultaban novedosos para mis oídos. La ciudad, por su parte, iba cobrando un aspecto cada vez más festivo; eran muchos los vecinos empleados en mejorar o repintar las fachadas de sus casas ante la próxima visita del joven príncipe de Gales, cuya investidura había tenido lugar tan sólo tres años atrás.

El buen Gribbler sugirió una tarde que si todavía nos encontrábamos en Swansea en tal ocasión, Holmes debería ser presentado al príncipe, distinción que mi compañero desdeñó con gesto hosco.

—¿Qué tengo yo que ver con príncipes y reyes? Ya tuve ocasión de conocer a su abuelo años atrás y no me gustó mucho aquel hombre.

El martes transcurrió de modo muy similar al lunes y a los días anteriores. Anochecía ya cuando regresé al hotel tras pasarme la tarde buscando infructuosamente algún sendero que se aventurase entre los espesos bosques de Oxwich Point. Tras cambiarme de ropas, se me ocurrió que apenas si había visto a Sherlock Holmes en las últimas cuarenta y ocho horas, así que opté por llamar a su puerta. La quejumbrosa y aguda voz de mi compañero me invitó a entrar, y al abrir la puerta me lo encontré sentado con las rodillas cruzadas sobre la cama, envuelto en una densa nube de humo de tabaco y absorto en el estudio de una gramática básica de la lengua china que había escogido en la biblioteca del profesor Davies. Alzando la mirada, Holmes enarcó las cejas.

—Uno no está nunca lo bastante preparado —observó—. Si yo hubiera estado capacitado para hablar o escribir algunos rudimentos de chino, lo más probable es que Chao Hsing todavía siguiese con vida.

—Quizá haya sido mejor así —aventuré con algo de tristeza—. El viejo criado sabía que le quedaba poco tiempo de vida y quizá prefirió morir junto a su amo.

—¡Paparruchas! —cortó Holmes—. ¡Es usted un sentimentaloide incorregible, Petrie!

Con una sonrisa, opté por no discutir su aseveración y, cambiando de tema, le pregunté cuándo había comido por última vez. Cuando mi compañero respondió que no lo recordaba, le invité a cenar conmigo. Ante mi insistencia, acabó por ceder sin demasiado entusiasmo.

—¡Está bien, está bien! Ya sé que tengo que comer algo… Deme unos minutos para estar presentable en el restaurante y me reuniré con usted en el salón ahora mismo.

Yo estaba sentado en una butaca del salón mientras fumaba un cigarrillo, y aquélla prometía ser una velada como tantas otras que habíamos pasado en Swansea. Sin embargo, fue en aquel momento cuando sonó el timbre del teléfono y unos segundos más tarde el botones se dirigió a mí.

—Preguntan por el señor Holmes o el doctor Petrie, señor.

Acercándome a la mesa de recepción, me puse al aparato. Al otro extremo del hilo me contestó una voz vagamente familiar que no tardó en identificarse como perteneciente a nuestro viejo conocido, el sargento Hughes de Brynamman —el

responsable de nuestra inconclusa visita a Carreg Cennen—. Hughes, claramente agitado, parecía más galés que nunca.

—¡Se trata de ese diablo chino, señor! ¡Estoy seguro de que se trata de él! ¡Ya lo ha hecho, señor!

—¿Qué es lo que ha hecho, sargento? —traté de aclarar.

—¡Lo de las ovejas, señor! ¡Pero ahora es un hombre! —respondió oscuramente mi interlocutor.

—Aguarde un instante, sargento. Le voy a poner con Sherlock Holmes —indiqué, observando con el rabillo del ojo que mi compañero descendía por la escalera.

—Se trata del sargento Hughes de Brynamman —expliqué a Holmes.

Con algo de impaciencia por averiguar la razón de la extemporánea llamada, aguardé a unos pasos de mi compañero mientras éste se encorvaba sobre el teléfono.

—Sí…, sí… —le oí decir—. ¿Dónde? ¿Que se llama *qué*? ¡Deletréeme eso!

A un gesto de Holmes, el recepcionista le entregó lápiz y papel. Mi compañero apuntó un par de líneas en el papel y tras conversar oscuramente con Hughes durante unos minutos más, colgó el aparato y se dirigió hacia mí.

—¡Abróchese el cinturón, Petrie! ¡La cena queda para otra ocasión! —anunció—. ¿Cree usted que es capaz de conducir hasta Carreg Cennen en la oscuridad?

—¿Cómo? ¿Vamos allí esta noche?

—Y sin perder un minuto. Tenemos que recoger a Hughes en Brynamman para que nos guíe hasta cierto lugar de nombre impronunciable a un kilómetro y medio aproximadamente al otro lado del castillo.

Holmes me mostró el papel en que había apuntado las señas dadas por Hughes: «Sarn-y-Rhednwyddwr».

—Al parecer, en ese lugar ha sido hallado el cadáver de un peón de granja —prosiguió en tono casi jubiloso—, el cuerpo ha quedado en el mismo estado que las ovejas de Garman. El pájaro infernal que usted mencionaba ha actuado otra vez. ¡Pero en esta ocasión hay alguien que lo ha visto!

CAPÍTULO 26
ASUNTO DE CONTRABANDISTAS

—¡Entonces, esa cosa *existe*! —exclamé con excitación—. ¡No me había equivocado!

Holmes se encogió de hombros.

—Por lo menos tiene usted un testigo. La credibilidad de éste, sin embargo, ya es otro cantar. Según he entendido, el individuo quedó tan aterrado por lo que vio (o cree haber visto) que ha decidido pasarse los días encerrado en la taberna del lugar, de la que no sale hasta que le echan. Bien, no perdamos más tiempo. Más vale que lleguemos allí antes de que esa taberna eche el cierre.

Quince minutos más tarde nos hallábamos otra vez en la carretera, en dirección a Pontardawe. Yo conocía esa ruta bastante bien, por haberla cubierto en un par de ocasiones. A pesar de la oscuridad, nuestro Continental avanzaba sin demasiadas dificultades.

—¡Hughes es un buen elemento! —gritó mi compañero—. Realmente debemos cuidarnos de que su interés sea recompensado de algún modo. Si no fuera por él, nada habríamos sabido de todo este asunto. De no ser por ese estúpido inspector suyo, que cree que el distrito entero le pertenece, esta misma mañana nos habríamos enterado de lo sucedido.

Con la atención concentrada en el volante y el estruendoso ruido del viento y el motor, no me resultaba fácil conversar con mi compañero. Pero al cabo de unos minutos, la curiosidad fue más fuerte y me impelió a efectuar una pregunta.

—La muerte de las ovejas se produjo hace más de quince días. En caso de que esa bestia depredadora realmente exista, ¿por qué piensa que ha estado inactiva hasta ahora?

—Bien, a juzgar por su conducta hasta ahora, ese bicho ha demostrado estar completamente loco —repuso Holmes con una carcajada—. Sin embargo, puede que exista otra razón. ¡Aguarde un instante…!

Con el rabillo del ojo advertí cómo mi compañero extraía su cuaderno de notas, que repasó por un instante con la ayuda de su pequeña linterna.

—Sí, creo que se trata de eso —anunció—. Esa bestia o esa cosa, que todavía no lo sabemos, actúa a la luz de la luna. La ocasión en que atacó a las ovejas se produjo cuatro noches después del plenilunio, de modo que la luna era todavía bien visible durante la noche. Desde entonces se ha producido una luna nueva, por lo que no ha existido iluminación suficiente para sus operaciones hasta muy recientemente.

Ahora que ya lo conocía, el camino parecía ser más corto. Antes de lo que pensaba ya nos hallábamos muy cerca de Ystradgynlais (cuya pronunciación, sin

embargo, seguía constituyendo un misterio para mí). Al llegar allí nos desviamos hacia la izquierda y tras atravesar un par de silenciosas aldehuelas, pronto llegamos a Brynamman. Allí, tal y como habíamos acordado por teléfono, el sargento Hughes nos esperaba en la parada del autobús, ataviado, como en la anterior ocasión, con ropas de paisano.

Nada más detener nuestro vehículo, Holmes saltó de él y saludó calurosamente a nuestro colaborador.

—Me da en la nariz que está usted fuera de servicio, ¿no es así? —añadió mi compañero.

—Así es, señor. Lo estoy hasta mañana por el mediodía. Le he telefoneado nada más salir de la comisaría.

—¡Excelente, Hugues! Por consiguiente, nada impide que se una a nosotros en una investigación particular.

Mientras Hughes se acomodaba junto a mí, Holmes saltó a la parte posterior del vehículo.

—Un momento —intervino, echando una ojeada a su reloj de pulsera—. Podemos permitirnos cinco minutos antes de ponernos en marcha. Hughes, explíquenos qué clase de lugar es ese pueblo de nombre imposible que vamos a visitar.

—Sarn-y-Rhednwyddwr. Bien, la verdad es que se trata de un lugar bastante raro, señor.

—Eso es exactamente lo mismo que nos dijo usted de Carreg Cennen —le recordé.

—¡Es que esta zona está llena de lugares raros! —replicó Hughes—. Sarn-y-Rhednwyddwr está formado por una docena de casas y una posada situadas a un lado de un pantano de poco menos de un kilómetro de anchura. Justo enfrente, al otro lado del pantano, se encuentran dos o tres granjas. Entre el pueblo y las casas se extiende un viejo puente de piedra que cruza el pantano por su mitad. Eso es precisamente lo que quiere decir el nombre galés de la localidad: el Puente de los Contrabandistas. Supongo que se trata de alguna vieja leyenda, pues no puedo imaginarme qué clase de contrabando se efectuaría por ahí, pero lo cierto es que el puente, que parte justamente de la puerta de la posada, se halla escondido entre los juncales y no se puede ver fácilmente desde las orillas del pantano. Los hombres que viven en esas granjas lo utilizan frecuentemente para ir a tomar unas cervezas a la posada y así se ahorran una caminata de más de tres kilómetros.

—¿Y no es eso un poco peligroso? —intervine yo.

—¡Oh, no, señor! Ese puente debe tener tres o cuatro metros de anchura. Imagino que se trata de un antiguo dique. Se han dado casos de algún borracho que ha resbalado y se ha pegado un chapuzón, pero nadie ha muerto jamás y…

—¡Eso sería hasta la noche pasada! —terció Holmes en tono sombrío—. ¿Acaso no es ése el lugar donde el hombre que mencionó usted antes ha sido alzado del suelo y dejado caer posteriormente?

—Bien, eso es lo que pensamos, señor —aclaró Hughes—. Nadie vio realmente lo que sucedió.

—Yo creí entender que existía un testigo.

—No, señor. Ese hombre únicamente vio la cosa que mató al pobre Iowerth.

—Ya entiendo —repuso Holmes en tono ligeramente contrariado—. ¿Qué es lo que se sabe entonces?

Ésta fue, resumida, la respuesta de Hughes.

—Iowerth Williams, peón empleado en una de las granjas situadas al otro extremo del pantano, abandonó la posada diez minutos antes de la hora del cierre para dirigirse a la granja a través del puente. Aunque algo alegre, no estaba borracho. Nunca llegó a la granja. Su llorosa mujer imploró repetidamente a la policía, pero nada podía hacerse hasta la mañana siguiente, en la que se emprendió la búsqueda del desaparecido, del que se pensó que habría tropezado y caído en el pantano, y que se habría ahogado. Mientras todavía se le estaba buscando entre los juncales, el cuerpo del infortunado fue hallado en una granja situada a poco menos de dos kilómetros al norte. Según todos los indicios había caído desde una gran altura hasta estrellarse sobre el tejado metálico de un granero, donde murió instantáneamente.

La policía no tardó en conocer otra extraña historia acaecida en la misma noche.

Wyn Crumlin, peón perteneciente a otra granja, había abandonado la granja muy poco después de Williams. Crumlin había bebido más que Williams y estaba ligeramente borracho. Cuando se hallaba en mitad del puente divisó una forma monstruosa que se recortaba en el cielo. Aterrorizado, corrió a refugiarse en la taberna, donde no le fue permitida la entrada, pues sólo faltaban tres minutos para la hora del cierre. Nada más enterarse de la muerte de Williams, Crumlin corrió a informar a la policía de cuanto había visto, pero ésta se rió de su historia, a la que no dio crédito alguno. Desde entonces, Crumlin vivía prácticamente encerrado en la posada, trasegando cerveza tras cerveza.

—Más vale que nos pongamos en marcha, si queremos ver a ese hombre —afirmó Holmes, volviendo a consultar su reloj—. Nos quedan dieciséis kilómetros por recorrer todavía. —Mientras yo conectaba de nuevo el motor, mi compañero acercó su rostro al asiento de Hughes—. Ésta es la segunda vez que estamos en deuda con usted, sargento. Confío en que usted y su familia no estén excesivamente ligados a Brynamman, pues me parece que sus superiores pronto le ofrecerán un nuevo destino. Con puesto de inspector.

Ruborizándose hasta las cejas, Hughes agradeció atropelladamente las palabras de Holmes mientras ya nos lanzábamos de nuevo por la carretera. Otra vez nos hallábamos en los misteriosos dominios de Morgan Le Fay. Mientras obedecía maquinalmente las indicaciones de nuestro guía, me pregunté cuál sería el sentido de aquella especie de grotesco cuento de hadas con ovejas desaparecidas y monstruos voladores.

Resultaba difícil imaginar el papel de Fu Manchú en dicha historia. Sin embargo,

aún parecía más difícil de creer que la aparición de Wang Lo se debiera a una mera coincidencia. ¿Cuál sería el monstruoso animal que había liberado sobre aquella pacífica comunidad rural? Sin duda, no se trataba de un ave de presa ordinaria, pues no parecía matar para alimentar a sus retoños sino, a lo que parecía, por el simple placer de matar. Si realmente existía esa bestia, ¿de dónde provenía? ¿Cómo había sido transportada hasta allí? ¿Con qué fin?

Dejándose arrastrar por una imaginería gótica, mi fértil imaginación ya evocaba algún ignoto horror alado que, oculto en las catacumbas de Nant Gareth, salía con la luna a devastar la región…

Sin Hughes a mi lado me hubiera perdido irremisiblemente a los pocos minutos de abandonar el pueblo. Los estrechos caminos que atravesábamos serpenteaban entre una serie de colinas parecidas como gotas de agua entre sí a la luz de la luna. Pero aunque no podía estar seguro de ello, tenía la impresión de que aquel paraje me resultaba vagamente familiar. De pronto, el rabillo del ojo confirmó que estaba en lo cierto.

A escasa distancia de donde nos hallábamos, la imponente mole de Carreg Cennen se recortaba, totalmente negra, sobre el cielo. De pronto, mientras observaba los muros del castillo me quedé boquiabierto. Con una exclamación de sorpresa detuve nuestro vehículo y salté a la carretera.

—¿Qué sucede? —demandó Holmes—. ¿Por qué nos detenemos?

—¡He visto una luz en el castillo! —repuse, casi sin aliento.

Los tres observamos en silencio los negros muros durante lo que me pareció una eternidad. La luz no reapareció. Para mi sorpresa, Holmes no me efectuó reproche alguno.

—¿Qué clase de luz era ésa? ¿Estaba inmóvil o en movimiento?

—En movimiento, si no me equivoco, apagándose y encendiéndose en tres o cuatro ocasiones.

—¿Como si se tratara de una señal?

—No exactamente. Parecía más bien como… como… —Lo tenía en la punta de la lengua—. ¡Sí, eso es! Se trataba de alguien que caminaba junto a los ventanucos del corredor que lleva hasta la cueva.

Un intenso silencio acompañó a mis palabras. Holmes, claramente, debatía consigo mismo.

—No tiene sentido que nos desviemos y comencemos a escalar hacia el castillo en este momento —repuso por fin—. Nadie estará allí cuando lleguemos y habremos perdido la oportunidad de hablar con el hombre a quien buscamos. Más vale que sigamos nuestro camino.

Tras regresar al coche reemprendimos la marcha y no tardamos en perder de vista el castillo, pues entonces cruzábamos de nuevo a través de espesos bosques. Durante unos buenos diez minutos atravesamos en silencio aquella espesura. Finalmente, al tomar una curva a la izquierda abandonamos el bosque. A nuestra derecha se extendía

una errática hilera de casas campesinas de techo bajo, paredes blancas y pequeñas ventanas profundamente incrustadas en sus muros.

—¡Aquí es, señor! —señaló Hughes—. La posada se encuentra ahí mismo, donde está el letrero.

Frenando el coche a un lado del camino, apagué los faros y bajamos del vehículo. Sobre nuestras cabezas el letrero de la posada se agitaba y crujía de modo un tanto fúnebre. Sobre la vieja madera, las letras «Ddraig Goch» aparecían pintadas toscamente junto a una siniestra representación del dragón nacional galés. Con Holmes a mi lado, empleé unos segundos en la contemplación del pantano, al que inicialmente había tomado por una llanura herbosa.

Como Hughes había dicho, se trataba de un lugar extraño. El puente aparecía semiescondido entre los espesos juncales, todavía no lo bastante altos en esa época del año para ocultarlo completamente. Bañado por la luna y construido en un tipo de piedra de claro matiz, el Puente de los Contrabandistas corría en línea recta partiendo casi desde la misma puerta de la posada y estrechándose en la distancia hasta perderse en la espesa arboleda emplazada al otro lado del pantano.

—Toda persona que camine por ese puente debe ser visible desde muy lejos. Y la luna de esta noche parece resultar apropiada para esa… esa bestia.

—En efecto, así es —confirmó mi compañero—. Un búho se conformaría con mucho menos. Sea cual sea su naturaleza, esa bestia no está, desde luego, acostumbrada a cazar de noche. —Girándose hacia Hughes, Holmes señaló en dirección a la posada—. Si no me equivoco, el castillo se encuentra por allí, detrás de esta taberna, ¿no es así? ¿A cuánta distancia, a vuelo de pájaro, diría usted que se halla ese castillo del lugar en que estamos?

—A un kilómetro y medio, más o menos, señor —respondió el sargento tras un instante de vacilación—. ¿Cree usted que ese bicho viene de ahí, señor? ¿Del mismo lugar en donde el doctor Petrie observó la luz?

—Si es así, resulta obvio que ese animal se halla bajo control humano —Holmes se encogió de hombros—. Los pájaros no emplean lámparas en sus nidos. Bien, entremos en esta taberna y veamos qué nos cuenta nuestro testigo…

CAPÍTULO 27
EL PÁJARO INFERNAL

Aún faltaban cuarenta minutos para la hora del cierre. Como ya nos había prevenido Hughes, el Ddraig Goch se encontraba, al igual que en la mayoría de las noches, en plena ebullición. Como la posada de Pentrefdu, esta taberna consistía en una gran estancia desnuda de muebles a excepción de algunas banquetas adosadas a las paredes. La parroquia del lugar estaba formada por unos veinte o treinta individuos ataviados con ásperas ropas campesinas, de rostro rubicundo y gesto alborotado pero desprovisto de la desesperada alegría de los mineros. No estoy seguro de que Zarmi hubiera podido engatusar con tanta facilidad a una audiencia como ésta.

Hughes se abrió paso hasta el mostrador y pidió nuestras bebidas con una decisión que denotaba su intención de referir años después a sus nietos cómo en cierta oportunidad había invitado al gran Sherlock Holmes a una pinta de cerveza.

No hacía falta preguntar por el ya algo célebre Wyn Crumlin. A pocos pasos de nosotros, un hombre de rostro ratonil debatía furiosamente entre un corro de contertulios, corro ocasionalmente ampliado con la adición de nuevos parroquianos deseosos de expresar su parecer. En un momento determinado, el protagonista de la discusión estalló frente al escepticismo de sus interlocutores.

—¡Os digo que lo vi! ¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Un pajarraco grande como una casa!

El posadero, quien evidentemente no pertenecía a la facción de Wyn Crumlin, le dirigió una mirada feroz, moviendo la cabeza en señal de desaprobación. El posadero era un hombretón de camisa arremangada y parche piratesco en un ojo que no parecía desentonar con la leyenda de los contrabandistas. Incapaz de contenerse más, aquel gigante se acercó a Crumlin con gesto amenazador.

—¡A ver si te vas a dormirla a casa de una vez, viejo mono! ¡Estás como un cencerro!

—¡Te digo que lo vi! ¡Te digo que…!

Dando la espalda a su elocuente parroquiano, el piratesco tabernero se volvió hacia nosotros.

—No hagan caso a ese chalado, caballeros. Está tan loco como el viejo Griff Penry, que una noche se acercó por aquí diciendo que acababa de ver a un jinete sin cabeza cabalgando por el puente y se bebió tres dobles de golpe antes de que a alguien se le ocurriera preguntar quién los iba a pagar.

—¡Yo nunca haría una cosa así! —protestó Wyn Crumlin en tono ofendido.

Un hombre delgado con el rostro picado de viruela salió en defensa de Crumlin.

—Y si no fue ese pájaro, ¿qué fue lo que se llevó al pobre Iowerth? ¿Lo sabes tú,

tabernero? —añadió con aire desafiante.

—Debió de ser un remolino de aire —terció una voz a nuestra espalda—. Un remolino igual que el que se llevó el tejado del corral de Denzil Simon y lo arrastró durante tres kilómetros, matando una vaca.

—¡Paparruchas! ¡Leyendas! ¡Tú entonces no habías nacido! —imprecó alguien más.

Holmes se volvió hacia el polemista situado a nuestra espalda, inmiscuyéndose de modo natural en la discusión.

—Pero anoche no se produjo tempestad ni torbellino algunos, ¿no es así?

—No —admitió el parroquiano en tono algo enfurruñado—. Pero hacía viento, como esta noche.

—Como todas las noches —secundó el posadero.

Tras acercarnos sin ostentación a Crumlin, una invitación nos valió para obtener su historia sin dificultad. Ésta, sin embargo, resultó algo decepcionante. Todo lo que aquel peón supo decirnos era lo que ya le habíamos oído insistir a sus compañeros, que había presenciado como una enorme forma alada volaba sobre los árboles al extremo opuesto del puente.

Holmes permaneció pensativo durante unos segundos.

—Usted abandonó la posada dos o tres minutos después de que lo hiciera Williams, ¿no es así?

—Sí. No llegaba a tres minutos.

—¿Y no le vio usted caminar por delante suyo sobre el puente?

—Pues no, la verdad… —respondió nuestro informador con lentitud, como si aquella idea no se le hubiera ocurrido anteriormente—. ¡No, es cierto! ¡No le vi en el puente!

Ante la incapacidad de Crumlin para describir la aparición de modo aproximado, le pedimos que nos hiciera un dibujo. Tras proporcionarle un trozo de tiza perteneciente a la pizarrilla empleada por los jugadores de dardos para anotar sus resultados, nuestro interlocutor vaciló por un instante y terminó por esbozar una silueta que a mí me recordaba la de un murciélago gigantesco. Varios rostros curiosos se asomaron por encima de nuestros hombros.

—¡No existen pájaros así! —protestó el tabernero.

—¡Sí que los hay! —apuntó una nueva voz—. Yo he visto el dibujo de uno de ellos en el libro escolar de mi chaval. Un bicho enorme, mitad pájaro, mitad cocodrilo. Peter O’Dactill creo que lo llamaban[27]. Es posible que haya algún pajarraco de éstos suelto por aquí.

—Con ese nombre, será que ha venido de Irlanda —comentó el hombre de rostro picado por la viruela.

Abandonando aquella discusión de la que ya poco podíamos sacar, nos sentamos en la banqueta más alejada del corrillo de parroquianos.

—A falta de otra explicación, podría creer en un cóndor elefantisíaco —repuso

Holmes en tono cáustico—. ¡Pero no en un pterodáctilo!

Mientras observaba a los lugareños advertí que, aunque la tan horrible como inexplicada muerte de Iowerth Williams había producido una auténtica conmoción, no se veía en ellos nada parecido al pánico. Nadie parecía haber oído mencionar lo sucedido a las ovejas de Garman al otro lado del Carreg Cennen. Con todo, aquellos quienes acostumbraban a cruzar el fatídico puente habían permanecido en casa prudentemente durante aquella noche. La única excepción la constituía precisamente Wyn Crumlin, quien no tardó en anunciar su firme propósito de emplear el camino de más de tres kilómetros que circundaba el lago para regresar a la granja en la que estaba empleado.

Holmes prendió la pipa «de trabajo» y frunció el ceño en ademán pensativo. En contra de lo que yo esperaba, mi compañero no mostraba el menor gesto de irritación. Tal era lo que yo esperaba puesto que, a mi entender, no habíamos avanzado un paso en nuestra investigación. El sargento Hughes, que evidentemente pensaba lo mismo que yo, aventuró con timidez que aún estábamos a tiempo de echar un vistazo al cadáver.

—No merece la pena —declinó Holmes en tono seco—. Williams no interesa.

En aquellas ocasiones en que sus pensamientos corrían en otra dirección, Holmes tenía cierta propensión a la brutalidad en el lenguaje.

—Quizá se expresa usted con alguna brusquedad —le regañé—. Sin embargo, creo ver adonde va usted a parar. El Si Fan tenía tanto interés por un simple peón de granja como el que pudiera tener por un par de ovejas.

—¡Precisamente! ¡Ahí está la solución!

—¿La solución? —inquirí con asombro.

—Sí, la solución a todo cuanto se esconde detrás de esto —Holmes clavó en mí una mirada acerada—. ¿No lo ve usted, Petrie? Estas dos agresiones sin sentido no son otra cosa que *ensayos* destinados a probar la validez de su método. Primero hicieron un experimento con las ovejas. Más tarde, cuando la ocasión resultó oportuna, decidieron efectuar un ensayo general en este lugar. Olvidémonos por un instante del modo en que lo hicieron. El auténtico objetivo del Si Fan es una persona que tiene por costumbre cruzar este puente con frecuencia. ¿Quién podría ser esa persona? En una comunidad de este tipo, ¿qué individuo puede haberse convertido en el blanco de las iras de Fu Manchú?

Como si pretendiera responder a la pregunta de Holmes, un hombre claramente diferenciado del resto de los parroquianos irrumpió en la puerta de la posada. Era éste un individuo de unos treinta y cinco años de edad y complexión delgada, pulcramente ataviado con un impermeable de buen corte de color salmón y que cojeaba ligeramente al caminar, por lo que se ayudaba de un bastón. De cabello rubio, su rostro de facciones agudas tenía algo de la ausencia distante de los intelectuales. Evidentemente, se trataba de un sujeto bien conocido en el lugar, a juzgar por el afable saludo que le dispensó el pirata situado tras el mostrador.

—¡Buenas noches, señor Randall! ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor.

—¡Aquí lo tiene! ¡Un *whisky* doble con una pizca de soda! —respondió el tabernero, preparando la mezcla con minuciosidad de boticario.

Mis compañeros y yo cruzamos miradas significativas. El efecto producido por aquella inesperada aparición había sido unánime; las palabras estaban de más. Sin perder un instante, Holmes se puso en pie.

—Voy a la barra a buscarle. Espérenme aquí.

Abriéndose camino hacia el mostrador, Holmes desapareció entre los parroquianos para emerger minutos después en compañía del hombre rubio.

—Les presento al señor Philip Randall. El doctor Petrie, el sargento Hughes.

Mientras tomaba asiento a nuestro lado, Randall miró a Holmes con cierta vacilación. Estaba claro de que aún no se había acabado de reponer de la sorpresa de ser abordado por el mismísimo Sherlock Holmes en un lugar como aquél.

—Supongo que ya conoce usted mi profesión, señor Randall. ¿Puedo atreverme a preguntar cuál es la suya?

—Yo…, yo soy profesor de matemáticas en la universidad.

—Ya veo —aprobó Holmes con satisfacción—. Entonces es usted un científico. Eso está bien. Y profesor universitario. ¿En Aberystwyth, cabe suponer?

—Así es, señor Holmes. En la universidad de Gales.

—En ese caso, quizá conociera usted al finado profesor Morgan Davies, el reputado sinólogo —tercié yo.

—Pues… me temo que no —contestó Randall, algo inseguro todavía—. Cuando entré en la universidad ya se había jubilado. No sabía que hubiera fallecido.

—Fue asesinado hace cosa de dos semanas —declaró Holmes en tono sombrío—. Los autores del crimen fueron ciertos fanáticos provenientes de Asia que ahora parecen haberle escogido a usted como próxima víctima.

—¡Me alarma usted, señor Holmes!

—Es mi propósito alarmarle. No me queda otro remedio, si quiero salvar su vida. —Holmes fijó una breve mirada pensativa en su interlocutor—. Como matemático, ¿en qué rama particular se halla usted especializado?

Philip Randall sonrió con aire ligeramente afectado.

—Bien, si realmente me hallo especializado en alguna rama, ésta debe ser la de los números complejos o imaginarios. Pero, la verdad, no entiendo…

—El Si Fan, la organización criminal a la que nos referíamos, tiene por costumbre dirigir sus esfuerzos contra especialistas en ramas científicas poco conocidas.

—¡Pero yo no soy un especialista! —protestó Randall—. Jamás he publicado ningún trabajo ni estoy ocupado en investigación alguna. ¡Todo cuanto hago es dar clase a unos alumnos, y eso es todo!

—Pese a todo, su campo de estudio sigue siendo poco conocido —insistió Holmes.

—Es posible que así sea. Pero en toda Inglaterra existen más de una docena de hombres que conocen dicho campo tan bien como yo, si no mejor.

De nuevo tuve la impresión de que no íbamos a ninguna parte. A medida que se acercaba la hora del cierre, la turbamulta frente al mostrador era cada vez más espesa, siempre coronada por aquella quejumbrosa aseveración.

—¡Os digo que lo he visto! ¡He visto a ese pájaro…!

—Está bien, olvidémonos de su especialidad —concedió Holmes, cambiando de táctica—. Veo que se halla usted lejos de Aberystwyth en estos momentos. He advertido también que el bastón con que se ayuda para caminar es del tipo corriente que se ve en los hospitales. Tengo la impresión, por tanto, de que se encuentra usted convaleciendo en casa de un pariente (un pariente político probablemente, pues su acento le delata como inglés y no galés).

La vistosa selva deductiva empleada por Holmes obtuvo el efecto deseado. Randall se quedó boquiabierto.

—Ha acertado usted en todo —declaró finalmente con una sonrisa—. Llevo ya tres semanas de reposo en la granja de mi cuñado, situada al otro lado del pantano.

—¿Qué ha motivado el reposo? —se interesó mi compañero.

Los austeros rasgos del matemático enrojecieron vivamente.

—Calculé mal la distancia del último escalón. Me caí y me fracturé la cadera. No estuve demasiado tiempo en el hospital, pero luego surgieron algunas pequeñas complicaciones. Como soy soltero y mi apartamento de Aberystwyth se halla en un cuarto piso, acepté sin vacilar la invitación que mi hermana me hizo para venir a recuperarme a su granja.

—En vistas de su lesión, no creo que salga usted demasiado de la granja, ¿me equivoco? —inquirió Holmes.

—Así es, poco más o menos. Me limito a ejecutar el ejercicio físico prescrito por mi médico. Ni más ni menos. Durante el día, camino media hora por la tarde, siempre cerca de la granja. Al llegar la noche, me acerco hasta aquí para echar un trago antes de irme a dormir.

—¿Siempre a las mismas horas?

—Sí. Puede haber una diferencia de dos o tres minutos.

—¡Diantre! —soltó Holmes—. Permítame decirle que parece usted una persona de hábitos singularmente rígidos.

—Prefiero pensar en mí como una persona de rígidos principios —matizó el otro en tono digno—. Déjeme que le hable en confidencia, señor Holmes. Cuando acabé de licenciarme, ingresé como profesor en una escuela. Mi trabajo me aburría profundamente y me entregué a la bebida. Muy pronto comencé a llegar tarde a mis clases; me estaba convirtiendo en un alcohólico. Analizando mi situación con frialdad y sabedor de que el hombre no es sino una máquina, advertí que mi salvación estribaba en aplicar la precisión de las matemáticas a mi propia conducta. Gracias a tal decisión y sin renunciar por entero a los placeres del alcohol, tuve la oportunidad

de ampliar mis estudios y obtener finalmente el puesto universitario que todavía ostento. Todo lo debo a mi decisión de limitarme de modo estricto a un simple vaso de *whisky* al día. Cuando me acerco a una taberna, siempre lo hago cuando faltan veinte minutos para el cierre. De ese modo me libro de la tentación de pedir un nuevo trago.

Hughes y yo nos miramos subrepticiamente. Me daba cuenta de que el tal señor Randall no me resultaba particularmente simpático. El pomposo tono de autocomplacencia con que hablaba de sí mismo me hizo pensar involuntariamente en mis años escolares, cuando ninguna perspectiva parecía tan deseable como que nuestro profesor de matemáticas fuera raptado por un pájaro infernal.

—Ya veo —repuso Holmes sin perder la compostura—. Dejando aparte sus motivaciones personales, convendrá usted conmigo en que el Puente de los Contrabandistas constituye el lugar idóneo para desencadenar un ataque contra su persona. Por supuesto, habrá oído hablar del fatal acontecimiento sucedido en el puente la noche pasada, ¿no es así?

—Naturalmente. El fallecido estaba empleado en la granja de mi cuñado y la policía se ha pasado el día haciendo preguntas en ella. —Randall hizo un gesto de desdeñosa burla—. Al parecer, los lugareños hablan de un águila gigantesca que raptó al peón. ¡Lo que puede la ignorancia y la superstición! Resulta matemáticamente imposible que un águila pueda alzar su propio peso, ¡qué decir del peso de un hombre!

—Hum. —Holmes esbozó un gesto cómicamente inocente—. Según creo, se ha demostrado matemáticamente imposible que una abeja pueda volar. Es una lástima que la abeja no esté enterada de ello. Iowerth Williams cayó sobre un tejado de hierro corrugado y lo atravesó limpiamente. ¿Cómo explica usted esta circunstancia?

—Quién sabe… —respondió un incómodo Randall—. Imagino que debió de caerse de un árbol.

El sargento Hughes, que había permanecido silencioso hasta aquel instante, objetó de inmediato aquella aseveración.

—Eso es imposible, señor —declaró en tono sosegado—. No hay ningún árbol cerca del granero.

—¿Y bien? —Holmes enarcó las cejas—. El hecho cierto es que un hombre desapareció mientras paseaba por el puente y unos instantes después murió de forma violenta en un punto situado a más de un kilómetro de distancia. ¿Tiene usted alguna explicación matemática para tal suceso?

Randall miró nerviosamente a su alrededor, como si buscara una vía de escape.

—Me obliga usted a aventurarme en el desconocido territorio de la especulación científica —afirmó por fin con una notable falta de convicción en su tono—. Con todo, ello resulta preferible a aceptar como explicación la existencia de una anomalía biológica. No es la primera vez que se producen desapariciones inexplicadas. Si el espacio-tiempo tiene forma curva, como defienden algunos investigadores, se ha

apuntado la posibilidad de que un objeto pueda desaparecer en una falla de ese continuo para emerger en otro punto.

—¡No me diga usted! —exclamó Holmes sardónicamente—. Como quien atraviesa una naranja con una aguja de coser. En ese caso, sin embargo, ¿no hubiera sido más probable que Williams hubiera emergido del granero en vez de caer sobre él?

—¡No, nada de eso! —protestó Randall con indignación—. ¡Confunde usted la curvatura del espacio-tiempo con la curvatura de la corteza terrestre!

Era evidente que aquel hombre no tenía el menor sentido del humor.

En aquel instante, el tabernero hizo sonar furiosamente la campana situada sobre el mostrador.

—¡La última ronda! ¡Nos vamos en unos minutos! —rugió entre la turbamulta que se arremolinaba en la barra, deseosa de gozar de una última cerveza.

Philip Randall se echó al coleto los precisos quince milímetros de *whisky* que quedaban en su vaso y se puso en pie.

—La campana es mi señal para volver a casa —declaró—. Les agradezco la interesante conversación que hemos mantenido, pero es hora de que me vaya a dormir. Me siento muy honrado de haberle conocido, señor Holmes.

—¿Piensa usted regresar por ese puente? —inquirió Holmes, poniéndose en pie a su vez.

—Así es. Les agradezco su interés por mí pero, francamente, no me han dado ustedes razón convincente alguna que me lleve a creer por un instante que mi vida se encuentra amenazada.

En mi fuero interno me vi obligado a reconocer que aquello no era sino la pura verdad. A no ser que Randall nos estuviese ocultando algún secreto, lo que, conociendo su carácter, parecía bastante improbable, yo no veía motivo alguno para que Fu Manchú pudiera estar más interesado en él de lo que lo estaba por el infortunado Iowerth Williams. A pesar de todo, Holmes insistió en acompañarle hasta la puerta. Al llegar bajo el chirriante letrero de la posada, mi compañero tomó a Randall por el brazo.

—No estoy seguro de que se atrevan a dar un nuevo golpe tan pronto —indicó—. Con todo, hemos visto luces en el castillo de Carreg Cennen, su presunta base de operaciones. ¿No piensa usted seguir mi consejo y regresar a la granja por la carretera?

—En mi actual estado de salud, ello resulta desaconsejable.

—Tenemos un automóvil con nosotros —declaré al instante—. No es preciso que camine usted. Le llevaremos con mucho gusto.

Randall se volvió hacia mí con una sonrisa de ligera impaciencia.

—Gracias por su oferta, doctor Petrie, pero si me decidiera a aceptarla, ello significaría sustraerme a un ejercicio físico que ha sido prescrito por mi médico. Muchas gracias, pero regresaré del mismo modo en que he venido.

El silencio se podía cortar con un cuchillo. En mitad del negro pantano, la clara piedra del puente relucía bajo la luz de la luna.

—En ese caso, caminaremos con usted hasta la granja —afirmó Holmes con la respiración agitada.

—¡Qué obstinación, la suya! En fin, si quieren ustedes efectuar un paseo de ida y vuelta de más de un kilómetro en mitad de la noche, no seré yo quien les haga desistir.

—¡Vaya usted unos pasos por delante, sargento! —ordenó Holmes, zanjando la discusión—. Yo cubriré la retaguardia. —Con expresión decidida, se volvió hacia Philip Randall—. Esta noche vamos a intentar devolverle sano y salvo a la granja. Mañana, sin embargo, ya será otro cantar. Yo no puedo obligarle a nada, pero si realmente desea volver a dar clases de matemáticas algún día, vuélvase a Aberystwyth mañana mismo. Mejor que eso: ¡váyase a Londres!

Randall se encogió de hombros sin proferir palabra. Tras cruzar la carretera, nos hallábamos ya en el Puente de los Contrabandistas. Éste era más estrecho de lo que Holmes había supuesto; en algunos tramos apenas si llegaba a los dos metros. La prudencia nos obligaba, por tanto, a avanzar en fila india.

—¡Maldita sea! —murmuró Holmes—. Si esos demonios se deciden a lanzar un ataque lo van a tener muy fácil. La única oportunidad de Randall estribaría en que alguno de nosotros fuese confundido con él.

Aquél distaba mucho de ser un pensamiento tranquilizador. En silencio, nos pusimos en camino. El sargento Hughes abría la marcha iluminando el camino con su linterna, gesto poco necesario, pues el frío destello de la luna resultaba más que suficiente para nuestras necesidades. Randall le seguía unos metros por detrás y, a mi vez, yo avanzaba tan pegado a este último como era posible. Ello no resultaba demasiado fácil, pues su cojera me hizo pisarle literalmente los talones en más de una ocasión.

Una vez las luces del pueblo hubieron desaparecido a nuestras espaldas, el pantano ofrecía una fantástica sensación de soledad, tan sólo desmentida por el croar de las ranas y el leve crujido de los juncales al mecerse por obra del viento. La superficie sobre la que caminábamos había sido construida mediante enormes losas de una piedra blanquecina, bastamente talladas y unidas directamente sin argamasa. Sin duda, aquello no había sido concebido originalmente como un puente; quizá se tratase de las ruinas de alguna antigua fortificación en otro tiempo vinculada al castillo.

Con la luna a nuestras espaldas dibujando grotescas formas sobre la piedra, pensé que realmente nos hallábamos en el mundo de Merlín y Morgan Le Fay, que aquel absurdo puente no era sino el precario vínculo establecido entre dos caprichosos puntos de la misma siniestra inmensidad. El viento no cesaba de sibilar entre los arbustos y yo sabía que al escuchar aquel sonido de modo inconsciente estaba esperando a que otro sonido muy distinto se produjera en cualquier momento: el batir

de unas alas gigantescas. Resultaba fácil decirme a mí mismo que mi imaginación se estaba dejando arrastrar demasiado lejos por aquellas fantasías artúricas, pero sin embargo *algo* se había llevado a un hombre y dos ovejas.

A pesar de su cojera, Randall avanzaba con gesto estólido, sin volver el rostro en ninguna ocasión. Evidentemente se trataba de uno de esos académicos de formación científica que no vacilaría en negar la evidencia que veían sus ojos si ésta presuponía lo que él consideraba imposible.

Habríamos cubierto un centenar de metros cuando aquello se abatió sobre nuestras cabezas en el más absoluto silencio. En el mismo instante en que advertí el súbito ensombrecimiento sobre las losas del puente, un grito de aviso resonó a mi espalda, seguido casi al unísono por el violento retumbar de la pistola de Holmes. Algo me golpeó violentamente entre los omóplatos y me envió rodando por el suelo. Un segundo grito, esta vez, se oyó a mi lado, acompañado por un curioso sonido sibilante cada vez más atenuado…

Medio conmocionado, alcé la mirada. Randall había desaparecido. Sobre los árboles, a un extremo del pantano, una gran forma alada desaparecía, negra, entre la noche.

CAPÍTULO 28
EL PUNTO DE INFLEXIÓN

Cuando aún casi no podía creer lo que había visto, la forma infernal desapareció por completo tras las copas de los árboles que bordeaban el pantano. Jadeante, me puse en pie.

—¡Secuestrado delante mismo de nuestras narices! —exclamó Holmes con rabia —. Sólo he tenido tiempo de efectuar un disparo. ¡Mil diablos! Ya es demasiado tarde para que podamos hacer algo por ese pobre diablo…

De pronto un confuso sonido, acompañado de una imprecación, se oyó a nuestros pies.

—Hughes ha caído al pantano. Mientras pataleaba en el aire, Randall le derribó accidentalmente —explicó mi compañero—. Ayúdeme a sacarle de ahí.

Al acercarme al borde del puente vi que Hughes, efectivamente, caminaba dificultosamente hacia nuestra posición, hundido hasta la rodilla y con los ojos desorbitados.

—¡Maldita sea…! —imprecó mientras le ayudábamos a subir al puente.

—¡De nada sirve lamentarse ahora! —le cortó Holmes—. Mejor será que se cambie de ropa cuanto antes si no queremos terminar lamentando una segunda baja.

En verdad, el aspecto del buen sargento de policía resultaba lastimoso. Cubierto de lodo y agua, los dientes le castañeteaban de frío. Sin pérdida de tiempo regresamos a la posada, ante cuya puerta los últimos parroquianos se arremolinaban, alarmados por el disparo de Holmes. Ignorando su presencia nos dirigimos a la puerta, donde nos vimos detenidos por la masiva presencia del tabernero.

—Ya pasa de la hora del cierre. No quiero ganarme una multa —declaró.

—Está usted autorizado a servir licores cuando éstos responden a motivos medicinales —replicó Holmes con impaciencia, colándose sin ningún miramiento—. Este hombre necesita un trago ahora mismo.

Algunos de los bebedores se colaron tras de nosotros con la obvia esperanza de ser igualmente agraciados con tan excepcional medida. Con el rostro abotagado y todavía tiritando de frío, el sargento Hughes no tardó en zanjar la cuestión valerosamente.

—¡Soy un oficial de policía! —gritó, poniéndose en pie—. ¡Fuera de aquí ahora mismo u os vais a enterar!

Despejada la taberna, Holmes cerró de un portazo y echó el grueso pestillo. Sin más oposición, el tabernero sirvió un vaso de *whisky* a Hughes.

—Traiga agua caliente, toallas y un par de mantas —le indicó Holmes.

Obediente, el posadero nos dejó solos por un instante. Sentándose pesadamente

sobre una banqueta, Hughes vació casi todo su vaso de un trago.

—¡En nombre del cielo, señor! —repuso al fin—. ¿Qué clase de pájaro monstruoso era ése?

—¡De pájaro nada, amigo! —indicó Holmes—. ¡Eso no era un pájaro sino una cometa!

—¿Una cometa?

—En efecto. Durante más de mil años los chinos han sido maestros indiscutibles en el arte de hacer volar cometas. Existen numerosas referencias a cometas tripuladas, similares a la que acaba de atacarnos, empleadas con fines bélicos durante la Edad Media en China y el Tíbet.

—Pero ¿cómo es posible? —tercié con asombro—. Toda cometa precisa ser dirigida desde el suelo mediante una cuerda, ¿no es así?

—No necesariamente. La cuerda se emplea para recuperar la cometa. De hecho, una cometa probablemente volará mejor sin atadura alguna.

Tras rodear el mostrador, Holmes tomó un nuevo par de vasos de un estante.

—Si el sargento Hughes no tiene inconveniente, no nos vendría mal compartir un poco de su medicina.

Sirviéndose de una botella, Holmes me entregó un vaso bien mediado, que acepté con agradecimiento. Mientras paladeaba el áspero licor no pude evitar un estremecimiento al pensar en Philip Randall. Aunque aquel hombre no me había gustado demasiado, su suerte no podía ser más horrible; arrastrado por los aires frente a nuestras narices para ser despeñado minutos después. ¿Cuál podía haber sido su crimen? ¿Qué ofensa habría cometido para merecer aquello?

Sentado a mi lado, Holmes prendió de nuevo su pipa medio consumida.

—Ya se me ocurrió que el Si Fan pudiera estar empleando un artefacto similar. Por desgracia, no podía estar seguro de ello, pues es muy poco lo que sé acerca de esa clase de cometas. No obstante, según tengo entendido, el mayor problema que presentan es hacerlas despegar de tierra. De ahí que utilizasen para tal fin el castillo de Carreg Cennen.

—¿Y una cometa así puede ser maniobrada? —inquirí, todavía sorprendido.

—Usted mismo lo ha visto. Me imagino que, a grandes rasgos, los principios que rigen su manejo no deben diferir demasiado del pilotaje de un barco. Es decir, lo principal es contar con vientos favorables y una mano experta. —Holmes dio una nueva chupada a su pipa con actitud pensativa—. Wang Lo era el hombre que operaba la cometa; estoy seguro de ello. Según la descripción que tenemos de él, se trata de un hombre horriblemente deformado y de increíble vigor físico. Me atrevería a decir, por tanto, que lleva mucho tiempo manipulando cometas y que ha sufrido más de un accidente.

En aquel instante se abrió una puerta situada junto al mostrador. El posadero reapareció acompañado de una gorda mujer en camisón que, tomando la iniciativa, invitó a Hughes al cuarto de baño al tiempo que no cesaba de imprecar a su marido

(quien ofrecía ahora un aspecto algo menos piratesco), como si éste fuera el responsable de todo cuanto había ocurrido.

—Hay un aspecto en este asunto que no deja de sorprenderme —dijo Holmes, una vez estuvimos solos—. Parece increíble que, a pesar de la destreza que le suponemos, Wang Lo pudiera acercar tanto su cometa al puente y que pudiera remontar el vuelo sin dificultad con una nueva carga. De hecho, la cometa debió pasar a unos dos metros escasos por encima de nuestras cabezas. Wang Lo iba armado de una cadena unida a una especie de cepo que se cerró automáticamente sobre Randall. Fue este cepo lo que lo golpeó a usted en la espalda, derribándole. Debo confesar que la precisión y la brevedad con que se desarrolló toda la operación resultó asombrosa…

—¡Claro! ¡Sin duda, Wang Lo se había ejercitado perfectamente con las ovejas y el peón…!

—Eso debe de ser, muy probablemente. Si admitimos tal explicación, la secuencia de acontecimientos que nos ha traído hasta aquí resulta ahora muy clara. Wang Lo decidió ensayar su pericia inicialmente con las ovejas del señor Garman. Tras dos tentativas exitosas sufrió un accidente en el bosque. Malherido como estaba, advirtió que la cometa había quedado inutilizada, por lo que le prendió fuego para borrar toda huella. Ése fue precisamente el «incendio» que un vecino denunció al agente de policía. Durante los días que siguieron, Wang Lo tuvo tiempo de reponerse y construir una nueva cometa. Cuando la luna volvió a ofrecerle la luminosidad que precisaba, efectuó un nuevo ensayo y, por fin, dio el golpe definitivo.

—Sí, su explicación es muy completa. Sin embargo, todavía me sorprende que pudiera identificar a su víctima con tanta facilidad.

—En el caso de las ovejas y el peón, la identidad no tenía ninguna importancia. Por otro lado, Randall resultaba fácilmente identificable gracias a su bastón. Además, es muy probable que el asesino se sirviera de atropina para dilatar sus pupilas. Ello explicaría su fracaso al intentar apuñalar al agente Meredith: la linterna del policía debió de cegarle.

Tras vaciar el contenido de la pipa contra su tacón izquierdo, Holmes procedió a encajar en ella una nueva porción de tabaco.

—Fu Manchú nos ha ganado este *round*. —La voz de mi compañero se mostró repentinamente cansada—. No sólo eso; ni siquiera sabemos todavía a qué respondía este movimiento. Debería haber tomado una lección suya, Petrie, y armarme con una escopeta de postas antes de aventurarnos por el puente. Sin embargo y a fuer de ser honesto, no me siento demasiado responsable de lo ocurrido. Ya advertí por todos los medios posibles a Randall y no es culpa mía si ese loco se obstinó en caminar al encuentro de su muerte. Me temo que su cuerpo aparecerá mañana no lejos del pantano.

La predicción de mi compañero no se cumplió. A pesar de que los esfuerzos policiales llegados de Brynamman organizaron una batida ayudados por Holmes y yo

y varios campesinos de la zona, el cadáver de Randall no apareció en ninguno de los bosques y tierras de labor que recorrimos hasta la extenuación. O bien el matemático había sido arrastrado a mayor distancia de la que creíamos o bien sus restos permanecían escondidos entre algún matorral demasiado intrincado.

Igualmente poco reveladora resultó la entrevista que mantuvimos con la hermana de la víctima. Sus palabras no hicieron sino confirmar nuestras impresiones: Randall era un hombre poco relevante, de moderada inteligencia y escasa ambición que jamás había viajado, no hablaba idioma extranjero alguno y no tenía otros amigos que los pertenecientes a su estrecho círculo académico. El motivo por el cual Fu Manchú se había interesado por alguien así continuaba siendo un misterio para nosotros.

Aquella noche regresamos a Swansea mientras el sargento Hughes volvía a Brynamman empobrecido en su vestuario y enriquecido profesionalmente por haber trabajado junto a Sherlock Holmes. Tras una buena cena, Holmes y yo nos retiramos a nuestros aposentos para gozar de un sueño del que casi no habíamos podido disponer la noche anterior.

El día siguiente transcurrió sin otra incidencia que la visita que efectuamos al superintendente Gribbler, a quien relatamos lo sucedido. Poco antes del anochecer, una llamada telefónica a Brynamman nos informó de que el cuerpo de Randall continuaba sin aparecer.

—Ello no resulta particularmente sorprendente —comentó Holmes tras colgar el teléfono—. En una zona como ésa existen infinidad de rincones en las que un cadáver puede permanecer oculto durante días y días. Tampoco ganaremos demasiado cuando se descubra el cuerpo. Ya sabemos el modo en que fue asesinado Randall. Lo que de verdad nos interesa averiguar es el porqué de ese crimen. ¿Y por qué diablos emplearía el Si Fan un método tan complejo para realizarlo? Ya sabemos que Fu Manchú, como buen chino, tiene una especial debilidad por el dramatismo y los golpes de teatro, pero tal explicación me resulta insuficiente en vista de los complicados preparativos que han empleado para este golpe. Un disparo de revólver en la oscuridad hubiera resultado igual de efectivo. Me pregunto si…

Pero Holmes optó por no revelarme lo que se preguntaba.

Mi compañero no bajó a desayunar a la mañana siguiente. Sin nada que hacer, decidí efectuar otro de mis «recorridos turísticos», como los denominaba Holmes. En aquella ocasión rodeé en nuestro automóvil el gran bosque de Oxwich. Al otro lado de éste descubrí una nueva bahía, junto al pueblo de Port Eynon. Ésta, sin embargo, resultaba claramente inapropiada para los fines de Fu Manchú pues era de fácil acceso por carretera y estaba habitada muy cerca de la orilla.

En la taberna local, un anciano de rostro curtido me habló de numerosas historias de contrabandistas y salteadores que provocaban naufragios para saquear los barcos encallados. El viejo marino mencionó la existencia de una cueva de entrada fortificada —por quién y cuándo, nadie supo decírmelo— por la que se podía llegar a un pasadizo subterráneo de varios kilómetros de extensión. Se me quitaron las ganas

de visitar dicha gruta cuando el anciano precisó que para acceder a ella era preciso un paseo de casi trece kilómetros por la pared de unos acantilados escarpadísimos que rodeaban por completo la punta de la península.

Poco antes de anochecer estuve de vuelta en el hotel. Para sorpresa mía, pues inconscientemente ya había aceptado como seguro que nos hallábamos frente a un nuevo período de forzosa inacción, Holmes mostraba un aspecto visiblemente agitado. Sentado en una butaca del salón, mi compañero me recibió con el rostro expectante, semiescondido entre el humo de la pipa que fumaba entre resoplidos.

—¡Se ha perdido usted las últimas noticias! —anunció de inmediato—. ¡Ese famoso camión del Si Fan ha sido hallado!

—¿Qué me dice? —repuse con sorpresa—. ¿Cuándo? ¿Qué ha sucedido?

—Dios ha respondido a nuestros rezos por medio de un agente de policía más despierto de lo usual —declaró Holmes con una sonrisa traviesa—. ¿Sabe usted dónde se encuentra Clyne Common?

—Sí —respondí, tomando asiento frente a él—. He pasado por allí en coche hace una hora.

—¡Dos horas demasiado tarde! —Desprendiéndose de su pipa por un instante, Holmes adoptó el ligero tono satírico que con frecuencia empleaba a la hora de relatar experiencias ajenas—. Verá usted. Serían alrededor de las tres de la tarde cuando el agente de policía Lynchcombe se dirigía en bicicleta a la aldea de Murton, donde tenía que entregar una citación judicial a un tal Joseph Enderby en relación con el impago de una licencia canina. ¡Como ve, de tales nimiedades depende en ocasiones el destino de una nación, Petrie! A un kilómetro de su destino, la bicicleta de Lynchcombe fue adelantada por un camión que el agente reconoció de inmediato como el mismo cuya descripción había sido enviada a todas las comisarías. Hombre avisado, Lynchcombe ya había deducido que aquél debía de ser un caso de importancia superior a la de un simple robo de vehículos, así que había tenido buen cuidado en memorizar la descripción y las placas del camión. Sabedor de que estaba ante dicho camión, el agente tomó una determinación tan heroica como imposible: dar alcance al vehículo y obligar al conductor a detenerse.

—¿Era Zarmi ese conductor?

—Así me lo parece, aunque el agente declaró haber creído que se trataba de un muchacho. Desde luego, el espectáculo de un agente de policía con varios kilos resoplando sobre el manillar y pedaleando como un loco no se ve todos los días. Zarmi, naturalmente, no tardó en percatarse de que le seguían y en seguida aumentó la velocidad. Con todo, cuando ya se distanciaba del policía, la muchacha vio su camino obstruido por la inesperada aparición en una curva del pesado carro de un lechero. Desviándose para evitar el choque, *la Oriental* perdió el control de su vehículo, que terminó por estrellarse contra un poste de telégrafos.

—¡Cielo santo! —exclamé, recordando de pronto—. ¡Lo he visto! ¡Recuerdo haber visto un camión accidentado en la cuneta, no lejos de un carro volcado!

Holmes esbozó una de sus sonrisas saturninas.

—¿De veras? Pues si se hubiera fijado, como se fijó el policía, habría advertido que se trataba del mismo camión que vimos la tarde en que Fu Manchú nos invitó a tomar el té. Bien, según parece Zarmi salió indemne del choque y emprendió la huida campo a través. Aunque la muchacha le llevaba casi cien metros de ventaja, el agente Lynchcombe intentó darle alcance pero, comprensiblemente agotado por obra de sus recientes *sprints*, muy pronto se vio obligado a desistir. Más vale eso que nada; por lo menos ahora disponemos del camión y su carga.

—¿De qué clase de carga se trata? ¿Las cajas almacenadas en la mina?

—No. Creo que esas cajas llevan ya mucho tiempo en el lugar donde deben ser embarcadas. De hecho, el camión llevaba una carga bastante reducida en relación con su capacidad. En su mayor parte se trata de una mediana remesa de alimentos adquiridos en distintos comercios de Swansea. —Holmes hizo una pausa y, ante la falta de reacción por mi parte, movió la cabeza en señal de desaprobación—. He pedido un inventario detallado de esa remesa y espero recibirlo en cualquier instante —añadió.

—¿Para qué quiere usted ese inventario? —pregunté, sin comprender.

—¡La misma pregunta que me hizo Gribbler! —murmuró mi compañero con enfurruñamiento.

En vista de que Holmes no tenía intención de alumbrar mi ignorancia, decidí no insistir. Con todo, no permanecí demasiado tiempo en la duda. Apenas mi compañero había tenido tiempo de prender de nuevo su pipa cuando un botones irrumpió en el salón y le hizo entrega de un sobre en cuya esquina se veía el escudo de la policía de Swansea. Con gesto impaciente, Holmes extrajo la cuartilla que contenía.

—Todo es cuestión de aplicar un poco de sentido común, Petrie. La observación atenta de la lista de la compra de un ama de casa casi siempre permite deducir el número de miembros de una familia, sus gustos, su condición social y muchos otros detalles. Veamos qué nos dice esta lista.

Mi compañero examinó la cuartilla mecanografiada durante unos instantes, entregándomela a continuación.

—¿Qué le parece? En primer lugar, fíjese en las cantidades.

—Resultan excesivas para una familia normal —respondí, tratando de entrar en el juego—. ¿Provisiones para el barco, quizá?

—No. Estas cantidades resultan demasiado pequeñas para un barco. Estamos ante unas provisiones destinadas a alimentar a un pequeño grupo de personas durante mucho tiempo o a un grupo de tamaño medio durante un período breve. ¿De cuál de estas dos posibilidades cree usted que se trata?

—No lo sé. ¿Cómo puedo adivinarlo?

—Mediante la naturaleza de los alimentos, por supuesto. Se trata de la segunda posibilidad. Por ejemplo, ¿durante cuánto tiempo se conservan cinco litros de leche? Dos o tres días, pero no más. ¿Y cuántas personas pueden consumirlos en ese

período?

—Sí, ya veo dónde quiere usted ir a parar. ¿Puede usted sacar más deducciones de esta lista?

—Creo que sí —respondió Holmes tomando el papel entre sus manos—. La mayoría de estos productos vienen enlatados o desecados, no porque vayan a ser almacenados durante mucho tiempo sino porque las personas a quienes están destinados disponen de unos utensilios de cocina más bien elementales. Aquí nos encontramos con cinco kilos de arroz, suficientes para que una ama de casa inglesa pueda preparar *puddings* durante muchos años; para un grupo de orientales, sin embargo, se trata de una cantidad más bien modesta. El hecho de que no se vea carne de cerdo por ninguna parte indica que probablemente varios de ellos son de religión musulmana. En total creo que estos individuos suman una docena y que los alimentos que hemos interceptado debían de bastarles para una semana. En otras palabras, amigo Petrie, el Si Fan ha concentrado a todos sus efectivos en un punto donde aguardan a la llegada del buque chino que debe repatriarlos.

—¡Y ese punto se halla al sur de la península! —salté, repentinamente inspirado —. ¡Lo prueba el hecho de que la carretera que cruza Clyne Common no conduce a otro lugar!

Holmes sonrió con benevolencia ante mi evidente excitación.

—Así es, Petrie, así es. Me alegra ver que sus facultades se encuentran en mejor estado de lo que suponía. Ello nunca viene mal. —Tras doblar la cuartilla cuidadosamente, Holmes la escondió en el bolsillo de su chaqueta—. Bien, ello no hace sino corroborar mis sospechas. La costa sureña siempre me pareció más apropiada para los fines de Fu Manchú. La costa del norte de la península se encuentra más poblada y resulta demasiado baja y arenosa para un barco de gran calado. Y, por supuesto, hace tiempo que sabemos que el barco tiene previsto embarcar a sus compañeros la semana próxima.

Aquella observación casual me dejó absolutamente boquiabierto.

—Que… ¿Que lo *sabemos*? —balbuceé por fin.

Hasta aquel instante yo hubiera jurado que eso era precisamente lo que no sabíamos.

—Naturalmente —respondió Holmes en tono distraído, ocupado en prender otra vez su pipa y, a lo que parecía, sin advertir el efecto que sus palabras habían producido en mí—. Como sabemos, el Si Fan alquiló el camión para un período de dos meses. Dicho período finaliza el próximo martes y no hay razón para creer que el acuerdo no haya sido perfectamente legítimo. A la hora de cerrar el alquiler, Fu Manchú no tenía ninguna intención de robar ese vehículo. Cabe presumir, por consiguiente que el embarque se producirá en una fecha prefijada desde hace mucho tiempo y poco después del próximo martes.

—¡Tiene usted razón! ¡Es así! —exclamé, maravillado ante lo impecable del razonamiento y al tiempo indignado por el silencio de mi compañero a dicho respecto

—. ¡Pero, Holmes, por amor de Dios! ¿Por qué motivo no mencionó usted tal circunstancia?

Holmes se volvió hacia mí con expresión del más genuino asombro.

—¿Cómo? ¿Quiere usted decirme que no había llegado a la misma conclusión?

Por más que busqué, no encontré respuesta alguna. Cuando Sherlock Holmes detallaba uno de sus razonamientos, más que pensar que me hallaba frente a un hombre de inteligencia excepcional siempre tenía la impresión de que el resto de los mortales éramos increíblemente obtusos.

CAPÍTULO 29
EL MONSTRUO MARINO

La tranquila seguridad que se desprendía de las palabras de Holmes había terminado por contagiárseme. Desde nuestra partida de Londres no me había sentido tan excitado ante el curso de nuestra investigación. Era aquélla una sensación que ya había notado en víspera de anteriores encuentros con Fu Manchú.

Ya no tenía interés alguno en efectuar más excursiones. A la mañana siguiente, después de desayunar, Holmes y yo nos acomodamos en el salón, en espera impaciente de que se produjera alguna otra novedad.

—Gribbler tiene hasta al último de sus hombres revolviendo la costa en busca de un grupo de orientales —declaró Holmes en tono tranquilo—. Debemos tener paciencia. Alguien tiene que haberlos visto y la policía sabe lo que se hace.

La confianza que Holmes mostraba en nuestros aliados oficiales contrastaba con el no disimulado desdén con que durante años había contemplado a la policía. Lo cierto es que no pude reprimir una sonrisa. Weymouth no había mentido: en diez años el nombre de Sherlock Holmes se había transformado en una llave mágica que podía destapar todos los recursos de la ley. Me complacía ver que Holmes sabía apreciar dicha circunstancia.

—Reconocerá usted que, algún tiempo atrás, no hubiera hablado de la policía en esos términos.

—Así es, en efecto —reconoció Holmes—, pero toda la culpa no es mía. Sepa usted que cuando Watson y yo iniciamos nuestra carrera como investigadores en Baker Street, la fuerza de policía apenas si tenía cincuenta años de existencia. El Scotland Yard que yo conocí no era otra cosa que el viejo grupo de edificaciones anexo al palacio de los reyes de Escocia. Sus agentes de uniforme eran hombres tan honestos como ignorantes, poco más que matones públicos empleados para mantener la ley y el orden en un tiempo en que el orden estaba considerado tan importante como la ley. El arte de la investigación detectivesca era desconocido; si el criminal no era atrapado con las manos en la masa, era prácticamente imposible atraparle después. Si me permite usted añadir que creo haber colaborado en transformar esta situación, no tengo reparo en admitir que ahora considero a la policía inglesa como la más capaz del mundo.

Como si quisiera rubricar estas palabras, el botones irrumpió en el salón con una sonrisa más bien impertinente.

—¡La policía al teléfono! ¡Piden por el señor Shylock Holmes! —anunció, imitando el marcado acento galés del superintendente.

—¡Gribbler! —exclamó Holmes. Su mirada pareció fulminar al botones por un

segundo—. Vamos a ver de qué se trata.

Con dos zancadas mi compañero desapareció en dirección a la mesa de recepción. Consultando mi reloj, advertí que eran las diez de la mañana. Las cosas iban rápidas. Al regresar, menos de cinco minutos después, Holmes mostraba una expresión enteramente resoluta.

—¡Póngase el abrigo, Petrie! —anunció—. Philip Randall está en la ciudad. En el hospital.

—¿¡Randall!? ¡Mil diablos! ¡Y le dábamos por muerto!

—Nada de eso. Aparte de algunos arañazos, ni siquiera está herido.

Tras buscar rápidamente nuestros abrigos echamos a caminar hacia el vecino hospital. Holmes aprovechó para añadir algunos detalles.

—Randall ha sido encontrado a primera hora de esta mañana vagando por las colinas de Cefn Bryn. Se encuentra en estado de *shock* y algo acatarrado. Dudo que saquemos algo en claro de él. ¡Parece haberse olvidado por completo de lo sucedido desde el momento que abandonó la taberna!

Aquello no me extrañó. Los casos de amnesia parcial no eran infrecuentes entre las víctimas de Fu Manchú.

—Cefn Bryn no se halla lejos de la zona que visité ayer —indiqué—. ¿Cómo habrá llegado hasta allí desde Carreg Cennen? Sin duda, Wang Lo no puede haberle arrastrado por los aires a tan larga distancia.

—No, por supuesto que no. Incluso bajo condiciones ideales, dudo que esa cometa pueda volar más allá de nueve o diez kilómetros. Hum, me parece que la cosa comienza a adquirir un nuevo sentido. Contra lo que habíamos imaginado, el Si Fan no tenía ningún interés en matar a Randall; tan sólo querían secuestrarle de modo temporal. Si hubieran querido matarle, disponían de infinidad de métodos más sencillos para hacerlo; en cambio, para llevar a cabo el secuestro no tenían otra opción que llevárselo literalmente por los aires, dado que Randall tan sólo salía de la granja para su paseo por el Puente de los Contrabandistas, ¡puente además bastante transitado por otros individuos, asiduos a la taberna! Realmente, un secuestro efectuado por medios convencionales no servía en este caso.

Las palabras de mi compañero me hicieron recordar su expresión pensativa del otro día, expresión que me había dejado un tanto intrigado.

—Usted ya pensó en algo parecido el otro día, cuando no pudimos encontrar el cadáver, ¿no es así?

—Sí. No quise decir nada pues no podía entender cómo se las ingeniarían para devolver a Randall a tierra sin peligro. Todavía no sé de qué forma se las arreglaron. En fin, hay otro misterio no resuelto que nos interesa más por el momento: ¿por qué motivo le raptaron?

Nos hallábamos ahora en pleno centro de la ciudad y las calles se encontraban atestadas. Mientras conversaba conmigo, Holmes no cesaba de tropezar con mujeres cargadas de compras, disculpándose a cada momento sin volver apenas la cabeza.

—En un punto llevamos ventaja. Tras lo sucedido ayer en la carretera, el Si Fan debe andar muy corto de alimentos. Si son inteligentes, más les valdrá efectuar un racionamiento. Todo tendero en Swansea ha sido conminado a informar a la policía en relación con cualquier extranjero que se presente en su establecimiento.

Mientras avanzábamos por la larga calle que llevaba directamente al hospital, mis pensamientos volvieron al matemático secuestrado.

—Me pregunto dónde ha estado durante estos tres días. Y me gustaría saber cómo se las ha ingeniado para escapar.

—Randall no ha escapado. Tras conseguir lo que quería de él, el Si Fan lo ha puesto en libertad. Fu Manchú no comete asesinatos gratuitos.

—¿Y qué querrían de él? Ese hombre no es ningún genio sino tan sólo un competente estudioso especializado en matemáticas superiores. Él mismo nos dijo que en Inglaterra había una docena de hombres tan buenos o mejores.

—Así es —repuso mi compañero pensativamente—, aunque es posible que él sea el único en Gales, o el único que pudieron encontrar…

Una vez en el hospital, el doctor Lennard, un joven médico de aspecto inteligente, nos condujo hasta la habitación del matemático. Randall tenía el rostro ojeroso y casi tan pálido como la almohada. Prácticamente inconsciente, no estaba en condiciones de responder a nuestras preguntas.

—Verdes… —murmuró—. Ojos verdes…

—Ha visto a Fu Manchú —dijo Holmes—. Y ha sido drogado e hipnotizado.

Ante la posibilidad de obtener alguna información de valor, Lennard nos invitó a pasar a su pequeño despacho. Mientras una guapa enfermera nos servía café, eché una ojeada algo envidiosa a los estantes repletos de libros médicos, repentinamente consciente del modo en que el Si Fan había terminado por apartarme de mi auténtica vocación.

Lennard, un auténtico ejemplo de eficiencia en bata blanca, mostró un interés en Fu Manchú no exento, como advertí, de cierta admiración profesional.

—No hay motivo para preocuparse por el estado del señor Randall —declaró—. Todo cuanto le ha sucedido es que ha perdido tres días de su vida.

—Y mejor que no los recuerde nunca —apostilló Holmes—. Estoy seguro de que si le volvieran a la memoria, su lógico cerebro se vería seriamente afectado.

—De hecho, se puede decir que el señor Randall se encuentra ahora en mejor estado de salud —dijo Lennard con una sonrisa.

—¿Cómo? —repuse con asombro.

—Ese doctor Fu Manchú, al que me gustaría conocer personalmente, es un cirujano tan excelente como heterodoxo. Al parecer, ha efectuado una manipulación osteopática bastante superior a la de los médicos de Aberystwyth, y Randall ya no se resiente en absoluto de la lesión de su cadera.

—Un gesto típico de ese hombre —indiqué—. Siempre intenta pagar con algún gesto los servicios que obtiene por la fuerza.

—¡Curiosos escrúpulos! —terció Holmes, también algo admirado—. Hum, me gustaría saber cuáles son los servicios que precisaba en esta ocasión. ¿Dónde y en qué circunstancias precisas fue hallado Randall, señor Lennard?

El joven médico consideró por un instante la pregunta.

—Si no he entendido mal, parece que algunos peones de granja dieron con él hacia las seis de la mañana en campo abierto, no lejos de ese dolmen prehistórico conocido como la Piedra de Arturo, del que no se sabe exactamente si es una tumba o un altar druídico. Randall estaba totalmente desorientado y creía haber sufrido una intoxicación etílica y no hallarse lejos de Carreg Cennen. Los peones le transportaron inmediatamente a la cercana villa de Reynoldston, desde donde una ambulancia le trajo aquí. Al parecer, sus ropas presentaban un aspecto terrible, como si, tras empaparse por completo, se hubieran secado sobre su cuerpo sin ser planchadas. En adición, y esto resulta todavía más extraordinario, sus pantalones exhibían grandes manchas de sangre. Una sangre que no era suya.

—¿Dónde están? —inquirió Holmes.

—¿Las ropas? Las hemos enviado a la lavandería.

—Permítanme que las examine antes de ser lavadas. Esas ropas podrían decirnos más que el hombre que las vestía.

Tras instruir a una enfermera a dicho respecto y en vista del silencio de Holmes, Lennard se volvió hacia mí, interesándose vivamente en la personalidad de Fu Manchú. Mientras me esforzaba en satisfacer la curiosidad de nuestro anfitrión, Holmes observaba pensativamente la ventana con su pipa vacía de tabaco en los labios.

—Puede usted fumar si lo desea —le invitó Lennard.

—Muchas gracias —repuso Holmes en tono ligeramente melancólico—, pero lo cierto es que siempre me ha parecido que una atmósfera impregnada de yodoformo no contribuye demasiado a mejorar el sabor del tabaco.

La puerta se abrió y una enfermera depositó en el suelo una pila de ropa manchada y plagada de arrugas. Arrugando la nariz, Holmes se acercó a los harapos y extrajo su lupa de bolsillo.

—Vaya, ¿no vestía un abrigo? —inquirió.

—No.

—Qué raro… Llevaba uno cuando le vimos por última vez. Quizá lo debió perder…

Interesándose por la chaqueta, mi compañero palpó el tejido mientras lo examinaba cuidadosamente con la lupa.

—No se trata de agua marina —musitó—. De lo contrario habría algún resto de sal. —Alzando la mirada, Holmes me dirigió una débil sonrisa—. ¡Estoy perdiendo facultades con los años, Petrie! ¿Cómo no se me ocurriría antes? Ya sé cómo le hicieron descender de la cometa sin peligro. ¡Simplemente le dejaron caer sobre las aguas de algún lago conveniente donde aguardaban unos pescadores muy especiales!

—Mi compañero volvió a concentrarse en los pantalones—. Y en cuanto a estas manchas de sangre, parecen haberse producido bastante después, cuando el tejido ya se había secado…

El teléfono interrumpió en aquel instante las palabras de mi compañero.

—¿Sí? —respondió Lennart tomando el auricular—. Sí, ahora le pongo con ellos. Para ustedes, señores. Se trata del superintendente Gribbler.

—¿Otra vez? —gruñó Holmes, todavía absorto en la observación de las prendas de Randall—. Cójalo usted, Petrie, yo estoy ocupado.

Obedientemente, tomé el auricular.

—¿Es usted, Peter? —La voz de Gribbler parecía extrañamente ausente, como si el sargento no pudiera creer en sus propias palabras—. ¡Vengan a verme aquí cuanto antes! Se ha producido un crimen horrible en Gower, ¡horrible!

¡Verdaderamente, la cosa se estaba poniendo movida! Gribbler optó por ponerme al corriente de lo sucedido cuando llegásemos a la comisaría y cortó la comunicación tras despedirse brevemente. Holmes, quien detestaba verse apartado de cualquier fresca línea de investigación, estaba claramente contrariado.

—¡No veo motivo alguno para que se sigan produciendo nuevos asesinatos! —declaró en tono molesto—. Sin duda Gribbler debe de estar llevando las cosas demasiado lejos y se cree que el Si Fan está detrás de todo fallecimiento que ocurre en los alrededores. No me extrañaría nada que ese «crimen horrible» no sea más que el producto de alguna estúpida riña de borrachos.

Depositando la bota de Randall en el suelo, mi compañero devolvió la lupa a su bolsillo de muy mala gana.

—Es curioso lo que aparece en estas ropas —comentó, todavía algo malhumorado—. Me gustaría adivinar en qué lugar ha estado Randall. Junto con los acostumbrados fragmentos de hierba y arbustos que pueden proceder de cualquier sitio, la suela de las botas muestra un mínimo de tres especímenes de tierra bien diferenciados. Uno de estos especímenes es un polvillo algo seco que no me parece proveniente de Cefn Bryn. No hay huellas de arena, de lo que se deduce que nuestro hombre no ha estado en ninguna playa, pero la piel de las botas aparece raspada y rayada en algunos puntos, como si hubieran paseado durante bastante tiempo por un terreno rocoso e irregular. Bien, supongo que ya tendré tiempo de efectuar una segunda observación más detenida. Ahora vayamos a ver qué es lo que ha asustado tanto a Gribbler.

Un breve trayecto en taxi nos bastó para trocar el despacho impregnado de olor a antiséptico del señor Lennart por la enorme, desmañada oficina del superintendente. Gribbler, algo menos cordial que de costumbre, estrechó nuestra mano brevemente y se dejó caer pesadamente sobre su anticuada silla giratoria. Sus facciones naturalmente rubicundas aparecían claramente empalidecidas y sus ojos mostraban una expresión de incredulidad que resultaba casi cómica.

—¿Quién es la víctima? —demandó Holmes sin más preámbulos.

—No lo sabemos —declaró el oficial en tono apagado—. El cuerpo ha sido hallado entre unas rocas situadas al pie de los acantilados que hay a unos tres kilómetros de Rhossili. Llevaría unas veinticuatro horas en el agua. No es un hombre blanco ni tampoco un negro. Se trata de un sujeto de color café con leche sin otras ropas que una especie de toalla como taparrabos y un raro signo en la frente…

—¡Un dakoi! —exclamé de inmediato.

El superintendente giró sus cansados ojos en mi dirección.

—¿Y eso qué es?

—Los dakois son bandas de criminales organizados que operan en Birmania y la India —aclaré.

—¡Pero no en el sur de Gales! —estalló de pronto Gribbler—. ¿Qué hacen aquí esos tipos? ¿Qué demonios…?

—Como ya le dijimos en otra ocasión, el Si Fan se compone de toda clase de nacionalidades orientales —terció Holmes—. ¿Qué hay del cadáver? ¿Había muerto ahogado?

—Por ahogo, sí. Pero hay algo peor que eso. Mucho peor… —La voz de Gribbler pareció estar a punto de quebrarse—. ¡Las manos de ese hombre habían sido cortadas limpiamente por las muñecas!

—¡Dios santo! —exclamé con horror.

A pesar de que Holmes nunca pudo perdonarle su «Shylock», es preciso ser ecuánimes con Gribbler. A dos años de su jubilación, el superintendente llevaba décadas ejerciendo su oficio de modo un tanto relajado, basado en el sentido común y en su propia naturaleza confiada. Anteriormente nunca se había encontrado frente a un crimen de importancia o un acto monstruoso y ahora se sentía traicionado del modo en que sólo puede estarlo un padre engañado por sus hijos.

Tras unos segundos de espeso silencio, como si inconscientemente quisiéramos rendir un último homenaje al fallecido, Holmes emitió una sentencia lacónica.

—El fin de un pobre diablo que se atrevió a rebelarse contra su amo.

Por una vez, la experiencia me permitió corregir a mi compañero.

—No. No se trata de eso. Fu Manchú castiga la desobediencia con severidad, pero raramente con la pena capital. De lo contrario, hace tiempo que Karamaneh habría muerto ya. ¡Esta atrocidad tenía por objeto castigar algún error cometido por el dakoi! En casos así, Fu Manchú se muestra más despiadado con sus esbirros que con sus propios enemigos.

—Me doy por corregido —repuso Holmes con una sonrisa—. Sin duda tiene usted razón, Petrie. En efecto, por horribles y fantásticos que nos parezcan, tan sólo estos métodos draconianos garantizan a Fu Manchú el control de su organización. Aunque sus hombres no carezcan precisamente de celo, sabemos que muchos de ellos provienen de naciones notorias por su ineficiencia en el trabajo. ¡Así se explica que Fu Manchú no pueda permitirse perdonar el más mínimo error! Está usted en lo cierto: ese pobre dakoi cometió algún acto estúpido o imprudente que pagó con la

vida.

El superintendente Gribbler carraspeó sonoramente y nos miró con unos ojos que denotaban el temperamento céltico que pugnaba con su paciente afabilidad.

—Miren, no piensen ustedes que les tengo manía o algo parecido. —Tras efectuar dicha aclaración, el policía ya no pudo contenerse por más tiempo—. ¡Pero, maldita sea, les digo que me alegraré el día que abandonen Gales! ¡En toda mi carrera jamás había visto nada igual! ¡Tarros de miel envenenada, policías en bicicleta persiguiendo camiones, buitres gigantes llevándose a la gente por los aires y cadáveres mancos en la costa! —Esforzándose en dominarse, el superintendente se pasó un pañuelo por su sudorosa frente—. La verdad es que todo es demasiado para mí. Me parece que es mejor que telefonee a Scotland Yard y hable otra vez con el inspector Widemouth.

Aquello era la puntilla. Incluso el propio Holmes tuvo que contenerse para no soltar una carcajada[28].

—No… no me parece mala idea —dije, tratando de disimular la risa ahogada de mi compañero.

Recuperando la compostura al instante, Holmes quedó pensativo durante unos segundos.

—Superintendente Quibbler… —dijo por fin.

—¡Gribbler! —corrigió el oficial al punto.

—Oh, perdón. Gribbler, naturalmente. —El rostro de Holmes nunca había exhibido una expresión tan inocente—. ¿Me dijo usted que el cadáver fue hallado cerca de Rhossili?

—Efectivamente, no lejos de allí. A unos tres kilómetros de la localidad en esta dirección, tras un gran acantilado denominado Thurba Head.

—Hay ocho kilómetros de acantilados en ese paraje —informé a Holmes, recordando mi conversación con el viejo marino—. No hay una sola aldea o granja cerca de la aldea.

—En efecto. Nuestro punto de contacto más cercano es, por consiguiente, Rhossili, que si no recuerdo mal se encuentra en el mismo extremo final de la península. —Aunque Holmes no me había acompañado en ninguno de mis paseos, el estudio de algunos mapas parecía haberle bastado para conocer perfectamente la zona —. Creo que se trata de una población más bien aislada, de unas sesenta casas y poco más de doscientos habitantes.

—Sí, eso es —afirmó Gribbler—. Por el momento no disponemos de ningún agente allí. Si piensan acercarse, les aconsejo que se pongan en contacto con el guardacostas. Él fue quien descubrió el cadáver.

—¿Vamos allí? —interrogué a Holmes.

—Sí, me parece lo más oportuno —asintió mi compañero mientras se levantaba de la silla y se volvía hacia nuestro interlocutor—. Me da en la nariz que el final de todo este asunto está próximo. Con su ayuda, intentaremos acabar de una vez por todas con las actividades, de Fu Manchú. Gracias por todo y buenos días, inspector

Scribbler.

Saliendo al exterior antes de que Gribbler pudiera reaccionar ante aquella última broma, Holmes echó un vistazo al reloj situado sobre la puerta de entrada.

—Las once y media. ¡Volvamos al hotel inmediatamente! ¿Cuánto cree que nos llevará el trayecto hasta Rhossili?

—Una hora y media, quizá —respondí—. Siempre que el último tramo de la carretera no esté en peores condiciones que el resto del camino.

—En ese caso almorzaremos ahora mismo; no sé cuándo ni dónde tomaremos la cena. No perdamos un instante; debemos partir lo antes posible.

—¿Quiere usted examinar el lugar donde fue encontrado el cuerpo del dakoi?

—Quizá. No obstante, me interesa más hablar con el guardacostas y otras personas que conozcan bien las corrientes y mareas cercanas; ello nos puede ayudar a adivinar dónde fue abandonado ese cadáver. Si el barco ya está aquí, supongo que el dakoi fue echado por la borda. Sin embargo, me parece más probable que fuera despeñado desde algún acantilado. A juzgar por las copiosas manchas de sangre visibles en los pantalones de Randall, no me extrañaría que ese matemático hubiera estado muy cerca del infeliz birmano cuando éste fue mutilado.

—¿Le parece que presenció dicho castigo?

—Estoy casi seguro. Ese Randall pertenece al tipo de individuos testarudos que se obstinarían en negar su cooperación hasta el momento de presenciar un espectáculo semejante. —El tono de Holmes era ligeramente reprobatorio—. No me gustan demasiado los matemáticos. El fallecido profesor Moriarty era uno de ellos.

En el restaurante del hotel, Holmes parecía empeñado en batir récords de velocidad en la comida. Aquel hombre debía de tener la digestión de una avestruz.

—El Si Fan se muestra extrañamente poco cuidadoso, Petrie —comentó mi compañero, haciendo una pausa—. Al liberar a Randall cerca de Cefn Bryn y permitir que el cuerpo del dakoi fuera descubierto en las inmediaciones de Rhossili nos han proporcionado una idea aproximada del lugar en que se ocultan.

Sin esperar a tomar café, Holmes me agarró por la manga.

—Prepare su maleta —ordenó mientras subíamos por la escalera—. Es probable que no hagamos noche aquí hoy. Incluso es posible que no regresemos nunca.

A pesar de ejecutar sus instrucciones tan rápidamente como me fue posible, al bajar a la recepción Holmes ya me esperaba con aire impaciente, ataviado con lo que parecía un disfraz de guardabosques, con polainas y su célebre sombrero de cazador de ciervos (gorro que ignoraba hubiese llevado consigo).

—¡Por fin! —me saludó—. ¡Vamos allí!

Aquella ruta me resultaba ya bastante familiar. Tras dejar atrás los suburbios cruzamos frente al extremo meridional de Clyne Common, donde un torcido poste de telégrafos señalaba el punto donde el Si Fan había perdido su vehículo. En unos minutos nos internamos en el hermoso tramo boscoso que conducía a Parkmill. Serpenteando de norte a sur para enlazar la dispersa sucesión de aldeas, la carretera

corría de modo aproximadamente paralelo a la línea de la costa aunque raramente se acercaba a menos de un kilómetro de ésta, con lo que no teníamos más que unas vistas del mar muy ocasionales.

Sentado en silencio junto a mí, con la vista fija en el camino, Holmes apenas si pronunció palabra. Tras una hora de camino alcanzamos las altas laderas de Cefn Bryn, donde Philip Randall había sido encontrado. Aquel territorio ya me resultaba desconocido. Se trataba de una enorme meseta cubierta de hierba por la que corría un viento fortísimo que dificultaba nuestro avance. Los árboles parecían haber desaparecido como por ensalmo; tan sólo se veían algunos especímenes enanos y retorcidos, prueba palmaria de que aquel viento no tenía nada de inusual. En la raya del horizonte ya se divisaba la serrada cresta de los acantilados. Desde luego, aquél parecía un escondite muy raro.

—Me extrañaría muchísimo que Fu Manchú se hallase oculto en esos acantilados —comenté a Holmes—. Suponiendo que lograran descender por sus paredes, el barco no podría acercarse mucho a la costa. Esa zona está plagada de escollos y más de un centenar de buques han naufragado en ella.

Mi compañero se encogió de hombros sin decir palabra, reservando su opinión para más tarde.

Ya estábamos muy cerca de nuestro destino. Un pequeño grupo de casas apareció frente a nosotros y, tras dar una curva, la carretera se transformó en una sencilla calle pueblerina. Un minuto después nos detuvimos frente a una iglesia de chata torre cuadrada coronada por un techo de paja. La tosca simplicidad de aquella edificación no dejó de sorprenderme, pues uno esperaría hallar una iglesia así en las islas Hébridas, pero no en un pueblo situado a treinta y dos kilómetros de las populosas calles de Swansea.

Aunque nadie había acudido a recibirnos, no esperábamos que nos resultase difícil dar con el edificio del guardacostas. Tras caminar durante unos minutos, el pueblo no tardó en quedar atrás. La calle había sido sustituida por un sendero que, de repente, nos llevó hasta el mismo borde de unos gigantescos acantilados cortados a pico y de una altura como yo no había visto igual.

Deteniéndonos a unos metros del borde, contemplamos en silencio el panorama que se extendía a nuestros pies: la gran playa de una bahía que cubría el extremo de la península de norte a sur. Nada se veía sobre la arena más que el maderamen podrido de una vieja embarcación naufragada y reminiscente del esqueleto de una ballena que hubiera venido a morir a la playa.

—¡Vámonos de aquí! —exclamó Holmes en tono impaciente—. Sólo parece haber una casa en toda esta bahía —declaró, señalando a un solitario edificio situado en un extremo de la playa donde la sucesión de acantilados se detenía, sustituida por algunas colinas de suave pendiente—, y me extrañaría que el Si Fan se ocultase en ella.

Sin añadir palabra, mi compañero echó a caminar hacia el este a grandes

zancadas. El sendero había desaparecido por completo, pero siguiendo la línea de los postes telefónicos pronto divisamos una pequeña edificación situada justamente en el punto donde los acantilados se adentraban más en el mar antes de girar en dirección a Port Eynon.

—¡Ahí está el guardacostas! —afirmó Holmes con seguridad—. Me temo que tendremos que caminar más de un kilómetro para llegar a él.

Holmes no era hombre que gozase del placer de pasear; cuando debía caminar, enfocaba dicha actividad desde un punto de vista totalmente utilitario.

A medida que nos acercábamos a nuestro objetivo, mi atención se vio atraída por lo que parecía una línea de rocas que se adentraban en el mar semejantes a la caricatura de algún monstruo prehistórico. La más próxima de dichas rocas se alzaba considerablemente sobre las olas como la espalda algo jorobada de la bestia, mientras que su vecina parecía un largo cuello de saurio con la cabeza erguida. Al aproximarme algo más, advertí con asombro que había sido víctima de una ilusión óptica; lo que parecían simples escollos no eran sino una pequeña cadena de islas de más de un kilómetro de longitud y situada a otro kilómetro de la costa.

Incluso el propio Holmes pareció sorprenderse por un instante.

—¡Vaya con mis ojos! La pared de ese aparente «escollo» debe de tener más de cincuenta metros.

A pesar de la apariencia tranquila del mar, una blanca nube de espuma se estrelló contra un costado de la isla, llegando casi hasta su cima.

Tras diez minutos más de caminata llegamos ante la casa del guardacostas, una modesta edificación construida con grandes bloques de piedra y dotada de una ventana tan amplia como sólida frente al mar. Al dirigirnos a la puerta, un hombre sentado con aspecto aburrido frente a la ventana nos saludó con la mano y corrió a facilitarnos la entrada.

—Buenos días. Mi nombre es Sherlock Holmes —repuso mi compañero.

El guardacostas asintió con una sonrisa. Era aquél un individuo de poderosa constitución física, de curtida tez marinera y vestido con una americana cruzada de capitán.

—Sí, es usted Sherlock Holmes. ¡El hombre a quien debo mis seis semanas de vacaciones en este agujero! —El guardacostas acentuó su sonrisa—. A no ser que se prevea alguna tempestad, aquí nunca hay vigilante alguno.

La sencilla cabaña no contenía otro mobiliario que una silla y una banqueta emplazadas ante la ventana, un armario de tamaño mediano y un estante con una lámpara de señales y un par de binoculares.

—Mi nombre es Trevor Bennett —se presentó el guardacostas.

—¿Así que lleva usted varias semanas tratando de dar con ese barco chino?

—Así es, pero no he visto rastro de él. Ni casi de ningún otro barco. Hay poca navegación por aquí. Si quiere que le sea sincero, señor, esto es una pérdida de tiempo. Mi tarea aquí no tiene demasiado sentido. Los guardacostas estamos para

salvar vidas, no para efectuar tareas de policía. Ni estamos armados ni disponemos de lanchas patrulleras.

Desde la ventana, la distante cadena de islas todavía se asemejaba más a un monstruo antediluviano presto a emerger de las aguas en cualquier momento.

—He leído todo cuanto existe en este pueblo —protestaba el guardacostas—, desde *Los tres mosqueteros* hasta la Biblia. Casi me vuelvo bizco, con un ojo en el libro y el otro en la ventana.

—Al menos goza usted de un paisaje muy interesante —traté de consolar al pobre Bennett—. En mi vida había visto una isla tan rara como ésa.

—Sí —repuso el vigilante, echando una ojeada por la ventana—. Eso dice mucha gente. Sólo que no se trata realmente de una isla; cuando baja la marea, queda unida a tierra firme.

—¿Cómo? —exclamé—. ¡Resulta difícil de creer!

Bennett rió de buena gana ante mi expresión de asombro.

—No tiene usted más que esperar hasta las seis y media para verlo con sus propios ojos. Puede ir andando hacia ella si lo desea, aunque esta tarde no se lo recomiendo; la distancia es mayor de lo que parece. Si se fija usted bien verá que la isla tiene forma de Z, aunque desde aquí no se puede ver la parte central. —Tras extraer una corta pipa negra de su bolsillo, el guardacostas comenzó a revolver en el armario en busca de su tabaco—. Sí, es una isla muy curiosa —añadió sin volver la cabeza—. Los de por aquí la conocemos como el Gusano.

CAPÍTULO 30
EL ENEMIGO ACORRALADO

Durante unos segundos Holmes y yo, incapaces de articular palabra, nos miramos el uno al otro con la mayor de las sorpresas. Aquello resultaba increíble. Estábamos paralizados por el asombro.

—*Están usando el gusano…* —musité por fin cuando fui capaz de articular palabra.

—¡Maldita sea! —saltó Holmes—. ¡No venía señalado en el mapa!

—Cierto, a menudo no aparece en los mapas o aparece con su nombre oficial, Punta de no sé qué —observó Bennett mirándonos con algo de curiosidad—, pero aquí se le ha conocido siempre como el Gusano, pues su forma recuerda exactamente a la de ese insecto, o reptil o lo que sea.

—*Vermiform invertebrate* —murmuró mi compañero en tono mecánico.

—El Si Fan… —comencé.

—Pasemos a cosas más prácticas —me cortó Holmes sin ninguna contemplación, volviéndose hacia el guardacostas—. Bennett, denos usted una idea de la geografía de ese lugar.

Algo confuso, Bennett se acercó a la ventana con el ceño fruncido y rascándose la cabeza.

—Muy bien, señor —indicó por fin—. Esa cadena está dividida en tres islas. Desde aquí no podemos ver la isla situada en el medio, que está unida a su compañera más grande y cercana a la costa por una serie de escollos que sobresalen cuatro o cinco metros del agua. Esos escollos se pueden atravesar saltando del uno al otro (yo lo he hecho varias veces) pero constituyen el tramo más difícil de cruzar. Una vez llegados a la isla del medio, ésta se puede atravesar fácilmente por un senderillo hasta llegar al Puente del Diablo.

Tomando los grandes prismáticos del estante, el guardacostas los ajustó y entregó a Holmes.

—Con este chisme podrá ver ese puente, señor.

Holmes se acercó a la ventana y escudriñó a través de los binoculares y, sin añadir palabra, me hizo entrega de éstos. Gracias a ellos me fue posible discernir la presencia de lo que semejaba un puente natural suspendido entre la segunda y la tercera isla a una treintena de metros por encima de las olas.

—¡Ese puente parece un tanto peligroso! —comenté.

—No lo es tanto si uno no sufre de vértigo —respondió Bennett con una sonrisa —. Es bastante ancho y no hay motivo para que uno se caiga a no ser que sople una galerna. AI llegar a la tercera isla existe otro sendero que lleva al pie de ese peñasco,

la «cabeza» del Gusano, peñasco que no resulta difícil de ascender. Desde aquí parece todo muy difícil, pero les aseguro que no lo es tanto. El lugar es muy bonito y en esta época del año se encuentra cubierto de flores.

—Supongo que estará deshabitado, ¿no es así? —repuso Holmes.

—Sí, a excepción de un montón de gaviotas y otros pájaros. Hay que tener cuidado en la época de la puesta, ya que esas grandes gaviotas se vuelven peligrosas y pueden romperle el brazo a uno o hacerle caer del sendero.

—¿Va mucha gente por ahí?

—No demasiada. Hay algunos turistas, no muchos, en el verano. La gente del pueblo nunca se acerca por ahí. Y en otras épocas del año ocasionalmente aparece algún excursionista aislado o alguno de esos chiflados que se dedican a espiar a los pájaros, pues el lugar alberga especies bastante raras, según se dice.

—Así que ahora no hay nadie ahí.

—Pues ahora que lo dice, sí que hay, señor —corrigió Bennett, algo confuso—. Se trata de un campamento de *boy scouts* y…

—¿¡Qué!? —salté sin dar crédito a mis oídos. Sorprendido, el guardacostas dio un paso atrás.

—Pues… sí, *boy scouts* —repuso, atónito ante la salvaje expresión que se había adueñado de mis facciones—. La verdad es que muy raras veces permanece alguien en el Gusano. Pero ya sabe cómo son los chavales, señor. Les gusta un poco de aventura y, ¡mil diablos!, hacen bien. Yo no he sido el único en embarcarme con quince años. No hará más de cinco o seis años que surgió eso del escultismo y, ya ve, se los encuentra uno en el lugar menos pensado.

—¡Increíble! —musité, volviéndome hacia Holmes. A pesar de que todo encajaba a la perfección, aquello parecía demasiado ridículo para ser creído—. ¿El Si Fan camuflado como un grupo de *boy scouts*?

—Quizá ni siquiera han necesitado realmente camuflarse —apuntó Holmes—. ¿Les ha visto usted, señor Bennett?

—Sí, señor Holmes, les he visto desde aquí. Los vi el día que llegaron, hará una semana. Una docena de chavales con un montón de equipaje. Me pregunté si pensarían acampar allí[29]…

—Ya veo. ¡Pero desde esta distancia no pudo usted comprobar si efectivamente se trataba de *boy scouts*!

—No… —admitió el guardacostas—. Pero eso me dijeron en el pueblo. Supongo que alguien debió de verlos.

—¿Dónde se encuentra su campamento? —demandó mi compañero, echando mano a los prismáticos.

—En la cima de la Cabeza Interior, esto es, de la isla mayor. No creo que divise usted sus tiendas, pero por la noche se ve el resplandor de su fuego de campamento.

Acercándome al cristal de la ventana, me pareció que aquel escarpado promontorio sería el último lugar elegido por cualquier excursionista en sus cabales

para plantar una tienda.

—¿En la cima de *eso*? —exclamé con incredulidad—. ¡Pero si parece un precipicio!

—Lo es al otro lado, señor —me corrigió Bennett, sonriendo otra vez ante mi ignorancia—. A este lado, sin embargo, no es más que una colina cubierta de hierba un tanto empinada y la cima es tan grande como un campo de fútbol. Supongo que esos muchachos habrán llevado consigo una buena provisión de agua, pues allí no hay ninguna…

—¡Los canallas! —saltó Holmes con indignación—. ¡Han instalado un mástil e izado la bandera inglesa!

Rojo de ira, mi compañero se sentó en la banqueta, extrajo su pipa del bolsillo y la prendió con gesto enfurecido. Bennett hizo otro tanto con su corta cachimba; su rostro curtido mostraba una evidente expresión de perplejidad.

—Le pido disculpas si he cometido algún error, señor, pero lo cierto es que las únicas instrucciones que recibí hacían referencia a un barco chino que había que detectar ni siquiera sé por qué, por motivos de contrabando o alguna otra cosa.

—No, no se trata de contrabando —aclaró Holmes—. Cuando llegue el momento ya le explicaremos con detalle todo este asunto. Por ahora le diré únicamente que cierto grupo de criminales está esperando la llegada de ese buque para embarcar secretamente en él. ¿Cree usted que dicho barco podría acercarse lo bastante al Gusano para tal propósito?

—No, señor —respondió Bennett al instante—. Ni siquiera un bote podría hacerlo. Esas aguas están plagadas de escollos. El único medio de llegar al Gusano o salir de él estriba en hacerlo a pie con la marea baja.

—¿Cada cuándo se produce ésta y por cuánto tiempo?

—A intervalos de doce horas y media y durante una hora y cuarenta y cinco minutos aproximadamente —detalló Bennett al instante.

—Hum. Un tanto complicado, ¿no?

—No tanto, señor. Con las mareas primaverales, algo más largas, lo dejaremos en cuatro horas al día y una hora más tarde cada día.

Aquello me sonaba a jeroglífico. Holmes asintió con expresión de no haber comprendido mucho más que yo, tras de lo cual permaneció pensativo durante unos segundos tamborileando furiosamente su rodilla con los dedos.

—En relación con el cadáver hallado cerca de aquí esta mañana —repuso por fin, devolviéndome a la memoria el sangriento motivo que nos había traído hasta allí—, ¿cree usted que, de haber sido arrojado desde el Gusano, las aguas pudieron arrastrarle hasta el punto donde fue encontrado?

—Es muy probable —respondió Bennett—. Hace seis semanas, uno de esos chiflados de los pájaros resbaló desde la isla y su cadáver apareció más o menos en el mismo lugar.

—Muy bien —repuso Holmes poniéndose en pie—. Creo que no vale la pena que

nos ocupemos más de ese dakoi, Petrie. Es preciso que durmamos en el pueblo esta noche y quizá varias noches más. Aunque me temo que no hay posada alguna…

—No hay posada, pero algunas casas aceptan huéspedes —intervino Bennett—. Por lo menos así lo hacen en el verano, aunque me atrevería a decir que más de una familia se alegraría de tener alguien a quien alojar durante estos días. Si les parece que puedo abandonar mi vigilancia por un rato, los acompañaré hasta el pueblo para arreglar el asunto.

—Excelente idea, Bennett. Muchas gracias —aceptó mi compañero.

Volvimos, pues, por donde habíamos venido y con la recomendación del guardacostas no nos fue difícil conseguir alojamiento en la primera casa donde preguntamos, una airosa edificación campesina algo apartada de la calle y a la que había que descender por medio de unos escalones. Situada directamente sobre la bahía y cercana al sendero que llevaba a los acantilados, aquella casa resultaba ideal para nuestros propósitos.

Ya eran las cuatro y media cuando terminamos de instalarnos allí. Acercándonos al diminuto centro de la aldea, consistente en un comercio en el que se vendía de todo, una pequeña oficina de correos y algunas casas agrupadas entre sí, empleamos una hora o más trabando conversación con cuanta persona se nos puso a tiro (Holmes podía mostrarse extremadamente sociable cuando se lo proponía), método que nos sirvió para reunir nueva información en torno a los momentáneos pobladores del Gusano.

Sin embargo, no tardamos en toparnos con uno de los inextricables misterios de la vida en los pueblos. Todo el mundo parecía estar al corriente de que una partida de *boy scouts* había llegado en un camión el sábado anterior. Con todo, no pudimos dar con una sola persona que hubiera presenciado dicha llegada; todo el mundo se había enterado de oídas, gracias a algún vecino o amigo. Según se nos añadió, algunos de los *boy scouts* habían sido vistos atravesando el pueblo en varias ocasiones.

—El Si Fan sin duda dispone de tres o cuatro miembros de corta estatura a los que hace pasar por adolescentes —observó Holmes—. Es frecuente que las personas del Lejano Oriente aparenten diez años menos de los que tienen, lo que contribuye a completar el equívoco. No tiene ninguna importancia el hecho de que todo observador pueda ver que se trata de asiáticos. El movimiento escultista es internacional y se ha extendido como la pólvora, pues proporciona a los muchachos una buena excusa para jugar a la guerra. En este caso, lo natural es pensar que se trata de *boy scouts* procedentes de nuestras colonias.

A las seis, cuando ya el crepúsculo se acercaba, la curiosidad nos llevó a la cabaña del guardacostas para presenciar la increíble abertura de las aguas. Una vez en la cabaña advertimos que aquella fracción de la costa no era enteramente visible desde la ventana, así que optamos por acercarnos hasta el mismo borde del acantilado.

El sol se ponía lentamente y yo jamás había visto unos colores como aquéllos en

el cielo. El horizonte mostraba un intenso tono anaranjado mientras las olas adquirían un matiz escarlata, como un océano de fuego que se tornase violeta por minutos. La amenazante silueta del Gusano exhibía sus inquietantes y negros contornos. Aquella escena tenía algo de irreal; uno creería hallarse frente a un fantástico paisaje marciano.

De modo casi imperceptible, la marea comenzaba a retroceder a izquierda y derecha. El camino hacia el Gusano se abría de forma dramática. Uno tras otro, algunos escollos aislados surgieron entre el oleaje. En cuestión de minutos los escollos se tornaron en islillas negruzcas cada vez mayores que terminaron por unirse hasta formar un ancho bajío.

Las notas de un bugle nos llegaron con debilidad, arrastradas por el viento. Los falsos *boy scouts* arriaban la bandera robada.

—¡Los miserables! —imprequé ante aquella abominable visión—. ¿Qué podemos hacer?

—Nada —respondió Holmes con sequedad—. ¿Acaso pretende usted que vayamos hasta allí en la oscuridad para ser degollados?

En cuestión de veinte minutos, el puente natural corría casi ininterrumpidamente desde la playa a la isla. Ya había oscurecido casi por completo. A un kilómetro de nosotros, la débil luz de un fuego de campamento brilló sobre la cresta del Gusano.

—Me pregunto qué tipo de combustible emplean —declaró Holmes pensativamente—. En esa isla no pueden disponer más que de algunos arbustos y ramitas.

Yo apenas si tenía oídos para sus palabras.

—Esos bandidos están allí —musité con un nudo en la garganta—. Y tienen a Smith…

—Muy probablemente. Tan probable como que no podemos hacer nada al respecto —afirmó Holmes con impaciencia—. Más vale que regresemos al pueblo cuanto antes. Ya es casi de noche y podemos tener problemas para encontrar el camino de regreso.

La oscuridad ya era completa en mitad del camino. Sin embargo, gracias a la luz de la luna no nos resultó difícil hallar nuestra ruta. Girándome un instante tuve una última visión del Gusano como una maligna forma reptiliana que navegaba en aquel mar plateado. Al recorrer el último centenar de metros que nos separaba de la población nos vimos obligados a emplear nuestras linternas, pues el sendero bordeaba peligrosamente el margen del precipicio.

A la hora de la cena Holmes se mostró extraordinariamente taciturno y pensativo, dejándome la tarea de conversar con nuestros anfitriones. Mi compañero no tardó en retirarse, no sin antes efectuarme una recomendación al oído.

—Asegúrese de cerrar bien su ventana —me indicó—. Sin duda el Si Fan dispone de algún agente en la costa y no podemos esperar que nuestra curiosidad haya pasado inadvertida.

Algunos minutos más tarde me despedí de nuestros anfitriones y me dirigí a mi cuarto. El fuerte aire marino de los acantilados producía un efecto que podríamos comparar al del vino: su inicial carácter estimulante se tornaba después en favorecedor del sueño. Mientras me desvestía advertí que Holmes no se había acostado, como lo probaban los pasos de tigre enjaulado que llegaban desde su habitación, que no cesaron hasta que caí profundamente dormido. A primera hora de la mañana me despertaron los ásperos gritos de un pastor que conducía su rebaño hacia las colinas.

De acuerdo con mis cálculos el puente natural hasta el Gusano debía abrirse alrededor de las siete y cuarto de la mañana. Sin embargo, la noche anterior Holmes ya se había negado a levantarse temprano para observar la bajamar, aduciendo que ello no tenía utilidad alguna. Por este motivo nuestro desayuno tuvo lugar a las ocho y media, hora más razonable, tras de lo cual de tácito acuerdo nos dirigimos de nuevo a los acantilados, sin saber demasiado bien qué podíamos esperar de ello.

El guardacostas Bennett, infatigable, ya estaba de nuevo frente a la ventana. Saludándole con un gesto nos acercamos al borde del acantilado, acomodándonos del mejor modo posible en el mismo punto que habíamos escogido la tarde anterior. Por debajo de nosotros, el puente natural se hallaba ahora abierto al máximo. Como pudimos apreciar se trataba de una porción rocosa de piso bastante regular, el auténtico fondo marino salido a la superficie, sembrado de guijarros y moluscos. A plena luz del día, se comprendía que más de un excursionista imprudente se hubiera visto en problemas creyendo que aquella extensión rocosa permanecía siempre sobre las olas.

El Gusano aparecía algo menos siniestro y amenazador a la luz del sol. Sus paredes, que habíamos creído enteramente negras, mostraban ahora un gran parche de color verde oscuro en la cara más cercana de la Cabeza Interior. De modo tan inconsciente como jubiloso se me ocurrió que, conocedores del escondrijo exacto que empleaban, habíamos acorralado al enemigo. No obstante, Holmes distaba mucho de mostrarse entusiasmado.

—¡Ya los tenemos! —exclamé, tratando de elevar su estado de ánimo.

—¿Que los tenemos? ¡Nada de eso! Por mucho que insista Bennett, estoy convencido de que el Si Fan dispone de algún medio para embarcar desde la isla. Ese buque chino no anda lejos de aquí y no podemos impedir que nuestros adversarios se marchen en él mañana, pasado o esta misma noche. ¿Cómo podemos evitarlo?

Mi entusiasmo se estaba enfriando por momentos.

—El barco está en las cercanías o lo estará mañana. Fu Manchú está en contacto con él por radio y dispone de un medio adicional para comunicarse con el buque o la costa en caso de emergencia: la cometa. Pueden hacerla volar desde la isla o desde cualquiera de estos acantilados. Para eso la trajeron originalmente, no para secuestrar a Philip Randall.

Holmes hizo una pausa antes de proseguir con su exposición, que era más un

monólogo dirigido a sí mismo que otra cosa.

—Randall fue llevado al Gusano. Lo prueban las rayaduras en el cuero de sus botas, ocasionadas al caminar entre esas rocas. Pero ¿para qué? ¿Por qué le necesitaban allí?

Para mi desagrado, Holmes extrajo de un bolsillo su pestilente cachimba de madera de cerezo, que no le había visto emplear desde el comienzo de nuestras aventuras. Con gesto reconcentrado, mi compañero llenó de tabaco y prendió la maloliente pipa.

—Números complejos —musitó para sí—. Los números complejos no son más que una de esas tonterías algebraicas, aunque, de una forma u otra, tienen su utilidad en el campo de la mecánica y la electricidad…

Repentinamente Holmes guardó silencio con el gesto abstraído. Conociéndole, opté por no hacer pregunta alguna y concentrarme en la observación del panorama que se abría a nuestros pies. Mientras conversábamos, algunos hombres del pueblo se habían acercado hasta el puente rocoso para buscar langostas entre la roca. No obstante, ninguno de ellos se adentró demasiado en el mar. Holmes mostraba una inmovilidad de estatua, tan sólo rota por frecuentes intentos para prender aquella pipa que se apagaba cada pocos minutos, sembrando la hierba a su alrededor de cerillas usadas.

—Así no vamos a ninguna parte —indicó por fin—. Podemos pasarnos el día sentados aquí sin llegar a ninguna resolución. Sabemos perfectamente que se esconden allí, pero resulta casi imposible ir a por ellos, dadas las dificultades legales y materiales.

—¿Dificultades legales? —tercié con extrañeza.

Mi compañero asintió con gesto brusco.

—Legales, sí. ¿Acaso cree usted que algún juez nos permitiría asaltar un campamento de *boy scouts* así como así, con el único argumento de que creemos que se trata de miembros del Si Fan?

Poniéndose en pie, Holmes señaló hacia el Gusano con gesto furioso.

—¡Esos demonios han sabido escoger su guarida! Todo el que se acerque será visto tan pronto como abandone la playa. Si usted y yo lo hacemos, nunca regresaremos con vida. Si otros lo hacen, ¿qué encontrarán? ¡Un campamento de *boy scouts*! Casualmente, sólo verá a dos o tres de los «muchachos» junto con algún inglés renegado comprado por Fu Manchú para asumir el papel de monitor de los joviales excursionistas. Si un extraño se acercara y efectuase algún descubrimiento casual, tenga usted la certeza de que no se lo pensarían dos veces antes de acabar con él. Ya oyó lo que dijo Bennett acerca del ornitólogo accidentado seis semanas atrás.

—¡Cielo santo! ¿Cree usted que fueron ellos?

—Si no ellos precisamente, la persona encargada de tenerlo todo dispuesto para la llegada de los excursionistas. Este plan hace muchas semanas que ha sido concebido, Petrie.

Dando medio vuelta, Holmes echó a caminar en dirección a la casa del guardabosques.

—Nosotros contamos con la policía como ayuda —musitó en tono reflexivo mientras me esforzaba en acomodar mis pasos a sus grandes zancadas—. La policía, sin embargo, precisaría ahora de lanchas, ametralladoras o artillería. ¡Para todo ello sería necesario poner de acuerdo al almirantazgo, al ministerio y al cuerpo de guardacostas! Conseguir algo así en poco tiempo resulta casi imposible. Ya sabe usted cómo funciona la burocracia. ¡Maldita sea, llevamos semanas insistiendo acerca de la presencia del barco chino en estas aguas y ni siquiera han sido capaces de detectarlo[30]!

—¿Qué podemos hacer, entonces?

—Por absurdo que resulte, los últimos movimientos de esta partida van a tener que jugarse entre los despachos burocráticos. Debo regresar a Swansea cuanto antes y entrevistarme con el comisario jefe. Es seguro que tendré que marchar a Londres para obtener los permisos necesarios. Entretanto, es necesario que usted no los pierda de vista, Petrie. Quiera Dios que no sea ya demasiado tarde, eso es todo cuanto puedo decir.

Una vez en la cabaña, una breve conversación con Bennett bastó para acordar que aquella noche debía cenar con él y su esposa Megan, oportunidad que aprovecharía para ponerle al corriente de los motivos exactos de nuestra estancia allí. El guardacostas vivía en un lugar llamado Middleton, apenas cuatro o cinco casas situadas a menos de un kilómetro de Rhossili.

—Bennett será nuestro principal aliado en este lugar a partir de ahora —observó Holmes cuando nos dirigimos de regreso al pueblo—. De hecho, es el único aliado de que disponemos aquí.

Tras recoger su equipaje a toda prisa, mi compañero se despidió de nuestros anfitriones sin atender a su invitación para almorzar allí. Tras un viaje en automóvil sin incidencias, a las dos estábamos en Swansea, donde nos dirigimos al hotel sin perder un instante.

Holmes declinó almorzar, pero aceptó tomar una taza de café conmigo antes de emprender sus negociaciones oficiales.

—¿Cuánto tiempo cree usted que estará ausente? —inquirí.

—No lo sé —respondió en tono cansado—. Tan pronto como me sea posible. Ciertamente no será mañana; es posible que al día siguiente. Entretanto, haga usted todo cuanto pueda.

—¿Y qué puedo hacer?

De nuevo Holmes movió la cabeza con gesto cansado.

—Si lo supiera, no me habría marchado de Rhossili. Haga uso de su propia iniciativa. Imagino que se pasará el tiempo espiando ese condenado puente natural. Bien, supongamos que uno de esos supuestos *boy scouts* se acerque a la playa. Puede usted intentar seguirle, aunque sólo si está seguro de no ser descubierto. La verdad es

que dudo de que ello sirva para algo… Sin embargo, quiero que me prometa una cosa: cualesquiera que sean las circunstancias, no se acerque al Gusano.

—Muy bien —concedí de mala gana—. Lo prometo.

Holmes asintió y, con gesto abstraído, se sirvió del azucarero para endulzar su café.

—¡Ya es la tercera vez que se sirve usted azúcar, Holmes! —le indiqué.

—¿De veras? ¡Vaya por Dios!

Con la taza en la mano, mi compañero arrugó la nariz ante el dulzón brebaje, echó una furtiva mirada a su alrededor y movió la silla furtivamente en dirección a la gran pecera situada a su espalda.

—¡Por el amor de Dios! ¡No vaya a vaciar la taza en el acuario!

Algo avergonzado, Holmes depositó su taza sobre la mesa. Tras tomar otra taza vacía de la mesa adyacente, la llené sirviéndome de la cafetera de plata.

—Muchas gracias —dijo Holmes con un ligero deje sarcástico—. No sé que sería de mí sin usted, Petrie. —Mientras consumía el café, mi compañero permaneció en actitud pensativa durante unos segundos—. Bueno, bueno, por lo menos parece que no estará usted solo en Rhossili. Según me comentaron nuestros amigos campesinos, un nuevo huésped llegará a la casa esta noche o mañana.

—¿Qué? —exclamé con sorpresa—. No lo sabía. —De pronto recordé que Holmes había estado charlando unos minutos con nuestros anfitriones mientras yo sacaba el coche del cobertizo.

—Así es. Al parecer, nuestros anfitriones no están demasiado entusiasmados ante dicha perspectiva, pero les ha sido enviado por unas personas a las que preferirían no ofender. Se trata de un profesor de zoología de Munich.

—¿Un profesor? ¿Le parece que el Si Fan podría intentar algo contra él?

—Ello es siempre posible si a ese hombre le da por husmear en los alrededores. Y ésa, precisamente, parece ser su intención. Creo que también pertenece a esa fraternidad de adoradores de los pájaros que Bennett tiene en tan poca consideración, punto en el que no me hallo muy lejos del guardacostas. No sé qué interés puede tener una materia tan alejada de los intereses humanos.

Ante aquellas palabras no pude reprimir una sonrisa.

Holmes mostraba una extraña tendencia a la intolerancia con respecto a aquellas aficiones que no compartía.

—¡Pero usted se dedica a la observación de las abejas! —señalé—. Tiene que haber de todo en el mundo.

—Eso dicen —repuso mi compañero en tono más bien seco—, y ya ve en qué clase de mundo nos encontramos. En fin, volviendo a lo que nos ocupa, no pierda de vista a ese bávaro itinerante. ¡Y no olvide ni por un segundo que es muy posible que el Si Fan le haya enviado para no perderle de vista a *usted*!

CAPÍTULO 31
ISHTAR

Faltaban pocos minutos para las ocho cuando llegué al hogar de los Bennett, donde había sido invitado a cenar. Mientras atravesaba el jardincillo, una ráfaga de viento me golpeó con tal violencia que, literalmente, me hizo perder el aliento.

—Sí, hay una pequeña brisa —comentó Bennett, esforzándose un poco para cerrar la puerta tras de mí.

Cuando inquirí si el viento no afectaría negativamente a los pobladores del Gusano, el guardacostas se encogió de hombros.

—¡Bah! Esto no es nada. Tendría usted que ver un vendaval de los de verdad. Más de una vez he tenido que avanzar a cuatro patas para regresar a casa si no quería verme arrastrado hasta el acantilado.

Después de una cena modesta pero excelente, Bennett me invitó a una pequeña salita. Sentados en sendos sillones y fumando nuestras pipas, no tardé mucho en revelarle las aventuras que habían terminado por llevarnos hasta aquel rincón perdido de la costa galesa.

—Si es contra ese Fu Manchú contra quien están ustedes luchando —declaró en tono firme mi interlocutor—, ¡cuenten ustedes conmigo!

Al igual que tantos guardacostas, Bennett era un marino mercante retirado. Y como tantos marinos que habían sido robados y estafados en la mitad de los puertos al este de Suez, su opinión sobre los asiáticos no era excesivamente halagadora.

Megan (como insistía en ser llamada) no tardó en regresar de la cocina después de lavar los platos y la conversación pronto derivó hacia temas más agradables. Poco después de las diez me despedí de la agradable pareja y regresé al pueblo al volante de mi automóvil.

Al llegar a mi alojamiento me encontré con que los Gwynn, el matrimonio de la casa, parecían algo alterados. Según me explicaron, el eminente doctor Hans Reinhardt había llegado en taxi desde Swansea unos veinte minutos atrás. Tras presentar a sus anfitriones una carta de recomendación de la familia Penrice, propietaria de casi la mitad de la península, el alemán se había dirigido inmediatamente a su habitación.

Gwynn y su mujer no disponían de ningún otro conocimiento sobre el profesor, pero a pesar de ello no tenían una opinión demasiado elevada de él.

—No me gusta —declaró Gwynn con tranquilidad.

—Ese hombre está loco —añadió su esposa con idéntica seguridad.

Aunque no vi al profesor aquella noche, tuve oportunidad de oírle muy bien. Cuando ya empezaba a conciliar el sueño, me despertaron sus poco considerados

pisotones sobre el suelo entablado mientras tosía una y otra vez, aclarándose la garganta y mascullando teutónicas imprecaciones repetidas veces.

Para mi sorpresa tampoco me encontré con el profesor a la mañana siguiente a la hora del desayuno. Según me explicó la señora Gwynn, se había levantado a una hora tempranísima, desayunado a velocidad que no parecía humana y abandonado la casa poco después de las siete, con el previsible propósito de atravesar el puente rocoso tan pronto como éste fuera practicable. Con germánica minuciosidad, venía provisto del número mensual de un calendario de mareas imprimido por el puerto de Swansea, del que no había despegado la vista mientras daba cuenta de sus huevos con jamón.

Según parecía, la sugerencia de Holmes de que no perdiera de vista al doctor Reinhardt no parecía demasiado fácil de cumplir.

Tras terminar el desayuno, me acerqué de nuevo a nuestro estratégico punto de mira al borde del acantilado, provisto de unos excelentes prismáticos de reserva prestados por Bennett. Como ya preveía, el puente se hallaba plenamente abierto, aunque no pude divisar a persona alguna sobre él. Algo después, los acostumbrados pescadores de langostas aparecieron a la hora habitual: al igual que el día anterior, ninguno de ellos se aventuró demasiado lejos de la costa.

Por fortuna, la mañana era soleada y de temperatura bastante agradable. El viento soplaba moderadamente, por lo que podía considerarme afortunado. Del fuerte viento que soplaba por aquellos parajes daba testimonio elocuente el único árbol existente en todo el pueblo, que a poco más de metro y medio del suelo se doblaba para crecer *horizontalmente* a través del patio de una granja vecina.

Tras un par de horas de escudriñar inútilmente con mis prismáticos la lejana isla, sin rastro de Reinhardt, me acerqué a la vecina cabaña. Allí me encontré con Trevor Bennett, quien llevaba allí desde el amanecer, más vigilante que nunca.

—¿Cómo va eso, doctor Petrie? —me saludó—. Hay buenas noticias. Si el Si Fan no se marcha hoy, no podrá hacerlo mañana. En la madrugada próxima estará aquí una patrullera.

Estaba claro, por consiguiente, que las gestiones de Holmes comenzaban a dar su fruto. Tras conversar un rato con el guardacostas, regresé a mi alojamiento para almorzar. Reinhardt (quien había convenido un régimen de cama y desayuno con nuestros anfitriones) no apareció por el comedor.

Con la marea alta, no tenía sentido que regresara a mi puesto de observación, así que opté por caminar en dirección opuesta y descender el curvo camino azotado por el viento que llevaba a la playa de la bahía.

Desde allí, el Gusano mostraba una perspectiva más ominosa que nunca. Como en el día de nuestra llegada, una enorme columna espumosa se alzó sobre el flanco de la Cabeza Exterior. No sin asombro advertí que la dramática columna no tenía su origen en una ola sino en una gruta en forma de embudo con una pequeña abertura en la cima del peñasco.

Dando media vuelta, ascendí por la suave pendiente de la colina de Rhossili. Al

llegar a la cumbre, eché un nuevo vistazo a aquella playa hermosísima, no corrompida por la mundana sordidez de las hamacas, helados y casetas de baño.

Descendiendo por la ladera opuesta, me dirigí al extremo de la playa, donde estaba enclavada la casita solitaria que Holmes y yo habíamos visto el día de nuestra llegada. Según habíamos averiguado, la casa estaba habitada por el rector de Rhossili y Llangenydd. Se me ocurrió que, dado su aislado enclave, la pequeña edificación constituía un excepcional punto de observación para detectar la presencia de fenómenos sospechosos en la costa.

A este respecto no me equivocaba. El clérigo se trataba, evidentemente, de un hombre acosado por la soledad, como revelaba la excelente disposición con que me acogió. Sentados frente a sendas tazas de té, no me fue preciso revelarle la naturaleza exacta de mi interés; tras conducir la conversación con un poco de habilidad en la dirección que yo deseaba, el rector no tardó en declararme que durante las últimas semanas había tenido ocasión de detectar la presencia de unas furtivas luces en el mar, circunstancia que atribuyó al contrabando.

El buen clérigo no tenía intención de dejarme marchar así como así, insistiendo en relatarme historias de aquel rincón del mundo, cuna, según aprendí, de Edgar Evans, miembro de la desventurada expedición al Polo Sur efectuada dos años atrás. Anochecía ya cuando emprendí el regreso al pueblo.

El doctor Reinhardt demostró ser todavía más impuntual que yo. Durante toda la cena no vimos ni rastro de él y, al tocar las nueve, mis anfitriones comenzaron a sentirse más bien inquietos. A no ser que uno tuviera amigos en la localidad (caso que no parecía ser el del alemán), Rhossili no ofrecía lugar alguno que visitar durante la noche. Sus pobladores debían ser totalmente abstemios, pues era el único pueblo que había visto desprovisto de taberna en toda mi vida.

Ya me temía que se hubiera topado accidentalmente con el Si Fan cuando el alemán hizo por fin su aparición. Hombre de cómico aspecto, los pantalones cortos de cuero que vestía no ayudaban precisamente a disimular la enorme protuberancia de su estómago. Llevaba cubierta la cabeza con un sombrero tirolés que había visto tiempos mejores, y lucía una perilla y unos grandes mostachos más bien descuidados. Un voluminoso estuche de cuero pendía de su hombro con una correa.

Sin efectuar saludo alguno, el bávaro enfilaba ya las escaleras cuando, empleando con descaro la informal familiaridad que suele establecerse entre los extraños que comparten un mismo alojamiento, me levanté de la silla para interceptarle el camino.

—¡Buenas noches! Quisiera presentarme; soy el doctor Petrie.

Con un pie en las escaleras, el alemán se giró con sorpresa.

—¡Hans Reinhardt! —gruñó, mal encarado.

—¿Ha venido usted aquí a observar a los pájaros? —insistí en el tono más casual que pude hallar.

—*Bit te?*

—¡Pájaros! —dije, imitando movimientos alados con mis brazos.

—*Ja, ja*! —repuso Reinhardt—. Yo ir a ver. *Die Vögel*.

—¡Pero es imposible ver a los pájaros por la noche! —protesté.

—*Ja*! Yo ir a ver. *Nachtvögel*.

Volviéndome la espalda, el bávaro subió los escalones de dos en dos y se encerró en su habitación dando un portazo.

—¿Sabe una cosa, señor Petrie? —comentó la señora Gwynn bajando la voz—. Yo creo que ese hombre es un espía.

Yo me inclinaba a pensar lo mismo. En aquellos tiempos era corriente pensar así de todo alemán que recorriera la costa con unos prismáticos.

Algunos minutos después subí a mi habitación, estancia dotada de gruesos muros y un pequeño ventanal incrustado para aislarse mejor del viento exterior; uno creería hallarse en la Edad Media. Tras el tabique situado junto a mi cama, el profesor parecía empeñado en repetir su actuación de la noche anterior, circunstancia que no me impidió caer pronto en un profundo sueño, comprensible tras mi enérgica ración de paseos y brisa marina.

Al día siguiente, tras escoger un informal jersey de cachemira y mi chaqueta deportiva, me dirigí al comedor. Yo ya sabía que aquel día el puente natural no quedaba al descubierto hasta las nueve, así que no me sorprendió encontrarme con el misterioso doctor Reinhardt a la mesa. El bávaro parecía enzarzado en una incomprensible disputa con los Gwynn en relación con su café. Nada más aparecer yo, mis anfitriones me recibieron con una muda súplica.

—¡Por favor! —demandó el profesor volviéndose también hacia mí—. ¿Cómo decirr, en inglés, *Schlagsahne*?

Tras pensar un instante, recordé a qué hacía referencia aquella palabra.

—El profesor quiere una taza de café cuatro veces más fuerte de lo normal con una cucharadita de nata batida —indiqué a la señora Gwynn.

La buena mujer se dirigió a la cocina. Sentándome junto al profesor, me felicité de que aquel pequeño incidente me permitiera entablar conversación con él.

—¿Ha visitado usted el Gusano?

—*Bit te?*

—¡El Gusano! —repetí, tratando de dibujar una serpiente en el aire.

—*Ach! Der Wurm*! —repuso Reinhardt—. *Ja, ja*! Yo ir a ver.

—¿Se encontró usted con los *boy scouts*?

—*Bitte?*

—¡Los *scouts*!

—*Scuts?*

—¡Los chicos!

—*Ja, ja*. Yo ir a ver. *Die Jungen auf der Wanderschaft*.

Resultaba obvio que aquella conversación no podía llegar demasiado lejos, así que, algo decepcionado, opté por guardar silencio mientras el doctor Reinhardt consumía su germánico café a una velocidad pasmosa mientras engullía ruidosamente

media docena de tostadas. Yo aún no había llegado a la mitad de mi desayuno cuando, tras ajustarse el estuche de sus prismáticos, abandonó la casa sin despedirse.

Resuelto a no perderle de vista, terminé mi café a toda prisa y, abandonando las tostadas, salí tras él dos minutos más tarde. Pronto comprobé que el alemán había tomado el camino previsto, en dirección a los acantilados. Caminando bastante por detrás de él, traté de no perderle de vista (pues Reinhardt caminaba a una velocidad insospechada para sus flacas piernecillas), sin tratar de exponerme a campo abierto.

Sin mirar a izquierda y derecha, Reinhardt pasó frente a la cabaña del guardacostas y desapareció por el borde del acantilado. Unos minutos después, al llegar a aquel punto, advertí que había descendido por una pared empinada pero practicable. Agazapado sobre la hierba, le vi emerger entre las rocas. El puente todavía no estaba completamente abierto, pero el extraño doctor Reinhardt no vaciló en aventurarse por él, sin duda confiando en que unos minutos bastarían para que el camino estuviera libre en su totalidad.

Como en anteriores ocasiones extraje mis prismáticos y espié los movimientos del bávaro. La travesía del puente le debió de llevar algo más de media hora. Contra lo que esperaba, nadie acudió a recibirle cuando alcanzó la isla y muy pronto su figura se perdió tras la oscura pared de la Cabeza Interior. A pesar de mi vigilancia, Reinhardt no reapareció y supuse que debía haberse adentrado por el sendero que atravesaba la primera isla.

Armándome de paciencia, prendí mi pipa sin que el viento me facilitara demasiado la tarea. Por el momento, mi vigilancia no me había proporcionado fruto alguno. Aún no sabía quién era en realidad el misterioso Reinhardt: ¿un agente del Si Fan? ¿Un espía alemán? ¿Un ornitólogo? Por el momento, no había hecho sino dirigirse al lugar previsible. La cuestión era: ¿adónde iba cuando regresaba de la isla?

La hora siguiente transcurrió sin incidencia alguna. Con la ayuda de los binoculares escudriñé hasta el menor resquicio entre las rocas hasta que la vista se me cansó. Nada. Ya iba a apartar los prismáticos cuando un destello llamó mi atención. Sobre la cima de la Cabeza Interior apareció el inconfundible punto y raya de un heliógrafo. Durante algo menos de medio minuto, la señal continuó guiñando mientras me maldecía por no ser capaz de descifrar el mensaje o adivinar a quién iba dirigido.

Una sospecha cruzó repentinamente por mi cerebro. ¿No estaríamos siguiendo una pista falsa? Era conocido que los *boy scouts* acostumbraban a valerse de heliógrafos. ¿De qué auténtica evidencia disponíamos para saber que los pobladores del Gusano no eran realmente una partida de *boy scouts*?

La señal había desaparecido. Otra media hora transcurrió morosamente mientras yo continuaba con la mirada fija en aquella macabra isla que me inspiraba un temor y una aversión instintivos. Un poeta quizá la hubiera encontrado hermosa, como una joya de ónice incrustada en aquel mar de un azul irreal. Mis sentimientos, sin embargo, eran muy distintos. El Gusano era para mí algo terrible y amenazador, un

monstruo de leyenda artúrica petrificado quizá por obra de Merlín… De repente, un grito a mi espalda me hizo volverme de inmediato.

En la puerta de su casamata, el guardacostas Bennett me hacía señas para que me acercara.

—La patrullera no vendrá —dijo llanamente cuando estuve junto a él—. Diez minutos después de zarpar se produjo una explosión en la sala de máquinas. Un hombre ha resultado gravemente herido.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Eso significa que lo sabían! ¡Sabían incluso eso!

Bennett se encogió de hombros.

—Sin duda, ya se esperaban algo así. ¿Qué otra baza habríamos podido jugar?

Aquello resultaba casi increíble. Yo me sentía abrumado.

—¿Ha visto las señales desde el Gusano? —pregunté por fin.

—Sí.

—¿Consiguió usted descifrarlas?

—No. No era Morse. ¡Dios sabe de qué se trataba! —El guardacostas movió la cabeza con expresión sombría—. Tengo que ir a la estación de Port Eynon a comunicarles lo sucedido a la patrullera.

Tras cerrar y asegurar la puerta de la cabaña, Bennett se alejó con gesto contrariado, dejándome solo en aquella vigilancia tan poco fructuosa. A pesar de mi sorpresa inicial, lo sucedido a la patrullera no tenía demasiado de sorprendente. Fu Manchú, simplemente, había previsto todos nuestros movimientos y había tomado las medidas oportunas con antelación. Pero, pese a todo, algo no encajaba bien en aquella historia. ¿Qué sentido tenían aquellos elaborados preparativos para una retirada que podía haber sido realizada de modo mucho más rápido y sencillo tiempo atrás? La península de Gower ofrecía un sinfín de puntos más adecuados para la huida. La misma playa de la bahía de Rhossili, con sus seis kilómetros de arena desierta, resultaba inmejorable para una fuga rápida en plena noche. ¿Cuál era, en definitiva, el secreto del Gusano?

Eran las once de la mañana y todavía faltaban casi dos horas para que la pleamar cerrara el puente. Variando ligeramente mi posición, no pude reprimir un bostezo. No lejos de mí, una gaviota arenquera se posó sobre la hierba y me observó con desagrado. Aquellos pajarracos, de tamaño dos o tres veces superior al de la gaviota común, no ofrecían un aspecto demasiado tranquilizador con su largo pico curvado y sus chillidos capaces de crispar los nervios. A través de mis prismáticos, había tenido ocasión sobrada de observarlos mientras revoloteaban en torno a sus nidos de la Cabeza y el Puente del Diablo, que parecían algo así como su cuartel general en la zona.

El puente hasta el Gusano no discurría en línea recta sino en la forma aproximada de una L, curva que encajaba a la perfección con la tortuosa silueta del Gusano. Como todas las mañanas, algunos pescadores se habían acercado en busca del marisco. De pronto observé la presencia más lejana de una silueta que caminaba

hacia la costa proveniente, al parecer, de la Cabeza Interior. Aquella figura vestía pantalón corto, por lo que supuse que se trataría del doctor Reinhardt. Excitado, no tardé en descubrir, sin embargo, que no era así.

Se trataba de uno de los supuestos *boy scouts*. Con la ayuda de los prismáticos y para mayor excitación todavía, pronto advertí que vestía un turbante azul en sustitución del característico sombrero de alas anchas. Veinte minutos después de ser detectado, el «muchacho» llegó a la costa y comenzó a ascender por el barranco. Sin perder un instante, corrí a esconderme tras la casa del guardacostas.

Su cabeza enturbantada no tardó en aparecer sobre el borde del acantilado. Según advertí se trataba de un joven no mal parecido y de piel morena que representaba unos catorce años y sin duda tenía ocho o diez más. Casi con toda seguridad no se trataba de un miembro regular del Si Fan, sino de uno de los ocasionales apoyos exteriores que Holmes definía como «reclutas». Sin sospechar que estaba siendo espiado, echó a caminar hacia el pueblo. Saliendo de mi escondite, decidí seguirle a una distancia discreta. En caso de que advirtiera mi presencia, no creía estar corriendo peligro, pues jamás nos habíamos encontrado con anterioridad, así que dudaba de que pudiera reconocerme. Su alto turbante me hizo pensar que probablemente se trataba de un miembro del pueblo sij de la India.

Yo ardía en curiosidad por comprobar adonde se dirigía. Si realmente se dirigía al pueblo, dudaba de que pudiera regresar al Gusano antes de que el puente fuese cubierto por la marea. A paso vivo, el sij llegó por fin a las calles de Rhossili, dirigiéndose a la pequeña plaza adyacente a la iglesia. Sin vacilar un instante, el falso *boy scout* se acercó hasta el autobús de línea que permanecía estacionado en su parada. El autobús estaba vacío, pero se disponía a partir muy pronto, como lo demostraba la cola de pasajeros situada frente a la portezuela en espera de que el conductor y su ayudante regresaran de tomar su preceptiva taza de té de media mañana.

El joven agente de Fu Manchú se situó en la cola. Sin vacilar un instante, hice otro tanto y me puse tras él, dispuesto a seguirle en caso de que abordara el vehículo. En los minutos que siguieron, dos o tres aldeanos se unieron a la cola.

—Buenos días —saludaron ante la presencia del muchacho en su pulcro uniforme.

—Buenos días —respondió éste cortésmente y con fuerte acento.

De pronto observé, para mi asombro, que un segundo *boy scout* se acercaba hacia nosotros.

Vestido con el mismo uniforme enturbantado de su compañero, el parecido físico entre ambos era tan extraordinario que parecían hermanos gemelos. Asombrado, me pregunté de dónde provendría el nuevo *boy scout*. Ciertamente, no del Gusano; o bien había pasado la noche en Rhossili o bien había descendido del mismo autobús unos minutos antes. Tras saludar a su camarada, el recién llegado se puso a conversar con él. Contra lo que había imaginado, la conversación no tuvo lugar en indostano sino en

el árabe coloquial que se oye en Egipto. Concentrando toda mi atención, me esforcé en no perder palabra.

—¿Rayeh feyn?

—Aruh el-medinah ashtiri lahm. ¡Etfaddal weyyaya!

Aquellas palabras resultaban tan fáciles de entender como decepcionantes. El recién llegado había preguntado adonde se dirigía su compañero. Tras explicar que se dirigía a la ciudad a comprar algo de carne, éste le invitó a acompañarle hasta allí.

—¡La! ¡Lazim a'abil arib el-Hakkim!

Aquellas palabras parecieron activar un resorte en mi interior. Ya sabía que los seguidores de Fu Manchú que hablaban árabe se referían a él como *el-Hakkim*. La respuesta del segundo agente había sido la siguiente: «No. Debo marcharme junto a la embarcación del doctor».

Perdiendo todo interés en el primer *boy scout*, eché a caminar de inmediato tras su compañero cuando éste se alejó. Aquello parecía demasiado bueno para ser verdad. Pero como decía Holmes, muchas veces las oportunidades casuales de este tipo resultaban decisivas en una investigación. Los dos jóvenes reclutas del Si Fan no eran más que unos inexpertos ayudantes, para los cuales todas las personas de raza blanca tenían idéntico aspecto y que no podían soñar ni por un instante que un europeo pudiera entender su idioma.

Por segunda vez en quince minutos me hallaba de nuevo sobre los acantilados. El supuesto *boy scout* continuó en dirección al este, pasando a pocos metros por detrás de la cabaña de Bennett. Algunas otras personas caminaban por allí, de modo que en caso de volver la cabeza, no tenía por qué fijarse especialmente en mí. Pero el joven recluta ni siquiera volvió la cabeza.

Aquel paseo se estaba alargando bastante, pero yo me hallaba completamente resuelto a no perder de vista al recluta, aunque tuviese la intención de recorrer por entero los trece kilómetros que nos separaban de Port Eynon. Pronto rebasé, a mi izquierda, las casas de Middleton, donde vivían los Bennett. Unos minutos después llegamos a un valle de mediano tamaño que comunicaba con una pequeña bahía cuya existencia yo ignoraba. Tras ascender por una nueva ladera, no tardamos en hallarnos de nuevo junto al borde del acantilado.

Ya no se veía paseante alguno en los alrededores. Tan sólo los muy entusiastas del ejercicio físico se aventuraban por aquellos parajes. Hacía ya un buen rato que el Gusano había desaparecido oculto tras la escabrosa línea de los acantilados. Ahora sólo me quedaba confiar en mi buena suerte para no ser descubierto, pues en aquella zona no existían árboles o rocas tras las que esconderse. Holmes había expresado en más de una ocasión su escepticismo con respecto a mi capacidad para seguir a una persona inadvertidamente, pero en aquellas circunstancias no sé cómo se las hubiera arreglado él (a no ser, por supuesto, que se disfrazara de vaca).

El sol se hallaba en su cénit. A pesar de la constante ventolera, aquella caminata me estaba haciendo sudar. Sin detener la marcha me desprendí de la chaqueta. A mi

derecha, el paisaje parecía ganar en majestuosidad a cada paso. Los acantilados habían perdido su carácter escabroso, tornándose ahora en paredes cortadas a pico que caían sobre el mar desde una altura no inferior a los cien metros, similares a los murallones de una fortaleza impenetrable.

Debía de haber transcurrido algo más de una hora cuando nuestra marcha se vio interrumpida por un nuevo barranco, más estrecho y empinado que el anterior. Por segunda vez el falso *boy scout* se desvió hacia el interior para descender rodeando lo más abrupto del obstáculo. Sin traza alguna de haberse apercibido de mi presencia, el agente del Si Fan desapareció por la ladera. Acelerando el paso, a los pocos minutos me encontré descendiendo por la misma ladera, tarea que no se reveló fácil pues el sendero desaparecía entre los intrincados arbustos de la pendiente y no reaparecía más que al pie de ésta, donde seguía en dirección al mar.

De pronto me detuve sorprendido. No se veía rastro alguno de mi presa. Indeciso, escudriñé la ladera opuesta por espacio de varios minutos. Al ver que no reaparecía, concluí que debía de haber tomado la ruta hacia el mar; con precaución, eché a caminar hacia allí.

Si, como yo había interpretado, Fu Manchú tenía previsto desembarcar en algún recoveco de aquella costa enmarañada, no cabía descartar que me dispusiera a ser testigo circunstancial de dicha operación. A buen seguro, Holmes habría condenado mi temerario propósito, pero ahora no podía volverme atrás. En caso de que mi presencia pasara desapercibida, cabía la esperanza de que lograse obtener mayor información relativa a los planes de nuestro adversario. Y quizá más que eso. Pistola en mano, posiblemente pudiera cogerle de sorpresa, quizá capturarle…

Extremando la prudencia, proseguí por el senderillo encajonado entre las laderas del barranco. De pronto, tras un recodo, el camino fue a morir abruptamente en una pequeña cala oculta entre grandes peñascos. Asombrado, me detuve en el acto. No se veía el menor rastro de aquel a quien perseguía.

Frente a mis ojos se extendía una diminuta playa arenosa, desnuda de toda presencia y a la que las olas iban a morir con placidez. Lo inesperado de aquel paraje maravilloso incrustado entre las altas paredes rocosas no conseguía disipar mi sorpresa. En la fina arena amarillenta no se veía la menor pisada.

De pie bajo el sol del mediodía, no sabía bien qué pensar. Quizá el falso *boy scout*, apercibido de mi presencia, había optado por ocultarse entre los matorrales del barranco, obligándome a seguir una pista falsa. Si era así, de nada me serviría volver sobre mis pasos. Irresoluto, mis ojos recorrieron inútilmente los alrededores. Nada se veía y no se oía otro ruido que el tranquilo rumor de las olas. Tras unos minutos tuve que reconocer que mi estancia allí no tenía sentido alguno. Con un suspiro de desaliento, ya me disponía a emprender el regreso al pueblo cuando un sonido inesperado llegó a mis oídos. Un motor de petróleo. Un barco apareció tras el acantilado situado a mi izquierda y puso proa en dirección a la pequeña playa que se extendía a mis pies.

Arrojando la chaqueta a un lado eché mano de mis prismáticos a toda prisa. Era aquél un pequeño barco pesquero de una quincena de metros de eslora y claramente necesitado de una mano de pintura. Lo corriente de su aspecto quedaba desmentido por una circunstancia inquietante: a bordo no se veía ni un alma. De pronto, tras unos dos cables marinos de marcha, el barquichuelo se detuvo en seco y el ruido del motor se vio sustituido por el metálico deslizarse de un ancla.

Aquello resultaba bastante extraño. En caso de que realmente se tratase del Si Fan, ¡qué manera tan extraña de efectuar un desembarco! Durante lo que me pareció una eternidad, aguardé, con el corazón en un puño, a que algún nuevo acontecimiento me sacara de dudas. Cuando éste se produjo no pude reprimir una exclamación de sorpresa: una columna de espuma junto a la borda me indicó que alguien acababa de arrojarse al agua.

A pesar de lo soleado de aquella mañana, eran precisos muchos redaños para zambullirse por placer en unas aguas tan frías. Olvidándome por completo del barco, concentré toda mi atención en el excéntrico nadador. Sin embargo, todo cuanto podía ver era una cabecita morena que reaparecía entre las olas a cada nueva y vigorosa brazada. Fascinado por aquella visión, advertí demasiado tarde que el nadador se acercaba peligrosamente a la playa. Y yo me hallaba a cielo descubierto. Con la pistola en el bolsillo, no tenía razón para temer a un nadador solitario, pero tampoco me interesaba que mi pequeña excursión resultase infructuosa. Echando un vistazo a mi alrededor advertí con alarma que la playa no ofrecía resguardo alguno (circunstancia que, a no dudarlo, Sherlock Holmes habría tenido en consideración desde el principio).

El infatigable nadador se hallaba ya a pocas brazadas de la arena. Desmañadamente, corrí junto a la pared del acantilado y me aplasté contra una pequeña grieta emplazada a su pie. Era aquél un pobre escondite, mejor que nada pero evidente a poco que el nadador echara una ojeada casual a su alrededor cuando llegase a tierra. ¿Quién era aquel misterioso nadador? Por un instante se me ocurrió que podría tratarse del mismísimo Nayland Smith, decidido a ganar su libertad a toda costa. Pero tal posibilidad dejaba por explicar la ausencia de toda reacción entre los demás tripulantes del barco.

No tardé mucho en salir de dudas. A menos de veinte metros de mi refugio, el nadador echó a caminar tranquilamente hacia la playa. Ante mis asombrados ojos una morena Afrodita surgía de las aguas. No, no parecía ser Afrodita, sino Ishtar, su hermana babilónica, bárbara y majestuosa bajo el sol… Zarmi *la Oriental*.

CAPÍTULO 32
EXTRAÑOS ALIADOS

Sin que nadie acudiera a su encuentro, Zarmi puso pie en la playa. Saludándome con la mano echó a caminar hacia mi escondrijo con toda tranquilidad. Estúpido de mí, me había dejado guiar mansamente a una emboscada.

Al agazaparme contra la pared del acantilado no estaba haciendo sino ponerme en ridículo. Comprendiéndolo así, me puse en pie con calma fingida. Con gesto no menos resuelto, *la Oriental* se detuvo a seis pasos de mí. Con los brazos en jarras, sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa.

—¡Tú poder verme ahora! —dijo por fin.

Aquella observación no tenía nada de casual, pues la muchacha se hallaba completamente desvestida. Con todo, ella parecía haber olvidado mi condición de médico. Observándola como hubiera podido observar un cuerpo cualquiera en la cámara de disección, me dispuse a jugar mis bazas.

—Puedes llamar a tus esbirros —respondí con sequedad—. Estoy armado y aquí los espero. Que se acerquen. Tú serás la primera en caer.

Mi observación sólo consiguió que Zarmi rompiera a reír a carcajadas.

—Nadie estar conmigo aquí —apuntó con amabilidad, acercándose a mí—. Ahmad irse después que él traerte aquí. Tú y yo solos. ¿Por qué no besar?

Con una mueca de fastidio, di la espalda a mi interlocutora y me senté junto a la pared rocosa fingiendo una indiferencia que no sentía. Horrorizado, recordé de repente que mi pistola se había quedado en el bolsillo de mi chaqueta abandonada en mitad de la playa cuando decidí hacer uso de los prismáticos.

Zarmi me observó por un instante con el ceño fruncido. Tras sentarse en la arena a unos pasos de mí, jugueteó durante unos instantes con un alga desecada sin alzar la vista.

—¡Tú enfadado conmigo porque yo dejarte en ridículo la última vez! —dijo con petulancia—. ¡Muy bien! Yo no tener cuchillo ahora. Ahora ser tu turno.

Poniéndose en pie de un salto, *la Oriental* llegó junto a mí, arrojó el alga a un lado y, ante mis asombrados ojos, se tiró violentamente contra el suelo.

—¡Pégame! —demandó.

Dios sabe cuánto me costó fingirme indiferente frente a la inesperada propuesta. Desde luego, no me faltaban motivos para aceptarla. La visión de aquel cuerpo extendido sobre la arena como el de una víctima presta a ser inmolada en un altar pagano hizo que pensamientos contradictorios corrieran por mi mente. Sin embargo, manteniendo la sangre fría, opté por no pronunciar palabra ni efectuar movimiento alguno. Tras unos segundos, Zarmi alzó la cabeza y me miró con expresión de

desprecio.

—¡Tú tener miedo! ¡Miedo de que yo gritar!

Tomando una húmeda rama de arbusto, la muchacha hizo uso de ella como si se tratara de un látigo y se golpeó salvajemente en la cara interior del muslo.

—¿Comprender ahora? ¡Zarmi fuerte! ¡Zarmi nunca gritar! ¡Nunca!

—Veo que tienes unos pasatiempos más bien extravagantes —tercié con frialdad.

—A mí gustar todo lo que ser bueno. —Zarmi frunció el ceño, en busca de una aclaración que su rudimentario dominio del inglés hacía difícil—. Gustar placer y gustar dolor… Muerte no existir. *¡Ya selam!*

La muchacha tembló ligeramente y escupió morosamente sobre su hombro izquierdo para desalentar a cualquier *ífrit* que tuviese tentaciones de adueñarse de su espíritu (gesto más bien fútil, pues *la Oriental* no era precisamente una devota mahometana).

—¿Qué quieres de mí? —inquirí con impaciencia.

Zarmi sonrió con aire misterioso.

—¿No tener bastante con que yo querer verte? —murmuró—. ¡Mírame bien! Procura no equivocarte, mi fuerte marino. Quizá yo ayudarte de algún modo. —Con una enérgica cabezada, *la Oriental* trató de expulsar el agua de su melena color azabache—. Yo tener que pensármelo. Tú darme un cigarrillo.

La petición no podía ser más oportuna.

—Los cigarrillos están en mi chaqueta. ¿Por qué no me la traes? Está allí, sobre la arena…

Más valía no levantar sospechas. De haber ido yo mismo a por la chaqueta, quizá las despertaría…

—A ti gustar ver a Zarmi caminar sin ropas —repuso *la Oriental* en tono malicioso, dando media vuelta y meneando las caderas con insolencia mientras se aprestaba a cumplir mi petición.

Para mi alivio, la muchacha me devolvió la prenda sin sospechar cosa alguna, gesto que, desde luego, valía más que el cigarrillo con que la recompensé. Con la pistola a mi lado tan sólo conseguí encontrarme algo más seguro, dado lo extravagante de la situación. Contra todo indicio racional, me sentía inclinado a creer que Zarmi no mentía y yo no corría peligro alguno. Quizá podía hacerla prisionera, pero el solo pensamiento de verme obligado a caminar los tres kilómetros que nos separaban de la cabaña de Bennett en compañía de una Zarmi totalmente desnuda bastó para desalentarme al instante.

Durante unos segundos *la Oriental* permaneció con los ojos entrecerrados y en actitud meditabunda. Por fin sus labios rompieron el silencio.

—Tú ser bueno conmigo ahora. Entonces yo salvar a tu amigo Smith.

Aquella propuesta me dejó con la boca abierta.

—Tú no creer, ¿eh? —me reprendió la muchacha—. Muy bien. Yo enseñar algo a ti.

Con el cigarrillo en los labios, Zarmi agachó la cabeza y llevó los dedos a su húmeda cabellera. Contra mi voluntad, no pude dejar de apreciar una vez más el endiablado atractivo de aquella muchacha. Tras extraer un diminuto frasco medicinal de sus enmarañadas guedejas, Zarmi empleó unos segundos en abrir el pequeño lacre cerúleo con que estaba sellado y sacó de su interior un papel doblado y redoblado hasta alcanzar el tamaño de un sello, papel que me entregó sin añadir palabra.

Imagínese cuál sería mi estupefacción al reconocer, a la primera ojeada, la nerviosa escritura de Nayland Smith. Sin poder contener mi agitación, leí en un instante aquellas líneas apresuradas.

Petrie:

No hay tiempo para explicaciones, sólo dispongo de un minuto. Zarmi va a ayudarme a escapar. Ayúdenos.

SMITH

Si se trataba de una falsificación, el autor era un verdadero maestro. Yo conocía la escritura de Smith tan bien como la mía propia y no me quedaba lugar a dudas: aquélla era su escritura y aquél su estilo. Asombrado, me volví hacia Zarmi.

—¿Por qué? —pregunté en un tono que se me antojó extraño.

La muchacha vaciló un instante.

—Yo no querer ir a China. Mujeres no ser nada en China. Yo querer quedarme aquí. Si yo quedar, yo tener un gran coche, buenos vestidos, muchos hombres comprarme cosas bonitas.

La respuesta me dejó sin habla. Aquello resultaba demasiado simple para ser creído. Y con todo, tras un segundo de reflexión y conociendo bien a Zarmi, se trataba de una explicación perfectamente plausible.

—¡Tú todavía no creer en mí! —terció *la Oriental* con impaciencia—. Yo querer ser amiga tuya. ¡Muy bien: tú probar! ¡Yo hacer lo que tú ordenarme! ¡Yo decir lo que tú querer saber!

Aquel ofrecimiento resultaba inesperado. Sin embargo, no tuve que esforzarme para dar con una pregunta.

—¿Dónde está Karamaneh?

—¡Oh! ¡Tú siempre pensar en *ella*! —exclamó Zarmi con gesto desairado—. No importar. Yo decir como prometido a ti. Ella haber marchado a Londres en tren. Ella dormida en el tren.

Mi natural desagrado ante la noticia de que Karamaneh había sido drogada no tardó en tornarse en un destello de esperanza. A pesar de hallarse fuera de nuestro alcance por el momento, Karamaneh no iba a ser entonces transportada a China. Por lo menos, no antes de la reunión del Consejo de los Siete.

—¿Y Nayland Smith? ¿Dónde se encuentra él? ¿En el campamento del Gusano?

—Todavía no. Él venir esta noche.

—Entonces, ¿dónde está ahora?

—Yo no saber. Existir muchos escondites. Yo conocer algunos, no todos.

—¿Cómo te las arreglas para salir del Gusano? —inquirí con curiosidad.

—A veces yo andar. A veces yo ir en barco. —Zarmi señaló hacia el viejo pesquero fondeado frente a la cala—. Viejo barco, pero motor muy bueno.

—¡Pero no se puede fondear junto al Gusano! —interrumpí, recordando las palabras del guardacostas Bennett.

—Zarmi no entender. ¿Qué ser «fondear»?

—No hay playa —traté de explicarme—. El barco no puede navegar entre las rocas.

—No, claro que no. Usar cuerda.

Aquello resultaba un tanto extravagante, pero dudaba de que Zarmi supiera explicarse mejor.

—¿Cuántas personas hay en el gusano? —tercié.

—Hum. Yo pensar. *Wahid, itneen… Ishreen*!

¡Veinte! Más de los que habíamos calculado.

—¿Tantos? —indiqué—. Yo pensaba que no habría más de una docena.

—Así ser al principio. Pero otros venir a la isla para traer cosas desde el barco chino y quedar con nosotros.

—¿Cosas? ¿Desde el barco chino?

—Sí. Venir tres veces.

Las palabras de Zarmi no podían por menos que sorprenderme. De ser ciertas, no se correspondían con la idea de una retirada general. El Gusano parecía reservarnos nuevos secretos…

—¿Por qué? ¿Qué pretende Fu Manchú en ese lugar?

La Oriental se encogió de hombros con una graciosa sonrisa.

—¿Cómo poder saber yo? Él nunca decir nada a nadie.

—¿Tú también estás en el Gusano?

—Sí. Llevar una semana allí. A veces yo vestir el uniforme de los chicos: ser muy bueno para enseñar las piernas. Pero mejor todavía sin uniforme, como ahora…

Llevando las manos a la parte trasera de su cuello, la muchacha movió su cuerpo sinuosamente. Reprimiendo un comentario de desagrado, opté por intentar congraciarme con ella.

—Loado sea Alá por la inspiración que tuvo al crearte —apunté con una mueca.

El cumplido —que ciertamente estaba justificado en aquel caso— obtuvo resultados inmediatos.

—¡Oh! ¡Ésta ser la primera cosa bonita que yo oír de tus labios! —exclamó Zarmi con deleite, sentándose en la arena y apoyando su espalda contra la mía.

Ni siquiera el agua del mar había logrado borrar la delicada fragancia de sus cabellos, un tórrido perfume de aroma narcotizante que me hacía pensar en la atmósfera de un templo birmano (o, mejor dicho, en como yo imaginaba dicha

atmósfera, pues jamás había puesto el pie en uno de esos templos).

—¡A partir de ahora, tú ser bueno con Zarmi! —insistió.

Sin saber bien a qué atenerme, volví mi rostro hacia ella. En aquel instante advertí el gran cardenal situado sobre su rodilla izquierda.

—¿Cómo te has hecho eso? —pregunté.

De modo instintivo, guiado por un automático reflejo profesional, toqué la herida ligeramente con los dedos. Sin embargo, aquello era todo cuanto necesitaba *la Oriental*. Tomando mi mano entre sus dedos, la estrechó con fuerza contra sí.

—Zarmi herida cuando chocar el camión. Al ver al policía gordo persiguiendo en bicicleta, Zarmi reír tanto que olvidarse del volante.

Poniéndose a mi lado, la muchacha hizo pasar mi brazo sobre su hombro.

—¡Tú y yo juntos ahora! —dijo con fiereza—. Ahora nosotros ser amigos. —Apoyando la mejilla sobre mi hombro, Zarmi clavó su mirada en mi rostro—. ¿Smith ser un caballero? —inquirió con ansiedad—. ¿Él siempre cumplir sus promesas?

—Si Smith te ha prometido algo, lo cumplirá —respondí en tono firme.

—Bien. Entonces yo ayudar. —Con gesto tranquilo, Zarmi estrechó aún más la distancia que separaba nuestros rostros—. Cuando todo pasar, Smith solucionar todo con la policía. Él darme dinero.

Aquello resultaba plausible. Smith había sobornado a *la Oriental*. Con todo, en las presentes circunstancias no resultaba fácil pensar con claridad. La mano derecha de Zarmi, tras introducirse limpiamente bajo mi jersey, acariciaba mi espalda con suavidad.

—¡Hoy tú no llevar camisa! ¡Bien!

Apretando los dientes, pensé que las sensuales bromas de aquella muchacha endemoniada bastarían para acabar con la compostura de un monje trapense.

—¿Cómo piensas ayudar a Smith? —conseguí mascullar por fin.

—Esta noche tener la oportunidad. Esta noche el jefe ser yo. Todos obedecer a Zarmi cuando *el Hakkim* dormir.

—¿Dormir?

—Él no dormir como tú o como yo. Él *samadhi*.

Ante la ausencia de nuevas aclaraciones, me figuré que dicho vocablo debía de ser algún término sánscrito para designar que Fu Manchú se hallaba sumido en algo similar a un trance místico. Para mi desagrado, los dedos de Zarmi alternaban ahora sus caricias con dolorosos pinchazos provenientes de sus uñas puntiagudas, en una conducta no muy distinta a la de un gato afectuoso pero malcriado.

Todo en ella parecía felino. Con mi brazo enroscado en torno a su cuello podía sentir la presión de los duros músculos ocultos tras aquella piel suave como el terciopelo.

—Hay una vieja casa en la gran colina junto al mar —apuntó la muchacha—. Esta noche Smith ser llevado allí. Nadie vivir en esa cabaña. Dos hombres traerle a ella. Zarmi enviará a los dos hombres a la playa para esperar al barco. Pero barco no

venir porque Zarmi no ordenarlo antes. Tú traer coche y Zarmi hacer señal cuando los dos hombres haber marchado. Tres destellos de luz. Cuando tú verlos, tú venir a la casa…

—¿Por qué? —inquirí, algo desconfiado—. ¿Por qué Smith y tú no venís al coche?

—Zarmi no poder hacerlo sola. Yo no ver a Smith desde la semana pasada, pero yo creer que él todavía no poder caminar muy bien. Algo marchar mal cuando ser traído de Londres. Durante mucho tiempo él parecer muerto.

En silencio, asentí a las palabras de mi interlocutora. Resultaba horrible pensar en un Smith drogado y maltrecho pero, por lo menos, ello coincidía con las indicaciones de Karamaneh.

—Muy bien —asentí—. Os recogeré en esa cabaña. ¿Qué haremos después?

—Ir rápido a la ciudad y tú poner a Zarmi en la cárcel. A mí no importar. Yo estar encerrada hasta que todos marchar a China. —Zarmi desasió su abrazo y, situándose frente a mí, me miró con un destello de temor en la mirada—. Es preciso tener mucho cuidado. Mucho cuidado tú, mucho cuidado yo. Si tú traer policía, ellos saber antes. Zarmi creer que alguien en el pueblo vigilar a ti.

De nuevo asentí. Aunque no me gustaba demasiado la idea de actuar en solitario, lo más probable es que *la Oriental* estuviese en lo cierto.

—Quizá alguien vigilar a Zarmi también —añadió mi interlocutora con un estremecimiento—. Si *él* descubrirme, ¿tú saber qué hacer él conmigo?

Acercando sus labios a mi oído, Zarmi musitó unas palabras que resultan impublicables y que me hicieron enrojecer violentamente (creo sinceramente que hubieran asombrado al mismo Fu Manchú).

—No debes tener miedo —le aseguré—. Vendré solo. ¿Cómo puedo reconocer esa casa?

—Ser fácil. Yo hacer mapa para ti ahora. —La muchacha suspiró profundamente y se dejó caer con languidez sobre mi regazo—. Pero antes nosotros besar. De la misma forma que tú besar a *ella.*…

Conocedor del salvaje temperamento de mi imprevista aliada, me pregunté cómo obraría Sherlock Holmes en esta situación. Zarmi no era otra cosa que la Tentación personificada. Cuando sus brazos se ciñeron con fuerza en torno a los míos, me fue precisa bastante diplomacia antes de reemprender nuestra conversación.

Tras ofrecer a *la Oriental* un segundo cigarrillo, extraje papel y pluma del bolsillo de mi chaqueta.

—Hazme ese mapa —le indiqué.

—Nosotros tener tiempo de sobra. Zarmi todavía no deber regresar al barco.

Ante la falta de respuesta por mi parte, Zarmi me dirigió una larga mirada de reprobación.

—Tú ser un hombre grande y fuerte —declaró en tono desdeñoso—. ¡Pero también ser un gran tonto[31]!

Cuando Zarmi hubo regresado al barco de la misma forma en que había venido, emprendí el regreso al pueblo. Mientras caminaba por los acantilados, un sinfín de ideas contradictorias me bullían en la cabeza. Era cierto que Zarmi había contestado francamente y sin reserva a todas mis preguntas. Con todo, ¿me había dicho algo que realmente fuera de valor? ¿Era posible confiar en ella?

Yo sabía bien que *la Oriental* no vacilaría en traicionarnos si ello convenía a sus intereses. Pero a la vez era perfectamente plausible que hubiese decidido traicionar a Fu Manchú. Sin embargo, la nota de Nayland Smith hablaba en su favor. ¿Sería posible que Smith se hubiese visto obligado a escribir la nota, quizá por medio de la hipnosis o de alguna droga? No, conociendo la férrea voluntad de mi amigo, yo no creía posible que nadie pudiera forzarle a una acción así, ni siquiera con la ayuda de drogas. En el fondo, el dilema era muy sencillo: mientras existiese una ínfima posibilidad de rescatar a Smith, yo no podía permitirme desconfiar de Zarmi.

Perdido en mis conjeturas, cuando llegué al pueblo me sorprendió descubrir que eran ya más de las cinco. Mis aventuras del día se habían prolongado bastante más de lo que pensaba y mis anfitriones resultaron hallarse un tanto inquietos a causa de mi ausencia durante el almuerzo.

Tras disculparme de modo somero, subí a mi habitación y me cambié a toda prisa (mis ropas habían quedado un tanto maltrechas tras atravesar tantos barrancos). Unos minutos después me hallaba otra vez en la calle. Me quedaban menos de dos horas de luz para reconocer el terreno en que iba a tener lugar la pequeña función de aquella noche (las diez era la hora convenida con Zarmi).

El lugar no se hallaba a demasiada distancia. Con la ayuda del rudimentario mapa dibujado por *la Oriental,* pronto localicé el camino. Tras ascender por él durante unos minutos, no tardé en dar con la desvencijada entrada de una vieja finca. A una treintena de metros, de dicha entrada se alzaba un viejo caserón abandonado y de estado deplorable, cuyo techo de paja hacía pensar en el gran nido de algún pájaro extraordinariamente incapaz.

La granja abandonada, pues tal era su condición, parecía no haber albergado ocupante alguno durante varias décadas. Un pequeño ventanuco enfilaba directamente a la entrada de la finca. Con la ayuda de los prismáticos me pareció descubrir que se encontraba tapiado desde el interior. A pesar de mi curiosidad, Zarmi había insistido en que no me dejara llevar por la imprudencia, pues era posible que alguien me estuviera vigilando.

¿Quién podría ser el supuesto espía? ¿El doctor Reinhardt? Sin embargo, el alemán parecía esforzarse en rehuir mi presencia. De todas maneras, y como probaba el secuestro del matemático Randall, Fu Manchú gustaba de rodearse de científicos para la consecución de sus fines.

Ahora que Holmes me había abandonado a mis propios medios, me sorprendía descubrir cuánto me había acostumbrado a confiar en sus dotes. Sin poder evitar el deseo ferviente de que su regreso se produjera cuanto antes, volví a mi alojamiento,

donde anuncié al matrimonio Gwynn que mi partida definitiva se produciría después de la cena. En efecto, si todo iba bien, Nayland Smith y yo dormiríamos aquella noche en Swansea; si las cosas se torcían, pensé con humor un tanto fúnebre, era improbable que tuviese que volver a buscar alojamiento en alguna otra ocasión.

Tras una cena sin demasiado apetito y en la que, contra mis esperanzas, no recibí mensaje alguno de Holmes, me despedí de mis anfitriones, quienes no parecían sentirse muy felices de verse obligados a compartir el resto de la semana a solas con el doctor Reinhardt. Según entendí, el bávaro tenía previsto quedarse hasta el domingo. Sin embargo, como en la noche anterior de nuevo se hallaba misteriosamente ausente de la cena.

Con mi equipaje en el asiento trasero del automóvil, pisé con fuerza el acelerador en dirección a la carretera.

El rugido del motor era provocado, pues estaba decidido a abandonar la localidad de modo ostentoso. Si el doctor Reinhardt (y sus formidables prismáticos) se hallaba al acecho, estaba seguro de convencerle de que estaba en camino hacia Swansea. Dejando a un lado el desvencijado caserón al que más tarde regresaría, avancé durante algunos minutos hasta llegar a Middleton, donde aparqué frente a la casa del guardacostas Bennett.

Tras sopesar las instrucciones de Zarmi, había decidido no pedir ayuda a la policía. Con todo, creía prudente disponer de un compañero que me cubriera las espaldas y, en ausencia de Holmes, Trevor Bennett era el único a quien podía recurrir.

Sin embargo, la suerte no estaba de mi parte. Megan Bennett me informó de que su marido se hallaba todavía en Port Eynon y que tenía previsto regresar bastante tarde. Iba a tener que realizar mi tarea a solas, pues no podía ponerme en contacto telefónico con Bennett o el superintendente Gribbler, sabedor de que la única línea de la localidad estaría casi ciertamente intervenida.

La señora Bennett me invitó a una taza de té, que acepté con gusto. La buena mujer, que ya estaba al corriente de nuestros problemas, se interesó por el motivo que me llevaba a demandar la asistencia de su esposo. Cuando le referí brevemente la operación que tendría lugar aquella noche, me las vi y me las deseé para disuadirla de su inmediato ofrecimiento a acompañarme. Lo cierto es que no podía permitirme de ningún modo involucrar a la risueña mujer del guardacostas en un asunto de semejante calibre.

Ya eran casi las diez cuando me dispuse a entrar en acción. Megan me acompañó a la puerta, donde me deseó buena suerte con un casto beso en la mejilla. Tras agradecer su ayuda, le recomendé que de no tener noticias mías después de la medianoche telefonease a la policía. Era aquélla una precaución tan natural como escasamente útil: si el plan se venía abajo era seguro que mi suerte estaría echada antes de la medianoche. Ahora sólo me quedaba confiar en la sinceridad y el ingenio de Zarmi.

Con la velocidad al mínimo, conduje mi automóvil en sentido contrario al que

había tomado poco antes, confiando en que mis posibles espías me hicieran ya en Swansea.

Era esencial que llegase junto a la granja abandonada en el momento preciso, no antes de que los captores de Smith se hubieran dirigido a la playa y no tan tarde como para que su regreso pudiera sorprenderme. Al llegar frente al viejo caserón, me las ingenié para dar media vuelta con el coche (tarea nada sencilla en aquel camino tan estrecho), apagué los faros y me detuve unos metros más allá. Confiaba en que, de haber sido visto por un posible vigilante, éste me hubiera tomado por un automovilista despistado que, advertido del camino sin salida que había tomado, simplemente había dado media vuelta y enmendado su error.

Tras depositar mi pesado abrigo en el asiento trasero del vehículo, caminé hasta la verja en silencio y protegido por mis ropas oscuras. Una luz brillaba a través del ventanuco destapiado. Apretándome contra la entrada de la finca con la linterna apagada en una mano y mi Browning en el bolsillo, el corazón me latía salvajemente. Sin embargo, el plan de Zarmi tenía la virtud de la simplicidad. El único contratiempo que yo creía posible era que los captores de Smith no viesen razón alguna para dirigirse ambos a la playa. A favor nuestro jugaba la circunstancia, que Holmes ya había subrayado en alguna ocasión, de que los esbirros de Fu Manchú estaban demasiado acostumbrados a recibir órdenes como para tomar iniciativas propias. Lo más probable es que jamás se les ocurriera discutir una orden proferida por *la Oriental*.

Pero ¿por qué razón no me daba ya la señal? Sin duda debía haber advertido los faros de mi automóvil; tenía que saber, por tanto, que ya estaba dispuesto a entrar en acción. Quizá los otros aún se encontraban en la casa o no habían llegado todavía. Cinco minutos transcurrieron de este modo hasta que por fin se produjo lo que yo tanto ansiaba. La luz del ventanuco se apagó un instante, reapareció poco después, movimiento que se repitió hasta ofrecerme los tres destellos convenidos.

Enfocando la linterna hacia el edificio, la encendí durante un segundo, respuesta que había convenido con Zarmi. La podrida madera de la entrada crujió levemente al abrirse y, tan silenciosamente como me era posible, avancé con rapidez sobre la hierba. No precisaba de la linterna para guiarme, pues la luz de la luna me resultaba suficiente, excesiva si algún enemigo estaba a la espera. Estaba ya en mitad de mi camino cuando una duda final me asaltó por sorpresa y de tal modo que casi me hizo dar media vuelta.

Si, como Zarmi me había referido, Smith se hallaba casi imposibilitado de andar, ¿cómo podían haberle llevado hasta allí? Desde luego, no por los empinados senderillos del otro lado de la colina. Debían de haberlo hecho por el mismo camino que yo había tomado, pero en ese caso, ¿dónde se encontraba su vehículo?

Extremando la precaución y temeroso de una trampa, di un amplio rodeo para evitar ser visto desde el iluminado ventanuco. La puerta de la vieja granja resultó hallarse en el costado adyacente. Un resquicio de luz se filtraba por ella. Había

llegado la hora de actuar, decidí liberando el seguro de mi pistola. Nayland Smith ya me había enseñado mucho tiempo atrás el modo de irrumpir en un lugar considerado peligroso. Tras recorrer mis últimos diez metros a la carrera, abrí la puerta de un tremendo patadón, suficiente para que un posible enemigo agazapado tras ella recibiera el impacto de la hoja al ceder en pleno rostro. La puerta cedió; ya me encontraba en el interior.

El lugar no era otra cosa que un lúgubre montón de ruinas iluminado por una chillona lámpara de petróleo. Sobre las podridas tablas del suelo yacía Zarmi con el rostro vuelto hacia el otro extremo de la estancia, los cabellos en desorden y el llamativo vestido que ya le había visto en Pentrefdu entreabierto y revelador de sus morenos hombros desnudos.

Con un grito de sorpresa avancé en su dirección cuando mis oídos captaron un levísimo crujido a mi espalda. Demasiado tarde. El violento golpe que recibí en la muñeca hizo que mi pistola saltara por los aires. Al estrellarse contra el rincón, el arma se disparó accidentalmente y una bala sibiló peligrosamente cerca de mi cabeza. Revolviéndome en el acto, me encaré con mi atacante.

Ante mis ojos surgió la amenazante figura de un hombre monstruosamente gordo cuya piel olivácea no tenía otro abrigo que unos incongruentes pantalones bombachos y un leve chalequillo floreado.

Una mirada me bastó para reconocerle. En el acto supe quién era.

Alí, el verdugo de Estambul, Alí, el lacayo torturador de mujeres dio un paso en mi dirección. Entre sus manos oscilaba siniestramente el ominoso atributo de su oficio, el delgado sedal del estrangulador.

CAPÍTULO 33
ATRAPADO

La retirada resultaba imposible. Alí se hallaba entre mi persona y la puerta entreabierta, por la que debía de haberse deslizado tras mi entrada. En sus ojillos de azabache se leía mi sentencia de muerte, una muerte ignominiosa, igual a la que debían de haber leído centenares de prisioneros anónimos en las mazmorras osmanlíes.

No obstante, sus movimientos eran lentos, así que recibí su avance con un tremendo derechazo dirigido al plexo solar. Pero mi golpe resultó tan efectivo como si hubiera estado destinado a una almohada de plumas… Dando un paso atrás, insistí con un izquierdazo a la quijada. Pero aquel hombre parecía no tener quijada; mi puñetazo se perdió inocuamente en los círculos de grasa que unían su cabeza a los hombros. Zarmi, a quien había creído muerta o inconsciente, se puso en pie con una áspera carcajada y, de una patada tras mis rodillas, me envió tropezando contra mi oponente.

Mi lucha resultaba inútil. Alí, el secuaz que había torturado a Karamaneh y a quien tanto había deseado tener a mi alcance, se revelaba ahora superior a mí. Mis golpes no hacían mella alguna en su cuerpo acorazado por la grasa. En un instante el sedal se ciñó con fuerza a mi garganta, cortándome la piel con la fría meticulosidad de un cuchillo afiladísimo.

Apresándome los brazos, Zarmi proporcionó al eunuco de Estambul una ayuda que éste no precisaba. El sedal se ceñía de tal modo que los pulmones me parecían estar a punto de estallar y los ojos se me salían de las órbitas…

De pronto se hizo la noche y volví a revivir el sueño extrañamente profético en el que *la Oriental* me estrangulaba con un collar de esmeraldas…

Al despertarme, me sorprendió descubrir que aún seguía con vida. Todavía aturdido por aquel dolor que me llegaba de la reseca e hinchada garganta, deduje que no podía haber estado inconsciente más que algunos minutos; la estrangulación y la pérdida prolongada de conciencia conducen irremisiblemente a la muerte. El acre picor de mis fosas nasales sugería que se me había administrado alguna fuerte sustancia de carácter reanimante, quizá hidróxido de amonio. Los ojos me lloraban y la garganta inflamada me dolía de tal modo que durante algunos minutos me resultó imposible tratar de adivinar dónde me encontraba. Ya no estaba en la vieja granja abandonada sino en la oscuridad. Oscuridad que, al poco, se mostró relativa: la luna reluciente me indicó hallarme al aire libre.

La fresca brisa me ayudó a revivir y cuando descubrí la verdad de mi situación, no me sorprendió haber tardado en llegar a ella. Un hombre me llevaba sobre su

hombro como si me tratase de un fardo. Cabeza abajo y con fuertes ligaduras en las manos y los tobillos, mi postura distaba mucho de ser agradable.

El forzudo sujeto que me acarreaba (más tarde se me ocurrió que probablemente se trataba del mismo individuo alto que había tomado parte en el secuestro de Nayland Smith) se detuvo repentinamente y me dejó caer al suelo sin demasiado miramiento. Aunque ya podía respirar sin demasiada dificultad, me resultaba imposible pensar con claridad, tal era el dolor de mi magullada garganta. Una horda de figuras entrevistas y someramente ataviadas apareció de la oscuridad. Probablemente se trataba de dakois y no creo que hubiese más de cuatro o cinco de ellos, pero sus rápidos movimientos y el entrecruzarse de sus carreras me hicieron pensar en sombras infinitas surgidas del infierno. En menos de lo que se tarda en narrar, mis siniestros acompañantes comenzaron a envolverme de pies a cabeza, como si me tratara de una momia egipcia, en un grueso y áspero vendaje.

El propósito de tan extraña operación se me escapaba por completo. Durante un segundo enloquecedor, se me ocurrió la grotesca idea de que había resucitado para ser enterrado en vida.

Tras vendarme de pies a cabeza, con la sola excepción del rostro, mis apresores procedieron a enfundarme una especie de arnés o correas de cuero en torno al tronco, correas que apretaron con tal fuerza que volvía a tener dificultades para respirar. Realidad y pesadilla se estaban mezclando. Volviendo el rostro levemente advertí la presencia de una forma gigantesca y alada que se mecía suavemente sobre mí. La aparición me hizo comprender al instante y —debo confesarlo— consiguió que me estremeciera de terror por un instante.

El Si Fan pensaba trasladarme al Gusano por medio de la cometa.

¡Qué estúpido había sido ignorando la advertencia de Fu Manchú! «*Si puedo disponer de usted sin demasiadas molestias, no vacilaré en hacerlo*». Durante unos segundos, el orgullo herido se sobrepuso al terror. De no ser prisionero de mis triples ligaduras, la indignación me habría llevado a luchar hasta la muerte. No se me consideraba otra cosa más que un bulto más del equipaje, recogido descuidadamente en el último minuto.

Varias manos me alzaron de nuevo y no tardé en encontrarme debajo de la cometa, más similar ahora a la triangular vela de un yate y sujeta a tierra mediante una serie de cuerdas.

Zarmi apareció a mi lado. Sus brazos turgentes destellaban a la luz de la luna cuando agachó su cabeza sobre la mía.

—¡Estúpido! ¿Tú creer que besos hacer promesas? —Sin provocación alguna, su mano me abofeteó el rostro con fuerza—. Adiós, mi gran tonto. Nosotros ver de nuevo en el gran barco —añadió con una carcajada.

Un grito sonó a mi lado y el arnés se tensó repentinamente en torno a mi cuerpo. Wang Lo (o tal supuse) acababa de dirigir la cometa contra el borde del acantilado. Suspendido en el aire, los cabellos se me erizaron, pues estábamos cayendo a toda

velocidad sobre las olas. Sin embargo, un nuevo estirón se produjo de modo casi milagroso y comenzamos a deslizamos rápidamente sobre la superficie marina. Todavía resulta un misterio para mí el modo en que Wang Lo conseguía dirigir la cometa, pero lo cierto es que lo hacía con pericia. Mi colaboración en dicha tarea tenía bien poco de gloriosa, pues yo no era otra cosa que la aterrorizada cola de navegación de aquella cometa abominable. Pronto comenzamos a ganar altura. Cuando, unos minutos más tarde, me atreví a dirigir la vista abajo, el mar se había tornado en una gigantesca e inmóvil mancha negruzca.

Estábamos cruzando la bahía a gran velocidad. Aunque la lógica me decía que estaba siendo secuestrado, no conseguía desprenderme del terror irracional de que en cualquier momento iba a ser precipitado hacia la muerte como lo fueron las ovejas de Garman y el infeliz peón de granja.

Al cabo de algunos minutos se produjo un giro repentino de nuestra trayectoria y me encontré sobre la forma serpenteante del Gusano. Casi sin interrupción Wang Lo inició un descenso que me pareció gradual únicamente hasta el último centenar de metros, durante los que me pareció caer sobre la Cabeza Interior a la velocidad de un tren expreso.

La Cabeza Interior, una gran pared perpendicular de contornos suavizados por el viento y reluciente como la obsidiana pulida, me ofreció la certeza de que iba a morir aplastado contra su superficie. Un nuevo giro de Wang Lo en el último instante, aminoró la velocidad del descenso y nos llevó al suelo en un choque todavía lo bastante fuerte como para romperme las piernas de no ser por los fuertes vendajes protectores.

Más muerto que vivo, rodé unos instantes sobre una superficie rocosa mientras un tropel de manos me liberaba del arnés. A continuación, los dakois, pues de ellos se trataba, extrajeron sus afilados cuchillos y procedieron a rasgar mis vendas rápidamente pero con una pericia tal como para no ocasionarme el más leve rasguño. Volviendo la cabeza a un lado, advertí la silueta, un tanto inquieta, de una media docena de tiendas de campaña iluminadas en su interior.

Sentí una extraña sensación de frío en las muñecas. Al volver la vista hacia ellas descubrí que no estaban atadas con cuerda, como había supuesto, sino apresadas con un par de esposas de diseño inusual y unidas entre sí por una cadena de unos quince centímetros. Sin demasiadas contemplaciones, dos dakois me agarraron por las axilas y, en vista de que mis aprisionados tobillos me impedían caminar, me llevaron casi en volandas hasta el interior de la tienda más cercana, donde me depositaron sobre un camastro. Todavía muy aturdido, me pareció percibir una cercana discusión establecida en un lenguaje que no conocía aunque una de las voces participantes me resultaba vagamente familiar. Al poco, perdí el conocimiento.

Cuando lo recobré, una silueta se cernía sobre mí. Los ojos de Nayland Smith me observaron con angustia.

—¡Smith! —conseguí susurrar.

—No se esfuerce demasiado en hablar, Petrie —repuso mi amigo—. No hace demasiadas semanas que yo también conocí lo que es sentirse bajo el sedal del estrangulador. Tome una de estas tabletas y se sentirá mejor —al llevarse la mano al bolsillo advertí que sus muñecas estaban apresadas por unas esposas similares a las mías.

Al situarla bajo mi lengua, la tableta ofrecida por mi compañero resultó tener un sabor agradable, reminiscente a miel y limón y dotado de un suave perfume de cariz soporífero en el que creí advertir trazos opiáceos. El dolor no tardó en ser sustituido por una plácida sensación de aletargamiento. Mis ojos se cerraron de nuevo.

Al abrirlos otra vez, en lo que me pareció un minuto después, comprobé con sorpresa que mi garganta ya no sentía compresión alguna y que podía respirar sin dificultad. Con la desaparición del dolor, mis sentidos parecían haber recobrado de nuevo toda su capacidad. Nayland Smith, sentado a mi lado sobre una alfombrilla de lona, se vestía aún con la misma chaqueta gris con que le había visto en Londres la última vez, prenda que presentaba un estado de conservación sorprendentemente bueno.

—¿Cuánto tiempo he estado dormido? —inquirí.

—Media hora aproximadamente. ¿Se encuentra usted mejor? —Mi asentimiento le llevó a esbozar una amplia sonrisa—. Por fortuna, los remedios del doctor Fu Manchú son tan efectivos como sus venenos. Yo mismo he podido comprobarlo en más de una ocasión.

—¡Smith! —exclamé, enderezándome en el catre—. ¡Gracias a Dios que se encuentra usted vivo y en buen estado de salud! ¡Ese monstruo de Zarmi me dijo que estaba usted muy mal!

—¡Y lo estaba! —replicó mi amigo—. Hasta hace una semana. Zarmi le mintió, pero toda mentira resulta más efectiva cuando contiene parte de verdad.

—Ella me engañó como a un niño —musité en tono amargo—. Me mostró una nota que imitaba a la perfección la escritura de usted.

—Era mi escritura. La escribí la semana pasada. —Smith me dirigió una mirada en la que pareció brillar un destello de culpabilidad—. Es cierto que los ayudé a tenderle esta emboscada. Pero, honestamente, no creo que nadie me pueda culpar de ello, dadas las circunstancias. Usted ya ha visto morir a un hombre bajo el tormento de la Chaqueta de Hierro. ¿Qué haría usted si se la aplicasen a una mujer?

Por un instante no comprendí. Cuando lo hice, no pude evitar una exclamación de horror.

—¡Dios mío! ¡Karamaneh!

—¡Ella, Petrie! —Los labios de mi amigo esbozaron una sonrisa—. Pero no tiene motivo para inquietarse. Capitulé antes de que fueran ajustadas las últimas tuercas. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¡Ninguna! —exclamé en tono ferviente—. ¡Menos mal que accedió usted a escribir la nota! —Encogiéndome de hombros, traté de fingir un aplomo que no tenía

—. Bien, no es la primera vez que usted y yo estamos en manos dé Fu Manchú. No debemos perder la confianza, Smith. Igual que hemos desbaratado sus planes en otras ocasiones, lo conseguiremos en ésta.

Smith ensanchó su sonrisa.

—Sí, es la quinta vez que somos sus cautivos, si no recuerdo mal. Pero quizá sea la última. En tres ocasiones fuimos rescatados por Karamaneh; en la otra, nos ayudó Ryman y su destacamento de policía fluvial. Pero Karamaneh ha sido devuelta a Londres y esto no es precisamente el Támesis.

—Aún y así, no estamos solos. Le gustará saber que Sherlock Holmes está a nuestro lado y…

—Holmes. Sí, lo sé.

—¿Que lo sabe usted?

—Desde hace tres semanas. —La gravedad de los ojos desmintió por una vez la nueva sonrisa de Smith—. Yo me encontraba al otro extremo del biombo, en la habitación vecina, la tarde en que sostuvieron ustedes su pequeña entrevista con Fu Manchú.

A pesar de una ligera ronquera, la voz de mi amigo era tan poderosa como de costumbre. Aunque una observación más detenida me permitió apreciar con alarma la extrema delgadez que se había apoderado de él en las últimas semanas. Pese a que nada había conseguido borrar el perpetuo bronceado tropical de su rostro, las facciones de Smith resultaban ahora casi tan afiladas como las de Sherlock Holmes.

—¡Está usted más flaco que una escoba! Por Dios santo, ¿qué le han hecho esos bellacos?

—Oh, ni un rasguño. En absoluto. De hecho, he recibido un tratamiento de primera clase. Literalmente. —La perenne sonrisa adquirió ahora un ligero matiz sardónico—. La verdad, no puedo quejarme de otra cosa que no sea la falta de tabaco.

Ahora me tocaba a mí sonreír.

—Quizá puedo hacer algo a ese respecto —declaré, extrayendo dificultosamente del bolsillo la vieja pipa renegrida de mi interlocutor—. Aquí tiene. La he llevado conmigo desde que Holmes y yo abandonamos Fleet Street.

Smith cogió la cachimba con gesto de incredulidad.

—¡Es usted extraordinario, Petrie! —murmuró—. ¿A qué otra persona en el mundo se le hubiera ocurrido un detalle así? Excelente. Sólo con que ahora dispusiéramos de una pizca de tabaco…

Afortunadamente no había perdido mi petaca, así que los deseos de mi compañero pronto se vieron satisfechos.

—¿Y qué es lo que puede usted contarme? —me interesé.

—Ya que cuenta usted con la ayuda de Holmes, creo que no podré añadir demasiado que le resulte novedoso. Supongo que ya sabrá cómo fui secuestrado en nuestro apartamento, ¿no es así?

—Sí, más o menos.

—La pelea debió de ser digna de verse. Hasta el momento en que uno de esos demonios extrajo una jeringuilla hipodérmica y me la inyectó traicioneramente. Cuando recobré el conocimiento me encontré atado de pies y manos a un camastro, en el que permanecí sin variar de postura durante cinco días bajo el cuidado (si se le puede llamar así) de una vieja arpía que jamás abría la boca para pronunciar palabra alguna. El sonido del tráfico que me llegaba de las ventanas me hace suponer que todavía me hallaba en Londres. Es probable que se trate del mismo lugar en que usted fue apresado cuando vio a Ki Ming, la misma ratonera que Weymouth andaba buscando… A no ser que ya la haya descubierto.

—No. No la ha descubierto.

—Bien, si se trata del mismo lugar, me da en la nariz que no debe de hallarse muy lejos de Portman Square. A lo que íbamos. Como es natural, los muchachos del Si Fan no tenían el menor interés en que pudiera gritar en demanda de ayuda. Ante la imposibilidad de tenerme amordazado día y noche sin correr el riesgo de asfixiarme involuntariamente, hicieron uso de uno de los desagradables inventos de Fu Manchú. Cada noche, la vieja bruja se encargaba de colgar sobre mi cabeza una extraña lámpara de llama azul, productora de unos vapores que, simplemente, ¡me hacían perder el habla!

Por un momento, casi llegué a olvidar nuestra condición de prisioneros. La reposada narración de Nayland Smith, alternada con prolongadas chupadas a su pipa, parecían más apropiadas en el apartamento de Fleet Street que en el incierto escondrijo donde nos hallábamos aprisionados.

—Algo después me fue administrada una dosis de esa pócima cataléptica. No sé cuándo ni de qué modo lo hicieron ni tampoco qué sucedió después. Sólo sé lo que el doctor Fu Manchú decidió revelarme algo más tarde. —Nayland Smith hizo una pausa—. Según parece, el *F. katalepsis* debe ser administrado durante un corto período de tiempo. De lo contrario, los riesgos son muy grandes. El hermano de Karamaneh fue tratado con dicho compuesto durante un período muy prolongado pero, como sin duda usted recordará, el Si Fan le hacía revivir a intervalos regulares como medida de seguridad. Bien, a lo que parece, el barco que me trajo hasta aquí sufrió cierto retraso y permanecí dos días más de lo previsto bajo los efectos de la droga. Fu Manchú y sus hombres se las vieron y se las desearon para devolverme a la vida. Cuando lo hicieron, yo estaba paralizado.

—¡Dios mío!

—Todo cuanto podía hacer era ver y oír. Nada más. Como un vegetal. —El tono de Smith era tranquilo, pero el horror de aquella experiencia aparecía reflejado en su mirada—. Fu Manchú era la solicitud personificada y aplicó todos sus conocimientos en mi favor. Pero eso no me hace más valioso para él —rió mi compañero—. Si me secuestró, fue únicamente para humillar a Ki Ming. Pero ya conocemos lo monstruoso de su vanidad, Petrie. Fu Manchú no sentiría el más leve escrúpulo a la hora de asesinarme, y sus repetidos intentos en el pasado así lo demuestran, pero no

podía soportar verme morir a causa de una torpeza. Durante casi tres semanas fui tratado con inyecciones y cierto aparato eléctrico más bien extraño… Por cierto, ¿qué día es hoy? No estoy seguro de haber conservado demasiado bien la noción del tiempo.

—Hoy es martes. El último día de marzo.

—Hum. Bastante más de lo que creía. ¡Hace ya siete semanas que estoy cautivo! En fin, siguiendo con mi relato, le diré que Fu Manchú me tuvo a su lado de modo permanente, pues deseaba brindarme en todo momento sus cuidados personales. Llegamos a recorrer muchos kilómetros en una furgoneta. El número de escondrijos de que dispone ese tipo es formidable. Una vez visitamos una cripta y en otra ocasión una cueva… Con el paso de los días y a pesar de que yo no advertí mejoría alguna, Fu Manchú pareció darse por satisfecho y me internó en un sanatorio. Un establecimiento perfectamente respetable, cuyos médicos y enfermeras no tienen la menor idea de que sea financiado y controlado por el Si Fan. Li King Su me llevó allí, fingiéndose mi médico de cabecera.

En el exterior de nuestra tienda, visible por la portezuela entreabierta, un dakoi montaba guardia de cuclillas sobre el suelo, ocupado en mascar una sustancia desconocida y canturrear una monótona letanía en su lengua. Inglaterra parecía quedar muy lejos. Uno creería hallarse en las montañas de Shan.

—Mi estancia en la clínica se prolongó durante una semana —prosiguió Smith—. Una mañana descubrí que podía mover las manos. A la hora siguiente, los brazos me respondían hasta el codo. Por la noche, ya era dueño de todas mis extremidades. Naturalmente, mi primer pensamiento fue el de emprender la fuga antes de que Li King Su regresara a la mañana siguiente y advirtiera la mejoría. En un momento de descuido conseguí burlar a mis vigilantes y salir de estampida de la habitación. ¡Pero antes de que pudiera abandonar el edificio fui reducido por varios enfermeros que me tomaron por loco! ¡Para mi desespero, aún no había recobrado el habla y no pude explicarles la verdad!

Con una mueca irónica, mi compañero prendió de nuevo su pipa.

—Por supuesto, después del intento fallido, ya no me dieron ninguna otra oportunidad. Al día siguiente fui trasladado a una granja y un par de días más tarde (ahora hará una semana) me trajeron hasta aquí en un barco de pesca. O, mejor dicho, una nave modernísima y de motor trucado camuflada como un viejo barco de pesca.

—Lo he visto —tercié, acordándome de Zarmi.

—¿De veras? Se trata de un buque rapidísimo dotado de un extraño sistema electrónico que les revela en todo momento la profundidad del fondo marino y la distancia a que se hallan las rocas más próximas. Con él pueden acercarse a casi un centenar de metros del acantilado situado al extremo de esta isla, la Cabeza Exterior creo que se llama.

—Pero ¿cómo se las ingenian para llegar del barco a la isla?

—Hacen uso de un sistema similar al empleado para rescatar a los tripulantes de

un buque encallado cerca de la costa. En la cara más alejada de la Cabeza Exterior, que sólo puede ser vista desde el mar, existen dos pequeñas cavernas situadas una encima de la otra en mitad del acantilado. Bien, de la cueva superior sale un cable que desciende bajo el agua hasta unirse a una boya fosforescente instalada a la distancia propicia. Cuando el barco llega, no hay más que alzar el cable. Por medio de un rudimentario sistema de teleférico, uno es alzado hasta la caverna. No resulta muy cómodo bambolearse en esa especie de cesta de lona, pero le aseguro que funciona. Al llegar a la cueva, una de esas escalas de bambú basta para hallarse en la cima del acantilado en dos minutos.

—Smith —dije en tono quedo—. ¿Qué es lo que sucede en este lugar? ¿Cuál es el secreto del Gusano?

Mi amigo me dirigió una larga mirada con expresión de gravedad.

—No lo sé. Todo cuanto puedo decirle es que hay algo aquí, algo de tal poder que incluso Fu Manchú tiene miedo de él, que piensan utilizar esta noche…

CAPÍTULO 34
EL PUENTE DEL DIABLO

Poniéndose en pie, Nayland Smith dio por terminada la conversación.

—Salgamos a dar un pequeño paseo —sugirió—. El aire fresco le sentará bien.

—¿Nos lo permitirán nuestros guardianes?

—Sí. Nos seguirán a todas partes, naturalmente, y no vacilarán en rebanarnos el pescuezo a la menor sospecha, así que más vale no intentar jugada alguna. Por lo demás, somos libres de hacer lo que queramos con nuestro tiempo.

A pesar de las palabras de mi compañero, el dakoi que vigilaba nuestra tienda se puso en pie de un salto al advertir nuestra salida.

Smith se dirigió a él brevemente en su propio lenguaje empleando el tono autoritario de un angloindio que se dirigiera a su criado. Sin decir palabra, el dakoi se hizo a un lado. A todo esto, un compañero suyo había surgido en silencio de las sombras.

—¿Qué le ha dicho usted para convencerle? —inquirí, unos metros más allá.

—Simplemente que teníamos ganas de dar un paseo —respondió Smith con una sonrisa—. Estos brutos obedecen cualquier orden hecha en birmano, siempre que no se contradiga con las efectuadas por Fu Manchú. Limítese a ignorarlos, pero evite todo movimiento brusco si no quiere que se nos echen encima.

Alejándonos del campamento, siempre seguidos por la pareja de dakois, pronto descubrí que la cima de la Cabeza Interior, aparentemente tan escabrosa desde la costa, era perfectamente plana y regular, muy semejante a la cima de los acantilados que había recorrido en los últimos días de no ser por la ausencia del menor arbusto.

—¡Fíjese en eso! —murmuró Smith señalando el campamento que habíamos dejado atrás—. Ya debe de faltar poco para la operación de esta noche. A excepción de nuestros simpáticos acompañantes, estamos solos.

—¿Dónde están los demás?

—Han marchado a la Cabeza Exterior, donde esperan que su amo despierte de una vez de su letargo. Fu Manchú lleva cuarenta y ocho horas en la cima de ese acantilado, sentado en una especie de trono, envuelto en una bufanda y un gorro de astracán y perdido en una especie de sueño que se parece más a la muerte que a otra cosa.

De pronto recordé la anterior referencia de Zarmi a tales trances. Con todo, los ejercicios ascéticos de esta clase no concordaban demasiado con la idea que yo tenía de Fu Manchú.

—¿Y a qué viene tan rara actividad?

—¡Fu Manchú ha terminado por considerarse a sí mismo como un mesías! Sus

dioses no son otros que los principios inmutables del Universo, tal como los describe la filosofía china, es decir, la supremacía del izquierdo sobre el derecho, del varón sobre la hembra y del este sobre el oeste. Según parece, ese viejo loco cree que esta noche está en disposición de manejar las fuerzas del cosmos en su favor. De momento, simplemente se prepara espiritualmente para ello.

—¿Y qué diablos quiere hacer?

—Sé tan poco como usted, Petrie. —Smith movió la cabeza en gesto sombrío—. Aunque puedo tener una idea aproximada del poder del que dispone. La cueva superior de la Cabeza Exterior, donde termina el teleférico, se asemeja al interior de un gigantesco aparato de radio. Se encuentra absolutamente repleto por hileras de grandes baterías eléctricas, y no del tipo de las que empleamos para nuestras linternas sino de las otras, de las que liberan toda su energía de un estallido. ¿Se ha fijado usted en la Pipa?

—¿Esa caverna que las olas atraviesan hasta salir por una abertura en la parte superior de la roca?

—Ese lugar, justamente. Bien, tengo la impresión de que Fu Manchú ha descubierto alguna forma de transferir esa energía de las olas a las pilas. En otras palabras, dispone de un enorme generador eléctrico que lleva semanas funcionando día y noche y que ahora debe equivaler al poder del rayo encerrado en una pequeña caverna. Cuando esa energía sea liberada, servirá para activar un aparato que no he visto y que se esconde en la cueva inferior. Aunque no tengo idea de qué puede tratarse, este asunto me produce escalofríos.

—¡Philip Randall! —recordé de improviso—. ¡Él habrá tenido algo que ver en todo esto!

—¿Quién?

—Randall, el matemático. ¿Le vio usted?

—¡Oh, él! Sí, le vi. Pero no era aquél un momento para presentaciones mutuas, la verdad. —Smith guardó silencio durante un segundo—. Un grotesco episodio. Grotesco y absurdo a un tiempo —murmuró.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Todo ocurrió dos días después de mi llegada. Imagino que Fu Manchú debió de llegar después de mí, pues yo no le había visto aún (de hecho no le he visto más que en dos ocasiones; el viejo loco no se mueve de la Cabeza Exterior, pues ya no tiene edad para andar haciendo equilibrios sobre las rocas). Como iba diciendo, aquella mañana fui llamado a su presencia. Junto a él se encontraba ese matemático, ¿Randall dice usted?, medio histérico de rabia y miedo. Según deduje, había sido traído por la fuerza con motivo de un accidente trivial acontecido hacía más de un mes y que ponía en peligro el resultado final de la propia operación. Y todo porque a uno de esos dakois se le había caído una caja, estropeando el delicado mecanismo que había en su interior.

—¿Fu Manchú no era capaz de repararlo por sí solo?

—Ya lo había hecho. Lo que no podía era sincronizarlo de nuevo. ¡Ni siquiera el doctor Fu Manchú dispone del don de la ubicuidad! Según parece, el mecanismo debía sincronizarse con un aparato gemelo situado en el barco chino, operación a efectuar simultáneamente por dos técnicos versados en matemáticas superiores.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamé. Era simple pero había que pensar en ello.

—En tono cortés, Fu Manchú me pidió que le ayudara a convencer a Randall de que colaborase en el ajuste de los aparatos y, por el propio bien del matemático, así lo hice. Éste continuó negándose con terquedad y fue entonces cuando lo absurdo se tornó en horrible. El desventurado dakoi que había originado todo el problema fue llevado ante Randall, se le cortaron las manos con una espada y se le arrojó desde la cima del acantilado. El matemático, con la camisa manchada de sangre, se desmayó al instante. Ya no vi más de él, pero me extrañaría que continuase negándose a colaborar.

Con un estremecimiento, observé con el rabillo del ojo a las dos siniestras figuras que caminaban en silencio a nuestras espaldas. Con un gesto, Smith me indicó que nos encontrábamos ya en el extremo más cercano a tierra firme del promontorio en que nos hallábamos. A nuestros pies, un sendero descendía hasta las olas.

—No podemos seguir adelante —me advirtió mi compañero—. Un solo paso en ese sendero y se nos echarán encima. No olvide, Petrie, que los dos tenemos las muñecas esposadas.

Tan sólo doce horas atrás había estado observando el puente rocoso desde el otro extremo de las aguas. El puente natural se había alzado de nuevo por efecto de la bajamar y ahora se abría en toda su extensión hasta llegar, describiendo su forma de L, a los acantilados de Rhossili. Un auténtico camino hacia la libertad.

—Dos horas más y la pleamar cerrará ese puente. A la luz de la luna podríamos cruzarlo en treinta minutos. —Sin volver la cabeza estudié de nuevo a nuestros guardianes con el rabillo del ojo—. ¿Cree que podríamos intentarlo? Somos dos contra dos. Si echáramos a correr…

—Imposible, Petrie. Esposados como estamos, nos alcanzarían en diez metros. Disponiendo ellos de sus cuchillos, en una lucha no seríamos rivales.

Con el ceño fruncido, mi compañero permaneció en actitud pensativa durante algunos segundos.

—¡Y lo cierto es que tenemos que pensar en algo! ¡Y cuanto antes! Fu Manchú nos hará llamar en cualquier instante, pondrá en marcha su máquina infernal y escapará con nosotros bajo el brazo. Zarmi ya está a la espera en el falso barco pesquero para transportarnos a todos a ese navío chino. Una vez allí, estamos perdidos. Nos tendrán drogados durante la travesía y luego no seremos más que esclavos del Si Fan. ¡Tenemos que actuar antes de que sea demasiado tarde!

Sintiéndome impotente, dejé que mis ojos vagaran sin rumbo por la oscura línea de la costa. Por encima de la sombría masa de los acantilados, un solitario punto luminoso me puso el corazón en un puño. ¿Sería posible…?

—¡Fíjese en eso, Smith!… —musité—. ¡Hay una luz en la cabaña del guardacostas! ¡Por la noche ese lugar está siempre deshabitado! ¡Sin duda Holmes se encuentra allí con un grupo de hombres armados y prestos a intervenir!

—Si es así, y a no ser que se trate de un verdadero regimiento, Holmes no hará sino conducirlos a una auténtica ratonera. Ésta es la fortaleza más inexpugnable que Fu Manchú haya tenido jamás. ¡Y sólo Dios sabe de qué defensas dispone ese hombre! Razón de más para que intentemos un movimiento por sorpresa… Pero ¿cuál?

En aquel instante un extraño ulular nos llegó desde el otro extremo del Gusano. Volviéndome con sorpresa, vi cómo uno de los dakois se nos acercaba con gesto imperioso, mascullando oscuras imprecaciones en su lengua y señalando insistentemente a su cuchillo.

—¡Es la señal! —declaró Smith en tono neutro—. Fu Manchú ordena que vayamos a su lado.

Rabioso ante el cariz que tomaban los acontecimientos, me planté con gesto amenazador frente al dakoi. Por fortuna para mí, Smith me tomó del brazo, haciéndome entrar en razón.

—Más vale hacer lo que se nos dice, amigo —dijo con calma—. No vale la pena dejarse matar de ese modo. Fu Manchú me ha tratado bien hasta ahora, pero un solo paso en falso por nuestra parte bastará para que estemos irremisiblemente condenados.

Temblando de ira, atendí al razonamiento de mi compañero y reemprendí el regreso a su lado, siempre bajo el ojo suspicaz de aquellos dos salvajes vestidos con taparrabos y armados de curvos cuchillos.

—Esos tipos conocen su oficio —indicó Smith, dirigiéndoles una mirada de reojo —. No pierden comba de nuestros pasos, pero se mantienen a la distancia suficiente para que les dé tiempo a empuñar sus armas en caso de que intentemos sorprenderlos.

En silencio, avanzamos hasta llegar a la altura de las tiendas.

—¿Estaría usted dispuesto a jugárselo todo a una sola carta? —inquirió mi amigo repentinamente.

—¡Claro que sí! ¿De qué se trata?

—Nuestra única posibilidad estriba en saber aprovechar el instante en que crucemos el Puente del Diablo. Lo estrecho del lugar hará preciso que avancemos en fila india. Yo iré primero. Un dakoi se pondrá tras de mí y su compañero avanzará cerrando la fila por detrás de usted. Bien. Al cruzar el puente, camine tan lentamente como pueda, de modo que se amplíe la distancia entre nosotros. ¿Me entiende?

—Sí. ¿Qué más?

—¡Cuando yo dé la señal, láncese de espaldas contra las piernas de su seguidor! Así conseguirá derribarle y, con un poco de suerte, hacerle perder el cuchillo. Aprovechando la sorpresa, arrójese de bruces sobre su cuerpo e impídale ponerse en pie. Ello debe bastarle. Yo estoy más acostumbrado que usted a esta clase de juegos y

si consigo eliminar a mi hombre con rapidez, en un segundo estaré a su lado.

Era aquél un plan desesperado, pero resultaba evidente que ningún otro nos ofrecería mayores posibilidades.

—El éxito de nuestra acción dependerá exclusivamente de la velocidad y precisión del ataque. Nos serviremos de sus propias armas, de la técnica asiática de lucha —dijo Smith con un deje irónico en la voz—. Si ha presenciado alguna vez un combate de judo sabrá a qué me refiero. En el judo, los dos contrincantes se observan el uno al otro sin mover un músculo durante varios minutos. De pronto uno de los luchadores lanza un aullido salvaje y se lanza como una cobra sobre su oponente. El aullido no es un simple grito de guerra sino que tiene una función perfectamente definida: agarrotar el sistema nervioso del adversario durante una fracción de segundo que con frecuencia resulta decisiva. Yo me encargaré de lanzar ese aullido. Cuando lo oiga, arrójese inmediatamente contra su hombre.

—Así lo haré.

Dejando atrás la última tienda del campamento no tardamos en llegar al otro extremo de la Cabeza Interior. De pronto mi compañero alzó sus brazos esposados y señaló al frente.

—¡Ahí lo tiene! El Puente del Diablo.

Recortándose contra la luna llena, el puente unía las dos islillas posteriores a la Cabeza Exterior, alzándose una treintena de metros por encima de las olas y extendiéndose quince o veinte metros entre sus extremos. Ciertamente, su denominación no resultaba gratuita. Había algo siniestro en aquel arco natural, anguloso y picudo. ¡Bonito lugar para sostener una lucha a vida o muerte! Pero yo sabía bien que no nos quedaba otra alternativa.

Disgustados ante nuestro alto en el camino, los dakois nos chillaron imperiosamente, enarbolando sus cuchillos de modo amenazador y conminándonos a avanzar por un empinado sendero que cortaba por la ladera en dirección al puente.

—¡Avance con cuidado, Petrie! —me conminó Smith al emprender el descenso.

Aquél era el lugar que Trevor Bennett había comparado a una especie de escalera natural tallada en la roca. No resultaba particularmente peligroso, aunque sí trabajoso a causa de no podernos valer de las manos. Pronto el escamoso cuello del Gusano se reveló superior a nuestras fuerzas, obligándonos a efectuar periódicos intervalos que no conseguían sino irritar a nuestros irascibles vigilantes.

Cuando tras varios minutos de aquel descenso infernal, pusimos pie en la siguiente islilla, unida a la Cabeza Interior por efecto de la bajamar, yo resoplaba como un caballo. Tras caminar brevemente por una irregular superficie rocosa, agradecí poner pie de nuevo en la sólida tierra. Valiéndonos de un sendero bastante razonable, ascendimos por una suave loma sembrada de hierbajos. Frente a mis ojos se alzaba la próxima islilla, cuya forma de volcán en miniatura cubría casi por entero la silueta de la Cabeza Exterior, lugar en que Fu Manchú nos esperaba con sus hombres.

—¡No avance con prisas! —me recomendó Smith—. Concédase el tiempo preciso para recobrar el aliento. En unos minutos nos encontraremos sobre el Puente del Diablo.

—¿Cuántas probabilidades nos da usted?

—Yo diría que de tres a uno a su favor.

—Excelente —dije, aparentando más confianza de la que realmente sentía—. Otras veces lo hemos tenido más difícil.

Tratando de reunir todas nuestras fuerzas, demoramos un tanto nuestro avance. Los dakois, que, en vista de la agilidad simiesca con que habían descendido por la ladera, debían considerarnos como a dos occidentales anquilosados y blandengues, no se molestaban ya en azuzarnos. Tras un recodo, el sendero descendía hasta el extremo de la islilla, allí donde se alzaba el Puente del Diablo, a modo de arco natural que la unía a su compañera.

Sin decir palabra, Smith se puso en cabeza de la marcha. Tal y como había predicho, uno de los dakois se situó tras él pocos pasos antes de abordar el puente. Teniendo bien presentes las instrucciones de mi camarada, fingí vacilar al poner pie sobre el puente con objeto de ganar algunos metros. Creyéndome atemorizado, mi guardián ladró una imprecación y me empujó con fuerza hacia adelante. Obedientemente, eché a andar mientras sopesaba de reojo a mi próximo adversario. El dakoi se hallaba directamente a mi espalda, a muy poca distancia y con el afiladísimo cuchillo presto para cualquier eventualidad. A pesar de su diabólica silueta, el puente resultaba lo suficientemente amplio para caminar sobre él con comodidad, aunque dos personas que avanzaran codo con codo se hubieran visto en bastantes apuros.

Smith caminaba una docena de pasos por delante. Con el corazón latiéndome ferozmente, me preparé para la señal. Era preciso que me transformara en un dakoi, que adoptara el mismo ciego desprecio a la muerte característico de nuestros oponentes; de lo contrario, ya podía darme por liquidado. Smith ya estaba muy cerca del final del puente. ¡Ahora! De no haber estado esperándolo con antelación, el bestial aullido que salió de su garganta me habría helado la sangre en las venas. Accionando hasta el último de mis músculos como si se tratase de una catapulta, me lancé de espaldas contra las rodillas del dakoi. Mientras caíamos el uno sobre el otro, me alegró oír el tintineo de su cuchillo al caer entre las rocas. Revolviéndome en el acto, traté de aplastar a mi adversario contra el suelo valiéndome de mi superior peso y fortaleza. No obstante, el dakoi se revolvía como una anguila. Consiguiendo aferrar su garganta con mis esposadas manos, busqué su medallón y lo hice girar, tratando de poner en práctica las valiosas enseñanzas de Alí. Las esposas, por desgracia, me dificultaban la tarea. Con la fuerza de la desesperación, el birmano clavó sus dientes en mi muñeca y lanzó las uñas contra mis ojos. Al desviar la cabeza, rodamos sobre la piedra.

Ahora era él quien se hallaba encima de mí, pero yo no había soltado la cuerda de

su medallón y continuaba apretándola en torno a su garganta. Frente a mis ojos, en el extremo final del Puente del Diablo, Smith parecía tener más problemas que yo. De rodillas sobre la piedra, ya la daga de su adversario puesto en pie se cernía contra él. Pero en el último segundo, la cadena de las esposas de mi compañero detuvo la hoja fatídica. Apoyándose sobre la espalda y sin perder un instante, Smith catapultó sus piernas contra el plexo solar del dakoi. Doblándose ante el inesperado impacto, éste trastabilló y, antes de que pudiera recobrar el equilibrio, cayó del puente con un aullido infrahumano.

Separándose violentamente de mi cuerpo, mi contrario clavó sus uñas en mis antebrazos, tratando de debilitar aquel anillo mortal que se ceñía a su garganta. Yo no estaba dispuesto a ceder, pero de pronto advertí con horror que mis piernas se estaban balanceando en el vacío.

Al acudir en mi ayuda, Smith advirtió al mismo tiempo que yo lo horrible de aquella situación. Tan sólo las manos del dakoi en torno a mis brazos me separaba de una segura caída al vacío. Si Smith golpeaba a mi adversario, parecía seguro que ambos nos precipitaríamos a la muerte.

Un instante de terror que me pareció infinito se adueñó de mi ser. Sin embargo, en aquel momento se produjo un acontecimiento tan extraordinario que incluso el terror se borró en el acto. Un áspero grito de furia resonó tan inesperado y sorprendente que nuestras tres cabezas se giraron al unísono en su dirección.

En el extremo del Puente del Diablo, ataviado con su túnica amarilla, Fu Manchú alzaba los brazos como si invocase a la luna llena que brillaba a su espalda.

CAPÍTULO 35
EL CATACLISMO

Nunca en mi vida había tenido ocasión de contemplar una figura que ofreciera tan sobrenatural impresión de autoridad. La luz de la luna arrancaba destellos a la túnica de seda, bañándole en un aura de satánica majestuosidad.

De modo involuntario, mis dedos aflojaron la presión sobre el cuello del dakoi. Poniéndose en pie, como hipnotizado, éste se volvió lentamente hacia su maestro mientras ya Smith me agarraba antes de que pudiera resbalar por el borde del puente. Con su ayuda, en un instante me encontré otra vez en pie sobre la roca.

El dakoi temblaba como una hoja, paralizado ante la presencia de su amo. Con gesto solemne, Fu Manchú bajó los brazos extendidos en el aire hasta detenerlos frente a su servidor, apuntado por ambos índices. De pronto los dos dedos señalaron hacia abajo en gesto perentorio. Al reflejo de la luna, una sombra de miedo cruzó el rostro del esbirro para transformarse al instante en una expresión que sólo puedo calificar de éxtasis religioso.

—¡Si Fan! —aulló el dakoi, lanzándose al vacío de un salto.

—*¡Dios santo! ¡Estos hombres están completamente locos!*

Había un deje de horror en la voz de Sherlock Holmes. ¡Voz que provenía de la silueta ataviada en la túnica amarilla! Al acercarse a nosotros, efectivamente, advertí que sus facciones no se correspondían con las de Fu Manchú.

—¡Holmes! —exclamé con incredulidad.

—Únicamente quería ponerle de rodillas, para poder reducirle con mayor facilidad —murmuró el detective, con la voz todavía temblorosa por efecto de la horripilante escena—. ¡Pero ese desgraciado interpretó mi gesto como una orden de suicidio!

—El jeque Al Jebal gozaba de un poder similar sobre los *hashissin* —intervino Smith con tranquilidad.

Con un esfuerzo que adiviné titánico, Holmes consiguió dominar su emoción.

—¡Ah! Es usted el comisionado Nayland Smith, si no me equivoco —dijo por fin.

—En efecto. Encantado de conocerle, señor Holmes —respondió Smith, estrechando la mano del detective—. Siempre he ansiado conocerle, pero le aseguro que en ninguna otra ocasión me habría alegrado tanto de su aparición.

En ocasiones como éstas, Smith tenía la extraña cualidad de no dejarse sorprender por acontecimiento alguno. Yo, sin embargo, estaba hecho de una madera muy diferente.

—¡Holmes! ¿Cómo ha podido usted…? El detective me cortó con una sonrisa.

—Usted mismo tuvo la amabilidad de subrayar en cierta ocasión el superficial parecido que comparto con Fu Manchú. Bien, con la luna a mi espalda, el parecido resulta más convincente. Por lo menos durante unos segundos. ¡Pero no perdamos más tiempo! ¡Abandonemos este maldito lugar antes de que se nos eche encima la tribu al completo!

Uniendo la acción a la palabra, Holmes echó a caminar a grandes zancadas en dirección a la Cabeza Exterior. Mientras seguíamos sus pasos, un montón de cuestiones inexplicadas me bullían en la cabeza.

—¡Nada ha marchado bien en toda la noche! —gruñó Holmes repentinamente—. ¡He intentado demasiadas cosas a la vez y por ello los resultados son tan pobres!

Con gesto furioso, el detective se desprendió de la túnica amarilla, que arrojó a un lado sin contemplaciones. Para mi estupefacción, la nueva indumentaria de mi compañero consistía nada menos que en los calzones de cuero y los tirantes del doctor Reinhardt.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿Era *usted*?

—Naturalmente, ¿quién si no? ¿No me había reconocido? No me atreví a decírselo directamente, pues sé que es usted tan indiscreto como el pobre Watson, pero lo cierto es que le di una oportunidad tras otra para que lo adivinara.

A pesar de hallarme algo enojado ante sus palabras, no pude reprimir una sonrisa ante los ridículos calzones de cuero, doblemente más absurdos ahora.

—Me parece que ha perdido usted algo de peso en los últimos días —dije en tono sardónico.

—Algo de barriga, diría yo —terció Holmes con tranquilidad—. Lo cierto es que uno puede obtener una interesante variedad de estómagos mediante el simple inflado de un globo. Aunque imagino que el truco debe de resultar un tanto molesto si al globo le da por estallar en un momento inoportuno.

Avanzando con rapidez por las rocas que unían una isla a otra, Holmes aprovechó la ocasión para hacer una pausa.

—Creo que no estará de más desembarazarnos de esos incómodos grilletes de sus muñecas. Siéntense un momento y si no les he librado de ellos en cinco minutos es que ya es hora de que me dirija al asilo. Tenga esta linterna e ilumine para mí, doctor.

Holmes extrajo un gran cuchillo de múltiples usos del bolsillo de su calzón. Abriéndolo, examinó cuidadosamente una magnífica colección de ganzúas.

—Es ésta una excelente herramienta —apuntó—, obsequio personal de un auténtico genio en su profesión que me la confió con la explicación de que allí donde iba a dirigirse no necesitaría más de ella…

Dicho y hecho. Tras ensayar brevemente dos o tres ganzúas, Holmes apenas si tardó un minuto en abrir nuestras esposas. Aliviado, me restregué las despellejadas muñecas. Ahora ya sabía lo que sentía un esclavo al ser liberado.

—¡Más vale que aceleremos el paso! —indicó el detective mientras cruzábamos sobre las rocas—. El paso quedará cerrado por la marea a la una y quince minutos y

hace ya rato que ha pasado la medianoche. Bien, bien, ¡todavía no hemos sido derrotados!

Al emprender el ascenso de la empinada escalerilla rocosa que tantos esfuerzos nos había hecho derrochar en la ida advertí que mis facultades se revelaban ahora dotadas de una energía que parecía inagotable. No sin aprensión, se me ocurrió que en aquellos instantes Fu Manchú se estaría preguntando el motivo de nuestro retraso y no tardaría —si no lo había hecho ya— en enviar a sus secuaces tras nosotros.

Frente a nosotros se alzaba ya la loma que conducía a la cima de la Cabeza Interior. Antes de aventurarnos por ella, Holmes nos conminó a detenernos con un gesto de prudencia.

—Ese campamento, ¿está tan vacío como aparenta?

—Sí. Todos sus ocupantes se encuentran en el extremo opuesto del Gusano.

—¡Bien! En ese caso, no se hable más: adelante.

Mientras caminaba junto a Holmes, el recuerdo de la imprudente actitud que había tomado en las últimas horas hizo que me sintiera avergonzado de mí mismo.

—Siento haber roto mi promesa de no acercarme al Gusano. Pero lo cierto es que mi opinión al respecto no fue tomada en consideración por el Si Fan.

—Lo sé, lo sé. Fui testigo de su transporte, aunque no podía estar completamente seguro de que realmente se tratase de usted. Bien, quizá la historia de la aviación le incluirá algún día en el capítulo de los pioneros. Aunque, la verdad, no le envidio la experiencia.

Aprovechando lo uniforme de la superficie que cruzábamos en aquellos minutos, el detective accedió a revelarnos algunos detalles de la misteriosa conducta que había seguido en las últimas horas.

—Cuando me despedí de usted, yo sabía muy bien que nunca podría obtener toda la asistencia oficial que precisábamos en tan corto espacio de tiempo. Sin embargo, era preciso que yo desapareciera de la escena. Nuestra presencia en Rhossili era demasiado bien conocida y, en adición, Fu Manchú parecía estar capacitado para descubrir nuestra presencia en cualquier momento y en cualquier lugar que nos halláramos.

—Cierto. Podía hacerlo —dijo Nayland Smith con calma.

Holmes se detuvo, observando a mi compañero de modo un tanto extraño durante un segundo.

—Desde mi marcha —prosiguió—, he mentido más que Ananías. Tras anunciar mi marcha, declaré a los Gwynn, sabedores de nuestra condición detectivesca, que era preciso que alojasen en su hogar al doctor Reinhardt, un peligroso espía alemán al que estábamos tendiendo una trampa. Con ello, me aseguré mi propio alojamiento.

—¿Cómo se las ingenió usted para asumir su nueva identidad y regresar con tanta rapidez?

—¡Oh! Eso no tiene ninguna dificultad. Si recuerda usted bien, me dejó en Swansea a las tres de la tarde y reaparecí con mi disfraz hacia las diez de la noche. En

siete horas es posible hacer muchas cosas. Primero efectué un par de llamadas telefónicas y aminoré el guardarropa del teatro Palace. A continuación compré un billete a Londres, tomé mi tren y me bajé de él en Cardiff, aprovechando el trayecto para transformarme en Reinhardt. En Cardiff no tuve más que cambiar de andén y tomar un nuevo tren hacia Swansea.

—¿Y qué ha hecho usted desde entonces?

—A la mañana siguiente me encaminé hacia el Gusano, confiando en que mi disfraz de ornitólogo medio chalado me ayudaría en la tarea. Nadie se interpuso en mi camino hasta que llegué ante el Puente del Diablo. Allí me salió al paso un individuo ataviado de comandante de *boy scouts*, quien insistió en que el camino estaba derruido y resultaba extremadamente peligroso. Ese hombre era inglés, ¿le conocen?

—Sí —respondió Smith en tono sombrío—. Ya me he encontrado con él en Moulmein y Shanghai. Se trata del hijo menor de un conocido aristócrata y es el peor sinvergüenza que ha salido de Oxford. Un traficante de armas y drogas sin el menor escrúpulo.

—Ya veo. Cuando fingí no comprender sus indicaciones, el sujeto en cuestión pronto me salió con «*gefährlich*» y «*verboten*» por todas partes. No me atreví a discutir con él, pues su alemán parecía bastante mejor que el mío. Tras retirarme a la Cabeza Interior me pasé el resto del día escudriñando la zona con mis prismáticos. Esta mañana (o ayer, si así lo prefieren) repetí el procedimiento. Al pasar junto al campamento para regresar a Rhossili, creo haber originado una pequeña conmoción.

—¡Eso era, entonces! —terció Smith—. Ahora entiendo por qué me mantuvieron escondido durante varios minutos en el interior de una tienda y con el cuchillo de un dakoi en el cuello.

—¿Y qué ha sucedido exactamente esta noche? —inquirí.

—Con la llegada de la pleamar me deslicé hasta la Cabeza Interior. Es posible que el Si Fan tuviera algún vigilante, pero debo decirles que he pasado algún tiempo en Norteamérica, donde tuve ocasión de aprender algunos trucos indios. A cuatro patas y con una especie de caparazón de goma negruzca sobre la espalda que me asemejaba a un escollo, empleé más de una hora en llegar hasta aquí, pero conseguí hacerlo sin que nadie me descubriera. Según creía el Si Fan estaba preparando alguna operación de naturaleza desconocida en la Cabeza Exterior. Por medio de terceras personas ya sabía que existían dos cuevas situadas frente al mar. Tenía la sospecha de que Fu Manchú albergaba un mecanismo tan complicado como aparatoso en una de ellas.

—¿Conocía usted en qué consiste exactamente ese mecanismo? —interrumpió Smith.

—No. Aunque estaba convencido de que se trataba de un aparato de carácter mortífero. Fuera lo que fuese, tenía la intención de inutilizarlo por cualquier medio. A continuación los rescataría a ustedes dos. Petrie, ¿se acuerda usted de Cliff Langley, el hombre que nos acompañó en nuestra excursión a Nant Gareth?

—Por supuesto.

—Nada más regresar de mi primera visita al Gusano me encargué de telefonearle. No resulta sencillo adquirir explosivos así como así. Esta mañana se acercó a Port Beynon, donde me hizo entrega de dinamita y un despertador útil para construir un mecanismo de…

Un silencio lejano resonó a nuestras espaldas, prontamente coreado por nuevos silbidos.

—¡Los dakois! —exclamó Smith—. ¡Han advertido nuestra fuga!

—Así es —dijo Holmes sin inmutarse—. Pero no nos alcanzarán. —Caminando a buen paso, el famoso investigador prosiguió tranquilamente con su relato—. Deseoso de evitar los senderos acostumbrados del Gusano, marché entre peñascos y farallones. En un momento dado, advertí la especie de éxodo generalizado que se producía hacia la Cabeza Exterior; ello me hizo pensar que Fu Manchú preparaba su golpe para esta noche.

—¡Así es! —terció Smith.

Holmes se encogió de hombros en señal de impotencia.

—En ese caso, todo cuanto podemos hacer es regresar al pueblo y avisarles de que algo extraño sucederá esta noche en el Gusano… Ello no nos servirá de mucho. En fin, me las vi y me las deseé para deslizarme por las paredes del acantilado hasta lograr situarme justamente debajo de las dos cavernas. Siempre he sido buen alpinista y llevaba conmigo material de escalada, pero les aseguro que escalar acantilados desconocidos a la luz de la luna no resulta precisamente sencillo. Cuando ya me disponía a trepar a la cueva inferior, se produjo lo imprevisto. Dos miembros del Si Fan aparecieron al borde del acantilado y descendieron por las escalerillas de bambú. Al retirarme a toda prisa para no ser descubierto, tuve la desgracia de resbalar. Una caída de seis o siete metros.

—¡Cielo santo!

—Por fortuna caí sobre un saliente y unos arbustos amortiguaron el impacto. No sufrí herida alguna, pero la mayor parte de mis efectos, ¡la bomba de relojería entre ellos!, cayeron al mar al entreabrirse mi pequeño macuto. Atrapado en la pequeña cornisa y batido por la espuma de las olas que rompían a pocos metros bajo mis pies, sudé tinta ante la posibilidad de que los dos individuos permaneciesen en la caverna de modo indefinido. Gracias a Dios, reaparecieron al cabo de unos treinta minutos y, tras trepar por la escalerilla de bambú, se perdieron por el borde del acantilado. Rápidamente trepé como pude a la cueva y corté el extremo inferior de la escalerilla para garantizarme unos minutos de tranquilidad.

—¿Qué descubrió usted en esa cueva? —intervino Smith.

—Una máquina, tal como había imaginado. Una máquina como jamás había visto anteriormente y que no tenía oportunidad de destruir. Sólo disponía de unos minutos. De pronto oí una pequeña algarabía en el exterior; el Si Fan había descubierto que la escalerilla había quedado reducida a la mitad. Mientras corrían a buscar un repuesto, di casualmente con la túnica de Fu Manchú, que no vacilé en agenciarme.

Smith no pudo contener una carcajada.

—¡Sin duda pensaba vestirla en el momento de poner en marcha la operación! Fu Manchú tiene el característico sentido teatral de tantos chinos. ¡Y les aseguro que rodarán cabezas cuando descubra la ausencia de su túnica más preciada!

—Estoy seguro de ello. Si me apropié de ella fue porque creí que podía serme de utilidad para liberarles a ustedes.

—¿Cuál era su plan?

—De haberme encontrado con dos o tres guardianes, inmovilizarlos a punta de pistola y acabar con ellos si me ofrecían resistencia. En caso de toparme con un grupo más numeroso, tenía previsto prender fuego al campamento y ayudarlos a escapar entre la confusión. ¡Dios santo! Me alegro de que la papeleta ya esté solventada, pues mis instintos se están volviendo tan asesinos como los de todos ustedes. Con todo, no fue preciso emplear medidas tan extremas. Al llegar al puente del Diablo vi lo que sucedía y, vistiéndome la túnica de Fu Manchú a toda prisa, traté de intervenir antes de que fuera demasiado tarde.

Nos hallábamos ya al final del sendero. Frente a nosotros se extendía el puente natural, o lo que la pleamar todavía no había engullido de él, circunstancia que resultaba imposible de precisar en la oscuridad.

—¿Podremos pasar? —inquirí, dubitativo.

—¡No hay otro remedio! —cortó Holmes, adentrándose en la menguante superficie rocosa.

Resbalando de modo casi continuo sobre la húmeda roca sembrada de moluscos y engañosamente regular a la luz de la luna, nuestro denodado avance no era todo lo rápido que hubiéramos deseado.

Apenas si nos habríamos alejado un centenar de metros del Gusano cuando algo silbó de modo siniestro junto a mi oído para acabar estrellándose sordamente contra los escollos.

—¡Flechas! —aclaró Smith—. ¡Y sin duda envenenadas!

—Hum. No se atreven a disparar sus armas de fuego; prefieren la discreción —murmuró Holmes—. En ese caso, démonos prisa y pronto estaremos fuera de su alcance.

—Por lo menos no parecen decididos a seguirnos —tercié yo.

—¡Mal presagio! Ello indica que no nos creen capaces de llegar a la playa.

Tal suposición no parecía injustificada. La subida de la marea nos obligaba a sortear constantes charcas y canalillos que nos hacían perder unos minutos preciosos. Fuera del alcance de las flechas, habríamos recorrido una tercera parte de la ruta y ya nos creíamos a salvo del Si Fan cuando Smith dio la señal de alarma.

—¡Cuidado!

Volviéndome hacia el Gusano, advertí la siniestra forma de la cometa proyectada desde la cima de la Cabeza Interior. Tras elevarse por un instante en el aire, el mortífero artefacto planeó velozmente hacia nosotros arrastrando consigo una maraña

de cuerdas con pequeños garfios anudados en su cabo inferior.

—¡Al suelo! —ordenó Holmes.

Justo a tiempo. Arrojándonos de bruces sobre la roca, la siniestra cola de la cometa planeó sibilando vertiginosamente a poca distancia de nuestras cabezas. Wang Lo alzó de nuevo su máquina, describió con ella un amplio círculo en el cielo y emprendió el inicio de un nuevo picado. Poniéndose en pie valientemente, Holmes alzó su arma y apuntó cuidadosamente con ambas manos en la culata. Tras unos segundos que me parecieron interminables, la pistola efectuó cuatro disparos.

La cometa vaciló un instante, torció su trayectoria y cayó revoloteando hasta estrellarse contra la pared de la Cabeza Interior.

—¡Hurra! ¡Al infierno con él, Holmes! —exclamó Nayland Smith.

Encogiéndose de hombros, Sherlock Holmes devolvió la pistola a su bolsillo y reemprendió el avance como si nada hubiera sucedido. Sin embargo, allí donde Fu Manchú había fracasado, Neptuno parecía ser capaz de actuar con éxito. Tras haber completado la mitad de nuestro avance, nos resultaba dificilísimo dar con la salida a aquel laberinto en el que continuamente se nos cerraban los pasajes a uno y otro lado.

No tardamos en hallarnos hundidos hasta los tobillos en charcas cada vez mayores y remolinos cada vez más espaciosos. El agua estaba helada y hacía que los guijarros resbalaran constantemente bajo nuestros pies entumecidos y que apenas si podían distinguir ya la firmeza del fondo sobre el que se posaban.

Tambaleándonos como borrachos y empapados de pies a cabeza, avanzamos metro a metro hasta llegar a unos cien pasos de la pared del acantilado, donde nuestro avance se vio bloqueado por una infranqueable muralla de blanca espuma.

Tras vacilar un instante, nos lanzamos desesperadamente hacia la costa. Aunque el agua no era profunda (apenas si nos llegaría al muslo), la fuerza de las invisibles corrientes y remolinos era tal que imposibilitaba por completo nuestros pasos y hacía quimérico el intento a nado. Tras avanzar penosísimamente una decena de metros, un resbalón me hizo rodar bajo el agua. Poniéndome en pie del mejor modo posible, sentí que el pánico se estaba adueñando de mí.

—¡Dios mío! —gemí—. ¡Nunca lo conseguiremos!

—¡Eso está por ver! —masculló Holmes—. ¡Vuélvase atrás!

Sus dedos huesudos se cerraron con fuerza sobre mi brazo, arrastrándome a los menguados restos de la porción rocosa que acabábamos de dejar atrás. Aunque Smith nos siguió sin rechistar, yo no encontraba sentido alguno a aquella medida. En diez minutos nuestro precario refugio habría desaparecido por completo.

Con gesto ceñudo, Holmes rasgó su camisa hasta extraer de ella un pequeño objeto cilíndrico. Sosteniéndolo en alto con su mano izquierda, Holmes dio un tirón a su base con la derecha. Con una sorda explosión, una serpiente de fuego se alzó sobre la noche, arrastrando una gran estela amarillenta que no desaparecía sino muy lentamente.

Un instante después, una sucesión de lucecillas descendió rápidamente por la

colina situada frente a nosotros. Una docena de fornidos individuos se adentró con decisión entre las olas arrastrando consigo una gruesa cuerda de salvamento. Eran aquellos hombres de mar acostumbrados a situaciones de emergencia que muy pronto llegaron a nuestra posición y cerraron la gruesa maroma en nuestro derredor. Entre pullas y risotadas, el compacto grupo humano nos arrastró hasta la playa. Al llegar a tierra firme, fuimos transportados casi en volandas por la ladera que llevaba a la cima del acantilado.

Todo sucedió tan rápidamente que apenas pude articular palabra alguna. Medio inconsciente y llevado como un juguete por nuestros salvadores, me sorprendió ser recibido como un héroe por una multitud de hombres armados con linternas, horcas de granja y escopetas de caza que parecía rodear la cabaña del guardacostas.

—¡Éste es mi pequeño ejército, Petrie! —me reveló Holmes al oído—. Me he encargado de reclutarlo en los últimos días.

Yo no tenía fuerzas para musitar respuesta alguna. Aunque no llegué a perder el conocimiento, los minutos siguientes transcurrieron de modo confuso, sin registrar prácticamente impresión alguna en mi cerebro sobreexcitado. No llegué a recobrar la plena conciencia de cuanto acontecía hasta algo después, cuando me encontré sentado junto a mis compañeros en la cabaña de Bennett, bebiendo un vaso tras otro de aguardiente y ataviado, al igual que ellos, por una ecléctica mezcolanza de ropas secas suministradas por los hombres que montaban guardia en el exterior (mi agradecimiento eterno para el generoso y anónimo caballero que me cedió sus pantalones).

—¡Loado sea Dios! —exclamaba Trevor Bennett—. Todo el rato los estuve observando con los prismáticos. Cuando el pájaro, eh…, la cosa se les echó encima, me pareció que Megan iba a volverse loca.

Incapaz aún de articular palabra alguna, mi rostro de total incomprensión debió de atraer la atención de Holmes.

—He hecho venir a más de sesenta hombres. Desde puntos tan lejanos como Llangenydd y Reynoldston. En ausencia de una acción oficial, estaba seguro de poder confiar en el genial sentido céltico para la improvisación, que ya sirvió, más de un siglo atrás, para desbaratar la invasión napoleónica.

La casual observación obtuvo el efecto deseado de hacerme volver a mis sentidos. Con una sonrisa, se me ocurrió que, a pesar de todos sus esotéricos temas de estudio, Holmes no estaba demasiado versado en la historia.

—¡Pero jamás existió una invasión napoleónica! ¡Los franceses nunca llegaron a pisar suelo británico!

—¡Al contrario! —La sonrisa de Holmes parecía querer empequeñecer la mía propia—. Suele ignorarse que mil cuatrocientos soldados de Francia lograron desembarcar en Pembrokeshire. ¡Quizá tal ignorancia se deba al hecho de que fueron prontamente derrotados por una improvisada legión de campesinos armados de horcas y azadones y ayudados por la aparición repentina de un grupo de mujeres

cuyos chales encarnados fueron tomados por el francés como las rojas casacas de la infantería inglesa! —Holmes observó, divertido, mi expresión enfurruñada—. En este caso, el reclutamiento tampoco me ofreció problema alguno. El lunes por la mañana compré una bicicleta y me dediqué a recorrer las tabernas de la región, donde anuncié que el Gusano había sido tomado como cabeza de puente ¡por una avanzadilla del ejército chino que se disponía a invadir Gran Bretaña!

Nayland Smith soltó una ruidosa carcajada. Tras prender su vieja pipa con el fuerte tabaco marinero cedido por Bennett, Holmes prosiguió en tono serio.

—Caballeros, debo anunciarles que mi misión puede darse por concluida. El doctor Petrie me encargó investigar el secuestro de Smith y me pidió que le ayudase en su rescate. Efectuado éste, mi trabajo ha terminado. Lo que pueda ser del doctor Fu Manchú no es ya, hablando en propiedad, terreno de mi incumbencia. Con todo, no quisiera despedirme sin ponerles al corriente de algunos descubrimientos que he efectuado y que quizá les resulten de interés. En la cueva inferior situada en la pared de la Cabeza Exterior, Fu Manchú esconde un arma de aspecto un tanto extraño. En principio, se asemeja en algo a un gran cañón y…

—¿Un cañón?

—¡Sí! ¡Pero un cañón que no dispara proyectiles, tal como nosotros entendemos esa palabra! Se trata de un cañón, sin recámara y cuya boca no es otra cosa que una barra de cuarzo sólido. Creo que su funcionamiento depende de un aparato vecino consistente en una pantalla de cristal contra la que se estrella un hilillo luminoso, reflejado a su vez en tres pequeños espejos dispuestos en ángulos diferentes.

Smith y yo nos miramos con extrañeza. Bennett parecía igualmente asombrado.

—Jamás he visto antes un arma así ni sé cómo funciona —prosiguió Holmes con gravedad—, pero me atreveré a plantear una hipótesis. En mi opinión, el delgado hilillo luminoso no es sino el extremo de una línea invisible que se extiende entre el Gusano y el buque chino situado bastante más allá del horizonte. Yo diría que se trata de una señal. Cuando un nuevo barco la atraviese, la señal debe activarse en la pantalla de cristal, momento que Fu Manchú espera para destruir ese barco…

—¡Dios mío! ¡El *Hindustan*! —Trevor Bennett saltó de su asiento como movido por un resorte.

—¿Cómo?

Con las facciones blancas como el papel, Bennett se mesó los cabellos con desesperación.

—El *Hindustan* es el viejo barco en el que el príncipe de Gales sirvió una vez como cadete. Y el príncipe se halla ahora a bordo, efectuando una gira por los puertos galeses, gira que debe iniciarse en Cardiff, donde atracará esta noche. ¡Dios mío! ¿Acaso no lee usted los periódicos?

—Raramente me interesan las páginas en que se reseñan esta clase de acontecimientos —repuso Holmes con sequedad.

—… *antes de marcharme asestaré un golpe del que la arrogante Gran Bretaña*

tardará mucho en recobrarse… —musité con abatimiento.

No cabía concebir mayor afrenta que aquélla: la destrucción del heredero al trono británico y de uno de los buques señeros de la Marina con toda su tripulación en un momento como aquél, en que Inglaterra se hallaba al borde de la guerra.

—¡Es preciso que ese buque altere su rumbo! —rugió Smith—. ¡Una radio!

—Sí… —murmuró el guardacostas. Las manos le temblaban de modo evidente —. Pero no tenemos aparato de radio aquí. Voy a llamar ahora mismo a la estación…

Nada más tomar el auricular del teléfono, Bennett lo dejó caer violentamente. Un agudo zumbido nacía del aparato.

—¿Qué diablos…?

En aquel instante, unos gritos de asombro nos llegaron del exterior de la casa. Al precipitarnos hacia allí, los recientes aliados de Holmes señalaron, entre murmullos de incredulidad, al cable telefónico de Rhossili, que parecía ser presa de una especie de baile de San Vito.

—Fu Manchú ha inutilizado la línea mediante la creación de un campo electrostático —declaró Holmes con gravedad—. Estamos incomunicados y ya no queda tiempo material para intentar cosa alguna.

En silencio volvimos la vista hacia la monstruosa silueta del Gusano, negra como el azabache sobre las aguas plateadas.

—Esta jugada reportará a Fu Manchú el liderazgo incuestionable del Si Fan — dijo Smith apretando los puños con rabia—. Quizá ésta sea su venganza por la muerte del joven emperador Kuang Hsu, de la que, como en él es habitual, responsabiliza a Inglaterra.

—¿De veras le cree usted capacitado para efectuar una acción así? —pregunté con ansiedad—. ¿Fulminar a un barco que ni siquiera puede ser visto?

—Sí —respondió Holmes austeramente—. Le creo capacitado para ello. Quizá emplee una especie de rayo artificial o una onda supersónica como la que acabó con el profesor Davies.

Varios minutos transcurrieron angustiosamente. En silencio aguardamos a que se produjera la tragedia que no podíamos evitar.

—¿Realmente no hay nada que podamos hacer? —inquirí con rabia.

Smith denegó con la cabeza y fue Holmes quien se encargó de responderme.

—Ahora ya es demasiado tarde… Con todo, nos queda aún una posibilidad muy remota. Durante mi visita a la cueva, no encontré medio alguno de inutilizar esa arma maldita. Con todo, mis manos son fuertes y me las arreglé para combar los tres espejos una fracción más allá de su posición original…

Las palabras de Holmes se vieron repentinamente interrumpidas por la explosión, una explosión silenciosa y de naturaleza distinta a la que esperábamos. Una luz intensísima, reluciente como la del arco voltaico, brotó de la Cabeza Exterior. Pero, contra lo que creíamos, el rayo luminoso no avanzó contra el horizonte sino que, a unos cinco kilómetros del Gusano, perdió fuerza súbitamente y cayó al mar. ¡Y allí

donde cayó el mar pareció esfumarse! Enormes nubes de vapor se alzaron contra el cielo y un gigantesco abismo se abrió en las aguas, un abismo tal que parecía como si el propio fondo marino hubiera desaparecido.

—¡Dios Santo! —exclamó Smith—. ¡Fu Manchú ha errado su blanco y no puede detener lo que ha creado!

La increíble escena se prolongó durante una decena de segundos. El colosal abismo siguió abriéndose en las aguas hasta que el rayo luminoso murió repentinamente. Tras una fracción de segundo, indecisas, las aguas se cerraron con furia sobre la afrenta a ellas causada. Un remolino gigantesco se formó sobre el desaparecido abismo hasta transformarse en una ola de proporciones jamás imaginadas en una costa británica. Ganando metros sin cesar, despidiendo toneladas de espuma en todas direcciones, aquella ola sobrenatural se cernió sobre el Gusano con todo el peso y la ira del Atlántico a sus espaldas.

Con estruendo ensordecedor, la ola vengadora anegó por completo la negruzca estampa del Gusano, batiéndola con furor entre gigantescas moles de espuma durante varios segundos.

Satisfechas por el castigo, las aguas se retiraron de su maltrecha presa y todo volvió a cobrar el mismo aspecto de antaño[32].

EPÍLOGO

La lancha costera enviada desde Port Beynon aquella misma noche no encontró superviviente alguno.

Poco después del amanecer, cuatro cadáveres fueron hallados en la playa de la bahía de Rhossili. Tan pronto como la pleamar hizo posible el paso, una partida de hombres —entre la que nos hallábamos— se puso en camino hacia el Gusano.

Bajo el brillante sol primaveral, el paso infernal que a punto había estado de llevarse nuestras vidas la noche anterior mostraba ahora un aspecto casi idílico.

En el Gusano tuve ocasión de visitar por primera vez la Cabeza Exterior. A pesar de la ausencia de las escalerillas de bambú, dos muchachos particularmente ágiles descendieron hasta las cuevas, donde no hallaron otra cosa que algunos retorcidos fragmentos de metal. En el camino de regreso descubrimos dos nuevos cadáveres entre las rocas. Ambos eran dakois, pero nos resultaba imposible determinar si se trataba de los mismos individuos que hallaron la muerte en el Puente del Diablo.

—¡Hacen falta más que unas simples olas para acabar con Fu Manchú! —gruñó Smith con aspereza.

Resultaba muy extraño que de la veintena de personas que se hallaban en el Gusano la noche anterior únicamente hubiéramos rescatado seis cadáveres. Nos resultaba difícil de creer que una ola tan breve como gigantesca hubiera podido barrer hasta el último vestigio de la estancia del Si Fan en el lugar. Smith y yo éramos de la opinión de que Zarmi debía de haber rescatado sigilosamente a los supervivientes con la ayuda del falso barco pesquero mucho antes de que la patrulla hiciera acto de presencia.

De regreso en tierra firme, me alegró comprobar que nuestro automóvil seguía intacto allí donde lo había aparcado. Una visita al caserón abandonado no nos ofreció indicio alguno; con toda seguridad el Si Fan sólo había hecho uso de él para tenderme aquella emboscada. Me extrañó no hallar mi pistola entre los escombros, circunstancia no demasiado importante (al parecer unos niños la habían hallado de modo casual, según refería la nota con que me fue devuelta unos días más tarde).

De vuelta en Swansea, mientras yo reposaba con tranquilidad en la cama del hotel, Holmes y Smith se dirigieron a la comisaría central, donde su relato de lo sucedido casi consiguió que el superintendente Gribbler perdiera el resto de sus no excesivos cabales. Como de costumbre, las autoridades terminaron por decidir que el público no tenía interés alguno en conocer nuestra historia y la prensa local se limitó a consignar en unas pocas líneas el sorprendente temporal acaecido en la bahía de Rhossili, que había resultado fatal para una anónima caravana de gitanos acampada en la isla del Gusano.

Resueltos los aspectos oficiales del asunto, aquella noche nos reunimos Smith,

Holmes y yo en el bar de nuestro hotel. Ahora que la acción había terminado, bebimos nuestras copas en silencio durante algunos minutos. Aquel ambiente un tanto melancólico se vio roto de improviso por las palabras de Holmes.

—Hay un aspecto de este caso que todavía me resulta misterioso —declaró, dirigiéndose a Smith—. Durante mi visita al Gusano recordará usted que me extrañé del modo casi infalible con que Fu Manchú parecía localizarnos en el momento que le apetecía. Si no recuerdo mal, usted apuntó que Fu Manchú, efectivamente, tenía medios para ello. ¿Puedo preguntarle qué medios eran ésos?

Smith vaciló por un instante.

—Hum. Me temo que mi explicación le va a parecer un tanto fantástica…

—¡Nada de eso! Este caso ya ha reunido los suficientes elementos fantásticos como para que mi natural tendencia al escepticismo se vea debilitada durante un tiempo. ¡Le ruego que me cuente de qué método se valía para localizarnos!

—Bien. Hablando con propiedad, Fu Manchú únicamente podía determinar la localización del doctor Petrie.

—¿Cómo? —exclamé con asombro.

—¿Qué quiere usted decir? —secundó Holmes.

—Déjenme que les refiera una historia para ayudarlos a comprender. Yo tengo en Rangún un criado que lleva años a mi servicio. Como ustedes comprenderán, la naturaleza de mi oficio me obliga a desplazarme continuamente; nunca sé cuándo debo partir y cuando me marcho ignoro por cuánto tiempo se prolongará mi ausencia. En ninguna ocasión he adelantado a mi criado la fecha de mi regreso a la ciudad. A pesar de ello, cada vez que vuelvo, me encuentro con que ha acudido al muelle a recibirme. Si le preguntan ustedes, como yo he hecho en más de una ocasión, no sabrá decirles de dónde provienen sus dotes premonitorias. Todo cuanto podrá referirles es que al despertarse por la mañana, *supo* en el acto que mi regreso se produciría ese día. Hasta ahora jamás se ha equivocado.

—Sí, conozco estas historias —dijo Holmes con impaciencia—. Sé que son comunes en Oriente y no dudo de que algunas de ellas posean un fondo de verdad.

Nayland Smith se volvió en mi dirección.

—Sin duda recordará usted los viejos tiempos, Petrie. ¿Qué me dice del modo en que Karamaneh aparecía siempre en el lugar más inesperado? ¿Cómo le encontró, por ejemplo, aquella noche en New Oxford Street? Esa muchacha tiene un instinto que se lo dice. Quizá no el lugar exacto en que usted se encuentra, pero sí en qué dirección se halla. Si quiere dar con usted no tiene más que caminar en esa dirección hasta encontrarle.

—¡Cielo santo! ¿Es eso posible?

—Se trata de una facultad inconsciente, por supuesto. El doctor Fu Manchú conoce esa cualidad y la emplea para su propio provecho. Cuando desea averiguar su paradero, le basta para ello con hipnotizar a Karamaneh, transportarla a algún espacio abierto y ordenarle que camine a su encuentro. La dirección que sigue es anotada

cuidadosamente y el experimento se repite en un punto algo más alejado. A continuación, no hay otro secreto que proyectar ambas líneas sobre un mapa; el punto donde confluyen las líneas señala la localización del doctor Petrie. Yo he visto todo esto con mis propios ojos. En otras palabras, Fu Manchú se sirve de Karamaneh como un marino se serviría de su brújula. La precisión no depende tanto del instinto de la muchacha, que resulta infalible, como de la escala del mapa utilizado. En ocasiones sólo se puede señalar una ciudad o una comarca. Con un mapa de escala reducida es factible señalar una casa o un hotel.

Un largo silencio siguió a las impresionantes revelaciones de mi compañero.

—Tiene usted razón, Smith —reconoció Holmes—. Resultaría pueril por mi parte negar la existencia de poderes así. La mente humana constituye un almacén inexplorado que algún día será empleado hasta sus últimas consecuencias en el arte de la investigación criminal.

Dichas estas palabras, Sherlock Holmes se retiró a su habitación.

Al reunirse con nosotros a la mañana siguiente en la mesa del desayuno, Holmes se hallaba elegantemente ataviado con la americana de corte excelente que ya le había visto en una ocasión. Sobre su oscura corbata relucía un formidable pasador con una esmeralda, ornamento tan infrecuente en su persona que no me cupo otro remedio que felicitarle por su posesión.

—Sí, me lo encasqueto en las ocasiones especiales —explicó el investigador—. Saben ustedes que no soy sentimental, pero se trata de un regalo que tengo en muy alta estima.

—¿Un regalo de una dama? —se interesó Smith con una sonrisa.

—En efecto. De una dama muy distinguida[33]. —Tomando asiento frente a su plato, Holmes me hizo entrega de un gran sobre blanco—. Esto es para usted, Petrie. Se trata de mis propias notas relativas al caso Fu Manchú. Espero que le sean de alguna utilidad, pues debo partir en el tren de las doce.

—Por consiguiente, ¿no piensa usted seguir brindándonos su colaboración?

—No, Petrie. Fu Manchú es su adversario, igual que Moriarty fue el mío tiempo atrás.

Poco antes de las doce acompañamos a Holmes a la estación, donde le despedimos al pie del vagón con un apretón de manos. Cuando resonó el silbato, dirigimos una última mirada silenciosa a la ventanilla de aquel hombre solitario y excéntrico que temía hacer amigos, pero no vacilaba en arriesgar su vida por los demás. Jamás volví a verle. Nada sé de sus siguientes andanzas, aunque años más tarde me llegaría el rumor de que un Watson recién enviudado se había trasladado a la granja de Sussex, donde poco después fallecería en brazos de su amigo. Hay quien dice que Sherlock Holmes no pudo contener las lágrimas en aquella ocasión.

Nayland Smith y yo permanecimos unos días más en Swansea para regresar a nuestras habitaciones de Fleet Street poco después. A las cuarenta y ocho horas de mi estancia en Londres, me puse otra vez en camino para resolver los interrumpidos

trámites legales relativos al testamento de mi excéntrico pariente.

Resuelto el asunto, y de modo financieramente satisfactorio, pronto descubrí que con un poco de suerte aún podría regresar en el expreso[34].

AGRADECIMIENTOS

Para finalizar quisiera proponer un cordial voto de agradecimiento a *sir* Arthur Conan Doyle y Sax Rohmer por su creación de dos personajes inmortales: Sherlock Holmes y Fu Manchú. Debo también a Sax Rohmer agradecimiento eterno por sus años de amistad e instrucción en el complejo arte de escribir una buena historia.

Tengo la esperanzada convicción de no haber desmentido o desvirtuado aspecto alguno de las narraciones originales. De modo complementario, he adoptado las fechas y detalles sugeridos por W. S. Baring-Gould en su biografía imaginaria *Sherlock Holmes of Baker Street*. En lo que hace referencia a los escenarios galeses, aquellos lectores que sientan la tentación de seguir los pasos del doctor Petrie harán bien en abstenerse de buscar el Puente de los Contrabandistas, aunque no tendrán demasiada dificultad en dar con el resto de los paisajes descritos.

Entre las muchas personas que me han brindado su apoyo y consejo, quisiera destacar de modo particular a Robert Briney, editor de la *Rohmer Review*; John Carroll, de los Irregulares de Baker Street; Jack Torrance, de la agencia de detectives Torrance; el finado Ciaran Murray, del *Irish Times*; Sally Richards, del *South Wales Evening Post*; el señor y la señora Heller, propietarios del Hotel de la Isla del Gusano; el doctor Alí Hassan el-Samni y la señorita Teng Wei Kwang.

Cay Van Ash
Departamento de Literatura,
Universidad de Waseda,
Tokio

Notas

[1] Cabe recordar a este respecto que Von Bork conocía perfectamente la reputación de Sherlock Holmes, a quien siempre temió como adversario en potencia. <<

[2] Viernes y trece: en los países anglosajones, fecha de connotaciones equivalentes a las del martes y trece español. (*N. del t.*) <<

[3] En Inglaterra y otros países anglosajones las primeras ediciones de los periódicos de la mañana suelen estar a la venta al comenzar la noche. (*N. del t.*) <<

[4] Aunque durante años he escrito su nombre como «Fu-Manchú», varios sinólogos de renombre me han indicado que el guión no está justificado. (*N. del a.*) <<

[5] Ironías del destino, Weymouth es en la actualidad superintendente de policía en El Cairo. (*N. del a.*) <<

[6] Como en tantas otras ocasiones, Watson estaba equivocado. ¡El primer ministro ya lo había hecho! (*N. del ed*). <<

[7] Dieciséis años más tarde, me veo en la rara obligación de recordar al lector que, en aquellos días, un viaje de cien kilómetros aún tenía mucho de aventura. (*N. del a.*) <<

[8] Así era, en efecto. Petrie, sin embargo, ignoraba entonces que Holmes la había colocado a su vez como ama de llaves en la casa de Von Bork, donde ejercía tareas de espionaje para su viejo amo. (*N. del a.*) <<

[9] Teniendo en cuenta que el doctor Petrie no menciona en momento alguno la perilla que Holmes adoptó como disfraz en su personificación de «Altamont», cabe deducir que dicha perilla debió de ser postiza. En texto conocido con anterioridad (*La última pieza*), sin embargo, no sugería tal circunstancia en ningún momento. (*N. del ed*). <<

[10] La memoria engañaba al doctor Petrie. Las revueltas mencionadas tuvieron lugar en Tonypandy, población que, justo es mencionarlo, no dista demasiado de Merthyr Tydfil. (*N. del ed*). <<

[11] Siempre por delante de su tiempo, el doctor Fu Manchú se adelantó en sesenta años al escándalo Watergate. (*N. del ed*). <<

[12] Hoja de palmera seca usada tradicionalmente en Oriente Medio para infligir castigos corporales. (*N. del ed*). <<

[13] El recato del doctor Petrie en ocasiones raya en el absurdo. Cabe suponer que con tan pintoresca expresión se refiere a las bragas y el liguero. (*N. del ed*). <<

[14] No necesariamente. Las bailarinas desnudas eran frecuentes en el palacio de los califas abasidas. (*N. del ed*). <<

[15] El doctor Petrie, que tan parco se muestra en relación con sus antecedentes familiares, parece haber sido hijo de *sir* Flinders Petrie, el reputado egiptólogo. (*N. del ed*). <<

[16] Aquellos lectores que sospechen de una relación homosexual harían bien en recordar que las palabras del doctor Petrie hacen referencia a unos vínculos amistosos basados en la ética y las costumbres de su tiempo y que hoy en día resultan prácticamente imposibles. (*N. del ed*). <<

[17] «Trap» («trampa», en inglés) y «Trapp», se pronuncian de modo idéntico. De ahí la relación, imposible de verter al castellano, establecida por Holmes. (*N. del t.*) <<

[18] Este indiscreto comentario llevaría más tarde a la detención en Londres del consejo de los Siete. (*N. del a.*) <<

[19] Aunque le llevó catorce años más, Fu Manchú acabó por completarla. (*N. del ed*). <<

[20] Holmes aseguraba no saber conducir. Imagínense mi irritación al descubrir años más tarde que había tomado parte en el *rally* entre Londres y Brighton. (*N. del a.*) <<

[21] Curioso comentario éste, relacionado con el caso que Watson registró bajo el título de *The Retired Colourman. (N. del ed)*. <<

[22] *Sir* Edmund Backhouse (que heredó el título en 1918) fue uno de los últimos genios excéntricos. Su vida transcurrió en un mundo fantástico siempre cometiendo pequeñas estafas de las que apenas si extraía provecho (Véase *The Hermit of Peking* de H. Trevor-Roper). (*N. del ed*). <<

[23] Apodo de la emperatriz Tz'u Hsi. (*N. del ed*). <<

[24] Confusión plausible en inglés, dada la (relativa) semejanza entre las palabras *bicycle* y *megacycte. (N. del t.)* <<

[25] Dicha derrota no tardó en alcanzar proporciones catastróficas. Las actividades de Fu Manchú se vieron gravemente dificultadas en su país y al Si Fan le llevó casi catorce años el reponerse del golpe. (*N. del ed*). <<

[26] El paraje tiene por nombre Three Cliffs Bay. Todo aquel que desee confirmar las impresiones del doctor Petrie no tiene más que efectuar un paseo de tres kilómetros desde la parada de autobús más próxima. (*N. del ed*). <<

[27] «Pterodáctilo», evidentemente. (*N. del t.*) <<

[28] Juego de palabras intraducible. «Widemouth», pronunciación errónea del apellido Weymouth, significa algo así como «bocazas». (*N. del t.*) <<

[29] En estos tiempos de permisos y regulaciones, tan espontánea conducta puede parecer extraña. Conozco, sin embargo, a una persona que acampó en el Gusano durante una semana sin ser detectada ni sufrir molestia alguna. (*N. del ed*). <<

[30] Semanas más tarde nos enteraríamos de que el *Chanak Kampo* había desembarcado a Ki Ming en Liverpool sin ningún contratiempo, tras de lo cual se había dedicado a rodear plácidamente las costas irlandesas durante nuestra estancia en Gales. (*N. del a*.) <<

[31] El final un tanto abrupto de este pasaje lleva a uno a preguntarse de modo casi obligatorio si el doctor Petrie era realmente tan tonto. (*N. del ed*). <<

[32] El arma de Fu Manchú era, evidentemente, un prototipo elaborado a partir de los planos robados al noruego Henrik Eriksen, quien poco después sería secuestrado personalmente por el Si Fan. El futuro duque de Windsor nunca llegó a saber cuan cerca había estado de la muerte. (*N. del ed*). <<

[33] La reina Victoria (véase *Los planes de Bruce Partington*). En esta ocasión las autoridades no se mostraron tan espléndidas. Holmes no recibió un solo penique por su participación en el caso Fu Manchú. El secretario de Defensa alegó al respecto que ya cobraba un sueldo prefijado por su simultánea tarea contra Von Bork. (*N. del ed*). <<

[34] *La mano de Fu Manchú*, capítulo XXX. <<